

LÁZARO CÁRDENAS: MODELO Y LEGADO

TOMO I

BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM



BIBLIOTECA **INEHRM**

LÁZARO CÁRDENAS: MODELO Y LEGADO

TOMO I

BIBLIOTECA **INEHRM**

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

LÁZARO CÁRDENAS: MODELO Y LEGADO

TOMO I

MÉXICO 2020

Portada: El joven oficial Lázaro Cárdenas, 1914.
Fotomecánico. Acervo INEHRM.

Ediciones impresas:

Primera edición, INEHRM, 2009.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2020.

D. R. © Carlos Martínez Assad, D. R. © Alejo Maldonado
Gallardo, D. R. © Olivia Gall, D. R. © Ricardo Pérez Montfort,
D. R. © Alan Knight, D. R. © Eitan Ginzberg, D. R. © Jesús
Méndez Reyes, D. R. © Cristina Puga Espinosa, D. R. © María
Eugenia Romero Ibarra

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

ISBN Obra completa: 978-607-549-183-7

Tomo I: 978-607-549-184-4

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México,
órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la
reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin
la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México.

HECHO EN MÉXICO.

Índice

Presentación.....	9
-------------------	---

ORÍGENES Y BIOGRAFÍA

Lázaro Cárdenas.....	15
----------------------	----

Carlos Martínez Assad

Lázaro Cárdenas: entre los avatares de la historia familiar y los vaivenes de la Revolución Mexicana	41
---	----

Alejo Maldonado Gallardo

Lázaro Cárdenas del Río: Primeros pasos de un estudio biográfico (1895 – 1915).....	89
--	----

Olivia Gall Lázaro

Cárdenas: La formación inicial 1920-1928	155
--	-----

Ricardo Pérez Montfort

LA PRESIDENCIA

La última fase de la Revolución: Cárdenas	171
---	-----

Alan Knight

El retorno de la ideología: la presidencia de Lázaro Cárdenas, 1934-1940.....	301
<i>Eitan Ginzberg</i>	

ECONOMÍA Y EMPRESAS

Apuntes sobre la economía mexicana durante el cardenismo	363
<i>Jesús Méndez Reyes</i>	

Empresas y empresarios durante el sexenio de Lázaro Cárdenas	383
<i>Cristina Puga Espinosa</i>	

La empresa azucarera frente a la política expropiatoria cardenista. La USCO, S.A., 1934-1940.....	445
<i>María Eugenia Romero Ibarra</i>	



Presentación



Entre el 18 y el 20 de junio de 2002 se llevó a cabo el ciclo de conferencias Lázaro Cárdenas: Modelo y Legado, en el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, con el objetivo, como lo establecía el cartel alusivo, de poner “el cardenismo sobre la mesa”. El foro permitió analizar, desde distintas perspectivas y con rigurosidad, la importancia histórica del general Lázaro Cárdenas y del cardenismo, así como la vigencia y continuidad de su proyecto.

Dicho esfuerzo reflexivo se unía a otros proyectos que perseguían, tal como lo tenemos impuesto como vocación institucional, fomentar y divulgar la discusión histórica más allá de maniqueísmos y dogmatismos. En abril de ese año el INEHRM había realizado con gran éxito el foro Retos de la Historia y Cambios Políticos, con el ánimo de llevar a cabo una exploración académica seria en torno del concepto “historia oficial”. Animados con el mismo espíritu, el INEHRM convocó a un grupo de destacados académicos para conmemorar el nacimiento de Lázaro Cárdenas (ocurrido el 21 de mayo de 1895) y brindar, dentro del marco del foro, un homenaje al doctor Friedrich Katz (beneficiario de la política exterior cardenista) por sus aportaciones al conocimiento de la historia contemporánea de México, y en particular, por los 20 años de haberse publicado su obra *La guerra secreta en México*, pieza fundamental en la historiografía sobre nuestro país.

En el fondo, ambas conmemoraciones sirvieron de pretexto para analizar la figura de Lázaro Cárdenas y su periodo presidencial desde una mirada rigurosa en el análisis, a la vez que plural y actualizada, a partir de cuatro vertientes temáticas de gran interés: El modelo cardenista de gobierno, sus principales conflictos, las particularidades de la aplicación de su modelo en las regiones y su legado para el México contemporáneo.

Hoy, tras superar los numerosos y complicados obstáculos que con la toda publicación, el lector puede acceder en este volumen a los planteamientos que se vertieron en aquel momento. Los contenidos de los trabajos presentados en el citado foro no han perdido vigencia; más aún, son del todo pertinentes de cara a la otra gran conmemoración que estamos en vísperas de realizar, esto es, el centenario del inicio de la Revolución Mexicana. Si, como concuerda la mayoría de los estudiosos del periodo, aceptamos al sexenio presidido por Lázaro Cárdenas como el punto climático de este complejo proceso de transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales, entonces coincidiremos en que los textos aquí consignados ayudan a entender la solución de continuidad de la propia Revolución.

En consonancia con el planteamiento anterior y merced al éxito obtenido en el citado foro, se decidió extender una invitación a un grupo mayor de especialistas en el tema, para que nutrieran los puntos de vista que se incluirían en la publicación que para entonces se tenía ya contemplada. La respuesta a esta iniciativa fue extraordinaria, y gracias a la generosidad de los convocados, de los 23 participantes en las conferencias de junio, la lista creció hasta poco más de medio centenar de colaboraciones. De modo que la nómina inicial se vio ampliada y enriquecida con nuevos escritos que se sumaron a los del núcleo original. En consecuencia, fue necesario reorganizar los materiales y darles un agru-

pamiento distinto al que se había planteado en el foro. Así, para la presente edición, que conserva el título *Lázaro Cárdenas: Modelo y legado*, los artículos que la constituyen han sido ordenados en tres volúmenes: Tomo I. Orígenes y biografía, Tomo II. Sindicalismo y Tomo III. El cardenismo en las regiones.

Amén de las valiosas aportaciones que cada autor nos comparte en su respectivo texto, una de las virtudes que destaca en el conjunto es la diversidad. Sin duda alguna, Lázaro Cárdenas y su periodo de gobierno son una figura y un episodio en la historia de México que más han llamado la atención, no sólo de los historiadores, sino de otros profesionales que se han aproximado a ambos temas enriqueciendo el mundo de las letras, las artes plásticas, el periodismo, el cine, etcétera. Pero aún los historiadores, quienes comparan teorías e instrumentos similares, han abordado –y siguen haciéndolo– ambas asignaturas con resultados notablemente variados, como queda claramente evidenciado en la presente publicación. Ello sólo puede explicarse merced a la complejidad de los objetos de estudio, pero también a la diversidad de posiciones historiográficas que dejan ver la pluralidad de posturas que caracterizan la sociedad contemporánea de México.

La lectura de los textos aquí reunidos ofrece la oportunidad de acercarse a la riqueza del pasado cardenista, pero también de nuestro presente, cerrando así el círculo virtuoso del análisis histórico, el de asomarnos a lo acontecido para reconocernos en él.

PABLO SERRANO ÁLVAREZ

San Ángel, 2009.



Orígenes y biografía



Lázaro Cárdenas

Carlos Martínez Assad

Instituto de Investigaciones Sociales / UNAM

La biografía del revolucionario, del militar, del gobernante, del político, del negociador, del estadista Lázaro Cárdenas coincide con el itinerario de la Revolución Mexicana y de la formación del Estado. Surgió a la vida política como militar, de la estirpe de los revolucionarios, hasta coincidir con el proceso de institucionalización que él mismo impulsó. Su vida fue consecuente con sus principios y alcanzó una coherencia difícil de encontrar en otros políticos mexicanos. Nació el 21 de mayo de 1895, cuando la dictadura de Porfirio Díaz cumplía los primeros 15 años, de los 30 que duró. Murió el 19 de octubre de 1970, cuando llegaba a su fin el periodo sexenal de Gustavo Díaz Ordaz.

LOS AÑOS FORMATIVOS

Su vida fue intensa, no por los años vividos, sino por los procesos en los cuales participó, dejando una huella indeleble en los atributos más favorables del sistema político mexicano. Nació en Jiquilpan, un pueblo rodeado de bosques y cercano a la cuenca del lago de Chapala, en el estado de Michoacán. Sus padres fueron don Dámaso Cárdenas y doña Felicitas

del Río. José Lázaro fue el primogénito de una prole compuesta por ocho hijos. De la tienda herbolaria, *La reunión de amigos*, surgieron los ingresos de la familia, atendida por don Dámaso, quien aprendió muchos remedios caseros y a convivir con los vecinos para los cuales el negocio la hacía de lugar de tertulia y de centro bohemio.

La tranquilidad del poblado no fue tocada por el estallido revolucionario de 1910, pero ese año don Dámaso abandonó su negocio por motivos de salud y murió al año siguiente. Lázaro había tenido que asumir muy temprano las responsabilidades del hijo mayor y después de haber estudiado en la escuela local tuvo que iniciarse rápidamente en un trabajo que le consiguió el padre en la Administración de Rentas. Pronto se destacó como oficinista y escribiente e incluso participó en una imprenta. En 1911 escribió en sus *Apuntes* un pensamiento como predestinado: “Creo que para algo nació...”.

La oportunidad de comenzar a demostrarlo se la dio el golpe que derrocó al presidente Francisco I. Madero en febrero de 1913. La acción del general Victoriano Huerta provocó inmediatamente reacciones por todo el país y el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, llamó al levantamiento logrando unificar a las fuerzas opositoras en contra del gobierno golpista. El movimiento constitucionalista, llamado así porque se propuso restaurar el orden legal al amparo de la Constitución de 1857, se extendió por todo el país. Jiquilpan recibió en junio de ese año a los primeros revolucionarios, con los cuales simpatizó el joven Lázaro Cárdenas, quien por sus prematuros vínculos sería perseguido y obligado a huir de su pueblo natal cuando sólo contaba 18 años.

Su hoja de servicios le reconoce haber permanecido con las tropas del general García Aragón del 20 de julio al 24 de octubre de 1913, con las cuales se desplazó hasta el estado de Guerrero. Participó en diferentes cuerpos del

ejército constitucionalista en lucha contra el ejército federal. Sus ascensos fueron rápidos: primero comandó el tercer escuadrón del 22o. Regimiento en julio de 1914 y para septiembre ya era mayor, un mes después de que Huerta fuera derrotado por el general Álvaro Obregón, el brazo armado de Carranza. Recorrió distintos estados y las inmediaciones del Distrito Federal hasta que al llegar a Agua Prieta, Sonora, con su regimiento de caballería, el 28 de marzo de 1915, inició una de las relaciones más definitivas para su futuro político. Allí conoció a Plutarco Elías Calles y sus ideas puritanas al prohibir el alcohol, la prostitución y los juegos de azar en las poblaciones ocupadas. Quizá de entonces venga también la aversión que Cárdenas mantendría toda su vida por el cigarro. El 30 de noviembre de 1917 fue nombrado jefe de la columna expedicionaria de Sonora en Chihuahua. Entre combate y combate continuó sus ascensos en el ejército y después de permanecer más de un año, entre 1919 y 1920, en la Huasteca veracruzana, bajo las órdenes de Arnulfo R. Gómez —general muy próximo a Calles— pasó a ser gobernador sustituto y jefe de operaciones en Michoacán, mientras vigilaba las elecciones que, después de muchos conflictos, favorecieron a su amigo Francisco J. Múgica. Para ello, Cárdenas tuvo que hacer frente a las presiones de su mentor, Calles, quien apoyó al otro candidato. El militar michoacano podía tener esos desplantes y hasta cierta rebeldía porque logró destacar en las filas del ejército y colocarse al lado del triunvirato sonorenses (Calles, Obregón y Adolfo de la Huerta) para oponerse a la necesidad de Carranza de imponer a un civil como presidente al término de su periodo.

Calles informó por entonces: “Durante la época que estuvo bajo mis órdenes, Cárdenas observó irreprochable conducta militar y civil, por cuya razón, además de su reconocido va-



lor, disciplina y celo en el cumplimiento de las comisiones que se le asignaron, fue ascendido al grado militar inmediato superior...”.

Aunque parecía que la vida del joven revolucionario encontraba su destino, éste parecía no dejarse atrapar cuando en 1921 fue alejado de su zona de mayor influencia y enviado como responsable de las operaciones en el lejano Istmo de Tehuantepec, en Oaxaca, donde permaneció hasta 1923. Después de una breve estancia en la Jefatura del Bajío pasó a ocupar la de Michoacán, encargado de frenar los excesos del gobernador Múgica, enfrentado cada vez más al Estado central.

En diciembre estalló la rebelión delahuertista, llamada así por ser encabezada nominalmente por Adolfo de la Huerta, que buscaba poner fin al centralismo y a las decisiones autoritarias del régimen. La revuelta se inició en Veracruz, pero pronto llegó a otros estados, como el de Jalisco, donde el general Enrique Estrada resultó una de las mayores amenazas para Obregón; por esta razón, éste decide hacerle frente personalmente. Cárdenas fue encargado de frenar el avance de los rebeldes comandados por el general Rafael Buelna, “uno de los más competentes y audaces oficiales de caballería que México ha producido”, en opinión de Nathaniel y Sylvia Weyl.¹ Para emplazar a Estrada se dispuso que Cárdenas, al mando de 2000 jinetes, tomaría Guadalajara por la retaguardia. Durante dos semanas avanzó hacia su objetivo sin saber que sus movimientos ya habían sido detectados por el enemigo. Cerca de Ocotlán lo esperaba Buelna quien, en una operación sorpresa, envolvió a la columna de Cárdenas y éste fue herido y tomado prisionero. Los rebeldes fueron magnánimos con Cárdenas porque su fama

¹ Weyl, Nathaniel y Silvia, 1955.

de hombre probo corría ya por las filas del ejército. Más adelante daría prueba de que no se habían equivocado.

La participación de Lázaro Cárdenas al lado de los vencedores en esa rebelión le valió el ascenso a general de brigada el 24 de marzo de 1924; antes de cumplir los 30 años, solamente le faltaba un grado por conquistar en la jerarquía del ejército mexicano. Como jefe de Operaciones en Jalisco y luego en la Huasteca veracruzana, esperó a dar el otro paso significativo en su vida para acercarse a la política.

En septiembre de 1928, Cárdenas fue electo gobernador del estado de Michoacán con el apoyo de los hombres más fuertes de su momento: el presidente Calles y el caudillo Obregón. Lograr tal ascenso, además de contar con el apoyo interno de la sociedad michoacana, permitió al flamante gobernador realizar una obra importante con énfasis en el reparto agrario y la educación; como si ensayara su futuro en el nivel nacional. Los Weyl dicen:

En la época en que Cárdenas se encargó del puesto, solamente 357 escuelas funcionaban en el Estado, con 685 maestros y 29 mil alumnos. Después de 2 años de gigantesco esfuerzo Cárdenas estaba en disposición de afirmar que Michoacán tenía 988 escuelas y que el número de profesores y de estudiantes se había triplicado. En su segundo año de gobierno Cárdenas dedicó 47% del presupuesto del Estado a la Educación; realización sin duda fundamental, salvo por dos cuestiones: ni el presupuesto del Estado era siquiera suficiente ni el gobernador contaba con el tiempo requerido.²

A escasos cuatro meses de asumir la gubernatura, Cárdenas fue enviado por el gobierno federal a combatir a los rebeldes

² *Idem.*



cristeros en la región de Michoacán entre el 21 de enero y el 9 de septiembre de 1929, e incluso debió combatir al mismo tiempo a quienes se sumaron a la rebelión de los generales Manzo y Escobar en el centro y noroeste del país.

Su periodo de gobierno transcurrió entre los llamados del centro político y la atención a su programa político local en Michoacán. Integró la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, auspició la propaganda anticlerical, la participación política de las mujeres, hizo campañas contra el alcoholismo y otros vicios, pero ante todo se le consideró un gobernador agrarista.

Al ser asesinado Obregón, en julio de 1928, en su calidad de presidente electo, la situación política del país se complicó. Entre esa fecha y 1934, el país tuvo tres presidentes y un sólo jefe máximo; como nominalmente se designó a Calles. En marzo de 1929 se convocó a la creación del Partido Nacional Revolucionario, que Calles y sus colaboradores más cercanos concibieron con el fin de poder prescindir del caudillo, poner fin a la dispersión partidaria y abrir los cauces de la institucionalidad política.

En ese contexto de crisis política la figura de Cárdenas tendría más posibilidades de brillar. Entre noviembre de 1930 y agosto de 1931, el general michoacano se separó una vez más del gobierno de su estado para asumir la presidencia del Comité Ejecutivo del PNR, para pasar inmediatamente a ocupar la cartera de Gobernación. Cárdenas se había convertido, por derecho propio, en uno de los hombres prominentes del país. Regresó de nueva cuenta a Michoacán y a otros cargos dentro del ejército, hasta que el 1o. de enero de 1933 fue nombrado secretario de Guerra y Marina, cargo del cual se separaría con licencia para aceptar la postulación del PNR a la presidencia de la república el 16 de mayo de 1933.

Pese a la gran actividad de esos años, Cárdenas logró darse tiempo para contraer nupcias. Cuenta William C. Townsend que todavía siendo gobernador de su estado

salió a dar un paseo por un parque cerca de Tacámbaro, Michoacán, donde conoció a Amalia Solórzano, una muchacha escolar que aún no llegaba a los veinte años, alta y bien formada, graciosa y bonita, con una sonrisa encantadora y un porte lleno de dignidad. Simpatizaron inmediatamente; a ella le agradó la apostura militar, erguida y seria del general-gobernador.³

Cuenta Sara Sefchovich que “Después de una tenaz oposición por parte de la familia de ella, gente acomodada y devota, don Lázaro y doña Amalia se casaron el 25 de septiembre de 1932 en una ceremonia civil íntima [...]”.⁴ Según dejó constancia el general en sus apuntes biográficos, “los padres de Amalia se abstuvieron de estar presentes en el acto porno estar conformes en que prescindieramos del acto eclesiástico, que en nuestro caso no es necesario”. Su alianza sería sellada con el nacimiento de su hijo Cuauhtémoc, el 10 de mayo de 1934.

EN LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA (1934-1940)

Es posible que el general Calles no aceptara cabalmente la candidatura de Cárdenas, pero tuvo que ceder ante las presiones del ala izquierda de la Cámara de Diputados, y de caciques poderosos tan disímbolos como Tomás Garrido Canabal, de Tabasco, y Saturnino Cedillo, de San Luis Potosí,

³ Townsend William C., 1954.

⁴ Sefchovich Sara, 1999.



e incluso Rodolfo Calles —hijo del Jefe Máximo— insistió frente a su padre en que se trataba de la mejor elección dentro del equipo revolucionario. La vocación agrarista de Cárdenas, puesta de manifiesto en sus acciones como gobernador michoacano, le valieron el apoyo de los campesinos. Pero, por otra parte, las continuas rebeliones habían significado purgas importantes dentro del ejército como para despejarle el camino, haciendo a un lado a los militares más fuertes como los generales Joaquín Amaro y Manuel Pérez Treviño.

La convención del PNR, realizada en la ciudad de Querétaro, decidió el 6 de diciembre de 1933 elegir a Lázaro Cárdenas como candidato a la Presidencia de la República en la primera votación. El general michoacano apenas tenía 38 años y toda la energía para realizar una profusa campaña que le llevó a recorrer, en el transcurso de 7 meses, 27 609 kilómetros, de los cuales 11 827 fueron por aire, 7 294 por ferrocarril, 7 280 en automóvil, 735 en barco y 475 a caballo.

Por todo el país, el candidato se comprometió a defender el plan sexenal aprobado por el PNR en su segunda convención. Lo referente a la educación da una idea clara de los móviles políticos de los revolucionarios que lo impulsaron:

La educación impartida por el Estado [...] combatirá el fanatismo y los prejuicios, y a este fin la escuela organizará su enseñanza y sus actividades para crear en la juventud una concepción racional y exacta del Universo y de la vida social. El gobierno tiene la facultad exclusiva de dirigir la educación primaria y secundaria y podrán establecerse escuelas particulares solamente cuando acepten las ideas, libros de texto y la actitud laica del Gobierno. Se pensó que la sola negativa de los principios establecidos no era suficiente; que la Iglesia tenía cierta filosofía de la vida, ideas económicas bien definidas y métodos bien conocidos. Por lo tanto, el Gobierno estable-

cerá y enseñará su ideología, predicará y defenderá las ideas de la Revolución y evitará el encubrimiento de la clase de los enemigos, cuyos continuos esfuerzos desde el tiempo de la Independencia han sido dirigidos hacia la obtención del control del Gobierno, para proteger sus privilegios. Esta reforma es conocida en México como el establecimiento de la “educación socialista”.

Además, Cárdenas mismo dio un énfasis especial a la organización de los trabajadores durante el transcurso de su campaña. Por todas partes terminaba sus discursos al grito de “¡Trabajadores de México, uníos!”. Aprovechando un mitin de trabajadores en el estado de Veracruz, el candidato expresó:

Esta experiencia recogida me ha llevado al convencimiento de que es imperiosa necesidad para el país la organización del pueblo trabajador. Mi insistencia en este tema obedece a mi concepto de que toda administración requiere ese factor poderoso que es el elemento trabajador para hacer cumplir las leyes, porque si no cuenta con la fuerza ni el apoyo de éste, su labor será nula a causa de los distintos intereses egoístas que existen en el país y que oponen resistencias cuando se trata de cumplir una ley radical o cuando se trata de modificar otra para el mejoramiento de las condiciones de vida del proletariado. Por otra parte, como dijo uno de los elementos aquí reunidos, sólo organizándose estarán los trabajadores en condiciones eficaces para exigir, a mí o a cualquier otro ciudadano que ocupe el poder, la satisfacción de las necesidades del pueblo.

Lázaro Cárdenas tomó posesión como presidente de los Estados Unidos Mexicanos el 30 de noviembre de 1934. El



anecdótico político del país es tan vasto que —para dar cuenta de la influencia política de los callistas— se dice que para enterarse el nuevo presidente de las personalidades que integraban su gabinete tuvo que comprar el periódico. La broma permite destacar que Calles no estaba dispuesto a abandonar sus posiciones de poder y consideraba que podría influir tanto en la presidencia de Cárdenas como lo había hecho en la de Pascual Ortiz Rubio (1929-1931) —a quien prácticamente hizo renunciar— y en la administración de Abelardo L. Rodríguez (1932-1934).

Formaban efectivamente el gabinete distinguidos callistas, entre los cuales destacaban Narciso Bassols, en la secretaría de Hacienda; Juan de Dios Bojórquez, en Gobernación; Rodolfo Elías Calles, en Comunicaciones; Aarón Sáenz, en el Departamento del Distrito Federal, y Tomás Garrido Canabal, en Agricultura, etcétera. Entre los cardenistas más connotados se encontraban Francisco J. Múgica, en la Secretaría de Economía; Ignacio García Téllez, en Educación; Silvano Barba González, en Trabajo, y Luis I. Rodríguez como secretario particular, etcétera. Si Garrido Canabal fue importante personaje en la nominación de Cárdenas, también lo sería —aunque en un sentido diferente— en la maniobra que permitió al flamante presidente desembarazarse de la influencia callista después de la crisis ministerial de junio de 1935.

El problema de las relaciones de la Iglesia con el Estado significaba un punto en contra del pueblo contra Cárdenas, porque aunque los “arreglos” entre los dos poderes se habían firmado en 1929, luego de la cruenta lucha del ejército federal contra los cristeros, las tensiones apenas si habían bajado de tono. Garrido Canabal había llevado a los extremos el radicalismo de los primeros revolucionarios, pero al mismo tiempo hizo de Tabasco, el estado que gobernó en dos periodos, un emporio debido a su fuerte producción de

plátano y de cacao, entre los principales productos de exportación de México en esos años. Cuando Cárdenas visitó como candidato del PNR ese estado lo llamó “El laboratorio de la Revolución mexicana”. Admiración que le llevó a votar simbólicamente por él para presidente. Pero su presencia en el gabinete significó una afrenta para los católicos mexicanos, quienes inmediatamente vieron confirmarse sus sospechas cuando trajo a la Secretaría de Agricultura a sus afamados Camisas Rojas, milicia de jóvenes empeñados en las campañas desfanatizadoras y mediadores eficaces de la ideología anticlerical y antirreligiosa.

No terminaba de transcurrir su primer mes en la ciudad de México, cuando ya se habían enfrentado con un grupo de católicos que salía del servicio en la Parroquia de San Juan Bautista de Coyoacán, ocasión en la que murieron personas de los diferentes bandos. La prensa relató los hechos y la opinión pública tomó partido por los católicos. Sin embargo, Cárdenas no podía desprenderse de uno de los arietes del callismo y aparentemente el mismo Calles intervino para defender a su amigo Garrido.

Cárdenas siguió insistiendo en la tolerancia religiosa, pero no podía frenar el programa de la educación socialista. La cual también causaba irritación entre quienes la veían como una más de las características de las tendencias antirreligiosas del Estado laico mexicano. El presidente dejó las cosas ahí y varió su estrategia hacia lo que sería uno de sus principales puntos programáticos: la organización de las clases trabajadoras.

El 28 de junio de 1933 –ya en el contexto de la campaña cardenista– se creó la Confederación General de Obreros y Campesinos de México por iniciativa del líder sindical Vicente Lombardo Toledano. Cuentan Ignacio Marván y Samuel León que su objeto fue “[...] crear un solo frente que tuviera por finalidad defender con más eficacia los intereses del



proletariado”.⁵ Para ello se celebraría un “importante pacto de unificación” al que asistieron la Confederación Regional Obrera de México (la más antigua), la Federación Sindical del Distrito Federal, la Confederación Sindicalista de Obreros y Campesinos del Estado de Puebla, la Confederación General de Trabajadores, la Confederación Federal de Electricistas y Similares, la Federación Sindicalista del Estado de Querétaro y otras más. Su congreso constitutivo se realizó del 23 al 31 de octubre. La nueva organización sostuvo que el arma más efectiva del movimiento obrero era la huelga, y ante la mirada disimulada del nuevo presidente tuvieron que aceptarse algo así como 500 huelgas en los primeros seis meses de su gobierno.

La estrategia dio resultado, Calles reaccionó porque creyó inaceptable esa situación para el país. La mañana del 12 de junio, leyó las inofensivas cabezas de los principales diarios nacionales: “Patrióticas declaraciones del general Plutarco Elías Calles”. El exjefe máximo –título que Cárdenas pidió erradicar de los diarios del país– decía: “Hace seis meses que la nación está sacudida por huelgas constantes, muchas de ellas enteramente injustificadas. Las organizaciones obreras están ofreciendo en numerosos casos ejemplos de ingratitud. Nada detiene el egoísmo de las organizaciones y sus líderes. No hay en ellos ética, ni el más elemental respeto a los derechos de la colectividad”. Y después venía la amenaza directa a Cárdenas: “[...] que el presidente cambie sus tácticas, o correrá la misma suerte que Ortiz Rubio”.

Es de suponerse que el presidente tenía el control de los acontecimientos porque autorizó la publicación de los comentarios de Calles al senador Ezequiel Padilla, encargado de darlos a la prensa de manera inmediata. Cuenta Townsend:

⁵ León, Samuel e Ignacio Marván, 1985.

Eran enviados por avión emisarios personales suyos para entrevistar a los gobernadores y a los jefes de Operaciones. Tales emisarios fueron militares con el grado de capitanes; sencillos en apariencia, atentos en su trato, representaban la personificación del mismo Lázaro Cárdenas. Entraban sin anunciarse, pasando inadvertidos ante los vigilantes centinelas y se presentaban así a los poderosos generales: “El señor Presidente de la República me ha enviado para hacerle a usted patentes sus respetos. Al mismo tiempo desea saber cuál será su actitud en relación con la crítica que el general Calles ha hecho de la actual administración”.

Dos días después de las declaraciones de Calles, el 14 de junio, los matutinos daban a conocer la respuesta de Cárdenas. Aceptó toda la responsabilidad por las condiciones existentes en el país y atribuyó las huelgas a los ajustes entre el capital y el trabajo para, más adelante, contribuir al desarrollo. Asimismo, enfatizó que se apoyaría en las leyes para defender los intereses de la clase patronal, todo en el marco de los esfuerzos que estaba haciendo para poner en práctica el plan sexenal. El sentido de sus declaraciones se resumía en la siguiente afirmación:

tengo plena confianza en las organizaciones obreras y campesinas del país y espero que sabrán actuar con la cordura y el patriotismo que exigen los legítimos intereses que representan. Si he cometido errores, estos pueden ser el resultado de distintas causas, pero nunca el producto de la perversidad o la mala fe.

Las reacciones fueron muy diversas, pero suficientes las que de manera evidente favorecían la pastura de Cárdenas, quien aprovechando el momento decidió pedir la renuncia



del gabinete en pleno. Fue la última ocasión en que esto ha sucedido en México. Era la coyuntura exacta para deshacerse de los callistas que le habían sido impuestos por el jefe máximo. El gobierno institucional había logrado imponerse y sacar adelante una crisis que, de otra forma habría causado enorme daño al futuro del país. Garrido Canabal regresó a su territorio en Tabasco y después al exilio en Costa Rica, siendo sustituido en el cargo de secretario por uno de los pocos militares influyentes que figuraban todavía en el escenario político nacional, el general Saturnino Cedillo. Se destituiría así al enemigo de la religión, y al poner en su lugar a un conservador, se permitiría restituir la confianza de los católicos en el presidente. La destitución de Rodolfo Calles resultaba la afirmación clara de su alejamiento de Calles. Incluso, la separación de Narciso Bassols podía leerse como la garantía de la firmeza del programa educativo, pero no de fomento a la ideología radical.

En el segundo gabinete permanecerían los cardenistas del primero, pero en diferentes cargos. Múgica se convirtió en el secretario de Comunicaciones, Gonzalo Vázquez Vela en el secretario de Educación. El expresidente que negoció las diferencias entre callistas y obregonistas luego del asesinato del presidente Obregón, Emilio Portes Gil, pasó a dirigir el PNR. Por su parte, Calles se dirigió a su hacienda de Sinaloa para luego seguir de viaje hasta California, en Estados Unidos. Sin duda, los problemas continuarían, pero el control ya era completamente de Cárdenas. El presidente escribió en sus *Apuntes* el 22 de diciembre de 1935:

No debe expatriarse al general Calles y menos en el actual momento, ya que el propio general Calles y su grupo no son problema para el gobierno, ni para las organizaciones de tra-

bajadores; deben permanecer dentro del territorio nacional para que aquí mismo sientan el peso de su responsabilidad.

Escasos meses después, el presidente cambiaría de opinión y el 9 de abril de 1936 envía a Calles al exilio, acompañado por otras figuras de relieve: Luis N. Morones, ex secretario del Trabajo y líder de la Confederación Regional Obrera de México; Luis León, ex secretario de Gobernación y de Agricultura, y Melchor Ortega, ex gobernador de Guanajuato. Muy significativa resultaba la salida de Morones porque significaba cambiar la orientación del movimiento obrero y apoyar la tendencia de los izquierdistas unidos en la CGOCEM y en el Comité de Defensa Proletaria. Ambas organizaciones resultaron fundamentales como sostén de Cárdenas durante la crisis, y hasta el Partido Comunista Mexicano resultó cardenista.

El año de 1936 resultaría un momento axial para el movimiento obrero mexicano. Se dieron 647 huelgas que reunieron a 113 885 huelguistas, se creó la Confederación de Trabajadores de México —que se convertiría en la punta de lanza del corporativismo del Estado mexicano— y tendría lugar la huelga de la Vidriera Monterrey, indispensable para entender el nuevo carácter del sistema político mexicano que encontró en la clase obrera un aliado central.

El 11 de febrero de 1936, después de varios meses de huelga en aquel centro industrial, Cárdenas se reunió con los comisionados por el Centro Patronal. Estos se manifestaron alarmados por las actividades comunistas y contrarios al trato que les daba el gobierno, y lo emplazaron a que les permitiera realizar sus actividades dentro de la ley. Cárdenas resumió su respuesta en 14 puntos que vale la pena transcribir porque expresan la esencia del cambio que se había operado en el sistema político y la madurez alcanzada por el régimen presidencialista:



1. Necesidad de que se establezca la cooperación entre el gobierno y los factores que intervienen en la producción, para resolver permanentemente los problemas que le son propios de las relaciones obrero-patronales, dentro de nuestro régimen económico de derecho.
2. Conveniencia nacional de proveer lo necesario para crear la Central Única de Trabajadores Industriales, que dé fin a las pugnas intergremiales nocivas por igual a obreros, patrones y al Gobierno.
3. El Gobierno es el árbitro y el regulador de la vida social.
4. Seguridad de que las demandas de los trabajadores serán siempre consideradas dentro del margen que ofrezcan las posibilidades económicas de las empresas.
5. Confirmación de su propósito expresado anteriormente a los representantes obreros de no acordar ayuda preferencial a una determinada organización proletaria, sino al conjunto obrero representado por la Central Unitaria.
6. Negación rotunda de toda facultad a la clase patronal para intervenir en las organizaciones de los obreros, pues no asiste a los empresarios derecha alguno para invadir el campo de la acción social proletaria.
7. Las clases patronales tienen el mismo derecho que los obreros para vincular sus organizaciones en una estructura nacional.
8. El gobierno está interesado en no agotar las industrias del país, sino en acrecentarlas, pues aún para su sostenimiento material, la administración pública reposa en el rendimiento de los impuestos.
9. La causa de las agitaciones sociales no radica en la existencia de núcleos comunistas. Estos forman minoría sin influencia determinada en los destinos del país. Las agitaciones provienen de la existencia de aspira-

ciones y necesidades justas de las masas trabajadoras, que no se satisfacen, y de la falta de cumplimiento de las leyes de trabajo que da material de agitación.

10. La presencia de pequeños grupos comunistas no es un fenómeno nuevo ni exclusivo de nuestro país. Existen pequeñas minorías en Europa, en Estados Unidos y, en general, en todos los países del orden. Su acción en México no compromete la estabilidad de nuestras instituciones, ni alarma al gobierno ni debe alarmar a los empresarios.
11. Más daño que los comunistas, han hecho a la nación los fanáticos que asesinan profesores; fanáticos que se oponen al cumplimiento de las leyes y del programa revolucionario, y, sin embargo, tenemos que tolerarlos.
12. La situación personal reciente no se circunscribió a Monterrey, sino que tuvo ramificaciones en otros centros importantes de la República como en La Laguna, León, Distrito Federal, Puebla y Yucatán.
13. Debe cuidarse mucho a la clase patronal de que sus agitaciones se conviertan en bandería política, porque esto nos llevará a una lucha armada.
14. Los empresarios que se sientan fatigados por la lucha social pueden entregar sus industrias a los obreros o al Gobierno. Eso será patriótico; el paro no.

Otro de los elementos esenciales de la política cardenista fue la reforma agraria. Los regímenes anteriores habían considerado el reparto agrario como la forma de recompensar a los ejércitos revolucionarios su participación en la lucha armada, pero después vendría el debate sobre si era la pequeña propiedad o el ejido el que podría orientar el desarrollo agropecuario del país y sacar de la miseria a la masa campesina. Sa-



bido es que la hacienda y el gran latifundio habían marcado la historia del campo mexicano y que de ahí surgió el grupo de apoyo más impresionante para los jefes revolucionarios.

También en 1936 se inicia con fuerza el reparto agrario cardenista. Expropió tierras para entregarlas a los antiguos zapatistas en la región de Morelos, regularizó algunas posesiones simplemente tomadas por los campesinos como las colonias agrícolas, y creó los ejidos colectivos que serían uno de sus mayores aportes para crear el desarrollo capitalista del agro mexicano. Se expropió el emporio algodonnero de La Laguna, en el estado de Coahuila, y 220 000 hectáreas de riego, perteneciente a un grupo de latifundistas, pasan a poder de los ejidatarios. Otros centros de producción ejidal importantes fueron el del Valle del Yaqui, Los Mochis, Yucatán, Lombardía y Nueva Italia, El Mante, Mexicali y Socusco. Pero el reparto llegó a todo el país e incluso tuvo que romper la resistencia de grupos campesinos que no alcanzaban a entender por qué el gobierno les daba tierras, cuando nunca las habían tenido. Durante seis años el gobierno de Cárdenas otorgó aproximadamente 10 651 ejidos definitivos, que reunían 18 352 275 hectáreas entre 1 020 594 campesinos. El reparto del periodo cardenista fue casi del doble de lo repartido y de los beneficiarios en los años previos, desde el triunfo de la Revolución. Una fuente oficial expresaba:

La Reforma Agraria en México no es sino la clave de un efectivo régimen popular, porque es imposible la existencia de una verdadera democracia en un país dominado por latifundistas. La evolución del ejido debe llevarnos a transformar la agricultura extensiva, rutinaria, de tracción animal y de resultados aleatorios, en agricultura intensiva, técnica, mecanizada y dirigida para beneficio directo de quienes la cultivan.

La divisa zapatista de “la tierra es de quien la trabaja” parecía encontrar su aplicación, aunque al finalizar el sexenio la misma fuente contaba la existencia de más de 15 millones de hectáreas por repartir.

Los campesinos fueron desplazados por la clase obrera de la alianza central con el Estado, pero éste no los des-cuidó; el proceso de corporativización también les alcanzó y si bien la UGOCM se había propuesto que participaran en la misma organización los trabajadores del campo y de la ciudad, Cárdenas mismo evitó esa unión. La Confederación Nacional Campesina fue creada hasta mediados de 1938; su antecedente fue la Confederación Campesina Mexicana, que reunió a los principales líderes agraristas de los años treinta, como Gildardo Magaña, Graciano Sánchez y Saturnino Cedillo.

Este último, convencido cardenista y secretario de Agricultura en el segundo gabinete, se opuso al reparto ejidal por considerarlo contrario a la idiosincrasia del campesinado mexicano. Respetado como líder agrarista y poderoso cacique regional de San Luis Potosí, Cedillo estaba llamado a ser piedra de toque final de la propuesta política de Cárdenas. Para ello se le dejó alentar los intereses más conservadores para reforzar la hegemonía de los grupos de la izquierda mexicana. Se le atacó hasta que renunció a la secretaría de Agricultura y, aún más, organizó la última rebelión armada de un sector –muy desgastado por cierto– del ejército mexicano en 1938.

El 18 de marzo de ese año Cárdenas obtuvo uno más de sus triunfos al expropiar la industria petrolera en poder de las compañías extranjeras. A la conformación de una cultura sindicalista se añadía la necesidad de alcanzar una identidad nacionalista. La actitud antimexicana de las compañías petroleras que beneficiaban más a los trabajadores extranjeros que a los mexicanos, su contumaz rechazo a ofrecer los



servicios que las empresas debían prestar a sus trabajadores, y el afán de obtener las máximas ganancias, les impidieron visualizar el proceso que entonces tenía lugar en México y las necesidades del abasto petrolero, cuando en la primavera de ese año las probabilidades de una guerra entre el eje Roma-Berlín y el resto de Europa amenazaban la estabilidad mundial.

Desde 1936, el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana emplazó a las compañías a firmar el primer contrato colectivo de trabajo. La Ley de expropiación por causa de utilidad pública, aprobada el año anterior, permitía suponer que el conflicto daría lugar a la nacionalización, pero el mismo presidente desmintió esta suposición y dio garantías a Josephus Daniels, el embajador de Estados Unidos en México. No obstante, los conflictos continuaron entre las empresas y los trabajadores. La Junta de Conciliación y Arbitraje aceptó la existencia de un conflicto económico entre los trabajadores y la empresa. Vinieron las negociaciones, pero ante la persistencia de las compañías que no aceptaban la propuesta gubernamental, Cárdenas tomó la decisión de expropiar las compañías y todos sus bienes en un discurso pronunciado a las 22 horas de la noche del 18 de marzo de 1938. Al día siguiente escribe en sus *Apuntes*:

He hablado al pueblo pidiendo su respaldo, no sólo por la reivindicación de la riqueza petrolera, sino por la dignidad de México que pretenden burlar extranjeros que han obtenido grandes beneficios de nuestros recursos naturales, y que abusan considerándose ajenos a los problemas del país.

La reacción del conjunto de la Nación fue de un extraordinario apoyo a la medida presidencial. Solamente algunos grupos criticaban la medida, unos por intereses partidarios,

otros por un inocuo rechazo. Entre estos últimos se encontró Cedillo, quien consideró que la expropiación podía llevar al país al caos y a la ruina económica debido al monto que México se comprometía a pagar a Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Su crítica engarzaba perfectamente con su indisposición ante la forma del reparto agrario por la vía ejidal. La izquierda, sin embargo, exageró sobre los contactos del general rebelde con los gobiernos nazi y fascista. Es probable que los países extranjeros defendieran los intereses de sus empresas y que buscaran un levantamiento para desestabilizar el gobierno de Cárdenas, pero una vez que éste expropió las compañías la medida perdía eficacia. Y si Alemania e Italia deseaban el petróleo y otros recursos naturales de México, difícilmente podían comprometerse en una aventura política de ultramar. Nada de lo cual cambia el sentido del desatino del rebelde potosino, cuyo desacuerdo fue bien utilizado por los numerosos núcleos conservadores y pronazis presentes en México.

Su levantamiento tuvo otros efectos diferentes a los que los rebeldes buscaban; si algunas opiniones críticas se expresaron por la expropiación, la rebelión provocó que se cerraran más las filas en torno al presidente, por una parte. Por la otra, con Cedillo caía el último de los caciques regionales con mayor fuerza en el país, permitiendo una centralización efectiva del sistema político mexicano.

El gobierno del general Lázaro Cárdenas marcó, sin lugar a duda, un hito en la historia nacional. Quizás se esperaba una suerte de continuidad que no pudo darse debido al efecto negativo que Cárdenas consideró podría tener la presidencia en poder del radical que fue su compañero, amigo y casi maestro Francisco J. Múgica, de quien conoció algunos de los clásicos del pensamiento, entre otros el mismo Carlos Marx. Por lo tanto se inclinó la balanza por el neutral Manuel Ávila Camacho, el general que muy pronto fue su



secretario de Guerra. Y en efecto, su administración fue conciliadora e incluso tan amable que le valió el nombre de “el presidente caballero”. Cárdenas llevó su papel de estadista hasta las últimas consecuencias asegurando un futuro tranquilo para el país.

CÁRDENAS, INFLUYENTE PERSONAJE DE LA POLÍTICA

La Segunda Guerra Mundial sacó al expresidente Cárdenas del ostracismo, al ser nombrado en diciembre de 1941 jefe de Operaciones Militares del Pacífico, considerada una franja débil por las pretensiones de los países del Eje sobre Baja California. La participación de México al lado de los aliados le valió el nombramiento de secretario de Guerra.

En el siguiente sexenio, el del primer gobierno civil, encabezado por Miguel Alemán (1946-1952), Cárdenas diseñó un plan de desarrollo de la cuenca de Tepalcatepec y obtuvo el nombramiento de vocal de la comisión que orientaría los trabajos durante casi 12 años. Aunque alejado directamente de la política, no dejó de influir en ella, y en 1952 se le llegó a vincular al candidato opositor al Partido Revolucionario Institucional. El general Miguel Henríquez Guzmán había estado ligado a él y como jefe de Operaciones Militares le confió la resolución de diferentes conflictos. Por otra parte, se rumoraba que Alemán favorecía la candidatura presidencial del regente de la Ciudad de México, el licenciado Fernando Casas Alemán. Esto a los ojos de Cárdenas parecía como la continuidad del alemanismo, lo cual quería decir volver a situaciones que se habían opuesto a los diferentes grupos de la clase política. Aunque sus simpatías no lo definieron del lado de Adolfo Ruiz Cortines, quien finalmente sería presidente (1952-1958), lo aceptó como el mal menor y Henríquez organizó un movimiento

político importante apoyado por varios de los cardenistas más destacados.

Desde 1956 Cárdenas conoció a un grupo de impetuosos jóvenes cubanos entre los cuales se contaba Fidel Castro Ruz. Sus actividades contra la dictadura de Batista en la isla de Cuba motivaron su detención y, a punto de ser extraditados, Cárdenas intercedió para que el presidente Ruiz Cortines les permitiera permanecer en México. El 26 de julio de 1959 Cárdenas preside al lado de Castro una multitudinaria manifestación en La Habana. Dos componentes de la personalidad del expresidente se desprenden de este pasaje. Sus simpatías por las ideas de izquierda habían sido obvias durante su mandato presidencial e incluso como expresidente sorprendió a la opinión pública asistiendo al funeral de Frida Kahlo. Pero además tuvo debilidad por apoyar a los perseguidos por sus ideas en otros países, como lo demostró dando acogida en el exilio a Trotsky y a miles de españoles republicanos. Así lo demostró el entonces presidente cuando en 1937 dijo a Marcelina Domingo: "Si la república española es vencida, México abrirá sus puertas a todos los republicanos que quieran venir". Dos años después, cuenta Pere Foix, "... se cumplió la noble hospitalidad mexicana, la cual puso en evidencia a la Unión Soviética que se dijo aliada y amiga de la República española, y solamente admitió a un reducido grupo de expatriados. Y en el verano de 1937 algunos centenares de niños españoles fueron paternalmente recibidos en México".⁶

Veinte años después, Cárdenas participó activamente en el Movimiento de Liberación Nacional, organización por medio de la cual varios intelectuales y artistas mexicanos asumieron fuertes compromisos políticos de crítica al PRI, al sistema capitalista en su conformación imperialista, y de

⁶ Foix, Pere, 1976.



defensa de la revolución cubana. El presidente Adolfo López Mateos (1958-1964) apenas si podía dar crédito a las actividades del expresidente a favor de los revolucionarios cubanos. Un pasaje por demás interesante ilustra la situación. A raíz de la invasión de Playa Girón, Cárdenas decidió viajar a Cuba para pelear en contra del invasor. De entre todos los que asumieran el mismo compromiso sólo se presentó en el aeropuerto el ingeniero Heberto Castillo; pero el presidente de la república les canceló el vuelo programado. Sin embargo, Cárdenas aún se presentó en los mítines de apoyo a la revolución caribeña. A la pregunta, ¿cuál es su opinión sobre la revolución cubana?, de la periodista estadounidense Hope Elizabeth Luder, en entrevista realizada un par de años después, Cárdenas respondió: “La revolución socialista de Cuba, implantada por la voluntad de su pueblo, debe ser acreedora al respeto en la aplicación de las normas de cooperación e intercambio dentro de la más estricta observancia de los principios de no intervención y autodeterminación que deben regir entre los países y los pueblos del mundo”.

Pese a las diferencias que le oponían al presidente López Mateos, éste lo nombró vocal de la Comisión del Balsas, proyecto que abarcaba una cuenca de recursos hidráulicos de más de 113 kilómetros. Continuaría varios años su encargo institucional sin renunciar a sus posiciones políticas, que le permitieron formar parte del Tribunal Russel para enjuiciar los crímenes del gobierno de Estados Unidos en Vietnam, viajó a la Unión Soviética y a China, criticó la invasión de Checoslovaquia y luego de la matanza de estudiantes del 2 de octubre de 1968 en México entró, cuenta Krauze, en una marcada “depresión”. “No podía ni quería creer que los soldados de la Revolución hubiesen empleado las armas contra los estudiantes”. Incluso se le consideró un importante interlocutor de los presos políticos puestos en la cárcel por el

presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) por haber participado en el movimiento estudiantil.⁷

No obstante, en 1969 Cárdenas aceptó presidir el Consejo de Administración de Las Truchas, en Michoacán. En parte porque se trataba de un proyecto en el cual se había interesado ya desde la época en la que fue presidente de la república. Ese tipo de proyectos orientados a afirmar el desarrollo del país y a elevar los niveles económicos de las clases trabajadoras fueron centrales en su utopía del futuro de México. Por eso antes de morir seguía preocupado por la suerte del reparto agrario, por la emancipación económica de México respecto a Estados Unidos, por el nacionalismo mexicano; refrendó todavía con firmeza su creencia en el antirreeleccionismo y la necesidad de crear partidos políticos de “distintas tendencias” con el fin de que “en la lucha de posiciones encontradas se depuren y se fortalezcan los principios ideológicos, al amparo de las normas y las garantías democráticas que consagra la Constitución Política de México”.

Lázaro Cárdenas murió el 19 de octubre de 1970; el pueblo, en el que siempre creyó, le acompañó consternado hasta su última morada, paradójicamente situada en el Monumento a la Revolución Mexicana, en pleno centro de la ciudad de México, a unos cuantos metros de Obregón, de Calles, de Carranza y a cientos de kilómetros del verdor de los campos michoacanos donde su vida comenzó.



⁷ Krauze, Enrique, 1987.

Lázaro Cárdenas: entre los avatares de la historia familiar y los vaivenes de la Revolución Mexicana

Alejo Maldonado Gallardo

Facultad de Historia Universidad Michoacana
de San Nicolás de Hidalgo

LAZOS DE SANGRE

En un ambiente de extrema riqueza concentrada y de una profunda pobreza generalizada, entre el poder económico y político de la hacienda de Guaracha, de pequeños propietarios en la meseta de San José, de arrieros y caminos descompuestos, del temor a la justicia y a la acordada, de cuentos y fantasías, de rivalidades entre los barrios de San Cayetano y los del camposanto, de costumbres y tradiciones en sus danzas de negros,¹ de amazonas y de bailes indígenas, de católicos y liberales, nació el niño José Lázaro Cárdenas del Río, un 21 de mayo de 1895,² bautizado por su madre Felicitas del Río Amescua, antes de que el padre de la criatura, Dámaso Cárdenas Pinedo, lo llevara al registro civil.³ Ambos progenitores eran oriundos de estos lugares

¹ Ramos Arizpe, G. y S. Rueda Smithers, *et al*, 1984, pp. 149, 150, 152, 153, 159, 199, 200.

² Cárdenas del Río, L., 1972, 1-5.

³ Ochoa Serrano, 1997, p. 97.

michoacanos, ella de Guarachita y él de Jiquilpan, población esta última donde residían.⁴

La historia de la familia Cárdenas se entrelaza con la historia de la región, al menos desde la última década del siglo XVIII, pues según las diversas fuentes y la información que nos brinda Álvaro Ochoa, sus antecedentes los encontramos a partir de 1795 con Mariano Cárdenas, el más lejano antecesor conocido del niño José Lázaro.⁵

El primero de los Cárdenas en esta relación, es decir, Mariano, tenía sangre mulata en sus venas y se dedicó al pequeño comercio. Desposó a Manuela Bautista, con la que tuvo una familia poco numerosa, para vivir en la región los vaivenes de la guerra insurgente. De ese matrimonio nació en 1807 el mulato José de Jesús Eulogio Cárdenas Bautista, quien se casó con la también mulata María Gertrudis Mejía. De esta unión nació María Victoria de la Soledad, José Antonio y Francisco Matilde, a quienes sus padres mantenían con el cultivo de maíz y frijol, así como la cría de ganado, y el comercio mediano de tejidos como mantas, pañetes, jergas y zarapes de lana, elaborados por la propia familia.⁶

Durante la peste de 1833 murió José de Jesús Eulogio y su hijo José Antonio. Poco después de la muerte de su esposo, nació otro hijo del sexo masculino, al que su madre puso por nombre Eulogio, igual que el padre recién fallecido. Los dos varones que sobrevivieron tomaron caminos distintos. Eulogio, el más pequeño, luchó al lado de Maximiliano; en 1870 se manifiesta como abierto antijuarista; y en la rebelión “religionera” (1874-1876), se unió a varios familiares maternos para lucharen contra del gobierno de Lerdo de Tejada,⁷ apoyando posteriormente al joven general Porfirio Díaz.

⁴ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-5.

⁵ Ochoa Serrano, Álvaro, 1997, p. 96.

⁶ *Ibid.*, p. 98.

⁷ *Ibid.*, p. 97.

Con el ascenso de Díaz, Eulogio Cárdenas llegó a ser “jefe de los temidos rurales del distrito de Jiquilpan”,⁸ aunque en 1877 abandonó ese cuerpo armado para levantarse en armas contra el gobierno.

Por ello fue aprehendido y llevado a la población de Zamora. Ante la falta de garantías de las autoridades de Zamora, el preso fue trasladado posteriormente a Morelia, capital del estado, debido al temor de que las gavillas que merodeaban por esa región intentaran rescatarlo. En el trayecto de una población a otra al renegado Eulogio se le aplicó la ley de fuga, en un lugar conocido como puerto de Zanzán, cerca de Purépero.⁹ Así terminó quien a la postre sería el incómodo tío abuelo del niño José Lázaro.

Por su parte, el tercero de la lista, el mulato Francisco Matilde Cárdenas, siguió un camino muy distinto. Se casó con Rafaela Pacheco Pinedo y continuó con la tradición familiar, al dedicarse al trabajo de la tierra, aunque no fuera propia, al tejido de rebozos y zarapes y al pequeño comercio de estos productos con los pueblos vecinos.¹⁰ Tuvieron tres hijos: Dámaso, Lázaro, que murió a los 18 años, y Angelita.

Contrario a su hermano menor, Francisco Matilde peleó al lado de los ejércitos republicanos en contra de los franceses invasores, “bajo las órdenes de los generales Ornelas y Río seco”¹¹ y fue uno de los sobrevivientes de la batalla de la Trasquila, en la cual participó en noviembre de 1864. Al término de la guerra se dedicó al trabajo del campo y a su oficio de rebocero y comerciante en pequeño, ya que, de acuerdo con Fernando Benítez, había quedado, como muchos solda-

⁸ *Ibid.*, p. 126.

⁹ *Ibid.*, p. 127.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-6.



dos juaristas que combatieron a las fuerzas invasoras, sin tierra y sin dinero.¹²

De acuerdo con el excelente ensayo de Álvaro Ochoa se observa una relación coherente de la familia Cárdenas, parientes del niño José Lázaro, según lo hemos mostrado. Años después, Lázaro Cárdenas anotaría en sus *Apuntes* que el abuelo paterno, Francisco Matilde, era oriundo de Zapotlán el Grande, Jalisco, y por apellido materno le anota el de Pacheco, en el lugar del Mejía,¹³ afirmando que sus abuelos paternos eran “Francisco Cárdenas Pacheco, nacido en Zapotlán Grande, estado de Jalisco, y Rafaela Pinedo, de Jiquilpan”.¹⁴

Al respecto, el hermano menor de Lázaro, José Raymundo, diría más tarde que su bisabuelo Eulogio, refiriéndose entonces a José de Jesús Eulogio Cárdenas Bautista, había nacido en los Corrales de Toluquilla, Jalisco,¹⁵ ranchería que hasta el siglo XVIII había pertenecido al inmenso latifundio de Guaracha, antes de que fuera desarticulada la mesa de San José en un gran mosaico de pequeñas propiedades.

La incompatibilidad entre lo que afirma Álvaro Ochoa y lo que cuentan los hermanos Cárdenas, y las diferencias señaladas respecto al origen de los abuelos hacen pensar al primer autor que se debe principalmente a que ellos quizá intentan eludir “el sitio matrilocal y parentesco de ciertas relaciones familiares incómodas”.¹⁶

A excepción de estas diferencias que arroja la investigación, en cuanto al origen de los Cárdenas, parientes de José Lázaro, la mayor parte de los autores dan por cierto lo

¹² Benítez, Fernando, 1980, II-11.

¹³ Cfr. Cárdenas del Río, L., 1972, I-5; Ochoa Serrano, Álvaro, 1997, pp. 91-141.

¹⁴ Cárdenas del Río, L., 1972, I-5.

¹⁵ Ochoa Serrano, Álvaro, 1997, p. 99.

¹⁶ *Idem.*

anotado en los *Apuntes* a que hemos hecho referencia, tanto explícita como tácitamente.¹⁷

JOSÉ LÁZARO

Originarios de las tierras de la meseta de San José o de la ciénaga de Chapala, Francisco Matilde Cárdenas, o Francisco Cárdenas, al desposarse su hijo Dámaso con la joven Felicitas del Río Amescua, se convierte en el abuelo del niño José Lázaro. De ese matrimonio nacieron: Angelina y Margarita, pues José Lázaro fue el tercero, así como: Dámaso, Josefina, los gemelos Alberto y Francisco, y en octavo y último lugar José Raymundo.¹⁸

Como la mayor parte de las familias jiquilpenses de la época, los Cárdenas eran de escasos recursos, aun cuando practicaban el oficio de la rebocería y cultivaban la tierra, en especial el abuelo Francisco. Vivían en condiciones precarias, aunque tal vez no eran tan pobres como muchos otros que no contaban con un taller de rebozos, ni rentaban una tierra para el cultivo de las semillas que alimentarían a la prole durante el año, ni se dedicaban al comercio de los productos que elaboraban en su pequeño obraje.¹⁹

En una sociedad estratificada y con poca movilidad social, los Cárdenas no podían hacer mucho para prosperar. Dámaso, el padre de José Lázaro, continuó con la tradición familiar. Dedicó sus primeros años al tejido del rebozo. Después, por 1906, rentó el mesón de don Evaristo Partida, situado en la calle Nacional y estableció un pequeño comercio de abarrotes (tienda de venta al menudeo). Dos años más

¹⁷ Tales son los casos por ejemplo de: Suárez, Luis, 1986, p. 21; Benítez, Fernando, 1980, II-11.

¹⁸ Benítez, Fernando, 1980, II-12.

¹⁹ Ver Cárdenas del Río, L., 1972, I-6, 8; Benítez, Fernando, 1980, II-15.



tarde lo cambió a la casa familiar y le agregó el nombre de Reunión de Amigos, añadiéndole una mesa de billar. También fue curandero, ya que a través de varios libros de medicina que leyó, llegó a recetar a varios enfermos.²⁰

José Lázaro, como todos los niños de entonces, empezó a auxiliaren los trabajos que realizaba la familia, con la finalidad de mejorar sus condiciones económicas. De esa manera, a la llegada de las lluvias, empezó a ayudar en las faenas del campo a su abuelo Francisco, durante los fines de semana o después de las clases con el profesor Hilario,²¹ en las dos hectáreas de terreno que rentaba para sembrar maíz, frijol y calabaza. Le ayudaba también en los trabajos de rebocería, enrollando canillas con hilo en la redina de mano²² y con la vaca que la familia poseía para la obtención de la leche que consumía.²³

Como lo hacían con sus hijos las familias de clase media baja, los Cárdenas inscribieron a Lázaro a la edad de seis años en la escuela particular que atendía Mercedita Vargas, pagando una mensualidad de dos pesos. Ahí aprendió con el silabario de san Miguel las primeras letras. Posteriormente, cumplidos los ocho años de edad, pasó a la escuela oficial de don Hilario de Jesús Fajardo. Con él estuvo hasta el cuarto año, tiempo suficiente para recibir su influencia liberal y su amor por la naturaleza, que mostraba a través de las clases de Historia patria y de los paseos por los parques y alrededores de Jiquilpan, donde hablaba a sus alumnos de Morelos y Juárez, o de la naturaleza que les rodeaba.²⁴

²⁰ Cárdenas del Río, L., 1972, I-6; Benítez, Fernando, 1980, II-11; Arreola Cortés, 1980, p. 38.

²¹ Véase Cárdenas del Río, L., 1972, I-6.

²² *Ibid.*, p. 6.

²³ *Ibid.*, p. 8.

²⁴ *Ibid.*, pp. 5-6.

A pesar de ser gratuita, no todos los niños accedían a la escuela oficial. Llegaban a ella solamente los hijos de los artesanos, comerciantes y rancheros. Los vástagos de los peones o de los campesinos pobres no tenían tiempo de ir a la escuela,²⁵ pues lo ocupaban en las labores del campo para auxiliar a la economía familiar.

Fajardo era reposado, sereno, de regular estatura.²⁶ Era un

maestro nato, exigente o bondadoso según las circunstancias, lo mismo sabía alentar a sus alumnos que castigarlos aplicándoles sobre el pantalón restirado una media docena de varazos. Sus recursos pedagógicos para mantener la disciplina de tantos muchachos, amontonados en dos cuartos, eran ilimitados. Poseía una letra excelente; entre los numerosos héroes que pueblan la historia de México sabía escoger a los mejores y les hablaba siempre de Morelos, el soldado de la Independencia, y de Juárez, el civil que luchó contra el clero, el feudalismo, la invasión francesa, el imperio de Maximiliano y terminó derrotándolos.²⁷

El profesor Jesús Romero Flores dice que la

la instrucción que entonces recibían los niños en las escuelas consistía en muy pocas asignaturas; pero eso sí, bien estudiadas y aprendidas: lectura, escritura con buena caligrafía y de ortografía muy correcta; aritmética, comprendiendo los enteros, quebrados y decimales, las llamadas reglas: de tres, de interés, descuento, falsa posición. Algunos maestros agregábamos Sistema Métrico Decimal, Geografía (el texto del inge-

²⁵ Benítez, Fernando, 1980, II-15.

²⁶ Romero Flores, Jesús, 1971, p. 17.

²⁷ Benítez, Fernando, 1980, II-13.



niero García Cubas) y la Historia de México por Julio Zarate (el tratado elemental).²⁸

Aparte de las enseñanzas del profesor liberal, las pláticas de los mayores que escuchaba el niño Lázaro en la tienda de su padre fueron importantes para su pensamiento ulterior. Ahí concurrían don Esteban Arteaga, hombre culto y de amena plática, que le relataba pasajes de la historia de México y de botánica. También le prestó libros de Víctor Hugo, de Juan A. Mateos y poesía de Antonio Plaza, lecturas preferidas de don Dámaso. Por su cuenta, Lázaro compró libros de Salgari.²⁹

Dice don Jesús Silva Herzog que para aquellos años,

la mayoría de las personas de mediana cultura leían en México obras tales como *Los miserables* de Víctor Hugo, *Los misterios de París* y el *Judío errante*, de Eugenio Sue, *Doña Perfecta* y *Gloria*, de Benito Galdós, *La isla de los pingüinos*, de Anatole France, *El crimen del padre Amaro* y *La reliquia*, de Eça de Queiroz, los libros de Tolstoi de la última época, la serie de novelas de *La comedia humana*, de Honorato de Balzac [...] numerosas obras de crítica social que en cierta medida sembraron inconformidad con la organización social existente, particularmente entre los jóvenes.³⁰

Es posible que alguno de estos libros fuera leído por José Lázaro.

Como hicimos mención, Dámaso padre era un liberal educado bajo la influencia juarista de don Francisco Cárdenas.³¹ En su pequeño comercio: Reunión de Amigos, com-

²⁸ Romero Flores, Jesús, 1971, p. 27.

²⁹ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-17.

³⁰ Silva Herzog, Jesús, 1975, p. 35.

³¹ Benítez, Fernando, 1980, 11-15

partían con un grupo de allegados los pormenores de la vida política y cotidiana. Entre los asistentes figuraban el médico del pueblo, doctor Gustavo Maciel; el nuevo administrador de rentas que había llegado de la población de Ario, Donaciano Carreón, hombre liberal y emprendedor, junto con su esposa doña Florentina Froylán, promotores de tertulias y algunas representaciones teatrales en Jiquilpan.³²

El pequeño Lázaro escuchaba y le apasionaban las conversaciones de los adultos liberales. Era un ávido receptor de los comentarios y noticias que el círculo de amigos intercambiaba. Su mismo padre llegó a comentarles como el niño prefería reunirse con personas adultas, para oír sus experiencias, que jugar con los de su edad.³³ Así creció, oyendo las historias y las conversaciones de los amigos de su progenitor,³⁴ y leyendo cuanto le caía a la mano.

En una edad moldeable por las letras y las charlas de los liberales, así como por el nacionalismo que asimiló de las clases de su profesor Hilario de Jesús Fajardo, y las expresiones favorables de su tía Ángela sobre Benito Juárez,³⁵ se fue moldeando el pensamiento del niño José Lázaro.

Cuando José Lázaro contaba apenas con 12 o 13 años su padre enfermó de los ojos y tuvo que trasladarse a la Ciudad de México para que operaran.³⁶ Por la precaria situación de la familia, su primo Ramón Pinedo se hizo cargo de los gastos médicos. Su padre regresó y volvió a atender la tienda, que cerró a principios de 1910, y enfermó meses después de pulmonía.³⁷

³² *Ibid.*, p. 19; Cárdenas del Río, L., 1972, 1-9.

³³ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-7.

³⁴ Suárez, Luis, 1986, p. 22.

³⁵ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-9.

³⁶ *Ibid.*, p. 7, 8.

³⁷ *Idem.*



Ante las penurias del padre, Lázaro empezó a trabajar en 1909 como meritorio en la Oficina de Rentas, administrada entonces por Jesús García Tinajero, sustituido poco tiempo después por Donaciano Carreón. A éste, Dámaso le habló en abril de 1910 para que su vástago continuara como meritorio y se ganara algunos pesos, muy necesarios para la familia, ante su imposibilidad física, por la enfermedad que le aquejaba, para cumplir con sus obligaciones.³⁸

No fue difícil para el nuevo administrador aceptar la petición de don Dámaso. No tanto por piedad, sino por la amistad que tenían³⁹ y la identificación ideológica liberal de ambos; miembros quizá, como los prominentes liberales jiquilpenses, de alguna agrupación política o talvez de un taller filosófico masón que existía en la población.

Lázaro había terminado entonces sus estudios de primaria en la escuela de don Hilario de Jesús Fajardo, un poco antes de cumplirlos 15 años. Tenía el aval del prestigio de los alumnos que concluían los estudios en la escuela oficial de niños, pues los egresados sabían leer, escribir y hacer cuentas, por lo que resultaban hábiles en contabilidad fiscal, y podían conseguir empleo como receptores o administradores de rentas y hasta secretarios del juzgado.⁴⁰

Donaciano Carreón no llegó solo a Jiquilpan, casualmente lo hizo con una imprenta, muy necesaria en esa época para difundir los acontecimientos de las reuniones sociales de las familias de “bien” o las ideas liberales de los enemigos de Porfirio Díaz: “[...]como don Gustavo Maciel, don Francisco y don David Mejía, los Ignacio Romero y los Martínez, don Estanislao Betancourt [...]”⁴¹ entre otras personas, que forma-

³⁸ *Ibid.*, p. 9.

³⁹ Benítez, Fernando, 1980, II-18.

⁴⁰ Véase Cárdenas del Río, L., 1972, I-9; Romero Flores, Jesús, 1971, p. 18.

⁴¹ González y González, Luis., 1979, XIV-139.

ron, frente a las elecciones de 1910, el Club Antirreleccionista Democrático Jiquilpense.

Ante la atracción de la imprenta, la necesidad de ganar algunos pesos y la confianza que quizá tenía en los amigos del padre y sus ideas, el joven Lázaro entró enseguida a trabajar como aprendiz en La Económica, nombre que le pusieron al negocio de impresión. Así, después de terminar sus labores en la oficina de rentas, se dirigía a la imprenta para realizar las tareas que le eran asignadas. Don Enrique Ibarra y Allende, que estaba al frente del taller, tomó empeño en que Lázaro aprendiera el oficio, por lo que trabajaba con él aun en la noche. Los 10 pesos mensuales que ahí ganaba, más los dos que le entregaba el sábado por la tarde,⁴² caían muy bien a doña Felicitas.

Quizá al cerrar definitivamente sus puertas la tienda La Reunión Amigos, La Económica tomó su lugar como punto de reunión del círculo de liberales del pueblo. Situada en la cerrada de San Francisco, los amigos hablaban de las cotidianidades de Jiquilpan: “fiestas, bailes, bodas, bautizos, tragedias, muertes, posadas, paseos de niños dioses, las ‘cuerdas’ de presos que pasaban rumbo a Manzanillo vigiladas por la acordada de Guaracha”.⁴³ También de asuntos que no sucedían todos los días, como “la inundación de 1908 que derrumbó casas, se llevó hasta ganado y afectó las siembras; el asesinato del ranchero, Avelino Velásquez; y desde luego, la disidencia del Club Democrático Jiquilpense”.⁴⁴

Había muchos temas de los que seguramente charlaban los amigos liberales, todos con alguna profesión u ocupación, varios formados en el Colegio de San Nicolás y otros autodidactas. Eran, por así decirlo, los ilustrados del pueblo.

⁴² Ver Cárdenas del Río, L., 1972, I-9; Cortés Zavala, 1995, p. 29.

⁴³ Ochoa Serrano, Álvaro, 1993, p. 72.

⁴⁴ *Idem.*



Tenían una idea clara del despojo de tierras a las comunidades indígenas; de la explotación de los campesinos y la miseria en que vivían; de los precios elevados de los productos alimenticios y de vestido; de las tiendas de raya y la crisis económica; de la leva y las cuerdas de presos a las islas Mariás. Y aunque tal vez no contaran con cifras precisas, éstas eran tan elevadas que no se podían ocultar; más aún cuando tenían un ejemplo vivo en la región jiquilpense del México porfiriano.

LA REVOLUCIÓN Y LOS AVATARES FAMILIARES

El asunto de la tierra, en particular, viene a corroborar la afirmación de Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer, de que: “la alianza del establecimiento porfiriano con los hacendados y la modernización agrícola, quiso decir, despojo, arrinconamiento y subsistencia precaria de los pueblos campesinos”.⁴⁵ Pero a la vez convirtió a la tierra, con el paso del tiempo, en manzana de la discordia. Tanto, que varios intelectuales de la época, empezaron a mostrar desde 1895 preocupación por el problema agrario.⁴⁶

⁴⁵ Aguilar Camín, H. y L. Meyer, 1992, p. 14.

⁴⁶ A partir de esa preocupación, aparecieron en libros y folletos, los análisis y cuestionamientos de Wistano Luis Orozco, en: *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos y la cuestión agraria*; Andrés Molina Enríquez, con sus excelentes trabajos sobre *Los grandes problemas nacionales* y *Filosofía de mis ideas sobre reformas agrarias*; *La pequeña propiedad*, de Lauro Vidales; Pastor Rouaix, escribió, *El fraccionamiento de la propiedad en los Estados fronterizos*; Gustavo Durán y Rómulo Escobar, publicaron respectivamente: *Importancia de la agricultura y el fraccionamiento de tierras*, e *Indicaciones relativas a colonización*. Córdoba, 1989, pp. 58, 63, 64, 65; Silva Herzog, 1975, pp. 15, 16; *cfr.* con el prólogo que le hace Elena Orozco Sánchez, en 1975, al trabajo de Orozco, 1975. pp. 7-42.

Ideas expuestas, que dicho sea de paso, influyeron probablemente en la formación del pensamiento anti porfiriano a lo largo y ancho del país y, como Jiquilpan no era una ínsula, a pesar de lo aislado de las poblaciones de entonces, hasta ahí tuvieron que haber llegado noticias de las ideas que se vertían en algunos de esos trabajos, que mostraron de una u otra manera “las injusticias y latrocinios a que habían dado lugar”⁴⁷ tanto la política como la legislación en la rápida concentración de la gran propiedad.

Por otro lado, entre el incipiente proletariado —que apenas representaba a nivel nacional entre 6 y 8 por ciento⁴⁸ de la población económicamente activa, con unos 250 000 obreros—, y el medio millón de artesanos, se empezaron a generar inquietudes políticas y laborales, a pesar de la heterogeneidad y dispersión.⁴⁹ Con la influencia principal de las ideas del Partido Liberal, quien sometió, dice Arnaldo Córdova,

a una crítica radical la acción política, económica y social de la dictadura, responsabilizándola del deterioro de las condiciones de vida de las masas trabajadoras, de la ruina de los pequeños productores del campo y de la ciudad, del desastroso estado de la agricultura y de la concentración de la riqueza en unas cuantas manos, así como la opresión y la violencia inaudita y cotidiana que padecía la ciudadanía en su conjunto.⁵⁰

⁴⁷ Córdova, Arnaldo, 1989. p. 58.

⁴⁸ Semo, Enrique, 1982, p. 295.

⁴⁹ Werner Tobler, Hans, 1994, p. 79.

⁵⁰ Córdova, Arnaldo, 1989, p. 59.



Pues planteaba un conjunto de reivindicaciones y un proyecto político para un nuevo Estado y una nueva sociedad,⁵¹ que llegó incluso a promover algunas rebeliones fracasadas entre septiembre de 1906 y 1908 en Acayucan, Veracruz y Jiménez, Chihuahua, la de 1908, iniciada por algunos de sus miembros que ingresaron por el Paso Texas a territorio mexicano,⁵² y sendas huelgas en Cananea, Sonora, entre 1906 y 1907.⁵³ Acciones por las que el Partido Liberal fue perseguido y casi desbaratado por los agentes porfiristas en Estados Unidos y el ejército de este lado de la frontera,⁵⁴ así, varios dirigentes fueron enviados a la prisión de San Juan de Ulúa en el estado de Veracruz.⁵⁵

Con todo, el Partido Liberal y los grupos opositores al régimen tuvieron mayor éxito para divulgar sus ideas entre

⁵¹ Véase Flores Magón, R., 1984; Flores Magón, R. y otros, 1991; Guerrero, Práxedes, 1977; Hernández Padilla, Salvador, 1988; Flores Magón, R., 1995.

⁵² Véase Turner, J. Kenneth, 1978, pp. 125, 149, 150.

⁵³ Véase Valencia, Ismael, 1984, p. 420-422; *cf.* Knight, Alan, 1991, pp. 36-37.

⁵⁴ Turner, J. Kenneth, 1978, pp. 125, 149, 150.

⁵⁵ A San Juan de Ulúa fue enviado Juan Sarabia, vicepresidente del Partido Liberal; Margarita Martínez, dirigente de la huelga de Río Blanco; Lázaro Puente, Carlos Humbert, Abraham Salcido, Leonardo Villarreal, Bruno Treviño y Gabriel Rubio, "seis caballeros que el gobierno de los Estados Unidos entregó al de México, a solicitud de éste, por considerarlos como 'migrantes indeseables'; César Canales, Juan de la Torres, Serrano, Ugalde, Márquez y muchos otros dirigentes del Movimiento Liberal [...]. Nunca se ha sabido de ellos, porque a ningún prisionero político de San Juan de Ulúa le está permitido comunicarse con sus amigos ni con nadie del mundo exterior. [...] Ricardo Flores Magón y sus hermanos Jesús y Enrique, Antonio I. Villarreal, Librado Rivera, Manuel Sarabia y muchos otros pasaron meses en la cárcel por publicar periódicos de oposición; otros más fueron asesinados [...], la organización Liberal fue destruida por el Gobierno de México, los dirigentes que todavía conservan la vida y la libertad huyeron a los Estados Unidos, donde establecieron su cuartel general". Turner, 1978, pp. 134, 148.

los obreros y la clase media urbana y rural a través del periodismo; destacan entre los principales órganos de lucha: *Regeneración* (1900-1901, 1904-1906, 1910), *El Hijo del Ahuizote* (1903), *Revolución* (1907-1910), *Punto Rojo* (1907-1910),⁵⁶ *Excelsior*, y los derechistas: *Diario del Hogar*, *El Colmillo Público* y *Redención*.⁵⁷ Algunos de ellos seguramente llegaron en la clandestinidad a las manos de los amigos jiquilpenses.

Amén de las acciones del Partido Liberal, entre 1900 y 1910 a lo largo y ancho del país las inconformidades contra la dictadura empezaron a hacerse sentir en forma de motines y rebeliones, a la vez que surgían una serie de bandas móviles, en los estados norteños de Sonora, Sinaloa, Durango y Chihuahua, con líderes naturales de la talla de Heraclio Bernal, Ignacio Parra o Doroteo Arango, conocido después como Pancho Villa.⁵⁸

Pero lo que más impactó en esos años a la sociedad mexicana en su conjunto fueron las declaraciones del presidente Porfirio Díaz al periodista estadounidense James Creelman, dirigidas a apaciguar la crisis política que se manifestaba por todos lados. En ellas “parecía anunciar su dimisión al final del periodo corriente y abría expectativas sobre un proceso democrático para las elecciones de 1910, alentando incluso la formación de partidos opositores”.⁵⁹

El primero en apuntarse para entrar a la contienda política fue el neoleonés y general del ejército porfirista: Bernardo Reyes,⁶⁰ que entre 1908 y 1909 aglutinó un número bastante considerable de simpatizantes, para que en una fórmula

⁵⁶ Flores Magón, R., 1995, pp. 67-263; Guerrero, Práxedes, 1977, pp. 31-203.

⁵⁷ Silva Herzog, Jesús, 1941, p. 13

⁵⁸ Aguilar Camín, H. y L. Meyer, 1992, p. 21.

⁵⁹ Werner Tobler, H., 1994, p. 141.

⁶⁰ La inquietud del general Reyes le llevó a ganar bastantes simpatizantes y generó a su rededor, todo un movimiento político que fue conocido como reyismo.



acompañara como vicepresidente a Díaz rumbo a la siguiente y segura reelección. Sin embargo, Díaz lo tranquilizó y lo envió a estudiar asuntos militares a Europa, pues él prefería llevar de compañero en la boleta electoral al sonorese Ramón Corral.⁶¹

El reyismo, como se conoce al movimiento encabezado por el natural del estado de Nuevo León, prendió de tal manera, que “había calado en zonas sensibles de la vida política mexicana: las logias masónicas, los burócratas modestos, el ejército. Durante el año de 1908 y parte del siguiente, el reyismo había viajado —especialmente en el norte y el occidente del país, entre clubes, periódicos y oradores altivos— en aras de la prosperidad”.⁶² Toda una movilización impen-sada hasta entonces.

La inquietud sobre el proceso electoral de 1910 empezó a calar entre los intelectuales, que dejando atrás los temores a represalias, empezaron a verter sus ideas en folletos y libros sobre el tema. Citamos entre los más importantes a: “Querido Moheno [que] publicó *Hacia dónde vamos*, Manuel Calero: *Cuestiones electorales*, Emilio Vázquez Gómez: *La reelección indefinida*, Francisco de P. Santíes: *La organización política en México*, Ricardo García Granados: *El problema de la organización política*, Francisco Madero: *La sucesión presidencial*”.⁶³ Parecía que los intelectuales de mayor relieve habían despertado de su letargo, reanimando el espíritu crítico que habían callado hasta entonces, dedicados a cantar la prosa del régimen, como dijera don Daniel Cosío Villegas.⁶⁴

Todos fueron importantes para mover las conciencias políticas más allá de lo imaginado. Sin embargo, el libro del

⁶¹ Werner Tobler, H., 1994, p. 143.

⁶² Aguilar Camín, H., 2005, p. 17.

⁶³ Aguilar Camín, H. y L. Meyer, 1992, p. 25.

⁶⁴ Cosío Villegas, D., 1972, p. 14.

rico norteño Francisco I. Madero⁶⁵ se convirtió en uno de los más importantes dentro del proceso que llevó a la caída de Díaz, pues hacía una severa crítica al sistema político que había formado.⁶⁶ Seguramente si el entonces presidente hubiera sabido lo que sus declaraciones a Creelman ocasionarían no habría hecho comentario alguno.

Pero la rueda de la historia no podía volver atrás. El país había cambiado profundamente a lo largo de los 30 años de un gobierno anquilosado y corrupto. Sin movilidad social y política. Al que

habían visitado —así lo sintetizan Aguilar y Meyer— en los últimos decenios más novedades de las que podían asimilar sin temblores una sociedad como la mexicana de principios de siglo. Hija contrahecha del proyecto liberal, esa sociedad había sido soñada, cincuenta años antes, republicana, democrática, igualitaria, racional, industriosa, abierta a la innovación y al progreso. Era entregada cincuenta años después oligárquica, caciquil y autoritaria, lenta, pero cada vez menos comunicada, cerrada sobre sí misma, pero cada vez más sacudida por la innovación y el cambio productivo, eficientemente cosida por sus tradiciones coloniales. Era todavía como a la hora de su independencia, cien años antes, una sociedad católica, ranchera e indígena, cruzada por fueros y privilegios corporativos, con una industria nacional encapsulada en las eficiencias productivas de los textiles y los reales mineros, y un comercio que empezaba a romper la inercia regional de los

⁶⁵ Madero era un rico hacendado del norte de México. Educado en Francia y Estados Unidos, y dedicado hasta antes de emprender la gran aventura a la administración de sus propiedades. Era un hombre de ideas democráticas e inclinado al espiritismo, pero de mucho tesón y convencido de lo que hacía. Córdova, Arnaldo, 1989, p. 66; Werner Tobler, H., 1994, p. 143.

⁶⁶ Véase Madero, Francisco I., [s.a.]



mercados. El federalismo había tomado la forma operativa del cacicazgo; la democracia, el rostro de la dictadura; la igualdad, el rumbo de la inmovilidad social; el progreso, la forma del ferrocarril y la inversión extranjera; la industriosisdad, la forma especulativa, la apropiación de bienes que agrandaron caudales sin capitalizar al país.⁶⁷

A diferencia de Reyes, Madero no se detuvo y a mitad de 1909 fundó en la capital de la república el Club Central Antirreeleccionista. Este personaje, desconocido hasta entonces para los mexicanos, recorrió el país y fue captando las inconformidades existentes y a los grupos que se habían formado para apoyar al hombre de Nuevo León.⁶⁸

Con una pequeña comitiva integrada por su esposa Sara, el estenógrafo y Roque Estrada, y con escasos recursos, Madero, como un quijote, empezó a recorrer el país como candidato antirreeleccionista a la presidencia de la República.⁶⁹ El médico Francisco Vázquez Gómez lo acompañó en la fórmula como vicepresidente, llevando por consigna ¡Sufragio efectivo, no reelección!

El difícil horizonte que tenían la gran masa de campesinos, los indígenas despojados de sus tierras, la incipiente clase obrera y los sectores medios, frente a un sistema caduco y sin movilidad social; en donde la explotación exagerada de la fuerza de trabajo, la gran concentración de la propiedad y la riqueza, la profunda parcialidad de la justicia y la represión irracional de las fuerzas del orden, posibilitaron el crecimiento de la fuerza de Madero y que su lucha antirreeleccionista fuera conocida por todos los rincones de México.

⁶⁷ Aguilar Camín, H. y L. Meyer, 1992, pp. 11-12.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 25-26.

⁶⁹ *Idem.*

En los inicios de la campaña antirreeleccionista, Madero fue tolerado por el gobierno, pero en la medida que fue creciendo su popularidad y aglutinó a los descontentos y enemigos del régimen, que convertían aquello en todo un movimiento social, provocó la hostilidad del régimen. Díaz lo mando encarcelar junto con sus más cercanos colaboradores cuando hacían proselitismo en Monterrey. El proceso electoral siguió su curso y al viejo estilo porfirista se proclamó triunfador junto con Ramón Corral, a quien llevaba en la fórmula como vicepresidente.⁷⁰

Ante estos acontecimientos, Madero se fugó de la cárcel de San Luis Potosí en la que había sido recluido, y proclamó, el 5 de octubre de ese mismo año, el Plan de San Luis desde San Antonio Texas, lugar donde estaba refugiado.⁷¹ En este documento convocaba al pueblo de México a levantarse en armas contra el gobierno del viejo general Porfirio Díaz el día 20 de noviembre a las 6 de la tarde.⁷² A partir de entonces, el norte de México empezó a arder rápidamente. En Coahuila, Chihuahua, Sonora, Durango y Nuevo León se concentró la lucha. En la medida que la insurgencia crecía, se fueron dando muchos brotes rebeldes en otras partes del país, como la movilización de Emiliano Zapata en el estado de Morelos o la de los hermanos Figueroa en Guerrero.⁷³ El maderismo creció rápidamente.

Durante los primeros meses del levantamiento, las fuerzas rebeldes fueron en aumento y aparecieron importantes líderes revolucionarios como Francisco Villa, Pascual Orozco, José María Maytorena y Abraham González. Muchos de ellos con excelente posición económica, al igual que la familia Madero; y otros, verdaderos caciques regionales o diri-

⁷⁰ Werner Tobler, H., 1994, p. 148.

⁷¹ Moreno García, H., 1980.

⁷² Ver Córdova, Arnaldo, 1991, "Plan de San Luis", p. 432.

⁷³ Jacobs, Ian, 1991, p. 116.



gentes populares como José de la Luz Blanco, en Chihuahua; los Arrieta, en Durango; los De la Rocha y Heraclio Bernal, en Sinaloa, entre otros que se incorporaron al movimiento.⁷⁴

En el Bajío, parte central del país, el maderismo no se dio con la misma fuerza ni fue decisivo en el curso de la Revolución en estos momentos.⁷⁵ Lo mismo sucedió en Michoacán, en donde Salvador Escalante, al grito de “¡Abajo Porfirio Díaz! Sufragio Libre ¡Abajo Aristeo Mercado! No reelección, ¡Viva el insigne patriota Francisco I. Madero!”⁷⁶ se levantó en armas en el poblado de Santa Clara del Cobre el 5 de mayo.⁷⁷ Cuenta el escritor Rubén Romero, “los vecinos no se daban cuenta de lo que aquello significaba y suponían que era un número más para festejar el 5 de mayo [...]. Escalante [era] seguido por un grupo de gentes armadas de pistolas y de viejas carabinas cuarentonas, heterogénea mezcla de armas que podrían servir para reconocer la procedencia de cada individuo”.⁷⁸

Antes, el 18 de marzo, en la sierra de Guerrero, varios michoacanos habían firmado El Plan Político Social, con maderistas de otros estados de la república, como Tlaxcala, Campeche, Puebla y el Distrito Federal, en el que desconocían a Porfirio Díaz y daban su apoyo al coahuilense. Uno de los ideólogos del Plan era Francisco J. Múgica, quien en febrero había viajado a San Antonio Texas para unirse con Madero.⁷⁹

Con la misma velocidad que se propagó la revolución maderista, así mismo terminó. El viejo gobierno de Díaz no aguantó las primeras oleadas armadas y con la caída de Ciudad Juárez el 15 de mayo de 1911⁸⁰ todo el sistema tambaleó.

⁷⁴ Cfr. Knight, Alan, 1991, pp. 56-57.

⁷⁵ Pinet P., Alejandro, 1987, p. 17.

⁷⁶ Ochoa Serrano, Álvaro, 1993, p. 12.

⁷⁷ Ver Moreno García, H., 1980, p. 49.

⁷⁸ Romero, José R., 1993, p. 87.

⁷⁹ Oikión Solano, V., 1992, pp. 60-61.

⁸⁰ Puentes, Ramón, 1994, p. 20.

Después de los acuerdos tomados en esa ciudad, Porfirio Díaz dejó el país en el Ypiranga rumbo a Europa el día 25 de ese mismo mes.⁸¹

En Michoacán, el gobernador porfirista Aristeo Mercado abandonó también el poder, que quedó por unos días en manos de su secretario de Gobierno: Luis G. Valdez, pues el 18 de mayo toma posesión como gobernador provisional el maderista Miguel Silva.⁸² Por ello, en otras partes de Michoacán en las que empezaban a darse algunos alzamientos, como en la Piedad el 2 de mayo y el 13 en Charapan, tuvieron que regresar a sus casas muy pronto⁸³ sin ocurrir enfrentamientos importantes. Es el caso de Zamora, donde sólo hubo tiempo para que Irineo Contreras arengara al pueblo en contra del dictador en la madrugada del día 17, reuniendo a 4000 personas que recorrieron el pueblo gritando consignas a favor de Madero, poco antes de la renuncia de Díaz.⁸⁴

Con la caída de la dictadura llegó como presidente interino del país Francisco León de la Barra, con la encomienda principal de convocar a nuevas elecciones federales.⁸⁵ En todos lados se abrió una gran agitación electoral. En Jiquilpan, por ejemplo, se apoyó a Francisco I. Madero para presidente de la República y a Miguel Silva al gobierno del estado.

Durante esa época y entre tales acontecimientos ante la pena moral de no poder apoyar a su familia, según dijo el doctor Maciel, don Dámaso Cárdenas enfermó de pulmonía a mediados de 1910 y murió el 7 de octubre del año siguiente,⁸⁶ dejando al desamparo una familia numerosa y en condiciones económicas poco halagadoras. Al liberal don Dá-

⁸¹ Gilly, Adolfo, 1994, p. 26.

⁸² Hernández Díaz, 1980, p. 77.

⁸³ Moreno García, H., 1980, p. 49; Hernández Díaz, 1980, p. 77.

⁸⁴ González y G., 1979, XIV-143.

⁸⁵ León de Palacios, Ana María y Miguel Palacios B., 1985, p. 31.

⁸⁶ Cárdenas del Río, L., 1972, I-7,8.



maso le tocó ver el revuelo maderista y la salida de Díaz del país, y varias de sus amistades participaron de esa vorágine, él ya no tuvo fuerzas para colaborar en 1910 con Gustavo Maciel, Ignacio Romero, Estanislao Betancourt, José Socorro Cervantes y otros, cuando formaron el Club Antirreeleccionista Democrático para apoyar la candidatura de Madero.

Fueron encarcelados Romero, Betancourt y José Socorro, éste último con motivo de haber pintado en las paredes el ¡Viva Madero!,⁸⁷ seguramente por la visita de Madero a Jalisco y el envió por éste, en 1909, de Miguel Alessio Robles y Fernando Iglesias Calderón para que se entrevistaran con el doctor liberal Miguel Silva, así como con Salvador Escalante y Pascual Ortiz Rubio, para organizar la campaña presidencial.⁸⁸

Cuando todo se vino abajo por el encarcelamiento de Madero, las manifestaciones en Jiquilpan no se hicieron esperar, tanto por los integrantes del Club, entre los que se destacaron Maciel, Francisco Tinajero y Trinidad Mayés, como por simpatizantes e indígenas de los pueblos de Totolán y Los Remedios que reclamaban las tierras que la hacienda de Guaracha les había despojado.⁸⁹ Los tres liberales fueron aprendidos y llevados presos a Morelia.⁹⁰

Por las características conservadoras y fanáticas de la región occidental de Michoacán, Jiquilpan fue la población que más se destacó durante la lucha maderista.⁹¹ Ahí, los médicos, maestros y pequeños comerciantes liberales, educados en la tradición del juarismo, fueron los más importantes partidarios del coahuilense.⁹² De tal manera que las elecciones convocadas por Francisco León de la Barra para el

⁸⁷ Ochoa Serrano, Álvaro, 1991, p. 114.

⁸⁸ Ochoa, Serrano, Álvaro, 1993, IV-7.

⁸⁹ Ochoa Serrano, Álvaro, 1991, p. 144.

⁹⁰ Cárdenas del Río, L., 1972, I-8.

⁹¹ Zepeda Petterson, Jorge, 1989, p. 75

⁹² Benítez, Fernando, 1980, II-28.

1o. de octubre de 1911, las ganó la fórmula Francisco I. Madero-José María Pino Suárez, con una abrumadora votación de 98 por ciento del sufragio, sobre las otras, en las que también aparecía Madero, con De la Barra o Vázquez Gómez como compañeros de fórmula.⁹³ El 6 de noviembre siguiente los ganadores tomaron posesión. En Michoacán ganó Miguel Silva, quien había enfrentado en la contienda a Primitivo Ortiz, postulado por el Partido Católico Nacional.⁹⁴

En medio de la euforia por el triunfo de Madero y de Silva, falleció a principios de octubre don Dámaso. Doña Felicitas tuvo que dedicarse a la costura, su hijo Dámaso emigró a Guadalajara como dependiente de una farmacia,⁹⁵ y Lázaro fue llamado por el señor secretario de la Prefectura, don Miguel Vázquez, para que trabajara en su despacho como escribiente, con un salario de 15 pesos mensuales,⁹⁶ lo doble de un peón de la región o trabajador de los obrajes del pueblo. Además continuó con sus quehaceres en la imprenta.

De esa manera, los amigos liberales del difunto Dámaso salieron en apoyo de la familia, ya que tanto don Miguel Vázquez, como don Bartolo Govea y don Modesto Estrada, influyeron para que obtuviera ese trabajo y salario.⁹⁷ Aunque también les tendió la mano doña María Betancourt de Villaseñor, pariente de doña Felicitas.⁹⁸

Dentro de esos lazos familiares y por la religiosidad de ambas mujeres, llegaron a un acuerdo para que Lázaro copiara oraciones de un libro a doña María, que ésta no podía leer claramente, tarea que realizó por cuatro meses, hasta

⁹³ Bravo Ugarte, José, 1995, pp. 502-504

⁹⁴ Bravo Ugarte, José, 1995, pp. 502-504; Romero, José R., 1993, p. 97; Mijangos Díaz, Eduardo, 1997, pp. 73, 74, 77-79, 82, 83.

⁹⁵ Arreola Cortés, Raúl, 1995, p. 39.

⁹⁶ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-12.

⁹⁷ *Idem.*

⁹⁸ *Ibid.*, pp. 13-14.



que renunció.⁹⁹ Era indudable que el pequeño jefe de familia había sacado del padre la alergia de los liberales por los asuntos religiosos.

El joven Lázaro, a decir de Fernando Benítez, sacó del padre su inclinación por las ideas liberales y de la madre, la rectitud, lo escrupuloso y el ser dueño de sí mismo.¹⁰⁰ Es decir, el carácter de la madre y las ideas del padre. Además —reafirma el autor— era callado, ligeramente retraído, serio y reservado.¹⁰¹

LA IMPRENTA Y LOS IDEALISMOS JUVENILES

El joven Lázaro mostró excelentes aptitudes en el quehacer tipográfico. Muy pronto aprendió de don Enrique Ibarra y Allende el manejo de toda la imprenta, así como la encuadernación y empastado de libros. Cuando el señor Ibarra sufrió un accidente y perdió una mano al momento de estar imprimiendo, no le costó trabajo a su propietario, Donaciano Carreón, nombrar encargado del negocio a Lázaro.¹⁰²

Meses después, en 1911, en plena efervescencia política por la llegada de Madero a la presidencia, cerró La Económica y fue puesta en venta, tanto por algunas dificultades de dinero del dueño, como también por su incorporación a las filas maderistas.¹⁰³ Ante esa situación, Lázaro y un grupo de sus amigos formaron una cooperativa y le propusieron a Carreón que les vendiera la imprenta con algunas comodidades de pago, a lo local accedió. La sociedad la formaban

⁹⁹ *Idem.*

¹⁰⁰ Benítez, Fernando, 1980, II-17

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 14.

¹⁰² Cárdenas del Río, L., 1972, I-13.

¹⁰³ Gutiérrez, Ángel, 1994, pp. 9-0.

además de Lázaro: Salvador Romero, Martín Nava, J. Refugio Argueta, Jesús Castañeda y Agustín Carreón.¹⁰⁴

Como líder del grupo y conocedor de los manejos del negocio, Lázaro se puso al frente y renunció al puesto de escribiente que venía desempeñando en la Secretaría de la Prefectura. En el taller trabajaba día y noche, con el auxilio de su amigo y aprendiz, Bruno Galeazzi.¹⁰⁵ Parece ser que el negocio tuvo bastante éxito. Eran largas las jornadas de trabajo, componiendo oraciones y frases e imprimiendo bandos municipales, anuncios de bodas, bautizos, panaceas medicinales, folletos católicos, pequeños periódicos, impresos, etcétera.¹⁰⁶

Por las tardes, después de las jornadas de trabajo de los socios y amigos del impresor, se reunían en La Económica para cantar al son de la guitarra que pulsaban unas veces Ignacio Lozoya y Luis Martínez, y otras Luis Cazares y José Mancilla, mientras Lázaro y Galeazzi laboraban.¹⁰⁷ Aparte del jolgorio y *relax* entre los jóvenes, se comentaba ahí la cotidianidad social, política, cultural e histórica de Jiquilpan, al igual que las noticias que llegaban sobre los alzados y Madero. Pareciera que los Cárdenas eran clave importante en las reuniones de los liberales e inconformes del sistema, o al menos partícipes de ellas, desde la época de don Dámaso. Primero fue la tienda Reunión de Amigos, después La Económica, bajo la dirección de Donaciano Carreón, y ahora nuevamente La Económica, pero con sangre renovada, como si los liberales y masones les hubiesen heredado su ideario político y sus convicciones antigobiernistas.

De tal manera que además de observar las famosas cuerdas y charlas sobre ellas así como de los problemas de los in-

¹⁰⁴ Cárdenas del Río, L., 1972, I-13.

¹⁰⁵ *Idem.*

¹⁰⁶ Arreola, 1995, p. 30; Benítez, Fernando, 1980, II-28.

¹⁰⁷ Cárdenas del Río, L., 1972, I-13.



dígenas de Totolán por recuperar las tierras que la hacienda de Guaracha les había arrebatado o de los levantamientos de los arrendatarios a mitad del siglo XIX en las partes altas de la Mesta de San José. Se hablaba también sobre la Revolución y su impacto en Jiquilpan.¹⁰⁸

El grupo de amigos estaba enterado de las inconformidades sociales y conversaban sobre ellas, pues a diario las veían en la gente de Jiquilpan. Era muy palpable la riqueza de la hacienda de Guaracha y la miseria en que vivían sus peones. Así como las noticias de lo que pasaba en otros lugares, escuchadas por Lázaro en las pláticas de los amigos de su padre o con Donaciano Carreón y en los comentarios de su profesor Hilario de Jesús Fajardo.

Por el medio en que estaba inmerso, Lázaro conversó y convivió con los simpatizantes que el coahuilense tenía en su pueblo, como el doctor Gustavo Maciel, Francisco Tinajero, y Trinidad Mayés que había formado, junto con Ignacio Romero, Estanislao Betancourt, Francisco y David Mejía, Ignacio Martínez y otros, el Club Antirreleccionista Democrático de Jiquilpan.¹⁰⁹ Los mismos que al asesinato de Madero, a principios de 1913, salieron a la calle para manifestarse en contra del gobierno usurpador del general Victoriano Huerta, asunto que trataremos más adelante. A ellos se les sumaron los campesinos de poblaciones aledañas como Totolán y Los Remedios, quienes fueron aprehendidos y llevados a Morelia. Mientras, en Zamora, se levantaron en armas apoyando a Madero los hermanos Irineo y Melesio Contreras, que entraron a Jiquilpan con 50 hombres.¹¹⁰

Los maderistas de Jiquilpan formaban una red de amigos liberales y posiblemente de la masonería, algunos de

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 14-15

¹⁰⁹ Ochoa Serrano, Álvaro, 1991, p. 144.

¹¹⁰ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-8; Ramos Arizpe, G. y S., Rueda Smithers, 1984, pp. 278, 298.

ellos egresados del Colegio de San Nicolás, en Morelia, Michoacán, como el licenciado Fernando R. Castellanos, juez de Letras; Antonio Martínez, dedicado más a la literatura, Donaciano Carreón, conocido de nosotros, quienes tenían relación con excompañeros del Colegio, como Jesús Romero Flores. Años después, estos personajes fueron apareciendo en la vida pública del estado. Carreón fue tesorero general del estado en la época de Alfredo Elizondo; Castellanos fue electo diputado local en la gubernatura de Ortiz Rubio, y Amadeo Betancourt fue diputado al Congreso Constituyente de Querétaro.¹¹¹

Los sucesos eran verdaderamente impactantes a la vista de todos, y dignos de ser comentados en una sociedad que estuvo paralizada por 30 años y no veía fin al régimen de gobierno del general Porfirio Díaz. Con mayor o menor recato todos criticaban al gobierno.¹¹² Hasta el ex prefecto político del lugar, Francisco Villar, llegó proponiendo la candidatura de Pino Suárez a la vicepresidencia de la república.¹¹³

La sociedad y los jóvenes amigos conocían los acontecimientos en la lejanía nortea de Coahuila, Chihuahua y Sonora, o de los estados de Morelos, Puebla y de otros lugares de la república, a través de las noticias escritas y orales que muchas veces llevaban y traían los arrieros de Cotija que recorrían los caminos de la región y del país, así se enteraban de los levantamientos de Francisco Villa, Emiliano Zapata, Venustiano Carranza, José María Maytorena, Lucio Blanco, Eulalio Gutiérrez, Abraham González, Maclovio Herrera, Pablo González y de muchos otros.¹¹⁴

Aunque de oídas, la crudeza de las batallas era contada con el enriquecimiento natural de los mensajeros, que ha-

¹¹¹ Romero, José R., 1993, pp. 15, 16, 18, 19.

¹¹² *Ibid.*, p. 18.

¹¹³ Suárez, Luis, 1986, p. 20.

¹¹⁴ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-14, 15.



cían de ellas verdaderas epopeyas; en Michoacán y Jiquilpan, en el primer tramo de la Revolución de 1910 a 1911, mientras en otras partes del país se derramaba sangre, los grupos políticos que apoyaban a Madero se encontraban más entretenidos en la organización de la campaña política para la obtención de la gubernatura¹¹⁵ que en la preparación de grupos armados, a excepción de los brotes de Santa Clara, la Piedad, Charapan y Zamora.

EL COMIENZO DE TODO

Los acontecimientos que se producían en el norte o el sur y en el propio estado de Michoacán eran conocidos tarde o temprano por los concurrentes a la imprenta que administraba el joven Lázaro Cárdenas. Así, entre el trabajo de la tipografía y las charlas sobre el curso de la Revolución, les alcanzó e impactó el golpe de estado de Victoriano Huerta el 18 de febrero de 1913 y los asesinatos del presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez cuatro días después.¹¹⁶ De nuevo se prendió la mecha de la lucha armada, pero ahora con mayores dimensiones que en 1910.

Aunque por todas partes del país ardieron focos rebeldes en contra del general golpista, la revolución en Michoacán vino nuevamente del norte,¹¹⁷ donde se encontraban los jefes más importantes que habían enfrentado a Pascual Orozco y Bernardo Reyes en su intento por acabar con Madero, meses antes.¹¹⁸ Aquí se fueron incorporando, poco a poco, como bien ilustra Rubén Romero:

¹¹⁵ Hernández Díaz, Jaime, 1980, p. 74.

¹¹⁶ Ver Krauze, Enrique, 1987, pp. 95-108; Werner Tobler, H., 1994, p. 248; Aguilar Camín, H. y L. Meyer, 1995, pp. 43-45.

¹¹⁷ Ávila Espinosa, Felipe Arturo, 1991, p. 41.

¹¹⁸ Aguilar Camín, 1991, p. 143; Ávila Espinosa, 1991, p. 41; Werner Tobler, 1994, pp. 279, 280.

muchos eran los oprimidos, los que clamaban y ofrecían, a gritos, su sangre en aras de la revolución, pero de mi pueblo fuimos pocos los que tomamos el rifle con el aquel de que no nos hicieran menos las gentes de Coahuila o de Sonora que, como avalancha, inundaron nuestra región. Dizque había muchos revolucionarios, pero todos de pico, platicones que recorrían las tiendas pregonando su vieja admiración por las nuevas doctrinas. Todos ellos se quedaron en sus casas, cuidando de sus negocios, al amor de la familia, o curándose la gota, por mandato facultativo.¹¹⁹

En Coahuila, Venustiano Carranza, ex jefe del movimiento maderista en el norte y ahora gobernador constitucional por ese estado, ante los dramáticos sucesos ocurridos en la capital de la república con la asonada militar y el encarcelamiento de Madero y Pino Suárez, tomó la iniciativa y obtuvo el apoyo de la legislatura local, el 19 de febrero, para desconocer a Victoriano Huerta como presidente de la república y enfrentar todas las consecuencias.¹²⁰ Días después, el 26 de ese mes, fue firmado el Plan de Guadalupe,¹²¹ que fue en realidad la declaración de guerra al usurpador y los lineamientos para buscar el restablecimiento del orden constitucional.¹²²

desconocía a los tres poderes federales y a los gobernadores que le siguieran; designaba a Carranza Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo, quien se encargaría de convocar a elecciones tan pronto como toma-

¹¹⁹ Romero, José R., 1993, p. 296.

¹²⁰ León de Palacios A. y Miguel Palacios, 1985, p. 39.

¹²¹ Richmond, Douglas, W., 1986, pp. 40-41.

¹²² Silva Herzog, Jesús, 1975, p. 36.



ra la Ciudad de México; y que los jefes del ejército constitucionalista asumirían el gobierno provisional en los estados.¹²³

Para combatir a Huerta, los revolucionarios formaron

tres cuerpos militares: La División del Norte, encabezada por Francisco Villa, a partir de Chihuahua; el Ejército del Noroeste, dirigido por Álvaro Obregón, a partir de Sonora, y el Ejército del Noreste, al mando de Pablo González, a partir de Tamaulipas, Nuevo León y los estados del noreste.¹²⁴

Aunque Zapata no reconoció a Carranza, también se incorporó con sus ejércitos campesinos a la rebelión.

El movimiento revolucionario fue creciendo rápidamente y logró triunfo tras triunfo sobre los ejércitos federales. Más que en 1910, las clases medias del campo y la ciudad, así como campesinos e indígenas, abrazaron el movimiento armado. Así, participan en diferentes frentes militares y políticos empleados, mineros, maestros, rancheros, pequeños agricultores, medieros, miembros del antiguo ejército federal, tenderos, boticarios, etcétera.¹²⁵

En Michoacán, cuando Huerta comunicó el 18 de febrero sobre la nueva situación política del país, el gobernador Miguel Silva vaciló asumir una postura contraria al centro y convocó a los principales líderes del Partido Liberal Silvista para ponerse de acuerdo en torno de la posición a tomar.¹²⁶ No hubo consenso, a pesar de que el gobernador siguió en su puesto hasta el 19 de mayo, cuando el Congreso del Estado le

¹²³ Ulloa, Berta, 1997, p. 1118.

¹²⁴ Gilly, Adolfo, 1993, p. 161.

¹²⁵ Cfr. Córdova, 1992, pp. 36-70; Gilly, 1993, p. 162; Aguilar y Meyer, 1992, pp. 27-28.

¹²⁶ Mijangos Díaz, Eduardo, 1997, p. 87.

otorgó una licencia por tiempo indefinido. Su lugar fue ocupado por Alberto Dorantes hasta el 9 de junio. Después, entró Alberto Yarza durante mes y medio, siendo sustituido por Jesús Garza González, general huertista de mano dura desde el 1o. de agosto de 1913 hasta junio del año siguiente.¹²⁷ Ante la actitud vacilante de Silva, los generales Gertrudis G. Sánchez y José Rentería Luviano, además de Joaquín Amaro, Cecilio García, Juan Espinoza y Córdoba, Francisco de la Hoya, entre otros, desconocieron a Huerta y proclamaron su adhesión al movimiento constitucionalista, el 30 de marzo del año 13 en el poblado de Coyuca y nombraron a Martín Castrejón como gobernador de Michoacán.¹²⁸ A partir de aquí se empezaron a organizar los revolucionarios de estas tierras: formaron con los 28o. y 41o. cuerpos de rurales y rancheros voluntarios la División del Sur, al mando de Gertrudis G. Sánchez y, como segundo de abordó, José Rentería Luviano; emprendieron con Rentería y Amaro, relampagueantes campañas por el oriente, norcentro y occidente, acciones que llevaron a la toma de Zamora por las fuerzas de Luviano, hasta la hacienda de Guarachá, en donde fue derrotado el 2 de junio de 1913. Mientras que Amaro había atacado Puruándiro el 25 de mayo y el 3 de junio Uruapan.¹²⁹ Por su parte, “De la Hoya, Cecilio García y Pulido se concentraron en el cuartel general de Tacámbaro”.¹³⁰ lugar en el que se estableció el gobierno provisional encabezado por Martín Castrejón.¹³¹

En el mes de mayo se habían levantado también los hermanos Antonio y Jesús Contreras en Zamora, y a su paso

¹²⁷ Bravo Ugarte, J., 1995, p. 504; Romero, José R., 1993, pp. 112, 113, 121; Mijangos Díaz, 1997, pp. 90-91.

¹²⁸ Véase Moreno García, 1980, p. 49; Ochoa Serrano, 1993, pp. 20-21; Hernández Díaz, 1980, p. 82

¹²⁹ Ochoa Serrano, Álvaro, 1993, p. 20

¹³⁰ Moreno García, Heriberto, 1980, p. 51.

¹³¹ *Idem.*



por Jiquilpan se les sumó la caballería federal que ahí había. Sacaron a los presos de la cárcel, desarmaron a la guarnición, cortaron la línea de telégrafo, se apoderaron de armas, ropa y joyas de particulares, decomisaron unos 130 pesos de la oficina de rentas, quemaron los procesos levantados contra los revolucionarios jiquilpenses y, con 70 hombres, empezaron a merodear la región.¹³²

En la meseta tarasca de igual manera hubo indígenas que se incorporaron a la lucha, por el rumbo de Cherán, con Casimiro López Leco a la cabeza.¹³³ Por todos lados se hacían presente los alzados y los combates fueron cada vez más constantes en poblaciones importantes, en las que se aparecían las tropas de Sánchez, Luviano y Amaro.¹³⁴

A pesar de esta primera ofensiva revolucionaria,¹³⁵ el Plan de Guadalupe no fue conocido por la mayoría de la po-

¹³² *Ibid.*, p. 50.

¹³³ Véase Castillo, J. Jesús, 1988, pp. 11-118.

¹³⁴ Bravo Ugarte, Jesús, 1995, pp. 504-505.

¹³⁵ Así llamó Bravo Ugarte a esta etapa en contra del Huertismo y la cuenta como sigue: "Fue abierta desde Coyuca de Catalán, Gro. (30 marzo), por el coronel Gertrudis G. Sánchez con su 28? Cuerpo Rural, en el que era teniente coronel D. Joaquín Amaro. Dicho Cuerpo había pertenecido a las fuerzas maderistas norteñas y se hallaban en Guerrero combatiendo a los zapatistas. Sánchez se pasó inmediatamente a Michoacán, rico en recursos naturales y alto de tropas. Y en Huetamo (31 marzo) se le unió con parte del 41o Cuerpo Rural, su comandante José Rentería Luviano. Con Morelia por objetivo, tomaron, después de 7 horas de combate, a Tacámbaro (16 abril); pero allí el mismo cañón que disparaba, saltando hacia atrás, dejó seriamente herido de un pie a Sánchez, que fue conducido luego a Huetamo. Rentería Luviano sigue adelante y cae sobre Pátzcuaro, indefenso (20 abr.); pero suspende el avance, atendiendo militar Dorantes. Termina infructuosamente la tregua (mayo), Rentería Luviano reanuda su marcha sobre Morelia y entra, sin combate, en Zinapecuaro (18 mayo), combinado su movimiento con el de otros revolucionarios hacia Zitácuaro y Maravatío: más sus planes quedaron frustrados con la llegada a Zitácuaro de más de 300 juchitecos, recién rendidos a Huerta y mandados por el coronel Justiano Gómez, y con la entrada

blación michoacana, pues apenas circulaba de manera clandestina entre los simpatizantes de la causa.¹³⁶ Los letrados, los liberales y dirigentes sabían de su existencia y las propuestas para derrocar al régimen militar de Huerta.¹³⁷ Pero los campesinos que se sumaron, como dice Joseph Gilbert, lo hicieron más preocupados en la destrucción del poder político y económico absoluto de sus localidades, que les afectaba en un tema fundamental: la tierra.¹³⁸

En La Económica, los amigos comentaban los acontecimientos de Coahuila, Chihuahua, y Sonora, o de Morelos, Puebla, Michoacán y de otros lugares de la República, que conocían a través de las noticias escritas y orales que muchas veces llevaban y traían los cientos de arrieros que recorrían los caminos de la región. Así se enteraron de los levantamientos de Villa, Emiliano Zapata, Venustiano Carranza, José María Maytorena, Lucio Blanco, Eulalio Gutiérrez, Abraham González, Maclovio Herrera, Pablo González y de los fragores de las batallas.¹³⁹

El joven Cárdenas mostró al calor de las conversaciones fuertes simpatías por la causa revolucionaria, por lo que no es inaudito pensar que posiblemente desde entonces, empezara a madurar la idea de incorporarse a la rebelión, pues varios de sus amigos se hablan entusiasmado con esa po-

a Morelia (21 mayo), después de varias escaramuzas en el camino, del Lic. Fidencio Hernández, felicista, buen conocedor del territorio michoacano. Sin combatir, entra en Puruándiro (27 mayo) Amaro, y en Zamora (30 mayo) Rentería Luviano. En recio combate el coronel federal Abraham R. Aguirre vence a 2500 revolucionario en los cerros de Chongo y Villachuato (30 mayo), y en Guaracha (2 junio) a Rentería Luviano. Y Amaro, tras de 22 horas de combate, se apodera de Uruapan (3 jun.)..." Bravo, 1995, pp. 504-505.

¹³⁶ Romero, José R., 1993, p. 126.

¹³⁷ Ver Krauze, Enrique, 1987, pp. 35-36.

¹³⁸ Gilbert, Joseph M., 1991. p. 240.

¹³⁹ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-14-15.



sibilidad como Manuel Medina Chávez, Luis Cázares, Luis Martínez, Antonio Cervantes, Ignacio Lozoya, Enrique Canela, Francisco Álvarez y los hermanos Guerra, de la comunidad indígena de Los Remedios.¹⁴⁰

En esas noches de plática y sueños llegó a los amigos de la imprenta la noticia de la toma de Zamora por los 600 hombres que comandaba el general hueteño José Rentería Luviano, el 30 de mayo de 1913.¹⁴¹ En su camino a Jiquilpan, Luviano se detuvo en la hacienda de Guaracha, administrada en esos momentos por el viejo don Isabel Godines a quien la acordada dejó solo, al huir ante la cercanía de los alzados¹⁴² que buscaban dinero y vituallas para la causa. El arribo del huetameño ocasionó gran revuelo, pues hasta esas fechas ningún grupo revolucionario había llegado y entrado en aquel emporio.¹⁴³

Por las cercanías con Jiquilpan, o quizá por algún tipo de trabajo discreto que la imprenta había realizado antes y durante el maderismo, Rentería Luviano envió a la población un grupo de rebeldes bajo el mando del capitán Pedro Lemus. En La Económica solicitaron a Lázaro que imprimiera un manifiesto titulado *Mexicanos*, firmado por el general Tierra Calentano, los coroneles Cecilio García, Ponciano Pulido, de la Hoya y el teniente coronel ingeniero Alvérez.¹⁴⁴

Este hecho aceleró el ingreso del joven impresor a la lucha armada ya que, al terminar el manifiesto y enviárselo a Rentería Luviano, con Bruno Galeazzi y Enrique Canela, el general tuvo que desalojar rápidamente la hacienda, pues la plaza de Zamora había caído nuevamente en poder de los ejércitos huertistas y lo amenazaban parte de esas fuerzas

¹⁴⁰ *Idem*, I-16.

¹⁴¹ Ochoa Serrano, Álvaro, 1991, p. 146.

¹⁴² *Idem*.

¹⁴³ Moreno García, Heriberto, 1980, p. 146.

¹⁴⁴ Cárdenas del Río, L., 1972, I-15.

comandadas por el coronel Abraham R. Aguirre,¹⁴⁵ y los alzados huyeron a la región de Huetamo. La toma de Zamora por los ejércitos huertistas era de vital importancia militar por la zona estratégica en que se encontraba. Por ello, la Secretaría de Guerra, mandó al 48° regimiento de artillería a recuperarla.¹⁴⁶

Ante esos acontecimientos, por la noche de ese día, Lázaro y los amigos de la imprenta se reunieron en ella para recibir de Galeazzi y Canela los pormenores de los sucesos. Ahí estuvieron hasta altas horas de la noche: Luis Cázares, Manuel Medina Chávez, Luis Martínez, Ignacio Lozoya y Francisco Álvarez, que escucharon atentos la relación de los hechos.¹⁴⁷

A manos del huertista Aguirre llegó el famoso documento impreso por Cárdenas y se inició rápidamente la búsqueda de los impresores y de todos aquellos que habían ayudado al oriundo de Huetamo, una cacería en contra de sospechosos, acusados de simpatizar con Luviano. Llegaron a la imprenta y la registraron, volcando las cajas de los tipos, y quemando archivos y papeles.¹⁴⁸

Lázaro volvió a reunir a sus amigos para hablar de la necesidad de irse al monte, según relata Fernando Benítez.¹⁴⁹ Aunque Cárdenas en sus *Apuntes* dice que les planteó “la necesidad de salir de la población en busca de los revolucionarios, para incorporarse a ellos”¹⁵⁰ y aunque había entusiasmo entre los jóvenes, solamente Antonio Cervantes animó junto con él a emprender la aventura.¹⁵¹

¹⁴⁵ Moreno García, 1980, p. 51.

¹⁴⁶ *Idem.*

¹⁴⁷ Cárdenas, 1972, I-16.

¹⁴⁸ Benítez, Fernando, 1980, II-30, 31.

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 31.

¹⁵⁰ Cárdenas del Río, L., 1972, I-16.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 17.



Enterada doña Felícitas de que las milicias del gobierno buscaban a Lázaro, y quizá por algunas actitudes que venía observando en su hijo desde tiempo atrás, además de las pláticas que ambos sostenían sobre los acontecimientos, ya esperaba su partida con los revolucionarios. Por ello cuando Lázaro le hizo saber su pretensión de partir al poblado de Apatzingán para trabajar en la hacienda de la Concha, al lado de su tío José María del Río, ella le dijo: “no vas con José María, sé que te vas a la revolución”,¹⁵² y al decir esto, “lo expresó sin deprimirse”.¹⁵³

Apatzingán era un punto estratégico de la tierra caliente junto con Huetamo. Para todos era conocido que en las cuencas del Balsas y del Tepalcatepec el movimiento maderista era más activo que en otras regiones de Michoacán debido a su conexión con el vecino estado de Guerrero, que servía de puente para comunicar a la región con el de Morelos, donde operaban los zapatistas.

LOS PRIMEROS PASOS

El 18 de junio del año 13, al clarear el alba se despedían doña Felícitas y el futuro líder revolucionario Lázaro Cárdenas.¹⁵⁴ El joven salió rumbo a la hacienda de la Concha, en la tierra caliente de Apatzingán. Cuando empezó su andar llevaba en su conciencia: la historia de Jiquilpan; la tradición social del pensamiento liberal, en que lo había formado su padre; la imagen de la injusticia, en las acordadas de Guaracha, y las faenas de sol a sol, realizadas por los campesinos en los surcos de la hacienda; la lucha de las comunidades indígenas de la región por recuperar sus tierras y la pobreza en

¹⁵² *Ibid.*, p. 16.

¹⁵³ *Idem.*

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 18.

que vivían esos pueblos y los barrios de esa ciudad; así como las relativamente mejores condiciones de vida que tenían los pequeños propietarios y trabajadores de las tierras altas.

Cuando Cárdenas ingresó al movimiento revolucionario llevaba una idea clara del porqué se incorporaba. Por ello no es gratuito que Luis González y González haya distinguido cuatro rasgos importantes de la personalidad del jiquilpense al momento en que se unió a la Revolución, el 3 de julio de 1913: su laicismo y simpatía por los héroes civiles; su agudo sentido de la justicia; su ideal agrarista, y su patriotismo.¹⁵⁵

El joven Lázaro permaneció en la Concha los días que faltaban al mes de junio y los primeros de julio. Durante esos días recorría a lomo de caballo con sus primos José María y Enrique los cultivos y potreros, o ayudaba a don Sabino Navarro, contador de la hacienda, con los números y documentos; se enteró de la actividad militar del general Martín Castrejón (gobernador designado por Carranza) por los rumbos de la Huacana; del general Guillermo García Aragón, en las riberas del río Tepalcatepec; del coronel Cenobio Moreno en Parácuaro; en la región de Huetamo, del general José Rentería Luviano; en los pueblos limítrofes de Michoacán y Guerrero, de los coroneles Cecilio García, Ponciano Pulido y el ingeniero Salvador Alcaraz; y del general Gertrudis Sánchez, con el regimiento de Carabineros de Coahuila, al que pertenecían los coroneles Barranco, de la Hoya y Joaquín Amaro, en los parajes de Uruapan, Ario y Tacámbaro.¹⁵⁶

Alguna de esta información la obtuvo el joven jiquilpense a través de varios conocidos de la familia Cárdenas, por los cuales se fue enterando de los líderes y el rumbo revolucionario en la tierra caliente, por la que merodeaban los rebeldes antihuertistas, también conoció a otros simpatizantes

¹⁵⁵ González y González, Luis, 1978, p. 16.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 19.



de la causa, así como supo de la llegada a esas regiones de fuerzas federales procedentes de Morelia.¹⁵⁷

Eran los días de la primera gran ofensiva revolucionaria, entre los meses de marzo y julio de ese 1913, iniciada en el corazón de la tierra caliente en la cuenca del Balsas, en una población del estado de Guerrero llamada Coyuca de Catalán, por Gertrudis Sánchez y Rentería Luviano, a la que siguió una fuerte contraofensiva huertista en contra de los rebeldes alzados que duraría hasta mayo del año siguiente.¹⁵⁸

Los levantamientos revolucionarios llevaron al gobierno federal a militarizar casi todos los estados de la república, entre ellos Michoacán.¹⁵⁹ Los informes militares del gobernador huertista Alberto Dorantes señalaban que los rebeldes se encontraban por todas partes y la tierra caliente era prácticamente de ellos, sus fuerzas sumaban 6 000 hombres, en una región prácticamente inaccesible por su extensión y topografía.¹⁶⁰

Para enfrentarlos, el ejército del gobierno de facto llegó a tener a 100 000 hombres sobre las armas, muchos de ellos producto de la “leva” o “contingentes de sangre”, pues eran reclutados a la fuerza mientras trabajaban en el campo, en las cárceles o en las calles de los pueblos.¹⁶¹

Era el inicio de la temporada de lluvias, cuando la tierra se empieza a sofocar por las altas temperaturas y miles de mosquitos aparecen como nubes por doquier, cuando el 3 de julio habló Lázaro con su tío José María para despedirse de él, pues al otro día por la mañana saldría en busca de los revolucionarios. Tomó el camino a Buenavista Tomatlán, por el

¹⁵⁷ Cfr. Benítez, 1995, II-33; Cárdenas del Río, L., 1972, I-17, 18.

¹⁵⁸ Bravo Ugarte, Jesús, 1995, pp. 504-505.

¹⁵⁹ Mijangos Díaz, Eduardo, 1997, p. 90.

¹⁶⁰ Bravo Ugarte, 1995, p. 505.

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 91; Werner Tobler, H., 1994, p. 300.

rumbo de San Juan de los Plátanos, ya que en aquel lugar se encontraba el general Guillermo García Aragón.¹⁶²

Por la tarde del día 4 llegó a Buenavista y se presentó al general revolucionario solicitándole su incorporación al movimiento. Después de una larga conversación, el joven jiquilpense quedó incorporado al Estado Mayor de Aragón con el grado de capitán segundo, como encargado de su correspondencia, mientras regresaba el coronel Viguri, que ejercía esa comisión y se encontraba ausente.¹⁶³

De esa manera el joven Cárdenas tomó el título de revolucionario y el grado de capitán segundo. Varios historiadores atribuyen la entrada a las fuerzas revolucionarias con el pie derecho del jiquilpense a su excelente caligrafía. Sin embargo, es posible que haya pesado más la plática inicial que sostuvo con García Aragón, en la que le expuso las razones por las que quería enrolarse en la lucha contra la dictadura del general Victoriano Huerta. Sin duda Cárdenas tenía ideas muy claras a sus 18 años.

Así, a partir de Buenavista, empezaron de hecho las actividades Revolucionarias del joven Cárdenas. De ahí, a la conquista de Aguililla donde las fuerzas federales mostraron alguna resistencia y después salieron huyendo;¹⁶⁴ más tarde continuaron por las regiones “de Churumuco, Cayaco, El Jorullo, Apatzingán, Buena Vista, Acahuatoy Tancítaro, y el día 8 de septiembre [enfilaron a la Sierra Central por el rumbo del] Tejamamil cruzando en las orillas de Paracho hasta Aranza”,¹⁶⁵ tierras frías y de abundante lluvia en esta época.

En ese último pueblo purépecha se entrevistó García Aragón con el revolucionario natural de Cherán, Casimiro

¹⁶² Cárdenas del Río, L., 1972, I-19-20.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 20.

¹⁶⁴ Benítez, Fernando, 1980, II-36, 37.

¹⁶⁵ Cárdenas del Río, L., 1972, I-23.



López Leco,¹⁶⁶ quien era toda una autoridad moral y militar entre los pueblos indígenas de la meseta tarasca,¹⁶⁷ y de los 150 hombres que le seguían, con la finalidad de expulsar

a las compañías extranjeras que explotaban los bosques [de los naturales] de la Meseta Tarasca [...]. El general García Aragón lo invitó para que se incorporara a la columna y éste le pidió lo dejara en la zona desempeñando su misión de defender los bosques contra los explotadores y que se encargaría de reunir provisiones, armas y parque y a la vez serviría de enlace con fuerzas de otras zonas. El general estuvo conforme con esta proposición y el día 11 por la madrugada emprendimos la marcha [rumbo] a Purépero.¹⁶⁸

Leco habitualmente no bajaba de la zona serrana, región que conocía bastante bien y los indígenas lo identificaban como parte de ellos: había mutua confianza. La meseta era su medio natural, tanto para moverse o pasar inadvertido si era necesario, como para incorporar naturales a la lucha, que había emprendido por ellos para reclamar la tierra.¹⁶⁹

Ya para este mes de septiembre de 1913 en que se entrevistaron Aragón y Leco, Gertrudis G. Sánchez había asumido la gubernatura provisional revolucionaria del estado, ante la falta de interés de Martín Castrejón, quien ya no quería saber nada de ella, según dice Álvaro Ochoa,¹⁷⁰ mientras

¹⁶⁶ *Idem.*

¹⁶⁷ Castillo, J. Jesús, 1988, p. 16.

¹⁶⁸ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-23.

¹⁶⁹ Véase Friedrich, Paul 1981, p. 70.

¹⁷⁰ Ochoa Serrano, Álvaro, 1993, IV-21.

el norteño se incorporaba con nuevos bríos a la Revolución después del accidente de campaña con un cañón.¹⁷¹

AMARGA EXPERIENCIA

En Purépero pensaban los revolucionarios de Aragón abastecerse de armas y municiones, pero las ansiadas armas que a través del cura del lugar les harían llegar nunca aparecieron. Por el contrario fueron atacados por el ejército federal integrado por 600 hombres bien pertrechados, al mando del general Rodrigo Paliza, mientras otros 200 efectivos enemigos los rodeaban por la región de Acuitzeramo.¹⁷²

El sorpresivo ataque y la falta de armas ocasionaron una desbandada de los rebeldes, que salieron como pudieron del lugar. No pararon hasta la sierra del Tigre, en donde pudieron contabilizar los estragos: 10 muertos, 5 prisioneros, 14 heridos y 80 desaparecidos. Después de esta experiencia fuera de la tierra caliente, los de Aragón decidieron regresar a ella y concentrarse en Acahuato,¹⁷³ lugar en el que el general les dio a

conocer la situación de la tropa revolucionaria, manifestando se veía obligado a internarse al estado de Guerrero por el rumbo de la Hacienda de Balsas, para continuar por Coahuayana y la Unión, situada en la costa del Pacífico, en donde esperaba encontrar pertrechos y grupos armados que le habían anunciado se incorporaría a su columna. Que dejaba en

¹⁷¹ Véase la narración sobre el caso, que hace José Rubén Romero en su libro *Mi caballo, mi perro, mi rifle*, 1993, pp. 309, 310, 311.

¹⁷² Cárdenas del Río, L., 1972, 1-23-24.

¹⁷³ *Ibid.*, p. 24.



libertad a los jefes que quisieran quedarse en Michoacán; sólo les pedía se mantuvieran en contacto con él.¹⁷⁴

Los alzados estaban en desventaja ante el mejor pertrechado ejército de Huerta, por las armas que portaba y la organización militar que tenía, así como por la falta de lazos y comunicación con otros movimientos del país. Por ello, Rentería Luviano había enviado Salvador Alcaraz Romero, cuando estuvo en Guaracha, a Coahuila, para que informara a Carranza de lo que sucedía en Michoacán y solicitarle el apoyo necesario para armar a la División del Sur; Alcaraz Romero regresó seis meses después con las manos vacías, y contando exclusivamente, como ya se venía dando, con la ayuda del guerrerense Rómulo Figueroa.¹⁷⁵

Sucedió en realidad lo que Rubén Romero describe en *Mi caballo, mi perro y mi rifle*: “[...] lo cierto es que nos tienen abandonados y que la Revolución en Michoacán importa muy poco a las gentes del Norte”.¹⁷⁶ Por ese motivo, había apuntado antes,

Con las carrilleras vacías, las batallas se tienen que librar contra el hambre, replegados en algún rincón de Tierra Caliente, o en las cumbres de las más altas montañas [...]. Noches cerradas de tormenta escuchando la artillería de grueso calibre que desgaja encinas en torno nuestro; días de ayuno forzoso en los que sentimos envidia de nuestros caballos porque pastan en la hierba; horas de sobresalto en las que nos echamos a temblar porque un terrón se desprendió de la ladera y ha venido rodando a nuestros pies. Todo, porque nuestros cargadores están vacíos y la impotencia nos torna medrosos y pesimistas.

¹⁷⁴ *Ibid.*, pp. 24, 25.

¹⁷⁵ Ochoa Serrano, Álvaro, 1993, IV-21.

¹⁷⁶ Romero, José R., 1993, p. 312

“Los poetas aseguran que es muy bello dormir bajo un cielo estrellado y que los rayos de la luna embalsaman el alma y perfuman el pensamiento. ¡Qué bien se conoce que tales sujetos urden con hilos de imaginación sus estrofas y no han sido nunca alzados en armas! Al rebelde, que se esconde del enemigo, son importunos los rayos de la luna, por más que prendan guedejas románticas en los árboles y extiendan mantones de luz inconsútil en las praderas. La luna no hace el milagro de suavizar la tierra que sirve de lecho, ni los troncos que sirven de almohada. ¿Puede la luna, aunque así lo aseguren los poetas, curar con un beso las heridas, ni deshinchar los pies encarcelados durante largo tiempo en unos recios botines de gamuza?¹⁷⁷

Esa era la dura realidad de los revolucionarios michoacanos y de las tropas de Aragón. En Acahuato, Lázaro Cárdenas fue asignado a la partida del capitán Primitivo Mendoza, y después de la dispersión por la batalla siguieron los posibles pasos del general según los puntos que había dicho utilizaría hasta cruzar a Guerrero. Aunque tenían noticias de él no lo alcanzaron. Se tirotearon en el camino con grupos que no simpatizaban con la Revolución. Llegaron hasta la región de Aguililla, de donde regresaron rumbo a Úspero, por donde andaba Cenobio Moreno y se incorporaron a sus fuerzas. Lo encontraron en la hacienda de la Colorada, con sus 300 hombres bien montados, pero mal armados.¹⁷⁸

Había mucho que hacer y poco parque para intentarlo, mientras el ejército huertista estaba muy bien pertrechado en pleno apogeo de su contraofensiva iniciada en el mes de julio.¹⁷⁹ En Úspero se reunieron con Martín Castrejón

¹⁷⁷ *Idem.*

¹⁷⁸ Cárdenas del Río, L., 1972, I-26.

¹⁷⁹ Bravo Ugarte, Jesús, 1995, p. 504.



y de ahí, sus hombres, los de Moreno y Mendoza, enfilaron rumbo a la hacienda de Zicuirán, que durante algunos días utilizaron como centro de operaciones para incursionar por lugares vecinos. Hasta allá llegaron los federales al mando de Prado y Tapia y los hicieron huir como tantas otras veces, ahora corrían por el rumbo de la Huacana hasta la hacienda de San Pedro Jorullo, propiedad del general Martín Castrejón.¹⁸⁰

DE CARA AL TIEMPO

Ante la fuerte presencia de los ejércitos federales en toda la tierra caliente y algunos intentos fallidos por asentar golpes a las fuerzas huertistas,¹⁸¹ el general Martín Castrejón manifestó la conveniencia de dividir a la columna revolucionaria en grupos que operasen distintas zonas.¹⁸² Así fue como a mediados de octubre de 1913 se dispersaron los rebeldes michoacanos y se dividieron para sobrevivir y poder continuar la lucha a través de la guerra de guerrillas.

Cenobio Moreno merodearía por los alrededores de Parácuaro; Eleno Carrillo se quedaría en los de Churumuco; Primitivo Mendoza incursionaría por la Sierra de Coalcomán; Martín Castrejón, en las inmediaciones de la hacienda de San Pedro Jorullo, y nuestro personaje, Lázaro Cárdenas, caminaría rumbo a las tierras altas de la región de Jiquilpan, con la idea de reunir gente para la causa.¹⁸³ Con Refugio Tejeda pasaron por la Concha y ante la presencia de los militares enemigos enfilaron rumbo a Jiquilpan, al pie del cerro de San Francisco. Atrás quedaba su primera experiencia como

180 Cárdenas del Río, L., 1972, I-27.

181 *Ibid.*, p. 28.

182 *Ibid.*, p. 29.

183 *Idem.*

revolucionario. Y las lecciones que seguramente le dejó la tierra caliente, tanto en lo militar, por los malabares que tuvieron que hacer para sobrevivir, como la visión del mundo que de ahí obtuvo.

Como en otras partes de la república, las tierras de las haciendas eran ricas en recursos naturales y productivas, pero los pobladores, indígenas o mestizos, vivían en la miseria; sus humildes viviendas eran casuchas de un solo cuarto, hechas a base de adobe y paja; por cama algún petate; y de alimento, maíz y frijol, en el mejor de los casos.¹⁸⁴

Cárdenas observó que los problemas de la ciénaga de Chapala y los alrededores de Jiquilpan eran similares a los de otros lugares. Encontró que en

la tierra templada, la fría de las montañas y los bosques de la meseta tarasca, o la cálida y casi virgen del sur [...], prevalecían haciendas y millares de hombres vivían miserablemente de obrajeros, de peones y de campesinos pobríssimos [*sic*]. Michoacán estaba congelado desde el siglo XVI y ni la muy lejana Independencia, ni la guerra contra los franceses, ni la dictadura de Porfirio Díaz, habían modificado la miseria, el fanatismo y la ignorancia.¹⁸⁵

Tal vez el estado y la región de la tierra caliente no se encontraban tan congelados como dice Benítez, pero sí tiene razón en las grandes contradicciones sociales y económicas que había entre la población, a las que se aunaban las condiciones insalubres de esos lugares. De ahí que Cortés Zavala afirme que la tierra caliente era un microcosmos de la problemática nacional al que de manera directa se enfrentó por

¹⁸⁴ Benítez, Fernando, 1980, II-34.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 44.



vez primera el joven Lázaro,¹⁸⁶ y en la que la “concentración de la propiedad, la producción y el poder político [estaba] en manos de un reducido número de familias”.¹⁸⁷

Así fue como la campaña de la tierra caliente, de la meseta tarasca y de la región de Purépero vieron pasar a las fuerzas revolucionarias con Lázaro Cárdenas en ellas. Etapa difícil, de dar y correr, de perseguir y verse perseguido, de ganar y ser derrotados, en la que la peor parte la llevaron los insurrectos, por la fuerte militarización gubernamental desplegada en las diferentes regiones de Michoacán, particularmente la difícil tierra caliente, que por su geografía y clima, se había convertido en un refugio rebelde inexpugnable hasta mediados de 1913.

La estadía en Jiquilpan de Cárdenas no fue fácil, por lo que tuvo que trasladarse a la ciudad de Guadalajara en donde trabajó algún tiempo en la fábrica de cervezas La Perla. En esa ciudad se enteró por la prensa de la invasión estadounidense al puerto de Veracruz,¹⁸⁸ sucedida el día 21 de abril de

¹⁸⁶ Arreola Cortés, Raúl, 1995, p. 32.

¹⁸⁷ *Idem.*

¹⁸⁸ Cárdenas del Río, 1972, 1-45. Aunque abordaremos a continuación el asunto de las relaciones entre Huerta-Wilson Carranza, es importante anotar una serie de trabajos que han abordado el caso, que al verlos en conjunto enriquece la visión del conflicto de la intervención estadounidense en Veracruz, por las fuentes diplomáticas utilizadas y las diferentes ideas que vierten sobre el mismo. Entre los fuereños, tenemos a: Cumberland, 1993, pp. 253-290; Py Pierre, 1991, pp. 90-219; Dirk Raat, 1993, pp. 239-254; Katz, 1992, pp. 143-234; Reed, 1989, pp. 163-178; Alperovich y Rudenko, 1978, pp. 145-185; Mason Hart, 1992, pp. 377-445; Knight, 1986, 11-691-710; Calvert, 1978, pp. 173-378. Entre los de adentro, que abordan el problema de la injerencia estadounidense están: Mancisidor, 1977, pp. 213-263; Zebadúa, 1994, pp. 33-118; Serrano Migallón, 1981, pp. 35-59. Los que vieron de cerca el proceso de la invasión estadounidense, tenemos a: O’Shaughnessy, 1971; Ver a Español, 1983, pp. 354-373; Palavicini, 1937, pp. 221-32. También están las crónicas de Alfonso Taracena, 1991.

1914. El 6 de mayo, 15 días después de tales acontecimientos, decidió regresar a su pueblo natal, en donde se vio obligado a esconderse y andar de un lado para otro, ya que existía una orden de aprehensión en su contra. A la Prefectura del lugar habían llegado noticias de su participación en la tierra caliente con los rebeldes y pretendían ponerlo tras las rejas, como la habían hecho ya con su amigo Manuel Medina, aunque otros corrieron con menor suerte al ser asesinados.¹⁸⁹

Intentó salir de Jiquilpan y encaminarse al Bajío con la intención de incorporarse nuevamente a las filas revolucionarias, pero fue aprehendido y conducido a la cárcel del lugar, de donde se fugó, para esconderse en las casas de sus parientes los Novoa Pinedo y familias amigas, como los Ayala o los Gálvez.¹⁹⁰

Andando en esos trajines, el 19 de junio de ese año 14, llegaron a Sahuayo las fuerzas rebeldes de José Morales Ibarra, a quien nuestro personaje se presentó, aprovechando las sombras de la noche para solicitar su incorporación a las fuerzas que comandaba. Tres días después, se enteró de que Eugenio Zúñiga, al mando de 700 hombres, había entrado a Jiquilpan. Como ambos se conocían, pues habían combatido juntos a las órdenes de García Aragón en la tierra caliente un año antes, se le presentó enseguida y el 21 quedó integrado al Estado Mayor del “jefe” Zúñiga, como le llamaban sus seguidores.¹⁹¹

Este segundo encuentro de Cárdenas con la Revolución se dio en medio de las negociaciones de Huerta para que las fuerzas armadas estadounidenses desocuparan Veracruz; de la exigencia de Carranza a Wilson para que respetara la so-

¹⁸⁹ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-46-48.

¹⁹⁰ *Ibid.*, pp. 47-48.

¹⁹¹ *Ibid.*, pp. 49-50.



beranía nacional,¹⁹² y de la segunda ofensiva revolucionaria en contra del gobierno de facto, que había reanimado a los rebeldes michoacanos acaudillados por Gertrudis G. Sánchez,¹⁹³ y que le llevarían a derrocarlo.

La incorporación del jiquilpense de 19 años en la filas de la Revolución, sería definitiva en el devenir que la historia le deparaba, particularmente su relación temprana (en 1915) con el general Plutarco Elías Calles y con lo que más tarde se llamaría grupo Sonora, que le llevarían a ocupar la gubernatura de su estado natal y la presidencia de la República, cargos donde puso en práctica sus ideales sociales, adquiridos desde temprana edad en la lejana Jiquilpan y que maduró a lo largo del proceso revolucionario que le tocó vivir.



¹⁹² Véase Cumberland, 1993, pp. 265-278; Katz, 1992, 1-232-234; Dirk Raat, 1993, pp. 239-240.

¹⁹³ Bravo Ugarte, Jesús, 1995, p. 507.

Lázaro Cárdenas del Río: Primeros pasos de un estudio biográfico (1895-1915)

Olivia Gall¹

CEIICH, UNAM

El problema no reside en negar lo individual bajo pretexto de que es objeto de contingencias, sino de sobrepasarlo, de distinguirlo de las fuerzas diferentes de él, de reaccionar contra una historia arbitrariamente reducida a la función de los héroes quintaesenciados: no creemos en el culto de todos esos semidioses, o, dicho con mayor sencillez, nos oponemos a la orgullosa frase unilateral de Treitschke: "los hombres hacen la historia". No, la historia también hace a los hombres y modela su destino: la historia anónima, profunda y con frecuencia silenciosa, cuyo incierto pero inmenso campo se impone ahora abordar.

FERDINAND BRAUDEL²

¹ Olivia Gall es doctora en Ciencia Política por el Institut d'Études Politiques, Francia; es investigadora del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades (CEIICH) de la UNAM y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

² Braudel, Ferdinand, 1986, pp. 26-27.

Como todo objeto de estudio que entra en el campo de la historia contemporánea, para los historiadores, la vida de Lázaro Cárdenas se encuentra colocada en ese espacio que Eric Hobsbawm llama “entre azul y buenas noches”. Un espacio situado entre la historia y la memoria, entre “el pasado visto como un registro generalizado abierto a una inspección relativamente desapasionada, y el pasado como una parte recordada de la propia vida o como su telón de fondo”.³ Por eso, cuando el historiador dialoga con la historia contemporánea penetra en una dimensión “a veces brumosa a veces aparentemente precisa, ya que esta historia es todavía parte suya aunque ya no se encuentre precisamente a su alcance”.⁴ El hecho de que los personajes de la historia contemporánea estén situados en ese espacio hace que los construyamos no necesariamente pensando en dialogar con su vida, situándola en su propio tiempo histórico, sino en dialogar con ella de tal manera que nuestra película acerca de cómo el presente llegó a ser lo que es no entre en contradicción con nuestra visión del presente. Y no es que la historia esté desligada del presente, ni tampoco que sea totalmente incorrecto, como dice Braudel, que se le pida “a la Historia que demuestre sus virtudes y su utilidad frente a lo actual. [...] Nadie puede negar la utilidad, a veces muy grande, de dar la vuelta y retroceder”. Sin embargo, “un historiador tiene una manera que le es propia de interesarse por el presente. Por regla general se interesa por el presente para mejor desprenderse de él”.⁵ Sin embargo, la historiografía mexicana contemporánea ha cultivado en buena medida el aspecto

³ Hobsbawm, Eric, 1989, p. 3.

⁴ *Idem.*

⁵ Braudel Ferdinand, 1986, pp. 185-186.

mítico de los sucesos o de los personajes que la habitan. En otros términos, no necesariamente se ha interesado por el presente para mejor desprenderse de él, sino que ha procedido a reconstruir el pasado de tal manera que responda a la forma muy peculiar en la que el presente engarza el tiempo histórico real con el tiempo mítico. Como lo escribe Paul Garner, biógrafo de Porfirio Díaz, “aquellos que hemos lidiado con [la historia contemporánea de México hemos lidiado inevitablemente con] el problema del mito en ella”.⁶ Esto es peligroso en el qué hacer de la historia porque, como lo dice Octavio Paz,

rito y mito son realidades inseparables. En todo cuento mítico se descubre la presencia del rito, porque el relato no es sino la traducción en palabras de la ceremonia ritual: el mito cuenta o describe el rito. Y el rito actualiza el relato; por medio de danzas y ceremonias el mito encarna y se repite: el héroe vuelve una vez más entre los hombres y vence los demonios [...], el tiempo que acaba renace e inicia un nuevo ciclo. [...] En todas las sociedades existen dos calendarios. Uno rige la vida diaria y las actividades profanas; otro, los periodos sagrados, los ritos y las fiestas. El primero consiste en una división del tiempo en porciones iguales: horas, días, meses, años. Cualquiera que sea el sistema adoptado para la medición del tiempo, éste es una sucesión cuantitativa de porciones homogéneas. En el calendario sagrado, por el contrario, se rompe la continuidad. La fecha mítica adviene si una serie de circunstancias se conjugan para reproducir el acontecimiento. A diferencia de la fecha profana, la sagrada no es una medida sino una realidad viviente, cargada de fuerzas sobrenaturales, que encarna en sitios determinados. En la representación profana del tiempo,

⁶ Garner, Paul, 2001, pp. 14-15.



el 1o. de enero sucede necesariamente al 31 de diciembre. En la religiosa, puede muy bien ocurrir que el tiempo nuevo no suceda al viejo.⁷

Contrariamente a la poesía, la historia debe intentar desenredarse del indispensable ritual que construyó, que sigue construyendo y que alimenta el acto de investir al objeto de estudio de una cualidad heroica. Debe tratar de desprenderse del calendario sagrado en el que su objeto también vive. Claro que ese ritual y ese calendario son partes indispensables de la realidad histórica, por lo que la historia no puede ni debe ignorarlos. Si lo hiciera, presentaría imágenes históricas totalmente carentes de la multidimensionalidad que caracteriza la vida humana, y contribuiría a aquella historia fría y árida que no sabe hablar de la cultura, que es la dimensión simbólica de todas las cosas y que, por lo mismo, está empalmada con todas las cosas.

No se trata entonces de ignorar esa dimensión, pero sí es pertinente tratar de ver ese ritual y ese calendario religioso desde la distancia analítica. De lo contrario, los estudios históricos caerían en el gran riesgo —no menor que el anterior— de volverse parte de este ritual y de este calendario, alimentando así la mitificación del héroe. Una mitificación que, en este caso, como lo plantea Barthes, “está constituida por la pérdida de la cualidad histórica de las cosas”, por lo que “tiende no sólo a sofocar sino a obliterar completamente el contexto histórico”.⁸

En el caso de la historia de vida de Porfirio Díaz, por ejemplo, la mitificación, como lo sabemos, ha corrido peligrosamente entre dos polos: la apología cuasi redonda, construida por sus seguidores y admiradores de fines del siglo

⁷ Paz, Octavio, 1995, 1-73-88.

⁸ Barthes, Roland, 1972, pp. 142-143.

XIX y principios del XX, y la condena cuasi redonda, construida por sus detractores a partir de poco antes de la Revolución de 1910. En ambos casos, sobre Díaz hemos contado por ello con una historiografía básicamente empobrecida por la mitificación, qué contribuye a obliterar el contexto histórico en el que esta vida se desarrolló y no acaba de interpretar correctamente la cualidad histórica de un personaje crucial para la historia contemporánea mexicana.

Por su parte, la historia de la vida del general y presidente Cárdenas, situada como lo está en la historia contemporánea de México y, por lo tanto, no sólo en esa área por definición compuesta de claroscuros de la que habla el autor de *La era del imperio*, sino también dentro de la ola por mucho tiempo casi religiosa de la historiografía mexicana de la Revolución de 1910, exige por ello ser reestudiada y desmitificada. Como uno de los personajes cruciales de la historia mexicana del siglo XX, Cárdenas generó en vida, y ha generado después de su muerte, admiradores y detractores, todos ellos actores fundamentales en el proceso de su mitificación. Muchos de los libros en los que se discute la personalidad, las ideas, los logros y los desaciertos de Lázaro Cárdenas del Río como militar, como gobernador, como secretario de Estado o como presidente, han sido escritos con el objetivo explícito de analizar las realidades histórico-políticas regionales o nacionales en las que él fue uno de los actores centrales, pero con la tendencia implícita, casi inevitable, de homenajearlo o de condenarlo. Entre estos, los más importantes son sin duda los libros de Nathaniel y Sylvia Weil, Leonel Durán, Tzvi Medin, Arnaldo Córdova, Luis González, Alicia Hernández Chávez, Adolfo Gilly y Raquel Sosa.⁹ La mayoría de estos trabajos se entran

⁹ Se presenta aquí una lista reducida, pero más completa que la arriba mencionada, de los trabajos importantes con estas características:



en los años en los que Cárdenas gobernó México, y el enfoque con el que fueron escritos no es biográfico.

Por otra parte, los trabajos de corte biográfico escritos sobre Cárdenas no son muchos, y la mayoría de ellos sigue siendo básicamente apologética. Entre estos estudios que abarcan el conjunto de la vida de Cárdenas, o una parte de ella, podemos citar, de Froylán Manjarrez y Gustavo Ortiz Hernán, 1933, *Lázaro Cárdenas*. 1. *Soldado de la revolución*. 2. *Gobernante*. 3. *Politico nacional*; de José Romero, 1933, *Lázaro Cárdenas, su niñez y juventud hasta la época actual a través de mis recuerdos*; de Pere Foix, 1947, *Cárdenas*; de William Cameron Townsend, *Lázaro Cárdenas, demócrata mexicano*, cuya segunda edición de 1976 amplía y completa la de 1954; de Carlos Alvear Acevedo, 1972, *Lázaro Cárdenas: El hombre y el mito*; de Roberto Blanco Moheno, 1972, *Tata Lázaro: vida, obra y muerte de Cárdenas*; de Heberto Castillo, 1974, *Cárdenas, el hombre*; de Hilda Muñoz, 1975, *Lázaro Cárdenas*; de Roderic Ai Camp, 1982, *La formación de un gobernante*; de Enrique Krauze, 1987, *General misionero*, Lázaro Cárdenas; de Amalia Solórzano de Cárdenas, 1994, *Era otra cosa la vida*; de Carmen de la Fuente, 1996, *Lázaro Cárdenas, palabra de hombre*, y de Miranda Poblett, 2002, *Lázaro Cárdenas*. De todos estos estudios, sólo unos cuantos han tratado conscientemente de contribuir a desenredar, en

Nathaniel y Sylvia Weil, 1939; Ashby, 1946; Novo, 1964; Benítez, *Entrevistas...*, 1979 y *En torno a...* 1987; Friedrich, 1981; Durán, 1972; Medin, 1972; Raby, 1974; Córdova, 1974; Corona, 1975; Arturo Anguiano, 1975; Silva Herzog, 1975; Víctor Villaseñor, 1976; González y González, *Los artifices...*, en *Historia de la Revolución Mexicana*, t. XIV, 1979; Michoacán, 1980, y *Los días...*, 1981; Hernández Chávez, 1979; J. Meyer, 1979; Ambriz y León (eds.), 1982; Hamilton, 1983; Basurto, 1983; Ramos Arizpe, 1984; León y Marván, 1985; Knight, 1986; M. Meyer y W. Sherman, 1987; Von Metz, Radkau, Spenser y Pérez Montfort, 1988; Martínez Assad, 1990; Santos, 1996; Gilly, *El cardenismo...*, 1994 y *Tres imágenes...*, 1997; Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, 1995; Sosa, 1996.

torno a la vida de Tata Lázaro, el tiempo presente del tiempo pasado, y el calendario real de los calendarios míticos que enmarcan su vida. Resulta claro, por otra parte, que ninguno de ellos está cerca de alcanzar el nivel de profundidad y de seriedad académica —una combinación entre el rigor del rescate de los datos y la riqueza de la interpretación— de las biografías escritas en los últimos años sobre otras figuras políticas mexicanas importantes, como Emiliano Zapata,¹⁰ Benito Juárez,¹¹ Porfirio Díaz,¹² o Francisco Villa.¹³ Dado que Cárdenas es sin duda alguna uno de los dos o tres principales estadistas mexicanos del siglo XX y una figura política importante y polémica a nivel internacional, esta tarea resulta urgente y necesaria. Sería importante abordarla aunque hayamos incursionado poco, hasta ahora, en el trabajo de construir biografías político-culturales. Quizás, como decía Sor Juana, “callamos no porque no tengamos nada que decir, sino porque no sabemos cómo decir todo lo que quisiéramos decir”. Caben aquí dos preguntas: ¿no sabemos cómo decirlo sin seguir contribuyendo a alimentar el mito? o, más bien, ¿no queremos ya decirlo, si con ello contribuimos a reproducir el mito, desde el campo de la historia tradicional —la historia de los sucesos, de los acontecimientos— en la que el género histórico-biográfico ha estado generalmente colocado? Si lo segundo es cierto podríamos tratar de decirlo de otra forma, por ejemplo incursionando en construir biografías desde una visión teórico-metodológica que engarce la triple perspectiva histórica del tiempo; el tiempo del suceso, el tiempo coyuntural y el tiempo estructural o la dimensión de larga duración del tiempo, en la que el tiempo mítico ocupa sin duda un lugar de peso y los obstáculos al cambio son

¹⁰ Womack, John, 1979.

¹¹ Weeks, Charles, A., 1987; Hamnett, Bryan, 1994; Ridely, Jasper, 2001.

¹² Garner, Paul, 2001.

¹³ Katz, Friedrich, 1999.



tan importantes como los factores que lo promueven.¹⁴ Una perspectiva que, en este caso, requiere de abordar el estudio de las fuentes desde el nivel de lo local (Jiquilpan de Juárez a fines del porfiriato y durante la Revolución); de lo regional(-básicamente Michoacán y Sonora para el mismo periodo); de lo nacional (el contexto de la Revolución Mexicana), y de lo internacional (sobre todo la historia de Europa, Estados Unidos y América Latina durante este periodo).

UN NIÑO DE UNA MUY MODESTA FAMILIA LIBERAL DEL PORFIRIATO MICHOACANO

En 1891, la dictadura porfiriana estaba cumpliendo casi 15 de los 30 años que conformaron su vida, cuando Tomóchic o Tomochi, un pequeño pueblo perdido en las montañas occidentales de Chihuahua, se sublevó. Al principio, la rebelión no parecía ser muy distinta de otras varias que se estaban produciendo en esa época en Sonora, Coahuila y Chihuahua, a raíz de la política de control de la frontera norte mexicana que el Estado porfirista había empezado a desarrollar unos años antes. La razón de esa política era clara: el norte, una región estratégica por su cercanía con Estados Unidos, se había convertido en la región más próspera y moderna del país. El poderoso vecino del otro lado del Río Bravo tenía una gran influencia sobre ella, y había muchos conflictos entre sus sectores tradicionales –formados tanto por algunos de los integrantes de las viejas oligarquías, los colonos militares incluidos, como por los casi 50 000 indígenas de la zona– y sus sectores modernizados, que ya no respondían a las relaciones de tipo colonial ni en las haciendas ni en las nuevas industrias. Una de las principales conquistas ganadas a pulso durante los siglos XVIII y XIX, tanto por los colonos

¹⁴ Braudel, Ferdinand, 1986.

militares como por los indios, era, en esta región, la autonomía municipal. Díaz se dedicó a minar esta conquista para poder imponer autoridades que le fueran más fieles a él y a su régimen. En Tomóchic, la revuelta estalló como protesta por la imposición de un alcaide,¹⁵ que era familiar del jefe de distrito y que obligaba a los habitantes del lugar a trabajar a cambio de salarios muy bajos en tierras que eran de su propiedad o de la de José Yves Limantour, el ministro de Hacienda del gobierno federal. Ante la protesta de algunos por esta realidad, el nuevo alcaide los reprimió, obligándolos a ser reclutados por la leva, destinada a alimentar de soldados al ejército federal, y determinó que la ruta de la plata desde las minas hasta los puestos de venta ya no pasara por este pueblo. Los aldeanos, furiosos, se levantaron, expulsaron al alcaide y derrotaron a los federales enviados para acallarlos. Como lo había hecho con otros pueblos enojados, el gobierno trató entonces de pactar con ellos, pero no hubo manera. Su negativa se debió, entre otras cosas, a que los dos cabecillas de la rebelión, los hermanos Cruz y Manuel Chávez, formaban parte del culto mesiánico a Teresita, la santa de Cabora. Teresa Urrea (1872-1906) había nacido en Ocorini, Sinaloa, pero se le conocía de acuerdo con el nombre de Cabora, la hacienda sonoreense donde vivía. Era una adolescente sin educación, que desde los 12 años sufría ataques de epilepsia, bendecidos, según la imaginación popular, con poderes curativos que se convirtieron en una cruzada personal por la sanación de enfermos. En un tránsito inexplicable, Teresita pasó a una madurez emotiva cargada de claridad política contra el porfiriato. Cuando las fuerzas federales atacaron a los habitantes de Tomóchic, estos, conducidos por Cruz Chávez, estaban iniciando una procesión hacia Cabora para ver a Teresita. Este hecho incrementó la mitología sobre el

¹⁵ Palabra con la que se designaba lo que hoy es el presidente municipal.



rol anticipador de la santa de Cabora. A partir de ese momento, los habitantes de Tomóchic sintieron que Dios estaba de su lado y que hacer pactos con el gobierno era hacerlos con Satanás. De hecho, ellos estaban convencidos de lo que decía su líder Cruz Chávez en el sentido de que “en los cuerpos de aquellos que pelean por la ley de Dios no penetran las balas del diablo”. Esta convicción se fortaleció debido a que en dos ocasiones 80 hombres del pueblo lograron derrotar alrededor de 500 federales. Fueron finalmente 1 200 los hombres del gobierno que, en 1892, lograron derrotar a los arrojados aldeanos de Tomóchic. A pesar de que los primeros lograron matar a 500 de sus agresores, estos los hicieron pedazos, ejecutaron a su jefe y mataron a sangre fría a los 80 hombres del pueblo. Teresita fue perseguida y deportada a Estados Unidos, en donde se convirtió en patrona de los indios de aquel lado de la frontera.¹⁶ El norte mexicano y otras regiones del país vivieron muy mal la crueldad y la saña porfiriana contra este pueblo. Tan es así que la victoria sobre él se constituyó más bien en el principio de la derrota para Díaz. En efecto, aunque don Porfirio tuvo que moderar su política de expropiación de tierras, de imposición de autoridades y de cuenta represión a toda oposición —“¡mátenlos en caliente!”—, esta rebelión fue la semilla que haría crecer otros levantamientos importantes, como el de Río Blanco y el de Cananea, de principios del siglo XX; y todos ellos, poco a poco, llevarían a la dictadura porfirista a la derrota final.

El martes 21 de mayo de 1895, tres años después de esta masacre que el país aún no olvidaba, en la ciudad de Jiquilpan de Juárez, situada en el noroeste del estado de Michoacán, nacía Lázaro Cárdenas del Río quien sería presidente de México entre 1934 y 1940, a quien los campesinos y los

¹⁶ Vanderwood, Paul J., 2003; Illades Aguilar, Lilián, 1993; Katz, Friedrich, 1999 y 2001.

indígenas mexicanos llamarían Tata Lázaro¹⁷ y que se convertiría en el estadista mexicano de mayor talla internacional durante el siglo XX.¹⁸

Cuando Lázaro nació, el mundo industrializado y desarrollado se encontraba sumergido en la antepenúltima década de la era del imperio, una época que se extendió entre 1875 y el estallido, en 1914, de la Primera Guerra Mundial. Como lo escribe Hobsbawm, para las clases medias europeas, este largo periodo abierto por la “era del capital” (1848-1875), fue de una tranquilidad casi diáfana, marcada por un patrón de progreso continuo que se rompió inédita y dramáticamente en 1914. Si de alguna hecatombe se oyó hablar en el siglo XIX, ésta nunca tuvo las dimensiones de los genocidios modernos: ocurrió, además, en los países bárbaros, atrasados, y todo mundo estaba seguro de que eso ocurriría cada vez menos, en la misma medida en la que el mundo se fuese desarrollando, cosa de la que pocos dudaban. Nadie se hubiese imaginado entonces que los métodos de la barbarie habrían de formar parte integral del mundo civilizado durante el siglo siguiente. En esa época no se había llegado a la conclusión, a la que la experiencia de casi un siglo nos ha llevado ahora, de que el apocalipsis era algo probable; muy por el contrario, se tenía el hábito —firmemente anclado en muchos hechos comprobables— de pensar en la historia como sinónimo de progreso. Para los burgueses que vivieron en el confort durante el final del siglo XIX, el orden en el que ellos creían había sido traído al mundo por la Revolución France-

¹⁷ Aunque la palabra de origen púrhépecha “tata” no está acentuada en la última “a”, los p’urhépechas la pronuncian poniendo un acento tónico en la última sílaba.

¹⁸ El sábado 18 de octubre, tres días antes del nacimiento de Lázaro, nació Augusto César Sandino en Niquinohomo, Nicaragua, y el miércoles 22 de mayo murió José Martí, en Dos Ríos, Cuba, combatiendo por la independencia de su país.



sa y vivía orgullosamente a la luz de sus conquistas. Lo que lo derrumbó fue visto por esa burguesía como la casi segura instauración de otro orden, peligrosamente socialista; cosa que demostró ser falsa bastante temprano en el transcurso del siglo XX, en gran parte porque los poderosos cimientos del capitalismo mundial, construidos durante el siglo XIX, eran muy firmes. Lo eran, pero, a los ojos de los burgueses de la era del imperio, lo que demostró la gran crisis que se extendió, sobre todo entre las dos guerras mundiales, fue que el liberalismo capitalista, que tan felices los había hecho antes de 1914, tenía que hacer algo para protegerse de sí mismo. Y lo hizo: con tal de no abdicar, cambió. Cambió hasta hacerse irreconocible. El libre mercado, lo más sagrado durante *la belle époque*, dejaría de ser reivindicado —¿quién lo hubiera creído en 1895?— por quienes defendían al sistema burgués del siglo XIX, sin darse cuenta de que, bajo la inmutable paz de ese sistema, se estaban generando explosiones que eran su propia creación.¹⁹ Vistos en la dimensión de la larga duración del tiempo, los siglos XIX y XX pertenecen sin embargo a la misma era de la transformación revolucionaria de la humanidad y del control de la naturaleza por la especie humana. Las primeras piedras de los arreglos financieros de la era de la globalización o de la división geopolítica actual del mundo —básicamente entre norte y sur o entre el mundo avanzado y el subdesarrollado— fueron colocadas durante el último cuarto del siglo XIX por las potencias imperialistas. Y algo más, algo crucial para América Latina, también se develó en el siglo XIX: Estados Unidos dejó de ser parte de la periferia europea, para convertirse en una potencia en sí misma. La adopción generalizada de la estructura estado-nación como unidad básica de la organización mundial también fue producto de esta era. La ideología de la nación

¹⁹ Hobsbawm, Eric, 1989, pp. 328-334.

y del nacionalismo fue, en efecto, un producto del siglo XIX europeo, destinado a fortalecer a estas potencias mediante la unificación de sus poblaciones en torno a la desde entonces poderosa idea de la identidad nacional como cimiento de la nación. Pero esta ideología les fue también muy útil a los movimientos independentistas, que requerían crear naciones nuevas con cimientos en la educación de sus poblaciones en torno al objetivo de construir identidades nacionales, para poder, como diría Manuel Gamio en 1920, “forjar patria”. El siglo XIX transformó radicalmente al mundo. De toda la historia humana,

este siglo fue aquel en el que las personas tuvieron las más grandes, las más utópicas, expectativas de vida: la paz universal, la cultura universal mediante un solo idioma mundial, la ciencia que no sólo probaría sino que incluso contestaría las cuestiones más fundamentales del universo, la emancipación de las mujeres de toda su historia pasada, la emancipación de toda la humanidad a través de la emancipación de los trabajadores, la liberación sexual, una sociedad de abundancia, un mundo en el que cada quien contribuiría, de acuerdo con sus propias habilidades, y recibiría lo que necesitara. Y estos no eran solamente los sueños de los revolucionarios. La Utopía mediante el progreso estaba adherida de muchas maneras al siglo.²⁰

En 1895, América Latina, por su parte, era cada vez más absorbida por el acelerado desarrollo del capitalismo mundial. Miles de millones de dólares habían sido invertidos en los países que la conformaban, esta ola parecía no tener fin. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre con Euro-

²⁰ *Ibid.*, pp. 335-339.



pa y Estados Unidos, esto no significaría, para los países latinoamericanos, su transformación en sociedades industrializadas, desarrolladas y modernas. Habían sido países colonizados durante varios siglos para, posteriormente, ser países muy dependientes de las economías metropolitanas, y estas jóvenes naciones, que fundaban su economía básicamente en la mono producción, en la exportación de materias primas baratas y en la importación de productos industriales caros, vieron su dependencia acentuarse dramáticamente. En general, en todo el subcontinente los sectores más importantes de la economía estaban en manos del capital extranjero, la tierra estaba concentrada en manos de un reducido grupo de latifundistas, y los niveles de pobreza y de analfabetismo eran dramáticos. Gracias a esta realidad económica y a la introducción del telégrafo, el ferrocarril y el teléfono, el Estado se había fortalecido y centralizado y se había dotado de un aparato represivo organizado.²¹

Después de casi 20 años de la primera toma de posesión del dictador Porfirio Díaz, México no era de ninguna manera uno de los países más subdesarrollados de América Latina. La economía mexicana no estaba basada en una agricultura de monocultivo. Las periferias del norte y del sureste de México estaban experimentando un auge económico y eran absorbidas, por lo tanto, por el mercado mundial. La península de Yucatán era el ejemplo más notable de este tipo de desarrollo, debido a que el agave o henequén empezó a ser comprado por poderosas empresas internacionales unificadas, a partir de finales del siglo XIX, en la International Harvester Corporation. La demanda de este producto, antes usado para hacer cuerdas y sogas, aumentó exponencialmente, y Yucatán conoció el auge de la expor-

²¹ Katz, Friedrich, 2004, pp. 8-9.

tación. El norte periférico del país también experimentó un importante empuje económico ya que sus productos se fueron orientando cada vez más, en la misma época, hacia el mercado mundial. Aunque había sido esencial para la Colonia debido a su riqueza en yacimientos de minerales como el cobre, la plata y el estaño, el norte no pudo desarrollarse demasiado en los siglos XVII al XIX, dado que para los colonos españoles fue muy complicado poblar esta región a causa de los constantes ataques apaches. Sin embargo, a diferencia del sur y sureste del país, el norte no era monoprodutor. Todo lo contrario, contaba con numerosos productos destinados al mercado interno. Además de los minerales, producía, por ejemplo, garbanzos, ganado o madera aserrada. Las ricas tierras irrigadas de la región lagunera de Durango y Coahuila producían algodón en grandes cantidades. Su desarrollo industrial era el más importante del país. Contaba con la industria regionmontana del acero y, en varios otros lugares, con fundiciones para minerales, de propiedad mexicana y estadounidense. Además, en muchas haciendas se desarrolló la industria de procesamiento de alimentos. Todo eso, que crecía gracias sobre todo a las inversiones extranjeras pero también mexicanas (salvo en la minería), hacía de economía norteña la más equilibrada del país.²² El valle de México y los estados de Puebla y Veracruz no se quedaban atrás en términos de progreso económico, debido fundamentalmente a su rápido desarrollo industrial. Finalmente, entre los dictadores latinoamericanos de la época, Díaz no era de ninguna manera el más odiado. A cinco años de terminarse el siglo XIX y a 15 de concluirse su largo periodo presidencial, todavía

²² Katz, Friedrich, 2001, pp. 108-109.



era respetado por gran parte del pueblo mexicano debido a su rol heroico en la lucha contra los franceses.²³

El estado natal del pequeño Lázaro no era, sin embargo, parte de aquellas regiones de México arriba mencionadas, que se beneficiaban del desarrollo capitalista. Un desequilibrio que el desarrollo porfirista contribuyó a agudizar fue la progresiva desigualdad regional entre el centro, el sur y el norte mexicanos. Las vastas regiones del México central, entre ellas Michoacán, cuya economía estaba basada fundamentalmente en la producción de maíz y de trigo de las haciendas y fincas, fueron las que experimentaron los cambios más lentos en su economía.²⁴ El gobierno del estado era conducido por don Aristeo Mercado quien, siguiendo el modelo del poder central, y con el apoyo de este último, permanecería casi dos décadas (1892-1911) en el poder.

Fue en este contexto que vio la luz Lázaro Cárdenas del Río. Jiquilpan se había dotado del apelativo “de Juárez”, ya que era un bastión liberal incrustado en una región mayoritariamente conservadora. Esto se debía muy probablemente a que esta localidad era cabecera de un distrito de unos 500 kilómetros cuadrados. Tenía, a diferencia de otros lugares, una guarnición militar con 3 oficiales y 23 soldados, y ocho oficinas públicas: “la presidencia municipal, el juzgado de letras, una administración subalterna del timbre, una oficina de recaudación de rentas, una prefectura, los correos y telégrafos, un registro civil y una cárcel”. Eso, además de darle distinción, llevaba a vivir a la localidad a un grupo de empleados de gobierno que venían defuera, lo que hacía que, alrededor de 1895, sus habitantes ascendieran aproximadamente a 5 000. Una de las pruebas más contundentes de su

²³ En 1862 se oyó hablar de Porfirio Díaz por primera vez, ya que fue uno de los comandantes mexicanos de las tropas que infligieron a los franceses su más humillante derrota en la primera batalla de Puebla.

²⁴ Katz, *Idem*.

adhesión al liberalismo eran sus dos escuelas de carácter laico, una para niños y otra para niñas.²⁵ A pesar de la importancia relativa de esta ciudad en la región, las carreteras no llegaban hasta ella, y el gobernador no se aparecía por ahí sino cada 4 o 5 años. Llegar desde ahí a Guadalajara implicaba un día de viaje a lomo de caballo, en barca y, finalmente, a partir de 1888, en ferrocarril. Viajar a Morelia era bastante más difícil, y viajar a la ciudad de México era una verdadera hazaña la mayor parte del año, sobre todo cuando llovía. Por ello, la mayoría de los hacendados de la región preferían vivir en Guadalajara. El distrito de Jiquilpan se encontraba situado entre los 1 600 y los 2 000 metros de altitud. La mayor parte de su economía era agrícola. Ésta se desarrollaba en el llano, en el que vivía 80 por ciento de su población. La economía ganadera estaba afincada en las tierras altas. En la región habitaba la Guaracha, grande y próspera hacienda de Diego Moreno, cuyas fértiles tierras producían, cuando Lázaro Cárdenas nació, aproximadamente 15 000 fanegas de maíz; 2 500 fanegas de garbanzo; 556 fanegas de frijol, 1 500 cargas de trigo y 3 000 cargas anuales de harina de trigo, que eran procesadas en un molino propio, además de entre 22 000 y 25 000 arrobas anuales de caña de azúcar que salían del ingenio de la propia hacienda.

La familia Cárdenas del Río era bastante humilde, aunque no pobre. Como lo escribe Roberto Blanco Moheno, uno de los biógrafos de Cárdenas,²⁶ sus integrantes eran definitivamente más pobres que los de la familia de Zapata, entre otras cosas porque “no tenían siquiera un pedacito de tierra para la labranza ni seis o siete bestias de trabajo”. Sólo poseían, de hecho, un par de vacas que producían leche para la casa y para la venta, y un pozo en el patio, dotado de una

²⁵ *Ibid.*, p. 7.

²⁶ Blanco Moheno, Roberto, 1972, p. 17.



pequeña bomba que el diligente don Dámaso había instalado, y que le evitaba a la familia tener que caminar hasta el río vecino a la ciudad y acarrear varias veces al día pesadas cubetas. Los Cárdenas habían sido en general tejedores de profesión. En este sentido era una familia bastante típica de Jiquilpan. Don Dámaso había incursionado en esta actividad, pero era más ambicioso que eso.

En 1908 —recordaría su hijo— rentó el mesón a don Evaristo Partida, situado en la calle Nacional, estableciendo allí un pequeño comercio de abarrotes. En 1908 cambió el comercio a la casa en donde vivíamos. Independizó de la habitación dos piezas, puso su comercio de abarrotes en una de ellas y al lado instaló una mesa de billar.²⁷

A pesar de que su salón nunca contó con más que esa única mesa, pronto el padre de Lázaro dirigiría el lugar de encuentro y esparcimiento masculino más popular de Jiquilpan, cantina incluida, al que puso el nombre de La Reunión de amigos. “Eso lo llevó a ganar aproximadamente quince pesos al mes”;²⁸ una cantidad de todas formas nada respetable, si consideramos que los peones acasillados michoacanos, los más pobres entre los pobres, ganaban la mitad de eso, es decir entre 7.50 pesos mensuales. Pero, sobre todo, allí “lo más comprometido de Jiquilpan solía juntarse para dar rienda suelta a los chistes, a la cruda descalificación de los conservadores y al oportuno enjuiciamiento del cada vez más torcido sendero que seguía el régimen de Porfirio Díaz”.²⁹ Dámaso tenía, además, otros muy pequeños ingresos, provenientes de su segunda actividad semicaritativa y semiprofesional: la de officiar sin título como curandero del pueblo. Como en el caso de muchas familias mexicanas

²⁷ *Idem.*

²⁸ Townsend, William C., 1954, pp. 31-39.

²⁹ Vega, Josefa y Pedro Vives, 1987, p. 10.

y jiquilpenses, a partir de mediados del siglo XIX, mientras doña Felicitas era una sincera católica devota, don Dámaso era un liberal redomado “indiferente a la iglesia”.³⁰

Muchas veces, el abuelo Francisco Cárdenas se lo llevaba con él, los fines de semana y los días festivos, cuando salía a los pueblos circundantes a vender los artículos que él mismo hacía. Juntos solían remontar a caballo una colina situada al sur de su localidad de origen. En esas ocasiones, su abuelo también le hablaba de la batalla que se había librado en 1865 contra los invasores franceses, en un montículo situado al oeste de Jiquilpan. Así, el muchacho escalaba la ladera y, sentado en una roca de la cumbre, a lado de los nopales, con sus ojos de visionario reproducía el cuadro: veía a las tropas mexicanas trepando la colina desde varias direcciones; escuchaba el tronar de los mosquetes, el chocar de los sables, y veía caer a los bravos defensores. Mas no alcanzaba a comprender el porqué de la retirada de los mexicanos. Entonces recordaba que, a pesar de que las tropas mexicanas habían derrotado en muy raras ocasiones a los franceses, al final habían triunfado, y decidió que cuando fuera soldado de la patria, jamás se daría por vencido aunque sufriera alguna derrota. ¡No! ¡No lo haría!³¹

Lázaro asistió a la escuela hasta cuarto grado de primaria. De acuerdo con Cárdenas, el profesor Fajardo educaba con gran severidad pero con cariño y profesionalismo a 30 niños.³² Era un admirador de Morelos y de Juárez y muchas veces contaba a sus alumnos las hazañas de estos últimos. Como alumno, Lázaro también era serio, disciplinado, talentoso y trabajador, y se adaptó pronto a la férula, aunque internamente se peleaba contra las tácticas antidemocráticas

³⁰ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-5.

³¹ Townsend, William C., 1954., p. 36.

³² Townsend dice que eran 150.



en las aulas. Era poco afecto a jugar con los demás muchachos, sin que esto deba interpretarse como misantropía o gusto al aislamiento, sino que, generalmente, se encontraba absorto en sus propios pensamientos.³³

En 1907, cuando tenía alrededor de 11 años, dejó la escuela para asumir su primera responsabilidad laboral. El profesor Fajardo estaba extremadamente decepcionado porque él “había profetizado que Lázaro algún día llegaría a ser gobernador de Michoacán”,³⁴ para lo cual lo correcto hubiese sido mandarlo a la Escuela Nacional Preparatoria de Morelia. Doña Felicitas también estaba decepcionada porque ella, soñando con el sacerdocio para su hijo, quería que éste se educara en el Seminario de Zamora, al lado de un primo canónigo de ella, don Manuel Sandoval.³⁵ Su padre, en cambio, lo llevó personalmente a la oficina de Rentas de Jiquilpan, lo presentó a Donaciano Carreón, el encargado de la oficina, que también era un furibundo opositor al régimen de Díaz, un antirreeleccionista y, muy poco tiempo después, un fiel seguidor de Madero. En esa oficina, el muchacho empezaría a ganar sus primeros pesos para ayudar a la economía familiar y leería sus primeros artículos antiporfiristas, que, publicados por *Juan Panadero*, *Regeneración* y *Nuevo México*, circulaban profusamente por aquellos escritorios. También se le asignó el puesto de alcalde de la cárcel, cargo que se encontraba vacante y que desempeñó junto con sus deberes de escribiente y encargado del archivo de la colecturía. De acuerdo con Blanco Moheno, en la cárcel Lázaro conocería a los indígenas y su problemática, una a la que había estado totalmente ajeno hasta entonces, ya que su ciudad natal era mestiza y no estaba incrustada en una zona de población indígena.³⁶

³³ Townsend, 1954., pp. 31-39.

³⁴ *Idem.*

³⁵ Vega, Josefa, y Pedro Vives, 1987, p. 11.

³⁶ Blanco Moheno, Roberto, 1972, p. 23.

Lázaro tomó entonces otro empleo en la imprenta a la que ya había asistido como aprendiz, que se llamaba La Económica y que era propiedad de Enrique Ibarra y Allende. Como ayudante, empezó a aprender el oficio de tipógrafo. Además, leyó Víctor Hugo, una biografía de Vasco de Quiroga y algunas novelas de Salgari.³⁷ Esto, mezclado con los acelerados cambios que se estaban dando en el país y la muerte de su padre, en octubre de 1911, significó un salto en su vida. Cito: “El doctor Gustavo Maciel, amigo de mi padre, que lo atendía de su enfermedad, dijo alguna vez a mi madre: ‘la enfermedad de Dámaso se complica con la pena moral, por faltarle lo necesario para sus hijos’”.³⁸ Esa preocupación se había hecho seguramente mayor en el padre de tan numerosa familia, pues sus amigos y los diarios que llegaban a Jiquilpan ya llevaban un par de años hablando de la inminencia de la Revolución. Además, desde 1909 la madre de Lázaro había empezado a sufrir también de recurrentes ataques de nervios. En esas circunstancias, fallecido el padre, sobre los hombros de Lázaro, que a pesar de sus 16 años era el primogénito de los varones, recayó gran parte de la responsabilidad económica de sostener a sus siete hermanos.

Sin embargo, fuera de su casa y sin decir nada a su madre, Lázaro empezó poco a poco a tener otras inquietudes, producidas por los acontecimientos nacionales y estatales que marcaban a todas luces la extensión de la Revolución, pero también por las fantasías que albergaba desde niño acerca de su propia persona.

“¡Oh!, marchar al frente de 25 hombres!” Este sueño de juventud lo expresó, no a su madre, ni a su maestro, ni tan siquiera a sus compañeros de imprenta, sino a unos humildes vecinos,

³⁷ Vega y Vives, 1987, p. 13.

³⁸ Cárdenas del Río, L., 1972, p. 8.



Pilar y Pancho Medina, este último, ciego. Lázaro Cárdenas reservó sus confidencias para amigos modestos, quienes no exigirían nada a cambio. [...] Tomaba asiento en un cómodo equipal, que los Medina denominaban la “silla de Lázaro” y que se encontraba en el pequeño corredor que daba al patio, mirando hacia una alta pared de piedra. Allí se sentaba Lázaro y daba rienda suelta a sus sueños, que brincaban sobre la pared con gran facilidad, tal como tuviera que hacerlo él un año o dos más tarde cuando las balas silbaban a su alrededor. Afuera, en el México que se encontraba al otro lado de la pared, el México que todavía tenía que ser derribado para beneficio de las justas ambiciones de sus hijos sumidos en la indigencia, sus sueños lo colocaban a la cabeza de 25 hombres, como su capitán, como guía luminoso. Tal vez la prueba de los ejercicios militares que aprendió en la escuela, o quizá las historias de grandes batallas que le había contado don Modesto Estrada habían provocado en su mente esa fantasía.³⁹

Entre fines de 1910 y mediados de 1913 se extendió en el país la revolución maderista. Ésta llegaba a Jiquilpan en forma de noticias lejanas.⁴⁰ Los ecos de estos acontecimientos se hicieron ver en Jiquilpan un día de 1911 en que pasaron por ahí, con 50 hombres, los hermanos Melesio e Irineo Contreras, campesinos alzados de Zamora, lo que dio la impresión a los habitantes de la alejada ciudad de que el maderismo, tan tildado de moderación, podía hacer temblar a cualquiera.⁴¹ “Diariamente, después de la comida, al regresarme por la tarde a la imprenta, recordaría Cárdenas, [mi madre] me decía: ‘vente temprano hijo, dicen que hay alarma en los pue-

³⁹ Townsend, William C., 1954, p. 41.

⁴⁰ Cárdenas del Río, L., 1972, p. 14.

⁴¹ *Ibid.*, p. 8

blos cercanos, qua ya viene la revolución; me tienes siempre con pendiente', y no se acostaba hasta verme llegar".⁴²

LA FASE MADERISTA DE LA REVOLUCIÓN SE ANUNCIA, ESTALLA Y CAE ANTES DE MADURAR

A partir de la famosa entrevista con Creelman, muchas cosas empezaron a cambiar en México, e incluso los hombres de Díaz que estaban en la capital empezaban a ver la realidad de frente. En 1909 fue editado el libro de Madero, *La sucesión presidencial*, y empezó a ser leído en todas partes. Madero creó el nuevo Partido Antirreeleccionista que empezó a ganar seguidores muy rápido. Cuando Bernardo Reyes se fue al exilio, el camino estaba abierto para Madero y su éxito se extendió por el país. Pronto Madero lanzaría su Plan de San Luis Potosí, un plan político pero muy poco social, y convocaba, para el 20 de noviembre de 1910, al levantamiento general. Tras el surgimiento de lo que fue la primera y gran insurrección de masas de Chihuahua, a fines de 1910 y principios de 1911, ya nada parecía poder parar la Revolución. El escritor Mariano Azuela⁴³ puso en palabras lo que les pasó entonces a muchos mexicanos:

Con rigurosa verdad se ha dicho y se ha repetido hasta el fastidio que la quietud y la paz de México eran la quietud y la paz de los panteones. Desde que comenzó la Revolución de 1910, yo, como muchos millares de mexicanos, ya no hemos vuelto a tener tiempo para aburrirnos y por ello bendigo a Dios. Cuantos anhelábamos que México siguiera viviendo, queríamos su renovación y eso explica suficientemente cómo

⁴² *Ibid.*, p. 13.

⁴³ Mariano Azuela (1873-1952), ver *Diccionario Porrúa*, 1995, pp. 305-306.



todos los mexicanos entre 15 y 40 años, con buena salud y unas migajas de quijotismo en el alma, a la primera clarinada de Madero nos hayamos puesto en alerta y en pie. ¡Una locura la de Madero! Sí, pero con locuras se han descubierto continentes y conquistado países. Bastó sugesto de desafío al poderoso y omnipotente caudillo [...] para que nos venciera con su grandeza. [...]. La aventura maderista fue, en verdad, disparatada, digna de gente de manicomio, pero los que teníamos en las venas algunas gotas de sangre en vez de cinco litros de atole, lo seguimos.⁴⁴

Brotaron entonces, por todas partes, movimientos revolucionarios de diversa índole. Todo el mundo se proclamaba por entonces maderista, aunque no entendiese lo que Madero quería. Sin embargo, las diferencias existentes entre los diversos grupos insurrectos eran múltiples y complejas. Cuando el gobierno de Díaz se vio obligado a sentarse a negociar con Madero, dio realmente inicio la Revolución Mexicana. Parafraseando a Womack,

como se iría viendo a lo largo de los siguientes nueve años, por lo menos, más que entre las clases bajas y las altas, esta lucha sería entre elementos frustrados de las clases alta y media y elementos favorecidos de las mismas clases. En esta lucha intervendrían —como ya lo habían empezado a hacer a principios de 1911— masas populares, pero de forma intermitente, con diferencias regionales, y las más de las veces dirigidas por la clase media, menos en causas económicas y sociales que en una guerra civil burguesa. En algunos lugares la destrucción será terrible; en otros escasa, pasajera o nula. En conjunto, el mundo empresarial se ajustaría y continuaría. A la larga, aumentaría.

⁴⁴ Azuela, Mariano, 1976, t. III.

Del principio al fin, las actividades de los extranjeros figurarían de modo importantísimo en la marcha de la revolución, y no nos referimos al simple antagonismo del gobierno norteamericano, sino a complicadas rivalidades imperialistas entre Europa y los Estados Unidos, que serían intrincadísimas durante la Primera Guerra Mundial. Lo que sucedería sería una lucha por el poder, en la cual las diferentes facciones revolucionarias no contendrían únicamente contra el antiguo régimen y los intereses extranjeros, sino también, a menudo más aún, las unas contralras otras, por cuestiones tan profundas como la clase social, y tan superficiales como la envidia.⁴⁵

En el momento en el que el dictador y el nuevo demócrata se sentaron a negociar, la victoria revolucionaria parecía total, y sin embargo, apenas empezaban los verdaderos problemas. Pronto, Henry Lane Wilson, el embajador estadounidense, quien había empujado en forma crucial la caída de Díaz y participaría activamente en la decisión de asesinar a Madero, reportaba al Departamento de Estado: “La Revolución no ha terminado. Madero caerá muy pronto”.⁴⁶

Los ecos de todo el despertar, el auge y la caída de la ola maderista de la Revolución se hacían sentir en Michoacán, incluso en la alejada y silenciosa Jiquilpan. En 1910, protegida por el gobierno porfirista nacional y por el gobierno estatal casi dictatorial de Aristeo Mercado (1892-1911),⁴⁷ la oligarquía michoacana, confiada en su historia reciente, que había dado cobertura amplia a sus intereses y a su estabilidad, hacía oídos sordos a la inminente realidad revolucionaria. Al igual que Díaz, Mercado

⁴⁵ Womack, John, 2001, pp. 148-149.

⁴⁶ Meyer, Jean, 2004, p. 60.

⁴⁷ Informe leído por el gobernador Aristeo Mercado ante el 34° Congreso de Michoacán, en el *Periódico Oficial del Estado de Michoacán*, Morelia, Mich., t. XVIII, núm. 75, Morelia, 18 de septiembre de 1910, pp. 1-3; citado por Oikión, 1992, p. 32.



se había rodeado de un reducido grupo de políticos, que también gustaban de llamarse “científicos”, y cuyo peso político y económico dominó el estado por dos décadas.⁴⁸ A partir de la segunda mitad del siglo había empezado a penetrar el capital financiero internacional en las haciendas del estado con agricultura comercial; pero el “progreso” y el “desarrollo” sólo habían sido garantizados por ella misma y su gobierno en su propio beneficio, de ninguna manera en el del resto de la población michoacana, y la dependencia de ciertos sectores productivos de la entrada del capital extranjero hacía que la estabilidad de los mismos pendiera de un hilo.

Según el censo estatal del 27 de octubre de 1910, la población total del estado era de 991 880 habitantes.⁴⁹ De la misma forma que en el distrito de Jiquilpan, la enorme mayoría de esta población era agraria y, trasponerse en práctica las leyes de desamortización, una mayoría igualmente importante de las tierras había pasado de las manos de la Iglesia y de las comunidades indígenas a las de los hacendados y rancheros. Como en otras regiones del país, estas comunidades opusieron una tenaz resistencia, tanto legal y pacífica como violenta, a ser despojadas de sus tierras. Sin embargo, el gobierno porfirista y mercadista les respondieron “a sangre y fuego”, “con la persecución y el encarcelamiento de los dirigentes, de tal forma que la propiedad privada se fue imponiendo por to-

⁴⁸ La trayectoria política del gobernador Mercado da inicio alrededor de 1867, cuando fue nombrado oficial mayor de la secretaría de Gobierno. En 1896, alcanzó una diputación en el Congreso estatal, y en 1872 fue nombrado secretario de Gobierno. En 1875, gracias a que se le otorgó una licencia al gobernador Rafael Carrillo, Mercado asumió, en forma provisional, la gubernatura. Luego ocupó una curul en el Congreso de la Unión. Finalmente, en 1892 fue electo gobernador. Guzmán A., 1982, p. 32, nota 21; y O’ Farrill R. *Reseña histórica, estadística y comercial de México y sus estados*, pp. 169-176, citados por Oikión Solano, V., 1992, p. 31, nota 1.

⁴⁹ Romero Flores, J., 1964, pp. 51-52.

dos los medios".⁵⁰ En este proceso las comunidades indígenas prácticamente se extinguieron, y sus pobladores se convirtieron en gran parte en peones acasillados, que trabajaban las tierras antes suyas para enriquecer a sus patrones. Tan pobres como los jornaleros, los gañanes de campo o los medieros⁵¹ —sus salarios eran de 18 a 25 centavos diarios—, estos peones acasillados acabaron siéndolo más, debido a que estaban endeudados de por vida en la tienda de raya de la hacienda.⁵² Sin embargo, los motores revolucionarios michoacanos tardaron en calentarse, y no empezaron amover la maquinaria sino aproximadamente hasta abril o mayo de 1911.⁵³

Después de varios levantamientos sin mayor importancia en diversas partes de la entidad, en el sudeste michoacano, José Rentería Luviano —futuro gobernador de Michoacán nacido en Huetamo—⁵⁴ se ligó desde 1910 con un grupo de conjurados de Guerrero y, con el apoyo de Madero, empezó a preparar con ellos la rebelión en aquella zona. Desgraciadamente el complot fue descubierto, y algunos de sus integrantes fueron capturados en la Ciudad de México. Sin embargo, otros focos rebeldes continuaron las actividades. En cuanto a Rentería Luviano, en 1912 Madero lo llamó a la Ciudad de México para ponerlo al mando de tropa.⁵⁵ Luego volvería al estado y sería uno de los dos cabecillas centrales de la revolución constitucionalista en el mismo. Por esos

⁵⁰ Ortiz Rubio, Pascual, 1917, pp. 9 y 18.

⁵¹ Sánchez Díaz, 1982, p. 704-705.

⁵² Los medieros eran campesinos pobres sin tierra, contratados básicamente en las haciendas de la región del Bajío zamorano para sembrar maíz y garbanzo, de ellos surgieron los primeros grupos de agraristas del estado de Michoacán. (Serna, 1983, p. 4; citada por Oikión, 1992, pp. 36-37).

⁵³ Romero Flores, 1964, p. 44; Oikión, 1992, p. 35.

⁵⁴ Aguilar Ferreira, Melesio, 1974, pp. 116-117; citado por Oikión Solano, V., 1992, p. 55.

⁵⁵ José Rentería Luviano (?-1925). Ver *Diccionario Porrúa*, 1995, p. 2922.



días surgió además un importante conflicto entre el nuevo gobernador Silva —un médico maderista que gozaba de popularidad en varias localidades del estado, además de la capital—⁵⁶ y el recientemente creado Partido Católico Nacional que adquiriría fuerza en el estado. Las agresiones entre ambos grupos no se hicieron esperar. Los augurios para el futuro cercano de Michoacán no eran favorables, y en esas estaba la entidad cuando se enteró de los intentos golpistas de Bernardo Reyes, de Pascual Orozco y de Félix Díaz.

El 22 de febrero, Madero y Pino Suárez fueron asesinados a sangre fría en los patios de la penitenciaría de la ciudad de México. Muy pronto, los gobernadores de los estados, quienes le habían asegurado a Madero su lealtad absoluta, fueron asegurándole exactamente lo mismo a Huerta. Silva no sería una excepción, y Huerta decidió no destituirlo. Los únicos gobernadores que no siguieron la nueva corriente fueron Venustiano Carranza, en Coahuila, José María Maytorena, en Sonora y Abraham González, en Chihuahua. De esto hablaremos más adelante, ya que el joven militar en el que Lázaro Cárdenas se convertiría muy pronto tendría que ver fundamentalmente con los dos primeros.

CÁRDENAS EN LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA

Del triunfo a la caída de Huerta

Si bien durante sus últimos meses de vida el gobierno estadounidense de Taft —cuyo ministro en México era Henry Lane Wilson— había hecho todo para derrocar a Madero y no había impedido que se llegara hasta las últimas consecuencias para que así fuera la acción tampoco le satisfacía.

⁵⁶ Oikión Solano, Verónica, 1992, pp. 64-66.

Para Taft, los *científicos* estaban en realidad maniobrando en favor de los intereses petroleros británicos. Mientras que Gran Bretaña y otros gobiernos europeos reconocieron a Huerta en marzo y abril de 1913,⁵⁷ cuando Woodrow Wilson asumió el poder presidencial estadounidense, el 4 de marzo de 1913, no hizo lo propio, arguyendo que esperaría para reconocer a un gobierno que diera más tranquilidad a sus intereses. Woodrow Wilson, el presidente,⁵⁸ y Henry Lane

⁵⁷ Ortiz Rodríguez, José, 1940, pp. 12-13; citado por Oikión Solano, V., 1992, p. 59.

⁵⁸ Thomas Woodrow Wilson (diciembre 28, 1856- febrero 3, 1924) nació en Staunton, Virginia, de padres con tradición predominantemente escocesa. Su padre era un ministro presbiteriano y su madre era hija de un ministro de la misma denominación religiosa. Woodrow fue criado en un piadoso y académico hogar. Cursó un año en el Davidson College, en Carolina del Norte y tres en la Universidad de Princeton, donde recibió el grado de bachiller en 1879. Después de graduarse de la Escuela de Leyes de la Universidad de Virginia, practicó un año en Atlanta, Georgia, pero fue una práctica pobre. Entró a estudiar en la Universidad John Hopkins en 1883 y tres años después recibió el doctorado. En 1885 publicó *Congressional Government*, una espléndida pieza escolar donde analizó las dificultades que surgen de la separación del poder legislativo y ejecutivo en la Constitución estadounidense. Antes de unirse a la facultad de la Universidad de Princeton como profesor de Jurisprudencia y Economía Política, Wilson enseñó tres años en el Bryn Mawr Collage y dos años en Weslwywan Collage. Como presidente de la Universidad de Princeton, de 1902 a 1910, Wilson dio a conocer sus ideas sobre la reforma a la educación. Quiso cambiar el sistema de admisión, el sistema pedagógico, el sistema social. Wilson era un pensador que necesitaba actuar. Por eso entró a la política como gobernador del estado de Nueva Jersey de 1911 a 1913 distinguiéndose como reformador. Wilson ganó la elección presidencial de 1912 cuando William Howard Taft y Theodore Roosevelt escindieron el voto republicano. Una vez en el cargo, instituyó las reformas que estaban contenidas en su libro *La nueva libertad*, incluyendo la revisión del sistema bancario, la crítica a los monopolios, la publicidad fraudulenta, la prohibición de la práctica de los negocios injustos. Pese a sus intereses, este hombre de paz, se vio forzado a entrar en guerra. En los principios de la primera guerra mundial,



Wilson, el embajador, no estaban de acuerdo en esta materia. Después de todo lo que el embajador había hecho para acabar con Madero y encumbrar a Huerta, él creía que había que reconocer a Huerta, comprarlo, y asegurar así que favoreciera los intereses de su país en México. Sin embargo, W. Wilson no comulgaba con esta posición. Al tomar posesión, el nuevo presidente estadounidense empezó a poner en práctica una nueva política hacia México, debido, en parte,

Wilson había determinado mantenerse neutral. Protestó tanto de las acciones británicas como alemanas, se ofreció a mediar entre los dos países, pero fue rechazado. El electorado estadounidense en 1916, reaccionó ante el slogan “Él nos mantuvo fuera de la guerra” y reeligió a Wilson como presidente. Sin embargo, en 1917 el debate sobre la libertad de los mares lo obligó a un cambio decisivo. El 31 de enero, Alemania declaró que “abría la guerra submarina”; el 27 de marzo, después de que cuatro barcos estadounidense fueran hundidos, Wilson decidió consultar al Congreso sobre la declaración de guerra, el 2 de abril hizo una formal petición al Congreso y el 6 del mismo mes el Congreso lo autorizó. Wilson nunca dudó del resultado. Movilizó a la nación –hombres del poder, de la industria, del comercio, de la agricultura–. Se colocó a sí mismo como líder en la propaganda de guerra. Wilson le habló al Congreso el 8 de enero de 1918, de los “Catorce puntos” que eran decisivos para ganar esa guerra. La gente veía en su visión un mundo en donde la libertad, la justicia y la paz podían florecer. Si bien estaba en el apogeo de su fama cuando en 1919 la Conferencia de Paz se reunió en Versalles, Wilson fracasó en transmitir su concepción acerca de una paz ideal, pero aseguró la adopción del *Covenant of the League of Nations*. Sin embargo, su mayor fracaso ocurrió cuando, de regreso en casa, el Senado declinó apoyar la aprobación de Estados Unidos a la Liga de las Naciones. El resultado de esta impresionante derrota fue que él perdió el control del Congreso, después de que la elección de 1918 por la integración del Congreso quedara como una elección que le brindó su confianza. Fue tal el esfuerzo que hizo por obtener el apoyo del pueblo para ratificar el *Covenant of the League*, que después de su discurso en Pueblo, Colorado, el 25 de septiembre de 1919, sufrió un colapso y una semana después sufrió una hemorragia cerebral de cuyos efectos jamás pudo reponerse. Inválido, completó los 17 meses de su mandato y vivió retirado los últimos tres años de su vida.

a que había logrado el triunfo electoral gracias a las clases medias de su país, a quienes había prometido no representar a las grandes corporaciones, sino llevar adelante una política más progresista. Pero esta política respondió también a que “el pensamiento básico de W. Wilson hacia [los países ‘atrasados’] era que[estos] tenían que ser inducidos a aceptar el orden social y las normas de los países industriales más avanzados”,⁵⁹ entre las cuales la libre empresa era la más importante, pero al nuevo estilo americano y no al viejo estilo europeo. Esto, aterrizado en la realidad de las relaciones entre México y Estados Unidos, significaba, en concreto, que México no debía tener el derecho de afectar la libre empresa estadounidense asentada en su territorio, sobre todo aquella que estaba conducida por “buenos hombres de negocios”; es decir, aquellos que eran honestos y no explotaban a la gente, aquellos que no querían ir hasta el límite de anexar territorio mexicano a su país o hacer de México un protectorado estadounidense. Para ello había que garantizar que hubiera en México, así como en toda América Latina, un buen sistema de gobierno basado en la democracia parlamentaria. Curiosamente, para W. Wilson, un buen modelo de gobernante que respondía a esta idea era nada menos que Madero, pero Taft y H.L. Wilson no habían seguido hacia Madero la política que él hubiese promulgado y muy pronto él y Huerta estarían enfrentados y romperían.

En esta época, en Michoacán, Silva siguió apoyando a Huerta, quien le exigía un “contingente de sangre” michoacano para alimentar al ejército federal. En mayo fue obvio que Huerta no iba a mantener a Silva en el poder, por más caravanas que éste le hiciera, porque quería a un militar al frente. El general Jesús Garza González fue nombrado en junio de 1913. Durante el gobierno de Garza, lo militar tuvo la

⁵⁹ Katz, Friedrich, 1982, p. 183.



prioridad sobre lo económico, lo social y lo político. Todas las ramas productivas decayeron considerablemente. La situación de la mayoría de la población local se hacía cada día más difícil. La gente, hambrienta y depauperada, se enfurecía. Por todo el estado se extendieron los grupos revolucionarios muy desiguales y diversos que habían brotado con el maderismo y que ahora se decían leales al constitucionalismo. La mayoría de ellos era de carácter estrictamente local y de composición campesina. Algunos representaban los intereses de unos pequeños propietarios contra otros; otros tenían un carácter caciquil; otros pugnaban por la restitución de sus tierras y otros sólo manifestaban su desesperación. El 25 de mayo de 1913, por ejemplo, la población de Jiquilpan amanecía con la nueva de que los matanceros Jesús y Antonio Contreras, hermanos de Irineo y Melesio Contreras que se habían levantado en 1911, habían tomado la cárcel armados con las fuerzas de caballería estacionadas en la ciudad y, al grito de "¡Viva la libertad!", estaban haciendo más fechorías que acciones revolucionarias. Cuando se tuvo noticias de que los asaltantes intentaban regresar a Jiquilpan, hubo una agitada reunión en la Ayudantía Municipal de la localidad y, llenos de indignación, los vecinos optaron por hacer un llamamiento a quienes estuvieran dispuestos a organizar como voluntarios la defensa del pueblo, ofreciendo armas para los que quisieran lanzarse al sacrificio. Lázaro, en unión de otros nueve intrépidos jóvenes, respondió inmediatamente. Organizado el pelotón, se distribuyeron las armas de fuego, y ya en posesión de ellas, salieron los fornicados voluntarios rumbo al polvoroso camino de Sahuayo. Pasada la alarma, el impresor regresó a su pequeña imprenta, deambulando entre prensas y galeras, pero mientras sus dedos colocaban pacientemente los tipos para la formación de las pequeñas revistas *Myosotes* y *El Caballero Bayardo*, "o para los encargos que accidentalmente llegaban, su corazón

y su pensamiento seguían a los grupos dispersos de revolucionarios que anhelaban tierra y libertad.⁶⁰

Como se ve en este ejemplo de rebelión sin ton ni son que Lázaro Cárdenas y su familia presenciaron, la extraña mezcla de grupos rebeldes no tenía viso alguno de poder transformarse en una alternativa política viable dentro del movimiento revolucionario estatal o nacional. Tampoco tenían un líder que los unificara. Poco a poco, sin embargo, los líderes se irían perfilando. En 1911 y 1912, Rentería se dedicó, por mandato de Madero y al mando de fuerzas rurales, a perseguir a los Zapatistas que operaban en la región. Mientras eso ocurría, otro militar, el teniente coronel Gertrudis S. Sánchez, originario de Saltillo, Coahuila, apodado “El taco”,⁶¹ y que había estado en contacto con los Flores Magón antes de 1910, fue enviado por Madero a hacer lo mismo. Las fuerzas al mando de Sánchez eran en su mayoría del norte del país. Los llamaban “los fronterizos” aunque casi todos eran duranguenses. Entre sus oficiales había personajes que habrían de destacar en los años venideros, entre ellos Joaquín Amaro.⁶² Entre 1912 y 1913, Sánchez y Rentería Luviano actuaron conjuntamente no sólo en el combate contra los zapatistas sino, más adelante, en el combate contra las fuerzas huertistas de la región michoacana. El levantamiento que ellos condujeron en abril de 1913 marcó el inicio

⁶⁰ Townsend, William, C., 1954, pp. 41-43.

⁶¹ Gertrudis Sánchez (1882-1915), véase *Diccionario Porrúa*, 1995, p. 3156; ver también *Enciclopedia de México*, XI-334-335.

⁶² Joaquín Amaro (1889-1952), véase *Diccionario Porrúa*, 1995, p. 148. Cuando estaba peleando al lado de Sánchez en 1913, Amaro tenía 22 años de edad. Se había unido a las fuerzas de la revolución en Durango, tras la muerte de su padre, quien peleaba al lado de Luis Moya. En Torreón lo reclutó el coronel Gertrudis Sánchez. Era conocido como el soldado de la arracada en la oreja derecha. Romero Flores, J., 1964, pp. 93-94; Valadés, José C., 1963, pp. 404-412.



de la revolución constitucionalista michoacana. Pero también inició una vinculación que duraría por el resto de la Revolución: la relación entre el proyecto revolucionario del norte del país –un proyecto de grandes dimensiones ideológicas y políticas– y un movimiento insurreccional estatal que en realidad respondía solamente a los intereses regionales, cuyas miras eran mucho más reducidas y cuyos dirigentes realmente sólo aspiraban a ascender en la escala económico-social y política.⁶³

El 31 de mayo, Rentería Luviano, con dinero, armas, municiones y caballos, se dirigió a la Guaracha para obtener un préstamo forzoso de su dueño. Al día siguiente envió a Jiquilpan a Lemus, uno de sus capitanes, y a sus hombres. Estos se dirigieron a la imprenta La económica, manejada entonces por Lázaro Cárdenas. Lemus le pidió a Cárdenas que le imprimiera un manifiesto. En sus *Apuntes*, Cárdenas registró este episodio de la siguiente manera:

Lo tomé y lo leí, llevaba el título de “Mexicanos”. El capitán Lemus me manifestó los querían con urgencia y esperaban recibirlo en Guaracha al día siguiente. Le ofrecí hacerlos [los volantes]. Trabajo me costó encontrar papel para los cinco mil ejemplares que ordenaron. Adquirí el que había en las tiendas de Candelario Marín, Carlota Loza y Jesús Gudiño, y para completar tuve que ir a la población de Sahuayo, distante dos leguas, en un caballo “huinduri” de don Rafael Quiroz, que alquilé por cincuenta centavos. Toda la noche nos ocupamos de la impresión, terminando el tiraje en la mañana del día siguiente, 2 de junio. Inmediatamente mi ayudante, Bruno Galeazzi, y Enrique Canela (este último amigo del grupo), salieron a pie con los manifiestos hacia Guaracha, distante 12

⁶³ Oikión Solano, Verónica, 1992, pp. 134-135.

kilómetros. Los entregaron en el momento en que escucharon los primeros disparos de las fuerzas huertistas que atacaban a Rentería Luviano, quien fortificando los puntos más sobresalientes de la finca y en los cercos de piedra del caserío, se defendió valientemente.⁶⁴

En efecto, en la Guaracha Rentería fue derrotado y tuvo que retirarse hacia Huetamo, pero este trabajo que Cárdenas hizo para las fuerzas de Rentería Luviano resultaría crucial en su vida como revolucionario. Pronto, Cárdenas escribiría:

el gobierno de Huerta volvió a ocupar las plazas que habían abandonado las autoridades huertistas. En varias poblaciones de los distritos de Zamora y Jiquilpan aprehendieron a diversas personas que fueron acusadas de haber ayudado a Rentería. Avisaron a mi madre que me buscaban por la impresión de un manifiesto; catearon el taller de la imprenta; volcaron las cajas que contenían las letras, se llevaron impresos, papelería y quemaron todo el archivo.⁶⁵

En el mes de junio la actividad rebelde se incrementaba cada día en el estado. Varios jefes rebeldes llegaron en esos días a Michoacán provenientes de otros estados, para unirse a Sánchez. Entre ellos estaba Guillermo García Aragón quien, originario del Estado de México, se había unido a la revolución en Morelos, había peleado al mando de Zapata, pero había tenido diferencias con él, por lo que decidió, para evitar que lo liquidaran, trasladarse a Michoacán vía Guerrero y unirse ahí a las fuerzas constitucionalistas.⁶⁶

⁶⁴ Cárdenas del Río, L., 1972, pp. 15-16.

⁶⁵ *Idem.*

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 22-23; Townsend, W., 1954, p. 43; Millán Nava, J., 1968, p. 154.



Para mediados de julio, las filas constitucionalistas contaban con por lo menos 25 000 hombres armados y organizados. Lázaro Cárdenas decidió integrarse a la Revolución. El 18 de junio de 1913, a la edad de 18 años, partió de su pueblo para sumarse, en Buenavista, a las tropas revolucionarias que comandaba el general García Aragón. En su diario queda plasmado con claridad el ambiente del México provinciano profundo del que estaban rodeadas las historias de estos jóvenes que salían de una pequeña localidad rural, aislada y campirana, para sumarse a una gran gesta cuyas dimensiones aún no alcanzaban a entender. García Aragón lo integró inmediatamente a sus fuerzas.

Él [...] rápidamente se ganó la confianza de sus superiores con su extraordinaria integridad. Su experiencia adquirida en la colecturía de Jiquilpan lo hizo doblemente valioso para el pequeño ejército que iba en aumento. Fue ascendido al grado de capitán [segundo] pagador y secretario del jefe.⁶⁷

García Obregón le dio a Cárdenas un caballo y una carabina. El recién inaugurado capitán Cárdenas veía sus fantasías convertirse en realidad. Se retrató luego luego. En la foto aparece

medio repatingado en una silla, [con] un derroche de cananas cruzadas y de pistola que asomaba en la cintura, por si faltara el treinta-treinta que las manos sostenían con todo el seguro desgarbo que le había faltado al sombrero de zapatista, antes de tropezarse con las orejas. Un conato de bigote acentuaba la adolescencia que posaba todavía.⁶⁸

⁶⁷ Townsend, William C., 1976, pp. 43-47.

⁶⁸ Vega, Josefa y Pedro A. Vives, 1987, pp. 17-18.

Como escribe Townsend,

el capitán Cárdenas regresó a Apatzingán en un pequeño destacamento a las órdenes del coronel Cenobio Moreno, pero la presión que continuaban ejerciendo las fuerzas federales era tal que hasta en ese lugar, dominado por García Aragón, los alcanzaron dispersándolos nuevamente.

Al quedar disperso el pequeño ejército de García Aragón, el capitán Cárdenas quedó solo y además perseguido como criminal. Se refugió en casa de amigos en Jiquilpan. El 30 de julio las fuerzas constitucionalistas hicieron su entrada en Morelia.

Por esas fechas ya era claro el carácter extremadamente corrupto y despótico del gobierno huertista, sin duda más extremoso, más cruel y menos refinado que el de don Porfirio. Von Hintze, el embajador alemán en México, por cierto partidario de Huerta, calificaba sin embargo el estilo del nuevo presidente de “depravación que excede todo lo anteriormente conocido”, y daba fe de que Huerta no tenía ni por asomo el sentido del decoro que Díaz cultivaba. Era más bien un patán, borracho, parrandero y jugador, y le gustaba gastárselas en forma muy pesada. Era además cínico y muy cruel. Lo caracterizaba aquello que Hintze llamaba “una ira sin sentido”. Sin embargo, el nuevo déspota, que aparentaba estar siempre casi ahogado en alcohol, era inteligente, astuto y eficaz. Como Madero, no cambió gran cosa en la estructura social del país, y no tuvo que hacer mucho esfuerzo para volver a la situación de antes de 1910. Si con Madero sólo había habido un cambio fuerte en términos de la democracia electoral, de las libertades políticas otorgadas a las diversas oposiciones y de la composición democrática del Congreso, Huerta haría todo para ahogar dicho cambio: perseguiría y asesinaría a algunos oposi-



tores —entre ellos a Belisario Domínguez, quien desde el Congreso se atrevió a acusarlo de haber asesinado a Madero—, y se aseguraría triunfos electorales con los métodos más fraudulentos.⁶⁹

Huerta se lanzó contra los revolucionarios que cuestionaban su poder. En Guaymas, Sonora, los federales eran mantenidos a raya por Obregón. En Chihuahua, Orozco se alió al nuevo ejército huertista para tomar ferrocarriles y pueblos. En Coahuila, el ataque a las fuerzas de Carranza y de Pablo González fue tan contundente que casi acaban con el llamado ejército constitucionalista. En Morelos, finalmente, la ofensiva federal fue tan poderosa que obligó a las fuerzas zapatistas a dispersarse por los estados circunvecinos. La animadversión de Estados Unidos hacia Huerta crecía. Huerta estaba muy molesto con W. Wilson por no reconocer y apoyar a su gobierno, y lord Cowdray estaba aprovechándose de eso lo más que podía.⁷⁰ Para septiembre de 1913, el

⁶⁹ Hintze, *Diario*, 26 julio 1914; citado por Katz, Friedrich, 1982.

⁷⁰ Weetman Dickinson Pearson, el hijo de George Pearson, el conservador M.P. de la Universidad de Edimburgo, nació en 1856. Convertido en un empresario, en 1900 era dueño de S. Pearson & Son. La compañía empleaba a 20000 hombres que construían vías ferroviarias, muelles, puertos y sistemas de drenaje en Inglaterra, Irlanda, México y China. La compañía era responsable de varios grandes proyectos, incluidos el Puerto de Dover y el Túnel Blackwell. Pearson fue electo M.P. liberal por Colchester en 1895 y permaneció ahí hasta 1910. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, su hijo Geoffrey fue voluntario de la armada británica. Fue muerto en Francia el 6 de septiembre de 1914, Pearson se volvió amigo cercano del nuevo primer ministro, David Lloyd George, quién le concedió el título de *viscount* Cowdray en diciembre de 1916. El siguiente mes fue designado presidente de Air Board. Cowdray trabajó duramente por mejorar el desempeño de los aviones y predijo que los hijos de Inglaterra los necesitarían para defenderla. En el verano de 1917, la Royal Flying Corps seguía teniendo un parque insuficiente de aviones. El 25 de mayo, 24 bombas alemanas mataron cerca de 100 personas en el sureste de Inglaterra. Una cuarta parte de ellas eran niños. Tres semanas después,

poder de Huerta se había afirmado considerablemente. Sin embargo, dentro del país sus enemigos constitucionalistas no permanecían inactivos. Todos los campos de la oposición se estaban uniendo para desacreditar las elecciones programadas para el 26 de octubre. Huerta se movió rápido y en forma audaz. Tres fueron las pruebas que tuvo que pasar y, de las tres, pasó las dos primeras con éxito. La primera fue el triunfo electoral fraudulento del 10 de octubre de 1913, fecha en la que, ante los ojos perplejos y furiosos de Wilson y de su gobierno, Huerta disolvió el Congreso, ganó la presidencia —quedándose sin embargo como presidente interino como lo marcaba la Constitución— y arregló todo para que la mayoría de los escaños del Congreso fueran ocupados por el Partido Católico Nacional, para establecer una componenda con las voces porfiristas más conservadoras. La segunda prueba fue contrarrestar una fuerte y coordinada ofensiva constitucionalista en el norte. Los federales de Huerta fueron instruidos para que dirigieran sus cañones de Guaymas, en Sonora y de Mazatlán en Sinaloa, hacia las vías férreas, con el objeto de que Obregón no pudiese moverse hacia el sur. En Tamaulipas le bloquearon el paso a González para que no pasara hacia Tampico. En el centro de la República reclutaron con diversos métodos a muchos hombres, que finalmente retomaron la ciudad de Torreón, ocupada ya por Villa, al que obligaron a volver a Chihuahua. La tercera prueba era más difícil, ya que significaba combatir contra una ofensiva más clara de Estados Unidos contra su régi-

el 13 de junio, otros 600 civiles murieron o fueron lesionados después de que un escuadrón de *twin-engined gothas* arrojara bombas en Londres. Estos sucesos fueron seguidos de otros ataques a Inglaterra, y Cowdray fue criticado por no hacer nada para proteger a Inglaterra de ellos. Como resultado de esa crítica, Cowdray fue sustituido en noviembre de 1917. Lord Cowdray murió el 1o. de mayo de 1927. (<http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/FWWcowdray.htm>).



men. Alrededor del día de las elecciones, Wilson trató de disuadir a los británicos de que siguieran apoyando a Huerta. En Alabama, el 27 de octubre, pronunció un agresivo discurso en el que retaba abiertamente al gobierno británico en México; denunciaba los intereses extranjeros en América Latina que estaban tendiendo, dada la debilidad de los países que la conformaban, a dominar su política interna y señalaba que esto era altamente peligroso.⁷¹ Esperanzado en encontraren Carranza un aliado, el 30 de octubre Wilson le propuso entonces al jefe constitucionalista que aprobara una intervención estadounidense en México, destinada a bloquear los puertos mexicanos y a protegerlos intereses de los extranjeros en nuestro país. Carranza, indignado, rompió relaciones con Hale, el hombre que Wilson le había enviado para parlamentar.⁷² Decepcionando porque creía a Carranza más dócil, Wilson se volteó nuevamente hacia Huerta para tratar de convencerlo, dado que una intervención militar no era aconsejable debido a lo que estaba sucediendo en Europa en términos de una muy posible conflagración generalizada. Como Huerta no respondía afirmativamente, el 1o. de noviembre Wilson lo amenazó con apoyar a los constitucionalistas si él no dimitía.⁷³ Lo que Wilson optó por hacer entonces fue intentar convencer a Carranza y a Huerta de que se requería una negociación tripartita, que obviamente incluía a Estados Unidos, para solucionar la situación en México. Ni Carranza ni Huerta respondieron. Sin dinero proveniente del extranjero, Huerta tomó medidas extraordinarias para hacerse de fondos.⁷⁴ Además, siguió reclutando y entrenan-

⁷¹ Katz, Friedrich, 1982, pp. 201-202.

⁷² Link, Arthur S., 1956, p. 120.

⁷³ Grieb, Kenneth J., 1969, pp. 115-116.

⁷⁴ Huerta "triplicó los impuestos sobre el petróleo, hizo que el Congreso autorizara una nueva deuda interna de 100 millones de pesos, impuso onerosos préstamos forzosos a las empresas, decretó

do civiles para sus causas militares. De esta forma, a principios de 1914 Huerta seguía siendo aún el poder más fuerte en el país, a pesar de los intentos de Estados Unidos por debilitarlo. Contaba además todavía con el apoyo británico. En abril, Wilson se decidió a emprender, en México, una acción armada que el día 20 le fue autorizada por las dos cámaras del Congreso estadounidense. Al día siguiente, 1 200 infantes de marina desembarcaron en Veracruz. El general huertista Maas se retiró inmediatamente del puerto,⁷⁵ pero algunos de sus hombres decidieron por su cuenta dar una batalla, lo que obligó a los invasores a desembarcar en Tampico porque tuvieron que ir a auxiliar a sus colegas en Veracruz. El día 22 había ahí 6 000 soldados estadounidenses que tomaron el puerto. Huerta hizo un inmediato llamado a todo el país, incluso a los rebeldes constitucionalistas y zapatistas, para unirse contra el invasor. De muchas maneras lo logró: el Congreso le autorizó poderes dictatoriales para la situación de guerra; los católicos llamaron a combatir la “invasión protestante”; Carranza denunció la intervención absteniéndose de calificarla de “acto de guerra” pero sí calificándola de “violación a la soberanía”, exigió el retiro inmediato de las fuerzas invasoras de territorio mexicano y advirtió que no permitiría intrusiones estadounidenses en territorio constitucionalista, del cual los alrededores de Tampico ya formaban parte. Villa y Carranza decidieron no oponer resistencia

un impuesto sobre los depósitos bancarios y monetizó los billetes de banco”. Inmediatamente después, tras una caída de los precios internacionales de la plata, que provocó una retirada masiva de fondos del Banco de Londres, decretó una moratoria bancaria. Redujo las reservas federales de 50 a 33 por ciento, y suspendió el pago de los intereses de la deuda nacional, hasta que los bancos aceptaran prestarle a México. Womack, John, 2001, p. 166.

⁷⁵ Joaquín Maas (1879-1948), ver *Diccionario Porrúa*, 1995, p. 2065.



ante los invasores si no avanzaban más hacia el norte, hacia el territorio que ellos controlaban.⁷⁶

Wilson, por su parte, decidió no avanzar tierra adentro en el país, sobre todo porque la situación internacional se estaba poniendo cada vez más tensa. Sin embargo sabía que, con Veracruz en sus manos contaba con una fuerte carta de presión, ya que la principal fuente de armas, pertrechos y dinero de Huerta estaba clausurada y no podía pagar la deuda ni sostener a un ejército tan numeroso. Además, los constitucionalistas siguieron avanzando y fueron conquistando victorias: González inició el sitio de Tampico el 26 de marzo y atacó Monterrey el 8 de abril; Obregón, quien dejó a Calles al mando en Sonora y a Alvarado en el sitio de Guaymas, avanzó hacia el sur de Sinaloa con el propósito de atacar Jalisco. Villa y Ángeles tomaron Torreón el 2 de abril, tras una cruenta batalla entre 15 mil de sus hombres y 10 mil federales. El día 14 derrotaron también a 12 mil federales de refuerzo. En abril, en forma simultánea, Zapata, quien actuaba por su cuenta, tenía ya el control casi total de Guerrero y de sus minas de plata.

Para Carranza, la situación no era, sin embargo, fácil. En primer lugar, Wilson volvió a prohibir la salida de armas y pertrechos militares hacia México. Pero sobre todo, las declaraciones del primer jefe contra Estados Unidos dividieron a sus fuerzas. Los del noreste estuvieron de acuerdo, ya que las compañías mineras y petroleras estadounidenses que controlaban esa región se verían obligadas a pagar impuestos. Los del noroeste y los del norte, en cambio, se opusieron. La razón era que el ganado y el algodón que se producía en sus regiones tenía como principal mercado el de Estados Unidos, un mercado que podía verse en riesgo ante esas medidas, sobre todo desde el punto de vista del muy probable

⁷⁶ Link, Arthur S., 1956, p. 125.

aumento en los impuestos aduanales que Estados Unidos seguramente decretaría a sus productos. Villa, sobre todo, estaba furioso, y su furia contaba con el apoyo de la familia Madero, de Maytorena —todos ellos exiliados en Estados Unidos— y de Ángeles. Los jefes del noroeste y del noreste se alarmaron y presionaron a Carranza para que le pusiera un alto a Villa.⁷⁷

En ese momento, en mayo de 1914, lord Cowdray le retiró su apoyo a Huerta y ordenó a su ministro Carden que ya no pusiera ningún obstáculo a la política estadounidense en México. Su repentina decisión se debió a que, por encima de la defensa de sus intereses petroleros en México, Inglaterra necesitaba en ese momento el apoyo estadounidense para contrarrestar, en Europa, el antagonismo creciente entre Gran Bretaña y Alemania.⁷⁸ Todo esto debilitaba a Huerta, y a medida que él se daba cuenta de ello, empezaba a ceder ante las presiones de Estados Unidos.

Mientras estos grandes acontecimientos ocurrían, Cárdenas permanecía escondido en Jiquilpan y en Guadalajara, donde se quedaría hasta junio de 1914, ya que sobre su cabeza pesaba incluso la amenaza de muerte. Entre el 6 y el 18 de mayo de 1914, desde Guadalajara, donde trabajaba ganando 75 centavos al día, plasmaba en sus apuntes personales varias cosas que denotan hasta qué punto, aunque estaba al tanto de los asuntos cruciales que ocurrían en la nación, estaba todavía fundamentalmente sumido en la realidad de su localidad.⁷⁹ Un mes antes, a comienzos de junio, Carranza había trasladado su gobierno de Chihuahua a Saltillo, y había emprendido varias acciones que implicaban, de facto, una oposición tan clara a Villa que marcó el inicio

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 408-409.

⁷⁸ Katz, Friedrich, 1982, p. 207.

⁷⁹ Cárdenas del Río, L., 1972, pp. 46-47.



de la primera gran crisis en el seno del constitucionalismo. El cisma entre Carranza y Villa estaba abierto y era profundo. Obregón y González fueron nombrados, por Carranza, generales de división, mientras que a Villa no se le concedió semejante honor. Sin embargo, los jefes constitucionalistas del noroeste y del noreste propusieron que Carranza siguiera siendo el primer jefe y que a Villa se le nombrara comandante de la división del norte. También propusieron que, al triunfar sobre Huerta, Carranza fuese nombrado presidente interino. Al frente de ese cargo su función sería convocar a una junta de jefes que a su vez nombraría delegados a una convención, encargada de hacer un programa de reformas y supervisar las elecciones. Ya desde entonces, los jefes del constitucionalismo manifestaban que preferían no ver a Carranza postulándose como candidato para las elecciones presidenciales. El 8 de julio, todos ellos, menos Carranza, firmaron el Pacto de Torreón. Mientras tanto, Cárdenas seguía preocupado por ser aprehendido. Por ello, el joven capitán no salió de Jiquilpan, pero iba de una casa a otra, tratando de no ser descubierto.

Uno de sus correligionarios, el general Zúñiga, pasó por Jiquilpan rumbo a Guadalajara para unirse a las fuerzas revolucionarias triunfantes. Entonces [en junio de 1914], el capitán Lázaro Cárdenas salió de su escondite, y caminando por en medio de las calles del pueblo, con aire marcial, usando sombrero de campaña, de ala ancha, portando rifle y cartucheras y llamando la atención de sus amigos y vecinos, se dirigió al cuartel de Zúñiga, quien le dio la bienvenida, congratulándose de que el animoso joven se uniera a sus fuerzas.⁸⁰

El 23 de junio Cárdenas quedó “incorporado como oficial del Estado Mayor de Zúñiga, que usaba el título de ‘Jefe’”.⁸¹

⁸⁰ Townsend, William C., 1954, pp. 43-47.

⁸¹ Cárdenas del Río, L., 1972, p. 50.

Poco después, el 8 de julio, Obregón y sus jefes acababan de ganar su primer gran batalla, cuyo resultado fue la toma de Guadalajara. Una semana antes, Zúñiga fue convocado por el importante general obregonista Manuel M. Diéguez, quien le ordenó que pasara inmediatamente con sus hombres a su Cuartel General en Agualulco. Diéguez estaba preparando el combate contra el general Mier, que tendría lugar en la hacienda del Castillo el 8 de julio,⁸² y los combates en las vías férreas situadas al oeste de la capital tapatía. Obregón, Hill, Diéguez y Blanco conducían a 15 000 hombres —entre los cuales la compañía al mando de Zúñiga— que derrotarían a una fuerza federal como de 12 000 soldados.

La derrota del gobierno federal resultaba tan inminente, cercado como estaba entre Wilson, el retiro del apoyo británico, la crisis financiera abierta tras los sucesos en Veracruz y las victorias constitucionalistas, que el 15 de julio Huerta presentó su dimisión, con las siguientes palabras: “He depositado en el banco que se llama Conciencia Universal, la honra de un puritano”.⁸³

Huerta dejó como presidente interino a Francisco Carbajal, el magistrado de la Suprema Corte de Justicia que había sido el delegado porfirista al Tratado de Ciudad Juárez, y el día 17 de julio se embarcó en el entonces llamado Puerto México —hoy Coatzacoalco— hacia el exilio, a bordo del buque alemán Dresden. Lo acompañaban Blanquet,⁸⁴ las esposas de ambos y cuatro hijas. El buque los llevó a Kingston, el principal puerto colonial británico en Jamaica. El comandante del Dresden informó: “Huerta y el general Blanquet estaban abundantemente provistos de dinero para el viaje, lo mismo que las damas con sus joyas. Huerta tenía consigo

⁸² *Ibid.*, p. 52.

⁸³ Fabela y J.E. de Fabela, 1960-1976, II-75

⁸⁴ Aureliano Blanquet (1849-1919), ver *Diccionario Porrúa*, 1995, p. 449.



cerca de medio millón de marcos en oro. Además de una suma mucho mayor en cheques y otros valores".⁸⁵ El resto de la familia saldría poco después a bordo de un buque de guerra británico.

El día en que Huerta dimitió, Cárdenas y sus compañeros de armas entraban a la Ciudad de México, tras un viaje triunfal entre Jalisco y la capital. Este viaje le dio a Cárdenas la oportunidad de conocer, por primera vez, una parte del centro del país. Los trenes militares escaseaban, y el comandante en jefe, Álvaro Obregón, era contrario a embarcar sus tropas. Prefería tenerlas siempre listas para cualquier acción, la caballería ensillada y la infantería en tierra. Mantenía a sus tropas sobre los caminos, lo que permitía a los soldados conocer la geografía de los lugares por los que iban pasando. Lázaro Cárdenas entró al Distrito Federal viniendo de Teoloyucan, Estado de México, situado a 36 kilómetros al norte de la capital,⁸⁶ llegó a Chapultepec a las 2 de la tarde; estuvo

⁸⁵ Hintze, *Diario*, 26 de julio de 1914.

⁸⁶ En esos años, de acuerdo al Censo de 1910, la ciudad de México tenía aproximadamente 720 000 habitantes, que representaban casi 5 por ciento de los 15 millones que tenía todo el país. La ciudad estaba formada por 13 municipalidades que eran Guadalupe, Hidalgo, Azcapotzalco, Tacuba, Tacubaya, Mixcoac, Cuajimalpa, San Ángel, Coyoacán, Tlalpan, Xochimilco, Milpa Alta e Iztapalapa. La ciudad abarcaba 40 km², dentro de cuya área más céntrica, los pobres vivían en vecindades que antes habían sido conventos. El drenaje subterráneo de la ciudad había sido terminado para las fiestas del centenario de la Independencia, en 1910, en las que éste había sido estrenado como una flamante obra moderna. El europeísmo arquitectónico del centro de la ciudad era deslumbrante. El elegante Paseo de la Reforma estaba flanqueado por las lujosas casas afrancesadas de los científicos. Había varios teatros tradicionales, como el Abreu, el Principal o el Renacimiento. También había elegantes cafés, como el Colón, La Concordia o el Sylvain. A fines del porfiriato, los domingos la gente bien paseaba a pie por Plateros o desfilaba lentamente por Chapultepec en carrozas o a caballo. Todavía era raro encontrarse un automóvil, y cuando uno aparecía por las calles, era visto como un objeto ad-

dos horas en la plaza de toros, y luego se dirigió, junto con las fuerzas de Zúñiga, hacia el centro. Ahí, en la calle de Rodríguez Puebla, estaba el cuartel de Las Inditas, en el que quedarían acuartelados por la noche.⁸⁷

Mientras tanto, W. Wilson mantenía a sus soldados en Veracruz y le recordaba a Carranza que en México ningún gobierno podía sostenerse sin su apoyo, y lo amenazaba, advirtiéndole que, de llegar al poder, no sería respaldado si no dejaba de poner en riesgo los intereses extranjeros en el país o si tomaba represalias contra sus adversarios. Carranza lo tranquiliza, pero le dijo también que su gobierno buscaría justicia para los mexicanos.⁸⁸ En ese momento, el interés principal de Carranza era el de no compartir el triunfo final con Villa y con Ángeles, que ya contaban, para ese entonces, con 30 000 hombres bien armados. El 9 de agosto, cuando Obregón se encontraba estacionado a 30 kilómetros de la Ciudad de México esperando la reacción del enemigo, éste se rindió. El 15 de agosto, Obregón entraba a la capital con 6 000 soldados. Cinco días más tarde, Carranza hacía su entrada triunfal en la capital, como lo había hecho Madero casi cuatro años antes.

Al general Lucio Blanco,⁸⁹ Obregón le había ordenado que, al mando de unos 10 000 hombres, se encargara de im-

mirable y algo grotesco. Las colonias Guerrero, Juárez, Roma, Santa María y San Rafael albergaban a potentados, políticos y extranjeros prósperos y comerciantes e industriales enriquecidos. Los tranvías circulaban en varias direcciones, y la línea más importante de ellos tenía su terminal en el majestuoso Zócalo. *Diccionario Porrúa*, 1995, pp. 2233-2234.

⁸⁷ Cárdenas del Río, 1972, 1-53.

⁸⁸ Haley, P.E., 1970, pp. 149-150.

⁸⁹ Lucio Blanco. Campesino nacido en Nadadores, Coahuila, en 1879, se unió a la lucha revolucionaria, y tomó parte en diversos hechos de armas. Debido a que sufrió en carne propia la miseria en que vivía el campesinado, se unió al movimiento antirreeleccionista desde 1909, cuando contaba ya con 30 años de edad. Una vez iniciada la lucha armada encabezada por el también coahuilense, Francisco I. Madero, Lucio Blan-



pedir el paso de los zapatistas a la ciudad, a través de los barrios periféricos del sur de la misma. Con Blanco se encontraba, entre las fuerzas de Zúñiga, el capitán Cárdenas. Entre el 23 de agosto y el 19 de septiembre, éste anotó en su diario todas las actividades que estuvo realizando entre Coyoacán, San Andrés y Xochimilco, combatiendo a los zapatistas.⁹⁰ El 19 de septiembre Cárdenas fue promovido, por primera vez, a un grado militar superior: el de mayor, al frente del 3er Escuadrón del Regimiento al mando de Zúñiga.⁹¹

co tomó las armas, dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias. Asesinado Madero, el campesino abrazó la causa del constitucionalismo con Venustiano Carranza a la cabeza. Firmó el Plan de Guadalupe y participó valientemente en diversas batallas. Sus méritos le hicieron acreedor a sucesivos ascensos militares. Ya con el rango de general, llegó a ocupar la plaza de Matamoros, donde inició el reparto agrario en la zona noreste del país. Aquella acción fue considerada como un acto de indisciplina por don Venustiano Carranza, quien de inmediato ordenó su traslado a la ciudad de Hermosillo, Sonora. Ahí recibió de Álvaro Obregón la encomienda de dirigir la caballería del Cuerpo del Ejército del Noroeste. Su valor y osadía lo llevaron a destacar en la lucha y realizó varias hazañas que le otorgaron la admiración de los revolucionarios y el reconocimiento de sus superiores. Más tarde, asistió como delegado a la Convención de Aguascalientes que eligió como presidente de la república a Eulalio Gutiérrez. El mandatario lo designó ministro de Gobernación, cargo que desempeñó durante la primera quincena del mes de enero de 1915. Desde su puesto combatió al constitucionalismo al que se había unido por decisión propia. Sus diferencias con los villistas se hicieron cada vez más profundas y llegó el momento en que debió exiliarse en Estados Unidos. Tiempo después, su reconciliación política con Carranza le brindó la oportunidad de regresar temporalmente a México, pero al iniciar y tomar fuerza el movimiento de Agua Prieta se vio en la necesidad de salir de nuevo del país. En 1922, intentó encabezar una insurrección, pero fue aprehendido y fusilado el 7 de junio, en la ciudad de Nuevo Laredo, Tamaulipas.

⁹⁰ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-53, 55, 56 y 63.

⁹¹ El capitán Cárdenas escribió: "Xochimilco, D. F. Con esta fecha recibí un oficio de la Comandancia, que dice: al margen un sello que dice [sic]: Cuerpo de Ejército del Noroeste. División de Caballería. 8ª

*Cárdenas toma partido en contra
del convencionismo de Villa y Blanco, y en favor
del constitucionalismo de Carranza y Calles*

Victoriano Huerta, el inteligente y audaz “usurpador” había caído. El hacendado coahuilense y primer jefe de la revolución constitucionalista, Venustiano Carranza, había triunfado. El agricultor sonoreense y general en jefe de la División del Noroeste había adquirido un enorme poder y, con él, una nueva clase política tomaba nuevas dimensiones estatales y nacionales. Pablo González, general en jefe de la División del Noreste, había jugado un papel crucial en la victoria, y había sido hecho a un lado en la firma del tratado de capitulación de Huerta y su gobierno. Muy molesto por esto, vería desde entonces a Obregón con recelo y se acercaría más a Carranza. El general de Chihuahua, Francisco Villa, ex bandido y comandante de la poderosa División del Norte, había sido intencional y militantemente excluido, por su propio jefe Carranza, de los honores de un triunfo en el que él había tenido —junto con el otrora porfirista y maderista, y ahora villista general Felipe Ángeles— un papel crucial. Emiliano Zapata, el campesino morelense, defensor de la comunidad indígena y gran jefe del Ejército Libertador del Sur, que con sus propias fuerzas había puesto en jaque a Huerta desde el centro-sur del país, al controlar Morelos y Guerrero y ocupar importantes

Brigada. Comandancia No. 257. Hoy digo al C. Tte. Coronel Nicolás Zúñiga, en oficio No. 256, lo que sigue: Con fecha 11 del actual se servirá usted dar de baja como Capitán 1º y Comandante del 3er. Escuadrón de ese Regimiento a sus órdenes, al C. Lázaro Cárdenas, quien causará alta como Mayor, haciéndose cargo del Detalle de ese propio Cuerpo. Lo que comunico a usted para su conocimiento y efectos consiguientes. Constitución y Reforma. Xochimilco, D. F. septiembre 17 de 1914. El General de la Brigada. F. Zúñiga. Al C. Mayor Lázaro Cárdenas. Presente”. Cárdenas del Río, L., 1972, 1-56.



posiciones en Puebla, el Estado de México y el sur de la ciudad capital, era combatido por los constitucionalistas –sus aliados contra Huerta– para impedirle entrar al Distrito Federal y ganar aún más cotos de poder que los que ya había conquistado. El gobierno estadounidense se había adjudicado una gran victoria, al contribuir en forma primordial a la derrota de Huerta, quien había amenazado seriamente sus intereses. Sin embargo, Wilson y las compañías estadounidenses no estaban todavía tranquilos con la victoria de Carranza. Aún no sabían hasta qué punto Carranza iba a aliarse con ellos contra los intereses europeos en México, y qué tanto iba a seguir privilegiando estos intereses para contrarrestar la influencia del poderoso vecino del norte sobre México. Por el momento estaban a la expectativa, pero los marines seguían en tierra, en el Puerto de Veracruz. Cómo iban estas fuerzas, unificadas contra Huerta pero tan disímbolas en todo sentido, a empezar a construir en forma conjunta un nuevo pacto, un nuevo gobierno y un nuevo país, era una pregunta que todos se hacían, que cada uno entendía a su manera y que todos tenían dificultad en responder.

A la caída de Huerta, la política y la economía mexicanas estaban literalmente en ruinas. Políticamente hablando, lo construido por Díaz había sido derrumbado, y nada sólido había sido construido en su lugar. Los ejércitos de Obregón y González, que juntos sumaban 60 000 efectivos, eran similares en su origen geográfico, su composición social y sus aspiraciones. Casi todos ellos peleaban a cambio de un salario que exigían fuera decoroso. Su jefe máximo era indiscutiblemente Carranza, y sus jefes inmediatos eran muy respetados por todos ellos. Estos jefes eran de provincia, del norte del país; eran jóvenes comerciantes, agricultores o rancheros, y sin duda muy emprendedores. La mayoría de ellos había sido maderista de corazón. Casi todos ellos habían

empezado a amasar fortuna a raíz de las confiscaciones de la Oficina de Bienes Intervenidos, que ellos controlaban. El ejército de Villa ascendía a 30 000 hombres igualmente bien pagados y convertidos en soldados profesionales. Sin ninguna duda era, de todos, el cuerpo militar más profesionalizado del país, pero era heterogéneo. Entre los jefes villistas había también un poco de todo. Villa garantizaba la manutención de su ejército y su política de redistribución social en las regiones que controlaba, pero algunos de sus jefes se hacían de haciendas y las regentaban a título personal como si fuesen verdaderos feudos personales. Villa tenía, además, el problema de que los maderistas norteños entraban constantemente en conflicto con él ya que veían con recelo sus intenciones de repartir tierras. Lo único que les interesaba era ver la manera de encumbrar a Ángeles en la Presidencia de la república, mientras lo desechaban a él, cuyos orígenes plebeyos despreciaban y temían. El ejército de Zapata, en cambio, no era de ningún modo profesional. Formado por 15 000 regulares y por 10 000 guerrilleros, a ninguno de ellos se le hubiera ocurrido solicitar un salario a cambio de sus servicios en la lucha. Por más admiración y fidelidad que sintieran hacia Zapata, ellos no se debían a él sino a las comunidades que los habían elegido para representarlas. Es por eso que ellos eran “los más dispuestos a jugársela realmente por cambios de fondo”.⁹²

En cuanto a W. Wilson y las compañías estadounidenses, un factor crucial se había hecho presente en la escena internacional: el 28 de julio de 1914 había estallado la Primera Guerra Mundial. Este hecho desactivaba en forma muy importante la presencia financiera y comercial de Europa en México y las transacciones comerciales entre México y el viejo continente, lo cual le daba a Estados Unidos una ven-

⁹² Womack, John, 2001, pp. 174-175.



taja enorme en las necesidades de dependencia que México inevitablemente habría de desarrollar hacia su poderoso vecino. De facto, el advenimiento de esta gran conflagración bélica europea reactivaba con más fuerza la Doctrina Monroe y su corolario de 1904.⁹³ Ya instalado en Palacio Nacional, Carranza no contaba aún con el reconocimiento a su gobierno por parte del gobierno de Wilson. El mayor deseo de las autoridades estadounidenses era que se implantara en México un régimen razonablemente más democrático que el de Díaz, pero de ninguna manera más radical ni política, ni social ni económicamente hablando. Curiosamente, el más pro estadounidense de todos los generales era Villa y, además, bajo el influjo de Ángeles, estaba siendo seducido por los maderistas clásicos cuyo conservadurismo era del agrado de Wilson.

⁹³ Declarada en 1823 por el presidente Monroe de Estados Unidos, esta doctrina consideraba que en las Américas había un sistema político diferente del vigente en las monarquías restauracionistas europeas. A partir de su pronunciamiento, los Estados Unidos interpretarían toda tentativa del Viejo Mundo por recuperar o extender su influencia en el Nuevo Mundo, como peligrosa para su paz y seguridad. A principios del siglo XX, Estados Unidos ya había anexado territorio mexicano, ocupado Cuba, Puerto Rico, Panamá, Filipinas, Guam y Hawai. Su hegemonía también alcanzaba a la América Central y al Caribe hispanohablante. En esa época, el entonces presidente, Theodore Roosevelt emitió el Corolario (1904) que lleva su nombre, aseverando que si un país del hemisferio americano, situado en la zona de influencia de los Estados Unidos, actuaba “amenazando” o poniendo en peligro los derechos o propiedades de ciudadanos o empresas de su país, el gobierno de ese país estaba obligado a intervenir en los asuntos domésticos del país “desquiciado” para reordenarlo, restableciendo los derechos y el patrimonio de su ciudadanía o de sus empresas. Este corolario transformó la Doctrina Monroe, que decía proteger a los Estados Unidos y al Nuevo Mundo contra la intervención europea, en una doctrina de intervención de Estados Unidos en América Latina y el Caribe.

Fue entonces cuando se planteó que se organizara una convención de jefes constitucionalistas, bajo los principios del pacto de Torreón. Entre agosto y principios de septiembre, Obregón y Villa empezaron a organizar todo para el evento. Todo el mes de septiembre, Carranza estuvo maniobrando para dividir a la oposición. El 5 de octubre, la Convención inició sus trabajos, presidida por el connotado y brillante abogado carrancista Luis Cabrera. Las primeras votaciones que Villa y Obregón ganaron fueron en el sentido de que la Convención trasladara su sede a Aguascalientes, territorio neutral pero cercano a Torreón, que era feudo de Villa; que se excluyera de ella a los civiles y, por lo tanto, a Cabrera, y que se invitara a Zapata a enviar delegados a la misma. Una vez que estos estuvieron ahí, se votó la aprobación del Plan de Ayala como base para la política agraria de redistribución de tierras de la convención. El 30 de octubre se decidió deponer a Carranza, se eligió a un presidente interino, Eulalio Gutiérrez, un general de las fuerzas de González,⁹⁴ y se aceptó que la División del Norte ocupara Aguascalientes. El 6 de noviembre, Gutiérrez prestó juramento. El día 10 se declaró “rebelde” a Carranza y jefe de los ejércitos de la Convención a Villa. W. Wilson, satisfecho, ordenó, el 13 de noviembre, que los *marines* desocuparan Veracruz, operación que debía concluir, a más tardar, el día 23.

Carranza, alarmado, había trasladado su gobierno a Orizaba, Veracruz. Sin embargo, no se había quedado con los brazos cruzados mientras los convencionistas lo deslegitimaban completamente. Una semana antes de que lo desconociera la Convención, ya había logrado obtener la lealtad de generales tan importantes como Alvarado, Caballero, Castro, Coss, Diéguez, Hill, Murguía, Villarreal y Calles. Obregón, que estaba en Orizaba también se le unió. De hecho, de

⁹⁴ Eulalio Gutiérrez (1880-1939), ver *Enciclopedia de México*, p. 329.



los principales generales del noreste y del noroeste, el único que se cambió al bando convencionista fue Blanco. El 26 de noviembre, a tres días de la salida de las tropas estadounidenses de Veracruz, Carranza instaló ahí su gobierno. Inmediatamente después, las tropas villistas y zapatistas ocuparon en forma conjunta la ciudad de México e instalaron ahí el gobierno provisional de Eulalio Gutiérrez.

El 29 de noviembre de 1914, en su diario, Cárdenas manifestaba que era soldado de la División de Caballería del Ejército del Noroeste, compuesta de 22000 hombres, de la que era jefe el general Lucio Blanco.⁹⁵ Lo que ocurrió, escribiría él mismo más adelante, en su tono básicamente neutral pero que denotaba, en algunas palabras, molestia y desacuerdo con su destino momentáneo, era que, “al dividirse el Ejército Constitucionalista por la actitud rebelde de Villa, y estando ausente nuestro jefe el general Zúñiga (que se había ido “a Jalisco a visitar a sus familiares), nuestra columna al mando del general Federico Morales fue embarcada con destino a Sonora, [e] incorporada a la Convención”.⁹⁶ A partir del 24 de noviembre, este destacamento militar inició su salida de la capital, en ruta hacia el Estado de México. Cárdenas registró en su diario, ese día, que, estando próximas las tropas de Villa, hubo deserciones en las filas en las que él se encontraba. El 7 de diciembre, por órdenes de su general Blanco, Cárdenas dejó el 229 Regimiento el ingreso al Estado Mayor.⁹⁷ A mediados de diciembre, Zapata tomaba la capital de Puebla, y Villa, tras haber reclutado miles de soldados entre Chihuahua y el Bajío, tomaba Guadalajara y lanzaba sus baterías contra las fuerzas carrancistas de Sonora y Tamaulipas. De acuerdo con los apuntes de Cárdenas, el

⁹⁵ Cárdenas del Río, L., 1972, 1-58.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 64.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 59.

31 de diciembre de 1914 él y sus hombres llegaron a Aguascalientes, donde pernoctaron. Todos sabían que iban camino a Sonora.

El general Morales —escribiría más adelante— era un desconocido para toda nuestra columna. Ningún acuerdo celebró con los jefes de los regimientos 22 y 23 (el 22 a mi mando), el 24 y 3er. batallones y dos compañías de ametralladoras, al ponerse él a las órdenes de la Convención y admitir marchar a Sonora a incorporarse con Maytorena, gobernador de Sonora.⁹⁸

Carranza, por su parte, también emprendía acciones para fortalecerse.⁹⁹

Muy a principios de enero, Cárdenas pidió licencia para ir a ver a su madre a Jiquilpan. Iba caminando solo, de noche, cuando una amiga de la familia lo encontró y, sorprendida de verlo, le advirtió que de nuevo habían dado aviso a doña Felicitas para que advirtiera a su hijo mayor que no regresara a su ciudad natal, ya que nuevamente pesaba sobre él una amenaza de detención, que venía de la Prefectura de Morelia. Con grandes precauciones, Cárdenas decidió visitar de todas maneras a su madre, quien ya estaba advertida de su llegada. Sus hermanos, en cambio, lo ignoraban. Cárdenas tuvo que esconderse de nuevo de casa en casa. Se enteró entonces que Guillermo García Aragón, su antiguo jefe en Michoacán, quien había sido figura fuerte de la Convención, había sido sacrificado en la Escuela de Tiro de la ciudad de

⁹⁸ *Ibid.*, p. 64.

⁹⁹ Para fines de 1914, José María Maytorena se había apartado del constitucionalismo; había derrotado a Benjamín Hill en la batalla “de Martínez”, había reconocido los acuerdos de la Convención y al general Eulalio Gutiérrez como presidente provisional. *Diccionario Porrúa*, 1995, III-2169



México, por aquellas viejas rencillas que había tenido en el estado de Morelos con jefes zapatistas. Zapata le había pedido a Villa que le entregara al general García Aragón y, a cambio, Zapata había entregado a Villa un jefe que Villa a su vez mandó fusilar.¹⁰⁰

El general Morales, bajo las órdenes de los generales Ramón Sosa y Juan Cabral, jefes de la división que la Convención envió a Sonora, fuerte en 2500 hombres, se embarcó [entre los cuales Cárdenas] en Acámbaro, Guanajuato, siguiendo en tren hasta Casas Grandes, Chihuahua.¹⁰¹

Ahí, Cárdenas se enteró, “por las fuerzas de Villa que controlaban esa zona”, de que

el general Zúñiga, revolucionario radical, amigo del constitucionalismo —al cual Cárdenas no parece haber podido ver en Jiquilpan— fue sacrificado en unión de su hermano el coronel Nicolás Zúñiga, en el cuartel de El Carmen de Guadalajara, por órdenes del general Manuel M. Diéguez, jefe de la Zona de Jalisco. En esos días se dijo que el general Zúñiga, jalisciense, obtendría del Primer Jefe, señor Carranza, órdenes para relevar a Diéguez. Zúñiga y Diéguez tuvieron un altercado y se dice que Zúñiga dio un puñetazo en la cara a Diéguez y que por esto, pretextando que Zúñiga pretendía rebelarse contra Carranza, los mandó ejecutar; ejecución que se verificó a puñaladas de marrazo en el interior del cuartel de El Carmen. Zúñiga —añade Cárdenas— fue amigo del constitucionalismo y no partidario de Villa. Las pasiones políticas de aquellos días lo llevaron al sacrificio. El general Federico Morales,

¹⁰⁰ Cárdenas del Río, L., 1972, I-59-64.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 64.

anciano que, por circunstancias de vieja amistad con algunos jefes de la Convención, convino con estos marchar con la columna Sonora [...], seguramente celebró este acuerdo sabiendo ya el fin del general Zúñiga.¹⁰²

Tras esa noticia, que fue a todas luces dura para el joven oficial de Jiquilpan, Cárdenas y los hombres de su regimiento, siguiendo órdenes de su jefe convencionista, continuaron por tierra hacia Sonora, a donde llegaron en febrero de 1915.¹⁰³ Por esas fechas, concretamente el 15 de enero, Obregón, en plena recomposición de su ejército, había arrebatado Puebla de las manos de Zapata. Cabrera había sido nombrado ministro de Hacienda del gobierno de Carranza, influyendo para que, el 6 de enero de 1915, se autorizara la creación de comisiones agrarias que considerarían las demandas concretas de restitución de tierras. Jesús Carranza había sido asesinado en Oaxaca y Carranza, el 12 de enero, había hecho unas declaraciones en el sentido de que promulgaría decretos provisionales para garantizar las libertades políticas; la devolución de la tierra a quienes habían sido despojados de ella; el cobro de mayores impuestos a los ricos; medidas para mejorar la condición de vida de los obreros; una nueva expulsión de la Iglesia de la política; medidas para que los recursos naturales se quedasen en manos nacionales y disposiciones que facilitarían el divorcio.¹⁰⁴ Se le había informado, asimismo, que el 10 de enero Ángeles había retomado la ciudad de Monterrey, y que Estados Unidos seguía apoyando a Villa. Cada uno de los dos bandos del constitucionalismo hacía lo posible por derrotar al otro, pero entonces corrió la voz de que Eulalio Gutiérrez estaba pactando con Carranza en secreto. Esto no sólo obligó a Gutiérrez a huir sino que constituyó el principio del fin de la Convención. El

¹⁰² *Idem.*

¹⁰³ *Ibid.*, p. 59.

¹⁰⁴ Fabela y J.E. de Fabela, eds., 1960-1976, IV-107-112.



28 de enero Obregón reocupó el Distrito Federal, y Diéguez, Guadalajara, que le sería nuevamente arrebatada por Villa a mediados de febrero.

Mientras tanto, Cárdenas atravesaba

[e]l Púlpito, pasando –cito– por las colonias Oaxaca y Morelos, acampándonos en la estación San José del ferrocarril Naco-Cananea. Helaba fuertemente en este tiempo en Sonora; gruesa capa de nieve cubría el suelo; frío intensísimo para nuestros hombres del sur. A varios oficiales y soldados se les gangrenaron las orejas y las extremidades de los pies por el fuerte frío. Maytorena ocupaba el estado de Sonora, con excepción de Agua Prieta, plaza en la que se encontraba fortificado [su antiguo protegido y aliado] el general Calles con 700 hombres.[...] De San José, Sonora, se me movilizó al aguaje de Anivácachi, pequeño puerto de la cordillera situado al norte de Agua Prieta (a 20 km), punto que cerraba una de las tres salidas de Agua Prieta. [...] Con Maytorena estaban: Urbalejo, José María Acosta y Cabral, que se incorporó con su columna convencionista, en la que venía Jesús Trujillo. La llegada de Sosa y Cabral no mejoró la situación de Maytorena, sino que agrió más los ánimos y ambiciones entre sus mismos jefes. Poco tiempo después salieron de Sonora los generales Sosa y Cabral por divergencias con Maytorena.¹⁰⁵

A principios de marzo, Obregón abandonó el Distrito Federal dejándolo sumido en el hambre y las epidemias y Zapata retomó la ciudad por breves días.

Por primera vez, Lázaro Cárdenas, quien tenía 19 años cumplidos y más de dos años de experiencia militar revolu-

¹⁰⁵ Cárdenas del Río, L., 1972, I-59-66.

cionaria en las filas constitucionalistas, adoptaba una posición política. En su diario escribió:

nuestro contingente, de 250 hombres del 22 Regimiento y 150 del 23 Regimiento, analizó su propia situación y con su convicción de soldados constitucionalistas, supuesto que todos nos sentíamos solidarizados con el constitucionalismo del que era jefe el señor Carranza, tomó la resolución de incorporamos [*sic*] a las fuerzas del general Calles en Agua Prieta.¹⁰⁶

No argumentaba, sin embargo, exactamente por qué se sentía “solidarizado con” Carranza.

Es en este mismo texto, escrito en sus apuntes en el campamento de Anivácachi, Sonora, donde Cárdenas menciona por primera vez al general Calles,¹⁰⁷ que entonces combatía, desde la trinchera del constitucionalismo, a Maytorena, y que sería el hombre clave en la vida del joven militar michoacano a lo largo de los siguientes 20 años.

REFLEXIONES FINALES

No cabe duda de que, a diferencia de muchos otros personajes de la historia contemporánea de México, que en su infancia o juventud no pensaban en sí mismos como personas que habrían de llegar a ser alguien de peso, Lázaro Cárdenas, desde pequeño y a pesar de provenir de una familia muy modesta de la provincia michoacana, soñaba con un destino luminoso en términos de llegar a adquirir fama por desempeñar exitosamente cargos político-militares de importancia, en defensa de su país. Ese sueño nació quizás

¹⁰⁶ *Idem.*

¹⁰⁷ *Idem.*



cuando su abuelo y don Modesto Estrada, el sastre del pueblo, le hablaban de las batallas que se habían librado en 1865 contra los invasores franceses en las afueras de Jiquilpan, y cuando su maestro de primaria –quien le auguraba también un futuro brillante a la cabeza, según él, del gobierno michoacano– contaba a sus alumnos, con gran admiración, las hazañas de Juárez y de Morelos.

A los 11 años, Cárdenas se salvó del Seminario al que su católica madre lo tenía predestinado, gracias a su padre, un liberal redomado, quien, necesitado del apoyo económico de un hijo trabajador, lo insertó también muy pronto en los medios antiporfiristas jiquilpenses, que se convertirían muy pronto en seguidores de Madero. A muy temprana edad, el muchacho ya estaba leyendo Juan Panadero, Regeneración y Nuevo México. Esta experiencia no sólo llevaría a una temprana politización del joven Lázaro, sino también a que se le fuera forjando una personalidad disciplinada en torno al trabajo y a la obligación; trabajo y obligación que muy pronto, a la temprana muerte del padre, serían el sostén de una numerosa familia.

Habitante de una región netamente mestiza del noroeste michoacano, el joven, quien laboró también como alcalde en la cárcel de su ciudad natal, entraría ahí por primera vez en contacto con la problemática y el sufrimiento de los indígenas, una vivencia que por lo visto le sería difícil olvidar.

A fines de la primera década del siglo XX, como muchísimos jóvenes, Cárdenas empezó a tener otras inquietudes, producidas por los acontecimientos nacionales y estatales que marcaban a todas luces la extensión de la Revolución, pero también por las fantasías que albergaba desde niño acerca de su propia persona. Las primeras y muy contadas reyertas revolucionarias que él pudo presenciar en su localidad no hablaban precisamente de revolucionarios coherentes y probos. Tan es así que el propio Cárdenas tuvo que

participar en una pequeña persecución armada en contra de algunos de sus protagonistas. Por otra parte, desde la trinchera de Jiquilpan se alcanzaba a ver que los grupos revolucionarios eran extremadamente desiguales y diversos, y que los hombres se lanzaban a la gesta revolucionaria por razones tan distintas, que podían oscilar entre las muy loables ganas de contribuir a cambiar el estado de cosas reinante en la nación o en el estado, las luchas entre caciques locales, la desesperación, o incluso cosas tan personales como la envidia o los ajustes de cuentas. Sin embargo, todo esto no hacía que el joven impresor olvidara sus sueños de caballería y gloria por el bien de su gente.

La primera vez que Cárdenas tuvo contacto con grupos maderistas y constitucionalistas más serios fue en aquella ocasión en que los hombres de Rentería Luviano le solicitaron, en su carácter de impresor, que imprimiera un manifiesto que harían circular en la región. En forma concienzuda, Cárdenas trabajó toda la noche para cumplir con lo encomendado. Por primera vez se sintió realmente útil a la Revolución, cosa que los enemigos locales notaron inmediatamente ya que, a raíz de este incidente, empezaron a perseguirlo y él tuvo que empezar a esconderse, como lo haría varias veces durante los años que seguirían.

En junio de 1913, a la edad de 18 años, Lázaro decidió que esconderse no era digno de sus sueños; que era más digno de ellos ponerse al servicio de los constitucionalistas en lucha contra Huerta. Se presentó entonces ante el general Guillermo García Aragón, quien había tenido una experiencia previa al mando del ya para entonces renombrado general Emiliano Zapata, pero con el cual había tenido diferencias. Casi un año estuvo Cárdenas al mando de García Aragón, quien muy probablemente influyó en el joven, al que ascendió muy pronto a capitán segundo, con su animadversión hacia Zapata. En julio de 1914, cuando



casi todos los generales convencionistas estaban firmando el Pacto de Torreón, Cárdenas, de visita en Jiquilpan, se había visto obligado a esconderse de nuevo. Cuando el general Zúñiga pasó por Jiquilpan rumbo a Guadalajara para unirse a las fuerzas revolucionarias triunfantes contra Huerta, Cárdenas se puso a sus órdenes, incorporándose como oficial de su Estado Mayor. Casi inmediatamente después de su ingreso a estas filas revolucionarias, Zúñiga fue convocado por el importante general obregonista Manuel M. Diéguez, quien estaba preparando el combate contra el general Mier, destinado a tomar Guadalajara. Cárdenas participó así, en esos días, en su primera gran batalla, como uno de los 15 000 hombres de Obregón, Hill, Diéguez y Blanco, quienes derrotarían a Mier y los suyos.

Muy pronto, Zúñiga y sus hombres serían asignados a las fuerzas comandadas por el general Lucio Blanco, a quien Obregón había ordenado que, al mando de unos 10 000 hombres, se encargara de impedir el paso de los zapatistas a la ciudad, a través de los barrios periféricos del sur de la misma. Promovido al grado de mayor, al frente del 3er Escuadrón del regimiento al mando de Zúñiga, Cárdenas seguramente entró en contacto con Blanco, quien para entonces era ya una fuerte personalidad en las filas constitucionalistas. 16 años mayor que Cárdenas, para entonces Blanco ya era famoso por haber participado valientemente en diversas batallas, en las que sus grandes méritos le hicieron acreedor a sucesivos ascensos militares. Fue Blanco quien, ya ascendido a general, había ocupado la plaza de Matamoros, donde, contra las órdenes de Carranza, había iniciado el reparto agrario en la zona noreste del país.

Acusándolo de indisciplina, Carranza había ordenado su traslado a la ciudad de Hermosillo, Sonora, donde se puso al mando de Obregón, quien lo nombró cabeza de la caballería del Cuerpo del Ejército del Noroeste.

Nuevamente su valor y osadía lo llevaron a ganarse la admiración de los revolucionarios y el reconocimiento de sus superiores. Fue entonces cuando Cárdenas empezó a trabajar bajo su comando, junto con 22 000 hombres de caballería. Qué tanto admiraba Cárdenas a Blanco, no lo sabemos, pero sí sabemos, por sus apuntes, que no coincidía con las decisiones político-militares que Blanco habría de tomar en esos días: distanciarse del primer jefe; asistir como delegado a la Convención de Aguascalientes que eligió como presidente de la República a Eulalio Gutiérrez, y ser el único de los principales generales del noreste y del noroeste que se cambió al bando convencionista y adoptar la filosofía de dicho bando con tal convicción que Gutiérrez lo designaría como su ministro de Gobernación. En ese cargo se desempeñó durante la primera quincena del mes de enero de 1915 desde él combatió al constitucionalismo al que se había unido por decisión propia.

En noviembre de 1914, en su diario, Cárdenas, visiblemente perturbado por la división del Ejército Constitucionalista, lo evidencia aún más cuando ve que, en ausencia de Zúñiga, su superior directo, su columna es puesta al mando de otro general, Federico Morales, al que él y sus hombres ven como “un desconocido” y al que condenan, acusándolo de involucrar a sus oficiales en una decisión muy grave —ponerse a las órdenes de la Convención y admitir marchar a Sonora a incorporarse con Maytorena— sin previo acuerdo con ellos. A pesar de que Morales seguía las órdenes de Blanco y de que éste último le ordenó a Cárdenas dejar el 229 Regimiento e ingresar al Estado Mayor, al joven mayor Lázaro Cárdenas se le había impuesto una decisión político-militar con la que él no comulgaba: ser enemigo de Carranza y de Obregón a quienes se consideraba leal, y aparecer como amigo del convencionismo, de Villa y de Zapata, con quienes no se identificaba en lo más mínimo.



A este grave hecho se sumaron en esos días otros más que llevaron a Cárdenas a rebelarse contra Blanco y Morales. Muy a principios de enero, cuando estaba de visita en Jiquilpan, Cárdenas se enteró de que Guillermo García Aragón, su antiguo y primer jefe en Michoacán, convertido para entonces en una figura importante de la Convención, había sido entregado por Villa a Zapata –en canje por un enemigo de Villa que Zapata tenía en su poder– a sabiendas de que éste lo iba a sacrificar, cosa que hizo, por aquellas viejas rencillas que había tenido con él. La muerte a traición de su primer jefe, aunada a la forma impune y violenta en la que ésta se llevó a cabo, desagradaron profundamente al ahora miembro del Estado Mayor de Blanco, cuyo desacuerdo con los jefes campesinos del sur y del norte y con la Convención no hizo sino aumentar. Cuando Cárdenas llegó, al mando de Morales, a Casas Grandes, Chihuahua, se le notificó de otro hecho que lo hizo enfurecer: que el general Zúñiga, su segundo jefe de armas, acababa de ser sacrificado a puñaladas también por el general Manuel M. Diéguez, porque, se rumoraba, Carranza iba a relevar a este último de su cargo, haciéndolo reemplazar por Zúñiga. Visiblemente molesto y dolido, Cárdenas añade a su animadversión por Morales este asesinato, que escribe que el general Federico Morales seguramente celebró el fin del general Zúñiga.

Inmediatamente después de recibir estas duras noticias, Cárdenas y 400 hombres del 22 y 23 Regimientos, ratificando su adhesión al constitucionalismo, tomaron la resolución de incorporarse a las fuerzas del general Calles en Agua Prieta. Es difícil saber hasta dónde juraron los aspectos personales y hasta dónde los aspectos políticos en esta decisión de Cárdenas de rebelarse contra Blanco. La profunda tristeza y la profunda indignación por el asesinato de sus dos antiguos jefes y su animadversión por Morales echaron sin duda leña al fuego de su enemistad político-militar con Za-

pata, a quien había combatido en el sur de la ciudad de México y de su enemistad por Villa, que había sido el germen del convencionismo, en quien Carranza no confiaba y quien, además, había entregado deliberadamente a García Aragón al matadero.

Como el hombre profundamente leal que Cárdenas era ya a esa aún corta edad, pronto encontraría en el general Calles una figura en la cual depositar su fidelidad y sus servicios y en la cual fincar su estabilidad, truncada por un breve lapso en el que se le quería usar a favor de una causa con la que él no comulgaba y a la que quizás identificó entonces con métodos violentos y arbitrarios que, como se verá más adelante a lo largo de su vida, tampoco tendía a avalar.



Lázaro Cárdenas: La formación inicial 1920-1928

Ricardo Pérez Montfort

CIESAS/UNAM

*Los petroleros, gambusinos aventureros sin Dios
ni Ley, destructores de la agricultura de la ganadería
y del derecho de asociación. Rapacería completa –ni
caminos ni unión–, dominación y odio.*

FRANCISCO J. MÚGICA

Libreta núm. 5 (febrero 5, 1928)

Para quienes se dedican a la historia política de México en el siglo xx, existen pocos testimonios personales más completos y complejos que los cuatro tomos de *Apuntes* de Lázaro Cárdenas, editados por Gastón García Cantú y Cuauhtémoc Cárdenas, y publicados por la UNAM en 1972. Sin embargo, llama la atención el gran vacío de notas y entradas que existe en dichos tomos sobre el periodo que va de 1920 a 1930. Pensando que tal vez la transcripción de aquellos apuntes referentes a esos años se pudo haber extraviado, el mismo Cuauhtémoc Cárdenas planteaba lo siguiente en la “Introducción” a dicha colección de notas:

No se dio tiempo Lázaro Cárdenas para escribir un relato de aquellos años, en los que estamos seguros que sí hubo apuntes, años del triunfo del Plan de Agua Prieta; de sus gobiernos provisional y constitucional del estado de Michoacán; de sus comandancias militares de Michoacán, del Istmo de Tehuantepec, Jalisco, Las Huastecas; de los conflictos entre el gobernador de Michoacán, general Francisco J. Múgica, y el presidente Álvaro Obregón; de las rebeliones de 1923 y 1929; de la rebelión cristera[...]Años de campañas, de continuo movimiento.¹

Y en efecto, aun cuando se trata de un periodo particularmente importante, tanto para la formación del personaje y desde luego para la estructuración de la que será su plataforma ideológica y su compromiso político, hasta hace poco era realmente escasa la información que se había publicado sobre las actividades y el pensamiento de Lázaro Cárdenas en esa década. Afortunadamente y gracias a los trabajos de Victoriano Anguiano Equihua, de Eitan Ginzberg y de Verónica Oikión ya se tienen buenas referencias sobre la gubernatura michoacana de 1928 a 1932.²

Sin embargo, para poder acercarnos a los ocho años iniciales de la década de los años 20 y la influencia que tanto acontecimientos como ideas tuvieron en la formación del joven Cárdenas seguimos contando con fuentes dispersas que poco ayudan a una visión de conjunto. Es por eso que más que presentar un seguimiento puntual de la evolución del personaje, lo que se tiene es una especie de álbum de estampas que empieza con la adhesión de Cárdenas al Plan de

¹ Cárdenas del Río, L., 1972, I.

² Anguiano Equihua, V., 1989; Ginzberg, Eitan, 1999; Oikión Solano, V., 2001.

Agua Prieta y terminación el inicio de la gubernatura constitucional de su estado natal.

Como ya lo enunciaba Cuauhtémoc Cárdenas este periodo de la vida de su padre estuvo marcado por varios acontecimientos que le fueron dando una presencia cada vez mayor en el quehacer regional y nacional. En medio de las turbulencias que provocaban las crisis de los sonorenses, tanto las internas como aquellas que se suscitaban a nivel internacional, la figura de Cárdenas parecía salir constantemente airosa, no sólo por su clara alianza con los vencedores sino también por cierto estilo sereno que lo caracterizó desde entonces.

La serenidad y desde luego el mal tiempo fueron, al parecer, las causas que le impidieron ser él quien interceptara al presidente Carranza en su fatal huida hacia Tlaxcalantongo; apelando a la misma serenidad se le encargó el gobierno de Michoacán durante unos días y entregó el poder al gobernador electo, Francisco J. Múgica, en 1920; y también concierta serenidad manifestó en ese mismo año su deseo de separarse del ejército para dedicarse a la instalación y explotación de un aserradero. En parte su alianza con el general Calles y en parte la disciplina militar aprendida durante los años violentos de la Revolución lo llevaron a encargarse de tres territorios particularmente conflictivos entre 1921 y 1923. El primero fue el Istmo de Tehuantepec, el segundo fue nuevamente Michoacán y el tercero el Bajío, con su extensión hasta Jalisco.

Desde la jefatura de Operaciones del Istmo de Tehuantepec en San Jerónimo, Oaxaca, las condiciones insalubres y el paludismo sufrido por la tropa y la población lo llevaron a construir un hospital con recursos un tanto irregulares. Con un día de haber mensual de jefes y oficiales y con materiales solicitados, tanto al general Calles, como al general Serrano y a Adolfo de la Huerta, el hospital quedó terminado hacia



agosto de 1922.³ El afán pacificador de Cárdenas en dicha zona lo llevó también a perseguir a ciertos enemigos políticos y sobre todo a los rebeldes regionales, como el legendario Cástulo Pérez que asumiéndose felicista era un consumado enemigo de los sonorenses.⁴ En ese mismo Istmo también se hizo de buenos amigos entre terratenientes y trabajadores del ferrocarril. Probablemente por cierta falta de malicia política, su jefatura militar en el Istmo se confundió con cierta ambigüedad de trato hacia un grupo de pistoleros encabezados por un personaje de nombre Bibiano Flores que defendía a explotadores locales de larga trayectoria en la región. Por eso la memoria del general Cárdenas en aquella primera presencia en el Istmo no resulta del todo positiva. Sin embargo no duraría demasiado en la región como para que dicha memoria empañara su carrera.⁵

Unos meses antes, las tensiones entre terratenientes y agraristas habían confrontado a buena parte de la sociedad michoacana, y las pugnas entre guardias blancas toleradas por el general Enrique Estrada, jefe de Operaciones Militares de Occidente y el mismo gobernador Francisco

J. Múgica, apoyado por el Partido Socialista Michoacano y la Liga de Comunidades y Sindicatos Agrarios de la Región de Michoacán, complicaron de tal manera la situación que, después de una serie de estira y aflojes el mismo Múgica se vio asediado por el caudillo-presidente Álvaro Obregón. Con el fin de calmar los ánimos, el general Cárdenas

³ *Boletín Desdeldiez*, núm. 3, vol. 3, diciembre de 1980.

⁴ Calles, Plutarco Elías, 1991. La situación de Cástulo Pérez es un tanto confusa, ya que por una parte es visto con cierta benevolencia por parte de Obregón, pero por otra la animadversión de Calles es manifiesta. Ver Zarauz López, Héctor L., 2005.

⁵ Información proporcionada por Alfredo Delgado Calderón y apoyada en AGN, Ramo Presidentes, Fondo Abelardo L. Rodríguez, exp. 515.3/64.6.

fue requerido en su tierra natal y con las instrucciones de escoltar a Múgica y presentarlo en la ciudad de México se suscitó aquel episodio famoso en que Obregón en un telegrama enviado en el trayecto de Morelia a México daba por muerto a Múgica.⁶

A pesar de la lejanía que significaba su jefatura militar en el Istmo, Cárdenas no debió ser ajeno al proyecto *mugiquista* en Michoacán. El sólo hecho de haber salvado la vida de Múgica y sobre todo su posterior alianza y estrecha amistad pueden dar fe de que la influencia de Múgica en el joven Cárdenas ya era un hecho en los primeros años 20. Y en verdad la labor michoacana de Múgica era bastante notable y bien podía impresionar, máxime a quien se encontraba en plena formación. En sólo dos años y en medio de infinidad de conflictos, el gobierno mugiquista había repartido cerca de 23 000 hectáreas para ejidos, había destinado la mitad de su presupuesto para educación, había aumentado el salario mínimo a los maestros y había expedido una Ley de Trabajo que interpretaba de manera fehaciente el espíritu revolucionario del artículo 123 de la Constitución del 17.⁷ Apoyada por líderes agraristas y obreristas, la propuesta mugiquista no tardó en trascender los límites estatales y, hacia marzo de 1923, un aliado suyo de primer orden y figura central de la Liga de Comunidades y Sindicatos Agrarios de la Región de Michoacán, Primo Tapia, participaría, junto con Gildardo Magaña, Andrés Molina Enríquez y Saturnino Cedillo en la formación de la Confederación Nacional Agraria, que eventualmente también daría pie a la Liga Nacional Campesina en 1926.⁸

⁶ Ribera Carbó, Ana, 1999.

⁷ Hernández, Manuel D., 1982.

⁸ *Ibid.*



A fines de 1923 la situación nacional se agravó debido a la rebelión delahuertista. El general Enrique Estrada y el llamado “Grano de oro” Rafael Buelna encabezaban las huestes delahuertistas en Occidente, a las cuales el general Obregón dio la orden de combatir. Cárdenas tuvo la encomienda de hostilizar a Buelna y éste lo derrotó en Huejotitlán. La razón de dicha derrota se debió, según el mismo Calles, a que Cárdenas y sus compañeros se habían empeñado en combatir a un enemigo muy superior numéricamente hablando y a un error en la táctica militar que provocó la división de su columna.⁹ Es conocida la historia que cuenta que tanto Estrada como Buelna respetaron la vida de Cárdenas y se preocuparon por la curación de sus heridas y cómo éste después permitió que Estrada saliera al exilio, desde Colima, unavez que triunfaron los obregonistas.¹⁰

Otra vez la serenidad había acompañado al general Cárdenas en un momento particularmente difícil y aun cuando permaneció algún tiempo desaparecido ante los ojos de sus superiores, que por cierto coincidió en parte con el periodo que Francisco J. Múgica estuvo fuera del campo de visibilidad de sus enemigos. Todavía durante la segunda parte del año de 1924 Cárdenas permaneció en Occidente. Durante este periodo llama la atención cómo se estrecha la amistad con otros personajes que bien a bien parecían apuntar hacia otro rumbo político bastante ajeno al que representaba Francisco J. Múgica. Se trataba de los hermanos Maximino y Manuel Ávila Camacho, quienes habían colaborado con Cárdenas en su lucha contra los delahuertistas y que él mismo se encargó, durante ese año de 1924, de defender frente a las propuestas de reorganización del ejército postuladas por el general Amaro, que no parecía tenerles demasiada con-

⁹ Calles, Plutarco E., 1993.

¹⁰ Krauze, Enrique, 1987.

fianza a los Ávila Camacho.¹¹ Cárdenas en cambio tuvo un particular aprecio por Maximino, quien a su vez tuvo un afán acomodaticio que bien pudo confundirse con cierta sagacidad o con atrevimientos capaces de satisfacer ambiciones personales disfrazadas de beneficios masivos y populares. Manuel, en cambio, probablemente apuntaló la serenidad de Cárdenas y contribuyó a su proceso autodidacta con algunas lecturas de historia militar francesa.¹² Afortunadamente Maximino fue alejado del general Cárdenas para encomendarle una jefatura militar en Chiapas, y en cambio Manuel sí quedó bajo la responsabilidad del hombre de Jiquilpan.

En marzo de 1925, sin embargo, Cárdenas fue designado, por el general Calles, jefe de Operaciones Militares en las Huastecas y el Istmo, estableciendo su cuartel general en Villa Cuauhtémoc, Veracruz.

II

La estadía del ya general de brigada en territorios del golfo oriental de México duraría tres años, tal vez los más intensos de su formación inicial, pero a la vez los menos documentados. Sus biógrafos coinciden en que se trata de una época en la que vio muy de cerca las condiciones de explotación en las que vivían los trabajadores de los campos petroleros y los indignantes contrastes entre la vida que se daban los empleadores extranjeros y el padecimiento constante de los empleados nacionales. Cierto es que la región estaba muy mal comunicada con el centro de la república y la presencia del ejército posrevolucionario parecía indicar que las refor-

¹¹ Fideicomiso Archivo Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, Archivo del general Joaquín Amaro, en catalogación, cartas, diciembre 13 y 23 de 1924, enero y febrero de 1925.

¹² Krauze, Enrique, 1987.



mas constitucionales referentes a la explotación del subsuelo y a la reorganización del trabajo y el capital no tardarían en implantarse de una manera que afectaría directamente los intereses de las compañías petroleras, sobre todo.

El mismo general Calles se había preparado desde 1924 para meter al redil a dichas compañías que vivían, por un lado una relación particularmente tensa con sus sindicatos de trabajadores locales y, por otro, intervenían constantemente en las relaciones internacionales y diplomáticas. La Ley del Petróleo propuesta por Calles no entraría en vigor sino hasta fines de 1925, sin embargo ya en marzo de aquel año la inquietud campeaba la región. Recién nombrado jefe de operaciones de las Huastecas, Cárdenas lidió con paros, agresiones, mítines, huelgas, despidos, y hasta muertes, todo ocasionado por las desavenencias entre sindicatos, empresas y gobierno. Mientras en el discurso Calles aparecía por demás radical, en la realidad parecía más bien estar del lado de cierta conciliación con las empresas. No así los encargados del orden militar y mucho menos los agitadores y organizadores de la resistencia laboral. Entre estos últimos destacaron, por ejemplo, las figuras de José C. Valadés y el magonista Librado Rivera.¹³ Y entre los primeros se contaba desde luego el general Lázaro Cárdenas.

Aquí entra en escena nuevamente Francisco J. Múgica. Contratado por un despacho de abogados, y por instancias de su excolega constitucionalista Luis Cabrera, Múgica estableció su residencia en Tuxpan a principios de 1926 para llevar a cabo un litigio por fraude cometido por una compañía petrolera a una empresa mexicana. A través de su libreta de apuntes número 5, cuidadosamente estudiada por Anna Ríbera Carbó, es posible observar no sólo el seguimiento tan puntual que Múgica le daba al conflicto petrolero de ese en-

¹³ Ribera Carbó, A., 1999; Taibo II, 1988.

tonces, sino también cómo se fue acercando cada vez más al general Cárdenas y cómo éste fue influido por las ideas y conversaciones sostenidas con el exgobernador michoacano. Son muchas las referencias que tanto entonces como en épocas posteriores los dos michoacanos hicieron sobre sus experiencias conjuntas en la Huasteca; desde los tensos momentos en que las compañías petroleras impedían la libre circulación de los mexicanos en su propio territorio hasta el festejo del décimo aniversario de la promulgación de la Constitución del 17, en la cual el general Cárdenas homenajeó a su amigo constituyente, pasando por otros asuntos como la visita a la viuda de Manuel José Othón en San Luis Potosí o las reflexiones nostálgicas y rencorosas sobre la Morelia de los primeros años 20.¹⁴ Aun cuando no aparece en estos documentos una clara definición del socialismo con el que simpatizaban los dos michoacanos, es muy probable que ambos discutieran acerca del mismo, por lo menos de manera informal. El mismo Múgica, años después, al negar que hubiese sido mentor del general Cárdenas, enfatizaba el trasfondo socialista del pensamiento y el proyecto cardenista de la siguiente manera:

Fundamentalmente no hay ninguna diferencia, en teoría, entre la filosofía del señor Cárdenas y la tradición socialista en Europa. La más ortodoxa interpretación dialéctica de la historia establece, dentro de la identidad de los principios básicos, una diferenciación en cuanto a los procedimientos prácticos de lucha ajustados éstos a las condiciones económicas, políticas y sociales de cada país. De tal manera que un socialista auténtico es aquel que busca en la realidad del país donde actúa las formas específicas necesarias para realizar el fin co-

¹⁴ Cárdenas del Río, L., 1972, I; Ribera Carbó, A., 1999.



mún que es, sencillamente, la reivindicación del proletariado del campo y de la ciudad.¹⁵

Pero, regresando a la libreta de apuntes de Mújica, las citas a Baudelaire, a Gustavo Le Bon, a Carlos Marx, a Balzac, a Heine o a Haendel, a los héroes griegos como Milcíades o Leónidas-Jerjes, las frases célebres de Melchor Ocampo o la admiración por “Hugo el formidable, Darío el incomparable, Nervo ministro sublime, Juana de Ibarbourou, la Mistral, Rosario Sansores, Delfina Agustini y todos los poetas altísimos y las divinas mujeres que hacen versos....” se combinaban con las notas sobre los conflictos en las minas de carbón inglesas, o con un párrafo como el siguiente que se refiere al pueblo de Tantoyuca:

Su miseria se palpa en sus chozas de varas mal unidas y peor techadas: carecen de toda propiedad y pagan renta al hacendado por el derecho de habitación y milpear, les cobran \$25.00 pesos animales y un día a la semana trabajo personal. Yo pienso: ¿para qué hemos hecho entonces esta gran revolución? El anciano indio nos cuenta que ahí ha nacido y vivido y que no se hallan en otra parte, cuando el dueño los corre, pagan también impuesto personal para la escuela y ni el estado ni el municipio tienen escuela.¹⁶

Este tipo de referencias a la miseria y al abandono posteriormente serían muy recurrentes en los propios Apuntes de Lázaro Cárdenas. Sin tener mayor evidencia documental no es demasiado arriesgado inferir que la amistad y el intercambio de ideas y experiencias entre Mújica y Cárdenas en

¹⁵ *Desdeldiez*, julio 1985.

¹⁶ Francisco J. Mújica, Libreta No. 5, 1925 a 1928, en *Desdeldiez*, 1989.

plena Huasteca debió de estrecharse al grado que incluso pudo llegar a molestar al mismo Calles, y no se diga a Obregón, quien pretendían tener un control muy cerrado sobre sus subalternos. Así tal vez se explica que el secretario de Guerra y Marina, el general Joaquín Amaro, presionara de vez en cuando a Cárdenas sugiriéndole que tuviera en mejor estado sus corporaciones, su caballada y su jefatura militar en general.¹⁷

Estas suspicacias se diluyeron con la decidida actuación y el cuidado que tanto Cárdenas como Múgica tuvieron a la hora de perseguir al general Arnulfo R. Gómez, quien se levantara junto con Francisco Serrano en contra del régimen en los últimos meses de 1927.

Por cierto, en esa persecución ambos tuvieron la oportunidad de visitar Papantla y ahí cerca las ruinas de El Tajín sobre lo que Múgica escribió lo siguiente de manera un tanto exaltada:

¡Oh monumento! ¡caduco como todo lo viejo! ¡abandonado como lo nuestro y atrayente como lo histórico! Dicen que es una tumba de un rey, sería un gran rey para merecer esta tumba en que hay un nicho para cada una de las deidades del año, en que el número 7 ejecuta su danza simbólica. Si es verdad que los túmulos tienen en su arquitectura todo aquello que representa el gusto del yacente, el rey desconocido que mora en estas ruinas debió ser poeta y monje, sumo sacerdote de una teogonía que barrió la conquista, que ha dejado grandes huellas en la raza de bronce. La pirámide está en medio de una montaña sombría saturada de savia fecunda y esmeralda como una inmensidad. ¿Quién guarda estas ruinas? Vimos un jacal con una mujercita simpática y

¹⁷ Fideicomiso Archivo Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, Archivo del general Joaquín Amaro, en catalogación, cartas, marzo 1926.



solitaria, vimos otro jacal con dos indios viejos de más de un siglo.¹⁸

A fines de aquel año de 1927 Múgica abandonaría la Huasteca, dejando al general Cárdenas en vísperas de convertirse en el siguiente candidato a gobernador del estado de Michoacán para el periodo 1928-1932. En una carta que Cárdenas le escribiera en abril de 1928 queda clara no sólo la cercanía entre ambos sino algunos de los asuntos que compartieron y que ahora el hombre de Jiquilpan parecía añorar. En primer lugar añoraba los *coñacs* que ambos disfrutaron en Tuxpan seguramente conversando y quizás descansando de sus extenuantes giras, pero en segundo lugar mostraba su nostalgia por las enseñanzas bien aprendidas de un amigo que era recordado justo en el momento en que, en un mitin organizado por los partidos socialistas michoacanos en el teatro Ocampo, el candidato descubría el espíritu acompañante de su colega gran orador y constitucionalista. Cárdenas, quien por cierto sufría de paludismo en ese momento, secuela de sus andanzas por las selvas huastecas, contaba:

El teatro estaba lleno, la mayoría gente de la nuestra, me sentí sereno y parece pude hacer una exposición de las tendencias de mi candidatura; creo que al estar hablando bailaba la pierna que descansaba, pero me dio valor recordar a Mirabeau cuando dijo su discurso defendiéndose de un proceso ante la multitud que atónita escuchó por primera vez al que creía desposeído de toda facultad oratoria [...] Hubo aplausos a cada punto que toqué y posiblemente me resuelva en otra ocasión y en otra plaza a creerme orador.¹⁹

¹⁸ Francisco J. Múgica, Libreta No. 5, 1925 a 1928, en *Desdeldiez*, 1989.

¹⁹ *Desdeldiez*, julio 1985.

Así, una etapa más en el proceso de formación política e ideológica del general Cárdenas había concluido. Un viraje distinto lo alejaría momentáneamente de Múgica. Las enseñanzas y las experiencias conjuntas, sin embargo, volverían al escenario político, económico y cultural del país tan sólo ocho años más tarde.



La presidencia



La última fase de la Revolución: Cárdenas

Alan Knight

Universidad de Oxford

Tras el estallido de la Revolución en 1910, México vivió un decenio de conflictos violentos al que siguió otro de reconstrucción política y económica. La campaña revolucionaria destruyó el antiguo régimen de Porfirio Díaz, liquidó su ejército e instaló en el poder a una coalición que era heterogénea y, al mismo tiempo, muy influida por las fuerzas del norte y comprometida en líneas generales con un proyecto de construcción del Estado y de desarrollo capitalista. Aunque, en lo que se refiere a estos objetivos generales, los líderes revolucionarios siguieron precedentes porfirianos, los medios que emplearon eran muy distintos, como lo era también el entorno sociopolítico en el cual actuaron. Es cierto que la Revolución no había transformado la economía mexicana. El antiguo patrón de crecimiento capitalista inducido por las exportaciones –el llamado “desarrollo hacia afuera”– no había sufrido ningún cambio fundamental. Las inclinaciones nacionalistas del régimen en el terreno económico, expresadas en la Constitución de 1917, provocaron disputas con Estados Unidos, pero no se produjo una ruptura total y en 1929 las inversiones directas de los estadounidenses en México fueron superiores a las de 1910. Además, pese

al descenso de la producción de petróleo después de 1921, la economía se recuperó y creció, al menos hasta 1927.

En cambio, la Revolución cambió fundamentalmente la vida social y política de México, aunque a menudo fue de un modo no planificado e imprevisto. La movilización armada de 1910-1920 cedió ante formas nuevas de movilización institucional: ligas campesinas, sindicatos y gran número de partidos políticos, de izquierdas y de derechas, grandes y pequeños. El resultado no fue una decorosa política liberal, como la que Francisco Madero había propugnado en 1910; pero tampoco fue un sistema autocrático cerrado, personalista, como el que Díaz había mantenido hasta el fin. La nación política se había ensanchado y ahora era quizá la mayor de América Latina; se estaba gestando una forma de política de masas agitada, a veces radical, a menudo violenta y corrupta. No es posible generalizar cuando se habla de esta clase de política. Formaban parte de ella los caciques locales y caudillos regionales (muchos de ellos, pero no todos, de origen nuevo y revolucionario); el agrarismo radical, como en el caso de Morelos, y los propietarios conservadores, como en el de Chiapas; el anticlericalismo revolucionario y la acción social católica (por no hablar del clericalismo conservador católico); un pretorianismo agresivo y ambicioso, y una incipiente tecnocracia civil.

Una de las grandes preocupaciones del gobierno central, especialmente durante la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928) fue el control y la cooptación de estas facciones rivales fisíparas. Para ello, Calles hizo la guerra contra la Iglesia, en el campo de batalla y en el aula; redujo y profesionalizó el inflado ejército; favoreció al movimiento obrero, en especial a la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), oficialista y encabezada por Luis N. Morones; y toleró –a veces estimuló tácticamente– la movilización de los campesinos. Si bien el control estatal de la sociedad civil au-

mentó así (dada la cuasi anarquía del periodo 1910-1920, difícilmente podía disminuir), el Estado que construyeron los líderes de Sonora (1920-1934) no era un leviatán autoritario. La tumultuosa sociedad civil de los años veinte desafió dicho control. Los cristeros combatieron a Calles hasta alcanzar un sangriento punto muerto; los caciques y caudillos locales se opusieron a la expansión del poder estatal, y el ejército se rebeló dos veces. Las élites regionales, tales como la poderosa plutocracia yucateca, se resistieron a las reformas de los que se proclamaban callistas. Los obreros y los campesinos organizados optaban frecuentemente por aliarse con el Estado, pero solía tratarse de una alianza condicional y táctica y había muchos ejemplos de disidencia popular.

El panorama político era muy diferente del que existía durante el Porfiriato, con su control personalista y centralizado, su estrecha política de camarillas y su rotunda negativa a que las masas participasen en la política. En tiempos de Díaz se daban casos de disidencia y protesta populares, pero normalmente eran sofocados con rapidez; no adquirieron una forma institucional y, por supuesto, no se establecieron en el Estado porfiriano mismo. Es más, en el decenio de 1920 las exigencias y la retórica de los movimientos populares –y de los políticos que procuraban sacar provecho de los mismos– ya mostraban un radicalismo nuevo, una confianza inédita en sí mismos. La Revolución había socavado las antiguas certidumbres sociales y la deferencia que las acompañaba. La CROM, la confederación obrera oficial dominante, no era un simple cascarón del Estado callista: obligaba a los patronos a contar con los obreros como nunca antes. Los sindicatos independientes, tales como el de los ferroviarios y el de los petroleros (trabajadores del petróleo), se hallaban situados más a la izquierda, se resistían al abrazo de la CROM y se apoyaban en su propia fuerza industrial. De igual manera, el campesinado, que seguía constituyendo el grueso de pobla-



ción, mostraba un talante diferente en comparación con la época prerrevolucionaria. Después de todo, los campesinos habían sido las fuerzas de choque de la Revolución. Es cierto que la reforma agraria oficial tardó en llegar y fue gradual: en 1930 sólo 9% del valor de la tierra de México se había traspasado a propiedades ejidales (comunales). Pero estas cifras son engañosas y probablemente subestiman la escala del reparto de tierra; ciertamente no reflejan los cambios que la Revolución introdujo en las relaciones sociales y en la mentalidad. Los terratenientes conservaban en su poder el grueso de su tierra, pero en condiciones diferentes, más difíciles y onerosas. Puede que –en general– sus peones residentes siguieran siendo dóciles, pero los habitantes de los poblados vecinos, que tenían derecho a pedir tierra, presentaban una amenaza constante y enervadora. Por tanto, los terratenientes tenían que lidiar con un campesinado cada vez más organizado y un Estado que, en sus manifestaciones regionales y nacionales, en modo alguno les era tan favorable y tan fiable como su predecesor porfiriano. Algunos terratenientes ya se habían arruinado durante la Revolución de 1910-1920; muchos tenían que soportar ahora impuestos más gravosos, mercados inestables y costos salariales más elevados. La clase terrateniente anhelaba la *belle époque* del Porfiriato y lamentaba el surgimiento agraristas problemáticos y de políticos advenedizos y demagógicos que les daban aliento. Algunos terratenientes actuaron con prudencia y desviaron su capital hacia la industria y el comercio urbanos, con lo cual aceleraron la muelle de la hacienda tradicional, acaparadora de tierras, con su mano de obra barata. La clase terrateniente (que, huelga decirlo, variaba de una región a otra) no fue eliminada por la Revolución, pero resultó severamente desgastada, y en algunos estados, como Morelos, profundamente debilitada. Así, mucho antes de la cirugía radical del decenio de 1930, el sistema de la hacienda

mostraba los síntomas de una progresiva anemia debilitante, y sus futuros legatarios ya se estaban reuniendo alrededor del lecho del enfermo.

Mientras tanto, aunque la extrema violencia a escala nacional del periodo 1910-1920 había disminuido, la violencia local y la regional continuaban siendo endémicas. La masiva movilización campesina generada por la guerra de los cristeros en 1926-1929 asoló el México centrooccidental. En las localidades, el terrateniente luchaba contra el campesino, el agrarista contra el cristero. Los caciques combatían por el poder; las comunidades, por la tierra o por su independencia corporativa. La nave del Estado sonoreense subía y bajaba empujada por las olas de una sociedad agitada. A veces –la perspectiva del tiempo transcurrido nos permite sugerirlo– México amenazaba con seguir el mismo camino que Colombia después de 1949: esto es, hacia un conflicto faccionalista, autónomo y endémico, por el estilo de la violencia. Que no llegara a ocurrir se debió en cierta medida al arte de gobernar de que dio muestra la facción victoriosa: de Venustiano Carranza, Álvaro Obregón y, sobre todo, Calles, que nunca perdieron de vista la necesidad de integrar y reconstruir la nación. Más importante fue el hecho de que la violencia endémica de México era el resultado de una auténtica Revolución social, no un sucedáneo de la misma. No era simplemente la violencia sin objeto, embrutecedora, de facciones recalcitrantes, tampoco la violencia que repetidamente perpetraba el antiguo régimen porfiriano, y la acompañaba una serie de fenómenos importantes derivados de la Revolución: una movilidad social y espacial más marcada, la migración, así nacional como internacional; la ascensión de nuevos grupos y familias empresariales; la expansión de los programas de enseñanza; el indigenismo, y el arte “revolucionario”.

Por consiguiente, a finales del decenio de 1920 la Revolución ya había producido cambios importantes en la socie-



dad y la política mexicanas. A pesar de ello, el resultado de la misma seguía sin estar claro. Su curso seguía avanzando y había opiniones muy diferentes sobre a dónde se dirigía. Clases, facciones y regiones disputaban unas con otras; creció el control que ejercía el Estado sobre la sociedad civil, pero incluso con el patrocinio por parte de Calles del nuevo partido oficial, el Partido Nacional Revolucionario (PNR) en 1929, dicho control continuaba siendo desigual y a veces tenue. Se iba avanzando hacia la consecución de los amplios objetivos revolucionarios de construcción del Estado y desarrollo capitalista, pero el avance era lento y tropezaba con frecuentes obstáculos, y había serias discrepancias –incluso entre la élite gobernante– sobre los mejores métodos que debían adoptarse.

Por algún tiempo, durante la favorable coyuntura fiscal y económica de 1924-1926, pareció que el nuevo gobierno de Calles estaba imbuido de cierta confianza. La reforma de la banca y las obras públicas daban testimonio de los crecientes poderes del Estado. Con la intención de poner en práctica los controles constitucionales impuestos a la Iglesia y a la industria del petróleo, Calles desafió audazmente tanto a los católicos como a los gringos. Sin embargo, pronto tuvo que hacer frente a la revuelta cristera, al conflicto con Estados Unidos y al deterioro de la situación económica. El proyecto callista empezó a tambalearse y el presidente se desplazó hacia la derecha. En julio de 1928, el asesinato de Álvaro Obregón, expresidente (1920-1924) y presidente electo en el momento de su muerte, sumó la crisis política a la recesión económica, que en México fue anterior a la crisis económica mundial de 1929. Calles respondió con habilidad, desplegando sus dotes de estadista. Rehusó prolongar su presidencia y prefirió ejercer el poder entre bastidores. Así, tres presidentes sucesivos (Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez) gobernaron durante el sexenio siguiente

mientras Calles, el “jefe máximo”, ejercía el poder detrás del trono; de aquí viene el título convencional que se da a este periodo de transición: el Maximato.

El Maximato fue transicional en dos sentidos. En primer lugar, durante el mismo hubo un claro desplazamiento del gobierno personalista al institucional. Tras proclamar el fin de la política caudillesca, Calles convocó una asamblea del nuevo partido revolucionario oficial, el PNR, a principios de 1929. En el curso de aquel año agitado se aplastó una revuelta militar obregonista; se llegó a una conclusión negociada de la guerra cristera, y Ortiz Rubio, el insulso candidato del PNR, arrolló a la oposición liberal y antirreeleccionista de José Vasconcelos en las elecciones presidenciales de noviembre. Así pues, podemos situar en 1929 el comienzo de la hegemonía ininterrumpida del partido oficial.

No obstante, la institucionalización política del Maximato fue acompañada del crecimiento de los conflictos sociales y la polarización ideológica. Aquí se encuentra la génesis del cardenismo; el movimiento político ligado al presidente Lázaro Cárdenas fue fruto de su tiempo; dio su nombre a un periodo que –a pesar de la supremacía presidencial mexicana– le moldeó a él antes que lo contrario. No obstante, es válido ver la historia de México en el decenio de 1930 como la crónica de la ascensión y la dominación del cardenismo: proyecto nacionalista y radical que afectó fundamentalmente a la sociedad mexicana y que representó la última gran fase reformadora de la Revolución. No es menos cierto que el decenio de 1940 presenció el ocaso del cardenismo: el debilitamiento de su política, la eliminación de sus cuadros políticos, la ascensión de nuevos líderes entregados a otro proyecto.

Ningún historiador pone en duda la importancia del cardenismo, pero muchos discrepan en lo que concierne a su carácter. Tradicionalmente, tanto los seguidores como



los adversarios de la ortodoxia revolucionaria han considerado que en el cardenismo culminó la revolución social. Otros lo han presentado como un intermedio dramático y radical dentro del proceso revolucionario, una desviación casi bolchevique a ojos de algunos. En estudios recientes se ha vuelto a hacer hincapié en las continuidades, aunque de un tipo diferente: las de la construcción del Estado, el corporativismo y el desarrollo capitalista. Aquí el cardenismo encaja perfectamente en la Revolución, pero no se trata de la revolución como vehículo de la redención nacional y del radicalismo popular, sino del estatismo y de la acumulación de capital.

Toda evaluación del cardenismo debe trascender los límites de la presidencia de Cárdenas. Su historia no es la de un solo hombre, ni siquiera la de un solo sexenio. Tuvo sus orígenes en dos amplias tendencias socioeconómicas que se cruzaron con dos crisis políticas más específicas. En lo que se refiere a las alineaciones ideológicas, personales y de clase, es verdad que el cardenismo recuerda la Revolución de 1910. Pero también fue fruto de la depresión y de los conflictos sociales y replanteamientos ideológicos que ésta provocó. Si la primera fue una influencia autóctona, la segunda puede compararse con lo ocurrido en el conjunto de América Latina. El cardenismo también nació de sucesivas crisis políticas: la asociada con el asesinato de Obregón en 1928, que condujo a la formación del PNR, y otra más, importante, a saber, la batalla por el control del partido y el gobierno que culminó con la lucha entre Calles, el jefe máximo, y Cárdenas, el presidente, en 1935-1936.

Esta lucha debe verse teniendo presente su trasfondo político inmediato: la creación del partido oficial, PNR, en 1929; la derrota de los militares obregonistas que se rebelaron aquel mismo año, y la manipulación, la humillación y, finalmente, la caída del maleable presidente Ortiz Rubio en

1932. Esta secuencia de acontecimientos demostró tanto la consolidación paulatina del régimen nacional como el omnipresente poder personal de Calles, que controló al nuevo presidente, Abelardo Rodríguez (1932-1934), de modo menos descarado pero no menos real. El logro de Calles –el mantenimiento del poder personal detrás y a pesar de la institucionalización formal de la política que él mismo había iniciado– fue más precario de lo que parecía a muchos. Le había granjeado numerosos y cordiales enemigos políticos e hizo que cualquier presidente entrante (en especial el orgulloso y obstinado Cárdenas, que había presenciado desde muy cerca la destrucción de Ortiz Rubio) fuera muy consciente del dilema que se le planteaba en sus relaciones con el jefe máximo: ¿mostrarle deferencia o desafiarle?

Los enemigos y los críticos de Calles y el callismo crecieron en número a consecuencia de los electos de la depresión. Su impacto en México fue más acumulativo que instantáneo, y menos serio y prolongado que en economías basadas en el monocultivo, como la chilena o la cubana. El país ya había sufrido por causa de la caída de los precios de las exportaciones, la deflación y la contracción de la economía desde 1926. Entre 1929 y 1932 el comercio exterior descendió en unos dos tercios; la capacidad de importar quedó reducida a la mitad; el desempleo creció, inflado por la repatriación de unos 300 000 mexicanos que habían emigrado a Estados Unidos. Sin embargo, dentro de la gran “lotería de los productos” de la depresión, México fue relativamente afortunado. El oro, la plata y el petróleo, que representaban conjuntamente tres cuartas partes de las exportaciones mexicanas, no sufrieron una caída tan extrema de la demanda y los precios como la que afectó a otras materias primas; asimismo, el empleo en el sector de exportación era pequeño (sólo 3 por ciento de los trabajadores no rurales generaba dos tercios de los ingresos de exportación de México), por lo que las repercusiones en



los salarios, el empleo y los niveles de vida fueron menos acentuadas que en economías como la brasileña, por ejemplo, que vivían de la exportación agraria basada en una fuerza de trabajo masiva. Mientras tanto, el importante sector de la agricultura de subsistencia de México se recuperó de las malas cosechas de 1929-1930 (el clima resultó benignamente contra cíclico), a la vez que la industria manufacturera –que satisfacía la demanda nacional– se veía afectada de forma menos severa que la industria extractiva y pudo beneficiarse de la imposibilidad de importar. La depresión estimuló de esta manera un proceso de industrialización y de sustitución de importaciones.

Entre 1929 y 1932, por tanto, es posible que el Producto Interior Bruto (PIB) de México disminuyera en alrededor de 16 por ciento. Es difícil evaluar el efecto que esta recesión surtió en las masas. No hay duda de que los salarios reales descendieron (también en este caso la tendencia ya se observaba en 1927) y algunos historiadores identifican una fase de “movilización frecuente pero fragmentaria” –caracterizada por huelgas, ocupaciones de tierras, y marchas del hambre– que coincidió con la depresión económica. Es más claro que la militancia popular, que siguió los patrones habituales, se hizo más acentuada a medida que la economía fue reactivándose, lo cual se produjo con cierta rapidez, gracias en parte a la política refaccionaria keynesiana que adoptó Alberto Pani en su condición de secretario de Hacienda (1932-1933). Pani aumentó la oferta monetaria (31 por ciento en 1932, 15 por ciento en 1933), y sacrificó el peso en aras del crecimiento. Las exportaciones, el empleo y los salarios reales se recuperaron. En 1934 el PIB volvía a encontrarse ya en los niveles de 1929, el peso se estabilizó y la perspectiva económica era alentadora. Así pues, Cárdenas subió al poder en el momento en que los efectos de la depresión retrocedían, aun cuando sus repercusiones políticas seguían notándose.

Para muchos el Maximato (1928-1934) había sido un periodo difícil, y la sucesión presidencial ofrecía ahora una apertura política a través de la cual podían encauzarse los agravios populares acumulados.

La élite política respondió a la depresión de distintas maneras y ello produjo una polarización en el seno del naciente PNR. Para Calles y sus partidarios –los “veteranos”– los acontecimientos recientes en modo alguno invalidaban el modelo existente de desarrollo capitalista, el basado en la empresa privada, las exportaciones, las inversiones extranjeras, el control riguroso de los obreros y un Estado generalmente “pasivo”. Al contrario, había que mejorar el modelo, y restringir anomalías como la agricultura ejidal no era la medida menos importante que podía tomarse para ello. En 1930 Calles declaró que la reforma agraria había sido un fracaso: el ejido fomentaba la pereza; el futuro estaba en la agricultura capitalista, de propiedad privada. Se hicieron esfuerzos por concluir rápidamente la reforma y la concesión de ejidos pasó a ser menos frecuente después del punto máximo de 1929. Otro factor que alarmó a Calles fue la agitación obrera: el capital necesitaba seguridad para sacar al país de la recesión, y era necesario tomar medidas severas para limitar las huelgas. Calles continuó machacando el viejo tema anticlerical, motivo principal de la política en el decenio de 1920, y el papel de la enseñanza como medio de transformación revolucionaria. Los objetos adecuados para la ingeniería social sonoreense no fueron los medios de producción, sino las mentes. Se reavivó el anticlericalismo y el nuevo secretario de Educación, Narciso Bassols, dio nuevo estímulo a la política de laicización (1931). Tres años después, en su célebre Grito de Guadalajara, Calles pidió una revolución “psicológica”, una “nueva conquista espiritual” para ganar el corazón y el cerebro de los jóvenes para la Revolución. Calles y sus “veteranos” se aferraron a las normas y las panaceas del



decenio de 1920 y, en medio del movimiento político y social de principios del de 1930, parecían de forma creciente una fuerza favorable al conservadurismo, admirada por la derecha. En verdad que los ejemplos fascistas influyeron en el pensamiento de Calles, que citaba a Italia y a Alemania (así como a la Unión Soviética) como casos de educación política coronada por el éxito.

Calles se daba cuenta de que una nueva generación estaba alcanzando la madurez política, una generación para la cual las heroicidades de 1910 eran mitos o historia y que cada vez se mostraba más desilusionada con la revolución de tipo sonorenses. Rechazaba la ideología del decenio de 1920 –anticlerical, liberal en lo económico, conservadora en lo social– y abogaba por cambios socioeconómicos radicales. Participaba en el desplazamiento mundial desde el *laissez-faire* cosmopolita hacia el dirigismo nacionalista. Si, al igual que Calles, se inspiraba en modelos extranjeros, era el *new deal* o la planificación económica de la Unión Soviética (mal interpretada, sin duda) lo que tenía importancia. Era imposible hacer caso omiso de los hombres y las nuevas ideas, ni siquiera mientras Calles y los callistas todavía gobernaban. A partir de 1930 se introdujeron de forma provisional normas reformistas e intervencionista. Una Ley Federal del Trabajo (1931) ofreció concesiones en lo referente a los horarios, las vacaciones y los convenios colectivos, a cambio de que el Estado reglamentara más rigurosamente las relaciones industriales. La derecha consideró que la nueva ley era peligrosamente radical, la izquierda la criticó y la tachó de fascista, mientras que los más perspicaces se dieron cuenta de que los salarios mínimos podían reforzar la demanda interna y beneficiar con ello a la industria. En 1934 se creó un Departamento Agrario autónomo y un nuevo Código Agrario permitió por primera vez que los peones de las haciendas solicitaran concesiones de tierra. El Código

también ofrecía garantías a las propiedades particulares; tal ambivalencia reflejaba divisiones profundas dentro del PNR. Del congreso que el partido celebró en 1933 salió un Plan Sexenal que, pese a su falta de detalles políticos, contenía elementos del nuevo planteamiento que exigía la nueva generación de tecnócratas, políticos e intelectuales. El plan, que criticaba implícitamente el modelo sonoreense, recalca el papel del Estado intervencionista y la necesidad de que fueran mexicanos quienes explotaran los recursos de México; prometía a los trabajadores salarios mínimos y el derecho a convenios colectivos, y subrayaba la importancia primordial de la cuestión agraria, que requería soluciones radicales, incluyendo la división de las grandes propiedades.

Por consiguiente, en vísperas de la presidencia de Cárdenas el clima ideológico estaba cambiando con rapidez. Pero las ideas nuevas coexistían con los viejos cuadros políticos, que impedían poner en práctica medidas radicales al mismo tiempo que toleraban el radicalismo retórico que dejaba intacta la sustancia de su poder. Tampoco la candidatura de Cárdenas pareció amenazar su posición. Al escoger a Lázaro Cárdenas como candidato oficial para las elecciones de 1934, el PNR se inclinó hacia la izquierda; pero la vieja guardia se consoló pensando que de esta forma podría controlarlo mejor; Cárdenas había demostrado su radicalismo –sin salirse de los términos ortodoxos, institucionales– durante su época de gobernador de Michoacán (1928-1932), pero en todo lo demás era un político modelo que durante su carrera había pasado por las filas del ejército revolucionario (donde por primera vez sirvió a las órdenes de Calles), ocupado importantes puestos de mando en el decenio de 1920 y alcanzado la presidencia del partido y la Secretaría de Guerra. Lugarteniente leal –aunque no colaborador íntimo– de Calles, era un general clave en la jerarquía político-militar. Había ayudado a aplastar cuartelazos y se había encargado de



desarmar a los agraristas de Veracruz en 1932. Aunque no fuese el primer elegido de Calles, era un candidato seguro: en parte porque carecía de una base local (su sucesor en Michoacán había desmantelado la maquinaria cardenista que hubiera allí) y en parte porque parecía leal, hasta insulso y obtuso (reputación que su vida personal, austera, honrada y puritana, reforzaba). Aunque la izquierda institucional del interior del PNR respaldaba su candidatura, su historial no le granjeaba el apoyo de los obreros ni de la izquierda independiente; los comunistas presentaron un candidato rival y declararon que no estaban “ni con Calles ni con Cárdenas, sino con las masas cardenistas”.

Sin embargo, una vez le hubieron escogido candidato del partido, Cárdenas empezó a dar muestras de una díscola heterodoxia. El alcance y la actividad de su campaña electoral de 1934 superaron a los de todas las campañas anteriores (con la posible excepción de la de Madero en 1909-1910). Viajando unos 30 000 kilómetros, visitando ciudades, fábricas y pueblos, Cárdenas creó un estilo peripatético que continuaría durante su presidencia y que le llevaría a desplazarse a las provincias en repetidas ocasiones (pasó más de un año del sexenio fuera de la Ciudad de México), a veces a comunidades remotas y lugares “casi inaccesibles” que, con gran consternación del séquito presidencial, hacían necesario viajar a caballo o incluso, según se decía, nadar hasta la playa desde el barco presidencial.¹ La campaña electoral y las giras posteriores dieron al presidente un conocimiento directo de las condiciones que existían en el país y se dice que contribuyeron a radicalizarle, lo cual parece verosímil. Unidos a su retórica reformista, especialmente agrarista, estos viajes suscitaron las expectativas y las exigencias populares;

¹ Rees, Ciudad de México, 19 de diciembre de 1939, fo (Foreign Office) 371/24217, A 359, Public Records Office, Londres.

y demostraron a las comunidades remotas la realidad del poder presidencial. Sin duda Calles y los conservadores se dijeron que estos bríos del principio acabarían consumiéndose; que una vez se hubiera instalado cómodamente en el palacio presidencial, todavía se le podría aplicar la vieja canción que decía:

el que vive en esta casa
es el señor presidente
pero el señor que aquí manda
vive en la casa de enfrente.²

Después de la animada campaña electoral, las elecciones propiamente dichas resultaron aburridas, muy diferentes de las contiendas de 1929 o 1940, y el nuevo presidente, que obtuvo una victoria aplastante, asumió el poder en diciembre de 1934 “en medio de la mayor calma posible”.³

Pareció que también la estabilidad y la continuidad se vieron atendidas en la composición del nuevo gabinete, en el que los callistas ocupaban algunos cargos clave y pesaban más que los partidarios de Cárdenas. Las esperanzas de Calles de que continuara el Maximato se reflejaron en el disgusto de la opinión pública, que veía en Cárdenas otro pele, y en los temores del propio Cárdenas de seguir el mismo camino que Ortiz Rubio. Mientras Cárdenas iba familiarizándose con el aparato del poder, callistas recalcitrantes, como el gobernador de Tabasco, Tomás Garrido Canabal –cuyos excesos anticlericales empezaban a aumentar–, se esforzaban por crear problemas y debilitar al nuevo ejecutivo.

² González y González, Luis, 1981, XIV-44.

³ Farquhar, Ciudad de México, 6 de diciembre de 1934, fo 371/18705, A706.



Sin embargo, el control callista no era tan total como parecía; quizá nunca lo había sido. En las provincias, el callismo de muchos caciques locales era necesariamente provisional. Mientras la obediencia a Calles apuntalase el poder local, eran sus partidarios, pero una crisis nacional podía provocar una racha de defecciones. Así ocurrió en 1935-1936. A escala nacional, donde la política era más volátil, el callismo andaba de capa caída. Sus adeptos seguían controlando secretarías clave, puestos de mando del ejército y sindicatos, pero una nueva generación se agolpaba en la puerta, apartando a la generación “veterana” que había nacido en el decenio de 1880 y que había conquistado el poder durante la revolución armada. (Hay que señalar, sin embargo, que el progreso de los recién llegados también hacía necesarias las alianzas con veteranos—Saturnino Cedillo, Juan Andreu Almazán, Cándido Aguilar— que tenían fuerza en San Luis, Nuevo León y Veracruz, respectivamente, y estaban dispuestos a renegar de Calles.) Esta generación nueva significaba un cambio de carácter y de acento político. Sus miembros tendían a ser más urbanos y cultos y menos obviamente nortños que sus predecesores; y, como toda generación que sube, se concentraba en los defectos de sus antepasados (sus pecados de comisión: el anticlericalismo, el militarismo, la corrupción; sus pecados de omisión: las reformas agrarias y laboral), y en su lugar recalca la nueva política que se exponía en el Plan Sexenal. Eran libres de hacer todo esto porque estaban menos ligados por los compromisos previos de la mediana edad y de una carrera ya asentada. Los viejos revolucionarios habían cumplido su “misión histórica”, declararían más adelante Cárdenas; había llegado el momento de que una generación nueva diese un paso al frente “para que las masas puedan beneficiarse de perspectivas políticas diferentes, producidas por hombres que están frescos”.⁴

⁴ González y González, Luis, 1981, XIV-57.

Las luchas internas de la élite eran tanto más significativas cuanto que coincidían con las demandas y las presiones que se hacían evidentes en todo el país y que la administración entrante tuvo que afrontar enseguida. Las élites rivales manipulaban a las masas, pero hasta cierto punto también éstas manipulaban a aquéllas. Así, todo presidente que ofreciera resistencia al control del jefe máximo, o que buscara el apoyo de las masas que se oponían al conservadurismo callista, tenía que desplazarse hacia la izquierda, hacia los sindicatos, cada vez más combativos, y hacia el campesinado, cuya agitación iba en aumento. Porque ahora, al reactivarse la economía, proliferaban las huelgas. Las cifras oficiales, que muestran un incremento prodigioso (13 huelgas en 1933; 202 en 1934; 642 en 1935), son significativas, pero engañosas: reflejan un cambio de la política del gobierno ya que aumentó el número de huelgas reconocidas como legales. Aunque cuesta obtener cifras relativas a las huelgas de facto, la evidencia no cuantitativa es abrumadora: los paros laborales afectaron a los ferrocarriles (foco de activismo sindical desde hacía mucho tiempo), a las minas y las fundiciones, a los campos petrolíferos y a las fábricas textiles. En el año 1934 hubo una oleada de huelgas sin precedentes en estos sectores y en otros menos importantes. Sólo en la Ciudad de México había 60 huelgas pendientes cuando Cárdenas asumió el poder en diciembre; y en los primeros meses de 1935 hubo huelgas importantes contra el Águila Oil Co., en los tranvías y los ferrocarriles y en las haciendas comerciales, así como conatos de huelga general en Puebla y Veracruz. Se ha dicho que Cárdenas heredó una “explosión sindical”.⁵ Las reivindicaciones eran básicamente económicas (algunos huelguistas pretendían recuperar lo que habían perdido a causa de las reducciones salariales de años recientes), pero

⁵ Hernández Chávez, Alicia, 1979, p. 140.



se expresaban con una combatividad inusitada. Una elevada proporción de huelgas se declaraban por simpatía: los electricistas de Tampico fueron a la huelga para apoyar las reivindicaciones obreras contra la Huasteca Oil Co., y recibieron a su vez apoyo de lugares tan lejanos como San Luis Potosí, Guanajuato, Yucatán, Michoacán y Jalisco.

Este estado de cosas reflejaba tanto la radicalización de la política nacional como la creciente complejidad de la organización de la clase trabajadora. Desde su apogeo en el decenio de 1920, la CROM había perdido mucho apoyo. En 1929 Fidel Velázquez y los “cinco lobitos” se escindieron, llevándose consigo 37 sindicatos, incluido el grueso de los trabajadores organizados en la capital; les siguieron los electricistas y los ferroviarios –tradicionalmente bien organizados y combativos–, que formaron la Cámara del Trabajo. En 1933 la CROM se dividió otra vez cuando el ala radical de Vicente Lombardo Toledano rompió con el liderazgo de Morones. La CROM –debilitada políticamente desde el asesinato de Obregón– se encontró con que su número de afiliados quedaba muy reducido a la vez que perdía irrecuperablemente el monopolio de la representación obrera dentro del PNR y de las juntas de arbitraje laboral. Mientras tanto los disidentes –la Federación Sindical de trabajadores del Distrito Federal (FSTDF) de Velázquez, la CROM lombardista y otros grupos contrarios a la CROM, incluidos los electricistas– se unieron en octubre de 1933 para formar la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM), que hizo suya una forma de sindicalismo más nacionalista y militante. También los comunistas, empujados a la clandestinidad después de 1929, formaron un nuevo frente obrero, la Confederación Sindical Unitaria de México (CSUM), que reclutó muchos adeptos entre los maestros y los trabajadores rurales (especialmente en La Laguna y Michoacán) en la capital y en el bastión conservador de Nuevo León. Las diatribas que Calles y la CROM

lanzaban contra el comunismo no eran exclusivamente fruto de la paranoia; en 1935 la línea oficial del partido ya impulsaba a la CSUM y al Partido Comunista Mexicano (PCM) hacia la formación de un frente común con fuerzas progresistas, entre las que se encontrarían la CGOCM de Lombardo y, finalmente, el gobierno de Cárdenas.

Entretanto, resucitó el espectro del agrarismo. Después del gran cataclismo de 1910-1915 la protesta agraria había disminuido o se había visto encauzada hacia la reforma oficial –a menudo manipuladora– que alcanzó su apogeo en 1929. La CROM había hinchado su fuerza nominal con la incorporación de campesinos y se habían reclutado agraristas para combatir a los cristeros. Los antiguos puntos de conflicto agrario, tales como el Morelos de Zapata y el Valle del Maíz de Cedillo, habían experimentado el sedante de la reforma controlada; otros –La Laguna, Michoacán– la represión concertada, así física como ideológica, de gobernadores, generales, terratenientes y no pocos clérigos. Sin embargo, en el decenio de 1930 las corrientes represadas del agrarismo volvieron a crecer y amenazaron con desbordarse. Los gobernadores de algunos estados ya habían dado ejemplo: Adalberto Tejeda en Veracruz, Portes Gil en Tamaulipas, el propio Cárdenas en Michoacán. Aunque con frecuencia actuaban así pensando en su propio provecho político, seguía siendo necesaria la movilización, que a su vez ofrecía experiencia y oportunidades. Pero la movilización local era precaria y no tardó en fracasar, tanto en Veracruz como en Michoacán. No obstante, las elecciones y la nueva presidencia aumentaron las expectativas agrarias y avivaron los temores de los terratenientes. La lucha anónima que se libraba en gran parte de las zonas rurales pasó a ser explícita, perceptible y a relacionarse directamente con la lucha por el poder nacional. Los primeros años del decenio de 1930 fueron testigos de esporádicas ocupaciones de tierras, repetidas



huelgas rurales y más agitación, así local como nacional, en pro del reparto de tierras. La administración Rodríguez se vio empujada hacia la reforma, muy a su pesar; la de Cárdenas la abrazó con entusiasmo.

La radicalización del régimen estuvo estrechamente ligada a la lucha por el poder que dominó el periodo 1934-1936 y en la cual la conducta de Calles no fue menos importante que la de Cárdenas. Conocido por su clerofobia, enemigo del agrarismo y de la agitación laboral, Calles resultó incapaz de adaptarse a los cambios del clima político. Cuando políticos obsequiosos acudieron a Cuernavaca para hacerle la corte, Calles les habló del peligro que la subversión industrial representaba para la economía y, aunque dedicó palabras amables a Cárdenas, puso como un trapo a Lombardo y a los líderes obreros radicales, denunciando tales “intereses bastardos” e insinuando la probabilidad de que se repitiese la destitución presidencial de 1930. Estas “declaraciones patrióticas”, como las llamó la prensa callista, se difundieron rápida y ampliamente. A medida que el enfrentamiento se agudizaba, Calles empezó a llamar la atención sobre las flaquezas de Cárdenas, denunció las “tendencias comunistas” que veía detrás de todo ello y señaló el sano ejemplo que daban los estados fascistas de Europa.⁶ Habida cuenta de su carácter, así como de las presiones políticas que recibía, Cárdenas no podía menos que responder; no estaba dispuesto a ser un Ortiz Rubio. Los líderes anticallistas –radicales como Tejeda, oportunistas como Almazán– deseaban vivamente que el jefe máximo se llevara su merecido. Lo mismo querían la opinión pública y los trabajadores organizados. En la izquierda la amenaza de un nuevo Maximato, de represión, incluso de un desplazamiento hacia el fascismo, engendró

⁶ Dulles, John, 1961, pp. 636-639; González y González, L., 1981, XIV-78.

un gran deseo de solidaridad que vino a complementar la línea oficial que en aquellos momentos dictaba Moscú. En el periodo 1934-1935 México fue tierra fértil para el frente populismo.

Al pasar al ataque, Cárdenas y sus aliados se enfrentaron a un adversario que todavía era formidable. Calles podía proclamar afablemente su retirada de la política (como hizo en junio de 1935, a raíz del furor que despertó la entrevista de Cuernavaca) y podía confesar pícaramente que prefería el golf a la política, como hizo en diciembre, al volver de Estados Unidos. Sin embargo, no podía disimular que continuaba albergando ambiciones y que no le gustaba el rumbo que seguía el nuevo régimen, a la vez que poderosos grupos le estaban empujando hacia un enfrentamiento. El sector empresarial temía al activismo de los trabajadores y esperaba que Calles le brindara tranquilidad, al tiempo que la clase media urbana estaba harta de la oleada de huelgas que trastornaba la vida en las ciudades. Había aún muchos políticos callistas en el Congreso, el partido, la CROM y los gobiernos de los estados, hombres cuyo futuro político estaba hipotecado con el del “jefe máximo”. También en el ejército había elementos inquietos, mientras Estados Unidos veía con preocupación el giro que iba tomando la política y esperaba –quizá hacía algo concreto en este sentido– que hubiera un acuerdo en lugar de un enfrentamiento entre los dos. Políticos con experiencia, como el callista Juan de Dios Bojórquez, que en aquel momento era el secretario de Gobernación, también aconsejaban que se buscara una solución de compromiso, arguyendo que el enfrentamiento podía llevar a la guerra civil y destruir la preciosa estabilidad política conseguida por los sonorenses. Como sugiere este panorama, en los cálculos políticos había elementos de fanfarronería. Calles podía desestabilizar la nueva administración, pero ello representaría un grave riesgo para la obra de su



vida. En cuanto a Cárdenas, si rechazaba una fórmula satisfactoria para ambas partes, tendría que buscar el apoyo de la izquierda, lo cual llevaría aparejados nuevos compromisos radicales.

En estas circunstancias, Cárdenas desenmascaró a Calles. Se cercioró de la lealtad de algunos hombres clave, así políticos como generales, y, a raíz de la entrevista de Cuernavaca, destituyó a varios ministros del gabinete que eran callistas y ascendió a varios de sus propios hombres, entre los cuales había algunos veteranos anticallistas (en esta crisis fue importantísimo el apoyo de figuras tales como Cedillo, Almazán y Portes Gil). Al observar el desplazamiento de los grandes electores, el bloque callista en el Congreso se desmoronó. Hubo entonces una leve purga en el PNR: se destituyó a los gobernadores indóciles, como el notorio Garrido Canabal, gobernador de Tabasco; y los caciques locales se apresuraron a cambiar de bandera. El ejército planteaba un problema más difícil, pero en este caso fueron una ayuda para Cárdenas sus largos años de servicio en las fuerzas armadas y la solicitud que mostraba para con los militares, así como la lealtad de Manuel Ávila Camacho, que, en su puesto de subsecretario de la Guerra, había defendido constantemente la causa cardenista. Se efectuaron cambios en la estructura de mando del ejército, se distribuyeron hombres leales por todo el país y se tomaron medidas parecidas en el caso de la policía. Esta limpieza política, que ya estaba muy avanzada a mediados de 1933, permitió a Cárdenas hacer tablas; durante el año siguiente el presidente pudo pasar a la ofensiva, seguro de la victoria. Mientras tanto, una de las consecuencias de esta lucha fue mucho movimiento de generales y políticos. En 1938, de los 350 generales que Cárdenas había heredado, 91 ya habían sido destituidos. Entre las bajas se contaban ahora antiguos aliados como Saturnino Cedillo, cacique del estado de San Luis, y Joaquín Amaro, el principal arquitecto

to del ejército profesional posrevolucionario. Incluso en el momento en que entraba en su fase institucional, radical, la Revolución conservaba un carácter darwiniano.

La lucha en el seno de la élite afectó de forma insólita la naturaleza de la política nacional. Cárdenas, por ejemplo, se propuso refrenar el anticlericalismo extremo que había caracterizado al callismo y que probablemente era su rasgo más odiado. Después de una breve tregua entre la Iglesia y el Estado en 1929, el anticlericalismo oficial revivió en 1931; cuando Cárdenas subió al poder, los excesos anticlericales de Garrido seguían igual que antes mientras que unos 7000 cristeros continuaban luchando por una causa perdida en el norte y el oeste. Cárdenas obró con prudencia. Aunque había tratado a los cristeros más decentemente que la mayoría de los comandantes del ejército, estaba cortado por el patrón anticlerical. Seguía repitiendo la vieja canción de la opresión clerical, y su política educativa, que hacía hincapié en la educación socialista, estaba calculada para irritar la sensibilidad de los católicos. Pero la sabiduría política conspiró con la moderación personal para dictar cierto grado de acercamiento. El asunto del anticlericalismo marcó una distancia conveniente entre el nuevo régimen y el anterior; Calles continuaba atacando al clero, pero Cárdenas se mostraba más circunspecto, y Garrido, que trajo a sus esbirros de camisa roja de Tabasco a la Ciudad de México (donde ocupó brevemente el puesto de secretario de Agricultura), atrajo sobre sí tanto las protestas de los católicos como el enojo presidencial, lo que condujo a su caída. Se dijo que los católicos gritaron “¡Viva Cárdenas!” por las calles de la capital. A partir de aquel momento se aflojaron progresivamente las ordenanzas anticlericales más rigurosas (que limitaban el número de sacerdotes y de iglesias, así como la difusión de literatura religiosa), lo cual alegró a los fieles y tranquilizó al devoto Josephus Daniels, embajador de Estados Uni-



dos. El presidente puso especial empeño en señalar que la educación socialista combatía el fanatismo y no la religión por sí misma: incluso fue visto abrazando a un sacerdote en público. Si bien algunos *enragés* continuaron escribiendo folletos anticlericales y cometiendo actos de vandalismo en las iglesias, eran una minoría cada vez más reducida. Las famosas jeremiadas de Graham Greene ya estaban desfasadas cuando su autor las escribió.

El contrapunto de este cese de las hostilidades entre la Iglesia y el Estado fue el creciente conflicto entre las clases sociales. El presidente parecía alentarlos fomentando el apoyo de las masas y utilizando una retórica radical, pero su gobierno respondía a las demandas en la misma medida en que las iniciaba. El desmoronamiento de la CROM anunció un activismo político más militante por parte de la clase trabajadora, y sindicatos y políticos rivales competían unos con otros en sus intentos por captar afiliados. Los sindicatos se alinearon detrás de Cárdenas y organizaron manifestaciones para protestar por las declaraciones antiobreras de Calles, además de librar luchas callejeras con sus adversarios callistas y conservadores (como el movimiento fascista de los camisas doradas fascistas). Y, si bien la clase obrera urbana estaba en la vanguardia de esta movilización semioficial, el campesinado no permaneció inmóvil. De nuevo movimientos espontáneos se mezclaron con la lucha en el seno de la élite y contribuyeron a formar una nueva coalición radical. A escala nacional, organizaciones agraristas como, por ejemplo, la Confederación de Campesinos Mexicanos (CCM) habían apoyado a Cárdenas en su campaña para llegar a la presidencia. A escala local, agraristas en apuros, como los de Chiapas, que tenían enfrente a un gobernador hostil, se encontraron ahora con que podían recurrir a un “centro” que simpatizaba con ellos y que a su vez podía movilizar a los agraristas contra el callismo. Al acelerarse el ritmo de la re-

forma agraria, pronto se contaron entre las víctimas algunos “veteranos” de la Revolución: Calles y su familia; los hermanos Riva Palacio, caciques del Estado de México, sobre los que pesaban amenazas de expropiación y de expulsión del partido oficial; los gobernadores Villarreal, de Tamaulipas, y Osornio, de Querétaro, cuya posición se había visto socavada por la oposición agrarista, y Manuel Pérez Treviño, cacique de Coahuila y rival derechista de Cárdenas para la candidatura presidencial en 1934, que, al igual que otros, sufrió a causa del gran reparto en La Laguna en 1936. El agrarismo oficial ya era un arma de probada eficacia cuando se empleó para desposeer a Cedillo en 1938, que fue quizá el caso más sonado.

Para entonces hacía ya mucho tiempo que se había resuelto el cisma nacional. Con su hábil combinación de alianzas tácticas y movilizaciones populares, Cárdenas había derribado al Maximato y puesto fin a la era de dominación de los sonorenses. Después de pasar seis meses en Estados Unidos, Calles había sido recibido con un coro de censuras al volver a finales de 1935. Al reanudarse la polémica y la violencia callejera, el gobierno aprovechó un ataque terrorista contra un tren en Veracruz para tomar medidas contra sus enemigos. La policía detuvo a los callistas más destacados: Morones, Luis León y el mismísimo Calles, al que encontraron en cama en su finca, cerca de la capital, reponiéndose de una gripe y leyendo *Mein Kampf*. Se dijo que seguía inmerso en los delirios de Hitler cuando le metieron en el avión que le llevaría a Estados Unidos. Así pues, en la primavera de 1936 Cárdenas ya se había liberado de la tutela de Calles, además de afirmar su poder presidencial y demostrar una inesperada combinación de resistencia y perspicacia. Todo esto se había logrado con poca violencia. El conflicto institucional estaba desplazando la fuerza a un segundo término, al menos en el nivel superior de la política, donde los “sór-



didados asesinatos, como forma de imponer la voluntad oficial [...] prácticamente desaparecieron” durante el sexenio.⁷ En el curso de este proceso había sido necesario estimular las exigencias y la movilización populares y el gobierno había “trazado una ruta hacia un destino desconocido” que no resultaría clara hasta que se llevaran a cabo las reformas radicales de 1936-1938.⁸

La reforma agraria fue la política clave del régimen en 1936-1937. Sirvió a la vez de arma política para abatir a los enemigos y de instrumento para promover la integración nacional y el desarrollo económico. Pero su papel instrumental y manipulador, destacado por estudios recientes, no debe exagerarse. La reforma fue también una respuesta a las reivindicaciones populares, que a veces se sostenían ante la oposición oficial en los estados donde el agrarismo se consideraba sospechoso desde el punto de vista político: Sonora, Chiapas y Veracruz. Nada de esto era nuevo, pero ahora la reforma agraria iba más lejos y era más rápida, y sus objetivos nacionales eran más ambiciosos. Mientras que Calles había declarado que la reforma estaba terminada, Cárdenas, respaldado por el ruidoso sector agrarista, la consideraba el medio de transformarla sociedad rural y, con ella, la nación. De origen provinciano, michoacano, Cárdenas simpatizaba de verdad con el campesino, era aficionado a la vida rústica y sentía cierta antipatía puritana por la ciudad (lo cual le convertía en blanco de las burlas de los ingeniosos cosmopolitas). A diferencia de sus predecesores sonorenses, no concebía el ejido como una estación de paso hacia el capitalismo agrario y tampoco como un simple paliativo político, sino como la institución clave que regeneraría el campo, liberaría

⁷ Kluckhohn, Frank L., 1939, p. 3. En el nivel local el descenso de la violencia política fue más lento desigual.

⁸ Hamilton, 1983, pp. 144-145.

al campesino de la explotación y, si recibía el respaldo apropiado, fomentaría el desarrollo nacional. En este sentido, el nuevo recurso del ejido colectivo, que por primera vez hacía posible la expropiación general de grandes haciendas capitalistas, tenía que ser importantísimo. Finalmente, el ejido sería el campo de formación política de un campesinado culto y dotado de conciencia de clase. En el momento culminante de la campaña agrarista no se fijaron límites para el potencial del ejido. Cárdenas declaró: “Si se cuida la organización del ejido como hasta ahora se ha planeado, es posible que los ejidatarios logren absorber toda la tierra que hoy queda fuera de su jurisdicción”.⁹

Un proyecto así podría calificarse de utópico, ingenuo y populista, pero es indudable que no puede verse como una estrategia dirigida al desarrollo industrial, favorable a la acumulación de capital. Y, por supuesto, tampoco lo veían en estos términos en aquel tiempo; al contrario, se granjeó la hostilidad unánime de los terratenientes y de la burguesía.

Esta supremacía agrarista –breve y anómala dentro de la historia de la Revolución– hay que verla en el contexto de la época. El antiguo proyecto de crecimiento basado en las exportaciones (en el que la agricultura era una fuente importante de divisas extranjeras) había fracasado de modo palpable, dejando deprimidas y subcultivadas a regiones que, como Yucatán y La Laguna, en otro tiempo habían sido dinámicas y comerciales. Las tensiones sociales que la Revolución había desatado en primer lugar, y que luego se habían agravado a causa de la recesión económica y el conflicto entre Calles y Cárdenas, exigían soluciones. Una generación nueva, impresionada por los ejemplos de dirigismo económico extranjeros y deseosa de distanciarse de su predecesora, que estaba sumida en la bancarrota política, buscaba

⁹ González y González, Luis, 1981, XIV-114.



ahora el poder. Los orígenes de esta generación eran más urbanos y menos plebeyos que en el caso de los veteranos de la Revolución, pero procedía del centro de México en lugar del norte –por esto mostraba mayor simpatía por los intereses de los campesinos– y estaba convencida de que era necesario tomar medidas radicales. Así, mientras que otros regímenes latinoamericanos recurrían a la reforma política, a la movilización proletaria y al nacionalismo económico para dar respuesta a las presiones del decenio de 1930, el gobierno mexicano fue el único que sumó a estas respuestas una amplia reforma agraria, prueba de la tradición agrarista que anidaba en el corazón de la revolución popular y que ahora imbuía el pensamiento oficial. El agrarismo, que en otro tiempo muchos equipararon con el bolchevismo, era ahora respetable desde el punto de vista político, incluso necesario. La jerga del agrarismo impregnaba el discurso político; inspiraba el arte, la literatura y el cine (con efectos estéticos no siempre buenos); se ganaba partidarios a la vez ardientes y oportunistas, incluso dentro de la floreciente burocracia agraria y entre los caciques locales. Huelga decir que semejantes conversiones súbitas y superficiales no eran un buen augurio en lo que se refiere a la longevidad o la pureza de la campaña agrarista.

Mientras tanto, sus logros eran impresionantes. En 1940 Cárdenas ya había repartido alrededor de 18 millones de hectáreas de tierra entre unos 800 000 beneficiarios; los ejidos contenían ahora 47 por ciento de la tierra cultivada, en comparación con 15 por ciento en 1930; la población ejidal se había doblado con creces (de 668 000 a 1.6 millones de personas), y la población sin tierra había descendido de 2.5 millones a 1.9 millones. Al aumentar los ingresos del gobierno gracias a la recuperación económica, los recursos se encauzaron hacia la agricultura. Comparada con otras, esta administración “hizo milagros” en la provisión de créditos

agrícolas, que representaron la importante cifra de 9.5 por ciento de los gastos totales en 1936; el recién creado Banco Nacional de Crédito Ejidal se llevó la parte del león.¹⁰ Otros recursos se destinaron a obras de regadío, carreteras y electrificación rural, aunque es probable que estas inversiones en infraestructura beneficiaran a la agricultura privada más que al sector ejidal. Paralelamente, los campesinos, al igual que los trabajadores urbanos, eran instados a organizarse, y sus organizaciones –que eran numerosas, dispares, pero cada vez mayores y más combativas– se vinculaban de modo creciente al apartado del Estado. En 1933 la CCM había respaldado la candidatura de Cárdenas; dos años después Portes Gil asumió la tarea de formar una confederación central de campesinos, patrocinada por el PNR; así se creó el núcleo de la futura Confederación Nacional Campesina (CNC) (1938).

Sin embargo, la reforma agraria cardenista no se llevó a cabo de modo gradual, burocrático, como las anteriores y (generalmente) las que se efectuaron después. En vez de ello, se puso en marcha con “tremendo fervor” y la puntuaron dramáticas iniciativas presidenciales.¹¹ En regiones de conflicto agrario arraigado el clima cambió de la noche a la mañana; los asediados agraristas se encontraron de pronto respaldados por el “centro”. Un caso clásico fue La Laguna. Centro importante de conflictos y rebeliones agrarias durante la Revolución, esta región había conocido una “agitación campesina constante” durante el decenio de 1920, a pesar de que el clima político era hostil.¹² Aunque el grueso de los trabajadores de La Laguna lo formaban proletarios empleados total o parcialmente en las plantaciones de algodón, en modo alguno eran

¹⁰ Wilkie, James, 1970, pp. 136-140.

¹¹ Marett, Robert H. K., 1939, p. 142.

¹² Senior, 1958, p. 52.



inmunes a los atractivos del reparto de tierras, especialmente a causa del elevado desempleo estacional. Así, las clásicas reivindicaciones “proletarias” –de mejoras salariales y de horarios de trabajo– coexistían con reiteradas peticiones de tierras. Las malas condiciones (tan malas que “ningún orangután consciente de su propia dignidad las hubiera tolerado”)¹³ se vieron exacerbadas por el descenso de la producción algodonera en 1931-1932. Cuando el comunista Dionisio Encina tomó la iniciativa y se puso a organizar a los peones, los terratenientes respondieron con sus métodos habituales: violencia, ruptura de huelgas y formación de sindicatos “blancos” (pro-patronales). También juzgaron prudente iniciar una reforma cosmética y se efectuaron dos pequeñas dotaciones de tierras a finales de 1934, pero durante el año siguiente los conflictos laborales se multiplicaron y en mayo de 1936 se convocó una huelga general. Como en el caso de las posteriores expropiaciones ferroviarias y petroleras, el gobierno intervino y resolvió la disputa de forma radical; los conflictos laborales condujeron de este modo a una reestructuración importante de las relaciones de propiedad. En octubre de 1936 Cárdenas intervino personalmente y decretó una amplia reforma en virtud de la cual tres cuartas partes de las valiosas tierras de regadío y una cuarta parte de las de secano se entregaron a unos 30000 campesinos agrupados en 300 ejidos. Entre los perjudicados había varias compañías extranjeras y, como mínimo, cinco generales revolucionarios: uno de ellos comentó filosóficamente que “la revolución medio la tierra y la revolución me la quita”.¹⁴

El alcance y el carácter de la expropiación que se llevó a cabo en La Laguna no tenía precedentes. Por primera vez se

¹³ Pegram en Murray, Ciudad de México, 21 de abril de 1936, fo 371/19792, A3895.

¹⁴ González y González, Luis, 1981, XIV-103.

invocó la Ley de Expropiaciones de 1936, y las grandes haciendas comerciales se entregaron en bloque a sus empleados, es decir, a los peones en vez de a los habitantes de los pueblos. Esta nueva forma de expropiación exigía métodos igualmente nuevos. El régimen se opuso a la fragmentación de las grandes unidades productivas y los beneficiarios, siguiendo los consejos oficiales, votaron en proporción de cuatro a uno a favor de los ejidos colectivos en vez de parcelas individuales. Cada ejido compartiría la tierra, la maquinaria y el crédito, y sería dirigido por comités elegidos; la cosecha se repartiría entre los trabajadores en proporción a sus aportaciones de trabajo (“a cada cual según su trabajo”: en el mejor de los casos, esto era socialismo y no, como decían los críticos, comunismo). El Banco Ejidal proporcionaría créditos, asesoramiento técnico y supervisión general; el propio ejido aportaría una serie de servicios educativos, médicos y recreativos. El funcionamiento de los ejidos de La Laguna —pieza clave del proyecto cardenista— merece analizarse y, lógicamente, el análisis debe llevarse más allá de 1940. Al principio los terratenientes y los hombres de negocios predijeron con confianza que serían un fracaso y que en dos años los trabajadores volverían arrastrándose y suplicando que les dejaran trabajar de nuevo para sus antiguos patronos.¹⁵ No ocurrió así. La producción de algodón (que era ejidal en 70 por ciento en 1940 comparada con 1 por ciento de 1930) fue en aumento inmediatamente después de la expropiación, se estabilizó en las postrimerías de la década de 1930, descendió mucho al estallar la guerra y experimentó un auge después de 1941. Otros productos, tales como el trigo, mostraron un incremento todavía más rápido. La agricultura colectiva demostró así que era capaz de dar fruto, en el sentido material de la palabra. Es cierto que, según los cálculos, la pro-

¹⁵ Senior, 1958, p. 97.



ductividad era inferior en los ejidos colectivos comparados con las haciendas privadas; pero éstas, que representaban las mejores tierras de regadío, que los terratenientes habían conservado, disfrutaban de niveles más altos de inversión de capital. De hecho, en La Laguna, como en otras partes de México y América Latina, uno de los efectos importantes de la reforma agraria fue estimular una agricultura más eficiente en el sector privado. Entretanto, con el apoyo activo del Banco Ejidal, el nivel de vida de los campesinos de La Laguna subió, tanto absoluta como relativamente, al menos hasta 1939. Los salarios rurales mínimos, que en 1934-1935 eran iguales al promedio nacional, lo superaban en un tercio en 1939. También se registró un incremento perceptible de los gastos de consumo, de la alfabetización (que produjo un “tremendo incremento” en la circulación de los periódicos) y de los niveles de sanidad: en esto coincidían todos los observadores, tanto los simpatizantes como los críticos, y estas mejoras cuantificables no lo eran todo. Se opinaba que con la alfabetización y la autogestión, los campesinos demostraban poseer nuevas habilidades, una responsabilidad y una dignidad igualmente nuevas. A un viajero le dijeron: “Antes vivíamos como animales. Ahora, por lo menos somos hombres y a medida que aumenta la cosecha ganamos más”.¹⁶ La mejora de la seguridad material y de la seguridad personal iban juntas: disminuyó la agitación política y ya no era de rigor llevar pistola en La Laguna.

No obstante, el éxito del experimento dependía de que las circunstancias fuesen favorables, de la demanda de algodón (que descendió en 1939-1941 y de nuevo en 1945-1947); del suministro de agua en cantidad suficiente (que ni siquiera podía garantizar la nueva presa Lázaro Cárdenas,

¹⁶ Dulton, Torreón, 4 de enero de 1939, fo 371/22780, A 1015; Benítez, Fernando, 1978, III-66.

que quedó terminada en 1946); y, sobre todo, del respaldo político. Aunque Cárdenas prestaba atención a los problemas de La Laguna, y aunque el Banco Ejidal era generoso, en 1941 subió al poder un nuevo gobierno y hubo un cambio inmediato en el orden de prioridades. El Banco Ejidal impuso ahora una política “económica” más rigurosa, se redujeron drásticamente los proyectos “no económicos”, los créditos se concedieron con mayor parsimonia y el banco y sus acreedores tuvieron que recurrir a fuentes privadas, tales como la Anderson Clayton Co. Ejidos divididos en parcelas empezaron a sustituir a los colectivos y se introdujo en estos un sistema de pagos basados en incentivos. El Sindicato Central, la combativa asociación de ejidatarios estaba perdiendo el control de los recursos económicos (los centros de maquinaria, por ejemplo, fueron traspasados al Banco Ejidal en 1942) al mismo tiempo que tenía que hacer frente a una competencia política directa, toda vez que el gobierno recortó sus fondos, alegó que estaba bajo influencia de los comunistas (que indudablemente había crecido durante los primeros años del decenio de 1940) y promocionaba a la rival CNC. La unidad de los campesinos, la unidad que Cárdenas había defendido incansablemente y fomentado de manera activa, resultó destruida. Los antiguos dirigentes del decenio de 1930 perdieron terreno y La Laguna se convirtió en escenario de disputas entre facciones. Así se perdió la mejor defensa contra la esclerosis y la corrupción burocráticas, que, incipiente en los años 30, alcanzó grandes proporciones en los años cuarenta.

Estas nuevas circunstancias revelaron cruelmente los defectos del experimento. Al igual que muchas reformas cardenistas, fue fruto de una improvisación apresurada; necesitaba tiempo y cuidado para dar buen resultado. El reparto original, como otros de la época, se había efectuado en seis semanas y conservaba la pauta original de cultivo, la de “centón”. Había dejado las mejores tierras en poder de



los terratenientes; y, sobre todo, había repartido la tierra disponible entre demasiados beneficiarios, entre los que había numerosos inmigrantes que no residían en La Laguna. Por supuesto, estos defectos tenían sus virtudes –rapidez, continuidad de la producción, generosidad de las asignaciones–, y, con tiempo y buena voluntad, podrían haberse corregido. Pero tal voluntad no existió a partir de 1940 y, debido al aumento de la población, los ejidos de La Laguna ya no podían dar sustento a las familias que se hacinaban en ellos. Aquí, como en otras partes, los ejidos colectivos sufrieron una acentuada estratificación entre ejidatarios de pleno derecho y proletarios de facto. El mercado fomentó esta división a la vez que el gobierno la permitía. Se propusieron políticas de signo igualitario –que implicaban movimientos de población y la drástica intervención oficial–; algunos sostuvieron que en vez de “distribuir tierras entre los hombres” de acuerdo con el clásico principio del reparto, el régimen “distribuyera hombres entre las tierras”, es decir, que en cada unidad de producción colocara el número de hombres necesarios para llevar a cabo dicha producción sin destruir la unidad [de la empresa].¹⁷ Aunque completamente racional, semejante solución difícilmente habría sido muy popular, como, de hecho, tiende a confirmar el lema de sus defensores: “haciendas sin hacendados”. El cardenismo no era estalinismo. Si se quería que la reforma fuese rápida, amplia y popular, los defectos eran inevitables y sólo podrían corregirlos administraciones posteriores. Éstas optaron por no hacerlo.

En lo que se refiere a sus orígenes, alcance, rapidez y resultados, la reforma de La Laguna sentó precedentes que se siguieron en otras partes: en el valle de Mexicali, donde se expropió a la Colorado Land Co. a favor de ejidatarios, tanto individuales como colectivos, de pegujaleros y colonos; en

¹⁷ Restrepo, I. y S. Eckstein, 1975, p. 35.

Sonora, donde los indios yaquis y mayos lograron que les restituyesen parte de sus tierras; en Michoacán, donde las propiedades de la familia Cusi –empresarios italianos progresistas y dotados de cierta conciencia social– fueron entregadas, intactas, a unos 2000 campesinos agrupados en nueve ejidos. También el sur, que desde hacía mucho tiempo era coto vedado de la oligarquía de plantadores, experimentó ahora una amplia reforma colectivista. La más espectacular–y menos afortunada– fue la gran reforma de Yucatán que siguió con mucha fidelidad el precedente de La Laguna. Debido a que la industria del henequén había sufrido una decadencia ininterrumpida después del auge de la Primera Guerra Mundial, el coste de oportunidad de la reforma fue bajo y las reivindicaciones de justicia social fueron tanto más irresistibles. Asimismo, la reforma ofreció al gobierno central el medio de introducirse en la política del sureste, que era tradicionalmente introvertida. Así, en agosto de 1937 el presidente llegó a la península a bordo de un barco cargado de generales, ingenieros, burócratas, periodistas y extranjeros curiosos. El 80 por ciento de las haciendas henequeneras fue entregado en seguida a 34 000 peones mayas, que estaban agrupados en más de 200 ejidos: fue el “mayor acontecimiento de reforma agraria jamás ocurrido en México”. Yucatán compartiría con La Laguna el papel de “ejemplo” del ejido colectivo.¹⁸ Pero también en este caso pronto se hicieron visibles los problemas inherentes a esta reforma precipitada. La ruptura de las antiguas redes productivas dejó a algunos ejidos sin acceso a la imprescindible maquinaria raspadora y muchos poseían plantas de henequén que eran demasiado viejas o demasiado jóvenes. Se decía que muchos de los beneficiarios no eran campesinos y no tardaron en oírse las consabidas quejas de corrupción y de opresión bu-

¹⁸ Gilbert, Joseph M., 1982, pp. 288-289



rocrática. Pero el problema principal –que era más agudo en Yucatán que en La Laguna o, incluso, que en el vecino Chiapas– era la situación del mercado exterior. Yucatán, que en 1915 monopolizaba 88 por ciento del comercio mundial del sisal, gozaba sólo de 39 por ciento en 1933 y de 17 por ciento en 1949. La socialización de una industria dependiente, en decadencia, fue desde el principio una muestra poco brillante de colectivización.

Incluso cuando la demanda permanecía en alza –como en el caso del café– los obstáculos internos que impedían el éxito de la colectivización eran formidables. La última reforma importante de los años de Cárdenas fue dirigida contra los plantadores de Chiapas, que también había rechazado las reivindicaciones de los proletarios y los campesinos desde la Revolución y que, ante el resurgir del agrarismo en el decenio de 1930, echaron mano de sus antiguas armas: adelantarse dividiendo las propiedades, emplear prestanombres, llevar a cabo reformas superficiales, cooptar o eliminar a los adversarios. Incluso cuando la reforma se estaba efectuando en 1939 los plantadores trataron de utilizar sus plantas de procesamiento y redes de comercialización para provocar la bancarrota de los nuevos ejidos. Aunque se amplió la reforma para que afectara también a las plantas procesadoras y con ello se conjuró esta amenaza, el cambio de gobierno en 1940 surtió inmediatamente un efecto desfavorable. La reforma quedó interrumpida: se dividieron los grandes ejidos colectivos, y el Banco Ejidal y los caciques aliados a él pasaron a ejercer el control corrupto sobre el sector ejidal: “El banco se convirtió en un hacendado burocrático, el ejidatario, en un peón del Banco”.¹⁹ En las elecciones de 1940 se consideró que los ejidatarios eran los únicos partidarios locales del candidato oficial. Así pues, instituciones creadas

¹⁹ Benjamin, Thomas Louis, 1981, pp. 247-250.

durante una fase de auténtica movilización campesina (hacia 1930-1940) pronto empezaron a hacer las veces de instrumentos para controlar –incluso “desmovilizar”– al mismo campesinado. Cuando llegó el auge de la posguerra (la producción cafetalera de Chiapas creció en dos tercios entre 1945 y 1950) la beneficiaria fue la agricultura privada, que ahora disfrutaba de un clima que volvía a ser benigno.

Estas reformas espectaculares, aunque problemáticas, corrieron parejas con numerosos ejemplos de menor escala, algunos de los cuales seguían el nuevo patrón colectivo (Atencingo, Zacalepec, El Mante), mientras que otros permanecían fieles al viejo principio del usufructo individual. Con el tiempo, muchas veces el primer sistema dio paso al segundo, y hacia la década de 1940 las demandas de parcelación individual de las tierras comunales ya eran insistentes y en algunos lugares provocaban conflictos violentos. Además, incluso allí donde seguía existiendo el sistema colectivo (La Laguna, Chiapas, Atencingo), éste tendía a producir una estratificación interna entre, por una parte, los beneficiarios con plenos derechos y, por otra, los proletarios o semiproletarios. Fruto de un crecimiento forzado y efímero, los ejidos colectivos cardenistas no tardaron en marchitarse en el clima desfavorable de los años 40, los ejidos tradicionales resistieron más tenazmente. Con frecuencia eran fruto de antiguas luchas agrarias y la dotación cardenista lile la culminación de años de peticiones, politiquerías y protestas armadas. A veces, como ponen de relieve estudios recientes, la reforma servía a los intereses de élites locales oportunistas o era impuesta desde arriba, extraña y mal recibida; pero ni siquiera los ejidatarios que al principio fueron reacios a convertirse en tales mostraron deseos de volver a la condición de peones. Fueran cuales fuesen los motivos, el resultado fue un traspaso masivo de recursos que cambió profundamente el mapa sociopolítico de México. A corto plazo, la reforma no sólo me-



jó el nivel de vida y el amor propio de los campesinos, sino que también provocó un desplazamiento del equilibrio político y dio a las organizaciones campesinas un breve momento de poder condicional. Fue condicional porque el régimen se aseguró de que la movilización de los campesinos estuviera ligada estrechamente al partido oficial; y breve, porque en el decenio de 1940 este vínculo, lejos de reforzar la organización y el activismo campesinos, sirvió para atarles a una estructura política cuyo carácter estaba cambiando con rapidez. Por consiguiente, la muerte del proyecto cardenista llevó aparejada “una desmovilización de la solidaridad de clase y la lucha independiente, en vez de una disolución de las organizaciones formales”.²⁰ Las organizaciones cardenistas continuaron viviendo, pero al servicio de otros fines.

La reforma agraria y la movilización campesina estaban ligadas de modo inseparable a la política educativa de los años de Cárdenas, así como al compromiso con la educación “socialista”. Sin embargo, en este apartado la administración dio muestra de mayor continuidad. Los sonorenses habían mostrado un compromiso más activo en este terreno que en el de la reforma agraria: aumentaron el presupuesto de educación de 4 a 14 por ciento del gasto público (1921-1931), construyeron 6000 escuelas rurales y dieron al maestro el papel de portador de valores seculares, nacionales. Así pues, en el campo de la educación el “Estado activo” ya existía. Pero con los años 30 llegaron nuevas iniciativas que se adelantaron a la presidencia de Cárdenas y cuya señal fue el nombramiento de Narciso Bassols como titular de la Secretaría de Educación Pública (1931). Joven, enérgico e impaciente, Bassols fue el primer marxista que desempeñó un cargo ministerial. Puso fin a un periodo (1928-1931) en que la Secretaría navegó a la deriva y dio comienzo a una fase de reformas agresivas

²⁰ *Ibid.*, p. 251.

que algunos interpretaron como la respuesta del Estado a la Cristiada. So capa de la educación “socialista”, Bassols fomentó la laicización de la enseñanza, para lo cual hizo que se cumpliera el artículo 3 de la Constitución: se imponían multas y a veces se clausuraban las escuelas católicas que no respetaban los principios del laicismo. Por otra parte, la hostilidad de los católicos aumentó a causa del osado compromiso de Bassols con el primer programa sistemático de educación sexual que hubo en México.

Ninguna de estas medidas respondía a caprichos individuales. Detrás de Bassols había una falange de grupos progresistas, prueba de los cambios que el clima ideológico estaba experimentando a principios del decenio de 1930. Las asociaciones de maestros abogaban ahora por un plan de estudios “francamente colectivista”,²¹ y el más numeroso (y no el más radical) de los sindicatos de maestros pidió la socialización de la enseñanza primaria y de la secundaria. Corrientes parecidas agitaban la Universidad Nacional. En un plano más amplio, el realismo socialista se puso de moda en los ambientes culturales, y el Plan Sexenal incluía un compromiso deliberadamente ambiguo, pero significativo, con una educación que se basaba en “la doctrina socialista que sostenía la revolución mexicana”. En un terreno más práctico, el plan disponía un incremento anual de 1 por ciento en el presupuesto destinado a la educación, cifra que aumentaría de 15 al 20 por ciento del gasto total entre 1934 y 1940. Finalmente, el Congreso se inclinó ante la recomendación del PNR y aprobó una forma de educación federal de signo socialista que combatiría los prejuicios y el fanatismo (léase clericalismo) e inculcaría un “concepto exacto, racional, del Universo y de la vida social”.²² Por consiguiente, el

²¹ Raby, David, L., 1974, p. 39.

²² *Ibid.*, pp. 40-41.



compromiso con la educación “socialista” fue algo que la administración Cárdenas heredó.

Por supuesto, cada cual interpretaba a su modo el significado de la palabra “socialismo”. Había dignificado el darwinismo social *étatiste* de sonorenses como Salvador Alvarado, el furibundo anticlericalismo de Garrido, el seudosocialismo de la CROM. Los debates sobre la educación en los años 30 revelaron (según los cálculos de una estudiosa atenta) que existían 33 interpretaciones diferentes.²³ Más aún que la reforma agraria, la educación podía camuflarse bajo la retórica. Callistas que en 1930 ya habían vuelto la espalda a la reforma agraria todavía podían hacer comedia en el campo de la educación, lugar ideal para hacer demostraciones de radicalismo de mediana edad. Teniendo presentes los ejemplos fascistas, albergaban la esperanza de encandilar a la juventud y, quizá, desviar la atención de las penalidades de la recesión. Así, en su Grito de Guadalajara, Calles podía parecer un radical joven y un jesuita viejo al mismo tiempo. Para muchos el socialismo era simplemente una nueva etiqueta para el anticlericalismo, el antiguo tema central de la política sonorenses. Las palabras “socialismo” y “racionalismo” se usaban de forma intercambiable. Otros se tomaron en serio el cambio semántico. Bassols hacía hincapié en el papel práctico de la educación, que estimularía una ética colectivista; los maestros no se limitarían a enseñar, sino que, además, “modificarían los sistemas de producción, distribución y consumo”, estimulando la actividad económica en beneficio de los pobres.²⁴ Otros iban más lejos y hacían de la educación el tablero central de una amplia plataforma de reformas radicales. El secretario de Educación afirmó que la educación combatiría los valores capitalistas e individualistas e

²³ Lerner, Victoria, 1979, p. 83.

²⁴ Britton, John A., 1976, p. 52.

inculcaría, especialmente en la juventud, “el espíritu revolucionario, con miras a luchar contra el régimen capitalista”.²⁵ La literatura y la retórica de la época inducen a pensar que “muchos maestros creían que era posible derrocar al capitalismo empleando la educación como único medio”; método que poseía el mérito de ser pacífico y exhortatorio antes que violento.²⁶ El arte y la poesía –de un tipo apropiadamente comprometido– trabajarían para alcanzar el mismo fin.

Era un antiguo sueño mexicano, un sueño acariciado tanto por los liberales del siglo XIX como por los revolucionarios del XX: que la educación cambiara el mundo social. Al mismo tiempo que los radicales de la educación de los años 30 repelían los consabidos temas del oscurantismo católico, así como de la alianza liberadora de la alfabetización, la higiene, la templanza y la productividad, reaparecieron conceptos antiguos, incluso positivistas, con disfraz “socialista”. A decir verdad, algunos radicales socialistas hacían alarde de sus antecedentes comtianos. El “socialismo” absorbía así muchas de las obsesiones desarrollistas de una generación anterior (según afirmaba un burócrata de la educación en 1932, la necesidad más urgente era “enseñar al pueblo a producir más”; el “socialismo” de Bassols se ha interpretado como una ideología sustitutiva de la modernización).²⁷

También daba cuerpo a la tradicional búsqueda de cohesión cultural e integración nacional. Estas continuidades ayudaban a explicar la facilidad con que se convirtieron a la educación “socialista” incluso los miembros de la derecha oficial. Pero también había radicales auténticos que veían la educación como medio de subvertir las viejas costumbres, en lugar de sostenerlas. El modelo soviético volvía a influir.

²⁵ Farquhar, Ciudad de México, 24 de enero de 1935, fo 371/18705, A1338.

²⁶ Raby, David L., 1974, p. 60.

²⁷ *Ibid.*, p. 38; Britton, John A., 1976, p. 17.



A juicio de viejos revolucionarios, como Luis G. Monzón, ofrecía la única alternativa a un capitalismo en bancarrota. Se importaron métodos soviéticos –de modo no sistemático y sin que en gran parte dieran fruto– y circularon textos marxistas, incluso en el Colegio Militar. Aunque a primera vista este mimetismo concordaba con la importancia que daba el régimen a la conciencia y la lucha de clases, el ejemplo soviético lo invocaban con más lógica quienes defendían el desarrollo y la productividad. Más que portadores de la guerra entre las clases, se consideraba a los soviéticos como exitosos exponentes de la industrialización moderna en gran escala: más “fordistas” Bassols, a pesar de su radicalismo, se había mostrado cicatero como pagador.

Aunque el número de maestros creció mucho en los años 30, el desempleo persistía; grupos de maestros figuraban a menudo en el primer plano de la política local (organizaron el único desafío serio a Cedillo en su feudo de San Luis), y los sindicatos de maestros se unieron a otros, impelidos por los intereses materiales tanto como por la solidaridad ideológica.

Estos factores se hallaban presentes en el compromiso oficial con la educación socialista, que poco debía a las exigencias populares. 50 000 personas desfilaron por las calles de la Ciudad de México y aplaudieron el nuevo programa (octubre de 1934), pero la manifestación fue uno de los últimos actos organizados por el aparato de la CROM. En general (pero en particular en el campo, al cual iba especialmente destinada la reforma), la respuesta popular fue tibia o declaradamente hostil. Si, como se ha sugerido, la educación socialista era un mecanismo clave para recuperar la simpatía y el apoyo de las masas que se habían perdido,²⁸ fue un fracaso; en realidad, sin embargo, tenía menos de populismo

²⁸ Anguiano, Arturo, 1975, p. 45.

oportunista que de ingeniería social grandiosa y un tanto ingenua. En mayor medida que la reforma agraria, la educación socialista llegó como una revolución desde arriba, y a menudo como una imposición blasfema y no deseada.

Proliferaron los proyectos educativos: el importante programa para construir escuelas rurales se amplió mucho junto con programas secundarios –las Misiones Culturales, la Escuela Normal, las escuelas especiales del ejército (proyecto muy querido del presidente) y las escuelas (de las compañías) del “artículo 123”. Se hicieron esfuerzos especiales –basándose también en el precedente sonorenses– por llegar a la población indígena, la cual, definida como aquella que hablaba alguna lengua indígena, constituía quizá una séptima parte de la población total de México. En esta empresa, el presidente, que se dijo que era nieto de un indio tarasco y que había concedido mucha importancia a la cuestión indígena durante la campaña de 1934, hizo uso de su energía y su autoridad personales. Pero se produjo un cambio de actitud y ahora el indigenismo figuraba menos como política autónoma, encaminada hacia la integración nacional, y más como parte de la amplia ofensiva cardenista contra la pobreza y la desigualdad. Aunque el Departamento de Asuntos Indígenas organizaba programas especiales de educación e investigación (que en Chiapas eran de grandes proporciones), su presupuesto era demasiado pequeño para soportar toda la carga de la política indigenista. En vez de ello, el régimen trató de integrar al indígena en la masa de trabajadores y campesinos haciendo hincapié en la clase social antes que en la etnicidad: el programa de la emancipación de los indios es, en esencia, el de la emancipación del proletariado de cualquier país, aunque tal vez había que tener en cuenta rasgos específicos de índole histórica y cultural.²⁹ El objeti-

²⁹ González y González, Luis, 1981, XIV-120.



vo –optimista, por no decir francamente utópico– consistía en alcanzar la emancipación social y económica sin destruir los elementos fundamentales de la cultura indígena. El principal efecto que el gobierno tuvo en el indígena no fue tanto a través de programas específicamente indigenistas como a través de medidas más generales que afectaban a los indígenas en tanto campesinos: el programa de educación rural y, sobre todo, la reforma agraria en Yucatán, Chiapas y la región de los yaquis (donde a Cárdenas todavía se le recordaba bien al cabo de mucho tiempo). El indigenismo propiamente dicho únicamente surtió efectos limitados, a menudo pasajeros. Sin embargo, una de sus consecuencias permanentes fue el crecimiento del poder federal a medida que la cuestión indígena pasó a ser de la incumbencia exclusiva del gobierno nacional e incluso podía utilizarse para forzar la apertura de cacicazgos locales hostiles. Incluso bajo Cárdenas se hizo evidente que federalizar la cuestión indígena a menudo significaba sustituir a los patronos locales –terratenientes, caciques, sacerdotes, “enganchadores” contratistas de mano de obra– por nuevos jefes, burocráticos, agentes de programas indigenistas o agrarios, algunos de los cuales eran indígenas ellos mismos. Estas tendencias se aceleraron después de 1940. La esperanza cardenista de alcanzar la integración con igualdad y supervivencia cultural forzosamente tenía que fracasar: se integró a los indígenas, pero como proletarios y campesinos, clientes oficiales y (de vez en cuando) caciques oficiales.

En el otro extremo del espectro, la educación superior se encontraba ahora ante el desafío del “socialismo”, que denunciaba la posición de las universidades (en especial la Universidad Nacional, tradicionalmente conservadora, elitista y, desde 1929, formalmente autónoma) como bastiones de los privilegios de las clases medias. Al igual que otros conflictos en el campo de la enseñanza, éste fue anterior a

la presidencia de Cárdenas. En 1933 se había suscitado una polémica entre facciones universitarias en la cual Lombardo Toledano –a quien se oponía Antonio Caso– abogaba por que la universidad se adhiriera a la nueva ideología materialista. A pesar de las luchas y huelgas estudiantiles, los liberales conservaron su precario control; pero el gobierno respondió, reduciendo a la mitad la subvención que pagaba a la universidad. También las universidades provinciales, temiéndole la intimidación ideológica, exigieron que se les concediera una autonomía parecida y en Guadalajara el gobernador del estado recurrió a la fuerza para desalojar del recinto universitario a las autoridades insubordinadas. Muchos izquierdistas aplaudieron semejante humillación de los señores académicos (el propio Cárdenas, según decían, albergaba una sana antipatía por los hombres cultos, que con frecuencia era recíproca).

Mientras tanto en los recintos universitarios seguían resonando los rebatos políticos de 1935. En septiembre de dicho año una facción izquierdista integrada por profesores y estudiantes protagonizó un golpe interno y alineó la Universidad Nacional con la política oficial de signo “socialista”. El gobierno pudo así regularizar sus relaciones con la Universidad, reafirmando la autonomía de ésta y reanudando el pago de su subvención; a cambio de ello, la universidad tomó algunas iniciativas nuevas, aparentemente radicales (servicios jurídicos para los trabajadores, estudios sociales “relevantes”) que probablemente representaban una conformidad externa más que una conversión auténtica. Además, el régimen creó nuevas instituciones de enseñanza superior que fueron más de su gusto. Algunas de ellas, como el Instituto Politécnico Nacional, sobrevivieron y prosperaron; otras, como la Universidad Obrera, fueron efímeras.

Mucha mayor fue la importancia de los esfuerzos y los conflictos en la esfera de la educación rural. Fue este el es-



cenario de la principal innovación de los años de Cárdenas; no en el contenido formal por la estructura organizativa de la educación (de los cuales existían abundantes precedentes), sino más bien en el contexto social y político en el cual se emprendió la educación rural. El compromiso de la educación era inequívoco. Si bien no pudieron cumplirse los ambiciosos objetivos del Plan Sexenal, entre 1935 y 1940 los gastos en concepto de educación oscilaron entre 12 y 14 por ciento del gasto público total, niveles que no se alcanzaron ni antes ni después de dicho periodo. En términos reales fueron el doble de los gastos correspondientes al periodo callista. Así, continuó el crecimiento del número de escuelas rurales, que fue notable bajo Bassols; de estas escuelas se esperaba que hicieran mucho más que enseñar los elementos básicos de las letras y los números. Cárdenas explicó que el maestro debía desempeñar un papel social, revolucionario: el maestro rural es el guía del campesino y del niño, y debe ocuparse del mejoramiento del poblado. El maestro debe ayudar al campesino en la lucha por la consecución de tierra y al trabajador en su demanda de los salarios que marca la ley.³⁰ Y no se trataba de retórica hueca; del mismo modo que los maestros sólo pueden enseñar a leer y a escribir cuando existe la demanda correspondiente, sólo pueden dedicarse a la ingeniería social cuando tienen a mano las piezas apropiadas, como ocurrió en México durante el decenio de 1930. El maestro rural pudo cumplir la misión que le habían asignado no porque los campesinos formaran una masa inerte, maleable, sino más bien porque respondió a demandas reales –o, a veces se percató de demandas latentes–, especialmente en el campo de la reforma agraria. En el caso clásico de los ejidos colectivos de La Laguna los maestros rurales desempeñaron un papel clave en una serie de reformas

³⁰ Lerner, Victoria, 1979, pp. 114-115.

integradas: reformas educativas, agrarias, técnicas, médicas. En otros casos, el maestro se vio involucrado en conflictos locales que ya existían antes de que él llegara y su labor forzosamente se hizo muy política, polémica y arriesgada. Los maestros fueron aplaudidos (o condenados) por su agitación agraria en Chiapas, Michoacán, Jalisco, Colima, Sinaloa y otras partes. Ayudaron a organizar a los pueblos mixtecos de Oaxaca que pedían “tierra y libertad” y una escuela en cada pueblo; en el Estado de México se les consideró responsables de incitarlas ocupaciones de tierras; en Michoacán cabía encontrarles explicando las leyes agrarias, redactando peticiones y siguiendo el paso de las mismas por los organismos pertinentes. Sus críticos alegaban que alcaldías que hasta entonces habían vivido tranquilas veían cómo su paz se esfumaba a causa de la actuación de los demagógicos maestros socialistas; los radicales, aunque lo expresaran de otro modo, con frecuencia eran dados a pensar lo mismo. Es verdad que a veces los maestros estimulaban un agrarismo latente y de vez en cuando contribuían a imponerlo a comunidades que no lo deseaban, pero también hubo casos en que fueron los propios campesinos quienes ganaron a los maestros para la causa agraria. A los que “se acercaron al pueblo” como ingenuos *narodniki* los echaron con cajas destempladas. Por el contrario, los que lograron cumplir sus objetivos no triunfaron gracias a una agitación estridente, sino porque aportaron ayuda práctica y, con su misma presencia, prueba viviente del compromiso del régimen. Trabajaron en la agricultura, introduciendo productos y métodos nuevos; utilizaron sus conocimientos de letras en beneficio de las comunidades, y, sobre todo, facilitaron aquella organización supra comunal que con frecuencia ha sido el factor clave del triunfo de los movimientos campesinos.

A cambio de todo ello pagaron un precio. No hay prueba más segura del efecto real de los maestros rurales que el



historial de violencia que abarca el decenio de 1930. El fenómeno debe verse teniendo en cuenta la fuerte polarización que provocó el programa de educación socialista. Aunque al principio algunos izquierdistas se mostraron críticos y señalaron que era ilusorio intentar la transición al socialismo por medio de la maquinaria superestructural de la educación, la mayoría de ellos cambiaron de parecer. Este fue especialmente el caso de los comunistas, que pronto abandonaron la postura crítica, que se ajustaba bastante bien al “tercer periodo” de la Komintern, y se adhirieron al programa con la misma vehemencia con que defendían el frente populismo. A lo sumo, era comunista una sexta parte de los maestros mexicanos, pero esta minoría activista fue suficiente para alimentar las sospechas y ayudar a la propaganda de los críticos. Éstos eran numerosos, enérgicos ya menudo violentos. La organización y la combatividad crecientes de la izquierda tenían sus equivalentes en la derecha católica y conservadora: en la jerarquía, el movimiento de estudiantes católicos y asociaciones laicas, como la Unión Nacional de Padres de Familia. Los blancos principales de los críticos eran la educación socialista y la educación sexual. Los estudiantes católicos protestaban, organizaban huelgas y provocaban disturbios. Los padres expresaron su desacuerdo retirando a sus hijos de las escuelas y el absentismo fue en aumento, tanto en la ciudad como en el campo; las escuelas privadas (católicas) de San Luis, que eran protegidas por Cedillo, estaban llenas a reventar. En la medida en que “socialismo” significaba “anticlericalismo” y los excesos anticlericales continuaron bajo auspicios “socialistas”, esta reacción de los católicos fue defensiva, incluso legítima. Pero, en general, la tendencia anticlerical iba perdiendo fuerza, y la oposición católica dirigió sus miradas hacia asuntos de mayor envergadura, tales como los servicios médicos, la educación mixta y la instrucción sexual, que fue denunciada y acusada de ser

un complot comunista para introducir la pornografía en el aula. La prensa católica expresó horror porque a los niños campesinos –que estaban acostumbrados a ver cerdos en celo– les mostraban grabados con los órganos sexuales de las flores.

Los católicos también se opusieron al agrarismo, tanto en general, defendiendo los derechos de la propiedad privada, como de forma específica, poniéndose del lado de los terratenientes contra los agraristas. Se decía que los sacerdotes lanzaban invectivas contra la reforma e incitaban a las chusmas a cometer actos de violencia (Contepec, Michoacán) y decían misas por criminales que habían asesinado a un maestro (Huiscolo, Zacatecas). Se culpó a la influencia clerical de los repetidos ataques que se registraron en la región de Colotlán, estado de Jalisco, donde, según decían, 40 escuelas fueron incendiadas en un solo año. Por supuesto, a veces estas afirmaciones eran exageradas. Así mismo, el sacerdote, al igual que el maestro, no actuaba por su cuenta. Figuraba en conflictos locales que él no había provocado. Muchos actos de violencia rural se producían sin que en ellos interviniera el clero; era una violencia “espontánea” o nacida de la incitación por parte de terratenientes, caciques e incluso gobernadores de algún estado. Las víctimas –maestros como López Huitrón de San Andrés Tuxtla, asesinado en 1939, o los 25 maestros que fueron asesinados en Michoacán hasta 1943– nos recuerdan que, si bien los poderes del gobierno central iban aumentando, seguían siendo limitados y a veces vacilaban; no podían garantizar la seguridad, y mucho menos el éxito, de sus agentes destacados en territorio hostil.

Así pues, los maestros se encontraban con frecuencia ante una tarea solitaria y peligrosa. Muchos estaban mal preparados, lo estaban sin duda para el socialismo que debían impartir (a veces hasta para enseñar); un crítico se burló



de ellos porque antes habían sido “ayudantes de camionero, vendedores de pan callejeros, [y] capataces de plantaciones de café”.³¹ Estaban mal pagados y, excepto en casos de una reforma integrada como La Laguna, normalmente carecían de aliados institucionales en su localidad. A menudo tenían que afrontar la indiferencia y la hostilidad del pueblo. Los conflictos asediaban sus organizaciones sindicales. Con la expansión de la enseñanza en los primeros años 30 se hizo posible la sindicación en gran escala y las reducciones salariales de aquellos años dieron a los maestros muchos motivos de queja. Una y otra vez pidieron mejoras salariales (y las recibieron en parte) y la federalización de la enseñanza, para que la toma de decisiones se concentrara en el gobierno central, que era favorable a la educación, a expensas de las caprichosas administraciones de los estados. Aunque en este campo, igual que en otros, la federalización se aceleró durante el decenio, no se alcanzó por completo. Entretanto, la Secretaría de Educación insistía en que se formara un único sindicato de maestros, lo cual provocaba serias divisiones internas (hasta 60 por ciento de los maestros, según se decía, eran católicos y, a pesar de las purgas y las medidas para reclutar adeptos, la profesión nunca se radicalizó del todo). Como también la izquierda estaba dividida entre comunistas y lombardistas, la unidad resultó quimérica y los conflictos internos fueron endémicos, lo cual obró en detrimento de la moral.

Se obtuvieron algunas ganancias permanentes en la carrera entre el crecimiento demográfico y la oferta educativa: las tasas de alfabetización mejoraron y se intensificó el papel nacionalista e integrador de la escuela. Sin embargo, como sistema de proselitismo socialista e ingeniería social, el pro-

³¹ Murray, Ciudad de México, 31 de octubre de 1935, fo 371/18707, A9693.

yecto fracasó. Por muy afín o apropiada que fuese en las zonas de agrarismo y conflictos sociales, la educación socialista no podía revolucionar la sociedad capitalista en su totalidad. Al igual que muchas reformas cardenistas, fue un fenómeno circunstancial que dependía del clima oficial que fue brevemente benigno. El clima empezó a cambiar incluso antes de que Cárdenas dejara su cargo. En 1938 la austeridad económica y la redoblada oposición (que ahora se movilizó contra la propuesta de “regulación” del artículo 3) obligaron a emprender la retirada. El reglamento terminó con una fórmula conciliatoria, se retiraron los libros más radicales, se puso fin a las misiones culturales, la educación privada renació y se eliminaron gradualmente ambiciosos proyectos de educación, como los de La Laguna. El último mensaje de año nuevo de Cárdenas (enero de 1940) fue decididamente conciliador, como lo fueron también los discursos del candidato oficial a la presidencia, Ávila Camacho. Y una vez éste subió al poder, estos cambios se aceleraron. El “socialismo” siguió siendo la consigna oficial durante un tiempo, pero posteriormente –dada la flexibilidad casi infinita del término– se convirtió en sinónimo de conciliación social y equilibrio entre las clases. Volvió a oírse el discurso de los sonorenses. El socialismo educativo, al igual que gran parte del proyecto cardenista, resultó un intermedio en lugar de un milenio.

Durante la lucha contra Calles, en 1935, se habían registrado numerosas huelgas y una movilización significativa del movimiento obrero. Ambas cosas continuaron después de la caída del “jefe máximo”: en el periodo 1935-1936 ocurrió el hecho insólito de que las huelgas fueron más numerosas en México que en Estados Unidos; y en 1937 (año de creciente inflación) se alcanzó un punto máximo, al menos en términos de huelgas oficiales. Durante este periodo las huelgas afectaron a todas las industrias básicas de México –minas,



compañías petroleras, ferrocarriles, fábricas textiles—, así como a los servicios del gobierno y la agricultura comercial. Al igual que en La Laguna, la protesta de los trabajadores contra las compañías extranjeras podía presagiar la intervención y la expropiación por parte del gobierno, de acuerdo con la doctrina que en febrero de 1936 proclamó con audacia el presidente en su célebre viaje a Monterrey, la ciudadela de la libre empresa, a la sazón aquejada de huelgas y un cierre patronal: si los empresarios eran incapaces de evitar la parálisis industrial, el Estado intervendría. Los conflictos laborales proporcionaron un instrumento contra los enclaves extranjeros. Mientras tanto, la organización sindical hizo progresos que culminaron con la formación de la nueva central, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), y la militancia de los trabajadores contribuyó a la tendencia alcista de los salarios reales. Esto no hubiera sucedido sin el respaldo oficial, que se hizo patente por primera vez durante la crisis política de 1935 y se mantuvo en lo sucesivo, aunque no de modo uniforme y sin críticas. No cabe duda de que el gobierno adoptó una actitud intervencionista ante las relaciones laborales (“el gobierno—según declaró Cárdenas en Monterrey— es el árbitro y regulador de los problemas sociales”); el arbitraje pasó a ser sistemático (aunque no automático) y generalmente era favorable a los trabajadores. Con todo, hubo casos en que huelgas importantes encontraron oposición (destaca la de ferroviarios en mayo de 1936) y, especialmente después de 1938, el gobierno dirigió sus esfuerzos a evitar huelgas, por el bien de la economía. No obstante, sería un error valerse de estos casos para afirmar la importancia suprema de la producción y la conciliación de las clases, y por ende la continuidad de una política de masas manipuladora entre Calles y Cárdenas. El significado de la intervención, el arbitraje y la política de masas fue diferente según la época. Y bajo Cárdenas, en especial antes

de 1938, llevaban aparejado el apoyo activo a los sindicatos contra las empresas, tanto como el apaciguamiento del conflicto industrial, y rumbos nuevos y radicales en el campo del control obrero. Una vez más, por consiguiente, el “populismo” cardenista difiere en aspectos importantes de algunos de sus supuestos parientes políticos.

El régimen nunca perdió de vista las realidades económicas. Combatió lo que consideraba sindicalismo irresponsable, por ejemplo, el de los petroleros. Se dio cuenta de que subir los salarios profundizaría el mercado nacional en beneficio de algunos sectores de la industria. Sin embargo, este enfoque keynesiano no puede verse como la razón de ser de la política laboral cardenista. Algunos hombres de negocios y banqueros inteligentes compartían este punto de vista, pero la empresa privada –sobre todo, el núcleo de la burguesía nacional que tenía su base en Monterrey– era abrumadoramente hostil al cardenismo y nunca dejó de criticarlo. Y esta situación no varió después de 1938. En 1940 portavoces del mundo empresarial todavía criticaban al gobierno por su “fantástica política de mejora unilateral en cumplimiento de promesas hechas al proletariado”. El nuevo impuesto sobre beneficios extraordinarios era un ejemplo de “totalitarismo hitleriano”.³² Si Cárdenas salvó a la burguesía mexicana de la revolución o del derrumbamiento (lo cual parece dudoso), la burguesía no mostró mucha gratitud.

También es cierto que la política laboral de Cárdenas, al igual que su agrarismo, incluía un aspecto educativo o tutelar; una faceta del llamado “Estado papá”. El presidente contaba con la maduración gradual de la clase trabajadora como entidad organizada, unificada, responsable; organizada, con el fin de que su importancia numérica contase;

³² Rees, Ciudad de México, 3 de enero de 1940, fo 371/24217, A547; Hamilton, 1983, p. 192.



unificada, para que su fuerza no se disipase en luchas fratricidas, y responsable, para que no exigiese demasiado a una economía subdesarrollada que acababa de salir de la recesión (porque, en caso contrario, los propios trabajadores serían los principales perjudicados). Desde la campaña electoral de 1934 hasta la alocución de despedida de 1940, por tanto, el tema constante de Cárdenas fue “organizar”, igual que el de Lenin. La organización requería el apoyo activo del Estado, pero sería un error ver en ello una manipulación cínica, una prueba de continuidad ininterrumpida de Calles y la CROM a Miguel Alemán y los cacharrazos del decenio de 1940. Calificado hoy en día de estatista ardiente, en realidad Cárdenas concebía los bloques y clases organizados en el campo económico como las bases de la política. Así, la mejor garantía de la continuación de su proyecto radical era una clase trabajadora poderosa, organizada. La formación de la CTM, los experimentos con el control obrero y la educación socialista y la exhortación constante servían a una visión lejana y optimista: una democracia obrera que diese cuerpo a las virtudes cardenistas del trabajo arduo, el igualitarismo, la sobriedad, la responsabilidad y el patriotismo. Esta era a grosso modo la meta socialista a largo plazo de Cárdenas.

Cierto grado de tutela estatal era necesario porque la creación de una confederación laboral unida representaba una tarea formidable y era improbable que se produjera espontáneamente. Tras el ocaso de la CROM el proletariado se mostraba combativo pero fragmentado. Sin embargo, la coincidencia de la campaña contra Calles con una rápida recuperación económica brindó la oportunidad de reagruparse. El Comité Nacional para la Defensa del Proletariado, que Lombardo utilizó para combatir a Calles y la CROM, hizo las veces de núcleo de la naciente CTM, que, al fundarse en febrero de 1936, reunió a varios sindicatos industriales clave que se habían destacado durante las huelgas recientes (ferro-

viarios, mineros y metalúrgicos, electricistas, tipógrafos y tranviarios), así como a las antiguas confederaciones rivales de la CROM, la CGOCM de Lombardo y la CSUM comunista. La CTM, que afirmaba tener 3594 sindicatos afiliados y 946 000 miembros, empequeñecía tanto a la residual Confederación General de Trabajadores (CGT), de signo anarcosindicalista, como a la CROM, aunque ésta sobrevivió (algunos de sus afiliados en calidad de sindicatos blancos) y todavía pudo luchar contra la hegemonía de la CTM, a veces empleando la violencia, en ciertas regiones e industrias (por ejemplo, la textil). Otras dos barreras que impidieron la hegemonía de la CTM las erigió el Estado: el sindicato de funcionarios, la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE), al que se le impidió afiliarse (el asunto de los derechos sindicales de los funcionarios dio origen a intensos debates que culminaron con leyes especiales), y, factor más importante, se protegió al campesinado del abrazo de la CTM a pesar de que ya se había efectuado una significativa labor de capacitación, principalmente en regiones de agricultura comercial. La organización de los campesinos siguió siendo prerrogativa del PNR. Aunque la CTM conservó cierta influencia residual en el campo, sus líderes no pudieron hacer nada contra la decisión oficial.

La ideología de la CTM experimentó una rápida mutación. Durante la lucha contra Calles las partes que la constituían habían recalcado su independencia de los partidos o las facciones. Este compromiso –radical, nacionalista, autónomo– pasó a la nueva CTM, que vino al mundo lanzando sonoros gritos que hacían pensar en el sindicalismo revolucionario. Pero, del mismo modo que Calles había hecho callar a la CROM, cuyos gritos infantiles habían sido parecidos, Cárdenas se atrajo a la CTM. En esta tarea fue una ayuda para él la presencia en la CTM de antiguos miembros de la CROM, como Fidel Velázquez y los “cinco lobitos”, cuya escuela ha-



bía sido el activismo obrero en la Ciudad de México durante el decenio de 1920. A medida que la CTM fue obteniendo subvenciones y locales oficiales, así como puestos en las juntas de conciliación y arbitraje, sus dirigentes se percataron de las virtudes de la colaboración. Alegaron tres razones para colaborar: la necesidad de derrotar a los restos del callismo; de organizar un frente común contra el imperialismo (al que pronto se identificaría con las compañías petroleras anglo-norteamericanas), y de construir un frente popular contra el fascismo, tanto el internacional como, al decir de algunos, el nacional (“el fascismo criollo” como lo llamó Lombardo).

A decir verdad, Lombardo Toledano se erigió ahora en figura fundamental de la política del periodo, superada únicamente por el propio Cárdenas. Hijo de una familia de empresarios que en otro tiempo fue rica pero luego se arruinó, Lombardo había evolucionado del idealismo filosófico del Ateneo de la Juventud al marxismo (aunque nunca se afilió al PCM). A principios del decenio de 1930 ya era una figura destacada de la intelectualidad de la Ciudad de México –“el marxista mexicano”–³³ que participaba activamente en la política obrera y universitaria; con su secesión de la CROM y la creación de la CGOCM, echó los cimientos de su futura dirección de la CTM. Elocuente, autocrático y narcisista, Lombardo carecía de una base institucional, ya fuera regional o sindical. Su poder dependía de la burocracia de la CTM y del apoyo del gobierno (de ahí los malabarismos ideológicos que hizo en los años 40 para conservar ambas cosas). Después de respaldar tácticamente a Cárdenas en 1935, ahora quería reforzar la alianza, haciendo hincapié, en primer lugar, en un viejo tema –la responsabilidad nacional de la clase trabajadora– y, en segundo lugar, en un tema nuevo: la amenaza del fascismo. En este contexto, la política que seguían

³³ Krauze, Enrique, 1976, pp. 129-291.

los comunistas era importantísima. Empujados a la clandestinidad en 1929, los comunistas seguían mostrándose activos en las luchas agrarias locales, y en sindicatos clave, tales como los de los ferroviarios, los tipógrafos y los maestros. Aunque se habían opuesto a la candidatura presidencial de Cárdenas, fueron atraídos hacia la coalición contra Calles y respaldaron a la CTM, y, providencialmente, en 1935 la Komintern efectuó un viraje que legitimó –que requirió– la plena colaboración de las fuerzas antifascistas y progresistas. La delegación mexicana volvió del Séptimo Congreso de la Komintern tras prometer su apoyo al frente populismo y, por ende, al PNR, al Plan Sexenal y al gobierno de Cárdenas, al que ahora se consideraba un régimen nacionalista–reformista, de todo punto diferente de su predecesor callista. Así pues, la CSUM se fundió con la CTM y se instó a los trabajadores a participar en las elecciones. En 1937, el PCM y la CTM se unieron para formar un frente electoral común, en el año siguiente los comunistas apoyaron a la CTM al asumir ésta un papel central en el nuevo partido oficial corporativo, el PRM. La colaboración de la CTM había llegado hasta el extremo de que cetemistas desempeñaban ahora cargos políticos locales y nacionales, incluidos 30 escaños en la cámara.

Era inevitable que hubiese divisiones en el seno de un conglomerado tan grande. Lombardo y sus lugartenientes no profesaban ningún amor a los comunistas. A las diferencias históricas e ideológicas se sumó la rivalidad de sus bases institucionales: los lombardistas dependían de gran número de pequeños sindicatos y federaciones, especialmente en la capital, y su falta de fuerza industrial hacía que la colaboración con el gobierno resultase atractiva; la fuerza de los comunistas residía en los grandes sindicatos industriales –ferroviarios, tipógrafos, electricistas– que se inclinaban hacia el sindicalismo apolítico. Cada bando luchaba por controlar tanto sindicatos individuales, tales como el



de maestros, como la propia *ctm*, donde los lombardistas se apoyaban en su superioridad numérica –aunque fuese una superioridad nominal, dispersa entre una legión de sindicatos afiliados– para compensar la fuerza industrial de los comunistas. En abril de 1937 se produjo un cisma importante y los comunistas, al encontrarse excluidos de puestos clave, abandonaron la *CTM*, llevándose entre la mitad y una cuarta parte de los sindicatos afiliados, incluidos algunos tan importantes como los ferroviarios y los electricistas. Las esperanzas cardenistas de formar un frente obrero unido, al parecer defraudadas, resucitaron cuando la *Komintern* acudió en su ayuda. Earl Browder llegó a toda prisa de Estados Unidos, Moscú ejerció presión y tras dos meses de extravío, los comunistas volvieron al redil. Algunos se resistieron: los mineros y los ferroviarios, tradicionalmente independientes, permanecieron fuera. Pero el grueso de los comunistas cumplió y volvió a una *CTM* aún más controlada por Lombardo; asimismo, acordaron apoyar a los candidatos del *PNR* en las elecciones internas del partido y acallar sus críticas, que ya eran moderadas, al régimen. Fue el primero de varios “sacrificios necesarios” que el *PCM*, entregado al frente populismo y azuzado por Moscú, haría entre 1935 y 1946, y que contribuirían a formar y mantener la coalición cardenista.

El fomento por parte de Cárdenas de la organización de la clase obrera bajo la tutela del Estado afectó a dos casos claves –los ferrocarriles y el petróleo– en los cuales se expropió y reorganizó de forma fundamental a empresas que eran total o parcialmente de propiedad extranjera y se encontraban agobiadas por disputas laborales. Así pues, de modo análogo a la colectivización de La Laguna las disputas laborales dieron pie a la intervención del gobierno y a experimentos con nuevas formas de organización económica (y, en el caso del petróleo, a un serio altercado internacional). Hay diver-

sas interpretaciones: ¿eran estas audaces, generosas y radicales medidas acaso indicativas de un sindicalismo residual en el pensamiento oficial? ¿O eran nuevos ejemplos de *real politik* disfrazada de radicalismo, por medio de la cual un régimen maquiavélico que hacía gala de su nacionalismo se quitaba de encima las industrias conflictivas pasándoselas a los trabajadores, que entonces tenían que someterse a la severa disciplina del mercado?

Las dos industrias eran distintas. Mientras que la producción de petróleo registró un modesto incremento durante el decenio de 1930, la situación de los ferrocarriles era pésima: descapitalizados, con un exceso de personal, perjudicados por la competencia que les hacían los transportes por carretera (y que el vigoroso programa de construcción de carreteras del gobierno exacerbó) y muy endeudados con acreedores extranjeros. A decir verdad, se reconocía de forma general que era necesaria alguna reorganización radical que posiblemente llevaría aparejada la nacionalización. Los ferroviarios, que tradicionalmente eran activistas y en 1933 se organizaron en el nuevo Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana (STFRM), se resistieron tenazmente a la pérdida de empleos, con la que estaban harto familiarizados (en el periodo 1930-1931 se habían perdido 10000 puestos de trabajo). Hubo convocatorias de huelga en 1935 y de nuevo en mayo de 1936, momento en que los trabajadores vieron con desagrado cómo el gobierno se negaba a reconocer una huelga nacional en apoyo de un nuevo convenio colectivo. Se respondió a las exigencias de los ferroviarios, pero los problemas económicos básicos no desaparecieron. Al cabo de un año la administración decidió abordarlos como en La Laguna, es decir, por medio de una impresionante reforma estructural. En junio de 1937 los ferrocarriles fueron nacionalizados a la vez que la deuda en bonos se consolidaba con la deuda pública. Después de



un año de administración directa por parte del gobierno y de prolongadas negociaciones con el sindicato, la empresa quedó bajo el control de los trabajadores el día 1 de mayo de 1938. No fue este un caso único. Tal como prometiera Cárdenas, se habían pasado otras empresas –minas, fundiciones, fábricas– a los trabajadores cuando los conflictos laborales resultaban insuperables. Pero los ferrocarriles, que seguían transportando 95 por ciento de la carga de México, fueron, con mucho, el ejemplo más importante.

La expropiación inicial, en la que se dio muestra de patriotismo y de machismo político, fue bien recibida incluso por los grupos derechistas de clase media que acostumbraban a quejarse de lo que hacía Cárdenas. Después de todo, José Yves Limantour, decano de los “científicos”, había empezado el proceso de nacionalización 30 años antes, y al crear un sistema ferroviario propiedad del Estado, México no hacía nada que no se hubiera hecho ya en varios países latinoamericanos. Mejor esto que la educación socialista o la confiscación de propiedades privadas mexicanas por medio de la reforma agraria. Hasta los acreedores extranjeros se alegraron de que los librasen de un activo menguante. Un grupo que contempló con recelo la nacionalización fue el de los propios ferroviarios. Aunque eran partidarios de ella en abstracto (para algunos, como su combativo líder, Juan Gutiérrez, era un paso hacia una economía socializada), temían que sus derechos sindicales y el convenio que acababan de conseguir corrieran peligro al transformarse súbitamente en empleados federales. Así pues, en la decisión del sindicato de asumir la gestión de los ferrocarriles influyó mucho el deseo de conservar lo que tanto les había costado ganar, aun cuando, durante las largas conversaciones entre el sindicato y el gobierno en 1937-1938, se dijo claramente que la gestión de los obreros estaría sometida a rigurosas condiciones económicas (entre ellas el veto del gobierno a los incrementos

del costo de los fletes) y que una administración obrera no representaría una opción fácil.

El sindicato asumió el control de acuerdo con estas condiciones y afrontó valientemente los tremendos problemas que se le planteaban. Reformó la administración, reparó las vías y el material rodante viejos, redujo los costos y cumplió con sus primeras obligaciones financieras; hasta el agregado comercial de Estados Unidos quedó favorablemente impresionado. Sin embargo, la falta de inversiones y el tener que trabajar con unos niveles de demanda y precios en los que el sindicato no podía influir pronto hicieron que los ferrocarriles incurrieran en déficit. Además, la nueva administración, que desempeñaba el anómalo papel de sindicato y patrono al mismo tiempo, se encontró ante serios problemas en el capítulo de las diferencias salariales y en el de la disciplina laboral. Una serie de enfrentamientos indicó la gravedad de estos problemas, que la administración reconoció con franqueza; también proporcionó a la prensa conservadora (que, por muy bien que hubiera acogido la nacionalización, veía con malos ojos el control obrero) municiones abundantes para disparar contra este ejemplo de comportamiento irresponsable, “antipatriótico”. Durante su último año en el poder, Cárdenas se preocupó mucho por la cuestión ferroviaria y, de acuerdo con la tendencia predominante hacia la “moderación”, recortó tanto la nómina como la autonomía del sindicato, convirtiendo la administración de los ferrocarriles en “un simple apéndice del aparato estatal”.³⁴ Estas medidas anunciaron la terminación total del control de los trabajadores y la imposición de la plena administración estatal durante la presidencia de Ávila Camacho. Los ferrovia-

³⁴ González y González, L., 1981, XIV-289.



rios, ahora “totalmente desilusionados”, figuraron de forma destacada en la oposición almazanista de 1940.³⁵

Comparada con los ferrocarriles, la industria del petróleo era de propiedad extranjera en su totalidad (98 por ciento), más pequeña (empleaba unas 14 000 personas frente a las 47 000 de los ferrocarriles) y rentable.

Después de la cifra máxima registrada en 1921 (193 millones de barriles) la producción había descendido hasta quedar en 32 millones en 1932, y subió luego hasta los 47 millones en 1937, gracias en parte al gran yacimiento de Poza Rica. Para entonces la industria había experimentado una gran introversión después de los prósperos días del auge de las exportaciones. Ahora tenía un papel importante en la economía nacional (casi la mitad de la producción de 1937 se consumió en el país) y, como es lógico, figuraba en la estrategia desarrollista del gobierno. El Plan Sexenal preveía la creación de una compañía petrolera estatal, Petróleos Mexicanos (PEMEX), y la exploración de nuevos campos, ya que las compañías petroleras parecían reacias a emprenderla porque estaban más interesadas en la bonanza venezolana. Estas intenciones moderadamente *dirigistas* eran de todo punto conformes a la política posrevolucionaria, que había provocado sucesivos enfrentamientos –y compromisos– entre el gobierno y las compañías petroleras. La más reciente, que culminó con el acuerdo Calles-Morrow de 1928, protegía eficazmente la posición de las compañías; pero después de 1934, con el Plan Sexenal y Pemex, este estado de cosas parecía deshacerse. El propio Cárdenas adoptó una actitud típicamente dura. Como comandante militar en la Huasteca (1925-1928) había tenido ocasión de conocer directamente la industria del petróleo, su carácter de enclave, su afición a

³⁵ Davidson, Ciudad de México, 15 de agosto de 1940, fo 371724217, 3818.

echar mano del soborno y el pistolero. Había desdeñado un “hermoso sedán Packard” que le ofreciera una compañía como “prueba de gran estima y respeto”; diez años más tarde mostró la misma resistencia a los chanchullos, lo que les parecía increíble a las compañías petroleras y sus amigos, condicionados por las costumbres políticas del callismo. Se quejaron de que el nuevo presidente era “curiosamente ingenuo en estas cuestiones y no apreciaba las convenciones comerciales tal como se entendían en México”.³⁶

Así pues, Cárdenas no simpatizaba con las compañías petroleras. Expuso claramente su intención de obligarlas a ajustarse a las necesidades nacionales tal como se formulaban en el Plan Sexenal y más adelante se comprometió a elevar los derechos de explotación. Pero ninguna de estas medidas hacía pensar en una futura expropiación. Las inversiones extranjeras –en el sector petrolero y otros– todavía figuraban en los planes del gobierno; no se buscaba la expropiación *per sé*. En ningún momento se consideró que las minas de propiedad extranjera (que colectivamente eran más importantes que la industria del petróleo) estuvieran maduras para la nacionalización a pesar de que el sindicato minero ejercía cierta presión para que se llevara a cabo; se estimulaban activamente las inversiones extranjeras en la industria eléctrica y otras. Así pues, mientras que la política cardenista relativa a las inversiones extranjeras en general era pragmática, el petróleo era un caso especial. Era un “símbolo sagrado” de identidad e independencia de la nación; en cambio, las compañías petroleras representaban un imperialismo perverso, parasitario. De manera que la expropiación tendría en su momento menos de ejemplo típico o de política económica nacionalista consecuente que

³⁶ Townsend, William C., 1952, pp. 43-51; Murray, Ciudad de México, 15 de julio de 1935, fo 371/18707, A6865.



de excepción espectacular, provocada por la intransigencia de las compañías (algunas de las cuales persistían en “concebir México como [...] un gobierno colonial al que sencillamente se le dictaban órdenes”).³⁷ Además, se llevó a cabo después de años decrecientes conflictos industriales en los cuales la lucha entre capitalistas y trabajadores era un importantísimo factor autónomo que contribuía a que los resultados fuesen imprevistos. Al igual que los ferroviarios, los petroleros tenían reputación de ser independientes y combativos, reputación que se intensificó al fundarse el unificado Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM), en agosto de 1935. En las repetidas huelgas del periodo 1934-1935 se presentaron a las compañías unas exigencias que ellas consideraron “absurdas”; en noviembre de 1936 los trabajadores las amenazaron con ir a la huelga si no se les concedía un nuevo convenio colectivo de alcance nacional. Las reivindicaciones de los obreros –que llegaban a 240 cláusulas– incluían la rápida mexicanización del personal, la sustitución de empleados “de confianza” (no sindicados) por miembros del sindicato en todos los puestos excepto un puñado, una gran mejora de los salarios y de los beneficios sociales y una semana laboral de 40 horas. Según las compañías, tales demandas amenazaban tanto las prerrogativas gerenciales como la viabilidad económica; estimaron sus costos en 500 por ciento de la nómina existente en aquel momento (el sindicato prefirió la cifra de 130 por ciento, que, según dijo, estaba justificada por los niveles de beneficios; durante todo el conflicto se intercambiaron cifras como si fueran puñetazos en un combate de boxeo). Las con-

³⁷ La actitud de sir Henry Deterding, de la Royal Dutch Shell, descrita por el director gerente de la filial mexicana de la Shell, El Águila, en Murray, Ciudad de México, 17 de septiembre de 1935, fo 371/18708, 8586.

trapropuestas de las compañías sirvieron sólo para revelar el enorme abismo que había entre las dos partes y que la profusa propaganda de las compañías (denunciando la codicia de los petroleros, los “niños mimados” de la industria mexicana) no contribuyó a acortar. Después del fracaso de largas conversaciones, los trabajadores se declararon en huelga (mayo de 1937), alegando un “conflicto económico” ante la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje.³⁸ Era claro que el arbitraje gozaba del favor tanto de la CTM como del gobierno, que ejercieron presión para que se llegase a un acuerdo y se evitaran más trastornos económicos (la idea de que el gobierno inició el conflicto con el fin de justificar la expropiación que pensaba llevar a cabo no es convincente). En agosto una numerosa comisión federal ya había dado a conocer su dictamen y recomendado un modesto incremento de lo que ofrecían las compañías, a la vez que, de modo parecido, modificaba las demandas “sociales”; pero también criticó severamente a las compañías por su condición de enclaves monopólicos, por su largo historial de injerencias en política, sus privilegios fiscales y sus beneficios excesivos.

Por consiguiente, el conflicto laboral del principio dio paso a cuestiones económicas mucho más amplias. Las compañías persistieron en su actitud intransigente, impugnarón la corrección del informe y se negaron a aumentar su oferta. Cuando la Junta de Conciliación y Arbitraje aceptó “casi en su totalidad” las recomendaciones de la comisión, las compañías recurrieron a la Corte Suprema y cuando ésta falló contra ellas, volvieron a hacer caso omiso de la sentencia. Mientras tanto hicieron propaganda y ejercieron presiones tanto en México como en Estados Unidos. Sin embargo, ellas mismas se habían colocado entre la espada y la pared. Seguras de que su papel económico era esencial

³⁸ Ashby, Joe C., 1967, pp. 197-212.



–y, por ende, convencidas de que tanto el sindicato como el gobierno tendrían que transigir, igual que en 1923 y 1928–, las compañías resistieron hasta el final, rechazando una solución que era financieramente factible (la diferencia en términos económicos no era tan grande), temerosas de sus posibles repercusiones en otras naciones productoras de petróleo. El conflicto, que había empezado como un conflicto laboral, se centró ahora en grandes cuestiones de prestigio y principios. Porque a comienzos de 1938 también las opciones del gobierno eran limitadas: una rendición humillante, una intervención temporal de las propiedades de las compañías, o la expropiación pura y simple. Aunque la tercera opción fue el resultado final, no era el objetivo en que insistía el gobierno, como alegaron las compañías ante las negaciones oficiales. La nacionalización de este recurso básico era, para algunos, un objetivo a largo plazo, pero no hay ninguna prueba de que se eligiera de antemano 1938 como el *annus mirabilis*. Al contrario, el pragmatismo oficial se hizo evidente en el otorgamiento de nuevas concesiones petroleras en 1937, así como en las conversaciones que se sostuvieron después de la expropiación con vistas a posibles inversiones extranjeras en la industria del petróleo. Es más, el gabinete estuvo dividido durante las críticas semanas iniciales de 1938 y pocos tenían en duda los riesgos –económicos, financieros, políticos– que la expropiación llevaría consigo. Pero ni siquiera estos riesgos podían justificar una rendición humillante. “Incendiaríamos y arrasariamos los campos petrolíferos –como dijo Cárdenas– antes que sacrificar nuestro honor”.³⁹ Cuando, en el último momento, vieron claramente que iban a ponerlas en evidencia, las compañías buscaron una solución negociada. Ya era demasiado tarde. El gobierno estaba decidido, la

³⁹ *Ibid.*, p. 180.

opinión pública, exaltada. El 18 de marzo de 1938 Cárdenas habló por radio a la nación, enumerando los pecados de las compañías y anunciando su expropiación total. Los trabajadores ya estaban entrando en las plantas para hacerse con el control físico de las mismas. Como declaró uno de ellos, impidiendo que los empleados británicos entrasen en la refinería de Minatitlán: “la ambición del extranjero ha tocado a su fin”.⁴⁰

En términos de drama político y prestigio presidencial, la expropiación del petróleo fue el apogeo del periodo de Cárdenas. Las compañías quedaron “estupefactas”.⁴¹ Desde los obispos hasta los estudiantes de la Universidad Nacional, los mexicanos acudieron en defensa de la causa nacional, aprobando la postura patriótica del presidente y admirando, probablemente por primera vez, su machismo personal. Hubo grandes manifestaciones; alrededor de un cuarto de millón de personas desfilaron por las calles de la capital portando ataúdes de mentirijillas en los que aparecían los nombres de los gigantes caídos: Standard, Huasteca, El Águila. Impulsada por la euforia patriótica, la gente se lanzó sobre los bonos del Estado que el gobierno emitió para cubrir la futura indemnización, y mujeres de todas las clases sociales hacían cola para donar dinero en efectivo, joyas, máquinas de coser, incluso anillos de boda. Nunca, ni antes ni después, desplegó la nación una solidaridad comparable. Durante un breve periodo el frente populismo de la ctm pareció abarcar a toda la población. En este ambiente propicio el PNR se reunió para celebrar su tercera asamblea nacional y se convirtió en el nuevo Partido de la Revolución Mexicana (PRM), estructurado corporativamente.

⁴⁰ Marett, Robert H. K., 1939, p. 227, donde el autor hace hincapié en la espontaneidad del comentario.

⁴¹ Ashby, Joe C., 1967, p. 237.



La euforia popular no podía extraer petróleo, pero ayudó; los petroleros –expertos “de salón” colaborando con perforadores veteranos–dieron muestras de gran energía e ingenio al hacerse con el control de una industria descapitalizada. Un joven de 28 años se encontró al frente del rico campo de petróleo que El Águila Company tenía en Poza Rica. Tal como sugería el lejano precedente de 1914, los mexicanos eran totalmente capaces de dirigir la industria. Se demostró el error de las compañías que, al igual que los terratenientes de La Laguna, predijeron que su retirada provocaría el caos. Sin embargo, las compañías tenían más poder que los terratenientes para hacer que su predicción se convirtiese en realidad. Cuando los gobiernos estadounidense y británico presentaron sus protestas oficiales –los estadounidenses de forma circunspecta, los británicos con aspereza– las compañías pasaron inmediatamente al ataque y sacaron fondos de México, boicotearon las ventas de petróleo mexicano, presionaron a terceros para que secundasen el boicot y se negaron a vender maquinaria. Al coincidir con otros problemas económicos (inflación, crecimiento del déficit público, descenso del superávit de la balanza comercial), estas medidas tuvieron consecuencias serias. La confianza del mundo empresarial vaciló, se agotaron los créditos y bajó el peso, puesto que Estados Unidos suspendió temporalmente las compras de plata mexicana. Por una vez, decía la gente, hasta el flemático presidente pasó una noche de insomnio. En lo que se refiere a la industria petrolera misma, las exportaciones quedaron reducidas a la mitad y la producción descendió en alrededor de un tercio. El estallido de la Segunda Guerra Mundial agravó los problemas de la industria, cuyo déficit era muy grande a finales de 1939. Vemos, pues, que una vez más una reforma económica cardenista se llevó a cabo en circunstancias extremas. Se hicieron evidentes las analogías con el caso de los ferrocarriles. Los petroleros –que tradi-

cionalmente eran sindicalistas y estaban convencidos de la viabilidad de la industria— se mostraban favorables a una administración a cargo de ellos mismos, aunque también, como los ferroviarios, recelaban en lo que se refería a asumir la condición de trabajadores “federales”. Sin embargo, el gobierno no quería renunciar al control de un recurso tan valioso y se constituyó Pemex basándose en la colaboración conjunta del gobierno y del sindicato. Esto dio un grado considerable de poder y autonomía a secciones locales del sindicato, mientras el gobierno conservaba en sus manos el control final de la gestión y las finanzas. Los líderes sindicales, entre la espada y la pared, se encontraban ante un dilema recurrente: traicionarían a su país si obstruían la buena marcha del nuevo activo nacional, y a su clase si seguían escrupulosamente la dirección del gobierno. Y abundaban los motivos para que surgiesen conflictos: el tamaño de la nómina, la organización del sindicato, la política de ascensos y las prerrogativas gerenciales. En este sentido, la expropiación no resolvió nada y, en cambio, exacerbó muchas cosas. La industria era sana en potencia, pero el boicot y la guerra anulaban los pronósticos optimistas que se habían hecho anteriormente. Por otra parte, al aumentar el número de trabajadores (de unos 15 000 a 20 000) y subir los salarios, la nómina de la industria se disparó (alrededor de 89 por ciento a finales de 1939). Con Pemex deficitario, el gobierno se encontraba ahora ante un problema difícil. Cárdenas y la CTM pedían reorganización y despidos. Se decía que la disciplina laboral había sufrido: los trabajadores se habían arrogado derechos excesivos, en detrimento de la dirección; las nóminas eran demasiado largas; los salarios, demasiado elevados, y los subsidios sociales, generosos en exceso. A decir verdad, con la expropiación había cambiado el estatus fundamental de la industria, invalidando el laudo de 1937; al igual que los ferroviarios, ahora se instó a los petroleros



a apretarse el cinturón por el bien de la nación y –según recalcó la CTM– de su propia clase. Por su parte, los trabajadores echaban la culpa a los problemas heredados y a la mala gestión, y pedían más, en vez de menos, autonomía obrera. En 1940 hubo huelgas y se produjo una escisión entre los líderes del sindicato y las secciones más militantes. Como en el caso de los ferrocarriles, Cárdenas pasó gran parte de su último año en la presidencia ocupado con la reorganización de esta nueva empresa nacionalizada (se le encontraba a menudo trabajando en las antiguas oficinas de El Águila Company). Respaldó el plan de austeridad de la dirección, y recomendó reducciones salariales y de puestos de trabajo, mayor esfuerzo y mayor disciplina, en todo lo cual fue secundado fielmente por la CTM. Hubo una modesta mejoría en la situación comercial de Pemex en 1940, pero siguieron existiendo problemas básicos, lo cual despertó en algunos círculos la esperanza de que las propiedades fueran devueltas a sus anteriores dueños. El siguiente gobierno, que en 1943 tuvo que hacer frente a una seria amenaza de huelga, respondió con evasivas; el enfrentamiento entre el gobierno y el sindicato quedó aplazado hasta después de la guerra.

Con la expropiación del petróleo, el furor diplomático y las repercusiones económicas que provocó y el comienzo de la guerra, por primera vez las relaciones exteriores adquirieron importancia central para el régimen. Hasta entonces su política exterior –aunque llevada con un fervor moral y una coherencia poco comunes– siguió las consabidas tradiciones “revolucionarias”: respeto por la soberanía nacional, no intervención y autodeterminación. Estos principios fueron sustentados vigorosamente en la Sociedad de Naciones y en sucesivas conferencias panamericanas, donde los portavoces mexicanos abogaron por la resolución pacífica de las disputas internacionales y denunciaron las agresiones, con imparcialidad, ya se tratara del apoyo de Estados Unidos al

golpe de Estado de Somoza; la invasión de Abisinia por los italianos; el imperialismo japonés en China; el Anschluss y el ataque nazi contra Polonia, y –con gran disgusto del PCM– la campaña soviética contra Finlandia, que dadas las analogías geopolíticas, despertó un sincero sentimiento de condena. Pero fue la guerra civil española la que atrajo más atención, así oficial como popular. Al principio Cárdenas accedió a suministrar a los republicanos las armas que le pidieron, y el suministro—a ritmo modesto—continuó durante la contienda. La condena oficial de los nacionalistas fue secundada por la CTM, y, al fracasar la causa republicana, México se convirtió en un asilo para refugiados españoles (unos 30 000 en total), entre los que había distinguidos intelectuales y el equipo de fútbol vasco; ambos dejaron huella en el país que los acogió.⁴² Al igual que la llegada fortuita a México de León Trotski (otro ejemplo de la imparcialidad de Cárdenas), la guerra afectó directamente a la política nacional. Debido a las obvias analogías, no fue extraño que la opinión mexicana se polarizase y que los grupos derechistas, católicos y fascistas fuesen partidarios de Franco. De hecho, algunos de ellos esperaban con ansia la aparición de algún generalísimo mexicano, condenaban al gobierno por apoyar al comunismo ateo, y deploraban la llegada a México de sus derrotados agentes. En 1938 carteles jubilosos proclamaban la derrota de Cárdenas en Teruel. Así pues, la guerra civil española ayudó a definir las alineaciones políticas durante el periodo anterior a las elecciones de 1940.

⁴² La Casa de España, compuesta de intelectuales refugiados, se metamorfoseó más adelante en el ilustre Colegio de México; los futbolistas vascos ayudaron a convertir a México del “estilo tosco, sin gracia” impartido originalmente por los ingleses a uno más en armonía con la «personalidad mexicana»: González y González, L., 1981, XIV-229-235 y 276.



Mientras tanto, con la expropiación del petróleo, empeoraron las relaciones de México con Estados Unidos, que siempre fueron el punto cardinal del compás diplomático. Hasta entonces había parecido que mejoraban progresivamente, y el acercamiento Calles-Morrow se había visto reforzado por la supuesta (aunque fácilmente exagerada) correspondencia entre el cardenismo y el New Deal, por la “política del buen vecino” de Roosevelt y por la feliz elección de Josephus Daniels para el cargo de embajador de Estados Unidos. Si durante la lucha entre Calles y Cárdenas las simpatías estadounidenses, tanto privadas como oficiales, habían estado divididas, y los estadounidenses habían ejercido influencia a favor de una solución negociada, era claro que Estados Unidos no querría tener nada que ver con rebeliones, decisión que, por supuesto, favorecía al ocupante legal de la presidencia. Daniels prestó apoyo incondicional al régimen a despecho del Departamento de Estado y de la opinión de los católicos estadounidenses, a la vez que su progresismo puritano y su entusiasmo juvenil le granjeaban las simpatías de Cárdenas en la medida en que horrorizaban a los diplomáticos de carrera europeos. Con la formulación de la política del buen vecino los delegados mexicanos y estadounidenses en sucesivas conferencias panamericanas se encontraban con que estaban de acuerdo, insólitamente.

Acontecimientos nacionales pronto empezaron a enfriar esta relación más cálida que de costumbre. La expropiación de tierras de propiedad estadounidense dio motivo a enérgicas protestas; y si la nacionalización de los ferrocarriles alivió más dolores de cabeza de los que causó, la de la industria petrolera fue impugnada inmediatamente. El gobierno estadounidense respaldó el boicot de las compañías, exigió una indemnización (cuando no la devolución de las propiedades), interrumpió las conversaciones relativas a un tratado comercial y suspendió las compras de plata. La

respuesta de Gran Bretaña –menos eficaz y más ofensiva– provocó una ruptura diplomática. La opinión oficial estadounidense estaba dividida e intereses económicos antagónicos (propietarios de minas de plata, fabricantes cuyas inversiones en México habían crecido recientemente y exportadores que pretendían expulsar a los alemanes de los mercados de México) se mostraban favorables a la conciliación antes que al enfrentamiento. Roosevelt, alentado por Daniels, estaba dispuesto a hacer caso omiso de los consejos belicosos de las compañías petroleras, del Departamento de Estado y de la prensa financiera. Reconoció que México tenía derecho a expropiar, descartó el recurso a la fuerza y procuró mitigar el daño que habían sufrido las relaciones entre Estados Unidos y México. Se reanudaron las compras de plata y se entablaron conversaciones sobre la indemnización de las compañías (cuyo principio no discutía el gobierno mexicano). Sin embargo, las compañías, que andaban ocupadas ejerciendo presión en Europa y Estados Unidos, insistían en la total devolución de sus propiedades y, al ver los efectos del boicot y los apuros de la industria petrolera y de la economía mexicanas, estaban completamente convencidos de que lograrían sus propósitos.

Factor importantísimo en la formulación de la política estadounidense fueron las percepciones de la creciente amenaza del Eje. Estas percepciones, que ya se manifestaban en el cultivo del panamericanismo, dominaban ahora la política de Estados Unidos en el exterior, como había previsto el gobierno Cárdenas. Por otra parte, el boicot obligó a México a firmar acuerdos de venta con las potencias del Eje, lo cual (aunque estos acuerdos no eran ni económicamente favorables ni ideológicamente afines a México, tampoco eran estratégicamente esenciales para el Eje) exacerbó los temores estadounidenses ante una posible penetración política y económica de los alemanes en



México. Al crecer con rapidez el espectro del quintacolumnismo nazi, el gobierno de Estados Unidos decidió que el acercamiento con México era tan esencial como lo había sido antes. Hasta el belicoso secretario de Estado, Cordell Hull, se impacientó a causa de la intransigencia de las compañías petroleras y deseaba vivamente que se llegara a un acuerdo, aunque fuese a expensas de dichas compañías. La intransigencia parecía tanto más anómala cuanto que la Sinclair Co. se desmarcó de las demás compañías y llegó a un acuerdo unilateral (mayo de 1940), a la vez que las presiones de la guerra obligaban a resolver otras diferencias pendientes entre Estados Unidos y México. En noviembre de 1941 se firmó un acuerdo general para indemnizar a los estadounidenses que habían perdido sus propiedades a causa de la Revolución; a cambio de ello, Estados Unidos accedió a incrementar las compras de plata, a facilitar créditos para apoyar el peso y a empezar conversaciones con vistas a la firma de un tratado comercial. Finalmente, en abril de 1942, las compañías petroleras aceptaron una compensación por valor de 23.8 millones de dólares, que equivalían a 4 por ciento de la petición inicial.

El acercamiento estadounidense-mexicano abarcaba asuntos más amplios y surtió un efecto notable en la política interior. A medida que iba acercándose la guerra, Estados Unidos estrechó sus relaciones con América Latina y, en sucesivas conferencias panamericanas (Panamá, 1939; La Habana, 1940), firmaron acuerdos que prometían defender la seguridad del hemisferio y que advertían a las potencias beligerantes que permanecieran alejadas del Nuevo Mundo. Brasil y México se erigieron en los actores clave de esta alineación hemisférica y durante el periodo 1940-1941, mientras los temores estadounidenses a Japón se aceleraban hasta finalmente quedar justificados, México pasó a ser el eje po-

lítico y estratégico de la política estadounidense en el continente. El decidido antifascismo de Cárdenas aportó ahora las bases para un acercamiento a Estados Unidos que su sucesor incrementaría y que, a su vez, favoreció la moderación del “proyecto cardenista” en los años posteriores a 1938. El presidente condenó con energía la agresión nazi y expresó resueltamente su apoyo a las democracias; prometió la plena cooperación contra cualquier ataque del Eje dirigido al continente americano, y, para subrayar su compromiso, autorizó que se celebraran conversaciones militares entre Estados Unidos y México. Se puso freno a la propaganda alemana en México. Además, se empezó una reorganización de las fuerzas armadas; los gastos militares, que en 1939 habían alcanzado su punto más bajo desde la Revolución, 15.8 por ciento de los gastos totales, ascendieron hasta situarse en 19.7 por ciento en 1940. Una nueva Ley del Servicio Militar decretó que todos los jóvenes de 18 años sirvieran durante un año, con lo cual se esperaba, no sólo preparar a los mexicanos “para que cooperasen en la defensa de nuestro continente” (como dijo Ezequiel Padilla), sino también inculcar “una educación disciplinada que beneficiaría a la juventud de nuestro país en todas las tareas de la vida” (según Ávila Camacho).⁴³ Síntoma de los tiempos, y de que ahora la retórica nacional tenía prioridad frente a la clasista, fue el hecho de que la escuela rural (ahora amenazada) se viese suplantada por el otro instrumento clásico de integración nacional, el cuartel.

En este caso, sin embargo, la actuación oficial corrió más que la opinión pública. La CTM, sirena de la izquierda oficial, sonó en apoyo de la cruzada democrática contra el fascismo, previendo que México acabaría participando en ella, con lo que la corrección ideológica se combinaría con

⁴³ *Ibid.*, p. 208; Hoy, 20 de septiembre de 1940.



las ventajas económicas. Pero la beligerancia lombardistas se enfrió al empezar la “guerra de mentira”, y las consignas de la CTM se hicieron entonces eco de las del PCM: la contienda era una “guerra imperialista en pos de mercados” y México debía permanecer estrictamente neutral. Pero al cabo de un tiempo, en el mismo 1940, la CTM volvió a adoptar su anterior postura a favor de la guerra y contra el fascismo, lo cual se ajustaba mejor a su actitud en la política interior, y a comienzos de 1941 Lombardo ya prometía toda la ayuda material y moral contra el fascismo y expresaba su esperanza de que los estadounidenses participaran.⁴⁴ Al producirse el ataque nazi contra la Unión Soviética, el PCM se unió al frente democrático patriótico, cuyo número de miembros se completó gracias a Pearl Harbor. Si la izquierda, oficial y comunista, al principio se inclinaba y luego se volcó hacia el bando aliado, la derecha, naturalmente, disintió. Grupos conservadores y fascistas, tales como la Acción Nacional y la Unión Nacional Sinarquista (UNS), se decantaron por la causa del Eje y criticaron la colaboración militar con Estados Unidos, al menos al principio. Con ello se adhirieron a una causa popular. Para la mayoría de los mexicanos la guerra era un conflicto que nada tenía que ver con ellos, que se desarrollaba en tierras remotas, y muy pocas personas se interesaban realmente por su marcha. Los incentivos para luchar eran pocos y el nuevo servicio militar traía recuerdos de la odiada leva (el reclutamiento forzoso de los tiempos de Porfirio Díaz y la Revolución) y provocó protestas violentas al entrar en vigor después de 1941. En la medida en que la guerra despertó simpatías populares, éstas se inclinaron hacia Alemania, que para algunos había sido una víctima internacional en 1918, mientras otros la veían como la “antítesis del comunismo” o la

⁴⁴ Torres R., Blanca, 1979, pp. 66-67.

fuelle del antisemitismo, que a la sazón crecía en México.⁴⁵ Haría falta el estímulo activo del gobierno para que México se comprometiera con la causa aliada.

Mientras los asuntos exteriores absorbían cada vez más atención, en el interior se produjeron importantes cambios de alienamiento político. En medio de la euforia despertada por la expropiación del petróleo se alcanzó un objetivo básico del cardenismo: la reestructuración del partido oficial (que ahora se llamaba PRM) siguiendo patrones corporativos; Cárdenas albergaba la esperanza de que con ello se garantizar la continuación de la reforma y se superase el faccionalismo que seguía royendo las partes vitales del PNR, especialmente porque la izquierda (Francisco Múgica, Gonzalo Vázquez Vela, Ernesto Soto Reyes) se peleaba con el “centro”, capitaneando de forma extraoficial por aquel gran amañador que era Portes Gil. Éste, al que se había nombrado presidente del partido por la ayuda que prestara para desplazar a Calles (julio de 1935), se propuso “purificar” el PNR (esto es, eliminar todo vestigio de callismo) hacerlo más atractivo por medio del uso frecuente del cine, la radio, la prensa y las conferencias. Se instó a los comités de los estados a propiciar la afiliación y la participación de la clase trabajadora; el PNR (y no la CTM) emprendió la organización del campesinado a escala nacional. Sin embargo, al igual que algún inquisidor de la Edad Media, Portes Gil chocó con su propia campaña de “purificación” y fue sustituido por el cardenista radical Barba González (agosto de 1936). Mientras tanto, continuó el proceso de organización del partido y de integración de los sectores: con la unión del PNR, la CTM, la CCM y el PCM en un pacto electoral (febrero de 1937), con la génesis, al cabo de un año, del PRM, que agrupaba a los militares, los trabaja-

⁴⁵ González y González L., 1981, XIV-256; Davidson, Ciudad de México, 4 de enero de 1940, fo 371/24217, A813.



dores (CTM), los campesinos (representados al principio por la CCM, a la que pronto suplantaría la CNC, que lo abarcaba todo), y el sector “popular”, cajón de sastre en el que había cooperativas, funcionarios y elementos no organizados (en gran parte de clase media), que no adquiriría una existencia corporativa oficial hasta 1943. También en esta nueva organización de masas un aspecto tutelar se combinaba con un compromiso a largo plazo con el cambio radical: el partido emprendería la preparación del pueblo para la creación de una democracia obrera y la consecución de un régimen socialista.⁴⁶

Irónicamente, la creación del PRM, que prometió trabajar en pos de estos grandes objetivos, tuvo lugar justo en el momento en que el régimen comenzaba a tambalearse; cuando, debido a la presión conjunta de las fuerzas internas y las externas, el presidente optó por consolidar, por evitar nuevos compromisos radicales y preparar una sucesión afín desde el punto de vista político, democrática y pacífica. El año 1938, que empezó en medio de la exaltación patriótica, terminó con los radicales batiéndose en retirada: si hubo un termidor cardenista –un momento en que la Revolución interrumpió su avance y echó a andar en dirección contraria–, fue en 1938 y no en 1940. Por supuesto, los críticos izquierdistas ven el cardenismo como un termidor prolongado; mientras que para los partidarios leales no hubo ninguna retirada, sólo repliegues tácticos. Pero las cosas que tales partidarios citan como pruebas de que el radicalismo continuó existiendo después de 1938 (la continuación de la enseñanza socialista, el impuesto sobre beneficios extraordinarios, las leyes relativas a la industria de la electricidad) apenas pueden compararse con las amplias reformas de años anteriores. Si no hubo ninguna retirada en gran escala, no puede negarse que

⁴⁶ González y González, L., 1981, XIV-183.

hubo un “notable cambio de dirección”,⁴⁷ el cual, sin embargo, fue fruto de las circunstancias más que de una decisión autónoma. Se registró un descenso espectacular del poder presidencial en 1938-1940, resultado de nuevas presiones políticas, del fin del sexenio, y del hecho sin precedentes de que Cárdenas rehusó apoyar a un sucesor. Las rencillas en el seno del PRM y, finalmente, el desastre electoral de 1940, revelaron esta erosión del poder, que a su vez socavó la totalidad de la coalición cardenista y afectó principalmente a la CTM. Al igual que en los comienzos del decenio de 1930, el clima ideológico experimentó un cambio repentino; en 1940 los conservadores ya decían con confianza que “la gran mayoría de las [...] personas que piensan ya están hartas de socialismo” y que “a lo largo de los próximos años la tendencia será a la derecha”.⁴⁸

Tanto la guerra como las presiones internas fomentaban la cautela y la consolidación. La principal de estas presiones era el estado de la economía. Cárdenas había heredado una economía que iba recuperándose de la depresión y en la que la industria manufacturera y ciertas exportaciones (la de plata, por ejemplo) aparecían boyantes. Incluso sin efectuar cambios radicales en la estructura fiscal, los ingresos del gobierno aumentaron (casi el doble entre 1932 y 1936). Pero lo mismo hizo el gasto público: modestamente en 1934-1935, periodo en que la batalla contra Calles gozó de prioridad, con rapidez después de 1936, al ponerse en práctica las reformas importantes. Así, el gasto creció, en términos reales, de 265 millones de pesos (1934) a 406 millones (1936), 504 millones (1938) y 604 millones (1940), con los gastos “sociales” y “económicos” en vanguardia. Las exportaciones, sin embar-

⁴⁷ *Ibid.*, p. 272; Medin, Tzvi, 1972, pp. 204-206.

⁴⁸ Davidson, Ciudad de México, 4 de enero de 1940, fo 371/24217, A813.



go, alcanzaron un punto máximo en 1937 y el gobierno sufrió déficits presupuestarios que de 5.5 por ciento de la renta en 1936 pasaron al 15.1 por ciento en 1938. Para entonces la financiación mediante déficit se había convertido en un instrumento efectivo por medio del cual el gobierno –que poseía una voluntad política y unos poderes de intervención monetaria igualmente sin precedentes– contrarrestaba los efectos de la renovada recesión, transmitida desde Estados Unidos en 1937-1938. Comparado con un decenio antes, México se encontraba ahora mejor situado para soportar estas sacudidas externas. Pero las presiones inflacionarias que ello engendró se vieron agravadas por el crecimiento de los costos tanto de las importaciones como los alimentos. Se culpaba apresurada, aunque injustificadamente, a la ineficiencia ejidal del costo de los alimentos. De hecho, aunque la producción agrícola resultó afectada por la conmoción de la reforma agraria y por la consiguiente desgana de los terratenientes, en lo que a invertir se refiere, en 1935-1939 la producción total de maíz fue más o menos igual que la de diez años antes; dado el aumento tanto de la población como de la extensión de tierra cultivada, éstas cifras (oficiales) sugieren un descenso de 17 por ciento del consumo per cápita y otro de 6 por ciento de los rendimientos por hectárea. No obstante, es muy probable que estas cifras (que otros datos contradicen) subestimen tanto la producción como el consumo de los campesinos, que, por supuesto, estaban más descentralizados y eran más escurridizos que los equivalentes anteriores en las haciendas.⁴⁹ De todos modos aunque los ejidatarios comieran mejor, el suministro de alimento a las ciudades se vio limitado y los precios comenzaron a subir poco a poco. Al igual que Alemania, México tenía experiencia reciente de hiperinflación y la opinión era sensible ante este

⁴⁹ Alanís Patiño, E. y E. Vargas Torres, (1945-1946), pp. 578-615.

amenazador –aun que modesto– aumento de los precios. Ya en 1936 se oían comentarios adversos; hasta Lombardo reconoció que había problemas. Entre 1934 y 1940 el índice de precios al por menor subió 38 por ciento, pero entre 1936 y 1938 –años de espectaculares reformas sociales– aumentó 26 por ciento, y los alimentos fueron los más afectados. Sin embargo, los análisis apocalípticos que proponen una caída sostenida de los salarios reales durante la depresión, los inflacionarios años a fines de los 30 y los todavía más inflacionarios años 40 son poco convincentes. Bajo Cárdenas el salario mínimo superó a la inflación y el poder adquisitivo total de los salarios fue en aumento, lo cual benefició al mercado nacional. Los principales beneficiarios fueron los ejidatarios, las organizaciones obreras y los trabajadores (como la “gente decente” empleada por la General Motors) que aprovecharon los cambios que se produjeron en la estructura de la ocupación a medida que los puestos de trabajo agrícolas dieron paso a los industriales. Los proletarios rurales (en especial los que trabajaban en haciendas sobre las que pesaba la expropiación) fueron menos afortunados, mientras que fue la clase media urbana –la que más criticaba a Cárdenas– el sector relativamente más perjudicado por la inflación.

No obstante, la inflación hizo peligrar conquistas recientes de la clase obrera y, con ello, el apoyo de ésta al régimen. También frenó la inversión privada y estimuló la fuga de capitales. La respuesta del gobierno fue contradictoria, lo que tal vez representó una prueba más de las limitaciones estructurales bajo las cuales actuaba el cardenismo. Se hizo un intento serio de regular los precios de los alimentos: tal como sugirió la reacción hostil de la empresa privada, el intento no fue un simple paliativo, y durante el último trimestre de 1938 el índice general de precios registró un modesto descenso (4 por ciento), y el de los alimentos, un descenso significativo (8 por ciento). Buscando soluciones más funda-



mentales, el gobierno elevó los aranceles (diciembre de 1937) y, tras la devaluación de 1938, cobró nuevos impuestos a las exportaciones y recortó los proyectos de inversión (los gastos per cápita en obras públicas bajaron 38 por ciento entre 1937 y 1938; la construcción de carreteras quedó “prácticamente interrumpida”). Los trabajadores del sector público –tales como los ferroviarios y los petroleros– tuvieron que apretarse el cinturón. Al disminuir también los créditos agrícolas que concedía el gobierno, los ejidatarios pasaron estrecheces o, como los laguneros, acudieron a fuentes privadas. Y después de los embriagadores días de 1936-1937 el ritmo de la reforma agraria se hizo más lento (algunos decían que por deferencia a los intereses estadounidenses). Desde luego, el gobierno albergaba la esperanza de obtener un préstamo de Estados Unidos y el gobierno de ese país, aunque prefería un “programa de ayuda económica” más amplio, no era del todo contrario a ello. Pero la expropiación del petróleo descartó todo acuerdo en este sentido.⁵⁰

Al acumularse los problemas económicos, la administración perdió ímpetu a la vez que crecía la oposición política. Por una parte, al producirse fisuras en la coalición cardenista, antiguos partidarios de ella (principalmente grupos de la clase obrera) desertaron; por otra, los adversarios conservadores y católicos, que venían batiéndose en retirada desde la caída de Calles, cuando no desde la derrota de la Cristiada, experimentaron una recuperación decisiva. Aunque las cifras oficiales de huelgas descendieron después de 1937 (lo cual reflejó la poca disposición oficial a reconocer la legalidad de las huelgas), los conflictos industriales de facto crecieron y hubo importantes huelgas de panaderos, maestros, electricistas, mineros y trabajadores del azúcar, los textiles y los tranvías, así como conflictos en los ferrocarriles y en la

⁵⁰ Hamilton, Nora, 1983, p. 224.

industria del petróleo. En 1940 ya abundaban los indicios de apoyo obrero al candidato presidencial de la oposición; incluso hubo abucheos contra el gobierno en la manifestación del 1 de mayo en la Ciudad de México. Tampoco el mundo empresarial sintió crecer su amor al régimen a causa de la nueva moderación que éste desplegable. Se denunciaron la regulación de los precios y los aumentos de los impuestos; los ataques contra los sindicatos activistas se hicieron más ruidosos, y al mismo tiempo que la exportación de capital debilita a la economía, la oposición política se reorganizó y adquirió nuevos fondos. Siguiendo el ejemplo del régimen, el mundo empresarial demostraba ahora una mayor organización corporativa, y lo mismo puede decirse de la oposición conservadora y fascista. En el año 1937 tuvo lugar el nacimiento de la Unión Nacional Sinarquista (UNS), movimiento (contrario al concepto de “partido”) integrista católico de masas que rechazaba rotundamente la revolución, el liberalismo, el socialismo, la lucha de clases y el materialismo gringo, ofreciendo en su lugar los valores de la religión, la familia, la propiedad privada, la jerarquía y la solidaridad social. Los sinarquistas, que posiblemente recibían ayuda económica de las empresas, aunque dependían sobre todo del apoyo sincero de los campesinos, especialmente en las antiguas regiones cristeras del oeste y el centro de México, crecieron con rapidez desde el punto de vista numérico (en 1943 ya afirmaban ser medio millón) y organizaron manifestaciones masivas de resurgimiento religioso en las poblaciones del Bajío. La Acción Nacional, que en sus primeros tiempos compartía una ideología parecida pero que usaba métodos más tradicionales para hacer adeptos entre la clase media, fue fundada en 1939 bajo la jefatura de Manuel Gómez Morín, con el apoyo de católicos seculares y el respaldo económico de la burguesía de Monterrey.



La derecha “secular” era menos numerosa pero igualmente ruidosa.⁵¹ Al acercarse 1940 apareció una serie de partidos de menor importancia, algunos de los cuales seguían a revolucionarios veteranos que, al envejecer, enriquecerse y lamentarse de la decadencia de la Revolución, se convirtieron al conservadurismo o incluso al fascismo declarado (Marcelo Caraveo, Ramón F. Iturbe, Saturnino Cedillo, Joaquín Amaro). Algunos, como el Partido Social Demócrata (PSD) de Jorge Prieto Laurens, atraían a la clase media anti cardenista y explotaban la tradición liberal que se había manifestado en 1929; pero la mayoría, con su denuncia del comunismo, de la llegada de subversivos españoles y de la influencia omnipresente de los judíos, revelaba cómo un nutrido sector de la clase media se había visto empujada hacia la extrema derecha por la polarización política del decenio de 1930. Ejemplo típico de este fenómeno era José Vasconcelos, modelo de la oposición antirreeleccionista en 1929 que ahora coqueteaba con el fascismo en las páginas de Timón y sostenía que el Eje ganaría la guerra, que Hitler constituía una figura hegeliana, una figura histórica mundial (había que ser una de ellas para reconocer a otra) y que México tendría que ajustarse a tales imperativos historicistas y someterse al gobierno autoritario. Tanto el anticomunismo como el antisemitismo estaban ya de moda. Bernardino Mena Brito obsequiaba a los veteranos como él con denuncias del papel del “judaísmo universal”, denuncias que también propagaban los sinarquistas. El Partido Revolucionario Anti-Comunista (PRAC), que en 1938 fundó Manuel Pérez Treviño, antiguo jefe del PNR y latifundista, proclamaba con nombre la razón de su existencia. Se fundaron muchas organizaciones de esta índole en los años 1938-1940; eran organizaciones débiles y efímeras que a menudo dependían de los caprichos

⁵¹ Campbell, Hugh G., 1976, p. 47 y ss.

y la ambición de un caudillo envejecido, pero eran indicio de un cambio real en el clima ideológico: un resurgir de la derecha (una derecha liberal que iba a menos y una derecha autoritaria y agresiva que era cada vez mayor y que seguía modelos extranjeros); una nueva añoranza del porfiriato que se hacía evidente en la afectuosa evocación de la vida ranchera en el cine, y la correspondiente pérdida de iniciativa política por parte de la izquierda.

La derecha imitaba de forma creciente los métodos de la izquierda. Formaba organizaciones de masas o incluso birlaba las de sus contrarios (como Almazán hizo con los sindicatos disidentes en 1940), con lo cual participaba en el proceso gradual de institucionalización y “masificación” de la política que fue característico del decenio de 1930. Incluso en regiones donde actuaban los sinarquistas, la política de finales de los años 30 fue relativamente pacífica en comparación con la tremenda violencia de la Cristiada; tanto más cuanto que la jerarquía católica se esforzó por refrenar a los fanáticos radicales del movimiento. En esto, el líder del Partido Acción Nacional (PAN) –el hábil y elocuente intelectual Gómez Morín, versión derechista de Lombardo– fue más típico y efectivo que viejos veteranos como Amaro, cuyo sangriento historial y mentalidad autodidacta le descalificaban para ocupar el cargo presidencial que él codiciaba. Es posible que Amaro ardiese en deseos de hacerse con el poder por medio de un cuartelazo, pero los tiempos ya no eran propicios. Almazán habló de rebelión en 1940, pero no pasó de ahí. Sin embargo, un veterano permanecía aferrado a las viejas costumbres, incapaz de comprender las nuevas. Durante años Saturnino Cedillo había dirigido el estado de San Luis Potosí como gran “patriarca de pueblo” más que como el cacique nuevo, líder de masas organizadas que se



estaba convirtiendo rápidamente en la norma.⁵² Contaba con el apoyo de sus colonos agrarios (que habían luchado por él en las guerras de la Revolución y los cristeros), con la simpatía de los católicos, a quienes protegía, y con una red de pequeños caciques municipales. Patrocinador de una extensa reforma agraria de tipo personal y popular, Cedillo toleraba ahora a los terratenientes y hombres de negocios que huían del radicalismo cardenista. Sus relaciones con el movimiento obrero eran generalmente hostiles, y como secretario de Agricultura (cargo con el que Cárdenas había recompensado el respaldo que Cedillo le diera contra Calles) promovía el clientelismo, fomentaba la colonización con preferencia a la colectivización y se ganaba el odio de radicales como Múgica. En San Luis, donde su poder perduró, los sindicatos independientes adquirieron fuerza con el apoyo de la CTM, que aprovechó las huelgas que hubo en las plantas de Atlas y Asarco para debilitar el control local de Cedillo, alegando que éste era amigo del fascismo interno (lo cual era dudoso) y enemigo del movimiento obrero (lo cual era cierto). En 1937 el PNR se incorporó a la partida y discutió el control de las elecciones al Congreso por parte de Cedillo, y, según los cedillistas, Múgica, Lombardo y la izquierda forzaron su salida de la Secretaría de Agricultura. En las postrimerías de 1937 Cedillo se encontraba en San Luis, resentido, acariiciando pensamientos de rebelión, alentado por consejeros ambiciosos y por el palpable crecimiento del descontento conservador.

Convertir el descontento general en una oposición política efectiva no fue tarea fácil, especialmente si se tiene en cuenta que las ideas de Cedillo eran primitivas y sus aliados en potencia eran tan dispares. Aunque planeaba una campaña política, puede que presidencial, también preveía, pro-

⁵² Ankerson, Dudley, 1984, cap. 6.

bablemente con satisfacción, la perspectiva de una revuelta armada. Sin embargo, las propuestas a posibles aliados fueron, en su mayor parte, un fracaso. Las empresas de Monterrey aportaron un poco de dinero; hubo conversaciones con las compañías petroleras, pero no se llegó a ningún acuerdo (la idea de que la revuelta de Cedillo no sólo la financiaron, sino que también la maquinaron dichas compañías está muy extendida, pero es falsa), y conservadores prominentes, como el general Almazán, que mandaba en el noreste, o Román Yocupicio, el gobernador de Sonora, preferían el obstruccionismo político a la rebelión declarada. Cedillo tuvo que apoyarse en sus recursos locales, especialmente sus 15 000 veteranos agrarios. Pero también aquí se vio obligado a ponerse a la defensiva. Enterado de las intenciones de Cedillo, el gobierno hizo cambios en los mandos militares, fomentó el reclutamiento de la CTM en San Luis y, la más espectacular de todas las medidas, puso en marcha una importante reforma agraria que repartió hasta un millón de hectáreas de tierra potosina, creando con ello una clientela rival, agrarista, en casa del propio Cedillo. Era claro que el cacicazgo de Cedillo iba a correr la misma suerte que el de Garrido en Tabasco o el de Saturnino Osornio en Querétaro. Pero Cárdenas ofreció a su viejo aliado una salida honorable nombrándole comandante militar en Michoacán. Durante la primavera de 1938 Cedillo debatió, planeó y negoció. Finalmente, se negó a abandonar San Luis y Cárdenas, temeroso de que su desafío fuera contagioso, fue por él. En otra de sus dramáticas iniciativas, Cárdenas llegó a San Luis (mayo de 1938), dirigió la palabra al pueblo y pidió a Cedillo que se retirara. En vez de ello, Cedillo se rebeló o, como dijo un partidario suyo: “No se levantó, lo levantaron”. Fue una rebelión poco entusiasta, una demostración de disgusto más que un pronunciamiento serio. A decir verdad, Cedillo tuvo el gesto humanitario de aconsejar a la mayoría de sus segui-



dores que se quedaran en casa y prefirió echarse al monte con la esperanza de que hubiera alguna apertura favorable en 1940 (exactamente como había hecho en 1915). Pero en 1938 los tiempos habían cambiado. Apenas si hubo revueltas de simpatía en Jalisco, Puebla y Oaxaca; incluso en el propio San Luis los cedillistas estaban divididos y muchos tomaron partido por Cárdenas, que seguía en el estado, viajando, haciendo propaganda y revelando a todos la falta de sustancia de las pretensiones de Cedillo. Muchos de los rebeldes fueron amnistiados; unos cuantos, entre ellos el mismísimo Cedillo, fueron perseguidos y muertos. Se dijo que Cárdenas lo lamentó sinceramente.

Así concluyó la última rebelión militar al viejo estilo del largo ciclo revolucionario. Todavía andaban persiguiendo a Cedillo por las montañas de San Luis cuando la oposición conservadora ya empezaba a reunir sus fuerzas para participar pacíficamente en las elecciones de 1940. Alarmado por la revuelta de Cedillo y por el empeoramiento de la situación económica, el gobierno se propuso buscar la conciliación. Restringió la reforma y suavizó la retórica. Durante su extensa gira de 1939 por el territorio de Almazán en el norte, Cárdenas se esforzó por negar la acusación de “comunista”; en Saltillo alabó al mundo empresarial del noreste, afirmando que era parte constituyente de las fuerzas vivas y respetables del país (términos que contrastaban con las censuras que había expresado tres años antes en Monterrey). A estas alturas la negación del “comunismo” y el énfasis en el consenso constitucional ya formaban parte del repertorio habitual.⁵³ El Congreso se hallaba entregado a la tarea de diluir el programa de educación socialista; la CTM demostraba su preocupación por la unidad nacional y el equilibrio social presionando a los sindicatos para que evitaran las huelgas (muchas de las cua-

⁵³ Contreras, Ariel José, 1977, pp. 154-155; Medina, 1978, p. 93.

les estaban pendientes) al mismo tiempo que negaba que aspirase a la abolición de la propiedad o a la dictadura del proletariado. Que se juzgara necesario negar estas cosas es un comentario elocuente de la labor alarmista llevada a cabo por los conservadores, pero había una lógica bien fundada detrás de las afirmaciones conciliatorias de Cárdenas, que la derecha, en cierto sentido, aceptó. En lugar de comprometer y desplegar sus abundantes recursos en el espacioso ruedo de la política oficial, la derecha prefirió permanecer fuera de él, agrupada en una coalición de partidos conservadores y fascistoides, con la esperanza de que la continuación del radicalismo provocara el derrumbamiento total del cardenismo, del cual la derecha se beneficiaría inmensa y permanentemente. Por consiguiente, la derecha “prefiere [prefería] ver [una] aceleración de [el] programa radical, alegando que alguna reacción sería más probable bajo una administración nueva”.⁵⁴ De hecho, no podía descartarse un golpe de Estado de signo conservador, que posiblemente uniría a militares y sinarquistas, si Cárdenas imponía un sucesor radical que defendiera un programa igualmente radical. En semejante clima –que los críticos “de salón” no tenían en cuenta– la conciliación poseía una lógica clara.

Fue en este clima que se abordó el asunto de la sucesión presidencial en el verano de 1938. Dentro y fuera del PRM empezaron a formarse grupos rivales que eran conscientes de que las elecciones de 1940 serían decisivas desde el punto de vista político. Los comicios ofrecían una oportunidad de detener el cardenismo (vehículo que ya estaba perdiendo velocidad); de colocar en el poder un régimen moderado o francamente conservador, o, por el contrario, de continuar la reforma a buen ritmo. El papel del propio Cárdenas, que

⁵⁴ Davidson, Ciudad de México, 9 de enero de 1940, fo 3171/24217, A1301.



ha sido debatido a menudo, fue importante, pero no decisivo. Su poder personal iba disminuyendo y el presidente no pudo impedir las especulaciones en torno a su sucesión. Aun en el caso de haberlo deseado, él solo no podía determinar el resultado electoral; tampoco podía el PRM, que, aunque fuese un leviatán, era un monstruo enorme, carente de coordinación y de un cerebro rector que guardase proporción con su volumen corporativo. Dividido internamente, el partido no podía garantizar una sucesión sin problemas; a decir verdad, el hombre que destacaba como heredero forzoso, Ávila Camacho, se valió de organizaciones paralelas, ajenas al partido, para preparar su campaña con vistas a obtener la candidatura, que el PRM confirmó una vez fue un hecho consumado. El conflicto se vio agravado por la abnegación política de Cárdenas. Descartó su propia reelección y abogó por una selección auténticamente libre en el seno del PRM. Lo que determinaría la sucesión serían las nuevas organizaciones de masas creadas durante el decenio de 1930. Por audaz e inteligente que fuera, esta insólita negativa de un presidente saliente a elegir su sucesión —o, como mínimo, a influir mucho en ella— constituyó una invitación al faccionalismo, una automutilación del poder presidencial y una sentencia de muerte para la izquierda oficial. Ésta, que apoyaba a Francisco Múgica, amigo íntimo y consejero de Cárdenas, se llevó una decepción al no recibir el respaldo del presidente. Sus rivales de centro-derecha, que apoyaban a Ávila Camacho, el secretario de Guerra, les ganaron por la mano contraviniendo los deseos presidenciales y empezando su campaña en 1938, tras lo cual la izquierda estuvo a la defensiva. Asimismo, Ávila Camacho había preparado bien el terreno. Miembro de una poderosa familia política de Puebla, astuto aliado de Cárdenas durante los años 30, era un político de carrera más que un caudillo, a pesar de sus estrellas de general. Sin embargo, en su cargo de secre-

tario de Guerra (y Guerra era todavía la antesala de la presidencia, como más adelante lo sería Gobernación), se había ganado el amplio apoyo de los militares, lo cual era una consideración importantísima en vista de los temores a un cuartelazo que existían en aquel momento y que por última vez afectarían seriamente el asunto de la sucesión. También contaba con la mayoría de los gobernadores de los estados, alineados por su diestro director de campaña, el gobernador de Veracruz, Miguel Alemán; con ellos llegaron numerosos caciques locales que, con el fin de conservar sus feudos pese al creciente poder federal, convirtieron un cardenismo oportunista en un avilacamachismo igualmente oportunista. El Congreso, en especial el Senado, se convirtió en un nido de avilacamachistas.

Los sectores organizados del partido detectaron el rumbo que tomaban los acontecimientos y, dirigidos por sus líderes, no tardaron en someterse. La CNC, a la que Cárdenas dejó que tomara su propia decisión, fue presa de manipuladores de menor importancia y su voto abrumador a favor de Ávila Camacho fue denunciado inmediatamente por los mugiquistas, que afirmaron que era una parodia de la opinión de los campesinos, prueba de que la CNC se había transformado rápidamente en un simple “fantasma” controlado por burócratas que no representaban a nadie”.⁵⁵ Más importante fue el hecho de que la CTM se declarase a favor de Ávila Camacho, para lo cual sus líderes aportaron unos argumentos ya consabidos: que la unidad era importantísima, que ante las amenazas fascistas, así internas como externas, 1940 era un momento para la consolidación y no para el avance (el PCM rechazó las propuestas mugiquistas y adoptó la misma postura). La CTM sublimó su radicalismo compilando un extenso segundo Plan Sexenal que preveía más dirigismo

⁵⁵ Contreras, Ariel José, 1977, pp. 55-56.



económico, la participación de los trabajadores en la toma de decisiones y una forma de democracia “funcional”. Vili-
pendiado por la derecha, que lo tildó a la vez de comunista
y fascista, el plan exhibía una fe ingenua en las propuestas
sobre el papel y en la capacidad de la CTM para hacerlas rea-
lidad. En cuanto al candidato al que la CTM esperaba ligar
de esta manera, Ávila Camacho confirmó amablemente las
propuestas, pero resultó que el programa definitivo del PRM
fue un documento previsiblemente moderado.

Favorecido por las circunstancias, Ávila Camacho pudo
contar con el apoyo tanto de centro como de izquierda.
También hizo un llamamiento a la derecha como candi-
dato y presidente electo, cultivó la retórica “moderada” de
la época, haciéndose eco de las negaciones de comunismo
de Cárdenas e ingeniándose las para hacer suyo el crecien-
te sentimiento anticomunista, a pesar del apoyo del PCM a
su candidatura. Se previno a los trabajadores contra la mi-
litancia y se les aconsejó que protegieran lo que ya habían
conquistado; se tranquilizó a los pequeños propietarios, y
se alabó a los hombres de negocios de Monterrey diciendo
de ellos que eran “los que sueñan y trazan planes para la
prosperidad y la grandeza de México”.⁵⁶ También en lo re-
ferente a la educación (que seguía siendo un asunto palpi-
tante) se mostró Ávila Camacho partidario de la moderación
y la reconciliación, rechazó las teorías doctrinarias y abogó
por el respeto a la familia, la religión y la cultura nacional;
se observó que era “recibido cordialmente” en Los Altos, el
viejo núcleo de los cristeros.⁵⁷ Y en septiembre de 1940, ya
elegido, declaró en tono vibrante su fe: “Yo soy creyente”.
Durante toda la campaña su retórica –que hacía hincapié en la
libertad, la democracia (que ahora se contraponía con frecuen-

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 155-156.

⁵⁷ Rees, Ciudad de México, 9 de febrero de 1940, fo 371/24217, A1654.

cia al comunismo) y, sobre todo, la unidad— contrastó con el pugnaz radicalismo de Cárdenas seis años antes. Pronto se vio claramente que Ávila Camacho estaba “poco a poco negando la continuidad cardenista expresada en el Plan Sexenal”.⁵⁸ A pesar de ello, la CTM, la principal progenitora de dicho plan continuó respaldando al candidato e incluso hizo eco de sus soporíferos sofismas.

Así pues, Ávila Camacho tenía algo que ofrecer a todo el mundo y apoyaba a los de la CTM y a los cristeros, a los trabajadores y a los capitalistas; más que en el caso de Cárdenas, había aquí un atractivo totalmente populista en el que las diferencias de credo y de clase social quedaban inmersas en una glutinosa unidad nacional. Las circunstancias de 1940 eran propicias y la estrategia dio buenos resultados, hasta cierto punto. La burguesía de Monterrey hizo apuestas compensatorias, conforme al procedimiento clásico de los grandes empresarios: respondió positivamente a las propuestas de Ávila Camacho, lo cual le proporcionó cierta influencia en el seno del partido oficial, pero también patrocinó a su principal rival católico, el pan (y quizá también a la una). El pan vivió momentos de angustia tratando de decidir si debía respaldar a la oposición o —como probablemente preferían sus amos de Monterrey— adoptar una actitud más prudente y abstenerse. Finalmente, el partido resolvió apoyar a la oposición “de forma muy condicional”, lo cual representaba lo peor de ambas opciones. Los líderes sinarquistas también orientaron sus velas al viento, rechazaron a Almazán y, persuadidos por Alemán, recomendaron la abstención: una prueba más de la creciente división entre ellos y sus seguidores radicales que la restitución del líder populista Salvador Abascal en 1941 acentuó.

⁵⁸ Medina Peña, Luis, 1978, pp. 92-93.



Los titubeos del PAN y la UNS dividieron todavía más a una oposición ya dividida. La plétora de partidos, grupos y posibles candidatos conservadores daba testimonio de la amplitud de los sentimientos contra el gobierno, pero también dificultaba la cooperación contra el enemigo común. El PAN y la UNS –el cerebro intelectual y el músculo popular de la derecha católica– fueron manipulados y marginados. Otros grupos servían los intereses personalistas de caudillos envejecidos: el Frente Constitucional Democrático Mexicano (FCDM) apoyaba al siempre oportunista y optimista general Rafael Sánchez Tapia; el PRAC, capitaneado por viejos jefes callistas como Manuel Pérez Treviño, respaldó a Amaro, pero cuando la candidatura de éste empezó a ir mal (su imagen de superviviente violento de una época pretoriana ya periclitada no era ninguna ayuda y se vio intensificada por el agresivo manifiesto con que abrió su campaña), el PRAC se negó de mala manera a trasladar su apoyo al principal contrincante, Almazán,⁵⁹ porque fue Almazán, respaldado por una coalición variopinta, quien se erigió ahora en principal adversario de Ávila Camacho. Dotado de experiencia política, rico (se le calculaba una fortuna de cinco millones de pesos) y más listo que Amaro (había demostrado poseer “un talento notable para el engaño y las tretas” durante su accidentada trayectoria revolucionaria, y era “demasiado astuto” para respaldar a Cedillo en 1938), Almazán poseía extensos intereses en Nuevo León, donde tenía su mando militar y donde gozaba de buenas relaciones con el grupo de Monterrey.⁶⁰ Al negársele la oportunidad de encauzar sus conocidas ambiciones por medio del PRM –como Cárdenas esperaba que hiciese–, Almazán se benefició de los errores

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 100-105; Prewett, Virginia, 1941, pp.184-188.

⁶⁰ Womack, John, 1969, p. 80; Davidson, Ciudad de México, 9 de enero de 1940, fo 371/24217, A1301.

y las flaquezas del resto de la oposición; y, al negársele el apoyo total de los grupos derechistas organizados (PRAC, PAN, UNS), dependía más de grupos de electores numerosos y difusos –los católicos, la clase media, los pequeños propietarios– cuya integración en el partido almazanista, el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN), era poco firme. Aunque fuera débil desde el punto de vista de la organización, el almazanismo era poderoso en potencia, especialmente porque el candidato poseía un atractivo superior al de un caudillo rechazado y despreciado como Amaro. Movilizó a los liberales de clase media, que volvieron a vivir la protesta constitucional de 1929; a los campesinos, que estaban desencantados de las triquiñuelas de la CNC y de la lentitud o pura y simple corrupción de la reforma agraria; a los militares jóvenes (a sus jefes los había conquistado el PRM), y a muchos grupos de la clase obrera, en especial a los grandes sindicatos industriales, los ferroviarios y los petroleros, que se oponían al clientelismo lombardista y a la coacción cardenista, así como a los electricistas y los tranviarios, a secciones de los mineros y al fisíparo sindicato de maestros, a los sindicatos de Guadalajara y a los trabajadores del azúcar de Los Mochis, víctimas recientes de un golpe interno maquinado por la CTM. En el espacioso seno del almazanismo cabía también el trotskista Partido Revolucionario Obrero Campesino (PROC), encabezado por Diego Rivera, cuyo enlace ilícito con la derecha fue el resultado lógico del apenas más lícito enlace del PCM con el centro.

El almazanismo constituía, pues, una cueva de Adulam en la que se reunían todos los grupos que eran hostiles a la manipulación oficial y criticaban a un régimen que, según su candidato, lejos de hacer realidad las promesas de la Revolución, había desorganizado la economía y traído cares-



tía y pobreza al pueblo.⁶¹ Este fue el tono del llamamiento de Almazán: amplio, ecléctico, crítico con el régimen, pero con unas propuestas que no eran demasiado específicas ni demasiado radicales. Almazán censuraba el fracaso económico, la corrupción oficial y la nociva influencia extranjera fuese nazi o comunista; ponía a la izquierda como un trazo (especialmente a Lombardo), y recurría a otra clase de populismo, concluyendo los discursos con gritos de “viva la virgen de Guadalupe” y “mueran los gachupines” (los “gachupines” ya no eran los españoles que calzaban espuelas de la época colonial, sino los odiados refugiados republicanos). El propio Ávila Camacho hacía hincapié en los valores nacionales y el rechazo al comunismo, por lo que había un gran parecido entre la retórica de los candidatos; Luis González sólo exagera un poco cuando dice que Almazán hubiese podido ser el candidato del PRM y Ávila Camacho, el del PRUN.⁶²

Cárdenas esperaba que se celebrara un debate abierto y que las elecciones fuesen libres. No quería imponer un sucesor al partido ni al país. “Si el pueblo quiere a Almazán –dijo a un colega–, lo tendrán”.⁶³ Aunque característica, esta actitud era nueva y arriesgada. El presidente mismo podía permanecer imperturbable mientras prosperaba la candidatura de Almazán, respaldada por contracciones enormes como no se habían vuelto a ver desde los tiempos de Madero; incluso pudo ser que reconociera, en la noche de las elecciones, que la oposición había ganado y que Almazán debía subir al poder. Pero otros, al ver que peligraban su posición y su política, mostraron menos ecuanimidad democrática; la *révolution en danger* justificó que se tomaran medidas duras. La CTM entró en acción y presionó a los sindicatos que la consti-

⁶¹ González y González, L., 1981, XIV-217.

⁶² *Ibid.*, p. 259.

⁶³ Según Luis Montes de Oca en un memorándum de D.E. Ruiz, 5 de agosto de 1940. fo371/24217, a 3818.

tuían, organizó manifestaciones, atacó físicamente las sedes de la oposición, y maquinó golpes internos en las organizaciones recalcitrantes (tales como la CGT y el STFRM). Los almazanistas se quejaban de despidos y palizas; hubo ataques contra trenes y mítines, a veces con consecuencias mortales. La administración también demoró las leyes relativas al sufragio femenino, temiendo con razón que las mujeres darían su voto a la oposición. Una campaña sucia culminó con unas elecciones también sucias (julio de 1940), que se celebraron bajo leyes electorales que eran una invitación al fraude y a la violencia. A lo largo y ancho del país facciones del PRM y del PRUN se disputaban el control de las casillas electorales y la CTM utilizó la fuerza para apoderarse de muchas de ellas. Hubo robo de urnas, se registraron numerosos heridos (y 30 víctimas mortales sólo en la capital) e incontables quejas de abusos oficiales. Se dijo que en Monterrey, la capital del feudo de Almazán, obligaron a los trabajadores de correos, e incluso a los presos, a votar a favor de la candidatura oficial, que triunfó por 53 000 votos contra 13 000 (el PRUN dijo que había obtenido 63 000). La prensa comentó que todo ello era una nueva demostración de la “incapacidad democrática” del pueblo mexicano. Es posible que Cárdenas pensara lo mismo. Pero si la fuerza y el fraude eran evidentes, también lo fue la participación generalizada. Poblaciones como Tampico registraron la mayor afluencia de votantes de todos los tiempos.⁶⁴

El resultado final dio a Ávila Camacho 2.26 millones de votos comparados con los 129 000 de Almazán. El PRUN afirmó que había obtenido 2.5 millones y su afirmación no carecía de fundamento. Desde luego, Almazán ganó en las

⁶⁴ González y González, L., 1981, XIV-302-303; *El Universal*, 8 de julio de 1940; Ris, Ciudad de México, 12 de julio de 1940, fo 371/24217, A 2619 y anexos.



ciudades principales, donde el control oficial era más difícil y la movilización de la CTM no fue lo que se esperaba; pero en México, como en otras partes de América Latina, el voto cabreste fue favorable al gobierno, justificando así el tranquilizador informe que el secretario de Gobernación dio al presidente la noche de las elecciones de que el voto de los campesinos dirige el resultado de las elecciones a favor de Ávila Camacho.⁶⁵ Al igual que Madero en 1910, Almazán se retiró a Estados Unidos profiriendo acusaciones de fraude y desafíos. La analogía no se pasó por alto: al mártir almazanista general Zarzosa, que resultó muerto cuando la policía intentó detenerle, le asignaron el papel del Aquiles Serdán de 1940. Pero la analogía no era justa. Los tiempos habían cambiado y Almazán era demasiado astuto —además de demasiado “gordo, enfermo y rico”— para arriesgarse a una rebelión.⁶⁶ Estados Unidos (como confirmó Alemán en una visita rápida) no ayudaría ni alentaría a Almazán. Y la coalición almazanista, aunque amplia, era demasiado dispar para lanzar un desafío concertado (Lombardo temía a los militares, pero Ávila Camacho y sus partidarios habían tomado las medidas oportunas y Cárdenas tuvo la precaución de hacer cambios en los puestos de mando clave y de visitar personalmente al almazanista norte; a estas alturas los temores de Lombardo al militarismo y al fascismo estaban adquiriendo cierta artificiosidad teatral). En un “país organizado” la rebelión tenía que ser un asunto profesional y no una quijotesca repetición de 1910; el régimen del PRM no era el régimen de Porfirio. Sobre todo, el descontento político no entrañaba compromiso revolucionario. Mucha gente de la derecha (sobre todo el grupo de Monterrey) se dio por satisfecha con asestarle un sopapo en las narices al régimen,

⁶⁵ Medin, Tzvi, 1972, p. 222.

⁶⁶ Rees, Ciudad de México, 9 de febrero de 1940, fo 371/24217, A 1654.

para que en lo sucesivo fuera más prudente. De igual modo, los sindicatos industriales, al flirtear con Almazán, no se comprometieron más con la rebelión armada que con el populismo conservador, aunque se convirtieron en blanco de la administración entrante, que no olvidó su desertión. Así pues, más que una revolución manqué, 1940 fue un réquiem por el cardenismo: reveló que las esperanzas de una sucesión democrática eran ilusorias; que el respaldo electoral del régimen tenía que fabricarse, y que las reformas cardenistas si bien creaban ciertas clientelas leales (algunas eran leales por convicción; otras por cooptación), también habían dado origen a adversarios formidables que ahora esperaban pasar a la ofensiva.

Ávila Camacho se presentó candidato a la presidencia recalcando la conciliación y la unidad nacional, y rechazando el comunismo y la lucha de clases,⁶⁷ y así continuó después de 1940, con la retórica reforzada por el trauma electoral de aquel año, por la creciente participación de México en la guerra y por la dependencia económica y militar de Estados Unidos, fomentada por la contienda. El “presidente caballero” hizo llamamientos a sistemáticos a la unidad con el fin de producir, exportar e industrializar el país, así como ofrecer resistencia al fascismo, la inflación y el comunismo. Durante este proceso, gran parte de la derecha disidente de 1940 se incorporó a la política oficial (aunque no colonizara al PRM, aceptó las reglas del juego, como también las aceptaron los líderes del pan e incluso los de la UNS). La izquierda, mientras tanto, se encontraba haciendo de instrumento –o de víctima– en lugar de dirigir la política. No pudo o no quiso detener el movimiento hacia la derecha que la retórica del consenso disimulaba: el declive de la reforma agraria,

⁶⁷ Davidson, Ciudad de México, 9 de enero de 1940, fo 371/24217, A 1301; Prewett, Virginia, 1941, pp. 191 y 221.



la limitación del control obrero, un énfasis renovado en la empresa privada y la agricultura comercial, el crecimiento dinámico de las inversiones privadas y extranjeras (y de los beneficios a costa de los salarios), el acuerdo con la Iglesia y la eliminación de la educación socialista.

El acercamiento a Estados Unidos ya estaba en marcha cuando Ávila Camacho subió al poder. Los acontecimientos de 1941-1942, que motivaron la entrada en guerra tanto de Estados Unidos como de México, sirvieron para acelerar esta tendencia. A raíz del ataque contra Pearl Harbor, México rompió sus relaciones con las potencias del Eje, concedió derechos especiales a la marina de guerra estadounidense y a partir de enero de 1942 colaboró en una comisión conjunta de defensa. La principal aportación de México seguía siendo económica: la “batalla por la producción” que el presidente anunció en su mensaje de año nuevo de 1942. En mayo del mismo año el hundimiento de barcos mexicanos por submarinos “totalitarios” (alemanes) en el Golfo provocó protestas y —al ver que no se hacía caso de las mismas— una declaración en el sentido de que existía un “estado de guerra” entre México y el Eje. Por medio de este concepto diplomático nuevo (no se hizo ninguna declaración de guerra oficial) el gobierno daba a entender que la guerra era una lucha defensiva, impuesta a un pueblo que no la quería. Durante 1942-1943 la defensa del continente, especialmente de la costa occidental, dominó el pensamiento estratégico mexicano y estadounidense. La cooperación militar empezó pronto, pero chocó con serios obstáculos, monumentos a la relación desigual históricamente antagónica de los dos países. Para los mexicanos, la reorganización y la modernización de las fuerzas armadas tenían mucha prioridad. En 1942 se instituyeron el servicio militar nacional y la defensa civil, se creó el Consejo Supremo de la Defensa, y Cárdenas —que ya mandaba en la importantísima zona del Pací-

fico— fue nombrado secretario de Guerra (medida que calmó los temores nacionalistas de que la colaboración llegara demasiado lejos y fuese excesivamente rápida, y que reforzó aún más tanto el compromiso de la izquierda con la guerra como su confianza en el futuro). Durante las largas y delicadas conversaciones sobre los derechos militares de los estadounidenses en México (vigilancia con radar, derechos de desembarco, patrullas navales, cadenas de mando) el expresidente demostró ser un negociador obstinado. Mientras tanto, Estados Unidos proporcionó créditos para la modernización de las fuerzas armadas mexicanas y durante 1940-1943 se registró un breve cambio de dirección en el descenso secular de los gastos militares. El *matériel* nuevo se exhibió en el desfile militar que, como todos los años, se celebró el 16 de septiembre de 1942, con la esperanza de que avivara el entusiasmo de las masas pacíficas y, con mayor seguridad, de los generales a los que iba destinado, cuyas ansias de participar en la guerra fueron creciendo a medida que se recibía el material nuevo, al mismo tiempo que el conflicto empezaba a ser favorable a los aliados. Porque a principios de 1943, una vez ganada la batalla de Stalingrado y (más importante) la de Midway, la postura defensiva de México dejó de tener fundamento. El antiguo temor a un descenso japonés sobre Baja California y otros puntos del sur fue enterrado definitivamente. Se planteó entonces el asunto de la participación activa, estimulada por generales que querían luchar, por políticos que buscaban un puesto en la conferencia de paz de la posguerra y por Estados Unidos, que consideraban que la participación mexicana sería ventajosa con respecto al resto de América Latina y las futuras relaciones mexicano-estadunidenses. Por consiguiente, se seleccionó una escuadrilla de las fuerzas aéreas —la famosa número 201— y, después de su preparación se le envió al frente del Pacífico, adonde llegó, lista para combatir, en la primavera de 1945.



Fue un gesto simbólico importante y afortunado desde el punto de vista del gobierno, aunque participaron sólo 48 dotaciones aéreas, todas ellas formadas por profesionales. Más delicada fue la cuestión del servicio militar obligatorio, que reveló el abismo que había entre el compromiso oficial con la guerra y la indiferencia o la hostilidad popular. No se enviaron reclutas al frente, pero ello no venció la antigua antipatía que despertaba el servicio militar, y el problema se complicó cuando ciudadanos mexicanos que residían al norte de la frontera fueron llamados a servir en el ejército de Estados Unidos. (Condonada por un acuerdo gubernamental, esta medida supuso el reclutamiento de unos 15000 mexicanos, entre los que hubo 10 por ciento de bajas). Dentro de México el servicio militar provocó protestas generalizadas, a veces violentas, en las cuales la antigua causa antirrevolucionaria católica se mezcló con un agravio sincero y nuevo (la presencia de Cárdenas en la Secretaría de Guerra fomentó esta amalgama). Se cortaron líneas telegráficas, hubo ataques contra camiones y cuarteles del ejército, todo ello acompañado de gritos de “muerte a Cárdenas y al servicio militar obligatorio”, “viva el sinarquismo” y “viva la virgen de Guadalupe”. El incidente más grave se produjo cuando 300 rebeldes lucharon contra el ejército en Puebla. El gobierno dio garantías de que el servicio militar obligatorio no supondría servir fuera de México y ello sirvió para aplacar las protestas; la UNS, que ya estaba debilitada por las divisiones internas y por el deseo de sus líderes moderados de llegar a un acuerdo con el régimen, perdió su última causa, la mejor de todas ellas, y entró en decadencia. En 1944 un decreto del gobierno la disolvió.

Las protestas violentas fueron sólo el ejemplo más extremo de la distancia que separaba las actitudes oficiales y populares ante la contienda. La participación de México había recibido el apoyo de la izquierda (CTM y PCM) y, curiosa y

significativamente, de la jerarquía católica, de la mayor parte de la prensa de derechas, del pan y de otros grupos conservadores. Renació así un poco el nacionalismo bipartidista de 1938. Sin embargo, como revelaron las encuestas, incluso los miembros y cuadros del partido estaban divididos en torno al asunto; el hombre de la calle no compartía el espíritu belicoso del gobierno, a menos que fuera un izquierdista comprometido. El *tiempo* resumió acertadamente la situación cuando dijo que el “pueblo no organizado” era el menos belicoso y el más suspicaz.⁶⁸ Al igual que anteriores causas oficiales —el anticlericalismo, la educación socialista— una minoría organizada impuso la belicosidad a una población escéptica. Ante semejante indiferencia, y temeroso de la posible actividad de una quinta columna (que no se materializó), el gobierno recurrió a controles y exhortaciones. Se suprimieron las garantías constitucionales, se incrementó la vigilancia interna y se concedieron poderes extraordinarios al ejecutivo. En general, estos poderes se usaron con moderación, la suficiente para desviar las críticas. La administración también organizó una campaña sostenida de propaganda cuyo objetivo era ganarse el apoyo popular: así pues, la guerra ofreció un terreno magnífico para construir el consenso nacional con el cual estaba comprometido el régimen y al que ahora también contribuía Estados Unidos, no, como en 1938, en el papel de enemigo externo, sino en el de codeocracia y aliado militar. Destacados políticos engrosaron un coro de unión patriótica que empezó con el solemne entierro de una víctima del torpedeo petrolero Potrero de Llano I y culminó con el desfile militar del 16 de septiembre de 1943, al que pasaron revista seis expresidentes, Cárdenas codo a codo con Calles y, por supuesto, Ávila Camacho. La prensa, censurada por la ley, pero estimulada decididamen-

⁶⁸ Torres R., Blanca, 1979, pp. 85-86.



te por un generoso suministro de papel de periódico de procedencia estadounidense, colaboró de buen grado; los carteles callejeros y el cine (este último favorecido también por la largueza estadounidense) repetían el mensaje del patriotismo, la unidad del hemisferio y el esfuerzo productivo. La propaganda, tanto mexicana como estadounidense, empapaba a la población, diluyendo el antiamericanismo y estimulando, en primer lugar, la conformidad y, en segundo lugar, la adhesión a la causa aliada.⁶⁹ La penetración del modo de vivir estadounidense —el pochismo que Vasconcelos había denunciado durante años y que había crecido con las carreteras, el turismo y la industrialización del decenio de 1930— se aceleró así durante la guerra, en México igual que en Europa. Coca-Cola, Greta Garbo, Palmolive y el protestantismo parecían ubicuos y los protestantes (que en modo alguno eran los agentes más efectivos del pochismo) empezaron a sufrir una furiosa reacción católica.

La influencia específica de la propaganda bélica es difícil de evaluar y fácil de exagerar. La colaboración económica fue más efectiva en lo que se refiere a cambiar las costumbres mexicanas y vincular los destinos de las dos naciones vecinas. Las tendencias pueden resumirse estadísticamente: en 1937-1938 una tercera parte del comercio de México se hacía con Europa; en 1946 la cifra había descendido hasta quedaren 5 por ciento (de las importaciones) y 2 por ciento (de las exportaciones); Estados Unidos absorbió 90 por ciento de las exportaciones mexicanas en 1940 y suministró 90 por ciento de las importaciones en 1944. Por otra parte, el comercio exterior de México había aumentado de forma apreciable: las exportaciones, de 6.9 millones de pesos (promedio de 1939-1941 en pesos de 1960) a 9.1 millones (1943-1945), de los cuales 1.1 millones correspondían al dinero que los emigrantes

⁶⁹ *Ibid.*, p. 104.

mandaban a casa; las importaciones pasaron de 6.1 millones a 9.1 millones. Durante este proceso México pasó de un superávit del comercio patente en 1942-1943 a un modesto déficit en 1944 (1.6 millones de pesos) y a déficits todavía mayores en 1945 (2.8 millones) y 1948 (5.4 millones), al relajar Estados Unidos sus controles y producirse una avalancha de importaciones. Al incremento del comercio lo acompañó otro de las inversiones estadounidenses, especialmente en la industria manufacturera. La transición de una economía basada en la exportación de materias primas a otra en la que una importante industria manufacturera satisfacía la demanda interior se aceleró durante la guerra, aunque con la consecuencia de intensificar la participación estadounidense y crear una dependencia sin precedentes del exterior (por una vez el término es totalmente apropiado).

En el campo económico, como en el militar, la nueva intimidad entre México y Estados Unidos no fue fácil de crear. La industrialización era ahora el capítulo clave de la política del gobierno, y Ávila Camacho, Lombardo y otros hacían hincapié en ella por considerarla el medio de ampliar el producto social, librarse del atraso agrario y mitigar — aunque no evitar— las vicisitudes del ciclo económico. La cooperación con Estados Unidos brindó una vía rápida para alcanzarla industrialización, más para que confiriese la deseada autonomía económica tenía que ser cooperación en las condiciones apropiadas. Las compañías petroleras intentaron explotar la colaboración bélica y la escasez de fondos de Pemex para recuperar sus propiedades, pero los mexicanos ofrecieron resistencia, aunque ello conllevara una restricción de los créditos extranjeros. Por razones parecidas, las negociaciones relativas a un tratado comercial bilateral (objetivo a largo plazo de los mexicanos) resultaron arduas, aunque finalmente dieron fruto. México se esforzó en todo momento por proteger la industria nacional mientras negociaba una



rebaja de los aranceles estadounidenses, el acceso a créditos de la misma nacionalidad y mayores facilidades para la importación de bienes de capital y de ciertas materias primas (que escaseaban y estuvieron sometidas a controles estadounidenses durante la guerra). Estados Unidos pretendía tener acceso garantizado, a corto plazo, a recursos mexicanos clave (minerales, petróleo y, en no menor medida, mano de obra) y, quizá, la subordinación a largo plazo de la economía mexicana a la suya. El tratado comercial de carácter general que se firmó en diciembre de 1942 fue complementado por una serie de acuerdos específicos que abarcaban productos concretos; entre 1943 y 1945 la Mexican American Commission for Economic Cooperation encauzó créditos estadounidenses hacia diversos proyectos: acero, papel, presas, energía hidroeléctrica, cemento y productos químicos. De esta manera dieron fruto los anteriores planes de cooperación apoyados por Cárdenas y Roosevelt pero arrinconados en 1938. La oferta de créditos, con todo, fue limitada en su duración y cuantía: en 1946 Estados Unidos ya había desviado sus prioridades hacia Europa, declarando que las instituciones privadas tenían la obligación de satisfacer los requisitos de México.

La Segunda Guerra Mundial, al igual que la primera, provocó un giro espectacular en el recurrente flujo y reflujo de migración mexicana a Estados Unidos (también surtió un efecto al que se dio menos publicidad y que fue la atracción de emigrantes guatemaltecos en el sur de México, con consecuencias desastrosas para la mano de obra local). Unos 10 años después de que las masas de emigrantes se encaminaran hacia el sur, empezaron a volver al norte, a razón de unos 6000 al mes en el verano de 1942. Llegaban de todas partes de México y representaban gran variedad de oficios y circunstancias; la mayoría de ellos eran jóvenes y solteros, a la vez que muchos tenían empleo, una especialización

e incluso estudios. Ambos gobiernos procuraron controlar esta corriente espontánea: el estadounidense, con el fin de garantizar mano de obra suficiente para la voraz economía de guerra; el mexicano, para evitar la escasez de mano de obra en su país y los abusos cometidos contra los trabajadores inmigrantes en el extranjero, abusos que los débiles esfuerzos de las autoridades estadounidenses no podían impedir. En 1942 el número de trabajadores y las condiciones de empleo ya se habían fijado por medio de un acuerdo entre los dos gobiernos. Pero la demanda de puestos de trabajo era tan grande, que cuando la contratación laboral oficial empezó en México las oficinas se vieron sitiadas por los solicitantes; en marzo de 1944, 3000 de ellos se reunieron en el estadio nacional de la ciudad de México para obtenerlos codiciados permisos de bracero. Un año después el programa oficial amparaba a más de 120 000 trabajadores, cuyas remesas constituían 13 por ciento del total de ingresos en divisas. Sin embargo, la migración ilegal se producía al mismo ritmo (con las correspondientes deportaciones, que se cifraban en 7000 al mes cuando la demanda estadounidense empezó a disminuir a partir de 1944). Durante el periodo 1945-1946 se redujo progresivamente el cupo oficial; los braceros se unieron a los deportados que eran conducidos hacia el sur, donde engrosaban los atascos de la frontera o se alojaban en los barrios de chabolas de San Diego y del Valle Imperial. Para muchos, el regreso al sur fue temporal porque un nuevo auge económico pronto atraería inmigrantes –legales e ilegales– hacia los campos y las fábricas del norte.

Así pues, la colaboración económica con Estados Unidos favoreció el proyecto avilacamachista de industrialización, conciliación social y consenso nacional. A su vez, estos objetivos exigían del presidente una actitud ostensiblemente imparcial en lo que se refería a repartir el poder y determinar la política que debía seguirse. Tenía que mostrarse



moderado y equidistante en vez de militante y comprometido.⁷⁰ En el primer gabinete existía un buen equilibrio entre la izquierda y la derecha; en el Congreso, la Cámara, que era izquierdista, contrarrestaba el conservadurismo del Senado. Pero, del mismo modo que Cárdenas se vio empujado hacia la izquierda, las circunstancias y su propia inclinación empujaron a su sucesor hacia la derecha. En el campo de la educación se produjo un alejamiento del “socialismo”, primero en espíritu, luego de nombre. Bajo el nuevo secretario, Vejar Vázquez (1941-1943), la llamada “escuela de amor” (que no tenía nada que ver con la educación sexual que fomentara Bassols) sustituyó oficialmente a las escuelas socialistas; la educación servía ahora para apoyar las anodinas consignas del régimen, y los maestros comunistas se quedaron sin empleo. La nueva situación encantó a los grupos conservadores y católicos, que también acogieron con agrado la mejora de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. La derecha oficial, encarnada por Maximino Ávila Camacho, hermano del presidente, también controlaba la Secretaría de Comunicaciones, donde el secretario fomentaba sus propias ambiciones presidenciales, se peleaba con Lombardo y otros radicales supervivientes y (según se decía) abrigaba grandes planes destinados a debilitar a la CTM. También en los estados, las elecciones para gobernador provocaron un desplazamiento hacia la derecha (en 1945 se calculaba que sólo 8 de los 31 gobernadores eran cardenistas); en el Congreso, los debates, las votaciones y los nombramientos revelaban un grado de confianza y agresividad que no se había visto en los conservadores desde los tiempos del Maximato. La derecha oficial –en la que destacaban Maximino Ávila Camacho y Abelardo Rodríguez– formuló ahora una retórica nueva afín a la de la administración

⁷⁰ Bateman, Ciudad de México, 14 de febrero de 1944, fo 371/38312, AN798.

en su interés por la unidad, la democracia y la derrota del fascismo, pero también acentuadamente comunista, crítica para con la CTM y que pintaba el cardenismo con los mismos colores rojos. A decir verdad, se hicieron intentos solapados de poner en aprietos al propio Cárdenas y hubo una sucia campaña de prensa contra Lombardo. Los izquierdistas incluso se encontraron con que la mano del ejecutivo actuaba contra ellos, en circunstancias turbias.⁷¹ La izquierda no se veía reducida a la impotencia ante semejantes provocaciones: el presidente tuvo que hacerle concesiones (por ejemplo, arrojar al secretario de Economía a los lobos de la CTM en 1944); y tenía su propio repertorio de jugadas sucias (tales como el artificial consejo de guerra de Macías Valenzuela, ex gobernador de Sinaloa). La Universidad Nacional también fue escenario de un meticuloso acto de equilibrismo político. El fuerte abrazo del consenso nacional, al que se había entregado la mayoría de los actores políticos, dificultaba el franco pugilismo ideológico; el resultado eran sucias luchas intestinas en las cuales el ejecutivo, con su control de los tribunales, la maquinaria electoral y organismos paraestatales, tenía una ventaja decisiva frente a organizaciones de masas como la CTM. Tanto el clima como el *modus operandi* de la política estaban cambiando.

A pesar de juiciosas muestras de equilibrio presidencial, la tendencia –que se reveló en las elecciones al Congreso de 1943– era inexorablemente derechista. En parte respondía al deseo del presidente deconstruir una sólida clientela de centro-derecha en la asamblea legislativa. Para ello disponía de un buen instrumento: la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), que hasta entonces había sido un conglomerado difuso y ahora se convirtió en el representante institucional de la clase política en particular y de la

⁷¹ Medina Peña, Luis, 1978, pp. 163-172 y 222-224.



clase media en general (que era halagada de forma creciente por la retórica oficial). También demostró que era una criatura leal del ejecutivo y un contra peso tanto de la izquierda oficial (principalmente la CTM) como de la oposición de clase media que había alterado los cálculos del PRM en 1940. Esto se vio con claridad en las elecciones al Congreso que se celebraron en 1943, con una prisa nada decorosa y los habituales chanchullos. La CNOP fue recompensada con 56 de las 144 candidaturas del PRM (la CTM obtuvo 21) y los extremos extraoficiales quedaron excluidos. Ni los comunistas ni la Liga de Acción Política de Bassols ganaron escaños, y el PCM aceptó estoicamente otro revés en nombre del consenso que la guerra requería y protestó menos ruidosamente que Bassols. El pan, que presentó un puñado de candidatos de clase media en una candidatura democristiana de signo conservador (las imputaciones izquierdistas de fascismo quedaban ya bastante desfasadas) también se llevó una decepción. De hecho, la izquierda radical se encontró con que su atractivo popular disminuía rápidamente a medida que el régimen propiamente dicho “se moderaba” y las provocaciones del cardenismo se desvanecían en el pasado.

También la izquierda oficial estaba cambiando. En 1943, el acérrimo cardenista Graciano Sánchez dejó la jefatura de la CNC a favor de Gabriel Leyva Velázquez, hijo de un mártir revolucionario pero convencido avila camachista e implacable enemigo de los comunistas. La CTM dirigió sus esfuerzos a limitar las huelgas y sostener la producción económica (cabe decir que de la necesidad hizo virtud: el gobierno tenía poderes para obligarla a colaborar si no lo hacía espontáneamente); y en junio de 1942 se unió a confederaciones rivales en el Pacto Obrero, que abjuró de las huelgas y tomó medidas para que los conflictos se arbitraran con rapidez. A cambio de ello, el gobierno decretó una ley de la seguridad social que entró en vigor –aunque de forma

polémica— en 1941. Para entonces Lombardo ya había dejado el liderazgo de la CTM, con típico gesto retórico, y estaba ocupado llevando hacia la causa aliada a la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL), cuya presidencia desempeñaba desde el nacimiento de esta organización en 1938. Su influencia continuaba pesando, aunque menos de lo que él imaginaba, y se utilizó para reforzar a su sucesor, Velázquez, contra los ataques de los comunistas y de los lombardistas disidentes. Así pues, la izquierda oficial toleró la creciente presencia conservadora en el gobierno, así como los ataques frecuentes de la resurgente derecha. La unidad continuaba siendo la consigna.

Inactiva la izquierda e intensificada su propia autoridad, Ávila Camacho pudo seguir su política de industrialización por medio de la cooperación con Estados Unidos. La industrialización, por supuesto, la habían defendido después de la independencia Lucas Alamán, Porfirio Díaz, Calles y Cárdenas; había prosperado durante el decenio de 1930 a pesar de las reformas de Cárdenas, pero las singulares circunstancias de la guerra parecían especialmente propicias. La tregua social y el Pacto Obrero daban tranquilidad a la industria mientras Estados Unidos, de nuevo complaciente con las necesidades de México, representaba tanto un mercado como, con reservas, una fuente de bienes de capital e inversiones. Se cumplieron las promesas formuladas a la empresa privada en 1940, con una continua retórica reconfortante y con numerosas medidas prácticas: la eliminación del impuesto sobre beneficios extraordinarios, la potenciación de la Nacional Financiera como fuente importante de financiación para la industria, el mantenimiento de un sistema fiscal regresivo, generosas concesiones fiscales y protección arancelaria, y una corte suprema hostil al trabajo. Entre 1940 y 1946 la producción manufacturera creció 43 por ciento en pesos contantes (59 por ciento si se incluye la construcción:



la Ciudad de México en especial disfrutó de un prodigioso auge de la construcción). La alimentación, los textiles, los productos químicos y los metales destacaban. La inversión en el sector manufacturero se quintuplicó y las ganancias de los fabricantes fueron abundantes y alcanzaron 18 por ciento sobre el capital invertido en 1941-1942. Así, la ratio de rendimientos del trabajo y el capital pasó de 52:48 en 1939 a 39:61 en 1946. En 1942, el grupo de Monterrey expresó su confianza en que el presidente no seguiría las políticas laborales de su predecesor; confianza que no era infundada (como demostraron los fallos de sucesivos arbitrajes).⁷² Así pues, al asumir el papel de leal oposición demócrata, el pan no obró totalmente a impulsos de su entusiasmo por la causa aliada.

Sin embargo, a medida que se acercaba el final del sexenio, el clima económico empeoró. Creció la inflación, generando mayores ganancias (el periodo 1945-1946 fue de auge para la industria), pero provocando también un nuevo despertar de la agitación obrera, sin que los llamamientos al patriotismo pudieran contenerla con la misma facilidad que antes. La oleada de importaciones de Estados Unidos fue beneficiosa para la oferta de bienes de capital, pero también puso en peligro la balanza de pagos y las industrias nacientes de México. La burguesía industrial, que ahora estaba organizada a un nivel sin precedentes, respondió de dos maneras. Representantes de la naciente industria manufacturera, agrupados en la Confederación Nacional de la Industria de Transformación (CNIT), eran favorables a los acuerdos corporativos con los sindicatos, al arbitraje mixto de los conflictos laborales, a cierto grado de intervención del Estado en las relaciones industriales, a la protección arancelaria y a una reglamentación rigurosa de las inversiones

⁷² *Ibid.*, p. 300.

extranjeras. Basándose en todo esto, la CNIT pudo llegar a un acuerdo con la CTM (marzo de 1945) reafirmando de forma imprecisa la antigua alianza que existiera durante la guerra en bien de la producción. Pero las organizaciones empresariales más veteranas –especialmente la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex), que estaba dominada por el grupo de Monterrey– no veían con buenos ojos la alianza con los trabajadores (nunca habían aceptado el pacto obrero), se mostraron partidarias de leyes más duras para impedir las huelgas y se aferraron a los conceptos tradicionales del *laissez-faire* en lo que se refería al papel del gobierno. El sector empresarial salió de la guerra más fuerte que antes, así política como económicamente, pero también dividido y con una fracción importante que abogaba por una política de conservadurismo enérgico y era defensor de la libre empresa.

Los sindicatos mostraban su irritación bajo las restricciones que les habían impuesto –tanto el gobierno como los sindicatos– en un momento de inflación creciente. En 1942, el vínculo con Estados Unidos, a la que se sumaron factores nacionales (crecimiento de la población, déficits públicos y malas cosechas en 1943-1945) empezó a generar tasas de inflación muy superiores a las que habían causado preocupación a finales de los años 30. El índice del costo de la vida (1939 = 100) subió hasta 121 en 1942, 198 en 1944 y 265 en 1946, con los alimentos y los bienes de consumo básicos marchando a la cabeza (mientras el índice de precios al por menor se multiplicaba por dos y dos tercios entre 1940 y 1946, el precio del maíz se triplicaba y el de los frijoles y la carne se cuadruplicaba). Además, las contramedidas oficiales resultaron menos efectivas que en 1938-1939. Los intentos de limitar la oferta monetaria, evitar la especulación y el acaparamiento, y reducir las subidas de los precios empezaron en 1941; su fracaso se hizo evidente en el aceleramiento de



la inflación y el auge del mercado negro, así como en más controles, medidas y sanciones que proliferaron después de entrar México en la guerra. La empresa privada, que obtenía sustanciosos beneficios, puso objeciones a las restricciones, mientras que la CTM pidió que se tomaran medidas más duras para reducir la inflación y subir los salarios. La restricción salarial era muy aguda; entre 1940 y 1946 los precios casi se triplicaron, pero el salario mínimo apenas si se duplicó; en el periodo 1946-1947 los salarios reales alcanzaron uno de los niveles más bajos de la historia, ya que descendieron hasta una cuarta parte en la industria y más en otros sectores. Las penalidades que soportaban las masas populares contrastaban con el consumo ostentoso de los nuevos ricos creados por la guerra, "las clases privilegiadas que sólo pensaban en enriquecerse antes de que terminara la guerra".⁷³ Tanto el presidente como su heredero forzoso tuvieron que tomar nota de ello. En 1942-1943 las quejas razonadas de la CTM ya eran secundadas por los sinarquistas, por manifestantes callejeros y por el aumento de las huelgas, que a menudo no estaban autorizadas por los sindicatos. Se quemaron autobuses en Monterrey para protestar contra el aumento de las tarifas, en 1944 las colas de necesitados que esperaban recibir comida gratis y las marchas del hambre ya constituían un espectáculo habitual. Hasta el nuevo sistema de seguridad social, que se había introducido para apaciguar a los trabajadores, surtió el efecto contrario, y la deducción de las cotizaciones de los salarios, que ya eran magros de por sí, provocó una serie de disturbios, los más graves de ellos en la ciudad de México en julio de 1944. Las huelgas, oficiales y extraoficiales, fueron en aumento durante el periodo 1943-1944, y también aumentaron los incrementos salariales

⁷³ Cheetham, Ciudad de México, 10 de enero de 1944, fo 371/38312, AN293.

que la patronal concedía anticipadamente para comprar la benevolencia de los sindicatos poderosos. Por consiguiente, los miembros de los sindicatos importantes estaban mejor protegidos de la inflación que la mayoría de los trabajadores rurales o de cuello blanco, a cuyas penalidades se sumaban las carestías generadas por la contienda (por ejemplo, de petróleo y de caucho) y los recortes de los servicios urbanos (transporte, electricidad). Algunos buscaban compensación en “la mordida”, es decir, el soborno, lo cual obraba en detrimento de la ética pública.⁷⁴

También los trabajadores empezaron a poner en duda el propósito de la “tregua social”, que ahora parecía más que nada un medio de incrementar las ganancias a expensas de los salarios. Al hacer frente a la renovada combatividad obrera, el gobierno encontró un aliado en Lombardo, cuyo compromiso con el consenso había dejado de ser una táctica para convertirse en un artículo de fe. Debido a la progresiva desaparición de la amenaza fascista, antes tan esgrimida, Lombardo abogaba ahora por una alianza nacional de trabajadores y burgueses contra el imperialismo extranjero. El acuerdo entre la CTM y la CNIT de marzo de 1945 pareció el preludio de dicha alianza, pero la CNIT no hablaba en nombre de todos los empresarios mexicanos. El grupo de Monterrey no estaba para pactos ni veía con buenos ojos el activismo obrero. Se peleó con la CTM en un importante conflicto que se suscitó en la Cristalería Monterrey (verano de 1946), durante el cual la ciudad quedó paralizada brevemente y se evitó una huelga general por poco. La intervención presidencial calmó los ánimos, pero no pudo resolver un conflicto que seguía vivo cuando Ávila Camacho abandonó la presidencia, dejando a su sucesor un legado de elevada

⁷⁴ *Ibid.*; Simpson, Lesley Byrd, 1976, pp. 342-344.



inflación, salarios reales en descenso y reanudación de los conflictos industriales.

En la agricultura, al igual que en la industria, la administración afirmaba que era imparcial y que defendía tanto la propiedad ejidal como la privada. En la práctica, sin embargo, el ejido, elemento central del proyecto cardenista, fue relegado a un segundo plano y se cambió su funcionamiento interno. El cambio fue en parte una reacción contra el cardenismo; en parte una respuesta al sinarquismo y el almanismo, y en parte el reconocimiento de que era necesario incrementar la producción agrícola, tanto para el consumo como para la exportación (necesidad intensificada por la escasez y la inflación resultantes de la guerra). Se protegieron más propiedades privadas y las nuevas concesiones a agricultores privados, incluidas en el Código Agrario de 1942, también figuraban como incentivos en los planes que trazó el gobierno para colonizar las costas: la “marcha hacia el mar”. Se ampliaron las garantías contra la expropiación que Cárdenas ofreciera a los pequeños propietarios, y los terratenientes privados se beneficiaron de forma desproporcionada de las importantes inversiones que la administración hizo en regadíos, así como de los créditos públicos y de la inflación. Aunque no cesó, el reparto de tierras disminuyó hasta quedar reducido a una tercera parte del que se llevara a cabo durante la época de Cárdenas. La tierra repartida era ahora de calidad inferior (algunos beneficiarios rehusaron aceptarla) y los retrasos administrativos se prolongaron. Habían terminado los tiempos de las grandes iniciativas presidenciales y de drásticas desmembraciones de antiguos latifundios. Los terratenientes se percataron de que ahora podían contar con la neutralidad, cuando no con el apoyo decidido, del gobierno central, que históricamente había sido el agente que determinaba el ritmo de la reforma. Los litigios volvieron a ser prolongados, costosos y corrup-

tos, ya que reaparecieron las viejas estratagemas del Maximato: los prestanombres, la pseudo división de las haciendas, los guardias blancos y la violencia. La restauración del “amparo agrario” (arma clave de la defensa jurídica de los terratenientes) se estudió y finalmente se implementó bajo el siguiente gobierno. A medida que la CNC se convertía en un régimen caciquil y de cooptación, cada vez fue más frecuente que los ejidatarios constituyeran las clientelas leales del presidente o el gobernador, mientras los terratenientes privados se organizaban más que nunca. Los ejidatarios se encontraban ante una creciente inseguridad que intensificaba su dependencia clientelista: escasez de créditos, ataques políticos (los ejidos colectivos eran blancos favoritos), incluso la pérdida pura y simple de la tierra ejidal, especialmente en zonas donde su valor subía a consecuencia del turismo (por ejemplo, en Guerrero) o de la urbanización. El tamaño relativo, aunque no el absoluto, del sector ejidal empezó a descender gradualmente. Las estructuras internas cambiaron porque el gobierno estimuló la parcelación de los ejidos comunales (política que respondía a una demanda general y que contaba con amplio apoyo político desde la UNS hasta el PCM). La modalidad colectiva se conservaba cuando se consideraba económica (esto es, rentable: algunos ejidos colectivos eran muy productivos y hacían su aportación a las exportaciones), pero ahora se veía sujeta a los imperativos del mercado mundial, de una administración muy interesada en promover las exportaciones y de un grupo de funcionarios cada vez más corrompido. Las cooperativas azucareñas tienen que obedecer reglas que favorecían a los ingenios privados; en Yucatán las exigencias de la producción para la guerra justificaron que los hacendados recuperasen sus máquinas raspadoras (como dijo un terrateniente, robar a los ejidatarios no era ningún delito porque los propios ejidatarios eran ladrones). La estratificación interna se aceleró



al hacerse los caciques ejidales con el control y polarizarse los ejidatarios en una élite relativamente rica y una mayoría semiproletaria, que creció numéricamente debido al rápido aumento de la población.

La resistencia de los campesinos a estos cambios se veía frenada por la tregua social concertada durante la guerra, por la recuperación política de los terratenientes y por la debilidad de la CNC. El bracerismo y la migración interna, además, ofrecían paliativos. Por ende, las ocupaciones de tierras, que fueron notables en el periodo 1941-1942, disminuyeron en lo sucesivo. Continuaron las protestas en las zonas que tenían una tradición de activismo: La Laguna y Morelos, donde los guerrilleros de Rubén Jaramillo empezaron a actuar desde 1943, exigiendo que se continuara la reforma y se dieran garantías a los ejidos existentes. Pero estas luchas iban a contrapelo de la tendencia política del momento. La importancia que el propio presidente y los nuevos tecnócratas de los años 40 concedían a la productividad y a las ganancias, la creencia en que la agricultura privada era superior al ejido –y, para el caso, que la industria era superior a la agricultura–, todo ello indicaba que había ocurrido un profundo cambio ideológico desde el decenio de 1930. Y parecía que se alcanzaban sus objetivos. Durante el sexenio la producción agrícola creció en alrededor de 3.5 por ciento anual en términos reales (más o menos la misma tasa que la industria), y las ganancias fueron fruto de una mayor productividad en lugar de una expansión de los cultivos; también aumentaron las exportaciones, con mayor rapidez todavía. A este crecimiento contribuyeron tanto los agricultores privados, como los ejidales: entre los primeros había capitalistas agrarios “neolatifundistas” y también rancheros que cosechaban los beneficios de la tenencia segura, la creciente demanda y mejores enlaces por carretera. El ejido, eje de la política cardenista, ya había dejado de ser un proyecto social

y económico por derecho propio y se estaba convirtiendo en un accesorio productivo de la próspera economía industrial y urbana, a la vez que los ejidatarios pasaban a ser los clientes más dóciles del partido oficial.

La presidencia de Ávila Camacho terminó en medio de la inflación, el declive de los ejidos, el auge industrial y una dependencia sin precedentes de Estados Unidos. La izquierda, y no en menor medida Lombardo Toledano, albergaba esperanzas de que su suerte mejorase sensiblemente. Por su parte, la derecha, incluida la floreciente burguesía industrial, miraba con recelo la creciente combatividad de los trabajadores y procuraba contener a los sindicatos y a la izquierda, para garantizar así que continuase el avance industrial y tener la certeza de que el avilacamachismo no resultaría una pausa entre ataques de radicalismo, sino un puente que uniera el peligroso cardenismo del pasado con el seguro conservadurismo del futuro. A ambos bandos les parece que se lo estaban jugando todo y el resultado de su conflicto en 1946-1949 determinaría el futuro de México durante más de una generación.

La sucesión presidencial –que despenó ambiciones ya en 1942– se centró en dos aspirantes: Miguel Alemán, ex gobernador de Veracruz, director de la campaña de Ávila Camacho en 1940 y luego secretario de Gobernación (secretaría que ahora empezó a desempeñar el papel de vivero de presidentes), y Ezequiel Padilla, antiguo callista, embajador de México en Estados Unidos y uno de los principales arquitectos del nuevo acercamiento mexicano-estadunidense. Ambos eran civiles: la profesionalización del ejército durante la guerra había dado el tiro de gracia al caudillismo. Los candidatos de izquierdas –Javier rojo Gómez, Miguel Henríquez Guzmán– interpretaron papeles breves, poco gloriosos, antes de que quedase claro que Ávila Camacho era favorable a Alemán, que Cárdenas y la mayoría de los gobernadores



de estado aceptaban la decisión presidencial y que lo mejor que podía hacer la izquierda era inclinarse ante lo inevitable, como efectivamente hizo mientras Lombardo aportaba los sofismas apropiados. En el otoño de 1945, la CTM, la CNC, la CNOP e incluso el PCM ya apoyaban a Alemán, y Padilla se vio obligado a desempeñar el papel de candidato independiente, respaldado por un partido improvisado.

Visto en retrospectiva, el apoyo de la izquierda fue un error costoso. Quizá la resistencia fuese fútil porque los líderes de la CTM, escasamente populares, ejercían el poder siguiendo las reglas del juego en vez de oponerse a ellas. Pero las opiniones que en aquel tiempo se tenían de Alemán eran diferentes de las posteriores. Era el candidato del centro; Padilla, el de la derecha, y, al igual que Ávila Camacho, Alemán predicaba un populismo suave; también prometía cierta democratización del partido. A la empresa privada le ofrecía tranquilidad y el fin de los controles impuestos durante la guerra, pero también alarmaba la preocupación del Estado por la clase trabajadora y su responsabilidad de los problemas de escasez e inflación. Aunque sus palabras tranquilizadoras también se referían a las inversiones extranjeras, la gente veía en Alemán el candidato nacionalista que ofrecería resistencia a la hegemonía económica de Estados Unidos (hasta los estadounidenses compartían esta opinión). Pese a ser un concepto erróneo, sonaba como música a los oídos de Lombardo, a quien el presidente saliente persuadió para que aplazara los planes para el lanzamiento de un nuevo partido lombardista de la izquierda hasta después de las elecciones. El supuesto nacionalismo de Alemán dio al principio un tono ideológico a la relación de la izquierda con él, relación que acabaría mal.

Aunque Alemán tenía asegurada la victoria, se juzgó necesario dar al proceso electoral mayor legitimidad democrática y evitar una repetición de 1940. Una nueva ley electoral

exigió que los partidos tuvieran una organización nacional más estricta y que la supervisión federal de las elecciones fuese más atenta: con esto se evitó el tipo de caos y conflicto descentralizado que se habían visto en 1940, y se intensificaron tanto el control oficial de la oposición como el papel del presidente como gran elector. El partido oficial aceptó el nuevo orden y experimentó su metamorfosis final, pasando de ser el PRM a ser el Partido Revolucionario Institucional (PRI): cambio más aparente que real, en el que la promesa de democratización interna supuso principalmente una degradación del poder de la CTM. Las elecciones de 1946 se celebraron al amparo de las nuevas normas y ello significó que apenas hubo incidentes violentos, a pesar de los habituales abusos y las no menos habituales quejas de la oposición. Ni Padilla ni la izquierda independiente, fragmentaria, ni la derecha —el pan y el partido sucesor de los sinarquistas, Fuerza Popular— pudieron presentar una oposición comparable con la que Almazán presentara seis años antes. Alemán obtuvo 78 por ciento de los votos y con ello conquistó la presidencia por un amplísimo margen.

Investido de esta autoridad, el nuevo presidente no tuvo tanta necesidad de seguir una política prudente como su predecesor. Su gabinete estaba repleto de hombres jóvenes, la mayoría de ellos, como el propio presidente, demasiado jóvenes para ser veteranos de la Revolución. Había en él cuatro industriales, prueba del poder que la burguesía tenía ahora en el seno del partido, y sólo dos ministros eran militares. Con la continuada eliminación de gobernadores cardenistas (empleando a veces para ello duras medidas constitucionales) se hizo evidente que el país había pasado a una etapa nueva y tecnocrática para la cual la Revolución tenía menos de experiencia personal que de mito conveniente. Su ascensión corrió pareja con la de la CNOP, la cual, al decaer la CTM, asumió la dirección política del partido, proporcionó



los políticos del momento (como el ejército hiciera en otros tiempos) e hizo las veces de base firme del poder presidencial. También corrió parejas con el aumento de la corrupción en gran escala. Fue en este periodo –más que en los años 20 o 30– cuando el régimen adquirió las características contemporáneas distintivas: supremacía del presidente, monopolio político del partido oficial, diestra manipulación de las organizaciones de masas, dilución de las diferencias de clase e ideología en el disolvente del nacionalismo.

Las ideas y los mecanismos del cardenismo se aplicaron ahora a nuevos fines. La sucesión de Alemán se produjo en un momento en que la influencia de Estados Unidos –económica, política, cultural– llegaba a todas partes y tenía una magnitud sin precedentes, sobre todo debido a la fuerza que había adquirido en ciertos círculos del país. En otros tiempos, el México revolucionario había tenido que tratar con liberales de la Casa Blanca que simpatizaban vagamente con la Revolución aunque a veces se entrometieran (Wilson, FDR), o con conservadores pragmáticos (Taft, Coolidge) cuya anti patía se veía suavizada por la prudencia del hombre de negocios. Ahora México se encontraba ante el Estados Unidos de Truman, la Doctrina Truman, la “política de contención” y la resolución 248 del Consejo de Seguridad Nacional; la ideología y la geopolítica servían de base de una política sistemática de intervención, presión y cooperación. En tiempos de Roosevelt, Estados Unidos ya se había mostrado muy interesado en que la estrecha cooperación militar existente durante la guerra continuara al llegar la paz, y en la Conferencia de Chapultepec, celebrada en 1945, insistió en sus obsesivos argumentos en pro de un sistema abierto, libre-cambista, es decir, favorable a la continuación de la hegemonía estadounidense en América Latina. Alemán, a quien veían como un nacionalista quisquilloso, se esforzó al máximo por tranquilizar a Estados Unidos y prometió que la co-

laboración económica continuada, a la vez que condescendía con los nuevos prejuicios impuestos por la Guerra Fría. Con esta actitud sentó la pauta del sexenio, periodo en que el anticomunismo, integrado en el tradicional discurso nacionalista y presentado bajo la fórmula de la nueva polarización de la democracia y el comunismo, pasó a ser un elemento básico de la política mexicana, elevado al rango de doctrina oficial.⁷⁵ La tradición revolucionaria descartaba las formas más crudas de “macartismo” pero también proporcionaba la mejor defensa ideológica contra el comunismo, que, al igual que el fascismo en años anteriores, podía presentarse como una peligrosa importación del extranjero. Así, en México como en Europa, la cruzada democrática contra el comunismo y, al igual que en los primeros años 30, la naturaleza ideológica de la política cambió rápidamente, dejando a la izquierda debilitada y a la defensiva mientras que la derecha se ufanaba de su causa nacionalista nueva y democráticamente justificada. Del anticomunismo de Alemania pronto se hicieron eco el presidente del partido, líderes como Fernando Amilpa, el veterano de la CTM y compinche de Fidel Velázquez, y portavoces del mundo empresarial como la Coparmex, que denunciaba el papel subversivo que las células comunistas desempeñaban en los grandes sindicatos nacionales. El anticomunismo resultó especialmente efectivo en momentos en que Lombardo estaba formando como podía su nuevo partido de izquierda, en que los principales sindicatos mostraban una combatividad renovada y en que, por supuesto, el clima de la política internacional se estaba enfriando rápida y propiciamente. Así pues, el logro más decisivo de la administración Alemán fue de carácter negativo: el aislamiento y debilitamiento de la izquierda y la campaña concertada contra los trabajadores organizados.

⁷⁵ Medina Peña, Luis, 1979, p. 110.



Después de aplazar amablemente el lanzamiento de su nuevo partido, Lombardo emprendió ahora la continuación de su viejo proyecto –una alianza amplia, nacionalista y antiimperialista de grupos progresistas– fuera del partido oficial, pero sin oponerse a él. Pero el PRI no apreció esta amistosa rivalidad; y tampoco los comunistas simpatizaban del todo con ella. Finalmente, en junio de 1948 se fundó el Partido Popular (PP), que agrupaba a miembros desafectos de la izquierda oficial (Lombardo, Bassols, Rivera) y a ciertos grupos obreros y campesinos detrás de un programa nacionalista y moderado. Pero, como revelaron las elecciones estatales de 1949, el PRI no quería tener nada que ver con el PP y empezó a presentar a Lombardo (cuya propia candidatura presidencial fracasaría en 1952) como un compañero de viaje o un absoluto instrumento de Stalin, “comprado por el oro de Moscú”. La CTM, que al principio había apoyado tibiamente a Lombardo a cambio de su cooperación contra los sindicatos independientes, ahora se opuso a él y le hizo blanco de calumnias parecidas, lo cual concordaba totalmente con su sistemática postura anticomunista de aquel momento.

Los tiempos habían cambiado desde 1933, año en que Lombardo había lanzado con buena fortuna su disidente CGOCM, y el partido oficial, que maduraba con rapidez, ahora quería y podía sofocar semejantes rivalidades. Un factor que influyó decisivamente en el resultado fue el enfrentamiento entre el régimen y los trabajadores. La prolongada colaboración durante la guerra y la inflación habían dejado una herencia de divisiones, disensiones y exigencias acumuladas, y Lombardo esperaba sacar partido de ellas. En particular, los principales sindicatos industriales (con el STFRM en el lugar más destacado) acogían muy mal la continua docilidad de la CTM, y en 1941 ya estaban dispuestos para enfrentar a sus líderes, que a su vez podían contar con el apoyo de multitud de sindicatos y federaciones menos importantes. La antigua

división de 1931 volvió así a la superficie, agravada por las tendencias habidas durante la guerra y planteada ahora en términos de “purificación” (es decir, cambio y militancia) contra continuismo. El gobierno, que estaba entregado a la industrialización, no podía dar cabida a la combatividad sindical, y la erosión de la influencia de Lombardo descartó su consabido papel de árbitro y garantizó que la confrontación con el movimiento obrero sería tanto más intensa. Las escaramuzas de 1938-1946, que nada habían decidido, dieron paso al conflicto declarado de 1947-1949.

Los líderes de la CTM pararon el golpe con los habituales métodos de manipulación electoral; optó, pues, por el continuismo, el charrismo y, en general, un apoyo total a un gobierno de la derecha, que justificó en términos de nacionalismo y moderación (“no al extremismo; rechazo tanto de la izquierda como del imperialismo”). Los militantes que se quedaron con la CTM (incluidos algunos comunistas que se sacrificaron) perdieron todo poder. Se barrieron los vestigios de sindicalismo y socialismo. Se repudió la táctica de la huelga general y se sustituyó el antiguo lema de la CTM –“por una sociedad sin clases”– con pamplinas nacionalistas: “por la emancipación de México”.⁷⁶ Respondiendo a ello, los ferroviarios encabezaron una secesión de la CTM en la que había electricistas, tranviarios y sindicatos de menor importancia (marzo de 1947). Su nueva organización, la Confederación Única de Trabajadores (CUT), contó pronto con el respaldo de otros disidentes importantes, los petroleros y los mineros, con quienes se firmó un pacto de solidaridad, formándose así una triple alianza mexicana que desafiaba francamente a la CTM y su “harapienta bandera de anticomunismo”. Prosiguió la fragmentación de la CTM y hubo disensiones internas, expulsiones y, en 1948, la creación de una central

⁷⁶ *Ibid.*, p. 132.



rival, la Alianza Obrera Campesina Mexicana (AOCM), en la cual elementos campesinos, especialmente ejidatarios de La Laguna, ocupaban un lugar destacado. Ante la oposición de estos rivales, que probablemente eran superiores en número, la CTM tuvo que hacer frente a la mayor prueba desde 1937; y esta vez ni Lombardo ni Moscú, ni siquiera el régimen (que quería victorias en lugar de componendas), llamarían a la conciliación.

La clave del conflicto la tenían los principales sindicatos independientes, los petroleros y los ferroviarios. Los primeros se habían declarado en huelga durante el primer mes del sexenio (fue la culminación de los conflictos esporádicos que sufrió la industria durante la guerra). El gobierno declaró que la huelga era ilegal, desplegó tropas e impuso una resolución arbitrada. El sindicato, cuya respuesta no fue unánime, aceptó el nuevo acuerdo, al amparo del cual Pemex pudo estabilizar la nómina e incrementar el control gerencial (el gobierno sancionó plenamente ambos objetivos, pues estaba muy interesado en incrementar la producción y asegurarse créditos estadounidenses). En la batalla por el poder que luego se libró en el seno del sindicato, el gobierno dirigió sus esfuerzos a garantizar la victoria de la colaboración y el charrismo. También tenía puestas sus miras en una racionalización parecida de los ferrocarriles, que habían sido objeto de una importante investigación en 1948. De nuevo se produjo una escisión en el sindicato y el gobierno intervino a favor de la facción de Jesús Díaz de León (el Charro), que era fervientemente anticomunista. Su rival principal fue a la cárcel bajo acusaciones de corrupción, las cuales eran verosímiles; se embargaron delegaciones sindicales independientes y hubo una expulsión sistemática de comunistas. Rota la independencia del sindicato y con el Charro instalado en el poder, el gobierno pudo proceder a reorganizar los ferrocarriles, bajo la amenaza de despidos en masa y recor-

tes salariales. Pero los nuevos líderes del sindicato se encontraron ante el clásico dilema de la burocracia obrera oficial (dilema que Fidel Velázquez soportaría durante más de una generación): aunque su campaña de “moralización” le granjeó cierto apoyo auténtico, Díaz de León era esencialmente una creación del gobierno pero tanto él como el gobierno tenían que mantener una apariencia de representación y cooperación de los trabajadores. La coacción sola no podía hacer que los ferrocarriles funcionaran. Por consiguiente, al “charrazo” le siguieron la negociación y un nuevo convenio colectivo (1949), en el que la reducción de costes se combinaba con medidas juiciosas de protección de los puestos de trabajo. De esta manera incluso el charrismo cumplía visiblemente algunas de sus promesas, y muchos consideraron que era preferible a un activismo peligroso, quijotesco. En 1947, un líder obrero decía que era mejor un mal convenio colectivo (malo en el sentido de que frenaba los derechos de los obreros) pero que al menos se respetase, que uno bueno que se quedase en letra muerta.⁷⁷ En esto radicaba el secreto del éxito que la CTM se apuntaría en decenios venideros. Por decirlo de otro modo, la contrarrevolución de Alemania –la derrota de los elementos radicales, sindicalistas y cardenistas que se resistieron al proyecto alemanista– tuvo que ser mucho más sutil y moderada que las que posteriormente se llevaron a cabo en otras regiones de América Latina y que siguieron principios comparables pero requirieron una franca represión militar.

Una vez rota la independencia del STFRM, se marchitó la causa de los demás sindicatos industriales: los mineros, los petroleros, los electricistas. Habían recibido el “charrazo” con protestas pero sin ninguna huelga. Sólo los mineros y los divididos petroleros se afiliaron a nueva federación cen-

⁷⁷ Hernández Abrego, 1981, p. 172.



tral lombardista, la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), y ésta, al igual que el PP, su primo político, pronto demostró que era un blanco vulnerable de la hostilidad del gobierno. Se le negó el reconocimiento; las huelgas que secundaba eran declaradas ilegales; sus sindicatos afiliados sufrían intervenciones y golpes internos, y sus militantes campesinos se veían sometidos a los diversos métodos de persuasión de la CNC y la burocracia ejidal. Después de quedar en poder de la facción charra, sin posibilidad de escapar, el sindicato de petroleros volvió al redil de la CTM (1951), sentando con ello un precedente que seguirían otros sindicatos afiliados. El control de la CTM se reafirmó así, pagando un precio. Destruída la fuerza de la izquierda independiente, y con la derecha radical en vías de desaparición o transmutándose rápidamente en una leal oposición demócrata-cristiana, la paz del PRI reinó. El régimen pudo proceder de acuerdo con el modelo que había escogido para el desarrollo industrial y la acumulación de capital sin temor a una importante movilización social. A escala nacional, 1949 reveló un panorama totalmente distinto al de 1946; también a escala local las postrimerías del decenio de 1940 presenciaron la cristalización de una estructura política y un patrón de comportamiento político que ha continuado hasta ahora.⁷⁸ Si la Revolución experimentó un termidor decisivo, fue entonces. El experimento cardenista, cada vez más controlado a partir de 1938, se interrumpió ahora definitivamente, por obra de unos hombres cuyo ingenio encontró nuevas formas de utilizar el viejo material de laboratorio. O, cambiando la metáfora, los civiles y técnicos del sexenio de Alemán, imbuidos de una modernizadora ideología de la guerra fría, y de una ética basada en el enriquecimiento rápido, recogieron los cascotes del cardenismo y utilizaron el

⁷⁸ *Ibid.*, p. 94; Benjamin, Thomas Louis, 1981, p. 268.

material –el partido corporativo, las instituciones de masas, el ejecutivo poderoso, el ejército domesticado y el campesinado subordinado– para construir un México nuevo. El material era cardenista, pero el plan fundamental lo trazaron ellos. Lo construyeron para que durase.



El retorno de la ideología: la presidencia de Lázaro Cárdenas, 1934-1940

Eitan Ginzberg

Tel Aviv University

*Les pregunté si tenían sus tierras
y me contestaron:*

*–No, señor, somos pobres y aún no nos
han repartido tierras.*

–¿Y escuelas para estos niños?

–Tampoco tenemos– contestaron.

–¿Y vuestros maridos?

–Murieron en la revolución.

EZEQUIEL PADILLA, 5 de diciembre de 1933.

HACIA UNA NUEVA ÉTICA POLÍTICA

“Creo que para algo nací. Para algo y para algo he de ser. Vivo siempre fijo en la idea de que he de conquistar fama. ¿De qué modo? No lo sé”, escribió el joven Lázaro Cárdenas a la edad de 17 años en su diario, el 16 de junio de 1912.¹ El 18 de junio de 1913, un empleado de rentas provinciales, de

¹ Benítez, Fernando, 1977, II-17.

rostro severo y corazón lleno de sueños, comenzó su camino a la cúpula. La Revolución, a la que se incorporó ese día, fue su vía de avance, posiblemente el único carril despejado para un joven anónimo, introvertido y ambicioso en el México de esos tiempos. En 1920 ya era el gobernador militar temporario de Michoacán, su estado natal. En 1928 fue elevado al rango más alto del ejército, general de división. Para la misma época ya era candidato único para gobernador de Michoacán.

Cuatro años ejerció su primer cargo civil (1928-1932), y paralelamente ocupaba varios puestos de envergadura a nivel nacional. El 7 de diciembre de 1933 fue elegido candidato a la Presidencia de la República por el Partido Nacional Revolucionario (PNR).² A principios de diciembre de 1934, a la edad de 39 años, se convirtió en el sexto presidente de la república mexicana posrevolucionaria.

Cárdenas asumió el cargo sabiendo exactamente hacia dónde quería conducir a la nación, tras muchos años de pre-

- ² Lista de abreviaturas utilizadas en este trabajo:
- CAM: Comisión Agraria Mixta
 - CCM: Confederación Campesina Mexicana
 - CGOCM: Confederación General de Obreros y Campesinos de México
 - CGT: Confederación General de Trabajadores
 - CLA: Comisión Local Agraria
 - CNA: Comisión Nacional Agraria
 - CNC: Confederación Nacional Campesina
 - CNDP: Comité Nacional de Defensa Proletaria
 - CROM: Confederación Regional Obrera Mexicana
 - CSUM: Central Sindical Unitaria de México
 - CTM: Confederación de Trabajadores de México
 - DAI: Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas
 - LNC: Liga Nacional Campesina
 - PNR: Partido Nacional Revolucionario
 - PRI: Partido Revolucionario Institucional
 - PRM: Partido de la Revolución Mexicana
 - STPRM: Sindicato de Trabajadores de la República Mexicana.

paración, entre ellos seis como político. Su principal objetivo era salvar los ideales de la Revolución, que los veteranos de la generación que salió a la lucha en 1910 estaban empezando a disgregar.

La fórmula cardenista era simple: sin justicia social, todo progreso en México sería imposible. El responsable directo de ello era el presidente, quien estaba dispuesto a serlo hasta las últimas consecuencias, tal como lo declaró en el discurso de asunción del mando. El mensaje y sus destinatarios resultaban muy claros en el México de 1934. El hombre a quien Josephus Daniels, el embajador estadounidense en México, describía como “un soldado excelente pero un estadista poco capaz”,³ se revelaría como todo lo contrario; y quienes lo habían conocido anteriormente como estadista, no se sorprendieron.

No puede comprenderse a Cárdenas sino en el contexto revolucionario. Ese contexto le hizo conocer el verdadero México y unió su experiencia personal a los candentes interrogantes nacionales, conformó su concepción de mundo y su comprensión de las posibilidades y limitaciones políticas, y lo transformó en líder. Ese contexto le otorgó la función histórica de poner orden en el cuadro confuso de una revolución carente de una clara identidad ideológica y social, y la función histórica de expandirla.

En su concepción, la Revolución había sido política desde sus comienzos, y hacia 1917 se convirtió en una revolución social. Sus ejecutores no fueron solamente los campesinos, pero estos fueron los únicos que no titubearon entre los dos bandos en los difíciles momentos de prueba. La impactante Constitución revolucionaria representó, pues, un compro-

³ “[...] in as much as the Party’s presidential candidate is reputedly an excellent soldier but not an able statesman [...]”, Joseph Daniels al secretario de Estado, NA/RDS, MP 1370, Roll. No. 3, Doc. 812.00/30041, April 17, 1934.



miso moral, y por, sobre todo, para esa gente (y para todas las bases populares de la sociedad), el documento de una sociología nueva, de una ideología, y no de una política. El responsable del cumplimiento de la promesa era el Estado.

Y esa sería su puesta a prueba. Quien completara dicha misión, liberaría a todo México. Pero el proceso debía ser evolutivo, pues la Revolución en tanto lucha armada y violenta había terminado. En México ello exigiría un enfrentamiento de clases y la lucha contra el capitalismo, pero los mismos debían llevarse a cabo sólo dentro de marcos estatales y legales y de acuerdo con las posibilidades económicas. El resultado sería la liberación del hombre común, pobre y relegado, y la liberación de todo México de su legado colonial.

No cabe duda de que Cárdenas fue diferente de sus antecesores. El gran problema con que se enfrenta la investigación es cuán diferente fue y desde qué perspectivas metodológicas y conceptuales debe examinarse su labor. A pesar de estas dificultades, trataremos de describir la presidencia de Cárdenas y comprenderla desde algunos puntos de vista centrales: la construcción del poder político y la conformación del régimen presidencial, la reforma agraria, el avance de la educación pública y la confrontación con la cuestión de la independencia económica y la soberanía del Estado. Este análisis se hará desde tres puntos de vista: el ideológico, el político y el pragmático. El argumento básico que queremos proponer es que Cárdenas trajo consigo al poder un nuevo idealismo basado en una concepción popular de la Revolución y el sentimiento de un profundo compromiso moral hacia las capas más débiles de la sociedad. Esta concepción veía en la justicia social, es decir, la distribución equitativa de la riqueza nacional y la igualdad en la asequibilidad económica y cultural, el fundamento y la condición de la rehabilitación económico-social, la estabilidad política y la integración nacional. Pero a esta con-

cepción se le agregaba una dimensión más: la que otorgaba al Estado el fundamento moral para la lucha por la recuperación de los recursos naturales de la nación, explotados por empresas capitalistas extranjeras, lucha concebida como condición para la consecución de la soberanía nacional y la independencia económica.

Esa concepción y los objetivos que se propuso alcanzar fueron respaldados por la extraña posibilidad de establecer un mejor equilibrio entre ideología y política, de manera que la política se hallase al servicio de la ideología y no al revés, y al mismo tiempo también evitase un deslizamiento hacia el radicalismo extremo. Sostenemos que los objetivos del gobierno cardenista y sus hipótesis básicas requirieron un notable coraje político, pues significaban un enfrentamiento directo con el México tradicionalista y conservador, con los enemigos de la Revolución –la oligarquía latifundista, el capital local, los capitalistas extranjeros y la Iglesia católica– y con los supuestos individualistas, autoritarios y racistas del liberalismo clásico del siglo XIX; factores con los que, antes de Cárdenas, la Revolución no supo y probablemente sea más cierto decir que no quiso enfrentarse.

EL CAMINO A LA PRESIDENCIA: LA FUERZA DEL DIÁLOGO Y EL ARMA DE LA HUELGA

La declaración con que Cárdenas aceptó el 6 de junio de 1933 la candidatura del PNR a las próximas elecciones presidenciales no resultó una sorpresa. Cárdenas era considerado el candidato apropiado por los dos factores importantes en el campo político: los opositores de Plutarco Elías Calles, que querían debilitar al expresidente y hombre fuerte de México en los últimos seis años, y Calles mismo, quien veía en Cárdenas al mejor de los candidatos posibles para dominar la inconformidad popular causada por la crisis económica



mundial, la demora intencional en la ejecución de la reforma agraria y la escisión del campo revolucionario en conservadores y radicales. Su personalidad moderada, su adhesión y lealtad a Calles –su jefe en varios combates importantes en la época de la lucha armada–, su capacidad ejecutiva y su talento para ganarse la confianza también de sus adversarios, todo ello contaba a su favor. Pero Cárdenas poseía otras ventajas: popularidad entre los círculos agraristas que se fortalecían en el partido, en el congreso y en el aparato político local; simpatía entre sectores de oficiales de alta graduación, y una base de poder independiente que había ido forjando para sí, perseverantemente, desde 1931, entre las ligas agrarias estatales, 7 de las cuales fueron organizadas por él a fines de mayo de 1933 en el marco de la Confederación de Campesinos Mexicanos (CCM).⁴

Por cierto, Calles no tenía la menor intención de dejar el poder en manos de Cárdenas. Al tiempo que le daba su apoyo y su bendición, comenzó Calles a trabajar en un plan sexenal (enero 1934-diciembre 1939) para el próximo gobierno. Este programa debía ser aprobado en la segunda asamblea del PNR en diciembre de 1933, en cuyo transcurso también debía ser aprobada la candidatura de Cárdenas a la presidencia (lo que aseguraba su elección). El objetivo era no sólo restar importancia en la asamblea a la elección de Cárdenas y orientarla hacia su plan, sino disminuir la imagen de aquél como presidente, al comprometerlo de antemano con una política acorde con la visión de mundo de Calles y sus seguidores, política que quedaría bajo la supervisión del partido, controlado por estos.

⁴ Blanco Moheno, Roberto, 1998, pp. 314-315; Falcón, Romana, 1978, pp. 360-361; González Pacheco, 1979, pp. 67-68; Hernández Chávez, Alicia, 1981, p. 38.

Cárdenas no podía permitirse caer en una trampa de ese tipo, y preparó la contraofensiva. La idea fue insertar en el borrador del programa un agregado que invalidara las limitaciones económicas redactadas en términos evasivos: “[...] un programa minucioso de acción [...] que debe estar basado en el cálculo, en la estadística, en las lecciones de la experiencia [...] las posibilidades de nuestros presupuestos y las realidades nuestras”. Esa doctrina había sido desarrollada por Calles en 1930 con el objetivo de frenar totalmente la reforma agraria. El objetivo de Cárdenas también consistía en rechazar los puntos del programa que otorgaban al partido primacía sobre la institución presidencial y el Estado, y proponer hipótesis de trabajo sustentadas en un orden de prioridades inverso.

Las discusiones en la asamblea fueron, desde ya, muy acerbadas, y no dejaron lugar a dudas sobre la importancia que les asignaban las partes respecto de su destino político. En definitiva, triunfaron los cardenistas: lograron cambiar o destacar algunos artículos que les eran imprescindibles en las áreas agraria, educacional y laboral. En el ámbito agrario fueron incorporados a los marcos de la reforma los peones acasillados (campesinos que vivían en forma permanente en los latifundios y estaban sometidos de distintas maneras a sus dueños). El aparato ejecutivo logró su autonomía y consiguió un presupuesto elevado. Fueron derogadas algunas limitaciones cuyo objetivo era ahogar a la reforma, y el principio de “necesidad pública”, es decir, la prioridad del interés colectivo de los campesinos a la obtención de las parcelas necesarias para su sustento logró ser establecido como criterio dominante en la política agraria. En el área de la educación la escuela fue definida como “socialista”, racionalista y laica, y como la institución que debía formar la nueva conciencia revolucionaria y preparar a los niños para luchar por sus ideales. En el área laboral, los trabajadores



organizados obtuvieron una larga serie de preferencias en la consecución de trabajo, en su representación en las comisiones de conciliación y arbitrajes (que daban solución a los conflictos laborales), y en otros terrenos importantes.⁵

La campaña electoral, que comenzó inmediatamente después de la asamblea, constituyó para Cárdenas una serie interminable de reuniones personales con las bases populares, sin intermediarios. En un largo periplo, el enérgico candidato devoró miles de kilómetros en avión, en automóvil, a caballo y a pie. Fue ésta una gira dedicada a establecer las bases de una fuerza política popular independiente, a definir netamente los principios y a conformar un modelo de liderazgo popular, carismático y sereno. Había nacido “La Esfinge”, como se apodó a Cárdenas, un hombre que escuchaba muy atentamente y hablaba con concisión y claridad, sin gestos de prepotencia. Esta personalidad es la que impactó a William Townsend, lingüista californiano e investigador de la lengua azteca, que con el tiempo sería el biógrafo de Cárdenas.

Cárdenas transmitió tres o cuatro ideas básicas a lo largo de su gira: La Revolución abrió la posibilidad de emancipar al pueblo de la explotación económica, de la ignorancia, de los prejuicios, del fanatismo religioso, del alcohol y de la miseria. Para transformar esas posibilidades en hechos reales, debe organizarse al pueblo en un frente único de campesinos y trabajadores. Sólo un frente de ese tipo podrá otorgarle al Estado revolucionario la fuerza y la energía necesarias para la aplicación de los artículos sociales progresistas de la Constitución de 1917. “Estoy convencido, particularmente por mi experiencia como gobernador de Michoacán”, le dijo al campesinado de Guerrero en mayo de 1934,

⁵ *Historia documental del Partido de la Revolución II*, año de 1933, 1981, pp. 258-272; 279-284.

que no basta la buena intención del mandatario, ni una legislación acertada, para llevar progreso al pueblo: es indispensable un factor colectivo, que representan los trabajadores. Si estos no se organizan, creo difícil cumplir sus aspiraciones durante el próximo sexenio.⁶

De acuerdo con la concepción cardenista, la organización no tenía solamente base política. Se trataba de forjar una nueva conciencia colectiva, que representaría la alternativa humanista e igualitaria al liberalismo conservador que caracterizó al México de sus tiempos. En su discurso de consagración, Cárdenas destacó esta posición por encima de cualquier duda.⁷

LA ESTRUCTURACIÓN DE LA FUERZA POLÍTICA: LA VOZ –DEL ESTADO, LAS MANOS– DE LOS TRABAJADORES

Leal a su principio, según el cual nada podría hacerse en México sin un único frente obrero organizado, Cárdenas puso manos a la obra. Cuando ya tuvo en sus alforjas un plan minucioso, una concepción a largo plazo y tácticas perfeccionadas de negociación política (seducción, presiones, concesiones locales para lograr objetivos globales y mucha paciencia), se encaminó hacia la meta que se había propuesto. Pero antes debía tratar un problema más urgente: el alejamiento de Calles y la depuración de sus seguidores en el aparato partidario y estatal. El éxito relativo en la lucha contra el programa sexenal, la euforia de la campaña

⁶ Discurso del candidato del PNR a la Presidencia de la República al pueblo guerrerense, Iguala, Gro., 11 de mayo de 1934, Cárdenas del Río, L., 1978, I-127.7

⁷ Cárdenas del Río, L., 1978, “Mensaje al Congreso de la Unión al asumir la Primera Magistratura del País”, noviembre de 1934, *Ibid.*, pp. 138-146.



electoral y el triunfo por abrumadora mayoría en los sufragios del 4 de julio de 1934 no anunciaban el final del callismo. Lo prueba el hecho de que Cárdenas tuvo que formar su gobierno con por lo menos la mitad de ministros callistas, entre ellos Rodolfo Elías Calles, cuyo nombre resultaba elocuente por sí mismo.

En otras condiciones, Cárdenas no habría estado obligado a albergar en su gobierno a un acérrimo anticlerical como Tomás Garrido Canabal, Ministro de Agricultura, que se permitió organizar disturbios anticatólicos en la ciudad de México con la intervención de centenares de “camisas rojas” traídos desde su estado, Tabasco.⁸ El callismo no era sólo una amenaza política, sino también un poderoso imperio económico cuyos largos brazos llegaban a la mayoría de los sectores importantes de la economía, a decenas de miles de obreros y a centenares de sindicatos cuyo apoyo interesaba a Cárdenas.⁹

El mecanismo principal para el alejamiento de Calles era la ampliación de las bases de apoyo popular del gobierno cardenista y la consolidación de una fuerza popular que se opusiera a su rival. Nuevamente se repitieron sus giras por los poblados y concentraciones de obreros. Una línea gratuita de telegramas directos al presidente fue puesta a disposición del público. El palacio colonial de gobierno, que se eleva –literalmente– en el bosque de Chapultepec, fue abandonado por edificios más modestos en el barrio Los Pinos. Fueron cerradas las casas de juego y otros establecimientos frecuentados por la élite burguesa de la capital. Los cristianos practicantes recibieron garantías por su seguridad y la actividad de los “camisas rojas” fue reducida. Los jueces de las dos cortes supremas de justicia, la del Distrito Federal y

⁸ Benítez, Fernando, 1977, p. 233.

⁹ Hernández Chávez, Alicia, 1981, pp. 28-29.

la de los Territorios, fueron sustituidos por otros que simpatizaban con la causa revolucionaria. Y, por último, se otorgó a los obreros un permiso presidencial, envuelto en una pesada retórica idealista, para comenzar una ola de huelgas que abarcaría todos los ramos importantes: petróleo, ferrocarriles, usinas eléctricas, teléfonos, papel, azúcar y otros.¹⁰ El objetivo era obligar a Calles a replicar, a fin de utilizar su reacción como excusa para exiliarlo y eliminar a sus hombres de la administración pública.

Calles cayó en la celada. El 12 de junio de 1935 publicó una declaración atacando al “personalismo preñado de desgracias que se impuso sobre el partido” y su caída hacia una “maratón de radicalismos”, tras la cual “intereses bastardos” juegan con la suerte de México.¹¹ Cárdenas reaccionó rápidamente, y salió en firme defensa del derecho de huelga como medio para obligar a los patrones a cumplir las leyes laborales y establecer el “equilibrio de la producción”, es decir, entre el capital y el trabajo. Paralelamente envió comisionados a las comandancias militares y a los despachos de los gobernadores estatales para asegurar su lealtad. Se apresuró a destituir al presidente del partido y reemplazarlo por uno de sus propios hombres, Portes Gil, enemigo acérrimo de los callistas, hombre de mucha influencia y caudillo político, al mismo tiempo que solicitaba la renuncia de su gabinete y constituía otro formado exclusivamente por sus partidarios. Uno de los ministros era allegado a los cristianos practicantes; de los diez, tres eran de Michoacán. La rápida reacción y la agitación despertada en las filas del movimiento obrero

¹⁰ Contra 13 huelgas en el año 1933 de las que participaron alrededor de 1 000 obreros, y 202 huelgas en 1934 en las que participaron 14 685 personas, el año 1935 vio cerca de 642 huelgas y 145 mil huelguistas. Dulles, John W. F., 1967, p. 631; Ianni, Octavio, 1977, p. 66; Hernández Chávez, Alicia, 1981, Anexo 3, pp. 218-219.

¹¹ Dulles, John W. F., 1967, pp. 636-639.



por las palabras de Calles no le dejaron a éste otra alternativa sino declarar, el 19 de junio, que abandonaba la política y el país.¹² Su inesperado retorno en diciembre de 1935 provocó manifestaciones en las que miles de obreros y campesinos protestaron contra “el peligro que amenaza las libertades públicas, las reformas y las esperanzas de mejoras colectivas” y contra “la sedición que golpea a nuestras puertas”.¹³ El 10 de abril de 1936 Calles fue forzado a subir a un avión y viajar a Estados Unidos. La era del “hombre fuerte” o “maximato” había terminado, y con ello llegó a su fin la era de los veteranos, caracterizada por las intrigas políticas, la degeneración ideológica y la detención de las reformas sociales.¹⁴ Ese era el momento de comenzar con la tarea principal: la unión de los obreros, su institucionalización y su inserción en los marcos estatales.

La reorganización del movimiento obrero comenzó de hecho con la fundación de la CCM a fines de mayo de 1933. En octubre del mismo año se creó la Confederación General de Obreros y Campesinos Mexicanos (CGOCM), bajo la dirección de Vicente Lombardo Toledano, deformación marxista y uno de los líderes de la anterior CROM, que logró concentrar en sus manos las fuerzas de ésta y de las organizaciones que se habían desvinculado de ella. A la confederación se unieron otros movimientos menores como el Centro Sindicalista Unificado de México (CSUM), que se hallaba bajo la égida del Partido Comunista, cuya autoridad era decisiva entre los obreros ferroviarios y los mineros, en la industria metalúrgica y la de la electricidad; la Confederación General

¹² *Ibid.*, pp. 640-646; Medin, Tzvi, 1972, pp. 68-69; Medin, 1991, pp. 151-158.

¹³ “Danger threatens the public liberties, the reforms, and the hopes for collective betterment [...] The rebellion that knocks at our doors [...]”, Dulles, John W. F., 1967, p. 663.

¹⁴ *Ibid.*, p. 159-159; Dulles, John W. F., 1967, pp. 659-681.

del Trabajo (CGT), también ejercía con mucha influencia en el sector ferroviario, así como sindicatos y grupos organizados espontáneamente cuando la ola de huelgas. A la sombra del enfrentamiento con Calles surgió en junio de 1935 una organización general de obreros bajo el nombre de Consejo Nacional de Defensa del Proletariado (CNDP). La enorme manifestación que organizara el Consejo el 22 de diciembre, con la participación de 80 000 obreros, campesinos y estudiantes, fue para Cárdenas la señal de que estaba en sus posibilidades liquidar definitivamente a Calles. Su tenacidad en este episodio, sus categóricas tomas de posición en la cuestión de las huelgas, su decidido apoyo a los obreros en el conflicto laboral estallado en Monterrey –importante centro industrial y una de las fortalezas de la oligarquía industrial mexicana– en febrero de 1936,¹⁵ fueron puntos a su favor en el camino a la fundación de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) ese mismo mes. En las bases ideológicas de la CTM, bajo la conducción de Lombardo Tolledano, figuraba la mejora a corto plazo de la posición de los obreros frente al capital, y, a largo plazo, una lucha a muerte contra el capitalismo con vistas al establecimiento en México de una sociedad socialista carente de clases.¹⁶

La CTM fagocitó rápidamente a la mayoría de las organizaciones obreras y sindicales, fuesen moderadas, izquierdistas o comunistas. En el plazo de dos años se registraron en ella 3 594 entidades que representaban a casi todos los sectores de la industria, la minería y el petróleo, los servicios (incluidos ferrocarriles, electricidad, puertos, transportes, comercio y bancos), las profesiones liberales y técnicas, así como también muchas organizaciones campesinas. El nú-

¹⁵ Saragoza, Alex, 1988, pp. 170-182. ¹⁶ “Palabras del Presidente de la República sobre el conflicto obrero patronal”, Monterrey, 9 de febrero de 1936. Cárdenas del Río, L., 1978, I-187-189; Anguiano, Arturo, 1991, pp. 51-63.



mero de miembros era en ese momento de 750 a 850 mil personas, que representaban entre 62 y 70 por ciento de la fuerza trabajadora urbana global –dato impresionante tomando en cuenta las divisiones que habían caracterizado al movimiento obrero hasta ese momento–. No se incorporaron a la CTM los empleados y otros grupos de la clase media, que habían comenzado a organizarse por separado ya en agosto de 1936. Tampoco las grandes masas de campesinos, a quienes Cárdenas destinaba una organización independiente, medida dirigida a evitar que la CTM se convirtiera en un grupo de excesiva presión e influencia. Esa fue una decisión tomada a priori y planeada con minuciosidad. El llamado de atención que recibió Cárdenas de algunos de los oradores durante la demostración de fuerza del 22 de diciembre de 1935, que le advertían que si no encontraba la forma de proteger a los obreros su futuro sería como el de Calles, había sido perfectamente asimilado. Estaba claro que, cuando se hubiese librado del enemigo que había unificado al movimiento obrero con el gobierno y se apagase la euforia consiguiente, surgirían las disensiones, y, de no encontrar la manera de controlar a ese movimiento, el mismo proceso que había resultado efectivo contra Calles se repetiría contra él.¹⁶

El ambicioso Lombardo Toledano quería una CTM hegemónica y totalmente independiente del Estado. El enfrentamiento con Cárdenas era, por cierto, sólo cuestión de tiempo. El estallido se produjo el 18 de marzo de 1936, en ocasión de la huelga declarada por 45 mil obreros ferroviarios debido a una serie de demandas que no fueron aceptadas por la dirección, entre ellas el pago por el séptimo día de trabajo. Una hora después de declarada, la huelga fue declarada ilegal por el Consejo de Conciliación y Arbitraje Federal, que

¹⁶ Anguiano, Arturo, 1991, p. 59; Hernández Chávez, Alicia, 1981, Anexo 4, p. 218.

argumentó que la organización de obreros ferroviarios carecía de existencia legal y por lo tanto no tenía autoridad para declarar la huelga. Como réplica, la CTM declaró una huelga de apoyo de una hora de duración en toda la república, el 18 de junio. Fue esta una hora gloriosa para los obreros y la CTM. Cárdenas no opinaba lo mismo y procuró que el asunto fuese urgentemente devuelto a sus manos, en especial porque el Estado era el principal accionista de la empresa ferroviaria. El 2 y 3 de junio de 1937, Cárdenas declaró la nacionalización de los ferrocarriles, en nombre del bien público, dado que “la estabilidad política interna y la defensa exterior dependen en gran parte de la eficacia de las líneas férreas”. Paralelamente, se apresuró a agregar a la ley de trabajo un artículo por el que se otorgaba a los obreros el salario por el séptimo día de trabajo, y se dejaba en manos de sus dueños la administración de las empresas ferroviarias aun cuando las mismas pasaban a ser propiedad del Estado. La señal enviada a la CTM era clara, y la lección fue bien aprendida. La reforzaron las tendencias del Frente Popular Antifascista que adoptaron los comunistas y el sector izquierdista de la CTM todavía en 1935, y el temor de que el Estado diera su auspicio a organizaciones rivales que no pertenecían a la CTM. Estas consideraciones facilitaron a Lombardo Toledano tragarla amarga píldora de su subordinación al Estado.¹⁷

La transformación del Partido Nacional Revolucionario, PNR, el partido oficialista, en un partido de masas sometido al control estatal constituía el próximo desafío. Al principio tuvo lugar su depuración de los hombres de Calles, proceso que condujo Portes Gil. La creación de la CTM y su anexión al partido (agosto de 1936) fueron el paso siguiente. El nombramiento de Silvano Barba González, hombre de la CTM,

¹⁷ Medin, Tzvi, 1990, p. 84; Cárdenas del Río, 1978, II-172; Hernández Chávez, A., 1981, p. 145.



en el cargo de secretario del partido en lugar de Portas Gil, y la promesa de conceder a la CTM autonomía profesional e influencia política dentro del partido, allanaron el camino. Otro importante paso fue el cambio de la configuración burocrática del partido, que fue declarado socialista y categóricamente comprometido con los obreros y sus necesidades. Así lo confirmaba la consigna “la nueva democracia”, en el manifiesto de septiembre de 1936.¹⁸ En febrero de 1937 se reforzó aún más la nueva orientación al crearse el Frente Electoral Popular, tras un acuerdo entre el PNR y la mayoría de las organizaciones de trabajadores, que se comprometieron a imponer a sus miembros el activismo político dentro del partido en favor del “gobierno militante” de México, como lo definió Lombardo Toledano. A cambio de ello, se concedía una representación importante a la CTM y la CCM, y otra aún mayor al CSUM, en las instituciones electivas del Estado y del partido en todos sus niveles. Lombardo Toledano no exageraba, pues, al escribir en 1961 que “[n]o hay un solo acto de trascendencia del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas en el cual no haya participado el movimiento obrero, representado por la CTM”.¹⁹

Ahora había que volver a encerrar en la botella al genio popular, antes de que se alzara contra su creador. El 18 de diciembre de 1937, Cárdenas publicó un manifiesto a la nación en el que explicaba la necesidad de adaptar los marcos políticos a las nuevas fuerzas populares que despertaban como consecuencia de las reformas que se hacían en el país. Las reformas, explicó, despertaron “variados elementos sociales” que poseen “personalidad definida y tal afinidad con la doctrina de nuestra lucha que ameritan incorporarse ellas mismas al instituto político siempre que éste se trans-

¹⁸ Anguiano, Arturo, 1991, p. 72.

¹⁹ *Ibid.*, p. 133.

forme y se modifique [adaptándose a la cambiante realidad social]”. Estos elementos de “vida fecunda” son los obreros y los campesinos, los empleados públicos y los soldados (“defensores de la Constitución y del honor nacional”), las mujeres (“la mitad del componente humano”), los jóvenes y los trabajadores intelectuales.²⁰

El 30 de marzo de 1938, a menos de dos semanas de la nacionalización de la industria petrolera perteneciente a empresas estadounidenses e inglesas, y cuando aún el entusiasmo popular estaba en su apogeo, se reunió la asamblea fundadora del Partido Revolucionario Mexicano (PRM). Su declaración de principios y su plataforma reconocían la existencia de la lucha de clases y el derecho de los trabajadores a combatir por el poder político para aprovecharlo en la mejora de sus condiciones de vida, en colaboración con grupos no organizados. La declaración apoyaba el establecimiento de una democracia obrera encaminada hacia un régimen socialista, prometía las correcciones imprescindibles en la Constitución y las leyes laborales, el estímulo al cooperativismo, la nacionalización de las grandes industrias y su traspaso a manos de los obreros, y, como cuadra a una entidad política imbuida de un *ethos* revolucionario y popular, una serie de principios relacionados con todas las áreas de la vida y de la acción destinada al progreso de la sociedad, la hacienda, la soberanía y la independencia económica. La organización se basaba en cuatro sectores: el obrero, el campesino, el popular (la clase media baja) y el militar. Esta estructura aseguraba la preeminencia del Estado y su posibilidad de controlar al movimiento obrero y a la pequeña burguesía. Un número de miembros incorporados al PRM el día de su fundación lo confirma: cerca de cuatro millones

²⁰ *Historia documental del Partido de la Revolución III, años 1934-1938, 1981, pp. 371-372.*



de personas (80 por ciento de la fuerza de trabajo), de ellos 2,5 millones de campesinos, 1.25 millones de obreros, 55 000 personas de la clase popular y 55 000 militares. En 1940 integraban el partido cerca de seis millones de personas.²¹

La fundación del nuevo partido no dio respuesta a la cuestión de una organización campesina en un marco separado y permanente, cuya creación se había decidido ya el 9 de julio de 1935. La razón fundamental para la demora en su aplicación era la resistencia de los sindicatos campesinos militantes adscriptos a la CTM –y los había en gran cantidad, sobre todo en los ramos tecnológicamente más avanzados: azúcar, agave y algodón– a escindir-se de la misma de acuerdo con las exigencias de Cárdenas para asociarse a la organización separada. También llevó su tiempo convencer a la CTM de que prescindiera de esos sindicatos, que le aportaban mucho poder. Otra razón para la demora fue la lentitud con que era administrada la organización de las ligas agrarias estatales, que según las previsiones debían constituir la base del movimiento campesino. La CCM, núcleo de las confederaciones campesinas, albergaba sólo siete ligas locales; en 1936 creció su número a 13, y solamente en 1938 llegó a 37, número suficiente para fundar el movimiento. La euforia que acompañó a la nacionalización del petróleo en marzo de 1938 y la creación del PRM fue, al parecer, lo que llevó finalmente a los campesinos a aceptar su ingreso en los marcos propuestos.

Después de estos y otros inconvenientes, se creó finalmente la Confederación Nacional Campesina, CNC el 28 de agosto de 1938. Su primer secretario general fue Graciano Sánchez, que en esos momentos encabezaba la Dirección para Asuntos Indígenas (DAI). La asamblea fundacional no se desarrolló pacíficamente. Hubo delegados que se oponían a la unificación forzosa y a la afiliación automática al partido,

²¹ *Ibid.*, pp. 475-485; Ianni, Octavio, 1977, p. 48.

objetando que ello les quitaría definitivamente la fuerza de negociación frente al Estado. Pero Cárdenas presionó, convenció y consiguió finalmente lo que deseaba. Formalmente, el resultado era impresionante desde el punto de vista tanto orgánico como ideológico: la CNC, según lo manifestado en sus estatutos, llevaría adelante la lucha de clases para la consecución de tierras para todos los campesinos; reconocería el principio de que la tierra es de quien la trabaja sin hacer diferencias entre arrendatario, aparcerero, peón o campesino independiente; promovería la educación socialista de los campesinos, facilitándoles el acceso a la enseñanza desde la escuela primaria hasta la universidad, y reconocería el ejido –población de terrenos comunales, pero en la que el trabajo de las parcelas familiares es privado– como punta de lanza de la economía rural.²²

A los ojos de los críticos del cardenismo, el PRM no expresaba la unión del proletariado, sino todo lo contrario. De acuerdo con sus objeciones, el partido escindía sectorialmente a los obreros y les imposibilitaba una comunicación directa y una acción conjunta efectiva. La actividad electoral tomó al poco tiempo el lugar de la actividad sindicalista independiente, el movimiento huelguista fue sofocado y el trabajo comenzó a buscar vías de conciliación con el capital y a congraciarse con la burguesía. El movimiento, se dijo también, se transformó en un íntimo socio del gobierno y en un promotor entusiasta de la política de conciliación nacional, industrialización y atracción de capital extranjero, en oposición a los intereses profesionales y clasistas de los obreros, que quedaron tan pobres e indefensos como lo estaban antes.²³

²² González Navarro, Moisés, 1985, p. 86.

²³ Anguiano, Arturo, 1975, pp. 138-139; Córdova, Arnaldo, 1987, pp. 167-176; Basurto, Jorge, 1983, pp. 111-113.



Desde el punto de vista de la instrumentación del proyecto, parte de la crítica es acertada. Sin embargo, la misma tiende a desconocerla situación del movimiento obrero antes de la injerencia cardenista. Este era un movimiento débil, limitado a acciones a nivel de fábricas o de sectores industriales, totalmente dependiente del apoyo estatal, tal como lo demostraron sin lugar a duda los enfrentamientos laborales de Monterrey y La Laguna en 1936, cuando fue necesaria una acción de dimensiones más amplias. El trabajo de Cárdenas consolidó el movimiento obrero en un cuerpo nacional dinámico, y le otorgó una red de seguridad permanente que surgía de su tendencia pro obrera y anticapitalista. En esas condiciones podía Cárdenas exigir que se redujeran las huelgas y se solucionasen los conflictos de trabajo mediante tratativas, sin afectar a los obreros. Por otra parte, si observamos la conformación del partido desde el punto de vista funcional, tal como lo hace, por ejemplo, Pablo González Casanova (1965), uno de los más importantes investigadores del sistema político mexicano, obtenemos un cuadro menos draconiano: el intento de lograr en México una integración social, fomentar la conciencia civil y procurar el poder suficiente para que el país se enfrentase con el capital y la penuria social, requería la unión de los factores obreros dispersos y la utilización de su fuerza de manera organizada. Este era el único camino, según González Casanova, para la consecución de esos objetivos.²⁴

Esta posición es también aceptada por Tzvi Medin, quien halla relación entre los grandes logros del cardenismo en el campo social y político, a los que nos referiremos más adelante, y la unión de todos los factores laborales en una estructura compacta, como quiso hacerlo Cárdenas. Esta configuración tuvo éxito, a su entender, debido al alineamiento

²⁴ Villegas, 1982, p. 111.

miento conceptual y práctico que estableció Cárdenas entre los conceptos de *nación, revolución, partido y gobierno*, sobre el que basó la estructura de su poder. En ese modelo, se presentó a la Revolución como el hecho que dio nacimiento a la nación mexicana; al partido, como marco de unión de todas las fuerzas revolucionarias de la nación, y al gobierno, como marco de acción para movilizar las fuerzas organizadas hacia la concreción de los ideales revolucionarios establecidos en la Constitución nacional. La concepción del partido como eje que reúne a la nación con la Revolución por un lado, y al gobierno revolucionario por el otro, es la que otorgó a toda la estructura su razón de ser y su estabilidad.²⁵

LA REFORMA AGRARIA: IDEOLOGÍA Y EMPEÑO PUESTOS A PRUEBA

La Constitución de 1917 posibilitaba la realización de una reforma agraria que respondiera a las necesidades económicas y sociales de México. Establecía las justificaciones históricas y morales para la división de los latifundios, definía con claridad la naturaleza social de la pequeña parcela familiar que resultaría de dicha división y otorgaba al Estado la autoridad necesaria para reorganizar los sistemas de propiedad, de manera de que cada campesino fuese dueño de su predio. En concreto, hasta comienzos de los años 30 no se hizo mucho. Todos los gobiernos revolucionarios desde Venustiano Carranza (1917-1920) prefirieron no meterse con los latifundios, que constituían el grueso de la superficie agraria, no tanto porque confiaran en los latifundistas sino porque dudaban de que los campesinos independientes pudiesen constituir una alternativa económica aceptable. También temían que una reforma a gran escala generase una políti-

²⁵ Medin, Tzvi, 1990, pp. 229-230.



zación popular difícil de controlar y brindara al liderazgo radical una vía de penetración en la pirámide del poder gubernamental. El resultado fue que, durante los 17 años de distribución agraria anteriores a Cárdenas, se repartieron solamente alrededor de 7.7 millones de hectáreas de un total de 131 millones disponibles para la agricultura en México en 1930 (ya que 80 por ciento de la tierra mexicana no estaba en condiciones de ser trabajada sin que antes se realizaran modificaciones infraestructurales). Quienes se beneficiaron de esa distribución fueron poco más de 780 mil entre una población de 3.6 millones de jefes de familias campesinas. Y aun estas reducidas proporciones (6 por ciento de la tierra y 25 por ciento de los campesinos) resultaban tan amenazadoras, que ya en junio de 1930 se decidió terminar con la distribución, y se fijó un corto plazo para cerrar los expedientes ya abiertos, existentes, después de lo cual no habría “ni una palabra más sobre el particular”, según dijera Calles.²⁶

La objeción que Calles esgrimió repetidamente fue que el ejido había fracasado desde el punto de vista socioeconómico y no había que derrochar en él nuevos recursos y tierras, que en cambio debían dedicarse a la creación de la pequeña propiedad familiar. Calles ignoró deliberadamente la relación entre el aparente fracaso y las decenas de limitaciones impuestas al proyecto, de las que destacaremos sólo tres: las parcelas eran demasiado pequeñas, y en la mayoría de los casos el terreno era pobre; faltaba un sistema organizado de créditos, precios, instrucción técnica, investigación, mercados y transporte, y –posiblemente la limitación más grave– el ejido era concebido como marco temporario y parcial que el campesino utilizaba para completar los ingresos familiares, mientras continuaba el trabajo asalariado en los latifundios, que sería próximamente reemplazado por una

²⁶ 27 Medin, Tzvi, 1982, p. 102; Simpson, Eyley N., 1937, pp. 439-440.

estructura permanente basada en una propiedad familiar más eficiente.

Los “agraristas”, el grupo de estadistas jóvenes, en su mayoría pertenecientes a la generación que se sumó a la revolución después del asesinato de Francisco Madero, no se avinieron con la resolución y su obvia consecuencia: el mantenimiento de la estructura latifundista y la perpetuación de la pobreza y decadencia del sector rural. No es que dudaran del ideal de la pequeña propiedad privada, establecido en la Constitución, pero estimaban que su implementación no estaba en las posibilidades políticas y económicas del gobierno, y tampoco en sus intenciones y su concepción ideológica. Sus temores eran que el gobierno continuara manteniendo los latifundios indefinidamente. Los agraristas percibían el significado político de la situación, se veían a sí mismos como fuerza ascendente, y, en la gran partida de ajedrez intergeneracional que se jugaba en esos años era evidente que la suspensión del agrarismo popular significaba la muerte política de la generación joven y radical de la Revolución.

Los agraristas comenzaron por lo tanto a organizarse para la lucha, a cuyo frente se ubicó Cárdenas, su líder desde 1931. Contra los argumentos de que el ejido había fracasado socialmente, Cárdenas expuso en septiembre de 1929 un cuadro totalmente opuesto, que mostraba un ejido de gran actividad, muy preocupado por la educación de los niños, que construye con entusiasmo nuevas escuelas y reclama más y más maestros. Con el mismo énfasis, rechazó los argumentos de que el ejido había fracasado económicamente: “[...] repito que no hay fracaso ejidal; se habla del fracaso ejidal, no porque sea una realidad, sino porque a los enemigos de la Ley Agraria [...] les interesa sostenerlo”, declaró en noviembre de 1930 ante los docentes de la universidad de Michoacán. La producción agrícola no bajó: “[...] es mi opinión que el campesino productor consume actualmente lo



que en realidad necesita para su cabal alimentación y la de los suyos, en tanto que antes del reparto ejidal estaba constreñido a consumir únicamente lo que le permitía su exiguo jornal ola miserable participación que los propietarios de la tierra le asignaban". "El ejido", dictaminó, "será la base de la prosperidad del país".²⁷

Hacia fines de enero de 1931, Cárdenas aguzó sus argumentos. En un artículo que publicó en el diario oficial del partido, *El Nacional*, explicó que la Revolución, tal como se había desarrollado desde 1917, y en especial desde 1920, no era ya la revolución política de sus comienzos, sino una revolución social. Por lo tanto, la distribución de tierras, componente central de la misma, no sólo no podría detenerse sino se intensificaría mediante mejores técnicas de distribución y la superación de los errores cometidos en el pasado.²⁸

Durante su campaña electoral, el reparto agrario se convirtió en la llave maestra para cambiar la conciencia y el estilo de vida mexicanos, clave para la instrucción y la educación, herramienta para purificar el alma de los vapores del alcohol y del veneno del extremismo religioso, palanca para el uso inteligente del crédito mediante la tecnología y

²⁷ Cárdenas del Río, L., 1978, "Informe 1929-1930", II-21; "Discurso del Gobernador Constitucional de Michoacán al separarse del gobierno del Estado", nov. 7, 1930, *Ibid.*, I-93-95; "Palabras del Gobernador Constitucional del Estado de Michoacán al inaugurar el Instituto de Investigaciones Sociales", nov. 6, 1930, *Ibid.*, II-91-93; "Declaraciones del Presidente del PNR a la Prensa Nacional en apoyo de los gobernadores", dic. 3, 1930, *Ibid.*, II-95-97; Discurso del Presidente del PNR sobre el Programa de Trabajo para el año 1931", dic. 31 de 1931, XXX *Ibid.*, II-98-101.

²⁸ Cabrera, Luis, 1986, p. 189; Lázaro Cárdenas, "No ha fracasado la Revolución, respuesta de Lázaro Cárdenas, Presidente del Comité Ejecutivo Nacional Revolucionario a Luis Cabrera", publicada en el periódico *El Nacional*, febrero 1, 1931, *Ibid.*, p. 202; "Respuesta del Presidente del PNR a los ataques lanzados al régimen de la revolución", enero 31, 1931, *Ibid.*, pp. 101-106.

el conocimiento tecnológico. Para aclarar que sus objetivos no eran fantasiosos, tal como podrían parecerlos a la luz de la defraudante experiencia anterior, Cárdenas declaró: “Mis palabras no son simples promesas, sino que se palparán en hechos desde los primeros días de mi gobierno, si es que soy llevado a la presidencia de la República. Espero que algún día puedan ustedes decir que Lázaro Cárdenas cumplió los compromisos que contrajo como soldado y como ciudadano de la Revolución”. Tampoco rehuyó referirse al problema de la seguridad física de los campesinos que se incorporaran al agrarismo, cuestión crítica que se interponía entre la buena voluntad y la posibilidad de concretarla. Cárdenas prometió: “Entregaré a los campesinos el máuser con el que hicieron la Revolución, para que la defiendan, para que defiendan el ejido y la escuela”.²⁹

De esa manera, de la unión de componentes utópicos, históricos, legales y procesales nació la nueva ideología revolucionaria. El ejido temporario y marginal de la generación veterana, que no podía satisfacer ni aun las necesidades básicas de la familia, se transformó en piedra fundamental del programa de rehabilitación socioeconómica del campo y la agricultura; en el criterio más importante para justificar la lucha revolucionaria y sus víctimas y para establecer la justicia social, base del Estado posrevolucionario cardenista. El hecho es que el cambio se produjo, después de una disminución sin precedentes en la aplicación del agrarismo, que llegó en 1934 a sólo 74 operaciones contra un promedio multianual de 360. Con el régimen establecido en diciembre de 1934 nació la reforma más dramática que conoció la historia de México, tal como lo muestra la tabla 1.

²⁹ Discurso del candidato del PNR a la Presidencia de la República, Guerrero, 17 de mayo de 1934, Cárdenas del Río, L., 1978, I-128-129.



TABLA 1

Aplicación cuantitativa y cualitativa de la reforma agraria en el periodo de Cárdenas
(diciembre 1934-noviembre 1940) (superficie en hectáreas)

<i>Categoría</i>	<i>Ejidos</i>	<i>1935</i>	<i>1936</i>	<i>1937</i>	<i>1938</i>	<i>1939</i>	<i>1940</i>
Ejidos	10385	1113	2174	2220	1204	2011	1663
Ejidatarios	759983	99956	171077	167107	78916	144355	98572
Superficie	17485720	1565946	3058234	4183814	2027477	3430717	3219532
Promedio de terreno cultivable por campesino	5.2	5.0	5.3	5.2	5.5	4.8	5.4
Promedio de área irrigada por campesino	1.14	1.2	1.0	0.77	0.95	1.17	1.9
Total de superficie cultivable (%)	22.5	32.0	29.6	20.6	21.4	20.0	16.6

Fuente: Everardo Encárcega López, "El principio de la reforma agraria", en *Historia de la cuestión agraria*, vol. 5 (1), 1934-1940, pp. 125-138.

En total durante su presidencia Cárdenas dictó durante su presidencia 10419 decretos agrarios (en comparación con los seis mil anteriores, desde los comienzos de la reforma), por los cuales se constituyeron 7864 nuevos ejidos, se ampliaron otros 2525, se crearon nueve centros nuevos de población agrícola y se reintegraron tierras a 21 comunidades indígenas –datos que implican una actividad 2.5 veces mayor que todo lo realizado antes de su presidencia. Cada campesino recibió un promedio de 5.2 hectáreas de tierra laborable, de ellas 1.14 hectáreas irrigadas, lo cual implica que, en comparación a los datos del periodo 1916-1934, la superficie laborable por campesino era 2.2 veces mayor, y el área irrigada 3.2 veces mayor.

Esta fue realmente una revolución agraria, a pesar de que el área por campesino todavía no resultaba suficiente para la manutención familiar, tanto según las condiciones agrícolas como según las leyes agrarias de 1934 y de septiembre de 1940 (que establecían cuatro hectáreas irrigadas por campesino o en su lugar ocho hectáreas de tierras de temporal).³⁰ El alcance de esta revolución no se expresó solamente en el aspecto cuantitativo, sino en su ataque masivo contra la gran propiedad privada, que contaba hasta ese momento con total inmunidad y había perdido solamente zonas marginales y no productivas. Casi 80 por ciento de las tierras que expropió Cárdenas eran privadas, y, lo más importante, las más productivas y fértiles del país. Por primera vez en la historia del agrarismo mexicano, las listas de perjudicados incluyeron a los más poderosos terratenientes locales y extranjeros, como las muy influyentes familias Madero y Richardson de Coahuila, Terrazas de Chihuahua, y Hernández y Muriel de San Luis Potosí, que conjuntamente

³⁰ *Código Agrario de los Estados Unidos Mexicanos* (23 de septiembre de 1940), México D.F. 1940, Artículo 83, p. 28.



perdieron 462 000 hectáreas. Junto con ellas fueron afectadas otras 8 700 familias y empresas agrícolas.³¹

Salvo en el año 1938, que fue muy problemático debido a la nacionalización de la industria petrolera, la reforma de Cárdenas mantuvo un ritmo estable a lo largo de los años. Los datos de la distribución agraria no justifican la opinión, frecuente en la historiografía del cardenismo, según la cual Cárdenas “se replegó” después de 1938 debido a la fuerte presión estadounidense y la creciente oposición interna. Es cierto que se produjo una pequeña disminución en las operaciones, más la misma no fue notable. Lo importante para nuestro tema es que la situación agraria de 1940 muestra una transformación dramática en el panorama agrícola, que se deduce de la tabla 2.

TABLA 2

Datos agrarios y agrícolas comparativos 1930-1940 (Correlación de los valores en hectáreas y pesos)

<i>Categorías</i>	<i>1930</i>	<i>1940</i>
Número de parcelas:		
Privadas	858 209	1 233 609
Ejidales	854 020	1 218 829
Superficie total:		
Privada	123 249 899	99 826 417
Ejidal	8 344 651	28 922 808
Superficie cultivable:		
Privada	12 677 301	7 825 858
Ejidal	1 940 468	7 045 220
Superficie cultivada:		
Privada	5 097 240	3 436 848
Ejidal	749 671	3 200 640

³¹ Escárcega López, Everardo, 1990, pp. 89-120

<i>Categorías</i>	<i>1930</i>	<i>1940</i>
Área boscosa aprovechada:		
Privada	3 314 113	782 989
Ejidal	55 747	1 002 493
Valor de sistemas de riego:		
Privado	121 638 165	48 451 463
Ejidal	4 825 358	52 994 559
Valor del instrumental agrícola:		
Privado	66 914 029	70 448 073
Ejidal	3 896 809	71 786 685
Valor de la producción agrícola:		
Hacienda privada	408 559 333	419 308 684
Hacienda ejidal	50 038 157	408 423 474

Fuente: Segundo censo agrícola ganadero de los Estados Unidos Mexicanos (1940), resumen general, Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, México, 1951, Cuadro 1, pp. 11-12.

La superficie de tierra laborable de los ejidos se multiplicó por 3.6 hacia fines de 1940; resulta más impresionante aún la cuadruplicación de las áreas agrícolas explotadas y el aumento de 18 veces en el aprovechamiento de los bosques. Un crecimiento sin precedentes tuvo lugar también en el rubro de la maquinaria agrícola y los equipos de riego, y sobre todo en el rendimiento del ejido, que creció ocho veces en ese mismo periodo, pese al crecimiento nominal de sólo 2 a 2.5 veces en la superficie del ejido. Tal como lo había previsto Cárdenas, la significación del proceso afectó a todo el país: el rendimiento agrícola de 14 productos importantes creció en 1.1 millones de toneladas (15 por ciento) y el valor de la producción agrícola nacional se duplicó.

La revolución agraria tuvo causas adicionales: la notoria ampliación de las infraestructuras, el desarrollo de un



aparato de orientación e investigación, la construcción de una red de silos, los grandes proyectos de diques y reservorios de agua e irrigación, la política de apoyo a los precios, el avance del cooperativismo agrario y, por último, el establecimiento de un impresionante sistema de crédito para el mercado ejidal. Con este fin específico fue fundado un banco que hizo circular desde el comienzo de sus operaciones (diciembre de 1935) más de 304 millones de pesos (84 por ciento del total del crédito agrario del país).³² Otra causa esencial fue la creación del ejido colectivo en zonas de alto nivel agro-tecnológico, la especialización en cultivos de alto valor agregado –algodón, agave, trigo, arroz, caña de azúcar, cítricos– y una organización sindicalista de avanzada. La ventaja del ejido colectivo consistía en que sus tierras no eran labradas por las familias separadamente (a pesar de que se trataba de una propiedad comunitaria corporativa) sino en forma asociada, similar a la del koljoz ruso o la comunidad cooperativa israelí.

El experimento de vanguardia que dio lugar al surgimiento de lo que se llamó “hacienda sin hacendados” tuvo lugar en el enorme distrito agrícola La Laguna, que abarca los estados de Coahuila y Durango, en el norte del país, especializados en el cultivo de algodón para exportación. En los 45 días de una campaña realizada en octubre-noviembre de 1936, que contó en su mayor parte con la presencia de Cárdenas mismo, se entregaron 447 516 hectáreas (de las cuales 67 por ciento contaba con irrigación) a 34 743 campesinos, la mitad de ellos peones acasillados, organizados en 296 ejidos colectivos. Con la ayuda del generoso crédito invertido en la región, la sofisticada organización cooperativa, el sistema de mecanización agrícola especialmente traído y

³² Escobar Toledo, Saúl, 1990, pp. 428, 468-469; Laborde, Hernán, 1952, vol. 4 (1) (enero-marzo de 1952): 60-64.

las generosas sumas entregadas a los campesinos para sus casas y equipos, el proyecto de La Laguna se convirtió en una realidad exitosa. El trabajo abarcaba ahora casi todo el año (un promedio de 232 días laborables, cosa extraña antes de la reforma), y los ingresos de los ejidatarios, en su segundo año de trabajo, saltaron de un promedio de 348 pesos por campesino a 407 pesos netos.

La Laguna no fue un caso aislado, sino el comienzo de una campaña que se extendió a otras zonas como Yucatán, la zona de la tribu yaqui de Sonora, Michoacán y Sinaloa. Se totalizaron 724 ejidos colectivos, que constituyeron una experiencia, única en su especie, de conexión entre una concepción de mundo y una realidad económica y organizacional, y de consolidación de un sistema innovador que no se rindió ante los riesgos económicos y sociales que habían sido previstos no sólo por los oponentes a la reforma, sino también por muchos de sus partidarios. Sin lugar a duda triunfó aquí el enfoque cardenista “haremos y oiremos”, que expresó de hecho, posiblemente más que cualquier otra cosa, el giro ideológico de la época de Cárdenas.³³

En un destacado artículo escrito diez años después de la reforma cardenista, sostuvo Hernán Laborde, uno de los líderes del Partido Comunista y su candidato a la presidencia en 1934, que el alarde cardenista de distribuir tierras suficientes para la subsistencia familiar de todos los campesinos mexicanos era meramente ilusorio. Según los datos existentes sobre el agro mexicano, habrían podido asignarse como máximo 23.6 millones de hectáreas aptas para el cultivo, entre ellas cuatro millones de tierras irrigadas. Esta cantidad, según Laborde, no alcanzaría a cubrir el consumo doméstico básico, aun en el caso de producirse una gran migración interna desde el centro superpoblado a las zonas menos ha-

³³ Eckstein, Salomón, 1978, pp. 135-165.



bitadas del territorio nacional –proceso impracticable de por sí debido a su costo elevado–.³⁴ ¿Por qué entonces emprendió Cárdenas la reforma de manera tan pretenciosa? ¿Acaso no había sido desde el comienzo testigo de las limitaciones agraristas, que lo llevaron a decir, desilusionado, al final de su cadencia: “¿No obstante el reparto agrario efectuado hasta la fecha y el fraccionamiento de los grandes predios fomentado por el Gobierno para crear la pequeña propiedad, México continúa siendo por la concentración de la propiedad, un país esencialmente latifundista”?³⁵

La respuesta no debe buscarse en el plano económico propiamente dicho, sino en los objetivos globales que se hallaban en la base del agrarismo cardenista: desmantelamiento del latifundismo y de su poderosa estructura político-económica, y eliminación de su mentalidad de señorío y autoridad, que impedían el desarrollo de una sociedad libre en México; anhelo de reforzar la soberanía del país y su derecho a administrar sus riquezas naturales según sus propias pautas; deseo de preparar la base ideológica y política del paso siguiente, aún más problemático: el control estatal sobre las riquezas del subsuelo, y, por último, la cimentación de un *ethos* revolucionario que obligase a los gobiernos futuros a continuar con la reforma, aun si no estuvieran de acuerdo con la concepción de mundo social que la fundamentaba. Por cierto, el hecho de que, desde el periodo de Cárdenas hasta el fin de la reforma agraria (febrero de 1992), se hayan distribuido otros 75 millones de hectáreas entre más de 1.5 millones de campesinos, en la mayoría de los casos por gobiernos que no eran agraristas acérrimos, prueba la vigencia de su postura.

³⁴ Laborde, Hernán, 1952

³⁵ Cárdenas del Río, L., 1940, p. 327; véase también p. 154.

No podemos estar de acuerdo con la idea de que Cárdenas emprendió la reforma sólo debido a la agitación campesina originada en la lentitud del proceso agrarista en los años que lo antecedieron, en la acumulación de 12 000 expedientes ejidales no resueltos, en la crisis económica mundial o la organización del Movimiento Sinarquista–movimiento católico popular y antirrevolucionario consolidado en el oeste de México–, tal como lo sostienen determinados historiadores.³⁶

No hay duda de que Cárdenas era consciente de esos procesos. Pero su ideología agrarista se desarrolló en las condiciones que antecedieron a los síntomas de la crisis económica o a las crecientes exigencias de tierra. El México que heredó Cárdenas en 1934 logró enfrentarse muy bien con esas presiones sin rendirse especialmente ante ellas y evitando medidas radicales, orientando la reforma hacia zonas más fértiles y asumiendo el peligro de una crisis económica. Cárdenas tampoco se asustó de los sinarquistas, cuyo poder e influencia eran limitados, y que además nunca consideraron la posibilidad de una lucha armada contra el Estado. Menos satisfactoria aún es la versión de Arturo Anguiano, según la cual la reforma cardenista fue un mecanismo destinado a llevar a México hacia un nuevo tipo de capitalismo explotador (o “cabalgante”), que eliminaría las últimas barreras estructurales que impedían el libre desarrollo de las fortunas burguesas.³⁷ Pareciera que, además de consideraciones pragmáticas, en su reforma agraria Cárdenas estuvo motivado por la utopía socialista, que pretendía generar una alternativa humanista al capital, al imperialismo y al atraso

³⁶ Anguiano, Arturo, 1975, p. 36; Gilly, Adolfo, 1994, p. 316.

³⁷ Este es el argumento central de Arturo Anguiano en *El Estado...*; véase su resumen, p. 139.



social y mental que llevaba consigo el capitalismo a todo lugar de México donde clavaba su estaca.

LA EDUCACIÓN SOCIALISTA: OBJETIVO CLARO Y MÉTODO CONFUSO

En el discurso que pronunció en la asamblea del PNR en Querétaro en diciembre de 1933, Cárdenas declaró que sería un acto de justicia elemental implementar en México un régimen de “redención social”. El punto de partida consistía en el rechazo total del pasado prerrevolucionario, responsable de la formación de un mexicano carente de conciencia de sí mismo, repleto de falsos dogmas religiosos y expuesto a la completa degeneración moral. Esta situación caracterizaba, según los cardenistas, a las comunidades rurales y sobre todo a las indígenas.

La crítica al cardenismo en años recientes parte precisamente de este punto. La imagen de un mundo campesino estancado, exhausto, “donde los relojes se habían detenido”, no era, para los críticos, sino una leyenda negra astutamente fraguada por los cardenistas para legitimar su asalto al mismo. El mundo rural era otra cosa. Ciertamente era pobre, pero plétórico de una auténtica vida cultural. Los habitantes de las aldeas se conocían bien a sí mismos, eran católicos por propia decisión y no veían contradicción alguna entre su religión y su identidad mexicana. En el área social, por ejemplo, los campesinos habían logrado movilizar con eficacia mecanismos tradicionales de regulación de la riqueza y obtener por medio de los mismos una cierta forma de igualdad social. La Revolución no habría tenido mucho para renovar en el campo, y ciertamente no podía atribuirse el monopolio de la conciencia colectiva, el patriotismo o la justicia social.³⁸

³⁸ Mendoza, Ezequiel, 1990; Becker, Marjorie, 1995, p. 67.

Efectivamente, el cardenismo se desarrolló con base en un enfrentamiento con el pasado y con la realidad presente, y por lo tanto es posible que haya exagerado al describir las limitaciones de esa realidad. Sin embargo, Cárdenas no tenía ante los ojos una comunidad rural modelo sino un pueblo concreto, carente de todo romanticismo, donde la vida era ruda y difícil, tal como lo atestiguan muchas creaciones importantes de comienzos del siglo.³⁹

Esta realidad no le dejó a Cárdenas duda alguna sobre su misión política. Su problema y el de todos los agraristas era hallar una teoría adecuada para explicar el proceso histórico que había generado esa realidad y establecer las vías para su corrección. En las décadas de 1920 y 1930, el marxismo podía proveer una respuesta satisfactoria a esas cuestiones. A Cárdenas no le fue difícil, por lo tanto, encontrar personas que le explicaran la compleja situación a través de esa teoría, de la que finalmente él derivó una suerte de socialismo moderno (¿mexicano?). Entre esas personas encontramos a varios de los fundadores del Partido Socialista de Michoacán a comienzos de los años 20, como Francisco Múgica, quien sería ministro de Transportes en el gobierno de Cárdenas; Luis Mora Tovar, poeta, líder del ala izquierda de la Cámara de Diputados durante la presidencia de Cárdenas y posteriormente senador; Alberto Bremauntz, senador y uno de los modeladores de la educación socialista en la Constitución federal, y Gabino Vázquez, jurisconsulto y director del Departamento de Colonización y Asuntos Agrarios en el gobierno de Cárdenas. De ellos obtuvo Cárdenas la noción de que el problema central de la Revolución había de ser el enfrentamiento con una conciencia falsa, que había contribuido en mucho a convertir al mexicano en el siervo

³⁹ Molina Enríquez, Andrés, 1985; Turner, John Kenneth, 1969; Cabrera, Luis, 1961, II-277-310.



de la oligarquía criolla. La erradicación de esa conciencia y la implantación de otra diferente fue concebida como la misión central en el camino al socialismo, a un hombre nuevo y a una sociedad más justa. A ese objetivo consagró Cárdenas la educación “socialista”.

Cárdenas llegó a la presidencia con una valiosa experiencia adquirida en la programación de la escuela social de Michoacán. Esta institución se basaba en los principios delineados en su momento por José Vasconcelos, ministro de Educación (1921-1923) del presidente Álvaro Obregón: nacionalismo, racionalismo, modernidad, laboriosidad (según el método de John Dewey), solidaridad y cooperación (cuya fuente se hallaba en la educación soviética). La escuela social se sustentaba también en un nuevo ideal de maestro como emisor, guía y organizador, portador de la “nueva ideología revolucionaria”, el hombre que debía convertir la escuela descuidada, pasiva y dogmatizada en una institución social activa, “creadora de mejores hábitos y costumbres, exenta de prejuicios y fanatismos religiosos, políticos y sociales, forjadora de sentimientos vivos de solidaridad, cooperación y fraternidad”.⁴⁰

Durante su gobierno en Michoacán, Cárdenas se abstuvo de rotular la educación impartida en su estado como socialista, aun cuando esa era la definición aceptada por el CRMDT. El giro terminológico tuvo lugar en enero de 1934, cuando comenzó a hablar de una revolución “socialista” y no “social” –como manera de afinar sus mensajes y pre-

⁴⁰ Cárdenas del Río, L., *Informe 1928-1929*, Archivo Histórico del Estado de Michoacán de Ocampo (AHEMO), XLII Legislatura, Varios, Expediente 19, Caja 1, p. 12-13; Lázaro Cárdenas, 1978-1979, “Informe del Gobernador del Estado de Michoacán, correspondiente a los años 1928-1929”, en: *Palabras y documentos públicos*, tomo II: “Informes de gobierno y mensajes presidenciales de Año Nuevo”, pp. 7-8; Ginzberg, Eitan, 1996, pp. 76-81.

sentar su propia alternativa—. Esa retórica se expandió rápidamente en el campo educacional, que atravesaba, desde 1924, una gradual radicalización conceptual, en gran parte debida a la labor de Lombardo Toledano.⁴¹ Su culminación tuvo lugar en la asamblea del PNR en diciembre de 1933, en que se cambió, dentro del plan sexenal, la denominación de “escuela laica” por la de “escuela socialista”.⁴² A fines de 1934 esa denominación fue introducida en el artículo 3 de la Constitución.

La nueva nomenclatura creó gran confusión. El público culto y los maestros tuvieron dificultades en diferenciar entre las 33 versiones que halló un laborioso historiador para el concepto “educación socialista”, y sobre todo en comprender de qué socialismo se trataba: “científico”, “nacional”, “anticlerical”, etcétera.⁴³ Cárdenas mismo no tenía problema alguno con su propia definición, que era más comprensiva: la educación socialista como una alternativa conceptual, axiológica y pedagógica al programa conservador y paternalista de la educación liberal, por una parte, y de la educación religiosa, por la otra. Cárdenas no se vio arrastrado contra su voluntad a una definición nueva, como lo sostienen Enrique Krauze y Josefina Vázquez. Por el contrario, la definición servía perfectamente a sus propósitos de suscitar un debate educacional y ligarlo nuevamente a los ideales sociales de la Revolución, y le ayudó a imponerse en la construcción del nuevo México con instrumentos conceptuales más elaborados con los que extirpar el fanatismo religioso que, en su opinión, aún se albergaba en la conciencia colectiva. Además, la nueva definición liberó a Cárdenas de la incomodidad que le producía el estilo fuertemente antirreligioso del artículo 3, implantado

⁴¹ Sotelo Inclán, Jesús, 1997, p. 264.

⁴² Dulles, John W.F., 1967, p. 567.

⁴³ Monroy Huitron, Guadalupe, 1985, pp. 51-53.



por Calles en el Plan Sexenal. Al presidente entrante le era claro que ello podía arrastrarlo a un enfrentamiento con la Iglesia y sus partidarios. El recuerdo de la sangrienta revuelta cristera de 1926-1929 en el oeste del país era todavía muy fresco. Cárdenas no tenía el menor interés de que se repitieran esos lamentables sucesos, en cuya solución de compromiso él mismo había participado activamente en junio de 1929. Le era claro que, si no lograba quitarle a la educación el calificativo de antirreligiosa, Calles, padre de la reforma judicial que condujera a la revuelta de 1926, sería glorificado como héroe, y él mismo, Cárdenas, quedaría relegado a un papel secundario. Esto permite comprender el hecho de que, a principios de 1936, prohibiera relacionar la propaganda antirreligiosa con la educación socialista, sin por ello renunciar en lo más mínimo al resto de su programa.⁴⁴

A fin de ordenar las numerosas interpretaciones y presentar una concepción oficial de la escuela socialista, el Ministerio de Educación publicó dos documentos, el 20 de diciembre de 1934 y el 25 de enero de 1935, titulados Tesis de la Secretaría de Educación Pública sobre la enseñanza socialista y Plan de acción de la escuela primaria socialista. La educación socialista era descrita como “emancipadora, única, gratuita, científica o racionalista, técnica de trabajo, socialmente útil, desfanatizadora e integral”, conceptos muy semejantes a los de la “escuela social”, sobre todo la de Michoacán.⁴⁵ De hecho, la nueva pedagogía adoptaba elementos de la pedagogía soviética y hasta se basaba en los escritos

⁴⁴ Krauze, Enrique, 1997, p. 460; Vázquez de Knauth, Josefina, 1971; Medin, Tzvi, 1982, p. 179

⁴⁵ “Tesis de la Secretaría de Educación Pública sobre la enseñanza socialista y Plan de acción de la Escuela Primaria Socialista”, en Guevara Niebla, Niebla, 1998, pp. 95-100, 101-108; Mejía, “La escuela que surge de la Revolución”, *Historia de la educación pública en México*, pp. 214-215; Medin, Tzvi, 1980, p. 182.

de algunos de sus creadores (como Makarenko y Sinkevich), fundamentándose en tres nociones: naturaleza, trabajo y sociedad. Según la historiadora Josefina Vázquez, en la práctica la comisión tomó el material tradicional existente y lo reorganizó en torno a esos tres focos, “rellenándolos con palabrería” y condimentándolos con conceptos marxistas que nadie entendía.⁴⁶

Este panorama no coincide con otras descripciones, quizás ligeramente románticas, que caracterizaron la historiografía cardenista de los años 40 y 50, como las de Nathaniel y Silvia Weyl, para quienes la educación socialista dejó atrás la “escuela activa” de los años 20 que tanto entusiasmaba a Dewey, y avanzó decididamente hacia adelante. Miles de jóvenes entusiastas, que sabían muy poco fuera de leer y escribir, se desparramaron por el campo mexicano para fundar escuelas y llenarlas de actividades durante todo el día y hasta por las noches. La escuela no fue sólo una institución que formaba a los niños según los valores de la Revolución: se convirtió también en un centro de educación para adultos y en sede de actividades comunitarias. Al final del día, los maestros se transformaban en instructores que organizaban a los campesinos en la lucha por sus tierras, les proporcionaban enseñanza básica y les inculcaban formas progresistas de organización del trabajo y de enfrentamiento con los problemas agrícolas, sanitarios y culturales de la comunidad.⁴⁷

Este cuadro no está alejado de la realidad. El mito del maestro rural, los 300 maestros rurales asesinados entre 1935 y 1939, algunos con estremecedora crueldad, y los muchos más a quienes cortaron las orejas los “especialistas” aliados de la Iglesia como “El Tallarín” (Enrique Rodríguez,

⁴⁶ Vázquez de Knauth, Josefina, 1971, p. 10; Sotelo Inclán, Jesús, 1997, p. 286.

⁴⁷ Weyl, Nathaniel, 1955, pp. 297-303.



el terror de Morelos), ciertamente nos muestran un aparato educacional que se atuvo al decreto socialista.⁴⁸ La crítica de Vázquez tampoco concuerda con el entusiasmo con que fueron aplicados la educación socialista y los mensajes revolucionarios y prácticos que se integraron en ella. Los libros de texto para adultos, por ejemplo, muestran una combinación de consignas a favor del sindicalismo, la lucha proletaria y el uso de la huelga.

En los seminarios de maestros se instituyeron cursos sobre “Materialismo dialéctico en la enseñanza de la historia”; en el Seminario Superior de Maestros se abrieron dos cursos nuevos denominados “Arte y literatura al servicio del proletariado”; en la escuela secundaria se introdujo un curso de “Orientación socialista” y en la primaria se publicaron millones de libros de texto dedicados a la educación socialista (1.5 millones hasta 1936), que presentaban enfáticos mensajes clasistas y nacionales. En el campo de la historia, por ejemplo, los nuevos manuales procuraban presentar un proceso de continuidad heroica desde las luchas de los aztecas contra los españoles hasta la Revolución, y otro de continuidad social cuyos comienzos se hallaban en las luchas por la independencia en 1810. Se trataba, explícitamente, de mostrar a la Revolución de 1910 como el último paso en un desarrollo histórico e ideológico de más de 100 años, cuyo objetivo era establecer en México una sociedad sin explotadores ni explotados. Estos y otros contenidos indicaban claramente la capacidad teórica que el concepto de socialismo otorgó a la interpretación de la historia mexicana y la comprensión del lugar y la función que en ella ocupaba la Revolución.⁴⁹

⁴⁸ Cockcroft, James D., 1996, pp. 144-166; Palacios, Guillermo, 1998, pp. 309-339; Weyl, Nathaniel, 1955, p. 301.

⁴⁹ Vázquez, Josefina, 1969, p. 10; Gilly, Adolfo, 1994, p. 428; Loyo, Engracia, 1991, II-175-179.

El impulso educacional no pasó por alto a los indios, que por primera vez en la historia posrevolucionaria se convirtieron en un objetivo pedagógico específico. El 1o. de enero de 1936 Cárdenas estableció el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas (DAI), según lo recomendado a fines de 1932 por Moisés Sáenz, pedagogo y ex ministro de Educación. Sáenz, que había estado involucrado en 1932 en un intento de educación “mexicanista” en Michoacán, llegó a la conclusión de que proyectos puntuales de ese tipo no lograrían vencer las prevenciones de los indios ante programas impuestos desde afuera. Por ello aconsejó a Cárdenas crear una institución especial que investigara todos los aspectos de la cuestión indígena, así como las tácticas adecuadas para ganar su confianza y mejorar su educación, a fin de evitar difíciles situaciones de resistencia como la ocurrida en la comunidad indígena de Carapan, en la zona tarasca.⁵⁰

El DAI trabajó con un presupuesto modesto y un personal reducido, en las áreas de economía, cultura, sociedad, salud e investigación del sector indígena. Además de desarrollar la escuela rural en la comunidad indígena, se erigieron 29 escuelas vocacionales agrícolas para unos 3000 varones y niñas, en 15 de los 20 centros indígenas principales y fomentó la educación bilingüe, que comenzó a aplicarse sistemáticamente en 1936 en la sierra Tarahumara y en Chihuahua. Los resultados de la primera experiencia fueron analizados en el Primer Congreso de Filología y Lingüística, realizado en mayo de 1939, y aplicados ese mismo verano en la comunidad indígena de Paracho, Michoacán, bajo la supervisión de filólogos y etnólogos que habían participado del congreso

⁵⁰ “Proyecto de Moisés Sáenz para la incorporación del indio al medio nacional (Centro de Estudios Indígenas de Carapán, Michoacán)”, en Monroy Huitron, Guadalupe, 1985, pp. 166-167.



(entre ellos William Townsend, el biógrafo de Cárdenas).⁵¹ Paralelamente, se creó una red de delegaciones culturales, formada en su mayoría por maestros y administradores educacionales bilingües, que trabajaron en los pueblos en coordinación con las Brigadas de Mejoramiento Indígena, con la participación de enfermeras, especialistas en organización comunitaria y cooperativa y expertos en economía y hacienda.⁵²

Cárdenas impulsó también la educación tecnológica. La creación del Instituto Nacional de Educación Obrera dio lugar a la del Instituto Politécnico Nacional en 1937. Cárdenas renovó también el proyecto de educación para hijos de soldados que había comenzado en 1925, cuando era comandante militar del norte de Veracruz. Se ocupó de la erección de una red de 790 bibliotecas comunitarias pequeñas (él hablaba de más de 1 250) y varias bibliotecas ambulantes que circulaban entre las poblaciones. También el deporte recibió un gran impulso, como parte de la concepción del hombre nuevo: se fomentaron el fútbol, las carreras de bicicletas, las marchas populares y la gimnasia. Se construyeron numerosos edi-

⁵¹ Para el proyecto fueron seleccionados 20 jóvenes de ambos sexos con educación secundaria básica y hablantes de tarasco y castellano a buen nivel. Este grupo recibió instrucción durante un mes sobre enseñanza de lectura y escritura en esas dos lenguas, según el sistema especial que desarrollaran Townsend y el lingüista norteamericano Max Latrhop. Los jóvenes, una vez finalizado el curso, fueron distribuidos entre las comunidades lugareñas y comenzaron a enseñar lectura y escritura del tarasco en horas de la mañana a los niños, y en horario nocturno a los mayores. Luego de que los alumnos tomaron conocimiento del tarasco, pasaron los maestros a la enseñanza del idioma castellano. La mayoría de los alumnos lograron llegar al nivel básico de lectura y escritura en ambos idiomas en un plazo de entre 30 y 45 días. *Ibid.*, pp. 35-38; Arriaga Ochoa, Antonio, 1938.

⁵² José Reyes Rocha y María Luisa Míaja Isaac (coords.), Abelardo Torre Cortés (investigador), 1991, p. 32; Cárdenas del Río, L., 1940, pp. 363-366.

ficios para escuelas rurales: a las 8 000 escuelas existentes Cárdenas agregó otras cinco mil, que permitieron absorber a otros 400 000 alumnos (en 1940 había 1.8 millones de niños en el país) y 9 000 maestros. El analfabetismo disminuyó de 50 a 45 por ciento.⁵³

Pese a toda esa actividad, Cárdenas no logró realizar todos los objetivos del plan sexenal, que hablaba de 12 mil nuevas escuelas y de un aumento de 1 por ciento anual en el presupuesto de educación (hasta 20 por ciento en 1940). Cárdenas tampoco cambió, como habría sido de esperar, el porcentaje de utilización del presupuesto educacional de sus antecesores (12.7 por ciento en 1930, 12.5 por ciento durante su cadencia). Tampoco aumentó significativamente el número relativo de niños en edad escolar inscritos en las escuelas (42 por ciento para edades de entre seis y diez años en 1930, 38.4 por ciento para las de entre seis y 14 años en 1940).⁵⁴ Existieron problemas adicionales. El intento de unificar a los maestros primarios en torno a los objetivos pedagógicos del régimen progresó dificultosamente. El cuerpo de maestros primarios urbanos, que no apoyaba la educación socialista, se negó a unirse al de los maestros rurales, que eran partidarios de la misma. Bajo grandes presiones, se logró formar una confederación de 68 000 miembros, que se integró a la CTM en septiembre de 1936.

La falta de claridad en las definiciones de la educación socialista, e inclusive, quizás, los recelos de los padres re-

⁵³ Cárdenas del Río, L., 1978, "Informe 1939-1940" II-187; Ianni, Octavio, 1977, p. 97; Weyl, Nathaniel, 1955, pp. 303-304

⁵⁴ La diferencia entre los datos obstaculiza el examen preciso de este punto; si bien es posible suponer que Cárdenas haya mejorado en algo la situación de los niños en la escuela primaria, lo logró en una proporción muy pequeña, que sólo reflejaba el aumento de población (alrededor de dos millones de habitantes). Véase: Wilkie, James W., 1978, Cuadro VII-4, p. 193; *Quinto censo de población (1930), resumen general*. México D.F. 1934, Cuadro XXVII, p. 66



ligiosos ante “una educación completamente inmoral”, que “trataba de desintegrar el hogar de la familia mexicana [...] quitar el cariño de los hijos a los padres [...]”;⁵⁵ forzaron al Ministerio de Educación, desde 1937, a reducir la utilización de conceptos doctrinarios y destacar los fundamentos sociales del programa de estudios. Los dramáticos sucesos de 1938 atemperaron aún más la invocación al socialismo en México, y la sustituyeron por un llamamiento a la unidad nacional. La Ley de Educación de 1939 refleja perfectamente este proceso. Era menos dogmática y se centraba en una educación para la convivencia, en la que desapareciera “la explotación del hombre por el hombre”, y en la formación de seres humanos “armónicamente desarrollados en todas sus capacidades físicas e intelectuales” pero al mismo tiempo revolucionarios, que tomen parte activa “en la evolución histórica del país y en la concreción de los objetivos de la revolución”. En esta atmósfera menos tensa, la Comisión de Educación Nacional solicitó reducir el monopolio estatal en el campo educativo y mostrar mayor elasticidad respecto de la educación privada, es decir, religiosa.⁵⁶

Pese a las dificultades en las definiciones y su internalización, en la época de Cárdenas el sistema educativo despertó del letargo en que había caído tras la renuncia de Vasconcelos en 1923. Las pruebas no deben buscarse en los presupuestos, sino justamente en el fuerte énfasis en la educación rural, la igualdad en la educación y la conversión de

⁵⁵ Cárdenas del Río, L., 1978-1979, “Discurso del Presidente de la República en una asamblea campesina”, julio 16, 1935, en *Palabras I*, p. 170; *Ibid.*, “Discurso del Presidente de la República sobre la escuela socialista”, febrero 16, 1936, p. 193.

⁵⁶ Vázquez, Josefina, 1969, p. 12; Medín sostiene que el borrador de la ley era mucho más radical, pero se fue moderando en el proceso de elaboración (no necesariamente según la opinión de Cárdenas). Véase Medin, Tzvi, 1979, p. 211.

los alumnos en participantes concretos en la conformación de la sociedad nacional. Lo testimonia también la educación tecnológica, ideológicamente definida como la preparación de la infraestructura técnica para la independencia económica de México. Todo ello demuestra que la educación socialista, aun cuando haya sido ante todo teórica e incluso confusa, desempeñó un papel que trascendió el mero pragmatismo, al generar la tensión espiritual imprescindible para acelerar el proceso de internalización de los valores sociales y nacionales según la interpretación cardenista, y su presentación como alternativa revolucionaria ideológica. Para Cárdenas, el ámbito de la educación socialista era el único que podía justificar su reformismo radical, movilizar a los jóvenes y capacitarlos para actuar como agentes del Estado dentro de la sociedad.

LA NACIONALIZACIÓN DE LA INDUSTRIA PETROLERA: TARDÍA MADURACIÓN DE LA LUCHA POR LA SOBERANÍA

Más allá de su relevancia para entender los mecanismos políticos utilizados por Cárdenas, su orientación panamericanista, su desempeño en los dos últimos años de su cadencia y el carácter de la lucha por la sucesión, la nacionalización del petróleo en marzo de 1938 constituye una apasionante lección sobre la dimensión ideológica de la práctica cardenista. El artículo 27 de la Constitución, que hacía del Estado el propietario de todos los tesoros naturales del país, modificaba el estatuto de las empresas extranjeras que poseían 97 o 99 por ciento de las inversiones y bienes en el ramo petrolero. Hasta 1934 el Estado no había logrado imponer a las empresas ni un solo mecanismo funcional que armonizara con los principios constitucionales o que sirviera a los intereses estatales. Lo poco que se logró fue el aumento de



los impuestos a las compañías y el cambio de los títulos de propiedad obtenidos antes de 1917 por concesiones a largo plazo. De hecho, las empresas continuaban controlando totalmente 2.15 millones de hectáreas.

Cárdenas, que conocía de cerca el ramo desde su época como comandante militar de la Huasteca, al norte de Veracruz (1925-1928), comprendió que ningún acuerdo con las empresas tendría valor alguno mientras mantuvieran la capacidad y la insolencia de sobornar, amenazar, escudarse en sus gobiernos (Estados Unidos, Holanda, Inglaterra), ocultar ingresos, contrabandear petróleo por la cañería subterránea secreta que llegaba directamente al puerto y manejar a su entera voluntad a los obreros. Y, sin embargo, cabe preguntarse si la nacionalización del 18 de marzo de 1938 fue un acto planeado de antemano, o bien consecuencia de una serie de casualidades. La mayoría de los investigadores (como Lorenzo Meyer, Tzvi Medín y Alan Knight) no consideran que haya sido planificada con anticipación.⁵⁷ En nuestra opinión, muchos de los pasos dados por Cárdenas demuestran una resolución existente, que esperó y encontró circunstancias adecuadas para su implementación. Trataré de sustentar esta hipótesis, muy importante como sustento de la tesis central de este trabajo.

El choque frontal entre el Estado y las empresas petroleras se manifestó en el Plan Sexenal, que establecía claramente que el gobierno actuaría con el fin de nacionalizar los recursos del subsuelo. Sin duda era este un plan a largo plazo, ya que el mismo programa, al ocuparse en forma concreta de la industria petrolera, hablaba de la preocupación por el logro de un equilibrio entre el capital externo e interno en el ramo y el examen detallado de las concesiones a las

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 131-132; Meyer, Lorenzo, 1971, XXV, p. 2; Knight, Alan, 1994, p. 93.

empresas petroleras según criterios basados en intereses nacionales. En su discurso anual ante el Congreso, el 1o de septiembre de 1935, Cárdenas declaró que la Ley del Petróleo de 1925 no se correspondía con el artículo 27 de la Constitución. La ley, arguyó Cárdenas, permitía a unos pocos la adquisición de terrenos amplios y la obtención de derechos generosos, por precios muy bajos y sin garantías de que esos terrenos fueran realmente aprovechados. También observó que la ley no especificaba que las rutas y carreteras que atravesaban las zonas de extracción de petróleo fueran libremente accesibles para el público general. Cárdenas declaró que, en consecuencia, el gobierno se ocuparía de proponer una nueva Ley de Petróleo, que tomara en cuenta dichas cuestiones. Se trataba de dos problemas básicos muy diferentes entre sí. El primero era una cuestión de principios que afectaba a las actividades ilegales de las empresas petroleras en México; el segundo era una cuestión más personal, que derivaba de una humillante experiencia que tuvo Cárdenas en la Huasteca, cuando había tenido que esperar largo tiempo ante una barrera controlada por las empresas, antes de que alguien ordenara darle paso. Y si el comandante local sufría semejante abuso, no cabía duda de que a los campesinos les era prácticamente imposible llegar hasta sus parcelas.⁵⁸

El primer ajuste en el control de la industria petrolera tuvo lugar todavía en 1935. Cárdenas impuso a la firma El Águila una contribución unitaria de 28.8 millones de pesos por exenciones injustificadas de impuestos y aranceles aduaneros desde 1921. Se trataba de una suma pesada, que formaba parte de “una política de desaparición de ilícitas posiciones de preponderancia [...] situaciones de privilegio indebido perjudiciales para la economía de la nación”. En su discurso de septiembre, Cárdenas previno a las empresas

⁵⁸ Cárdenas del Río, L., “Informe 1934-1935”, en *Palabras II*, pp. 51-53.



petroleras de que si decidían reducir la extracción para ahogar a México y presionar a su gobierno para que eliminara sus exigencias, éste adoptaría toda medida que le pareciera adecuada según la ley petrolera en preparación, para asegurar el mercadeo interno del petróleo y sus productos. La política petrolera presentada por Cárdenas no revelaba sus propósitos de nacionalización, pero lo que dijo a continuación constituía una señal explícita en ese sentido:

Con estos lineamientos generales de nuestra política petrolera, la secretaría trazó un programa de acción, sin perder de vista el convencimiento que se ha tenido de que la explotación de petróleo en México se ha venido desarrollando por muchos años con procedimientos característicos para los países coloniales, es decir, nuestro país, a pesar de ser independiente y de ideas sociales avanzadas, sufre la extracción de su moneda y sus recursos naturales hacia el extranjero, sin conservar para sí ningún beneficio de carácter permanente.⁵⁹

A continuación, Cárdenas promulgó en octubre de 1936 la Ley de Expropiaciones de Utilidad Pública, que concedía al gobierno derechos legales para expropiar bienes de valor social a cambio de compensaciones a *posteriori*. Ahora sólo hacía falta fomentar un conflicto de trabajo, siempre latente en la industria petrolera, para clavar un último clavo en el féretro del poder imperialista. La idea subyacente a la unificación obligatoria de trabajadores había de probar de modo impresionante su importancia. En agosto de 1935, por primera vez en la historia del movimiento obrero mexicano, se formó un frente unido de trabajadores de petróleo, el STPRM (Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexi-

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 46 y 52.

cana), con más de 18 000 obreros. El 2 de julio de 1936 esta organización tomó carácter oficial y se unió a la CTM. Los contratos colectivos de trabajo para 1936 que comenzaron a negociarse bajo los auspicios del STPRM fueron mucho más exigentes: los obreros pedían un aumento salarial de 29 por ciento (de cual 9 por ciento sería un ahorro a largo plazo), y el establecimiento de una comisión de conciliación y arbitraje para tratar exigencias adicionales. En total, el contrato unificado de trabajo presentado por STPRM demandaba un suplemento de 65 millones de pesos anuales –cifra fantástica si se considera que el total bruto de los ingresos petroleros era de 100 millones por año. Las empresas, que aún no comprendían el cambio que estaba teniendo lugar en México ni la maniobra de que eran objeto, cayeron en la trampa de la negativa, la obstinación, el desprecio y las amenazas, que tan buenos resultados habían dado en el pasado. Pero esta vez no sólo se enfrentaban con obreros organizados, sino con los egresados del movimiento de huelgas de 1935. Cárdenas mismo, por supuesto, apoyaba las demandas obreras, que alimentaron el conflicto tal como él lo quería. A su pedido, el STPRM se abstuvo de declarar huelgas hasta mayo de 1937, para dar oportunidad a las negociaciones. El 28 de mayo de 1937, ante el empecinamiento de las empresas, estalló una huelga general que paralizó totalmente la industria petrolera.⁶⁰

Cárdenas no necesitaba una huelga (que consiguió postergar cuanto pudo), sino una situación de conflicto que le permitiera transferir el tratamiento del problema a la Junta de Conciliación y Arbitraje Nacional, donde el gobierno y las organizaciones obreras poseían mayoría. La Junta reconoció la justicia de las demandas de los trabajadores, y se consti-

⁶⁰ Rivera Castro, José, 1988, pp. 45-59; Del Valle, Roman M. y Rosario Segura, 1989, pp. 67-77; Meyer, Lorenzo, 1971, p. 2.



tuyó, de acuerdo con la ley, una comisión de expertos para examinar las raíces del conflicto y proponer vías de solución. El informe de 2700 páginas presentado por la comisión expuso la existencia no de una industria petrolera sino de una industria de estafas sobre la que se sustentaba el sector. Una de las 40 recomendaciones imponía a las empresas el pago de 26.3 millones de pesos a los trabajadores en concepto de suplementos salariales. Las empresas, como era previsible, se negaron, sobre todo porque nada garantizaba que esa exigencia fuese la última. A partir de ese momento se enfrentaron no ya con los trabajadores sino con el Estado.⁶¹ El gobierno, cuya posición resultaba mucho más cómoda que en ocasiones anteriores, rechazó la solución de compromiso propuesta por las empresas. La situación empeoró aún más cuando, el 18 de diciembre de 1937, la Comisión Federal de Conciliación y Arbitraje rechazó la apelación de las empresas y les informó que la demanda de 26.3 millones seguía vigente. Para calmar en parte la tensión reinante, Cárdenas propuso a las empresas ciertas concesiones para después de pagada la suma en cuestión. El 8 de marzo se encontró con los representantes oficiales de las compañías y se comprometió a no presentarles nuevas exigencias en el momento en que hicieran efectivo el pago. Los representantes rechazaron su oferta, dudando de que Cárdenas pudiera garantizar personalmente el cumplimiento de su promesa.

La decisión fue tomada ese mismo día. Todo estaba maduro para ello: el conflicto presente, circunstancias internacionales sumamente cómodas (la “política de puertas abiertas” de Roosevelt y su esfuerzo en pro de la unidad panamericana con vistas al futuro conflicto europeo), la ansiosa expectativa de los trabajadores. Y además, el presidente necesitaba un acto histórico que constituyera la mar-

⁶¹ Krauze, Enrique, 1987, p. 473.

ca imborrable de su gestión y estableciera claramente quién era el soberano cuando se trataba de recursos nacionales. “Probablemente se suscitarán algunas dificultades económicas y quizás algunas reclamaciones internacionales; pero el gobierno tiene fe en que podrá salir adelante”, escribió el subsecretario de Relaciones Exteriores, Ramón Beteta, a las representaciones mexicanas en el exterior, con el fin de prepararlas. El 18 de marzo volvieron a encontrarse los representantes de las empresas con Cárdenas una vez más, y le manifestaron su aceptación de la oferta propuesta diez días antes. Esa aceptación llegaba tarde: ese mismo día, a las 22:00 horas, Cárdenas anunció al pueblo por radio la nacionalización del petróleo y solicitó su apoyo. Su propósito, explicó, era la salvación del petróleo mexicano y la del pisoteado honor nacional de México. Doscientas mil personas se reunieron en forma espontánea en el Zócalo, la plaza central de la ciudad de México, dando vivas al presidente y donando cuanto les era posible para la indemnización que habría que pagar a las empresas –desde joyas hasta animales traídos de las granjas–.⁶²

Las posibles “dificultades económicas” se convirtieron en una ininterrumpida pesadilla durante los tres años en que México sufrió el embargo en la exportación de petróleo y otras mercancías, hasta la entrada de Estados Unidos en la guerra mundial. Pero Cárdenas no se rindió; por el contrario, mantuvo un acérrimo debate con todos los factores relevantes dentro y fuera de México sobre el derecho a la nacionalización. En su discurso ante el Congreso en septiembre de 1938, atacó toda demanda de indemnización inmediata o sobre ganancias futuras, en tanto reconocimiento de facto de los derechos de las empresas petroleras sobre el subsuelo mexicano. La defensa de la propiedad mexicana sostuvo

⁶² *Ibid.*, pp. 473-475; Meyer, Lorenzo, 1971, p. 2.



ante los estadounidenses, no contradecía los derechos humanos, la moral y la justicia, como aducían las empresas. Según él, se trataba de una emergencia nacional surgida del examen de las necesidades sociales y políticas de México. Cuando los países que se hallan “en la vanguardia de la civilización” (Europa Occidental y Estados Unidos) necesitan tierras, no vacilan en tomarlas sin considerar los derechos de propiedad y sin pagar indemnizaciones, aludiendo a la salvaje conquista del norte mexicano a mediados del siglo XIX y a la expropiación de los territorios indios dentro de Estados Unidos. Por lo tanto, les explicó, las exigencias de las empresas petroleras ante México no se hacían en nombre de la justicia sino de la fuerza y del sentimiento de superioridad de los países fuertes frente a los países débiles.⁶³

El episodio del petróleo constituyó para Cárdenas una oportunidad irrepetible de poner a prueba los principios de la Revolución: justicia social, nacionalismo, soberanía e independencia económica. Su triunfo fue para él la prueba decisiva de la vigencia de esos valores, y en consecuencia la de la supremacía de la Constitución y el poder del Estado. Cárdenas vio también en ese triunfo el trampolín hacia una era de independencia económica, la oportunidad ideal que integraba la política agrarista y la nacionalización de los ferrocarriles con un acto complementario, que exaltaba el espíritu patriótico y creaba una sinergia económico-nacional positiva, tal como lo señala Octavio Ianni. La nacionalización fue para Cárdenas la oportunidad de ubicar a México en la cúspide del liderazgo panamericano y en el frente de la lucha de los países “débiles” contra los “poderosos”. El tema era muy actual, dada la lucha de Etiopía, Austria, España, Checoslovaquia, Manchuria y China contra el imperialismo

⁶³ La discusión está recogida en su totalidad en Gilly, Adolfo, 1994, pp. 325-381.

fascista. Cárdenas no podía desperdiciar una oportunidad tan favorable de un enfrentamiento ejemplar entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal. Se había estado preparando para ese momento y había deseado ansiosamente que las empresas petroleras cometiesen todos los errores necesarios. La serie de medidas que adoptó respecto del petróleo desde 1935, el filo de sus argumentos en su discurso al pueblo inmediatamente después de la nacionalización, su sagacidad en el debate con los norteamericanos, el momento elegido –antes de la erección del PRM, cuando el movimiento laborista se hallaba casi totalmente cohesionado–, la preparación gradual y efectiva de la opinión pública y del aparato político, el “cultivo” del conflicto y su orientación a la región especialmente activista de la Huasteca (la más importante zona de producción petrolera)–, todo ello evidencia el patrón clásico de la actividad cardenista: planificación a largo alcance, adhesión obstinada al objetivo, y una decisión terminante en el momento adecuado. Cárdenas no habría dado un paso tan peligroso, que involucraba bienes por un valor de 224 millones de pesos y una fuerza de producción de más de 100 millones de pesos al año (datos de 1937), 65 si no lo hubiese concebido ante todo en términos ideológicos. Y tal como lo observamos en otros ámbitos de su actividad, la ideología cardenista se configuró mucho antes de su ascenso a la presidencia.

RESUMEN Y CONCLUSIONES: PESE A TODO, UNA UTOPIA CARDENISTA

Cárdenas llegó a la primera magistratura del país maduro desde el punto de vista ideológico y programático. No hubo medida que no fuese planificada por él con antelación y cuidado, y en particular su marcha hacia la presidencia. El análisis de sus actuaciones desde el momento en que ingresó



en la política en enero de 1928, hasta su entrada al Palacio de Gobierno en diciembre de 1934, revela un planeamiento detallado, sistemático y constante dirigido hacia el objetivo que él mismo se fijara en su juventud. No existió casi un aspecto teórico o práctico que no hubiese tratado en algún momento del pasado: revolución, Constitución, Estado, justicia social, integración nacional, organización y unificación de los trabajadores, indigenismo, reforma agraria, educación popular, cooperativismo, etcétera. Todos estos conceptos se fueron concretando en alguna medida ya en Michoacán. La presidencia fue la oportunidad de otorgar a este paquete de valores constructivistas una estructura nacional y proporciones de misión histórica, de concreción de la utopía que convertiría a México en un sujeto histórico soberano.

La importancia que dio Cárdenas a lo político no restó prioridad a la ideología. Ambas dimensiones debían permanecer unidas entre sí, tal como se lo manifestara a los habitantes de Guerrero en su momento, y tal como lo demostró en múltiples ocasiones durante su cadencia⁶⁴ presidencial. Contra lo que sostienen Lorenzo Meyer, Arnaldo Córdova, Nora Hamilton y otros, Cárdenas no abandonó su ideología tras la nacionalización del petróleo, si bien es cierto que moderó algunas de sus concreciones. La nacionalización de las minas y su reorganización en base a cooperativas obreras (1938) no fueron llevadas a término debido a las graves presiones que estaba sufriendo el país debido a la nacionalización del petróleo. Sin embargo, en el área agraria las dimensiones de las expropiaciones realizadas en 1939-1940 no fueron menores que las de los años precedentes. Tampoco disminuyó el impulso en el campo educacional, ni en

⁶⁴ Véanse datos y cálculos de precios en Alemán Valdez, Miguel, 1977, p. 742; Del Valle, Romany Rosario Segura, 1989, cuadro 1, p. 65; Cuadro 43, p. 67.

cuanto a presupuestos (pese a un ligero descenso sin mayor significación en los gastos de educación), ni en cuanto a sus principios, pese al cambio en los acentos. La propuesta de ley respecto del artículo 3 de la Constitución, que Cárdenas llevó al Congreso en diciembre de 1939, era ciertamente menos dogmática, pero todavía hablaba de una educación socialista, cooperativista, laica (si bien no antirreligiosa), destinada a implantar la justicia social y promover la integración nacional.

La impresionante fuerza política que logró Cárdenas proporcionó al Estado una potencia inusual. Pero también existían peligros. Era claro que en el momento en que el país olvidara su pasado “rojo”, como lo denomina Anatoli Shulgovsky, es decir, el sentimiento de apostolado social, la fuerza se convertiría en un medio de presión y quizás hasta de represión contra sus mismos creadores.⁶⁵ Semejante peligro era particularmente perceptible debido al carácter cooperativista y burocrático de la fuerza cardenista, que poseía un amplio margen para la manipulación de la acción popular independiente, especialmente cuando ésta se oponía a los intereses del Estado. Testimonios de ello existieron ya en la cadencia de Cárdenas, por ejemplo, en la declinación del apoyo al movimiento de huelgas después de 1938 y la actitud ambivalente ante la actividad independiente de los trabajadores en los ramos nacionalizados de los ferrocarriles y el petróleo.⁶⁶

Otro problema del ejercicio de la fuerza política, de la que se ocuparon especialmente los trabajos que analizan las manifestaciones regionales del cardenismo, es su fuerte sustentamiento en los mecanismos del intermediarismo político, mejor

⁶⁵ Shulgovsky, Anatoli, 1988, p. 306.

⁶⁶ Basurto, Jorge, 1983, pp. 118, 159-162; Córdova, Arnaldo, 1991, pp. 39-41.



conocido como caciquismo.⁶⁷ Debido al carácter personalista del juego político en el interior del país, Cárdenas se vio obligado a unirse al liderazgo caciquil tradicional, que de todas formas continuaba existiendo, o bien crear él mismo las bases de una fuerza caciquil propia, sobre todo a través de los dirigentes de los sindicatos rurales y de los ejidos, sin que éstos hubiesen adoptado necesariamente sus principios ideológicos o su ética política. El resultado fue que, desde la perspectiva de los habitantes rurales, el cardenismo apareció más de una vez investido de arrogancia, rudeza y hasta violencia política, y no como manifestación de un cambio renovador y liberador que conduciría al interior del país hacia una verdadera democracia participativa.⁶⁸ Con todo, pese a la existencia de manifestaciones de este tipo en la estructura de poder cardenista, aún no puede hablarse de un politicismo o de un ejercicio del poder por el poder mismo. Cárdenas actuó en el marco de la cultura política premoderna, que se hallaba sólo en sus comienzos. Si deseaba, en esas condiciones, promover sus proyectos sociales y otorgarles legitimidad, estaba forzado a utilizar los mecanismos personalistas, que introducían en el juego político elementos de patronalismo, carisma, coopción e intermediarismo.

⁶⁷ Intermediación política definida como “proceso en el que un ente personal o colectivo logra establecer contacto entre diversos grupos sociales y agencias estatales, para que los primeros reciban los medios para concretar sus derechos y necesidades, mientras que los segundos se aseguran una posición social suficiente como para hacer avanzar sus objetivos políticos, y en general, el libre manejo de la administración pública”. Véase Tapia Santamaría, Jesús, (coord.), 1992, pp. 12-13. Caciquismo es el término tradicional con que informalmente se denomina este tipo de intermediación, que cuenta también con una faz institucional, pero que principalmente se basa en la desvinculación política e inclusive cultural entre el estado y la sociedad, la que vinculan todo tipo de intermediarios.

⁶⁸ Véase por ejemplo el caso de Michoacán: Becker, Marjorie, 1995, pp. 50, 119-123, 142-152; Vargas González, Pablo, 1993, pp. 77-82; Zepeda Patterson, Jorge, 1992, pp. 59-60.

La cuestión de la justicia social era esencial en el pensamiento de Cárdenas. Lo muestra en forma particularmente destacada, además de lo que hemos venido diciendo, su actitud especial hacia los indios. Cárdenas fue el primer presidente, y en cierta forma también el último, que enfrentó esa dolorosa cuestión en forma global, conceptual y práctica. Su primer acto fue rechazar la difundida opinión que culpaba a los mismos indios por su retraso y decadencia. A continuación, creó Cárdenas un ethos indigenista, que atribuía a los indios las mismas cualidades y ventajas que poseían los “mexicanos” (es decir, los mestizos). “A pesar del grado de retraso de los aborígenes, conservan estos la estoica voluntad de sus antepasados y tienen latentes sus ansias de liberación”, dijo en Durango en junio de 1934. Sostenía que los indios poseen excepcionales capacidades estéticas, constructivistas y humanas, un desarrollado sentido de la civilidad y la responsabilidad comunitaria, sin rastros de egoísmo personal, que ponían de relieve sus ventajas en comparación con sociedades más “modernas”, basadas en el egoísmo particularista.⁶⁹

Un movimiento adicional fue exigir la incorporación de los indios al cuerpo de la nación, sin la cual no podría existir la nación ni la identidad mexicanas, “pues no dejaremos de ser patria en formación mientras existan en México [...] corrientes étnicas encontradas que imposibiliten nuestra cohesión nacional”.⁷⁰ A ello siguió el desarrollo del concepto de la “integración nacional” de los indígenas. A diferencia de la noción difundida por Justo Sierra, ministro de Educación de Porfirio Díaz, y por José Vasconcelos, que veían en la aculturación o de indigenización la única vía posible para

⁶⁹ Medin, Tzvi, 1979, p. 175; Cárdenas del Río, L., 1978, “Discurso del candidato del PNR a la presidencia de la República”, Durango, 30 de junio de 1934, I, p. 132.

⁷⁰ Cárdenas del Río, L., 1978, “Discurso del candidato del PNR a la presidencia de la República”, Durango, 30 de junio de 1934, I, p. 132.



la integración de los indios, Cárdenas desarrolló un enfoque diferente, que hablaba de la mexicanización del indio como persona civil y política, pero sin modificar su identidad étnica y cultural. En ese sentido, Cárdenas se identificó con Manuel Gamio, el padre de la antropología mexicana moderna, que había propuesto esa tesis en su libro *Forjando patria* (1916): “la mexicanización [debe sustentarse] siempre sobre la base de la personalidad racial y el respeto de su conciencia y de su entidad”.⁷¹ No cabe duda de que, si sus sucesores hubiesen aceptado esta posición, el país se habría desarrollado sobre bases menos monolíticas y habría cabido en él la expresión de las bases multiculturales y multiétnicas cuya comprensión comenzó solamente en años recientes.

Acierta Alan Knight al señalar que Cárdenas no logró efectuar un cambio global en la sociedad mexicana debido a que se abstuvo de aplicar una política revolucionaria radical. Efectivamente, Cárdenas prefirió actuar con paciencia y tolerancia, siguiendo un razonamiento de mucho peso que manifestó claramente en noviembre de 1950: “En un país como el nuestro, inculto y con una mayoría en la miseria, debe gobernarse con tolerancia de acuerdo con los principios de la Constitución”. En otras palabras, el tratamiento de las profundas formaciones existentes en la sociedad mexicana debía permanecer dentro de los límites constitucionales, a fin de no quebrantar el delicado consenso social y no restar legitimidad al proyecto social. Esta postura no era consecuencia de una debilidad política, como intenta demostrarlo la investigación actual (ya que Cárdenas no tuvo que someter su fuerza a pruebas reales después de marzo de 1938, después de haberlas superado a todas con éxito), sino de un principio pragmático que veía en la paz social una condición para el progreso de la sociedad. Esta postura determinó en gran medida sus acti-

⁷¹ Cárdenas del Río, L., 1984, p. 173; Monsiváis, Carlos, 1988, II-p. 1419.

tudes conciliatorias ante la Iglesia católica.⁷² También lo llevó a favorecer como su sucesor al general Manuel Ávila Camacho, persona moderada que contaba con el apoyo de muchos sectores, sobre todo del ejército, y no a Múgica, el impulsivo idealista que resultaba peligroso exactamente en los términos mencionados por Cárdenas en 1950.⁷³

A pesar de los aspectos pragmáticos de su política, no cabe duda de que Cárdenas marchó tras la consecución de una idea, la utopía humanista de una sociedad solidaria y justa, que había de proyectarse hacia adentro y hacia afuera del país. En su política exterior Cárdenas rechazó toda forma de agresión o perjuicio a las libertades del hombre y a la soberanía de los estados, así como toda ideología –fascista, comunista, liberal-imperialista– que les diera legitimidad. Esa posición se reflejó claramente en su política interna, que, aun cuando evidenció signos de moderación dentro de su radicalismo y se abstuvo de conceder a los trabajadores la hegemonía política, logró fortalecer la noción de un Estado para todos sus ciudadanos y una ética de responsabilidad de las instituciones políticas hacia las clases populares. En esas circunstancias era finalmente posible esperar respuestas más alentadoras de las recogidas por Padilla en sus entrevistas a mujeres campesinas en 1933. Esa fue la herencia que Cárdenas legó a sus sucesores. Si la aprovecharon o no, es ya otra cuestión.



⁷² Michaels, Albert L., 1966, 62(2) 223.

⁷³ Michaels, Albert L., 1971, 80-82, 93-100; “Cárdenas y la elección presidencial de 1940”, en Rodríguez Ochoa, Agustín, 1973, p. 238.

Economía y Empresas



Apuntes sobre la economía mexicana durante el cardenismo

Jesús Méndez Reyes

Universidad Autónoma de Baja California

Juárez es una de las figuras más grandes de México, y con justicia se le llama el Benemérito de las Américas. Pero con todo es muy chiquito, y ni a la rodilla le llega a nuestro Lázaro Cárdenas, Benemérito de los indios de las Américas. ¿Por qué eres tan adulón con los de arriba?

Nueva Burguesía, MARIANO AZUELA

LA DÉCADA DE 1930

Las transformaciones en el ámbito político de México durante la década de 1930, estuvieron acompañadas de cambios importantes en el ámbito económico y social. Los reacomodos entre la clase política, la voz cada vez más fuerte de la clase empresarial, los discursos y las acciones de los intelectuales y los sindicatos, así como el influjo del espectro internacional son elementos a considerar cuando se quiere entender qué pasó con la economía mexicana después de la gran depresión. Por esto, el cardenismo por sí solo no puede explicar el tránsito de una economía de posrevolución al di-

namismo de la siguiente década y a la industrialización del país a mitad del siglo XX.

Por otro lado, el modelo económico seguido por la administración pública durante el Maximato no dista mucho del “modelo” implementado por el general Cárdenas, y si hubo diferencias, no se debió a que uno fuera mejor que el otro, ni porque fueran los opuestos,¹ sino porque las condiciones del país y de la economía mundial y los rejugos políticos al interior del país tuvieron que enfrentar un México distinto.

A Calles debemos la creación de instituciones económicas, a Cárdenas la solidificación de las mismas; al jefe máximo la dureza para negociar, al caudillo agrario el sentido común para preferir a uno de los sectores productivos; al primero, un partido político aglutinador de manera vertical, al segundo, un partido nacional horizontal que limitara el poder de los militares diera peso real a los sectores populares y girara alrededor del poder Ejecutivo. La finalidad de los dos líderes fue la misma: construir un Estado fuerte y representativo de los intereses de los distintos actores políticos y los agentes económicos.

Algunas de las modificaciones económicas y las estrategias seguidas en el país, entre 1934 y 1940, son parte de este ensayo, pero sobre todo muchas preguntas que surgen de hilar más fino sobre uno de los periodos mayormente entronizados en la historia clásica de México. Hay matices y puntos de vista diferentes en lo económico, no hay rupturas abruptas y cambios de paradigma como se ha argumentado en el pasado. El general Calles lidió con los reacomodos y fortalezas del capitalismo mundial; el general Cárdenas enfrentó los estertores del mercado, el fortalecimiento de los totalitarismos y el empuje del Estado sobre el libre comercio.

¹ Medin, Tzvi, 1980.

En otro asunto, el cardenismo tuvo la posibilidad de contar con numerosos recursos gubernamentales para construir proyectos, o enfrentar los problemas económicos. Las vías fiscal y monetaria centralizadas en dos agencias públicas –la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y el Banco de México– dependientes del presidente llevaron adelante el proyecto económico del michoacano y facilitaron su titánica labor. Amén de la reglamentación, la infraestructura, las instituciones financieras y los planes de largo alcance que le heredó el Maximato.²

El mejor expositor de la economía cardenista ha sido hasta el momento Enrique Cárdenas,³ si bien el propósito de sus trabajos es dejar patente el comportamiento agregado de la economía y la reconstrucción, a escala macroeconómica, de las andanzas de la economía real, y un tanto de la financiera. Sin embargo, no todo está dicho en la historia económica del período; las fuentes documentales para estudiar los sectores económicos del país, los asuntos financieros y los requerimientos de los sectores productivos empiezan a enriquecer el panorama y la posibilidad de diseccionar los temas.⁴

La riqueza de los archivos obliga a repensar la década 1930: por señalar algunos, tenemos los papeles de la Comisión Monetaria en Liquidación que cedió recursos para crear Nacional Financiera, los mismos documentos de Nafinsa, el archivo del Banco Nacional de Comercio Exterior, el Fondo Luis Montes de Oca y el Archivo Manuel Gómez Morín, los documentos del Departamento de Bienes Nacionales Intervenidos, el Archivo Histórico de Petróleos

² Gonzales Michael J., 2002, pp. 205-208, 220.

³ Cárdenas Enrique, 1987; 1994; 1996, pp. 33-61.

⁴ Por ejemplo, Aurora Gómez-Galvarriato, 1999; Jesús Méndez, 2001, pp. 157-177; Luis Anaya, 2002.



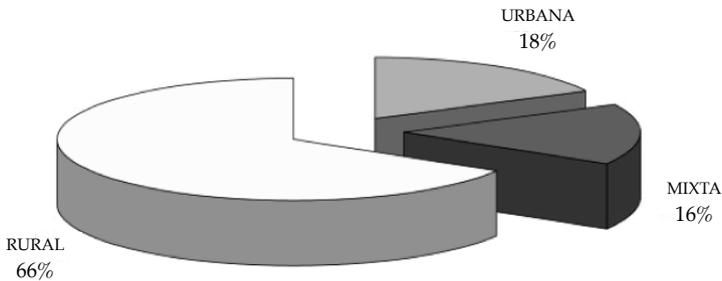
Mexicanos, los papeles de Ignacio García Téllez y Eduardo Villaseñor, etcétera.

Es también a partir de la década 1930, que la población mexicana registra ligeros cambios en su composición y en la estructura productiva nacional, después de haber menguado en un millón de habitantes durante los conflictos bélicos de los años anteriores. En 1910 siete de cada diez mexicanos vivía y dependía del campo como principal fuente de ingreso. En 1930, seis de cada diez connacionales seguían en el área rural, uno más se desempeñaba en la agroindustria y el sector manufacturero del país, y de los seis uno emigraba a Estados Unidos. La diferencia principal en la composición poblacional estribaba en el valor agregado al producto nacional, y en la posibilidad de entrelazar el campo con la industria y la sustitución de importaciones a partir de 1934.

En otros rubros de la economía, la rapidez de los ajustes fue menor, pero también de importancia singular y determinante, como el caso del reconocimiento pleno de los derechos de propiedad de los particulares, el Estado y la política hacia los extranjeros, la nacionalización del ferrocarril y la tenencia de la tierra como una política agraria sincrética, que siguió enfrentando a los campesinos y a las comunidades que no recibieron beneficios del Estado, quedando éstas al margen del reparto y organizándose, en rededor de otros grupos, por ejemplo, la Unión Nacional Sinarquista.

Este ensayo pretende sumar algunos elementos de discusión a la propuesta económica del cardenismo para reconstruir la historia del país, no se trata de revisionismo académico, sino mostrar evidencias que resalten la eficacia, o no, de las medidas, de la administración pública de 1934-1940. Así como la posibilidad de iniciar pequeños estudios sobre los sectores productivos del país desagregando la información que ya existe para estos años.

ESTRUCTURA DE LA POBLACIÓN MEXICANA, 1930



Fuente: Enrique Cárdenas (1995: 17)

LA POLÍTICA CARDENISTA Y SU IMPACTO EN LA ECONOMÍA

Lázaro Cárdenas del Río fue comandante de varias jefaturas de operaciones en el país (Michoacán, 1920; las Huastecas, 1923; Puebla, 1932), fue gobernador de su estado natal (1928-1932), presidente del Partido Nacional Revolucionario (PNR) y secretario de Guerra, antes de ser postulado candidato a la presidencia del país por el partido, en competencia desigual con Manuel Pérez Treviño (1933).

Cárdenas parecía muy joven para ser presidente, tal vez inmaduro, que no es lo mismo que irresponsable, y muchos de sus biógrafos convienen en decir que cuajaba mejor, políticamente, para la elección de 1940. Sin embargo, el general Calles optó por el michoacano por sus dotes personales, su perspectiva del país, sus compromisos con los campesinos y el amor filial que le profesaba a Lázaro.



Este muchacho no puede ser extremista; lo conozco mucho; me debe cuanto es; yo lo he hecho, lo he formado, y le tengo tal cariño que, al verlo, experimento la misma emoción que cuando veo a mi hijo Rodolfo. Seguro estoy de que oír mis consejos; existe entre nosotros comprensión absoluta y no puede serme desleal. Dentro de unos días será presidente, vendrá luego a verme y juntos iremos a México.⁵

La campaña “popular” de 1934, característica del general Cárdenas, de ranchería en ranchería, y las nuladas de los otros contendientes, el general Antonio Villarreal y el coronel Adalberto Tejada, aseguraron la victoria del michoacano. La presidencia del general Cárdenas (1934-1940) nació fuerte, empero, ganó autonomía y unidad política entre los sectores político y militar, hasta 18 meses después, cuando el presidente se desligó administrativamente de Plutarco Elías Calles, y aplicó “la purga” a seguidores y simpatizantes del Jefe Máximo. En junio de 1935, coexistían 99 diputados y 45 senadores que se declaraban callistas, mientras que sólo 44 diputados y 9 senadores eran adeptos al cardenismo; poco tiempo después “hubo veinticinco cambios de importancia y se convirtieron al cardenismo legisladores, diputados, presidentes municipales y jueces.”⁶

Esas acciones le permitieron a Cárdenas operar con libertad su proyecto político y reestructurar la política económica, así como reacomodara hombres de su confianza⁷ en puestos clave: Economía y Comunicaciones (Francisco J. Múgica), Hacienda (Narciso Bassols, Eduardo Suárez), Edu-

⁵ Correa, Eduardo J., 1941, pp. 13-14.

⁶ Alanís Patiño E. y Fernando Saúl, 2000, p. 18.

⁷ Sólo Heriberto Jara, Francisco Múgica e Ignacio García Téllez eran “los hombres del Presidente”. Cfr. Olivia Gall, “Cardenismo y democracia...” en: Marcos T. Águila y Alberto Enríquez (coords.), 1996, *Perspectivas sobre el cardenismo...*, pp. 230-231.

cación (Ignacio García Téllez) y Banco de México (Luis Montes de Oca).

El Plan Sexenal preparado por el PNR, en diciembre de 1933, para darle cara nueva a la economía del país dio lugar “a un debate muy acalorado” entre los miembros del partido y quienes defendían los puntos del general Cárdenas y hacer factible su política gubernamental: educación socialista, reforzamiento del intervencionismo estatal en la economía, profundización de la reforma agraria y colectivización del aparato productivo.

El Plan Sexenal fue un documento incompleto, desfasado, pretencioso e ilusorio, que se convirtió en elemento de transformación⁸ para las tareas del futuro presidente y que, con el tiempo, evidenció la imposibilidad de cumplir todos los postulados del escrito, en una realidad nacional en permanente reacomodo y cambio. No quisieron aceptarse las limitaciones del Plan e incluso se aconsejó radicalizar algunas medidas de política económica y social:

Cuando el aparato de producción entero se halla en manos de la clase capitalista, los esfuerzos que el Estado haga por dirigir la economía muchas veces se estrellan contra el hecho fundamental del sistema económico imperante [...] para enfilar la política económica de un Estado hacia una meta socialista, es indispensable apoyarse en el proletariado [y] contar con la clase media como factor decisivo [...] lejos pues de esforzarse por eternizar la pequeña propiedad, la pequeña industria y el pequeño comercio, lo único que se procurará será acelerarlos para llegar a las formas económicas superiores.⁹

⁸ *Idem.*, p. 10

⁹ Carta de Francisco J. Múgica a Lázaro Cárdenas, 21 de agosto 1935, en: AHCERMLC, Fondo Múgica, caja 3, vol. XXVIII.



Esto no quiere decir que, en los albores de su administración, el general Cárdenas moviera el timón de la economía completamente al lado estatal. En sus primeros discursos se observa su proclividad en favor del desarrollo económico y la industrialización del país, pero con una regulación mayor de la actividad empresarial y la intervención del Estado en las grandes obras que requerían gran capital y significaran un monopolio: la electricidad, el transporte, las vías de comunicación, la irrigación, la telefonía y la producción interna.¹⁰

Ya avanzado el sexenio, pareció que el Estado interventor resolvería los desajustes dejados por la crisis del capitalismo y su excesiva confianza en los mecanismos de mercado de los años inmediatos anteriores.

Las tendencias actuales de la regulación consideran a las empresas de servicios públicos como negocios de vida indefinida y se advierte la tendencia de nacionalizar los recursos, potenciales o en explotación, convirtiéndose el Estado en empresario [...] En Europa esta idea ha sido llevada a la práctica con resultados halagüeños y en Estados Unidos ya existen precedentes como el proyecto Boulder que ofrecerá electricidad por 1 800 000 h.p. [caballos de fuerza ingleses]¹¹

Asimismo, pareció que la “dirección” de la economía daría salidas a las fallas e ineficiencias de la oferta y la demanda, y que la colectivización acabaría con el individualismo y el utilitarismo propios del librecambio económico clásico.

¹⁰ Cárdenas del Río, L., 1978-1979, p. 139s.; Alan Knight, 1994, p. 84.

¹¹ Antonio Paredes, “Las tarifas para la venta de energía eléctrica y en su regulación por parte del Estado” 28 de noviembre de 1934, en: AHCERMLC, Fondo Múgica, vol. 29, 60 fs.

En buena medida, Eduardo Suárez, secretario de Hacienda a la salida de los callistas del poder, contribuyó con esa visión keynesiana de la dirección económica y el papel del Banco Central para utilizar el sobregiro y que el país saliera de la recesión, frenara la fuga de capitales y optara por la flotación del tipo de cambio.¹² Suárez, abogado, profesor universitario y permanente aprendiz de cuestiones económicas como algunos de sus contemporáneos (Antonio Espinosa de los Monteros, Gonzalo Robles, Manuel Gómez Morin, Jesús Silva Herzog, Eduardo Villaseñor, etcétera), se volvió el interlocutor del general con los agentes económicos.

La literatura de la época deja claro que la economía continuó sus vaivenes y ciclos frugales de bonanza, en asuntos como la agricultura, la minería y la política monetaria afectada por el abandono del patrón oro. Así como la flexibilización en la oferta de circulante por parte del Banco de México, el crecimiento del crédito interno amparado en las reservas, la devaluación del peso en abril de 1938 y el aumento del nivel de precios hasta en 115 por ciento, entre 1934 y 1940.¹³

Haber presenciado durante mi larga permanencia en Nueva York los efectos de la Gran Depresión y cómo la falta de dinero había llevado a la miseria general [...] determinó en mí un verdadero horror a la deflación, como influyó en cuantos economistas tuvieron ocasión de presenciarla.¹⁴

En otros ámbitos, la primera nota con que se identificó a la presidencia de Cárdenas fue la jornada trágica del 30 de di-

¹² Suárez, Eduardo, 1977, pp. LXXX-LXXXI y 99-200.

¹³ Manuel Gómez Morin, "Salarios y costo de la vida", septiembre 1944, 14fs. en: AMGM, Sección Acción Nacional, Serie: Asamblea Nacional Ordinaria, subserie: estudios y ponencias

¹⁴ Suárez, Eduardo, 1977, p. 114.



ciembre de 1934, cuando los Camisas Rojas de Homero Margalli acribillaron a civiles que salían de un acto religioso en el centro de Coyoacán, la exacerbación de la ley de cultos contra el clero católico y la aplicación más severa de la educación socialista.¹⁵

La opinión pública de la capital del país juzgó rápido al general Cárdenas y éste tuvo que bregar contra la corriente y demostrar que su administración no era calca de presidencias anteriores ni estaba en sus planes enemistar a los diferentes grupos de la sociedad mexicana, aunque no alcanzó su propósito.

La confluencia de una presidencia reformista en lo político se evidenció hacia 1936; la administración cardenista generó recomposiciones en lo social pero muy pocas modificaciones en lo económico, al menos hasta mediados de 1938. El apoyo de los grupos obreros y campesinos convergió en la particularidad del cardenismo: un proyecto nacional populista.

Tal como ocurrió en otros lugares del continente latinoamericano, Colombia, Brasil y Argentina, por señalar algunos, la preeminencia económica estuvo en la preocupación social sin importar el costo presupuestal. A la política económica del presidente Cárdenas se le ha identificado así, como populismo económico, caracterizado por:

-
1. su programa de reparto agrario

 2. la proporción del gasto público dirigido a salud pública y educación

 3. los fuertes déficits fiscales fueron financiados con emisión de billetes.¹⁶
-

¹⁵ AGN-SGDC, cajas 305 a 307. A partir de 1935 el Departamento Confidencial pierde su nombre para dar paso a la Oficina de Información Política y Social, que a su vez se transformará en la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales. El 8 de enero de 1935 se decretó la obligatoriedad de la educación socialista en el país.

¹⁶ Cárdenas, Enrique, 1996, p. 37

Los objetivos del agrarismo fueron limitados. No cambió radicalmente la situación de los campesinos en el corto plazo, ciertos terratenientes sobrevivieron y prosperaron bajo las políticas cardenistas, baste señalar a Jenkins en Morelos y Puebla, Victorio Grajales en Chiapas, Ramón Yocupicio en Sonora, Manuel Parra en Veracruz, Saturnino Cedillo en San Luis Potosí o a Maximino Ávila Camacho en el espectro poblano.¹⁷

El campesinado beneficiado por la política cardenista no tuvo opciones para elegir cómo vender, a quién vender y bajo qué criterios y precios. El número de campesinos beneficiados fue de un millón, ¡una décima parte de los que se declararon campesinos en el censo de 1930! ¿Qué oportunidades se les dio a los que no participaron de la política agraria? Algunos los encontramos en: las huestes de la Unión Nacional Sinarquista en las periferias de las zonas urbanas que se fueron construyendo a fines de la década; otros más, en las filas del Departamento Agrario, que sustituyó a la Secretaría de Agricultura en la dotación, para que resolviera sus peticiones.

SALIENDO DEL ESCOLLO ECONÓMICO

La gran depresión de 1929 se caracterizó por una fluctuación en el nivel de la producción agregada de las economías industrializadas, una caída del precio internacional de los bienes y servicios que América Latina colocaba en el extranjero, deflación en los mercados internos y una política monetaria restrictiva que ahogó las finanzas públicas y el crédito disponible en las economías.

Los canales de contagio de la crisis, en el caso de México, fueron: la caída de la demanda agregada de nuestros pro-

¹⁷ *Idem.*, p. 25 y ss. y 36.



ductos en el mercado mundial y la baja de los términos de intercambio en la exportación de bienes y servicios mexicanos. Las consecuencias inmediatas: una escasez del crédito y de la moneda, así como la reducción de los ingresos fiscales del gobierno.

Si bien Enrique Cárdenas ha demostrado que antes de la crisis de 1929 la economía mexicana se encontraba afectada por la recesión estadounidense y por el menor valor de las exportaciones nacionales,¹⁸ el agravamiento de las condiciones del país se potenció con la movilidad social, la reforma monetaria de 1931-1932 y las modificaciones del comercio internacional. El gravamen Smoot-Hawley de 1930 erigió barreras arancelarias que tuvieron que enfrentar los países latinoamericanos, mientras que la Conferencia de Ottawa de 1932 modificó el intercambio mundial hacia el proteccionismo, afectando la posición de México y su lenta recuperación económica los años siguientes.

La tesis acerca de que México salió muy rápido de la recesión mundial tiene dos vertientes: en primer lugar, la que asegura que los efectos negativos en la economía nacional comenzaron antes del *crack* del 29, y que parte de los desajustes los había asimilado el mercado real y monetario del país, por lo que el desempeño económico mejoró en el corto plazo.

En segundo lugar, la tesis que argumenta que es en este momento que inicia la industrialización de México, y que la intensidad de la mano de obra, mayor que la de capital, se resiente en menor medida cuando llega la crisis, pues la caída de la inversión en acervo físico no tuvo la misma magnitud que en los países industrializados. México inició entonces, los procesos de reconversión industrial¹⁹ y de sus-

¹⁸ Cárdenas, Enrique, 1995, pp. 31-36.

¹⁹ Rivero, Martha, 1990, pp. 13-17.

titución de importaciones, precisamente por las condiciones adversas del mercado internacional.

La gran depresión golpeó severamente a los sectores de la economía nacional en tiempos y plataformas distintas; por ejemplo, la agricultura de la región lagunera (Durango, Coahuila) cuyos cultivos algodoneros descendieron de 132 4000 hectáreas en 1926, a 43 231 en 1932.²⁰ Las pésimas cosechas de 1928 y 1929 llevaron a proponer un Ministerio del Maíz, mientras que en la minería se redujo el número de trabajadores en 50 por ciento y se debilitó el movimiento sindical,²¹ la huelga de la Compañía de Tranvías de México S.A. paralizó la Ciudad de México y el crédito agrícola detuvo su alza de años anteriores.

¿Qué explica la caída de la economía en 1933, la inflación permanente a partir de 1936 y la recesión y devaluación de 1938 y 1939, respectivamente? Este brete no tiene su origen en la gran depresión de 1929, sino en las difíciles condiciones internas que fueron agudizándose durante el cardenismo.

En abril de 1934, nueve ciudades se quedaron sin luz y energía eléctrica y la Confederación de Cámaras de Comercio, la de Industriales, la de Banqueros y la de Comercio de la Ciudad de México demandaron “ayuda inmediata para resolver la depresión mercantil”.²² En 1935 panaderías, cines, pasamanerías francesas y la Fábrica de Papel San Rafael estallaron huelgas “porque ya no alcanza para comer” y entre 1935 a 1938 encontramos huelgas en los ingenios, en las plantaciones de algodón, plátano y henequén, levantamientos de agraristas y la salida permanente de connacionales hacia Estados Unidos.²³

²⁰ Carr, Barry, 1989, vol. LI, núm. 2, pp. 124 y 135.

²¹ Cárdenas, Nicolás, 1998, p. 293.

²² Banco Nacional de México S.A, 1978, pp. 137-157.

²³ Véase por ejemplo, “Los trabajadores no deben ir a los E.U. por falsas promesas de un buen trabajo y salario mejor” en: *El Universal*, 11



De manera que argumentar que la crisis de los años anteriores al periodo cardenista había terminado, resulta una verdad a medias. En la correspondencia al secretario de la Economía Nacional, Francisco J. Múgica, los empresarios siguen refiriéndose a la crisis económica, ya avanzada la década 1930:

Se acepta una reducción en un 5% en las tarifas para irrigación, como un sacrificio temporal, de carácter provisional, tendiente a que se resuelva de una manera satisfactoria la situación económica por la que atraviesa el país... cuando se habla de la situación económica mundial, es necesario no olvidar que los consumidores han resultado beneficiados por el [tipo de] cambio que hizo que el peso mexicano bajara de 2.05 a 3.60 por dólar.²⁴

Paradójicamente, en el segundo lustro de 1930 inició la recomposición del sistema bancario contemporáneo, tanto la banca comercial como la de desarrollo. Se modifican la ley monetaria y la ley del Banco de México, el Reglamento para Empleados Bancarios y la ley de instituciones de crédito. ¿Hubo crisis en un solo sector? ¿Quiénes fueron los actores afectados, quiénes los beneficiarios?

Por otro lado, el giro que se dio a la gran producción destinada al mercado exterior truncó las posibilidades de exportación y de abastecimiento a las regiones del país, no porque Cárdenas estuviera en contra de la comercialización

de noviembre de 1937, o Mac Williams, "Los cuervos vuelan hacia el norte" en: *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VI, núm. 2, abril-junio 1954, pp. 171-182.

²⁴ Memorándum de F. L. Gilmore al Ministro de Economía Nacional, Gral. Francisco J. Múgica, 7 de diciembre de 1934 en: AHCEMLC, Fondo Múgica, vol. 26.

de los productos del campo, sino porque la colectivización de la producción y el clientelismo político inhibieron la inercia que se había logrado en los años anteriores.

Además, para sacar de las parcelas y el ejido los granos y hortalizas se recurrió a los canales oficiales donde pesó fuertemente el caciquismo, el control político, la burocracia y los criterios obtusos contrarios a la ganancia, a pesar de que aparecieron los Almacenes Generales de Depósito, una propuesta de seguro agrícola y el Banco Nacional de Comercio Exterior.

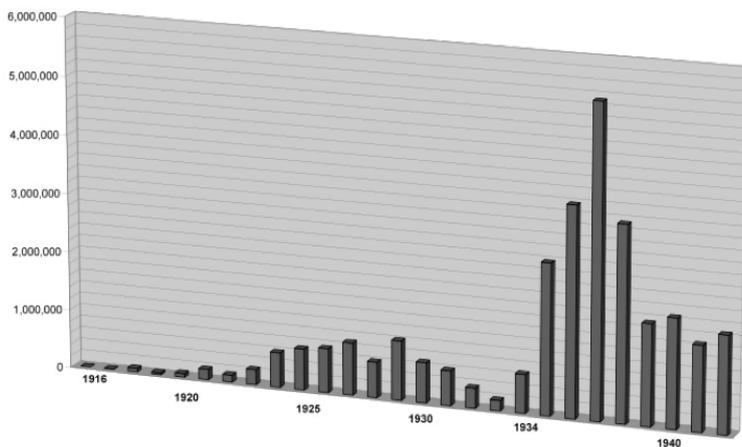
Es innegable que las condiciones en el campo mexicano seguían siendo precarias, a pesar de la Revolución y sus promesas, y contrariamente al aceleramiento del reparto agrario, se dieron la modificación de la Ley Agraria en tres ocasiones, el desmantelamiento de facto del Banco Nacional de Crédito Agrícola S.A —al quitarle recursos y encargarle la colonización— el fraccionamiento y la enajenación de tierras, así como la creación del Banco Nacional de Crédito Ejidal en 1935 y las limitaciones a la Comisión Nacional de Irrigación para construir obras nuevas sin endeudar al erario en el mediano plazo.

No obstante, según Alan Knight, los campesinos operaron en un contexto político favorable, tuvieron mayor capacidad de maniobra y considerable autonomía, mucha más de la que habían tenido en los años veinte.²⁵

²⁵ Knight, Alan, 1994, p. 93; o bien Raymond Buve, 1980, pp. 229-235.



Reparto agrícola entre campesinos mexicanos 1916-1942 (Hectáreas redondeadas)



Fuente: Departamento Agrario, 1943.

En este sentido, no es que los campesinos tuvieran mayor capacidad, sino una mejor organización que, ligada al ámbito gubernamental, les dio voz y eco en las decisiones de la política cardenista.

La inestabilidad del campo favorecía la intromisión de grupos y partidos que perseguían propósitos diversos: los comunistas, las ligas de agrónomos socialistas, la CROM, el Partido Nacional Agrarista, la Liga Nacional Campesina y los políticos del PNR.²⁶

El cardenismo permitió escuchar las voces de los campesinos y los obreros, sin importar si estaban aglutinados en sindicatos o de manera individual, y cuando la crítica del jefe

²⁶ Hernández Chávez, Alicia, 1979, volumen 16, pp. 15-16.

máximo llegó a cuestionar “el desorden”, en que se había convertido la movilidad social, Cárdenas lo echó del país y eliminó a los callistas de las esferas de decisión administrativa. He aquí la virtud de la presidencia del michoacano, dejar que se expresaran los grupos sociales, entender sus demandas, cooptar a sus líderes y aglutinarlos en el partido político de 1938: el Partido de la Revolución Mexicana.

No es casual que se organizase primero a los trabajadores industriales en la Confederación de Trabajadores de México (CTM) –febrero 1936– y se impidiera que los trabajadores agrícolas se aglutinaran en ésta, tanto por la oposición del presidente Cárdenas como del dirigente de la Confederación Campesina Mexicana (CCM), Graciano Sánchez. Cuando se hubo expropiado La Laguna, Tierra Caliente, Yucatán y estaba fresca en la memoria colectiva la expropiación petrolera, se decidió fundar la Confederación Nacional Campesina (CNC) que sumó a los trabajadores de la agroindustria (azúcar, algodón, henequén, etcétera), con los agraristas y los desposeídos de los años anteriores.²⁷

Según Alanís, el cardenismo alcanzó con la reforma agraria al menos tres objetivos:

-
1. una relativa estabilidad social en el campo al dar respuesta a las demandas acumuladas de los campesinos.
-
2. la posibilidad de integrar definitivamente al sector campesino a la nueva estructura del poder.
-
3. la fragmentación de grandes extensiones territoriales y nuevas condiciones para el desarrollo del agro.
-

²⁷ “Esta división generaría mucha tensión y conflicto en los años venideros”. Cfr. Carr, Barry, “El Partido Comunista y la movilización agraria en la Laguna, 1920-1940: ¿una alianza obrero-campesina?”, en: *Revista Mexicana de Sociología*, 1989, vol. LI, núm. 2, pp. 117-118 y 140ss.



¿Hubo resultados económicos importantes a partir de esa decisión? Se le dio la tierra al campesino, pero no se le enseñó a comercializar ni a sacudirse el sojuzgamiento y dependencia del cacique, del burócrata del Banco Ejidal y del mediero que lo aviara cuando no había recursos. El paternalismo en que cayó la política agraria generó fuerte dependencia de los granos básicos para la alimentación de la familia e hizo a un lado los mecanismos de mercado para capitalizar la inversión del Estado y del mismo ejidatario.

La idea de colectivización se presentaba lógica y salvadora; nacía amamantada a dos pezones, la conveniencia de que el campesino sustituyera al hacendado y la imposibilidad de que aquél afrontara individualmente el costo de la explotación. [En el caso de Yucatán] se tomó indebidamente la maquinaria y cuanto formaba el patrimonio industrial de los henequeneros, y el Banco Nacional de Crédito Agrícola, por medio de su agencia en Mérida, asumió la dirección del negocio. Los ejidatarios aparecieron con una deuda de \$150 000; hubo pérdidas [...] las sumas que habían recibido como anticipo los ejidatarios, convertidos en peones de nuevo amo, con jornal ínfimo al que habrían percibido como simples trabajadores²⁸

El mismo Luis Cabrera criticó la reforma agraria por la tendencia a la colectivización, contraria a la conveniencia nacional y a los principios revolucionarios,²⁹ pero sobre todo al mercado interno que necesitaba asimilar al campesino y al ejidatario al proceso de industrialización en que ingresó el país.

²⁸ Correa, Eduardo J., 1941, p. 214.

²⁹ Cabrera, Luis, 1938.

Otro aspecto económico, que no abordaré en este ensayo, es la ley monetaria y las implicaciones que impactaron en la economía nacional. Si bien desde 1924, cuando la Comisión Monetaria, S.A. entró en liquidación y cedió su lugar al Banco de México, se aseguraron los medios de pago de los agentes económicos, el abandono del patrón oro y la desmonetización del peso plata y el billete fiduciario repercutieron en el sector financiero del país durante el cardenismo.

La Convención de Londres de 1931 buscó plantear mecanismos de ajuste de las balanzas mundiales y resarcir las pérdidas por la gran depresión, fue elocuente la postura de los financieros y economistas mexicanos que llegaron a proponer asuntos interesantes de primer orden, a saber:

- La aceptación forzosa de los billetes del Banco de México por la escasez de medios de pago.
- La liquidación de la deuda tasada en oro y plata y su adecuada remisión.
- La verdadera función del Banco Central como mecanismo de compensación y confianza entre los agentes de la economía.
- El bimetalismo como regreso a un talón de seguridad entre los países.
- La supresión automática de la circulación del *stock* de oro amonedado.
- La necesidad de buscar acuerdos comerciales de los países latinoamericanos
- La urgencia de contar con un mercado para la colación de valores públicos y privados de los países poco desarrollados.³⁰

³⁰ ACMEV, caja moneda, varias fojas.



La economía durante 1934-1940 no ha sido estudiada en su totalidad, sobre todo a nivel microeconómico y sectorial. Las posibilidades de las fuentes y las interpretaciones de la historiografía sobre el periodo nos impelen a investigar y aportar nuevas interpretaciones de un periodo aciago en el devenir de la historia de México, que no se limita al héroe de bronce, padre del reparto agrario y epítome del Estado interventor.

La economía del cardenismo es una tarea que debemos empezara cubrir quienes estamos interesados en el desarrollo de un país que, al entrar a la modernidad y la segunda guerra mundial, encontró infinidad de carencias y asuntos irresolutos en el mediano y largo plazos. Unos los resolvió con atingencia merced a los recursos presupuestales con los que contó, otros los dejó para las administraciones posteriores, unos más para caracterizar a México contemporáneo desigual, irredento y poco avieso a aventurarse fuera del cobijo gubernamental.



Empresas y empresarios durante el sexenio de Lázaro Cárdenas

Cristina Puga Espinosa¹

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM

[[La clase patronal, por propaganda injusta y por criterio político que en muchos casos ha llegado a convertirse en sistema, ha sido excluida de los asuntos públicos, como si su existencia en el país fuera un mal necesario que sólo es posible temporalmente tolerar, mientras puede eliminarse de modo definitivo.

Memorial de los empresarios
al Presidente de la República, febrero 9, 1936.

Los conservadores de México, enemigos del programa social de la Revolución, quisieran en la política del gobierno la democracia que se practica en los estados capitalistas, es decir, libertad para sus intereses e imposición de su criterio; quisieran que se relegara a los trabajadores a una situación individualista, porque saben que la organización acabará con sus privilegios.

LÁZARO CÁRDENAS, *Apuntes*, diciembre 22, 1935.

El 15 de febrero de 1936 una multitud marchó por las calles de la ciudad de Monterrey y se reunió finalmente frente al Palacio de Gobierno. Convocada por los empresarios

¹ Agradezco a Miguel Ángel Llanos Gómez el trabajo de recolección y ordenamiento de materiales.

locales, la concentración reunió a más de 50000 regiomontanos unidos por el temor al fantasma del comunismo. Los oradores denunciaron los avances políticos de las tendencias socializantes, se quejaron del alud de huelgas en todo el país y expresaron su enorme preocupación por la aparente protección brindada por el presidente Lázaro Cárdenas a un movimiento obrero que no ocultaba que su fin organizativo era la lucha de clases y la eliminación del capital. Al día siguiente, un paro de labores paralizó a la ciudad en una demostración de la fuerza política de su empresariado local.²

La inquietud existente en la ciudad de Monterrey, tradicionalmente unida en torno a sus capitanes de empresa quienes habían hecho de ella un moderno centro fabril (en 1936 contaba con 438 establecimientos industriales que representaban 12 por ciento de la inversión y 9 por ciento de las contribuciones al ingreso federal),³ sobrevenía después de un año que se distinguió por el ascenso de un vigoroso movimiento obrero y, por un absoluto respeto de parte del gobierno, al derecho de huelga, así como por el apoyo a las iniciativas de sindicalización. Tan sólo en 1935 hubo en el país 410 huelgas,⁴ situación que unos meses antes había merecido el reproche de Plutarco Elías Calles, quien había abogado a favor de los patrones,⁵ lo cual a su vez motivó la

² *Excélsior y El Universal*, febrero 6 y 7, 1936; Montemayor Hernández, A., 1971, pp. 358-368; Saragoza, Alex, 1988, p. 170 y s.s.

³ *Actividad*, marzo 15, 1937.

⁴ Según el registro de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje en 1936 citado por *Investigación económico-social*, vol. 1, no.7, CONCAMIN, Méx, nov-dic,1936; las cifras varían en este punto: (Ashby, Joe C., 1959, p. 83) por ejemplo cuenta 642 huelgas tan sólo en 1935 y 659 en 1936 cifras que han sido recogidas por varios estudios sobre el periodo.

⁵ Al parecer Calles se había molestado por la declaración de huelga en la *American Telephone and Telegraph Company* de la cual era accionista, Ashby, 1959, p. 24.

formación del Comité de Defensa Proletaria en apoyo a la política obrerista del presidente. La enorme movilización obrera que propició la salida de Calles del país apagó las débiles manifestaciones de respaldo al expresidente por parte de los empresarios, pero aumentó la preocupación del sector.

El malestar en Monterrey se originaba en primer lugar por el conflicto entre el Tribunal Superior de Justicia y el Congreso del estado que había impedido el ascenso del gobernador electo y obligado al nombramiento de un gobernador provisional.⁶ Sin embargo, la principal causa del malestar era la actividad de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM) que, comandada por Vicente Lombardo Toledano, había logrado una extraordinaria convocatoria entre los obreros del país. Los empresarios regiomontanos basaban su crecimiento desde 1890, año en que se fundó la Cervecería Cuauhtémoc, en la existencia de una clase obrera protegida y controlada por las grandes empresas locales (la propia Cervecería, Fundidora Monterrey, Vidriera Monterrey y Malta, s.a.) que habían evitado el sindicalismo a través de concesiones graduales en las que con frecuencia se adelantaban a las demandas de los propios trabajadores.⁷ Cuando la CGOCM enfiló sus baterías hacia los negocios regiomontanos la alarma cundió entre los empresarios locales, ya molestos desde la aprobación de la Ley Federal del Trabajo cinco años antes.⁸ En febrero de 1936, ante el reconocimiento de la huelga de la Vidriera por parte de la Junta de Conciliación y Arbitraje, los propietarios

⁶ El general Gregorio Morales Sánchez quien ocupó el puesto de 14 de octubre de 1935 al 30 de abril de 1936. Montemayor, 1971, p. 362.

⁷ Fuentes Mares, José, 1976, p. 127 y s.s.

⁸ Saragoza, Alex, 1988, p. 170 y s.s. advierte que el interés de la central obrera se produjo en vísperas de la nueva elección de candidato a gobernador por parte del PNR en la que el apoyo obrero era muy importante para asegurar el triunfo de cualquiera de los candidatos.



se adelantaron, declarando el paro y convocando a la movilización ciudadana a la que, entre otros grupos organizados acudieron, según los periódicos de la época, sindicatos independientes, sociedades mutualistas de empleados y profesionistas, choferes de transporte público, asociaciones de charros y sociedades de padres de familia.⁹

El presidente Cárdenas no minimizó la importancia política de la manifestación regiomontana. Dos días después canceló su visita a Morelia y se dirigió a Monterrey donde se reunió de inmediato con los empresarios más destacados quienes le reiteraron su preocupación frente a los excesos del comunismo en el país y las pretensiones obreras, que los conducirían al cierre de las empresas. El presidente les pidió recapacitar y dejar que fuera el gobierno el que resolviera las disputas entre empresas y trabajadores.¹⁰ Sin embargo, apenas tres días después, en una nueva reunión en la ciudad, representantes de todas las organizaciones empresariales del país le presentaron un “Memorial” en el que se solidarizaban con la inquietud de Monterrey y reclamaban su derecho a participar en los asuntos públicos.¹¹ La respuesta del presidente sentaría las bases para la relación entre empresarios y gobierno a lo largo del sexenio. Tranquilizó a los preocupados hombres de negocios acerca del carácter no comunista de su gobierno, manifestó su respeto a la huelga como medio

⁹ *El Universal*, febrero 4, 5 y 6, 1936. Montemayor, 1971, p. 355; subraya la gran cantidad de asociaciones civiles que había en la ciudad en aquellos años. A ello hay que agregar que desde 1915, cuando los empresarios organizaron el abasto a la ciudad, durante la entrada del Ejército de la Convención, se había creado una “vasta red de poder” ligada a un fuerte vínculo popular que les facilitaba la convocatoria; Flores, Oscar, “La Cámara Nacional de Comercio durante el constitucionalismo”, en Jacobo, E., Luna, M. y R. Tirado 1989, pp. 47-70.

¹⁰ Cárdenas del Río, L., 1972, I-342-344.

¹¹ *Actividad*, marzo, 1936. *El Memorial* fue publicado unos días más tarde en los periódicos de la capital.

para lograr las demandas legítimas de los obreros, recordó que el gobierno era “el árbitro y regulador de la vida social”, advirtió a los empresarios que no hicieran de su descontento una bandera política que pudiera desencadenar una lucha armada, y les expresó que no consideraba al paro como una medida patriótica y que el gobierno estaba dispuesto a tomar por su cuenta aquellos negocios en que los propietarios se sintieran cansados.¹² Unos días después los empresarios hicieron llegar al presidente un nuevo comunicado en el que con “notorio tono respetuoso” le expresaban nuevamente sus inquietudes respecto a la intranquilidad social que imperaba en el país.¹³ Cárdenas a su vez contestó nuevamente con severidad y pidió a los empresarios abandonar la actitud pesimista y alarmista que “no es ciertamente muestra de colaboración” y a participar, con el gobierno “en resolver el máximo problema que tiene ante sí: redimir de la miseria en que viven a las grandes masas de trabajadores [...] en obrar con verdadero patriotismo y con un interés sincero de contribuir al desarrollo de la economía en beneficio de todos los que contribuyen a la producción”.¹⁴

La anécdota ha sido utilizada en numerosas ocasiones para ejemplificar la firmeza presidencial frente a una clase capitalista inflexible y reacia a admitir los cambios institucionales que se derivaban de la Constitución de 1917. Los llamados “14 puntos” de Monterrey se han analizado como un hito definitorio en el avance de una política de masas (Córdova), como una escaramuza en el esfuerzo por dotar al Estado de una mayor autonomía frente a la clase dominante (Hamilton), como el punto extremo de un enfrentamiento entre un gobierno que intentaba una reforma revolucionaria

¹² Cárdenas del Río, L., 1972, pp. 343-44; *El Nacional*, febrero 12, 1936.

¹³ Martínez Nava, Juan M., 1984, p. 92.

¹⁴ *Ibid.*, p. 97.



y una clase conservadora que se resistía a ella por todos los medios a su alcance (Martínez Nava), como el establecimiento de un *modus operandi* entre los empresarios y un gobierno que defendería a toda costa a la clase trabajadora (Krauze) o como la prueba de que Cárdenas se proponía tan sólo la modernización de las relaciones capitalistas sin constituir una amenaza para el capital (Anguiano). Haber, por su parte, al analizar el desarrollo industrial del sexenio, encuentra que “el conflicto entre los Garza Sada y Cárdenas fue una disputa particular que no involucraba a la clase industrial en su totalidad”.¹⁵

Si bien esta última afirmación tiende a minimizar el conflicto regiomontano, que como hemos visto tenía importantes repercusiones (la respuesta presidencial incluye la afirmación de que el conflicto se había extendido a otros centros como León, La Laguna, el Distrito Federal, Puebla y Yucatán), ciertamente destaca la ambivalencia de las relaciones entre gobierno y empresarios a lo largo del sexenio cardenista. Una revisión de los documentos y publicaciones durante el periodo, junto con las cifras de producción, muestran que, al mismo tiempo que encabezaban una corriente política conservadora a partir de una posición adversa a las políticas colectivistas, a la proliferación de huelgas y a la tendencia del gobierno a dirigir la producción económica, los empresarios (incluidos los de Monterrey) mantenían una participación constante y hasta positiva en la vida pública del país. Organizaban ferias regionales a las que acudían los gobernadores de los estados, participaban en comisiones de trabajo con dependencias del gobierno, iniciaban nuevos y prósperos negocios y acudían a banquetes e inauguraciones. Numerosas empresas extranjeras inauguraron filiales en el país durante el sexenio y el crecimiento de nuevas industrias

¹⁵ Haber, Stephen, 1992, p. 233.

como la telefónica, la automotriz, la de radiodifusión y la hotelera, modernizaban la vida en las ciudades y estimulaban la actividad comercial.¹⁶ Así, el descontento parece reducido a la disputa ideológica, por un lado, y a la manifiesta falta de canales reconocidos de participación, por el otro.

De la misma manera, la severa actitud del presidente hacia el sector, así como su evidente inclinación hacia proyectos económicos de carácter colectivo que involucraran a los obreros o campesinos, eran matizadas por iniciativas para apoyar la inversión, por medidas de protección a los banqueros y por frecuentes declaraciones, tanto de Cárdenas, como de los miembros de su gabinete, destinadas a brindar seguridad y garantías al capital y a convencer a sus representantes de su importante misión en el impulso del desarrollo económico del país. La declaración de Monterrey es muestra de esta actitud firme, pero no persecutoria, del gobierno hacia los grupos empresariales.

Por lo anterior, la relación entre empresarios y Estado en el periodo cardenista no puede verse tan sólo como una confrontación que eventualmente frenó los proyectos de reforma del gobierno o como una lucha por los ámbitos de acción respectiva que derivó en la limitación estructural de la autonomía del Estado, sino como una relación compleja que condujo al arreglo institucional que regiría las relaciones entre Estado y capital en las décadas siguientes. En las páginas que siguen recupero algunos momentos que considero importantes en la construcción de este acuerdo entre gobierno y empresarios a partir fundamentalmente de dos ejes: el de la reorganización interna de los empresarios después de la aprobación de la Ley de Cámaras de 1936 y el de la percepción del gobierno de Cárdenas por los grupos empresariales

¹⁶ *Excelsior* 1934-39; *Mexican-American Review*, p. 1938-39; *Actividad*, 1935-1940.



organizados.¹⁷ Ello nos permite identificar una etapa de oposición vinculada a lo que los propios empresarios califican de “la ofensiva contra el capital” y otra, que se empieza a configurar desde la mitad del sexenio y cobra plena vigencia después de la expropiación petrolera en la que los empresarios se tranquilizan respecto al rumbo del gobierno y aseguran canales firmes de colaboración con las dependencias del ejecutivo, ligados a compromisos tácitos con el poder público.

EL EMPRESARIADO EN EL PERIODO CARDENISTA

En la década de los 20, México recuperó el ritmo de crecimiento perdido durante el periodo de lucha armada. Entre 1921 y 1933 el Producto Interno Bruto del país tuvo un aumento promedio de 3.4 por ciento, de acuerdo con los datos de Leopoldo Solís.¹⁸ Diversos autores señalan que la abundante producción agrícola subsidió el proceso de urbanización y aumentó la exportación a niveles “espectaculares”. Entre 1925 y 1929, dice Himes, “México vivió la relación de intercambio más favorable de su historia”.¹⁹ Aunque hubo una caída importante en 1932 y 33, principalmente como consecuencia de la crisis en los Estados Unidos, para el comienzo del periodo cardenista, la crisis había sido superada y ya se advertía un proceso de crecimiento regional, vinculado a la agricultura de exportación y otro, más ace-

¹⁷ En este recorrido han sido fundamentales los trabajos pioneros de Juárez, Leticia, 1983 y 1991 y el de Martínez Nava, Juan M., 1984, quienes señalaron los principales hitos de la compleja relación entre Cárdenas y los empresarios.

¹⁸ Solís M., Leopoldo, 1975, pp. 86-122.

¹⁹ Himes, J.R., “La formación de capital en México”, en Solís M., Leopoldo 1973, p. 172.

lerado, concentrado en dos polos industriales: la ciudad de México y Monterrey.

Cuando dio inicio el sexenio cardenista, de acuerdo con un análisis empresarial “el barómetro económico señalaba resueltamente buen tiempo”.²⁰ En efecto, un trabajo reciente sostiene que el gobierno cardenista coincidió con una curva ascendente del ciclo económico a la cual colaboraron el aumento mundial en los precios de la plata, condiciones climatológicas favorables en la agricultura y el inicio de un proceso de sustitución de importaciones propiciado por la crisis de los años anteriores, todo lo cual llevó a un crecimiento de 19% del PIB entre 1932 y 1934 junto con una recuperación de los precios.²¹ Un trabajo reciente atribuye parte de la reanimación económica a la política hacendaria de Alberto J. Pani, ministro de Hacienda en el gobierno de Abelardo Rodríguez, en 1932 y 1933, quien sin una formación económica, impulsó políticas de corte keynesiano, aumentando el circulante y reduciendo el pago de la deuda externa. El propio Pani encontraba en sus políticas una coincidencia con las que en ese momento ponía en práctica el presidente Roosevelt en Estados Unidos.²² Además de la política monetaria, Pani impulsó una reforma al Banco de México y fortaleció la legislación referida a las instituciones de crédito, con lo cual dio seguridad a la actividad bancaria en el país. Por su parte, Haber coincide en señalar una recuperación económica notable a partir de 1933 en la que destaca la reactivación de la planta industrial de la época, centrada en las industrias cervecera, textil, cementera y tabacalera.²³

La situación económica favoreció el fortalecimiento de una burguesía formada por elementos viejos y nuevos,

²⁰ Confederación de Cámaras de Comercio e Industria, 1940, p. 12.

²¹ Cárdenas del Río, L., 1973, p. 45.

²² Guerrero Mondragón, Aleida, 2003, p. 11 y s.s.

²³ Haber, Stephen, 1992, pp. 213-235.



que a su vez conformaron el sustrato del empresariado industrial que se haría visible en la década siguiente. En primer lugar, estaban los viejos empresarios heredados del porfiriato, en su mayoría inmigrantes franceses y españoles dueños de las grandes fábricas ubicadas en las ramas señaladas por Haber (textiles, cemento, cerveza y tabaco) y de los principales almacenes de la ciudad de México. En sus industrias había una señalada tendencia a la concentración de capitales y, por lo mismo, a un mayor interés por asegurar su influencia política. Por eso este grupo de empresarios, entre quienes se contaban los de Monterrey, en donde estaba asentada la primera gran compañía fundidora de acero del país, habían fundado la mayoría de las asociaciones existentes a la fecha y continuaban siendo los más activos políticamente. A este grupo pertenecían empresas como la Compañía Industrial de Orizaba, la Fábrica de Papel San Rafael, la Cervecería Moctezuma, la Cervecería Cuauhtémoc, Cerillera la Central, Cementos Tolteca y El Puerto de Liverpool. (véase el cuadro 1)

Por otro lado, a lo largo de todo el país, las jefaturas militares, los cacicazgos locales, la cercanía de propietarios y políticos con el gobierno federal y el manejo ventajoso de puestos públicos habían colaborado a un rápido proceso de acumulación y daban origen a una nueva generación de políticos empresarios que eran dueños de tierras de cultivo, ingenios azucareros, bancos y constructoras ligadas a la obra pública.²⁴

²⁴ Hernández Chávez, Alicia, 1979, cita entre otros a Rodolfo Elías Calles, hijo del expresidente, Gregorio Osuna, Fortunato Zuazúa, Abelardo Rodríguez, Aarón Sáenz y Juan Andrew Almazán. Para el enriquecimiento de este último a partir de las obras en el puerto de Acapulco, pp. 28-29; *Cfr.* Martínez Rancaño, Mario, "Los políticos empresarios", en Martínez Assad C., Pozas Horcasitas, R. y M. Ramírez Rancaño, 1982.

Además de los industriales porfirianos y los políticos empresarios, otros grupos de hombres de negocios podían distinguirse en el panorama nacional. Estaban, en primer lugar, aquellos directamente relacionados con la minería y el petróleo que eran, en general, directivos designados por los consejos de administración de las grandes compañías con intereses en el país. Aunque colaboraron en la fundación de la Confederación de Cámaras Industriales y la utilizaron en sus inicios, en este momento estaban relativamente aislados y solamente se manifestaban ocasionalmente a través de la Cámara de la Industria Minera. Al parecer, este grupo no gozaba de la simpatía del resto del sector, como lo demuestran algunas declaraciones ocasionales y, al final, el nulo esfuerzo empresarial por revertir la expropiación petrolera en 1938, a lo cual haremos referencia más adelante.

Otro grupo más discreto estaba constituido por empresas importadoras y filiales de algunas empresas industriales principalmente de capital inglés, alemán y estadounidense. En 1936 había en el país 9 121 empresas extranjeras que respondían por 23.3% de las ventas totales en el país.²⁵ Ya para esas fechas en México se habían establecido las compañías Ford, Chrysler y General Motors, así como Simmons, Palmolive, Dupont y Hercules Powder. Había también inversiones conjuntas, como la de B.F. Goodrich con la Cía. Hulera Euzkadi.²⁶ Un ejemplo de la importancia del capital extranjero, no sólo en la industria sino de manera muy destacada en el comercio, lo proporciona un reportaje de la revista de la Cámara Americana de Comercio sobre la nueva industria automotriz en 1938: en ese año había en el país cuando menos 42 empresas distribuidoras de automóviles, de las cuales

²⁵ Von Metz, Brigida, 1988, p. 204.

²⁶ Hamilton, Nora, 1983, p. 78; Rajchemberg, "La industria durante la Revolución Mexicana" en Romero Sotelo, Ma. Eugenia, 1997, p. 298.



21 tenían presidentes o gerentes nacidos en Estados Unidos y dos eran propiedad de ingleses. A ellas empezaban a sumarse, principalmente en los estados fronterizos, empresas de capital mexicano también dedicadas al comercio de automóviles importados en las que aparecen apellidos como Azcárraga, Vargas, Díaz Lombardo que más tarde formarían parte de la burguesía industrial de los años cuarenta.²⁷ Von Metz, por su parte, señala la gran cantidad de importantes comercios de capital alemán que se dedicaban a la importación de herramienta, medicinas y productos químicos.²⁸

Otro extenso grupo era el de los empresarios del campo, casi todos agrupados en cámaras agrícolas locales y muchos de ellos con capitales colocados en negocios regionales. Este fue el grupo afectado por los grandes repartos agrarios del periodo pese a lo cual hay indicios de que los propietarios se recuperaron y a pesar de la pérdida de sus tierras encontraron nuevas oportunidades para realizar negocios. En su estudio sobre el campo en Sinaloa Carton de Grammont relata cómo ante las expropiaciones y repartos, algunos empresarios se replegaron a zonas más seguras y desarrollaron una rica producción agrícola. Otros aprovecharon el nuevo auge de la agricultura para dedicarse al financiamiento de la misma: entre 1933 y 1940, tan sólo en Sinaloa, se fundaron y prosperaron cuatro bancos: el Agrícola Sinaloense, el Banco del Noroeste, el Banco de Culiacán y el Banco Provincial,²⁹ lo cual es indicador también de que la prosperidad del campo favorecía el traslado de los capitales hacia la banca y eventualmente hacia la industria.

Los datos de la época señalan que en 1937 había en el país 186 752 establecimientos industriales y comerciales,³⁰

²⁷ *Mexican-American Review*, VI, no. 2, febrero 1938.

²⁸ Von Metz, Brigida, 1988, pp. 121-230.

²⁹ Carton de Grammont, H., 1990, pp. 152-172.

³⁰ Von Metz, Brigida, 1988, p. 204.

de los cuales una gran mayoría eran seguramente muy pequeños negocios que formaban el contingente empresarial más numeroso. El directorio elaborado por la Confederación de Cámaras de Comercio e Industria en 1938 incluye cerca de 20 000 empresas afiliadas provenientes del comercio de abarrotes, quincallería y textiles; así como fábricas de ropa, pulque, chocolate, dulces, jabón, productos químicos y vestidos, entre otros productos. Un resumen oficial de la política económica del sexenio incluye entre los productos de reciente fabricación: hojas de rasurar, productos de caseína, alambres conductores, telas ahuladas, leche en polvo, peines moldeados, pelotas, tintas para imprenta, medias de seda, grapas de papel y ensamble de relojes.³¹ Tan sólo entre 1935 y 1939, se establecieron 6 119 industrias de las cuales solamente 160 pertenecían a las extractivas y las demás eran de transformación.³²

Haber, por su parte, señala que en el periodo se fundaron numerosas fábricas pequeñas de textiles finos (terciopelelo, algodón para camisas, etcétera) que hacían que el número de empresas textiles, solamente en el ramo del algodón, hubiera aumentado de 153 en 1933 a 224 en 1937 (aunque éstas descendieron a 193 hacia el final del sexenio). Menciona, asimismo, que en otros ramos textiles “surgieron literalmente cientos de compañías de pequeña escala que producían artículos como crespón, crep de rayón y géneros de punto”³³ y añade que los propietarios de las empresas eran en su mayoría inmigrantes judíos y libaneses que habían llegado en esos años al país. Es interesante anotar que en los documentos empresariales del periodo hay frecuentes alusiones a extranjeros que realizan un comercio desleal y no

³¹ Secretaría de Gobernación, 1940, p. 220.

³² Reyes Heróles, Federico, 1983, p. 44.

³³ Haber, Stephen, 1992, p. 232.



reglamentado en todo el territorio —al parecer en referencia a comerciantes libaneses y posiblemente judíos que hacían la competencia al comercio establecido principalmente en las ciudades del interior de la república—. ³⁴

Finalmente, un grupo en expansión y con gran influencia a nivel del gobierno federal era el de los banqueros. La Ley bancaria de 1932 quitó facultades al Banco de México y las reintegró a los bancos nacionales que comenzaron a partir de ese momento una etapa de expansión durante la cual cuatro grandes bancos se consolidaron, frecuentemente con la participación de nuevos capitales provenientes del grupo de los empresarios porfirianos: Banco Nacional de México, fundado desde 1884 y reorganizado después de la Revolución bajo la dirección de la familia Legorreta; Banco de Comercio, fundado en 1932 por Salvador Ugarte, con fondos provenientes de la venta de bonos, papel moneda y monedas de oro y plata a los bancos de Estados Unidos;³⁵ Banco de Crédito Minero, fundado en 1934 por Ernesto Bailleres, Salvador Ugarte y Liberto Senderos para financiar las actividades mineras en el país, y Banco de Londres y México, originalmente de capital francés e inglés, pero que en 1936 y 1937 se ligó con la Compañía General de Aceptaciones y la Financiera del Norte, ambas de capital regiomontano, e inició un nuevo proceso de capitalización. Otros bancos locales o más pequeños, que adquirirían dimensión nacional en las décadas siguientes, fueron también fundados durante el periodo: en 1932 el Banco Mexicano, con capital de anteriores

³⁴ El Universal, septiembre 21, 1937. Carta Semanal núm. 54, vol. II enero 1938; no.95, vol III, nov. 19, 1938. Ante la insistencia empresarial la secretaria de Gobernación promovió ante el Congreso el reconocimiento de las cámaras de comercio como “personas morales facultadas” para exigir documentación legal a los extranjeros que quisieran dedicarse al comercio. Carta Semanal núm. 87, vol. III, sept. 24, 1938.

³⁵ Puga Espinosa, Cristina, 1993, p. 126 y s.s.

funcionarios públicos, y el Banco Azucarero, de Aarón Sáenz que años adelante sería el Banco de Industria y Comercio; en 1934, el Banco Comercial Mexicano, de Eloy Vallina, en Chihuahua; y en 1937 la Compañía Central Financiera (más tarde Financiera Internacional) con capital mixto mexicano y estadounidense. Durante el periodo también surgieron varias compañías hipotecarias y se fortalecieron las aseguradoras.³⁶

Al mismo tiempo, en torno a los bancos empezaron a florecer grandes negocios que se beneficiaban del crédito e incluso del aval de los banqueros participantes. Hamilton señala el entrecruzamiento de los accionistas en las propias instituciones bancarias y los relaciona con otras como Hulera Euzkadi, el Puerto de Liverpool y Seguros La Nacional. Al morir Agustín Legorreta, presidente del Banco Nacional de México en 1937, participaba en los consejos de administración de Compañía General de Inversiones, La Bohemia, La Latinoamericana (seguros) Crédito Minero y Mercantil, Banco Hipotecario, La América Latina (seguros) y Fundidora Monterrey.³⁷

En general, no obstante la incertidumbre política de los empresarios y sus constantes quejas en contra del gobierno, los negocios florecieron durante el sexenio. La producción mantuvo un rumbo ascendente a pesar de que en 1938 y 1939 hubo un fuerte descenso en la inversión y en las exportaciones, provocado principalmente por las presiones de las compañías petroleras expropiadas. Hamilton señala que en el periodo de Cárdenas el PNB aumentó en 30 por ciento (de 15.9 mil a 20.7 mil millones de pesos), la industria manufacturera creció a un ritmo de 8 por ciento y aumentó en dos puntos su

³⁶ Para un estudio más detallado sobre las instituciones financieras antes y después del periodo, *cfr.* Hamilton, Nora, 1983, Apéndice 1, también Granados Chapa, Miguel Á., 1984.

³⁷ *El Universal*, noviembre 9, 1937.



participación en el PIB.³⁸ A su vez, un resumen oficial de la política económica del gobierno señala incrementos constantes en la producción minera e industrial a lo largo de los seis años del periodo presidencial y calcula una inversión en capital fijo de alrededor de 64 millones de pesos anuales.³⁹

El aumento generalizado de salarios en el sector obrero, la expropiación de haciendas, la apertura de nuevas tierras a la explotación y la inversión gubernamental en proyectos de infraestructura, junto con medidas hacendarias que estimulaban la actividad bancaria, propiciaron la ampliación del mercado interno, el traslado de los capitales a las zonas urbanas y, en general, un buen clima para los negocios. Hamilton cita una carta optimista de Gómez Morín en la que se refiere a las oportunidades para la inversión privada en 1936,⁴⁰ opinión con la que coinciden las revistas empresariales del periodo. Repetidamente, entre 1936 y 1939, *Actividad*, la revista regiomontana “del hombre de negocios”, que era el vocero informal de la Coparmex y una de las principales propagandistas de la libre empresa en contra del sindicalismo, reiteraba que había condiciones económicas favorables y utilizaba cifras del gobierno para reforzar esta afirmación.⁴¹

LA ORGANIZACIÓN EMPRESARIAL

En 1934, la representación política de los empresarios mexicanos estaba concentrada en cuatro asociaciones: la Confe-

³⁸ Hamilton, Nora, 1983, pp. 172-173.

³⁹ Secretaría de Gobernación (1940; 201-226).

⁴⁰ Hamilton, Nora, 1983, p. 172.

⁴¹ Por ejemplo, en mayo de 1936 se comenta que las crisis motivadas por la salida, el regreso y la expulsión del expresidente Calles “no han alterado la bonancible situación económica que atraviesa el país, ni siquiera se han reflejado en un descenso en los depósitos bancarios o en una oscilación marcada en las condiciones financieras.” *Actividad*, mayo 1936, p. 2.

deración de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco) la Confederación de Cámaras Industriales de la República Mexicana (Concamin) la Asociación de Banqueros de México (ABM) y la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex). Eventualmente, al firmar desplegados conjuntos o hacer declaraciones de carácter político, las cuatro asociaciones, más algunas otras de menos importancia que se unían a ellas, se identificaban como el “Grupo Patronal”. Estaban además las cámaras agrícolas que ya hemos mencionado y que desarrollaban una actividad muy local,⁴² así como una asociación de empresas aseguradoras que no tenía presencia pública importante. Finalmente, funcionaban las dos cámaras extranjeras: La Cámara Alemana de Comercio y la Cámara Americana de Comercio, que guardaban una postura política discreta y se mantenían alejadas de las controversias del periodo. En 1939 la Cámara Alemana tenía 138 socios y la americana 430.⁴³

La Concanaco y la Concamin, fundadas en 1917 y 1918 respectivamente, eran las organizaciones que habían servido al sector empresarial para expresar sus puntos de vista desde los primeros años del régimen político surgido de la Revolución. Con la representación de las grandes empresas textiles, de las compañías mineras y petroleras, la Concamin había impugnado los artículos 27 y 123 de la Constitución por considerar que su texto atentaba contra el capital y había buscado que su voz fuera tomada en cuenta por la

⁴² A partir de la emisión de la Ley de Asociaciones Agrícolas en 1932 las cámaras fueron sustituidas crecientemente por las asociaciones de productores. *Cfr.* Cartón de Grammont, 1990, p. 226.

⁴³ Von Metz, B., 1988; Rodríguez, Erwin, 1975; La Cámara Americana daba cabida también a empresarios o profesionistas nacionales. Abogados y médicos se beneficiaban de pertenecer a ella y ofrecer sus servicios a los directivos de empresas norteamericanas. *Cfr. Mexican-American Review.*



nueva élite dirigente. La Concanaco, por su parte, sostenida por los grandes almacenes comerciales representados en la Cámara de Comercio de la Ciudad de México, había encabezado diversas iniciativas para dar presencia a los comerciantes en los asuntos públicos y había ampliado su afiliación a través de cámaras nacionales de comercio en todo el país.⁴⁴ Más tarde, aun cuando su membresía era escasa y relativamente dispersa, durante los gobiernos de Obregón y Calles y después en el Maximato, las dos organizaciones habían establecido una relación amistosa con el gobierno que les garantizaba ser escuchadas en materia de regulación aduanera, política fiscal, construcción de infraestructura, y otras cuestiones semejantes. Cuando se fundó el Banco de México, en 1925, correspondió a las confederaciones nombrar a uno de los consejeros. En 1925, la Concanaco promovió la realización del I Congreso Nacional de Subsistencias ya partir de 1927 las dos confederaciones formaron parte de la Junta Consultiva del Comercio y la Industria destinada a vigilar el cumplimiento de la Ley Orgánica del artículo 28 (relativa a evitar los monopolios). En 1929, cuando el gobierno decidió federalizar la legislación del trabajo a partir de una sola ley de vigencia en todo el territorio, las dos confederaciones fueron convocadas a emitir sus puntos de vista. En 1931, la Concanaco llevó a cabo el I Congreso Nacional de Economía para reflexionar sobre los problemas de la industrialización en el país y en 1933 las dos confederaciones participaron en la segunda Convención Fiscal, convocada por la Secretaría de Hacienda,⁴⁵ redujeron su actividad en vísperas de la Ley de Cámaras de 1936 que replanteó su estatus legal.

La Asociación de Banqueros de México (ABM), fundada en 1928, derivaba su fuerza de la relación financiera entre

⁴⁴ Riquelme Inda, Julio, 1957, pp. 9-10.

⁴⁵ *Ibid.*; También Concamin, 1970; Juárez González, Leticia, 1983 y 1989.

los bancos y el gobierno mexicano. Hamilton ha señalado cómo el flujo de crédito de la banca privada hacia el gobierno federal otorgaba a los bancos una relación de influencia con la Secretaría de Hacienda y con el Banco de México, cuyo director, Luis Montes de Oca era francamente favorable hacia las posiciones políticas de los empresarios.⁴⁶ De hecho, bajo el gobierno de Cárdenas se inauguró la tradición de que el secretario de Hacienda rindiera un informe de la economía del país en las convenciones bancarias organizadas por la ABM. En la I y II Convenciones Bancarias, en 1924 y 1933, asistieron representantes del secretario de Hacienda (Alberto J. Pani). En la III Convención Bancaria, realizada en 1924 ya asistió el entonces secretario de Hacienda, Marte R. Gómez, quien hizo la declaratoria inaugural e invitó a los banqueros a sumarse a una obra de justicia social “mejorando los negocios y las condiciones de trabajo de todos los demás”.⁴⁷ En general, se percibe que los banqueros guardaban una distancia prudente respecto del resto de las asociaciones de empresarios y que, con frecuencia, cerraban filas con el gobierno a partir, tal vez, de una mejor comprensión de la política económica. El informe mensual de la economía producido por el Banco Nacional de México, por ejemplo, coincidía frecuentemente con las políticas del secretario de Hacienda⁴⁸ y los problemas en el gremio se trataban en forma directa con el presidente.⁴⁹

⁴⁶ Hamilton, Nora, 1983, p. 128 y s.s.

⁴⁷ Secretaría de Hacienda, 1981.

⁴⁸ Hamilton, Nora, *cit.* Anguiano, Arturo, 1975, p. 88.

⁴⁹ *Cfr.* por ejemplo, la visita de los banqueros a Palacio Nacional en mayo de 1938 para expresar su preocupación por la disminución en las reservas bancarias. Asistieron a la reunión Agustín Legorreta, Mario Domínguez, Epigmenio Ibarra, Eustaquio Escandón, Ernesto Amescua, William Richardson y Carlos Novoa; Novo, Salvador, 1994, pp. 279-280.



La cuarta organización activa en el periodo era la Confederación Patronal de la República Mexicana (Coparmex) fundada apenas unos años antes, a raíz de la invitación que el gobierno de Abelardo Rodríguez hiciera a los empresarios para discutir el proyecto de Ley Federal del Trabajo. A la cabeza de un sector empresarial que se oponía firmemente al contenido de la propuesta legislativa, Luis G. Sada, presidente de la Vidriera Monterrey, había promovido entonces la creación de una organización que agrupara por igual a comerciantes, agricultores o industriales bajo una identidad compartida: la de ser patrones. Cuando, durante el gobierno de Cárdenas se aprobó la ley de Cámaras de 1936, a la que me referiré un poco más adelante, la se congratuló de su carácter independiente, que la mantenía fuera de la influencia gubernamental e intensificó su labor de creación de centros patronales en todo el país, de los cuales había 15 en 1934.⁵⁰

De hecho, la Coparmex era un producto de la sostenida lucha de los empresarios de Monterrey por moderar la tendencia del Estado revolucionario a dirigir la actividad económica y establecer una forma de acción política más combativa que las asociaciones existentes, a las que consideraba poco eficaces políticamente. A diferencia del lenguaje moderado y precavido de las organizaciones de industriales y comerciantes, la Coparmex se caracterizó por un discurso virulento y apasionado en contra del sindicalismo, así como por una actividad más orientada a la confrontación política. Desde sus inicios se convirtió en la asociación representativa del grupo de empresarios regiomontanos y el mitin ya reseñado de 1936 fue, sin duda, uno de los productos más espectaculares de su acción pública.

⁵⁰ Chihuahua, D.F., Durango, Edo. de México, Irapuato, Jalisco, León, Michoacán, Puebla, Nuevo León, San Luis Potosí, Veracruz, Tlaxcala y Yucatán. Entre 1934 y 40 se fundaron cuando menos diez centros más. *Cfr.* Reyes Ponce, Agustín, 1979, p. 26.

En 1933, el gobierno de Abelardo Rodríguez decidió dar formalidad a la colaboración que se había establecido con el comercio y la industria a través de una Ley de Cámaras que sustituyera a la ya obsoleta de 1908, que regía hasta entonces la actividad de cámaras y confederaciones. El proyecto de ley, que no resultaba del agrado de los industriales porque eliminaba a su organización, fue discutido y modificado durante más de dos años.⁵¹ La ley fue finalmente aprobada en junio de 1936, ya durante el gobierno de Cárdenas. Cuatro eran sus rasgos principales:

- otorgaba a las cámaras el estatuto de “instituciones autónomas con carácter público” y establecía claramente que las cámaras serían “órganos de colaboración con el Estado en la satisfacción de las necesidades relacionadas con la industria y el comercio nacionales”;⁵²
- declaraba obligatoria la afiliación a las cámaras para toda empresa con capital mayor a los 500 pesos y concedía al gobierno el encargo de vigilar que los empresarios cumplieran con esa obligación;
- creaba una sola categoría: la de cámaras de industria y comercio reunidas a su vez en una confederación única de comercio e industria, y

⁵¹ La necesidad de su aprobación forma parte del Plan Sexenal.

⁵² El calificativo “de carácter público” era muy importante para las Cámaras: cuando en algún momento posterior, el Ejecutivo intentó modificar la Ley para hacer de las cámaras organizaciones “públicas” en lugar de “con carácter público” los empresarios se opusieron terminantemente. El asunto constituyó una cuestión de principio a defender en la II Asamblea Extraordinaria de la Confederación en mayo de 86. *Carta Semanal*, sept. 12, 1938.



- sometía a las cámaras a la jurisdicción de la Secretaría de Economía Nacional y le otorgaba a ésta la facultad de nombrar representantes en cámaras y confederaciones.⁵³

Con la aprobación de la ley, el gobierno respondía favorablemente a los esfuerzos de Concanaco orientados a que el Congreso de la Unión “reconociera a la confederación entidad jurídica y personalidad” para representar a los intereses generales del comercio,⁵⁴ e institucionalizaba la participación empresarial en la elaboración de las políticas económicas. Sin embargo, fortalecía, en contra de la opinión de muchos empresarios, la injerencia del gobierno en el funcionamiento de las cámaras y creaba otros problemas a la organización empresarial al obligar a comerciantes e industriales a una convivencia forzada.⁵⁵

En efecto, la parte más controvertida de la nueva ley era la que se refería a la existencia de una sola confederación, decisión que obedecía a la situación real que imperaba en el país: aunque durante 20 años habían existido dos confederaciones para las dos vertientes de la actividad empresarial, lo cierto es que en muchas ciudades y regiones se habían constituido cámaras mixtas que representaban simultáneamente a industriales y comerciantes que, con frecuencia, participaban en las dos confederaciones. El reconocimiento de esa realidad, sin embargo, contrariaba los deseos de los dirigentes industriales de organizar su propia confederación por

⁵³ Ley de Cámaras de Comercio e Industria, *Diario Oficial* 27 de agosto de 1936.

⁵⁴ Riquelme Inda, Julio, 1957, p. 12.

⁵⁵ La nueva ley solamente se aplicó a las cámaras de industria y comercio. Las cámaras extranjeras se mantuvieron al margen de la misma, al igual que la ABM y que Coparmex que celebró su condición de independencia frente al gobierno.

ramos de actividad (minero, petrolero, azucarero, etcétera) y, en cambio, privilegiaba el criterio geográfico que era el que había patrocinado hasta ese momento la Concanaco.⁵⁶

Otro motivo de diferencias entre los dos sectores había sido reconocido en la exposición de motivos de la nueva Ley, en la que se menciona que con frecuencia los intereses de comerciantes e industriales diferían, generalmente en torno al tema de los aranceles. Representantes de algunos sectores industriales habían estado promoviendo la imposición de aranceles que protegieran su producción,⁵⁷ mientras que los comerciantes no deseaban ninguna barrera a la importación de mercancías. Este era ciertamente un tema importante en un momento en que el comercio era el proveedor a través de mercancía importada, de materiales de oficina, herramientas, maquinaria, automóviles, loza y quincallería, ropa fina y aparatos eléctricos. Von Metz afirma, por ejemplo, que los comerciantes alemanes veían con preocupación el desarrollo industrial del país, que amenazaba con desplazarlos.⁵⁸ Ya en años anteriores había habido diferencias importantes entre los dos sectores en torno al tema y, unos años después, los aranceles serían la bandera de los industriales de nuevo cuño que, desde la Cámara Nacional de Industriales de la Transformación (fundada en 1941) respaldarían las políticas proteccionistas de los gobiernos de Ávila Camacho y Miguel Alemán.

Pese a que no estaban de acuerdo con la pertenencia a una sola confederación, los industriales, lejos de provocar un nuevo conflicto acataron la nueva ley y a los pocos meses participaron en la I Asamblea Anual de Comercio e

⁵⁶ Cfr. *Actividad*, 1936-38; Concamín, *Carta Semanal*, 1937-38; Informes 1935,36,37,38 y 39; Concamín, 1970, p. 181-225.

⁵⁷ Cfr. Informe de Evaristo Araiza a la Asamblea General Ordinaria sobre el ejercicio de 1934-35, Concamín, 1971, I-181.

⁵⁸ Von Metz, Brigida, 1988, p. 50.



Industria para declarar formalmente inaugurada la nueva Confederación que fue conocida como la Concanacomin. Los comerciantes, más numerosos y mejor organizados territorialmente, acapararon los puestos de dirigencia en la nueva organización que empezó a tener una importante presencia tanto a nivel declarativo como en su incorporación a comisiones diversas. Casi de inmediato, la nueva Confederación inició la publicación de una *Carta Semanal* en la que daba cuenta detallada de las políticas económicas del gobierno, las medidas fiscales, los desarrollos tecnológicos de utilidad para la industria y los espacios de promoción empresarial, en particular ferias y exposiciones regionales. Sin duda, la obligatoriedad de la afiliación favoreció el aumento de la membresía ya que, para septiembre de 1938, la organización declaraba contar con 199 cámaras regulares y 20 “en pequeño”.⁵⁹

Los industriales, empero, no se dieron por vencidos: amparados en una cláusula de la Ley de Cámaras que permitía la posible organización de cámaras por ramas de industria y de éstas en una confederación, en agosto de 1937 un grupo importante de industriales celebró por su cuenta una asamblea y refundó la Concamín. Previo a ello, la Secretaría de Economía había autorizado la existencia de siete cámaras industriales que constituyeron las bases de la renacida organización⁶⁰. La misma, sin embargo, no adquiriría presencia

⁵⁹ *Carta Semanal* núm.65, vol. II, abril 9, 1938. Las cámaras de industria y comercio “en pequeño” eran uno de los motivos de descontento de la asociación que consideraba un error de la Ley el haber permitido la diferenciación entre empresarios por monto de capital.

⁶⁰ Estas eran: la Cámara Nacional de la Industria Textil de Puebla y Tlaxcala, La Cámara Nacional de Hoteles, la Cámara Nacional del Petróleo, la Cámara Regional de la Industria de la Leche, la Cámara Minera de México, la Cámara Nacional de Electricidad, la Cámara Nacional de Comunicaciones y Transportes y la Cámara Textil de México, aprobadas entre diciembre de 1936 y mayo de 1937. “Informe del señor

política hasta la Ley de Cámaras de 1941 que volvió a separar oficialmente a las dos confederaciones.

La dirigencia de la Concanacomin (que siguió detentando la representación oficial del conjunto del sector) interpretó esa decisión como una actitud divisionista y se opuso tenazmente durante el sexenio a la existencia de las cámaras de industria.⁶¹ De hecho, Concanacomin consideraba que la organización por cámaras de industria y comercio en cada ciudad y región, como lo había establecido la nueva ley, daba posibilidad de representación a la industria pequeña, mientras que la organización por rama favorecía tan sólo a los grandes empresarios con sede en la ciudad de México.⁶² La existencia de cámaras de industria por sector además, restaba las cuotas de las principales empresas del país a las cámaras regionales con lo cual peligraba la existencia misma de la organización. Una revisión somera de los integrantes del consejo de Concanacomin en 1938 apunta a una importante presencia de comerciantes, muchos de ellos dedicados exclusivamente a la importación (véase el cuadro 2) pero también incluye a industriales, lo cual hace pensar en que la división entre los dos sectores no era muy profunda.

Por otro lado, al resurgimiento de las cámaras de industria se sumó un mes después la disidencia de los industriales del Distrito Federal que, preocupados por las consecuencias del conflicto petrolero, realizaron gestiones por su propia cuenta ante el gobierno para asegurar el abasto de petróleo, petición que fue solucionada de inmediato mediante

Genaro García a la Asamblea General Ordinaria del 19 de agosto de 1937 sobre el ejercicio social 1936-37. Concamín, 1970, vol. I.

⁶¹ Es interesante que la actual Concamín no registra en su historia oficial sus épocas de organización mixta. En su lugar, recupera los informes de quienes fungieron como presidentes de la confederación refundada en 1936 hasta su reconocimiento oficial en 1941.

⁶² Actividad, abril 1937, mayo 1º 1937.



un flete extraordinario del combustible en los ferrocarriles nacionales.⁶³ Al parecer este grupo,⁶⁴ que manifestaba que su afán “no era otro que el de inyectar vida y savia nuevas al comercio”, fue el que apenas unos meses más tarde constituyó el núcleo de una asociación de industrias varias que se organizó el año siguiente bajo el nombre de Asociación Nacional de Industriales y que intentó sin éxito ser reconocida como cámara de industria.⁶⁵ En este caso, la oposición de la Concanacomin —en particular después de su IV Asamblea Extraordinaria en mayo de 1938—⁶⁶ retardó el reconocimiento de esta nueva Cámara hasta 1941, cuando ya surgió bajo el nombre de Cámara Nacional de la Industria de Transformación (Canacindra) al amparo de la Ley de Cámaras reformada por el gobierno de Ávila Camacho que reconoció los intereses separados de industria y comercio y autorizó la existencia de las dos confederaciones.⁶⁷

En parte debido a esa oposición de la Concanacomin y en parte a la falta de un quórum significativo (su membresía había descendido de 32 cámaras en 1926⁶⁸ a tan sólo ocho en 1937) la refundada Concamin mantuvo un bajo perfil du-

⁶³ *Excélsior*, septiembre 8, 1937.

⁶⁴ Al que pertenecían Adalberto Gómez Jáuregui, Antonio Lelo de Larrea, M. Lemaitre, José e Isidoro Isseo y F. Ruiz, *ibid.* Martínez Nava, Juan N., 1984, pp. 108-109, los identifica como el “Grupo Renovador.” No hay ninguna indicación de que el grupo incluyera a los industriales textiles de origen libanés y judío, como afirma Haber “[] pero es probable que hubiera un respaldo por parte de ese grupo de inmigrantes”.

⁶⁵ Cfr. Circular de la Concanacomin en *Actividad*, noviembre 1º, 1938, p. 20; Informe del señor Genaro García a la asamblea General Ordinaria sobre el ejercicio social 1936-37” e “Informe de Lorenzo Pérez Castro sobre el ejercicio social 1938-39”, en Concamin, 1970, pp. 194-206.

⁶⁶ Cfr. *Carta Semanal* 71, II, 28 mayo, 1938. Concamin, 1970, pp. 194-98 y 207-217.

⁶⁷ Cfr. Puga Espinosa, Cristina, 1993.

⁶⁸ Shaffer, Robet J., citado por Juárez González, Leticia, 1991, p. 265.

rante el resto del sexenio y se limitó a participar en algunas comisiones sobre tarifas arancelarias y electricidad así como a publicar su revista bimestral titulada *Investigaciones económico-sociales*⁶⁹ que pretendía constituir el germen de un instituto de investigación social independiente que proporcionara elementos de análisis a las comisiones de industriales “llamadas a discutir los problemas de éste o aquel sector económico industrial y al empresario que tenga que resolver problemas surgidos en el trabajo”.⁷⁰ Dirigida por el abogado católico Mariano Alcocer, la publicación recuperaba principios de la doctrina social de la Iglesia y reforzaba sus puntos de vista con artículos extraídos de las revistas de sociología que se publicaban en Estados Unidos.

El combate en contra de la constitución de cámaras de industria, encabezado por la Concanacomin parece haber sido alimentado por la Coparmex, que hubiera preferido la constitución de grupos patronales en todo el país. En 1938, Leopoldo Palazuelos, un agente aduanal que era presidente de Coparmex desde 1930, ascendió a la presidencia de Concanacomin desde la cual, sin renunciar a su otro puesto, anunció una campaña para aumentar el número de centros patronales y consolidar esa forma alternativa de organización. Su presencia, indicadora probablemente de la gran influencia que seguía teniendo el grupo Monterrey, no impidió, sin embargo, que las dos organizaciones siguieran derroteros ideológicos y políticos distintos. Concanacomin, aún presidida por Palazuelos, tendió a una mayor colaboración con el gobierno, como veremos más adelante, mientras que Coparmex continuó en su línea de confrontación y denuncia. En todo caso, se respetó el acuerdo al que se lle-

⁶⁹ El proyecto de Instituto ya había sido propuesto desde 1922 por el empresario textil Jesús Rivero Quijano. Cfr. Rajchemberg, “la industria durante la Revolución Mexicana”, en Romero Sotelo, Ma. E., (coord.), 1997, p. 296.

⁷⁰ IES, 1, 1, enero, 1936.



gó en la II Asamblea de la Confederación, según el cual, las cámaras se abstendrían de tratar las cuestiones obrero-patronales, que serían discutidas por los centros adscritos a Coparmex.⁷¹

LA RELACIÓN CON EL GOBIERNO: DE LA TENSIÓN A LA COLABORACIÓN

Al hacer un balance de la política cardenista y reconocer la diversidad de tendencias al interior del equipo gobernante y sus aliados políticos durante el periodo, Alan Knight se confiesa sorprendido por “el genuino radicalismo” del proyecto cardenista.⁷² Al indudable contenido retórico del discurso de Lázaro Cárdenas, Knight suma una reforma agraria “acelerada e innovativa”, una marcada inclinación hacia la regulación estatal de la industrialización y el desarrollo económico y una política obrera favorable al sindicalismo y a la movilización obrera, ligada esta última al nacionalismo económico. Aunados a un proyecto poco definido pero muy polémico de educación “socialista”, todos estos elementos contribuyeron a generar diversas situaciones de conflicto entre el gobierno y los grupos empresariales o de derecha. Aunque sus críticos, dice Knight, “exageraron su extremismo —y el de su administración— no inventaron de la nada el radicalismo cardenista: reaccionaban ante una amenaza verdadera”.⁷³

⁷¹ *Carta Semanal*, México, 91, vol. III, octubre 22, 1938.

⁷² De hecho, Knight lo considera como un “movimiento” impulsado por una coalición “amplia, heterogénea y cambiante”, Knight, Alan, 1994, p. 79.

⁷³ *Ibid.*, p. 84.

Como es sabido, las líneas rectoras del programa de Cárdenas, provenían en términos generales del Plan Sexenal,⁷⁴ documento que además de establecer la necesidad de concluir con un reparto agrario que beneficiara fundamentalmente a los peones acasillados y de hacer respetar los derechos obreros contenidos en el artículo 123, había señalado los derroteros principales de un programa de desarrollo basado en un nacionalismo económico, destinado a recuperar la explotación del subsuelo y de los recursos naturales del país en el papel regulador del Estado y en la necesidad de la organización de los grandes sectores populares. De acuerdo con el Plan Sexenal, el Estado debería ser “un agente activo de gestión y ordenación de los fenómenos vitales del país; no un mero custodio de la integridad nacional, de la paz y el orden públicos”.⁷⁵

En lo que concierne al sector privado, el Plan Sexenal proponía orientar la acción del Estado al establecimiento de normas legales que, entre otras cosas, limitaran la libre competencia, estimularan la creación de obras nuevas e impedirían formas de concentración de capitales. La participación de los sectores organizados era fundamental para impulsar el desarrollo económico, a su vez necesario para ampliar la riqueza del país y asegurar mejores condiciones de vida a sus habitantes. En este sentido, la participación del sector privado estaba prevista por el mismo Plan que proponía la creación de “consejos consultivos de planeación y regulación de las actividades industriales” y que enfatizaba la importancia de “la colaboración técnica de las asociaciones de

⁷⁴ En cuya redacción las asociaciones empresariales habían intentado en vano participar. *Cfr.* Informe del señor Evaristo Araiza acerca del ejercicio social 1932-33, Concamin, 1970, pp. 162-164.

⁷⁵ Plan Sexenal, p. 10.



trabajadores y patrones” en el funcionamiento de las Juntas de Conciliación y Arbitraje.⁷⁶

La política económica de Cárdenas, orientada fundamentalmente a poner en práctica los términos del Plan, consideró al desarrollo del campo como punto de partida para impulsar el crecimiento económico del país, por lo cual aceleró el reparto agrario y canalizó importantes recursos al campo. Asimismo, fortaleció el papel promotor del Estado a través de la construcción de infraestructura carretera, del funcionamiento del crédito público, del apoyo a las organizaciones de pequeños productores y de la progresiva presencia del estado en las industrias básicas, todo ello financiado por medio de un moderado déficit fiscal.⁷⁷ No menos importante en su programa fue la recuperación del patrimonio nacional en manos de compañías extranjeras que culminó con la expropiación petrolera en 1938 pero que también comprendió la nacionalización de los ferrocarriles y la creación de la Comisión Federal de Electricidad.

A este programa de trabajo, Cárdenas agregaría un rasgo más: el de su convicción profunda, también derivada del programa contenido en el Plan sexenal, acerca de la capacidad transformadora de la organización y de la movilización colectivas, garantes de los cambios sociales que consideraba imprescindibles para el país. Esta convicción se manifestaría no solamente en el apoyo a las grandes organizaciones de obreros, campesinos y burócratas que, como señala Arnaldo Córdova se convirtieron, mediante la movilización, en el respaldo que el Estado requería para

⁷⁶ *Ibid.*, p. 14 y s.s.

⁷⁷ *Cfr.* Guerrero Mondragón, Aleida, 2003. La autora señala que la política fiscal deficitaria era propiciada por la convicción del ministro de Hacienda, Eduardo Suárez quien ya participaba de las ideas keynesianas que se habían puesto en práctica por el gobierno de Roosevelt en los años precedentes.

llevar a cabo su programa,⁷⁸ sino en el apoyo otorgado a proyectos de producción colectivos —como en el caso de La Laguna— a la fundación de cooperativas⁷⁹ y a la administración obrera de las grandes industrias de infraestructura del país (Petróleos Mexicanos y Ferrocarriles Nacionales de México) después de nacionalizadas.

Así, el proyecto del sexenio descansaba en dos motores que impulsaban el cambio: la acción del Estado, responsable del desarrollo económico, y la acción de los sectores sociales, para acelerar la transformación social y dar fuerza política al propio Estado. La militante organización de los obreros y campesinos era vital como impulsora de las grandes reformas sociales y como respaldo masivo a la acción estatal. Ésta, a su vez, debería proporcionar los apoyos que la producción requiriera, fortalecer la infraestructura y, orientar las actividades económicas, moderar las tendencias egoístas y defender el interés público cuando el caso lo ameritara. Solamente el Estado, en opinión de Cárdenas, tenía la capacidad para abarcar el conjunto de las necesidades de la economía:

Es fundamental ver el problema económico en su integridad y advertir las conexiones que ligan cada una de sus partes con las demás. Sólo el Estado tiene un interés general y, por eso, sólo él tiene una visión de conjunto. La intervención del Estado ha de ser cada vez mayor, cada vez más frecuente y cada vez más a fondo.⁸⁰

⁷⁸ Córdova, Arnaldo, 1974.

⁷⁹ También las cooperativas eran una forma prevista por el Plan Sexenal que consideraba que “las sociedades cooperativas agrícolas despiertan un sano espíritu de disciplina y solidaridad social entre sus miembros y fomentan el progreso técnico de la agricultura”.

⁸⁰ Citado por Guerrero Mondragón, Aleida, 2003, p. 42.



Se trataba, sin duda, como lo han subrayado los diversos autores que han estudiado el sexenio cardenista, de impulsar un proyecto de desarrollo capitalista, en el cual los empresarios privados eran imprescindibles, siempre y cuando estuvieran dispuestos a renunciar a las excesivas ganancias, a procurar el bienestar de la clase obrera y a sujetarse a la visión planificadora del gobierno. La amenaza a la que Knight hace referencia estaba fundamentalmente en esa vocación reguladora del capital que, por otra parte, se manifestaría en hechos concretos como la construcción de carreteras, la inversión en la producción de energía eléctrica, la nacionalización de los ferrocarriles y el control del movimiento obrero a través del partido, que, a la larga, actuarían a favor de los empresarios nacionales y favorecerían el desarrollo industrial de los años posteriores.

Responsable último de las reformas era el Presidente de la república. El fortalecimiento del Estado requería de un fortalecimiento del poder Ejecutivo. La incorporación de los grandes sectores sociales a la organización del partido, transformado en Partido de la Revolución Mexicana (PRM), la expedición de leyes que ampliaban las facultades presidenciales como fue la Ley de Expropiación y el ejercicio del arbitraje presidencial en los conflictos obrero-patronales colaboraron a esta concentración de poder en la figura presidencial que caracterizaría en adelante al sistema político mexicano. Por eso, a los motivos de conflicto que menciona Knight hay que sumar, en el caso de los empresarios, el del temor justificado al aumento del poder presidencial que los exponía a la arbitrariedad y al personalismo.

LA OPOSICIÓN EMPRESARIAL

Estado fuerte y política de masas chocaban inevitablemente con la visión empresarial de una sociedad en la cual la

iniciativa privada se debería desarrollar libremente, movida por su patriotismo y espíritu emprendedor y sin riesgo alguno hacia sus derechos de propiedad, mientras el Estado, encargado únicamente de preservar el orden social, mantendría bajo control a obreros y campesinos.

Después del primer enfrentamiento en Monterrey, cuya causa primera fue la efervescencia del movimiento obrero, un nuevo motivo de conflicto surgió en torno a la Ley de Expropiación, destinada a ampliar las facultades del ejecutivo para disponer de la propiedad, determinar el interés público y cumplir a cabalidad con la promesa distributiva del artículo 27 de la Constitución.⁸¹ Al conocer del envío del proyecto de Ley de Expropiación a su discusión en el Congreso, la Coparmex hizo llegar un documento al presidente en el cual, evitando el enfrentamiento, advertía que no se oponía a la expedición de la Ley reglamentaria del artículo 27, pero solicitaba que “se meditaran sus preceptos” para que no perjudicaran la economía nacional. Su principal razón en contra era el doble argumento contenido en la exposición de motivos del proyecto que, primero, autorizaba al ejecutivo a expropiar “por causa de utilidad pública” y, segundo, consideraba de utilidad pública “satisfacer las necesidades de determinada clase social”. Decía la Coparmex:

Mientras la Ley adolezca de tamaña vaguedad y los patrones se sientan expuestos por ello a que un gobierno que no tenga la sana intención del actual [subrayado mío] llame interés colectivo a lo que sea interés de partido, interés político interés de pasión, etc., no podrán abrigar seguridad y confianza para sus propiedades y por lo tanto, será imposible que se esfuer-

⁸¹ Juárez González, Leticia, 1991.



cen en cooperar con sus inversiones y trabajo para el progreso económico del país.⁸²

A pesar de las frases destinadas a mantener la buena relación con el presidente, la Coparmex hacía explícita su preocupación por el amplio espectro de razones expropiatorias, por la referencia a una “mejor distribución de la riqueza” como causa de expropiación, por el procedimiento de incautación previa y, sobre todo, por la amplia discrecionalidad del ejecutivo otorgada por varios de los artículos de la Ley “por más —argumentaban con diplomacia— que el Presidente de la República pueda ser un gobernante honesto y leal como el Sr. General Cárdenas[...].”⁸³

Los argumentos empresariales se repitieron en un Memorial que se presentó al Congreso el 19 de octubre, firmado por el grupo patronal (Concamin, Concanaco, Coparmex, Asociación de Banqueros, Asociación Nacional de Almacenistas y Asociación de Empresas Industriales y Comerciales)⁸⁴ en el que se exponían además una serie de razones legales para demostrar la inconstitucionalidad del proyecto. La utilización de la Constitución de 1917 como argumento dejó sentado, sin embargo, que los empresarios estaban de acuerdo con el artículo 27 y, por tanto, con el reparto agrario y que eran cuestiones de matiz las que los distanciaban de la Ley de Expropiación. Varios otros documentos hechos llegar al Congreso o publicados por la prensa en las semanas si-

⁸² “La Confederación Patronal de México se dirige al H. Congreso de la Unión sobre el Proyecto de Ley de Expropiación” en Coparmex, 1936, p. 6.

⁸³ *Idem.*

⁸⁴ Esta asociación al parecer es la misma a la que en otros documentos Concamin se refiere como Asociación de Industriales que abogaba por la constitución de una nueva cámara.

güentes repitieron los argumentos.⁸⁵ En general, las razones demuestran que los 20 años transcurridos entre la Constitución de 1917 y el gobierno cardenista habían sido tan sólo un paréntesis y que los principios que dieron cuerpo a los artículos 27 y 123 volvían a ser motivo de controversia, como lo fueron en el I Congreso de Industriales en 1917, cuando, al igual que ahora, los patrones argumentaban la falta de seguridad en la propiedad y, consecuentemente la carencia de incentivos para la inversión.⁸⁶ La impugnación de la Ley de Expropiación fue el último intento empresarial por revertir un cambio institucional que creaba limitaciones permanentes a la propiedad privada en el país, situación a la que se ajustarían en las décadas siguientes.

El gobierno no cedió a la presión de los empresarios. El 3 de noviembre de 1936, la Ley fue publicada con pequeñas modificaciones, que, según Juárez, redujeron la preocupación empresarial acerca de su aplicación.⁸⁷ Antes de su entrada en vigor, el Presidente inició el reparto de La Laguna, pero ya se valió de ella para nacionalizar los ferrocarriles unos meses más tarde. Un año después, en vísperas de la expropiación petrolera, el presidente mencionó, en su “Mensaje a la Nación” del 1o. de enero de 1938 que la Ley de Expropiación no era “confiscatoria” ya que establecía claramente la obligación de indemnizar a los propietarios y sólo sería aplicada “por causa de utilidad pública”.⁸⁸

El incidente de la Ley de Expropiación recrudeció la desconfianza empresarial respecto de la política económica y social del gobierno, y alimentó las reservas del presidente

⁸⁵ Juárez González, Leticia, 1983, p. 80 y ss.; Martínez Nava, Juan N., 1984, pp. 99-103.

⁸⁶ Cfr. Puga Espinos, Cristina, 1976.

⁸⁷ Cfr. Juárez González, Leticia, 1983, p. 90; 1991, p. 278.

⁸⁸ Actividad, enero 1938. La Ley de Expropiación sigue vigente hasta la fecha (2003) sin cambios en su redacción original.



frente a los capitalistas. Durante algunos meses las relaciones fueron tensas. En el caso de los empresarios, aunque la aprobación de la Ley de Cámaras y la institucionalización de la Concanacomin moderaron el tono de la protesta e iniciaron una etapa más constructiva en la relación entre los empresarios organizados y el gobierno, la intranquilidad permanecería latente todo el sexenio, en buena parte alimentada por los industriales de Monterrey, por medio de la Coparmex, que se situó, desde el mitin de junio de 1936, a la cabeza de la oposición. Su historiador oficial, Agustín Reyes Ponce, resume así la política de la organización en aquellos años:

En el sexenio del general Cárdenas y muy marcadamente entre 1935 y 1937 se intensificó la lucha de clases. En ese tiempo se impuso en forma imperiosa la necesidad de una valiente defensa por parte de las empresas: algo que exigió que todas tendieran a unirse para ofrecer un frente poderoso[...] En tales condiciones y circunstancias, la Confederación Patronal de la República Mexicana se hizo sentir y su verticalidad provocó una abierta oposición[...].⁸⁹

Los empresarios regiomontanos mantenían una lucha permanente por la reconquista del pasado. Saragoza ha documentado el mundo de comodidad, elegancia y brillo social que la élite regiomontana construyó al amparo de los gobiernos porfiristas y su relativo desmoronamiento, al ser modificadas todas sus condiciones de dominio y enriquecimiento a raíz de la Revolución. Vueltos a la actividad productiva, pero contrarios a los artículos constitucionales que la limitaban, los empresarios regiomontanos habían mantenido a lo

⁸⁹ Reyes Ponce, Agustín, 1979, p. 24.

largo de 20 años una oposición permanente a una serie de medidas (como la Ley Federal del Trabajo) que veían como un avance del Estado en contra de la libertad de empresa.⁹⁰ Así, el resto de los empresarios de la época se hacía eco de las preocupaciones de los regiomontanos, pero eran estos quienes encabezaban las protestas y reclamaciones.

Junto con el avance del Estado, la creación de la CTM en febrero de 1936,⁹¹ seguida por la progresiva organización campesina, promovida por el gobierno que culminaría con la creación de la CNC en 1938, constituía el otro dolor de cabeza de los empresarios, cuyas iniciativas resultaban débiles frente al enorme poder alcanzado por la movilización obrera y campesina en los primeros años del régimen. Las publicaciones de la Confederación de Cámaras de Comercio e Industria y las de los industriales de Monterrey abundan en denuncias al discurso socializante de Vicente Lombardo Toledano, cuyas frecuentes alusiones a la lucha de clases y a la clase capitalista como explotadora, así como la cercanía de la recién creada CTM con el Partido Comunista sembraban el temor entre los hombres de negocios que, en muchas regiones del país se identificaban con el discurso de Coparmex y coincidían en la necesidad de consolidar una organización nacional que representara “una fuerza igual a la que ofrecen los trabajadores, con el mismo espíritu de clase y solidaridad [...]”⁹²

En Monterrey, las protestas se reforzaban con el trabajo intelectual de varios ideólogos empresariales, muchos de

⁹⁰ Saragoza, Alex, 1988.

⁹¹ La CTM se constituye en la Asamblea de unificación convocada por el Comité Nacional de Defensa Proletaria, el 26 de febrero de 1936, menos de dos semanas después de la reunión de Cárdenas con los empresarios en Monterrey. *Cfr.* Ashby Joe C., 1967, p. 65.

⁹² Editorial de *El Mundo de Tampico*, reproducido por *Actividad*, febrero de 1938.



los cuales en 1939 pasaron a formar parte de las filas del Partido Acción Nacional (PAN)⁹³ quienes publicaban artículos exponiendo el contenido doctrinario del socialismo, previniendo a los hombres de negocios en contra de la economía dirigida desde el Estado e informándoles acerca de los excesos estalinistas en la Unión Soviética.⁹⁴ La campaña encontraba un eco favorable en periódicos de circulación amplia como *Excelsior* y *El Universal* y en revistas como *Hoy*, cuyos contenidos abonaban la desconfianza ante las huelgas y el temor al comunismo. El clima político internacional favorecía el surgimiento de movimientos de corte fascista y de grupos furiosamente anticomunistas. Además de la Coparmex, unos días después de los 14 puntos se había constituido en Monterrey la Acción Cívica Revolucionaria que tendría como objeto, según uno de sus promotores, además de enaltecer el concepto de la patria, fomentar valores cívicos y crear conciencia ciudadana: “dignificar el concepto del hogar y preservar la familia como base fundamental de la estructura social mexicana” así como “combatir las tenebrosas doctrinas comunistas por considerarlas un atentado al hogar, la Patria y la Libertad”.⁹⁵

Los regiomontanos explotaban la alarma que producía en el conjunto de los empresarios el apoyo prestado por el

⁹³ Como Jesús Guiza y Acevedo, Efraín González Luna y Daniel Kuri Breña.

⁹⁴ Cfr. *Actividad*, 1936-1940; *Carta Semanal*, 1937-39; *Investigaciones económico-sociales*, 1938-1939.

⁹⁵ *Actividad*, marzo, 1936. También en la Ciudad de México se producían acciones de corte profundamente conservador. Novo reseña una convención de partidos políticos independientes convocada en julio de 1937 por el conservador Partido Social demócrata mexicano en el cual se denunció la constitución del Frente Popular como una puerta abierta al régimen soviético y se calificó al régimen de fascista por oradores como Jorge Prieto Laurens y Diego Arenas Guzmán. Cfr. Novo, Salvador, 1994, pp. 82-86.

gobierno a las organizaciones sindicales y a la CTM, al tiempo que advertían que numerosos rasgos del sistema comunista se encontraban reproducidos en la política gubernamental que el propio presidente de la república había calificado en varias ocasiones de “socialista”. La situación, a decir de la Concanacomin, contrastaba con la que habían vivido a lo largo de la década anterior:

Tres presidentes anteriores, los señores Portes Gil, Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, se habían limitado más bien a administrar la nación, conservando el orden, realizando en forma gradual los postulados de la revolución, eliminando los obstáculos que se oponían al desarrollo del país, pero sin iniciar nuevos sistemas políticos de gran envergadura. Bajo esa política de administración uniforme, las fuerzas latentes del país habían empezado a desarrollarse por sí mismas y a demostrar de qué recursos potenciales disponía la nación [...]⁹⁶

Cárdenas había llegado sin duda, a trastornar este orden aparentemente perfecto: la creciente participación del gobierno, y en particular del ejecutivo, en la dirección de la política económica; la presencia obrera en las calles; la entrega de empresas a la administración de los trabajadores, y el apoyo a empresas colectivas y cooperativas eran vistos como síntomas peligrosos de la cercanía del temido comunismo. El lenguaje de Cárdenas, que contenía con frecuencia un reproche a los intereses “egoístas” de los empresarios y a su “desmedido afán de lucro” así como constantes referencias a “la redistribución de la riqueza” no hacía sino reforzar sus temores.

⁹⁶ Confederación de Cámaras de Comercio e Industria, 1940.



La colectivización los preocupaba. En un documento presentado a la asamblea de Concanacomín en 1937, se subrayaba la tendencia al fortalecimiento de la presencia económica del Estado puesta de manifiesto en las recientes expropiaciones agrícolas en la constitución de “organismos semioficiales, integrados a la base de privilegios especiales y protegidos contra el gran número de dificultades resultantes de la lucha social [...]” que tendía al “desalojo de sus posiciones a las empresas privadas[...]”.⁹⁷ Las expropiaciones y constitución posterior de ejidos colectivos en La Laguna, Nueva Italia y Lombardía, en Michoacán, y las haciendas henequeneras de Monterrey crearon nuevamente la intranquilidad en torno a los alcances peligrosos de la Ley de Expropiación, pero abrieron una nueva razón de inconformidad: el apoyo a los proyectos colectivos se asemejaba peligrosamente a los proyectos soviéticos de colectivización del campo. Cuando, en diciembre de 1937, se presentó a discusión la Ley de Cooperativas, *Actividad* hizo notar que la iniciativa “de orientación francamente comunista” trataba de hacer de la cooperativa “un instrumento de control absoluto por parte del Estado, para regir las actividades económicas del país [...]” y en el estilo catastrofista que caracterizaba a la publicación afirmaba que “el sistema propuesto por el proyecto de Ley General de Sociedades Cooperativas tiende a destruir toda posibilidad de trabajo para industrias y comercios que no estén dentro del grupo proletario”.⁹⁸ Los empresarios de la Concanacomín, menos alarmados por la colectivización socialista, manifestaban sin embargo su preocupación por el financiamiento creciente otorgado a estos proyectos por el Banco de México, que hacían temer una crisis inflacionaria.⁹⁹

⁹⁷ *Actividad*, oct. 10, 1937.

⁹⁸ *Actividad*, dic.15, 1937.

⁹⁹ *Carta Semanal*, enero 8, 1938.

La insatisfacción empresarial se agudizaba con frecuencia por la acción de las autoridades locales. En el caso de Puebla, que contaba con una clase empresarial extremadamente conservadora y cautelosa, los aumentos impositivos por parte del gobernador Maximino Ávila Camacho generaron frecuentes conflictos con los viejos empresarios textiles, mientras que, al parecer, el gobernador favoreció los negocios de empresarios más modernos, muchos de ellos con inversiones en compañías de capital extranjero (Mobiloil, Ford, Teléfonos Ericsson) y con quienes se encontraba en el Club de Leones de la entidad.¹⁰⁰ En Guanajuato, el gobierno de Luis I. Rodríguez, quién había sido secretario particular de Cárdenas, emitió una disposición tendiente a organizar colectivamente los talleres de calzado, la cual favoreció a los empresarios pequeños, pero indignó a los viejos negocios establecidos que vieron la medida como una intolerable intromisión del gobierno en sus actividades y un signo de que “la socialización de una rica industria que fuera orgullo de León está en puerta[...]”¹⁰¹ mientras, en Guadalajara, la clausura del periódico *El Informador* y la política del gobernador Topete de apoyo a la CTM eran calificadas de “desgobierno” por algunas fuentes empresariales.¹⁰² Menos politizada que otras de sus asociaciones hermanas, la Cámara de Comercio e Industria de Tampico se manifestaba como promotora de la política gubernamental y señalaba entre sus principales problemas, en 1937, el salario mínimo obrero que reducía competitividad a sus productos; la carestía de los fletes en

¹⁰⁰ El conflicto fue tan serio que, ante la campaña de desprestigio en su contra, en abril de 1937 el gobernador canceló la media hora diaria de que la clase patronal disponía en la radiodifusora local. Arrazola Cermeño, Jorge E., 2003, 147-157.

¹⁰¹ Conde, Fabián, “La socialización de una industria”, *Actividad*, julio 15, 1937.

¹⁰² *Actividad*, diciembre 1o., 1937.



los Ferrocarriles Nacionales;¹⁰³ los altos salarios [sic] en la industria petrolera que desbalanceaban el costo de la vida en la región, y la falta de carreteras entre Ciudad Juárez, Tampico y Ciudad Valles.¹⁰⁴

En diversos momentos, desde su organización, los empresarios reaccionaron con vehemencia frente a algunas iniciativas presidenciales además de la ya mencionada Ley de Expropiación y del reparto de La Laguna: entre ellas las reformas a la Ley de Asociaciones de Productores en julio de 1937 y la Ley de Cooperativas, ya mencionada.¹⁰⁵ Les preocupaban, asimismo, las disposiciones de la Ley Federal del Trabajo relativas a la seguridad social y a la obligación patronal de proporcionar habitación a sus obreros¹⁰⁶ y protestaron en contra del proyecto de Ley de la Industria Eléctrica, por considerar que “implica una amenaza para el régimen de capitalismo privado. Se anuncia [...] la absorción de las grandes industrias por el Estado y [...] sólo se admitirá al capital privado que esté dispuesto a entrar en juego en la economía nacional bajo la tutela del gobierno”.¹⁰⁷ En 1939 un nuevo impuesto sobre ganancias excesivas, que gravaba con tasas de 15 a 35 por ciento según el exceso de utilidad, a empresas con ingresos anuales mayores a 100 000 pesos,

¹⁰³ Aunque hasta junio de 1937 en que se decreta la nacionalización los ferrocarriles tuvieron capital extranjero, el 51 por ciento de las acciones era propiedad estatal y las tarifas eran fijadas por el gobierno. Al nacionalizar y crear el Departamento Autónomo de los Ferrocarriles, Cárdenas buscaba proporcionar una mejor administración y solucionar simultáneamente demandas sindicales y problemas de administración. Cfr. Cárdenas del Río, L., 1972, pp. 370-371.

¹⁰⁴ *Actividad*, marzo, 1937.

¹⁰⁵ Cfr. Martínez Nava, Juan M.; Hamilton, Nora, p. 179; Juárez González, Leticia.

¹⁰⁶ *Investigaciones económico-sociales*, vol. I, núms. 5, 6 y 7, sept-oct, nov-dic 1936; ene-feb 1937. Juárez, 1991.

¹⁰⁷ *Carta Semanal*. México, núm. 94, vol. III, 12 noviembre, 1938.

motivó un nuevo reclamo que obligó a reducir las tasas propuestas inicialmente.¹⁰⁸

Todos estos problemas daban lugar a protestas semejantes a las reseñadas: memoriales dirigidos al Presidente o al Congreso, documentos en los periódicos, solicitudes urgentes de citas con funcionarios, medidas todas que ponían de manifiesto la pérdida de los canales de comunicación con el gobierno y la necesidad que los empresarios tenían de construir puentes que los acercaran al poder.

EL AVANCE DE LA COLABORACIÓN

Pese a la larga cauda de reclamaciones, paulatinamente, a lo largo del sexenio cardenista, las organizaciones empresariales, que en un principio fueron utilizadas casi exclusivamente como vehículo del descontento del sector, recuperaron sus funciones de consulta y colaboración con el gobierno, en lo cual el primer paso fue la aprobación de la Ley de Cámaras y la institucionalización de la Concanacomin.

El avance en esa colaboración se dio a partir de un doble movimiento: por un lado de los empresarios organizados que a medida que aceptaban los beneficios de la política económica y que se convencían de que la agitación sindical no culminaría con el cierre de las empresas o su entrega a la administración obrera, trataban de evitar el enfrentamiento por medio de declaraciones conciliadoras y participación en algunos grupos de trabajo conjuntamente con el gobierno.¹⁰⁹ Por el otro lado, del gobierno, a través de acciones y declara-

¹⁰⁸ Cfr. Medina Peña, Luis, 1978, p. 25; Juárez González, Leticia, 1983.

¹⁰⁹ Por ejemplo, en la Comisión de Aranceles de la Secretaría de Hacienda y, en la Comisión de Tarifas de la Secretaría de Economía, Concanacomin, 1970.



ciones que iban creando un clima de mayor tranquilidad en el asustado sector empresarial.

Esta doble tendencia se volvió más clara hacia los últimos meses de 1937 y, hacia el final del sexenio, se podía advertir una mejora significativa en las relaciones. En particular, entre 1937 y 1938 cuando las finanzas del país empezaban a resentir las consecuencias de la huelga petrolera y del largo periodo de indefinición del gobierno respecto de la misma, parece haberse logrado un nuevo entendimiento entre el gobierno y la Confederación de Cámaras de Comercio e Industria propiciado probablemente por la intervención del ministro de Hacienda, Eduardo Suárez. Un indicio de este acuerdo aparece en enero de 1938, cuando el Consejo Directivo de Concanacomin y el secretario de Hacienda, Eduardo Suárez, realizaron una serie de reuniones para discutir una anunciada alza de las tarifas de importación (para paliar el desajuste producido por la precipitada fuga de capitales) tras las cuales acordaron crear una comisión conjunta “para estudiar y resolver todos y cada uno de los casos concretos que se presenten”.¹¹⁰ La comisión, que trataría de mediar entre los intereses encontrados de industriales y comerciantes, daría lugar un año más tarde a la fundación del Banco de Comercio Exterior que fue tan aplaudida por los empresarios que unos días después de su instalación, en una entrevista concedida a *El Nacional*, el gerente de Concanacomin se refirió al secretario de Hacienda y a sus colaboradores como “hombres de gran valía”,¹¹¹ mientras su presidente se refería

¹¹⁰ La Comisión quedó finalmente integrada por la Concanacomin, la Asociación de Almacenistas, la Cámara de Transportes y Comunicaciones, la Confederación de Cámaras Agrícolas y representantes de Ferrocarriles, Banco Nacional de México y del gobierno federal. *El Nacional*, febrero 5, 1938.

¹¹¹ *El Nacional*, enero 26, 1938.

al “espíritu sano y patriótico” que inspiraba al gobierno en la aplicación de las tarifas.¹¹²

No sólo la Secretaría de Hacienda colaboró en el acercamiento: en septiembre de 1937, los industriales del Distrito Federal habían tenido una favorable entrevista con el secretario de Gobernación, Ignacio García Téllez, después de la cual aseguraron el abasto de petróleo a sus empresas, gracias a un flete especial de los ferrocarriles ordenado por el secretario.¹¹³ A su vez, en octubre de ese mismo año, Cárdenas había considerado necesario tranquilizar a los capitalistas sobre el estado de las finanzas públicas y el control estatal de la huelga petrolera, lo cual fue bien recibido por las asociaciones, cuyos miembros percibían con intranquilidad el acelerado retiro de los fondos depositados en los bancos. Es posible que Cárdenas estuviera dando respuesta a un trabajo de análisis presentado días antes por la directiva de Concanacomín en su III Asamblea, en el que manifestaba su preocupación por las consecuencias de la “ofensiva obrera”, tales como reducción de la inversión y su traslado a los bienes raíces, descenso en la productividad del trabajador e intranquilidad en el medio de los negocios. El mensaje presidencial y la discusión del texto en la Asamblea deben haber llevado a posiciones menos radicales ya que, apenas unas semanas más tarde, la Confederación publicó un folleto en el que afirmaba que “nadie discute ni pretende invalidar las conquistas obreras en el campo social, propósito contrario al verdadero interés colectivo [...]”. En su lugar, ofrecían colaborar en la búsqueda de un acuerdo entre capital y trabajo y se manifestaban dispuestos “a poner su parte en esta obra común de tanta magnitud y trascendencia”.¹¹⁴

¹¹² Novo, Salvador, 1994, p. 189.

¹¹³ *El Universal*, septiembre 10, 1937.

¹¹⁴ Concanacomín, “Situación comercial” reproducido en *Actividad*, octubre 15, 1937.



En torno a la controvertida Ley del Trabajo y la actividad sindical, el gobierno también realizaba esfuerzos por conciliar a las partes: por aquellas fechas se había convocado a una Convención textil del algodón durante la cual el gobierno había intervenido como mediador entre los trabajadores y los propietarios de las más importantes fábricas textiles del país en la revisión del Contrato Colectivo de 1927 para ajustarlo a la ley aprobada en 1931. Las discusiones se prolongaron a lo largo de dos años, al cabo de los cuales se aprobó un contrato que dio carácter federal a los conflictos surgidos al interior de la industria textil.¹¹⁵ El resultado, después de sucesivas reuniones fue, según una autora, “un régimen de trabajo que serviría como base de la industrialización de México desde la época de la segunda guerra mundial hasta la crisis de los años ochenta”.¹¹⁶

Esta mayor institucionalización de las relaciones entre gobierno y empresarios explica en parte la posición solidaria con el gobierno que no solamente Concanacomin sino incluso Coparmex mantuvieron frente a la expropiación petrolera. Otra razón fue probablemente el viejo resentimiento que los empresarios mexicanos sentían respecto de la soberbia y la codicia de las compañías petroleras.¹¹⁷ También es posible

¹¹⁵ De hecho había un antecedente favorable ya que el contrato vigente había surgido de una Convención obrero-patronal en 1925. El mismo, además, había servido de modelo a la Ley Federal del Trabajo. Cfr. Graciela Márquez “La concentración industrial en los sectores de puros y cigarros, papel y cemento”, en Águila, Marcos T. y Alberto Enríquez, 1996, p. 90 y s.s.

¹¹⁶ *Ibid.*

¹¹⁷ Hay pocas afirmaciones al respecto, pero una de las razones por las que la Concanacomin se había opuesto a la existencia de una Confederación de Industriales era la presencia posible en ella de los intereses petroleros. Cfr. *Actividad* abril y mayo, 1937. Martínez Nava, Juan N., 1984, p. 111; deduce que la falta de oposición puede haber derivado del sentido de oportunidad de los empresarios nacionales

que la medida haya sorprendido por su radicalidad y que los empresarios optaran por una discreta retirada. Sorprende en todo caso que ante la única medida gubernamental que constituyó un ataque directo contra el capital, los empresarios organizados hayan guardado un prudente silencio. Aunque debido al conflicto previo, en los meses anteriores había habido un abrupto retiro de fondos en las cuentas bancarias que emigraron como depósitos en bancos extranjeros, en el momento de la expropiación, sin comentar acerca de la justicia de la medida, las organizaciones celebraron la decisión oficial de indemnizar de inmediato a las compañías expropiadas y se comprometieron a realizar aportaciones al Fondo de Redención de la Deuda. La buena disposición de los dirigentes empresariales fue tan evidente, que en la IV Asamblea Extraordinaria de la Concanacomin, algunos representantes del comercio en pequeño los acusaron de colaborar “en exceso” con el gobierno.¹¹⁸

Varios autores coinciden en señalar que con la nacionalización del petróleo en 1938 las políticas colectivistas y nacionalistas de Cárdenas llegaron a una cima después de la cual comenzarían a descender.¹¹⁹ El momento era delicado. El gobierno debía hacer frente a las demandas de las compañías expropiadas, a las reclamaciones diplomáticas, especialmente de parte de Inglaterra, al retiro de fondos en los principales bancos del país y a la rebelión de Saturnino Cedillo, quien se había levantado en armas en mayo de 1938 en San Luis Potosí.¹²⁰ Además, la proximidad de

quienes percibieron que con la expropiación de la industria petrolera se les abría un nuevo “coto de caza”.

¹¹⁸ *Carta Semanal*, mayo 28, 1938.

¹¹⁹ Cfr. Córdova, Arnaldo, 1974; Martínez Nava, Juan N., 1984; Krauze, Enrique, 1987; Medina Peña, Luis, 1978.

¹²⁰ Es interesante señalar que los rumores de que el levantamiento de Cedillo había sido financiado por las compañías petroleras y las de-



la guerra en Europa hacía necesaria una situación política de mayor unidad y menor conflicto. La conversión del PNR en Partido de la Revolución Mexicana (PRM) permitió al Presidente un mayor control sobre el movimiento obrero organizado que, a su vez, dentro de las políticas del frente popular hizo un llamado a evitar la agitación y los emplazamientos a huelga. Lombardo sustituyó el lema de la “lucha de clases”, por el de la “unidad nacional” símbolo claro de un cambio de política.

Unos meses antes de la expropiación, tal vez como una medida propiciatoria a los intereses privados del país, el Congreso aprobó una Ley Bancaria que limitaba el derecho de huelga a los empleados bancarios, dando con ello respuesta a una demanda importante de los banqueros quienes lo consideraron como un triunfo de su acción política.¹²¹ Asimismo, Cárdenas tuvo una política conservadora en el caso de la huelga del sindicato minero y postergó la posible expropiación de las compañías mineras de capital extranjero.

Había llegado el tiempo de la reconciliación con los empresarios. En mayo de 1939, durante una gira por los estados del norte, Cárdenas asistió a una comida con los integrantes de la Cámara de Comercio e Industria de Saltillo a quienes invitó a “cooperar en la obra de construcción nacional” y unos días más tarde se reunió en Chihuahua con el conjunto de la dirigencia empresarial, reunión a la que se había comprometido desde 1936 y que alentó las expectativas empre-

nuncias por parte del movimiento obrero acerca de la conexión de Cedillo con organizaciones de extrema derecha levantaron sospechas sobre los empresarios de Monterrey, al punto de conducir a un cateo en las oficinas de Coparmex en la ciudad norteña, por lo cual los empresarios estaban particularmente preocupados por establecer su distancia respecto del general rebelde y manifestar su respeto al gobierno establecido. *Cfr. Actividad.*

¹²¹ Hamilton, Nora, 1983.

sariales de una comunicación más directa y permanente con la presidencia del país.¹²²

Tal vez la decisión más importante para restablecer la comunicación con el sector empresarial fue la designación de Manuel Ávila Camacho como candidato presidencial por el reorganizado PRM en febrero de 1939, tan sólo unos meses antes de la reunión en Chihuahua a la que hacíamos referencia. Aunque seguramente la necesidad de contar con la colaboración de los capitalistas en los dos últimos años del gobierno no fue la única razón que inclinó la balanza a favor de Manuel Ávila Camacho,¹²³ la eliminación del radical Francisco J. Múgica como candidato tranquilizó a los inquietos empresarios y permitió la recuperación de la economía en la parte final del sexenio, aunque no logró la repatriación de capitales privados en bancos del extranjero que, en 1940, la Concanacomin calculaba en 300 millones de dólares.¹²⁴

TIEMPOS DE CAMPAÑA

Luis Medina, que ha estudiado los diversos conflictos que rodearon la campaña presidencial, menciona los reclamos empresariales de los que ya hemos hablado pero no proporciona evidencias de que la Confederación de Cámaras haya tenido algún tipo de participación más activa en la campaña, fuera de la opinión expresada en Carta Semanal,

¹²² *Carta Semanal*, núm. 120, vol. III, mayo 20, 1939. Martínez Nava, Juan N., 1984, p. 113.

¹²³ Medina Peña, Luis, 1978, pp. 47; ha hecho un detallado recuento de todos los grupos descontentos por razones diversas que hicieron necesario “pensar en alguien que fuera punto de coincidencia y encuentro de multitud de intereses ambiciones y necesidades y que, sin representar un giro a la derecha fuese capaz de quitarle las banderas más atractivas a la oposición y hacer imposible, o poco probable un rompimiento irreversible del orden”.

¹²⁴ Confederación de Cámara, 1940, p. 91.



unos meses antes de la elección, en la que la organización “echaba mano de tesis evolucionistas para propugnar por el predominio de los más aptos” y proponía una democracia que llevara al triunfo “de la habilidad, la sabiduría y la prudencia” por encima de “caprichosos convencionalismos que se establecieron sin tomar en cuenta el valor efectivo de las personas”.¹²⁵

Medina menciona asimismo que el *Análisis económico nacional*, publicado en octubre de 1940, breve estudio dirigido expresamente a los empresarios confederados tenía sin duda como destinatario indirecto al próximo presidente de la república. Ello queda claro de los propósitos manifiestos del texto: “[...] aportar elementos de juicio que permitan rectificar rumbos, encauzar patrióticos empeños, dirigir hacia metas apetecibles la aspiración nacional”.¹²⁶

El volumen muestra que aún no se cerraban las heridas producidas por la Ley de Expropiación, por la intranquilidad obrera a lo largo del sexenio y por las expropiaciones de latifundios en La Laguna y en las zonas henequeneras, todo lo cual, según el o los autores del texto había conducido a una reducción de las inversiones: “Nadie emprende un negocio o invierte su capital en una fábrica, cuando sabe que una huelga o un decreto de expropiación bastarán para quitar al dueño todo derecho de posesión sobre su negocio”.¹²⁷

Pese a ello, el libro presenta un análisis medianamente objetivo de la obra social y de la política económica del gobierno en donde reconoce los esfuerzos en ampliación de la red de caminos, en construcción de escuelas y en extensión de los servicios de salud, entre otros logros. Del otro lado, las preocupaciones más evidentes son el escaso éxito economi-

¹²⁵ *Carta Semanal*, 6 de enero de 1940, citada por Medina Peña, *Ibid.*, p. 29.

¹²⁶ Confederación de Cámaras, 1940, A guisa de prólogo.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 87.

co de los experimentos colectivos (La Laguna, Ferrocarriles Nacionales, Petróleos Mexicanos) el impacto del alza de salarios sobre los costos de producción y el sobregiro del Banco de México en los dos últimos años del sexenio. Llama la atención el tono mesurado del texto y las declaraciones en el sentido de que los empresarios no se oponen a la Constitución de 1917. Claramente, el autor del volumen pretende dejar establecidos algunos principios con el fin de tener una base de negociación con el gobierno entrante, pero tiene buen cuidado de no volver a poner en peligro los acuerdos logrados y la nueva situación de concordia entre los dos sectores.

En Monterrey, sin embargo, persistió el conflicto. Los empresarios regiomontanos, en el mismo periodo favorecieron la creación del pan y apoyaron abiertamente la candidatura de Juan Andrew Almazán, quien había sido gobernador del estado de Nuevo León y se incorporó a la contienda electoral con un programa que, sin ser abiertamente conservador, incluía demandas como el reemplazo del ejido por la pequeña propiedad, el otorgamiento de garantías a esta última, y la eliminación de impuestos.¹²⁸ Fuentes Mares asegura que Eugenio Garza Sada, dueño de la Cervecería Cuauhtémoc y cabeza del Grupo Monterrey brindó su apoyo a Almazán “no porque don Juan Andrew le resultara un personaje muy recomendable, sino por su aversión a Cárdenas y a lo que éste significaba en la vida de Monterrey”.¹²⁹

Diversas evidencias hacen suponer que el grupo Monterrey también apoyó económicamente la fundación del pan, en 1939, cuyo fundador, Manuel Gómez Morín era en aquel momento abogado de las empresas de la familia Garza Sada.¹³⁰

¹²⁸ Medina Peña, Luis, 1978, pp. 111-116.

¹²⁹ Fuentes Mares, José, 1976, p. 93.

¹³⁰ Puga Espinosa, Cristina, 1993.



La voz empresarial, a través de Actividad, había argumentado tan sólo unos meses antes de la fundación de Acción Nacional, que, frente a las precandidaturas de Múgica, Sánchez Tapia y Ávila Camacho, “no hay oposición organizada que sirva de contra peso al partido que está en el poder [...]”.

Aunque el pan basó su estrategia de reclutamiento en las clases medias urbanas y, al no presentar candidato en las elecciones de 1940, retardó su consolidación como partido político de oposición, al menos temporalmente significó una alternativa a la participación empresarial que había sido eliminada tácitamente en la integración corporativa del PRM, alternativa que sería replanteada varias décadas más tarde.

CONCLUSIONES

Desde la conversión del PNR en PRM y, por lo menos hasta 1975, en que se funda el Consejo Coordinador Empresarial, la relación entre los empresarios y el Estado mexicano se rigió por las reglas informales surgidas durante el periodo cardenista. A pesar de la resistencia empresarial, con Cárdenas se impuso la dirección estatal de la economía a partir del manejo de las fuentes de energía (PEMEX y la Comisión Federal de Electricidad) la construcción de infraestructura y el control del movimiento obrero organizado. La utilización de la Constitución de 1917 como argumento de los empresarios organizados en su lucha contra la Ley de Expropiación, por otra parte, dejó establecida la aceptación del ordenamiento constitucional por parte del sector, lo cual tuvo un peso en la legitimación de las diversas acciones expropiatorias del gobierno. En la misma etapa, los empresarios quedaron fuera de la organización corporativa del partido, pero establecieron canales institucionales para participar en aquellas decisiones que les interesaban. Como se vio varias décadas después, la creación del pan les proporcionó,

además, un recurso político para encauzar sus descontentos con gobiernos posteriores.

Como parte del mencionado arreglo institucional, cuyos cimientos se habían puesto desde 1925 con la creación del Banco de México,¹³¹ los empresarios aceptaron la conducción económica del Estado, se adaptaron a las pautas impuestas por la legislación laboral, reconocieron la capacidad presidencial de expropiar por causa de utilidad pública, y aprovecharon las condiciones de colaboración ofrecidas por la nueva Ley de Cámaras de 1936. Internamente, durante el mismo periodo, debatieron en torno a sus formas de organización y avanzaron en el fortalecimiento de las asociaciones que les darían presencia política y les servirían decanales de participación efectiva frente al resto de los actores sociales integrados al nuevo PRM. Aunque de hecho su acción organizada se remonta a 1917, fue en el periodo cardenista cuando sus asociaciones fueron reconocidas oficialmente como interlocutoras frente al estado y cuando el Estado asumió la tarea de hacer obligatoria la afiliación. Una reforma en la Ley de Cámaras en 1941 devolvería la separación entre el comercio y la industria y sentaría las bases para la formación de la Canacintra, organización que sirvió de respaldo a las políticas económicas del Estado hasta bien entrada la década de los setenta.

Sin duda, como lo prueba el conflicto de Monterrey, las mencionadas reglas informales tuvieron que imponerse, de un lado, a la desconfianza del presidente hacia los capitalistas y, del otro, a las protestas y resistencias de los empresarios organizados, encabezados por el Grupo Monterrey, las cuales, a su vez fortalecieron una corriente de

¹³¹ El Banco de México se constituyó con un 49% de capital privado y un 51 por ciento de capital estatal. como resultado de un primer e importante acuerdo entre el gobierno de Calles y los empresarios. Puga Espinosa, Cristina, 1993, p. 125.



derecha que tendría consecuencias importantes en la sucesión presidencial. No obstante, en la medida en que los empresarios no actuaban de manera absolutamente homogénea y en que el gobierno integraba a los capitalistas en su programa económico y les establecía espacios de participación, paulatinamente las dos partes fueron conciliando posiciones y avanzaron en la consolidación de un acuerdo mediante el cual los empresarios desde sus asociaciones participarían en la coordinación del proyecto de desarrollo junto con el estado y con las grandes organizaciones corporativizadas. El acuerdo empezaría a rendir frutos durante el gobierno de Ávila Camacho cuando una política económica de industrialización encontró un nuevo terreno de acuerdo con el sector e inició una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo mexicano.

CUADRO 1.
Algunas empresas de capital privado en 1940

<i>Nombre</i>	<i>Fecha de fundación</i>	<i>Actividad</i>
El Puerto de Liverpool	188...	Comercio
El Palacio de Hierro	1891	Comercio
El Centro Mercantil	189...	Comercio
Compañía Industrial de Orizaba	1889	Textil
Cervecería Cuauhtémoc*	1890	Cerveza
El Buen Tono	1893	Cigarros
Fábricas de Papel San Rafael	1894	Papel y derivados

<i>Nombre</i>	<i>Fecha de fundación</i>	<i>Actividad</i>
Cervecería Moctezuma	1896	Cerveza
Industrial Jabonera La laguna	1898	Aceite y jabón
Compañía Industrial Veracruzana	1899	Textil ¿?
Compañía Industrial de Guadalajara	1899	Textil ¿?
Compañía Industrial de Atlixco	1902	Textil
Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey*	1903	Siderurgia
Fábricas de Papel Loreto y Peña Pobre	1906	Papel y derivados
La Tabacalera Mexicana	1907	Cigarros
Ingenio de San Cristóbal y Anexas	1909	Azúcar
Vidriera Monterrey*	1909	Vidrio
Cementos Mexicanos	1920	Cemento
Atoyac Textil	1921	Textil
Cervecería Modelo	1925	Cerveza
Ford Motor de México **	1925	Automotriz
Asarco Mexicana	1925	Minería y fundición



<i>Nombre</i>	<i>Fecha de fundación</i>	<i>Actividad</i>
Ladrillos Industriales y Refractarios*	1928	Material de construcción
D. M. Nacional	1929	Muebles metálicos
Vidriera México	1929	Vidrio
Pan American Airways**	1929	Aviación
Empresas Longoria	1930	Productos metálicos
XEW	1930	Radiodifusión
Troqueles y esmaltes	1930	Herramienta
Fábrica de Papel México	1930	Papel
Cementos Mexicanos	1931	Cemento
Grupo Industrial del Norte (CINSA)	1932	Productos metálicos
Fábrica de Jabón La Corona	1934	Jabón
Textiles Monterrey	1934	Textil
Aeronaves de México	1934	Aviación
Fábrica Nacional de Vidrio	1935	Vidrio
Compañía Hulera Euzkadi**	1935	Llantas para automóvil
General Motors de México ^{1**}	1935	Automotriz

<i>Nombre</i>	<i>Fecha de fundación</i>	<i>Actividad</i>
Malta, S. A. ^{2*}	1935	Malta para cerveza
Tapón corona*	1936	Corcholatas
Tabaco en Rama (TERSA)	1936	Cigarrera
Empaques de Cartón ^{3*}	1936	Cajas de cartón
Vidrio Plano de México	1936	Vidrio
Industrias Monterrey*	1936	Productos metálicos
Tequila Cuervo 1937	1937	Tequila
Fábricas Automex (Chrysler)**	1938	Automotriz
Industrias Unidas	1939	Productos metálicos
Cristales Mexicanos	1940	Vidrio
Refresco Pascual	1940	Refrescos
Ingenio Motzorongo	1940	Azúcar
Zapata Hermanos	1940	Productos metálicos

Fuentes: Alba Vega (1988); Puga (1976; 1993) Romero Sotelo (1997) Cerutti (2000).



CUADRO 2.
Dirigentes de la Confederación
de Cámaras Nacionales de Comercio e Industria, 1938

<i>Dirigente</i>	<i>Cargo</i>	<i>Procedencia empresarial</i>	<i>Otros cargos</i>
Leopoldo H. Palazuelos	Presidente	Agencia aduanal en Veracruz	Presidente de Coparmex Representante de los centros patronales de México y Veracruz
Luis G. Aguilar	Vicepresidente	Presidente de Casa H. Gerber y Cía. (importaciones)	Representante de la Cámara de Doctor Arroyo, Nuevo León
Roberto Ugarte	Vicepresidente	Vicepresidente de Cía. Cigarros El Águila	Consejero en Banco de Comercio
Epigmenio Ibarra Jr.	Consejero propietario	Director Banco Mexicano, S.A.	Representante de la Cámara de San José del Cabo, BC
Jesús Rivero Quijano	Consejero propietario	Presidente de varias compañías. textiles (Atoyac, Fibras Artificiales y Algodones, Almacenes Textiles, S.A.) Presidente de Editorial Negro y Blanco; Vicepresidente de La Comercial, S.A. Presidente De Comisiones e Inversiones: S.A.	Consejero del Banco de Comercio Consejero de La Nacional Vicepresidente de la Asociación de Empresas Industriales y Comerciales

<i>Dirigente</i>	<i>Cargo</i>	<i>Procedencia empresarial</i>	<i>Otros cargos</i>
Jorge Pinsón	Consejero propietario	Representante en México de Cognac Martell y otras firmas europeas	Representante de la Concanacomin ante el Jurado de Honor de la Campaña Antialcohólica del Departamento de Salubridad Pública Representante de las cámaras de Colima, Col. y Zitácuaro, Mich.
Mariano R. Suárez	Consejero propietario Tesorero	Secretario de la Asociación de Fabricantes de Cerveza	Representante de la Cámara de La Piedad, Mich.; Delegado ante la Campaña Antialcohólica del departamento de Salubridad Pública
Julio Zetina	Consejero propietario	Miembro de la Asociación de Exportadores	Miembro del Directorio General de la República
Ramón C. Cevallos	Consejero propietario	Gerente de Almacenadora, S.A.; Socio y gerente de Unión Comercial Mexicana, S. de R.L.	Vicepresidente de la cámara de Mazatlán, Sin.
Mariano Domínguez	Consejero propietario	Gerente del Banco Central de Capitalización Actuario consultor de varias empresas	Representante de la Cámara de Allende, Coah.



<i>Dirigente</i>	<i>Cargo</i>	<i>Procedencia empresarial</i>	<i>Otros cargos</i>
Rodrigo Montes de Oca	Consejero propietario	Fabricante de sombreros de paja; comerciante en sombreros; representante de The Mallory Hat Co., Hawley Products Co. Utsimi Shoten y Kobe	Representante de las cámaras de Querétaro y Ciudad de México
Ignacio Armida	Consejero propietario	Comerciante en máquinas de escribir y calcular i. Armida y Co.	
José Lorenzo Cossío	Consejero propietario y abogado consultor	Abogado de empresas Fue representante de las compañías petroleras en 1917	Representante de las cámaras de Tulancingo, Pue.; Pachuca, Hgo.; Torreón, Coah., Toluca, Edo. Mex.; Motul, Yuc.; Mazatlán, Sin.; y Guaymas, Son.
Timoteo G. Cuellar	Consejero suplente	Casa del whisky y de abarrotes	Representante de las cámaras de Villa Azueta, Huamantla, Pueblo Nuevo, Comaltitlán y Ciudad Juárez.; delegado suplente ante el Departamento de Pesas y Medidas de la secretaría de Economía Nacional
Hilario S. Gabilondo	Consejero propietario	Gerente de sucursal del Banco Nacional de México	

<i>Dirigente</i>	<i>Cargo</i>	<i>Procedencia empresarial</i>	<i>Otros cargos</i>
Cornelio B. Gertz	Consejero propietario; *Tesorero del Departamento Especializado de Comercio Interior	Socio-gerente de Sommer, Hermann y Co. Sucs.	
Clemente Jacques	Consejero propietario**jefe del Departamento Especializado de Comercio Exterior	Fábrica de conservas Representante de Avena 3 minutos Vinagre, litografía, tapones de corcho, confeti, serpentinas, munición para carrocería, abarrotes y papelería	Delegado ante la Comisión de Comercio Exterior de la Secretaría de Relaciones
Rafael Fernández García	Consejero suplente	Propietario de Morales, Fernández y Cía.; venta de desinfectantes, papeles sanitarios, exportación de cera y agencia aduanal	Representante de la Cámara de Veracruz
Miguel Torres	Consejero propietario**jefe del Departamento Especializado de Comercio e Industria en Pequeño	Expendios de carnes	Representante de las Cámaras de comercio e industria en pequeño de Ciudad de México y Matamoros.



<i>Dirigente</i>	<i>Cargo</i>	<i>Procedencia empresarial</i>	<i>Otros cargos</i>
Francisco Morón	Vocal de Comercio jefe del departamento De Comercio Interior	Socio-gerente de Molina y Morón	Delegado ante las Comisiones Asesoras Técnicas de la Campaña contra el Alcohólicismo; Representante de la cámara de Villa Cardel, Ver.
Luis Vera Medel	Consejero propietario Gerente		Representante de la Cámara de la ciudad de México
Rafael Mancera Ortiz	Comisario propietario	Auditor; miembro de Mancera Hermanos, CPT.	
Roberto Casas Alatríste	Comisario suplente	Contador público titulado; auditor del Banco de México.	
Pablo Salas y López	Secretario** Consejero propietario	Subgerente y miembro del Consejo de Cervecería Central, S.A.; consejero de Cía. Comercial Distribuidora	Representante de las cámaras de Monterrey, Acaponeta, ciudad Mante y otras
Bernardo Quintana	Secretario del Departamento. Especializado de Industrias Varias	Gerente de United Shoes and Leather, Co.	
Andrés V. Quijano	Tesorero del Departamento de Industrias Varias	Jefe de Distribución de Azúcar, S.A.	Representante de las cámaras de Uruapan, ciudad de México y otras

**A partir de 1938

La empresa azucarera frente a la política expropiatoria cardenista. la USCO, s. a., 1934-1940¹

María Eugenia Romero Ibarra

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Economía

*Aquí se llegó a decir la pequeña Rusia porque en
efecto tomamos el poder. Eso fue de 1938 a 1942.*

Obrero jubilado del ingenio de Los Mochis²

INTRODUCCIÓN: AZÚCAR Y EMPRESA EN SINALOA. LAS BASES DEL CONFLICTO Y SUS CARACTERÍSTICAS GENERALES

Las características del cultivo de la caña de azúcar y su transformación en un producto industrial han ocasionado una fuerte dependencia de esta agroindustria de las fuentes de crédito a lo largo de su historia. Hasta el momento de las expropiaciones del cardenismo, dicha vinculación productiva entre campo cañero-ingenio continuaba vigente.³

¹ Trabajo realizado dentro del proyecto financiado por PAPIIT-DGAPA-UNAM.

² Tomado del artículo de Jorge Morett y Luisa Paré, "La pequeña Rusia".

³ Crespo, Horacio, 1988, pp. 163. 397

En México la industria azucarera se desarrolló sobre la base de la hacienda, que integraba verticalmente la producción de caña como materia prima y la elaboración industrial del azúcar.⁴ Durante casi toda su historia la producción cañera ha dependido y se ha estructurado en función de las fuentes de crédito a las que ha tenido acceso, lo cual, en buena medida, se debe a que el ciclo productivo es muy largo (cultivo-cosecha-mantenimiento del ingenio), por lo que se dan tiempos muertos muy amplios.⁵

Uno de los espacios cañeros más dinámicos de México, que inició su actividad durante el porfiriato, está situado en el noroeste, en el estado de Sinaloa.⁶ Esta región transitó desde la producción tradicional de piloncillo (panocha) y alcohol a la gran industria azucarera en pocos años. Atrajo fuertes inversiones que permitieron la modernización y creación de grandes ingenios modernos y eficientes, “[...] a tal punto que Los Mochis era, en la zafra de 1911-1912, el mayor ingenio de México con sus 6270 toneladas de producción”.⁷

En este espacio regional encontramos produciendo azúcar, tanto a hacendados o empresarios que podríamos calificar de tradicionales o porfiristas, como a un “capitán de la industria”, el cual, indiscutiblemente influyó y dominó el

⁴ *Ibid.*, p. 16

⁵ Véase Crespo, Horacio, 1988, en varios apartados trata el tema del financiamiento y el crédito para la producción de azúcar.

⁶ El hecho resultaba más notable por la circunstancia de no ser la región de Los Mochis una zona cañera, pues se halla al norte del paralelo 25; el cultivo de caña implica allí un esfuerzo mayor –12 y 13 riegos más–, que el necesario en zonas típicamente cañeras como las de Veracruz y Morelos, entre los paralelos 18 y 19, donde la caña no requiere sino unos tres o cuatro riegos”, Gill, Mario, 1983, p. 155.

⁷ *Revista Azucarera. The Hacendado Mexicano's Yearly Sugar Report, 1912-1913*, citado en Crespo, Horacio, 1988, p. 104. También se pueden observar los inicios de este desarrollo cañero-azucarero en el norte del estado de Sinaloa, en el trabajo de Borboa López, Carlos A., 1997.

sector en la década de 1920-1930, el estadounidense Benjamín Francis Johnston.⁸ De aquí que los dos modelos vigentes en esos años: hacienda azucarera y campo cañero-ingenio o central azucarera, se presentaran en estos espacios productivos, prevaleciendo el segundo en el caso de Los Mochis.

Antes de la gestión presidencial de Lázaro Cárdenas la estructura de la propiedad predominante y la relación productores-ingenios no se había modificado en lo fundamental. La expropiación a que se vieron sujetas estas compañías durante la gestión de Lázaro Cárdenas separó ambas partes del proceso de producción del azúcar, pero al conservarse el control del crédito por parte de los industriales, se produjo lo que Horacio Crespo denominó una asociación subordinada entre ambos procesos.⁹

La operación política regional de las expropiaciones del cardenismo le correspondió a cuatro gobernadores: Manuel Páez (1933-1935) de tinte callista, el cual al ser desaforado fue sustituido por Gabriel Leyva Velázquez (1935-1936) de tendencia cardenista; la ejecución de las disposiciones expropiatorias la llevó adelante Alfredo Delgado (1937-1940) de matiz callista, y finalmente Rodolfo T. Loaiza quien gobernó

⁸ Benjamín Francis se educó en los años decisivos de la revolución industrial americana. Demostró inteligencia, capacidad, fuerza de voluntad y entusiasmo, aspectos que caracterizaron a los hombres de negocios de esa época. Fueron los *Captains of Industry* posteriormente conocidos como *Robber Barons* la *Gilded Age* de Mark Twain, refleja el espíritu de la tecnología y la industrialización como sinónimos de competitividad y crudeza, y la sublimación de los valores materiales de la sociedad norteamericana de la época. Hernández Alonso, Juan J., 1996, pp. 207, 212, 213 y 221.

⁹ "El modelo cardenista de organización cooperativa para la industria se vio frustrado por una serie de complejos factores, institucionalizándose a partir de la década de los cuarentas un modelo de asociación subordinada de los campesinos con los industriales, sobre la base del cual se consolidó el importante crecimiento azucarero del siguiente cuarto de siglo". Crespo, Horacio, 1988, p. 16.



desde 1940 a 1943, vivió las consecuencias inmediatas de dicho proceso y fue asesinado en este último año.¹⁰

Las expropiaciones ejecutadas en Sinaloa en esos años fueron dirigidas a los espacios donde se encontraba la agricultura más desarrollada, de riego y alta productividad. Con esto se perseguían dos objetivos: primero, crear un segmento productivo de pequeños propietarios campesinos y ejidatarios que fueran capaces de alimentar al país, y en segundo, combatir a un sector de grandes propietarios y empresarios que no siempre estaban en buenas relaciones con los poderes locales y nacionales, como era el caso del estadounidense Benjamín F. Johnston. Por lo visto, el primer resultado en el mediano plazo de este proceso no fue alcanzado, ya que en este periodo lo que observamos es la caída de la producción azucarera, tal como lo muestran las estadísticas con que contamos.¹¹

LOS INICIOS. LA INDUSTRIA AZUCARERA DE SINALOA (1900-1920)

En 1900 seis ingenios producían azúcar en todo el estado: La Aurora, La Primavera y El Dorado en el distrito de Cuiliacán, en el centro del estado. En el norte se encontraban en producción los ingenios de La Constancia, La Florida y El Águila.¹² La matriz productiva de los mismos fue diversa.

¹⁰ Luna Lujano, Benjamín, 1997, p. 67

¹¹ Nada más como ejemplo: en 1938, la caña molida fue de 600 921 toneladas que produjeron 52 793 kilogramos de azúcar; en 1956 se molieron 814 485 toneladas de caña que dieron 58 923 kilogramos de azúcar. *Ibid.*, p. 70

¹² No incluimos aquí a la Sinaloa Sugar Company, porque ésta era en realidad la propietaria del Águila Sugar Refining Company, ni al ingenio de Mochis, ya que pertenecía a la United Sugar Companies y

En algunos casos surgieron dentro de alguna hacienda decimonónica y, en otros, fueron fundados como asociaciones empresariales específicamente para el cultivo de caña y producción de azúcar.¹³ El conjunto de las empresas productoras de azúcar daba empleo a cerca de 4000 trabajadores al año, mientras que el sector minero, en 1910, empleó a 2797.¹⁴

El rápido y dinámico crecimiento de la industria azucarera regional tuvo que enfrentar el problema de la mano de obra que escaseaba en el estado. Para resolverlo, todos los empresarios del ramo, sin distinción, recurrieron a diversos métodos por igual, desde el reclutamiento, el enganche organizado en comunidades de otras entidades federativas, hasta la cooptación de personas perseguidas por la justicia. Además, ofrecían altos salarios y ventajas relativas que eran un atractivo indudable e importante para emplearse en la industria azucarera sinaloense. Los lugares donde se instalaron estos ingenios se convirtieron en polos de atracción poblacional, se desarrolló el comercio y crecieron ciudades o pueblos como son Navolato, El Dorado y Los Mochis.¹⁵

En la coyuntura de finales del siglo XIX principios del XX, se conjugaron varios factores que crearon un contexto comercial interesante por el aumento de la demanda de azúcar y otros productos agrícolas y hortalizas, tanto en el mercado internacional como el nacional. En un contexto institucional acogedor para la actividad empresarial, la situación

empezó a funcionar a partir de 1903-04, cuando inició su primera zafra. Ver Borboa, López, Carlos A., 1997, entre otros ya señalados.

¹³ La producción de azúcar aumentó tan rápidamente que el estado de Sinaloa pasó de ser "importador neto de Azúcar en 1872, a ocupar en 1906 el tercer lugar como productor de azúcar en el país. Después de Morelos y Veracruz." Aguilar A., Gustavo, 1993, p. 11

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Ibid.*, p. 12.



mejoró sustancialmente con el arribo de la punta de fierro del ferrocarril Sudpacífico en 1907, que aligeró muchísimo el problema de las comunicaciones, e integró nuevos espacios económicos y mercados internos y externos.

La familia Joaquín Redo y Balmaceda incursionó en la producción de azúcar desde 1873, cuando fundó el ingenio La Aurora, que fue la primera fábrica de azúcar del estado equipada con maquinaria moderna importada.¹⁶ El segundo ingenio fue La Constancia, que data de 1884 y fue fundado en la hacienda del mismo nombre por Francisco Orrantia y Sarmiento.¹⁷ La primera zafra de La Florida, el tercer ingenio en cuestión, ocurrió en 1888, éste era propiedad de Esteban Zakany.¹⁸ Allí mismo se organizó la Destilería Savalle, S.A., en 1900. En 1883 inició sus operaciones el cuarto ingenio, La Primavera, propiedad de los hermanos Almada que empezó a trabajar con un capital de 50 mil pesos, ahí se des-

¹⁶ “Tenía un tacho al vacío de doble efecto para la fabricación de azúcar, Producía 750 000 libras de azúcar y 500 barriles de aguardiente al año, ocupada 2590 personas. Al cultivo de caña se dedicaba 170 has. Para regar las tierras se utilizaba el agua del río Tamazula para lo cual se construyó un canal revestido de ladrillo de ocho kilómetros. Hacia 1902 la extensión de tierras sembradas de caña era de 200 has”. Crespo, Horacio, 1988, p. 28.

¹⁷ “Este fue eximido del pago de contribuciones por cuatro años. La caña que se molía era producida en los terrenos de la misma hacienda. En 1904, la capacidad de molienda era de 200 toneladas diarias y empezó a producir azúcar cúbica. También se producía alcohol. Para regar las tierras se construyeron acequias en la margen izquierda del río Fuerte usándose tres bombas centrifugas para elevar el agua movidas con motores de vapor. En 1913 se incendió. Este fue el primer ingenio en el norte del estado”, *ibid.*, p. 29.

¹⁸ La caña se producía en sus propias tierras y se construyeron diques para regarlas con agua del río Fuerte. La maquinaria fue traída de Alemania, por el puerto de Hamburgo. La capacidad de molienda era de 150 a 200 toneladas diarias. Ocupaba 100 trabajadores normalmente y en zafra *ibid.*

tilaban también alcohol y vinos.¹⁹ La maquinaria de la misma traída de Europa y su capacidad de molienda era de 200 toneladas de caña diarias, que se elevaron posteriormente a 300.²⁰ En ese mismo año empezó a trabajar el quinto ingenio, El Águila, en la hacienda del mismo nombre, propiedad de Zacarías Ochoa.²¹

Tanto los dueños de La Primavera, los hermanos Almada, como los propietarios de El Dorado, la familia Redo, eran prominentes miembros de la élite porfirista, con fuertes lazos e influencias en las altas esferas del poder político nacional y estatal. Los recursos que se invirtieron en la creación de ambas empresas fueron acumulados en la minería y el comercio en la región. Además, recurrieron a la utilización en su beneficio de las condiciones institucionales para el proceso de acumulación de bienes inmuebles, agua y privilegios fiscales.²²

¹⁹ Fue precedido por el perfeccionamiento del cultivo, grandes obras de riego y la instalación de colonos. *Idem.* Era propiedad de los Hermanos Almada quienes en 12 de junio de 1890 fundaron la empresa La Primavera ubicada en Navolato, bajo la razón social de Jesús Almada y Socios. En 1895 Esta compañía poseía 6 480 has. De las cuales 303 estaban plantadas de caña, 607.71 reservadas para siembra de maíz y frijol y 22.60 eran ocupadas por hortalizas y árboles frutales. En 1898, emplearon a 900 trabajadores. *Ibid.*, p. 30.

²⁰ *Idem.*

²¹ Benjamín F. Johnston, formó una sociedad de inversión con otros dos estadounidenses creando la que sería su primera compañía, El Aguila Sugar Refining Company, la cual quedó ubicada en los terrenos de la hacienda del mismo nombre propiedad de Zacarías Ochoa Ochoa. En 1902, organizó la segunda empresa: La Compañía Azucarera del Águila s.a., la cual estaba integrada por la fábrica de azúcar y por los terrenos del Águila, todo bajo la administración del consejo de administración de la empresa cuyo presidente era el mismo Johnston, la Sinaloa Sugar Company.

²² Para los diversos ingenios ver: Félix Lara, Rosa A., 1993. Echavarría, Esperanza, 2000; Rivera Calvo, María Elda, 1995; Carton de Grammont, H., 1987; Crespo, Horacio, 1988, pp. 104-105.



En 1900 el gobernador puso la primera piedra de lo que sería el sexto ingenio, denominado “El Dorado”, también propiedad de la familia Redo, el cual empezó a trabajar con un capital de 210000 pesos de plata mexicana.²³ La maquinaria fue importada de Florida, Estados Unidos, y su capacidad inicial de molienda era de 600 toneladas diarias.

El séptimo ingenio azucarero fue el de Los Mochis y era propiedad de la empresa United Sugar Companies, S.A. (USCO) entre 1900 y 1940. Esta compañía actualmente se denomina Compañía Azucarera de Los Mochis y se encuentra aún en producción.²⁴

Para la segunda década del siglo XX, la industria azucarera sinaloense era una de las más importantes del país. Los empresarios azucareros habían adquirido y conservaban una gran influencia económica y política, poseían grandes extensiones de tierra, controlaban el agua y otros recursos, empleaban considerable mano de obra, creaban en esos lugares numerosas concentraciones de trabajadores, lo que generaba, en consecuencia, organizaciones y sindicatos, tanto de empresarios productores de azúcar como de trabajadores de dicha rama productiva.

²³ La sociedad Mercantil para tal propósito fue fundada el 16 de agosto de 1902 por Joaquín Redo y sus hijos Diego y Alejandro. Este ingenio también empezó a producir alcohol a partir de 1906. *Ibid.*, p. 32.; Echavarría, Esperanza, 2000, pp. 26-31.

²⁴ Muy pronto las 2000 hectáreas del Águila fueron insuficientes para las “aspiraciones de Johnston y resolvió adquirir 16000 has., del terreno conocido como Los Mochis, misma que se realizó el 9 de noviembre de 1901. Estos terrenos se situaban a 24 kilómetros de El Águila, donde construyó un nuevo ingenio, Los Mochis, cuya primera zafra se produjo en 1904 y fue del orden de 21000 toneladas de caña y 1352 toneladas de azúcar. También organizó la Compañía destiladora La Victoria, s.a. para elaborar alcohol con las mieles incristalizables que se obtuvieran del ingenio. Ver además para mayores detalles a Aguilar A., Gustavo, 1993.

En 1905 se hizo la primera versión del contrato para la creación de la United Sugar Companies, cuya estrategia empresarial era actuar como oficina administradora de las tres compañías que la precedieron, a saber: El ingenio de El Águila (anteriormente El Águila Sugar Refining Company), la Destilería la Victoria y el recién creado Ingenio de Los Mochis.²⁵ Esto permitió ventilar un poco la difícil situación financiera por la que venía atravesando la Sinaloa Sugar Company, su antecesora.²⁶ Los problemas de financiamiento de las compañías azucareras de Johnston fueron muchos y muy complejos y recurrió a diversos mecanismos para resolverlos. En estos años iniciales, la mayor parte del capital para seguir funcionando lo obtuvo de diferentes inversionistas estadounidenses en Illinois.²⁷ En 1902, la Sinaloa Sugar Company y

²⁵ El año que señala Quintero es 1903 y la información es interesante. Debemos aún verificarla. *Ibid.*, p. 547.

²⁶ Los libros de contabilidad se legalizaron con el nombre de la nueva compañía y se traspasaron los saldos de las otras, haciendo lo propio el Banco Nacional de México y todos los otros acreedores. No fue una fusión, sino la administración conjunta de diferentes compañías que conservaban su independencia jurídica. Johnston fue nombrado presidente de la Junta Directiva, como novedad administrativa encontramos la obligación de llevar un libro de actas. Así, mediante este procedimiento la United Sugar Companies figuró como deudora y acreedora, sin responsabilidades por adeudos, puesto que no tenía propiedad alguna ni valores propios. Archivo General de Notarías del Estado de Sinaloa (AGNES), Notario Julio Zapata. *Libro primero. Protocolos, 26, 27 de noviembre de 1905 y protocolo 64 de julio de 1906* entre otros.

²⁷ AGNES. Notario Julio Zapata, *libro primero, protocolo 65*. Protocolización por orden judicial de la escritura de fideicomiso celebrada en Estados Unidos de América entre la Compañía Azucarera del Águila y el señor Charles Hudson. Ratificada por escritura número noventa y cinco de este mismo volumen, foja 143. Contrato otorgado en idioma



la United States Trust Company habían celebrado un contrato para emitir bonos al portador por la cantidad de 300 000 dólares con el objeto de refinanciar la empresa.²⁸ La situación se agravó en 1905 y se vieron obligados a establecer un fideicomiso de las dos compañías azucareras legalizado en Estados Unidos.²⁹

La constante búsqueda de fuentes de crédito condujo a la empresa a otra vía para la solución de sus problemas financieros, ésta fue la obtención de una serie de créditos con prenda de azúcar que el Banco Nacional de México le otorgó en diversas ocasiones.³⁰ En 1914, de nuevo la United Sugar

inglés en la ciudad de Chicago, condado de Cook, Illinois, ante el notario público Max L. Blook el 1 de diciembre de 1905, por el señor B. F. Johnston como presidente y apoderado de la Compañía Azucarera del Águila, s.a. Y el señor Charles Hudson. Por escritura protocolizada bajo el número 106. Protocolo 67. Fojas 147-148. El Fuerte 26 de julio de 1906. Acta de protocolización de la escritura de fideicomiso celebrado entre la Sinaloa Sugar Co. s.a. y la United States and Mexican Trust Co.

²⁸ *Idem*. Protocolización de un contrato en idioma inglés otorgado en la ciudad de Chicago, Condado de Cook, estado de Illinois, ante el notario público señor Candido Rosi, el 22 de octubre de 1902, por la Sinaloa Sugar Company, s.a. y la United States Trust Co.

²⁹ AGNES. Notario Julio Zapata. Libro primero, Protocolo 65. Protocolización por orden judicial de la escritura de fideicomiso celebrada en Estados Unidos de América por la compañía Azucarera del Águila y el señor Charles Hudson. Ratificada por escritura número noventa y cinco de este mismo volumen, foja 143. Contrato otorgado en idioma inglés en la ciudad de Chicago, Condado de Cook, Illinois, ante el notario público Max L. Blook, el 1 de diciembre de 1905, por el señor Benjamín Francis Johnston como presidente y apoderado de la Compañía Azucarera del Águila, s.a. Y el señor Charles Hudson, Por escritura número 22 del segundo volumen del 9 de marzo de 1908 la Sinaloa Sugar Company entregó todos los bienes hipotecados al señor. Charles Hudson.

³⁰ El primero de ellos fue por 275 000 pesos, otorgado en 1907. En 1908 se le sumaron 50 000 pesos más como crédito refaccionario. En esta sesión del Consejo del Banco, se le hizo un extrañamiento a Johnston por su salida intempestiva del país en “estos tiempos críticos para

acudió al crédito bancario y obtuvo 500 000 pesos para la zafra de 1915, y abrió, además, una línea de crédito de 50 000 dólares en Estados Unidos para la compra de empaques y refacciones para maquinaria.³¹

En 1916, Johnston decidió reorganizar sus negocios una vez más. En lugar de la United Sugar Companies, que desapareció, formó la United Sugar Companies, S.A. (USCO, S.A.)³²

la negociación". Para 1911 el dictamen del banco sobre el funcionamiento de la United fue sumamente favorable y se acordó suprimir al interventor que controlaba todos los movimientos financieros y productivos de la empresa, José María Olloqui. Para 1912, se aprobó el otorgamiento de un crédito refaccionario con garantía de azúcar y alcohol, por novecientos mil pesos. Además, independientemente de esto, se le daría otro crédito por cien mil pesos para la compra de empaques que garantizaron con la misma mercancía. Archivo Histórico de Banamex. Libro de actas del Consejo de administración número 5, 30 de septiembre de 1907, fs. 14-15. Sesión del 7 de julio de 1908, fs. 72-73.

³¹ En 1916, solicitó al Banco Nacional de México un crédito por cinco millones de pesos. La compañía estuvo a punto de obtener el crédito que en principio fue aprobado. En un momento posterior y después de considerarlo detenidamente, el banco le negó el financiamiento por que "se encontraron deficiencias de carácter legal en la constitución de las compañías", Libro de actas, sesión ordinaria del 1o. de septiembre de 1914 del Consejo de Administración de Banamex. fs. 598-599.

³² La finalidad de esa nueva compañía era el fomento (préstamos habilitadores) de la industria de elaboración de azúcar, alcohol de caña y similares derivados, además de la comercialización de los mismos. AGNES, Salvador G. Soto, Ahome 1918. Instrumentos notariales. Volumen número uno de los instrumentos públicos del juzgado de primera instancia de la municipalidad de Ahome con funciones de Notario público con residencia en la cabecera de la referida municipalidad. 24 de noviembre de 1917. Libro primero, número trece, villa de Ahome. Foja 41. Poder general para pleitos y cobranza otorgado por el señor Ignacio Gastelum como vicepresidente de la USCO en favor de Francisco de P. Álvarez 12 de abril de 1918, Juez de primera instancia con funciones de notario licenciado Salvador G. Soto. Continua foja 43 "la escritura de la United Sugar Companies, s.a. otorgada en la ciudad de México 24 de julio de 1916 ante el notario Julio Ruiz Godoy



Con un capital social inicial de cuatro millones de pesos. Esta empresa aglutinaba a todas las compañías existentes con anterioridad.³³

La nueva empresa concentraba fábricas de azúcar, de alcohol, plantas generadoras de electricidad, residencias para los empleados y oficiales y bienes raíces. Controlaba, además, un gran número de compañías subsidiarias ubicadas en diversos giros de la actividad económica.³⁴

La década de 1920 a 1930 fue el gran momento de Johnston como empresario. En 1920, cerró el ingenio de El Águila y transportó la maquinaria al ingenio de Los Mochis, para transformarlo en una enorme fábrica capaz de moler 2000 toneladas de caña diarias. En ese mismo año produjo 11 000 toneladas de azúcar. Ocho años después, en 1928, renovó otra vez la fábrica con la introducción de nuevos molinos y la electrificación de todo el proceso de producción. En ese año podía

bajo el número 1475 de su protocolo por los señores Julio Zapata en representación de Ch. Hudson y de la Sinaloa Sugar Co., e Ignacio Gastelum en representación de la Compañía Azucarera del Águila s.a., y de la Compañía Destiladora la Victoria s.a.—estableciéndose dicha sociedad en Los Mochis, distrito del Fuerte con el fin de dirigir y administrar en general y en común las empresas y establecimientos industriales que las compañías azucareras mencionadas tienen en la hacienda del Águila y las empresas y establecimientos industriales de la Sinaloa Sugar Co. en Los Mochis.

³³ Quintero, Filiberto L., 1978, p. 547.

³⁴ La Compañía Agrícola de Los Mochis, c.l.; La Compañía Azucarera de El Águila, s.a.; La Compañía del Sufragio, c.l., que había resultado de la fusión de otras compañías (Wright y compañía. Jones y compañía. El Sufragio, s.a. Rosario Grijalva y Compañía. Rafael G. Ibarra y Compañía); Compañía Agrícola del Río Fuerte, c.l.; La Compañía Agrícola de la Constancia, c.l.; Compañía Explotadora de las Aguas del Río Fuerte, s.a.; Ferrocarril Mexicano del Pacífico, s.a.; Compañía Eléctrica de Los Mochis. Todas las referencias notariales se encuentran en el AGNES.

moler cuatro mil toneladas de caña por día. Era el ingenio más grande del país.³⁵

Otros proyectos empresariales de gran envergadura, como la construcción de una presa que regaría 500 000 hectáreas; tal como había quedado en el tintero la creación del Banco del Fuerte, estos proyectos quedaron en el tintero por dificultades políticas para obtener los permisos concesiones respectivas ante el gobierno federal.³⁶ Una de las últimas grandes operaciones de este empresario fue la adquisición, en 1928, del ferrocarril Kansas City Mexico & Oriente, el cual contaba con un tramo de vía de 510 kilómetros, mismos que pensaba continuar para vincular el puerto de Topolobampo con la ciudad de Kansas, en el estado de Texas, Estados Unidos, y de allí vincularse con la red ferroviaria de ese país.³⁷

En estos años la compañía sufrió diverso tipo de transformaciones estructurales que hicieron más compleja su organización interna con la creación de nuevos departamentos en la medida que aumentaban el número de transacciones productivas y de distribución. Los primeros en ser atendidos fueron los aspectos productivos y tecnológicos. Desde el principio, contrataron técnicos e iniciaron la formación de personal especializado tanto en las labores de campo como en la producción de azúcar. En la USCO, una de las vicepresidencias del Consejo de Administración se destinada a dichas tareas.

³⁵ En 1926 el ingenio de Los Mochis producía 19 000 toneladas de azúcar, El Potrero (Veracruz) producía 14 3000; Atencingo (Puebla) 11 000; San Cristóbal (Veracruz) 10 700; El Dorado (Sinaloa) 9 000; La Primavera (Sinaloa), 8 000. Los restantes ingenios producían entre 3 000 y 1000 toneladas de azúcar. Carton de Grammont, H., 1990, pp. 70-71. También en Crespo, Horacio, 1988, pp. 46-48; Quintero, Filiberto L., 1978, p. 548.

³⁶ Carton de Grammont, H., 1990, p. 71

³⁷ Grijalva, Rosario, *La United...* ; Quintero, 1978, p. 561; Carton de Grammont, H., 1990, p. 71.



Fue creado un departamento de asuntos laborales y de personal con el objeto de abordar y resolver los problemas relacionados con la inestabilidad laboral que empezó a sentirse a partir de 1914, a la cual nos referiremos en el siguiente apartado. Se estructuró un departamento jurídico, compuesto por varios abogados, tanto de la región, como de la ciudad de México y de Estados Unidos. Existía, además, un departamento de ventas que tenía oficinas en varios lugares del país y de la Unión Americana.³⁸

Al enfrentar los momentos difíciles de la crisis de los finales de la década de 1920-1930, la empresa diversificó su inversión. Y a partir de principios de la siguiente década inicia una disminución sistemática del capital social, de manera que de un total de 9 874 650 dólares que tenía en 1928, cayó a 5 748 050 dólares en 1932. Para 1934 disminuyó de nuevo el capital hasta 2 625 000 dólares.

CRISIS DE LA INDUSTRIA Y RESPUESTA EMPRESARIAL

La industria azucarera atravesó por crisis periódicas, lo cual provocó que desde principios del siglo XX se impulsara la organización regional de productores con el fin de evitar el colapso definitivo de dicha industria.³⁹ En 1908, en Cu-

³⁸ El abogado que llevaba los asuntos de la empresa en Los Ángeles, California, era Jorge Vera Estañol, del cual encontramos una abundante correspondencia en el archivo de la empresa. Otro connotado abogado de la USCO, S.A. en la ciudad de México era Antonio Manero.

³⁹ Uno de los primeros intentos tuvo lugar en el estado de Morelos, donde los empresarios del ramo intentaron organizarse en la "Asociación de Productores de Azúcar y Alcohol". El Sindicato Azucarero fue constituido el 3 de enero de 1902 por los productores de Sinaloa y uno de Tepic, el cual "organizaría la venta de azúcares que elaboran las respectivas fábricas, haciendo las ventas en los estados de Sinaloa, Sonora y Territorio de Baja California por medio de agentes"

liacán, se organizó la Unión Azucarera de Sinaloa⁴⁰ con la participación de azucareros de Sinaloa, Nayarit y Colima. En 1921, los productores de los mismos estados crearon la Sonora Commission Co. Aún funcionaba esta última cuando se organizó la Compañía Comercial Comisionista para vender la producción azucarera de Puebla y Veracruz, pero fracasó en 1926. En 1928 se disolvió la Sonora Commission para reorganizarse con el nombre de Realizadora de Productos Mexicanos, que controlaba el azúcar de Sinaloa, Nayarit, Colima, Jalisco y Potrero de Veracruz. En 1929, cambió su razón social por Cía. Almacenadora y Realizadora de Azúcar, S.A., la que actuó hasta principios de 1931. Por su parte, los productores de Puebla y Veracruz habían organizado lo que llamaron Agencia de Ventas del Sur, que igualmente operó hasta principios de 1931.

Ante el aumento de la producción de azúcar, estimulada por los altos precios a partir de 1920, para los años 1929-1932 se presentó una crisis de sobreproducción, la cual se vio agravada por la depresión económica de estos años. A pesar de todos estos esfuerzos, las agrupaciones empresariales no pudieron conseguir su objetivo de salvar a la industria azucarera de la crisis. Las empresas iban a la quiebra.

En agosto de 1930 se presentaron los primeros síntomas de una severa crisis de sobreproducción azucarera que amenazaba con abatir notablemente los precios internos. “La gran crisis planteada en 1931, probablemente la mayor de toda la historia de la industria azucarera mexicana se origi-

agnes, Luis Rivas García, Mazatlán, 1902, 3 de enero, V.1, f. 1 citado por Aguilar A. Gustavo, 1993, p. 80.

⁴⁰ En 1903 se firmó un nuevo convenio por el cual se fundó la Unión Azucarera de Sinaloa. En 1908 dicha Unión la integraron: The Almadá Sugar Refineries Co. s.a., Redo y Compañía y la USCO, S.A. *Ibid.*, pp. 85 y 90.



nó en el enorme exceso de existencias del dulce que ocasionó una severa caída de los precios internos”.⁴¹

En enero de 1931 nació la Compañía Estabilizadora del Mercado del Azúcar y del Alcohol, S.A., que agrupaba a los principales empresarios del ramo, cuyo objetivo era manejar la producción de azúcar en un intento de controlar la comercialización del producto para impedir que sobreviniese un derrumbe catastrófico del precio.⁴² Esta organización no tuvo el éxito esperado y, finalmente, en septiembre de 1932, después de ser liquidada se fundó Azúcar, S.A.⁴³ Los años de 1931-1932 presenciaron el colapso del sector azucarero mexicano. Las cifras del estado de Sinaloa pueden mostrarnos la magnitud de la crisis de sobreproducción del ramo. La zafra de 1929-1930 alcanzó la cantidad de 47 857 487 kilo-

⁴¹ Crespo, *Historia...*, p. 252.

⁴² *Ibid.* Esta empresa fue la primera legalmente organizada y se la puede considerar como la antecesora de la Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A. de C. V. El capital inicial de 100 000 pesos estaba representado por mil acciones, de la siguiente manera: United Sugar Co. 100 10 000 Cía. manufacturera El Potrero 100 10 000 Ingenio San Cristóbal 100 10 000 Haciendas de Redo y Cía. 150 15,000 Ricardo Céspedes 100 10 000 Tomás de Rueda 100 10 000 Sucesores de Aguirre (Puga) 50 5 000 Harry Skipsey 50 5 000 J.R. Roane 50 5 000 Cía. Azucarera Almada 100 10,000 Ingenio Santo Domingo 50 5 000 Compañía Explotadora de Tuzamapan 20 2 000 Banco Nacional de Crédito Ejidal 30 3 000 Archivo General de Notarías. Notario número 36, Antonio Rojo. Escritura número 5048, libro 56, 6 de enero de 1931.

⁴³ Intervinieron en su fundación: el gobernador de Veracruz, general Adalberto Tejeda, Ignacio Gastélum por Los Mochis, Enrique Skypsey y el licenciado Aarón Sáenz, con la representación del Gobierno. Archivo General de Notarías, escritura, notario número 47, Manuel Borja Soriano de la Ciudad de México. Ver también Pedro Salmerón, *op. cit.* pp. 217-248; Crespo, Horacio, 1988, pp. 251-259. El 21 de agosto de 1938 Azúcar s.a. Se reorganizó bajo el nombre de Unión Nacional de Productores de Azúcar S.A. (UNPASA).

gramos de azúcar, mientras que la de 1930 fue de 64 307 031 kilogramos.⁴⁴

LA USCO, S. A. FRENTE AL DESCONTENTO LABORAL

Para estos años, esta empresa constituía el más importante núcleo obrero del norte del estado de Sinaloa. El aumento de salarios fue la demanda que motivó el primer movimiento huelguístico declarado en 1914. Dicho movimiento se alargó por sólo 24 horas. Diez años después, en 1924, se declaró la segunda huelga en el Ingenio de Los Mochis, mucho mejor organizada, dirigida por líderes mejor preparados y fogueados en las luchas sindicales. Para entonces el conjunto de los trabajadores del ingenio no se había sindicalizado aún, pero un grupo de ellos se afilió al Sindicato Industrial de Oficios Varios,⁴⁵ que ya existía en Los Mochis y estaba agrupado en la Confederación Revolucionaria Obrera Mexicana (CROM).⁴⁶

El pliego petitorio de los trabajadores incluía el reconocimiento de la organización gremial y la jornada de ocho horas. Ambas demandas fueron rechazadas por la empresa. A partir de entonces, el consejo de administración de la Unidad diseñó una política para controlar y prevenir semejantes situaciones de inconformidad laboral, que incluía la cooptación de algunos obreros, ofreciendo mejoras materiales a algunos de ellos. Para tal fin organizó la Sociedad Agrícola

⁴⁴ Gaxiola, Macario, 1931, p. 47, citado por Rivera Calvo, María E., 2001.

⁴⁵ Morett, Jorge, doc cit, p. 160; Grijalva, Rosario, *op. cit.*, p. 17; Gill, Mario, 1983, pp. 137-38.

⁴⁶ Fundada en 1919, la Confederación Regional Obrera Mexicana, de origen carrancista anarco-sindicalista, "liderada por Luis Napoleón Morones se convirtió en un instituto muy fuerte, con dos millones de laboriosos en su redil. Su fuerza en gran medida derivaba de la presidencial". González y González, Luis, 1979. XIV-56-61.



Industrial en el mismo año, entregó terrenos abiertos al cultivo, libres de renta y con agua para riego, totalmente gratuitos con la sola condición de que pertenecieran a la empresa.⁴⁷

Sin embargo, en 1928 el Sindicato Industrial de Oficios Varios, a nombre de los obreros del Ingenio entregó un pliego de peticiones que exigía la jornada de ocho horas de trabajo en toda la empresa. Esta vez contaron con la asesoría de líderes llegados de la ciudad de México.⁴⁸ El 4 de diciembre de 1929 el sindicato se lanzó a la huelga y consiguieron paralizar buena parte de la región norte del estado. La huelga fue declarada inexistente. Su éxito fue relativo.⁴⁹

La United Sugar promovió activamente la fundación de una asociación de sus trabajadores, la cual surgió el 18 de febrero de 1929 y se denominó Sindicato de Campesinos y Obreros Progresistas de Los Mochis,⁵⁰ el cual fue debidamente registrado ante la Junta de Conciliación y Arbitraje. Este sindicato obtuvo la jornada de ocho horas y absorbió al Sindicato Industrial y de Oficios Varios. La empresa, a partir de entonces, dedicó un departamento de su estructura organizativa a la atención de asuntos laborales, como lo mencionamos anteriormente.

De 1930 a 1932 la producción azucarera atravesó una situación muy crítica. La empresa se vio obligada a reducir los sueldos al personal. Celebró un convenio con los trabajadores el 14 de mayo de 1932, donde intervino el inspector general del trabajo, Bernardo M. de León, para el pago de los salarios acordados. Los trabajadores recibirían los sueldos

⁴⁷ Inclusive se creó ese año el fraccionamiento Doña Inés. *Ibid.*, pp. 18-19

⁴⁸ Llegaron de México los líderes José Jiménez Acevedo y Vidal Díaz Muñoz que trabajaron junto con los líderes locales de 1924. *Ibid.*

⁴⁹ Villaseñor Atwood, Arturo, 2001, p. 99.

⁵⁰ Después se le denominó Sindicato Fraternal de Obreros y Campesinos.

reducidos con la obligación por parte de la USCO, S.A. de que al mejorar la situación económica se pagarían los sueldos originales y en caso de tener que reducir el personal de la planta se indemnizaría a los desempleados con tres meses de salario.⁵¹

Al mismo tiempo, el Sindicato de Campesinos y Obreros (fraternal) Progresistas de Los Mochis cambió su nombre por el de Unión de Obreros y Campesinos del Norte de Sinaloa adhiriéndose a la Confederación Nacional de la Industria Azucarera. Finalmente quedó integrado en la Sección Doce del Sindicato de Trabajadores de la Industria Azucarera y Similares de la República Mexicana.⁵²

El 3 de enero de 1935, la United Sugar Companies, s.a. firmó el último contrato colectivo de trabajo de carácter local con la Unión de Obreros y Campesinos del Norte de Sinaloa, el cual estuvo vigente hasta que entró en vigor el Contrato Colectivo Obligatorio en todo el país para la Industria Azucarera.⁵³ Esto sucedió a finales del año de 1936, al promulgarse el Decreto por el cual el presidente de la república, general Lázaro Cárdenas, declaró obligatorio en todo el país dicho contrato colectivo celebrado por las dos terceras partes de los patrones y trabajadores sindicalizados de la industria azucarera, alcoholera y similares de la república mexicana.

Con tal motivo, fue necesario formular un Convenio, el día 4 de enero de 1937, con la representación sindical de la Unión de Obreros y Campesinos del norte de Sinaloa, del Sindicato de Trabajadores de la Industria Azucarera y Simi-

⁵¹ *Ibid.*, p. 20.

⁵² Así surgió la Unión de Obreros y Campesinos del Norte de Sinaloa, la cual agrupaba a 7 000 campesinos y 1 200 obreros. Gill, Mario, 1983, p. 139.

⁵³ La empresa cedió y firmó un contrato colectivo donde se reconocía la jornada de ocho horas, aumento de salarios al mínimo de 1.50 diarios, concediendo además varias prestaciones. *Ibid.*



lares de la República Mexicana y Confederación de Trabajadores de México, en el que intervino el Departamento del Trabajo para adaptar y aplicar a este ingenio el contrato Ley de la Industria Azucarera.

En el año de 1935 se empezó a ventilar la posibilidad de tramitar una solicitud de una afectación de las propiedades del ingenio, pero se pensaba en la expropiación de los campos cañeros y del ingenio. Los obreros azucareros en sus convenciones de principios de los años treinta habían pensado en la formación de cooperativas agrícolas para sembrar caña y producir azúcar. Esto significaba la integración de la industria azucarera bajo un régimen colectivo.⁵⁴ En diciembre de 1936, los problemas laborales recomenzaron y la Unión de Obreros y Campesinos del Norte de Sinaloa inició un movimiento para el que la respuesta de la empresa no se hizo esperar y rescindió los contratos a los obreros involucrados. Como resultado se celebró un convenio el 17 de diciembre de 1936, por el cual la Unión de Obreros se obligaba, entre otras cosas, a no decretar suspensiones de labores sin cubrir los requisitos que marcaba la Ley Federal del Trabajo. La empresa, a su vez, aceptó reinstalar a los trabajadores despedidos. Sin embargo, la inestabilidad y los problemas continuaron entre la empresa y las organizaciones de los trabajadores, alternándose, conflictos, suspensión de labores y despidos en consecuencia.

LA EXPROPIACIÓN, LA EMPRESA Y LA SOCIEDAD DE INTERÉS COLECTIVO AGRÍCOLA EJIDAL EMANCIPACIÓN PROLETARIA (SICAE)

Carlos Ramón García Ceceña y su asesor en esos momentos, Vicente Lombardo Toledano, propusieron formalmente

⁵⁴ Morett, Jorge, *op. cit.*, p. 185.

al presidente Lázaro Cárdenas la idea de la expropiación de la United Sugar Companies, s.a. Según el primero, Cárdenas se resistía: “No quiero expropiar más tierras, pero si no hay otro camino se expropiarán”, expresó García Ceceña que decía el presidente.⁵⁵

Siguiendo la idea anterior Cárdenas ordenó al jefe del Departamento Agrario, Gabino Vázquez, que, en compañía de un equipo de técnicos y agrónomos, realizaran un estudio integral de las tierras del valle del Río del Fuerte, lo cual tuvo lugar en febrero de 1937. Paralelamente iniciaron los trámites que establecía el Código Agrario para las solicitudes de tierras. En este proceso se constituyó la Unión de Comunidades Agrarias del Norte de Sinaloa. Todo esto culminó con la expropiación de las tierras de la USCO, S.A.⁵⁶

El 9 diciembre de 1938 se entregaron 83442 hectáreas a 4663 jefes de familia en la zona de Los Mochis. Las tierras fueron entregadas como ejido colectivo para trabajarlas, para lo cual se decidió organizarla Sociedad de Interés Colectivo Agrícola Ejidal Emancipación proletaria (SICAE) integrada por 12 ejidos.⁵⁷

Sobre este proceso un obrero de esa época comentó:

[...] después de las expropiaciones de 1938 don Lázaro Cárdenas no expropió nada ya, suspendió. Ni tierras y menos industrias. Ya nuestro propósito de expropiar la fábrica fue inútil. Ya no se integró la industria. Los obreros independientemente de los campesinos seguimos con lo de la expropiación [...]⁵⁸

⁵⁵ Entrevista oral realizada a Carlos Ramón García Ceceña en 1953, en Humphries, 1986, p. 148.

⁵⁶ Se recomienda para este tema en general ver a Schobert, Lorena, 1998, p. 80

⁵⁷ *Ibid.*, p. 149

⁵⁸ Cita de un obrero jubilado, miembro de la sección doce del SNTIARM. En Morett, Jorge, *op. cit.*, p. 186.



La empresa respondió favorablemente a la disposición del gobierno cardenista y en lugar de ceder a las demandas de los obreros, les entregó las tierras. De esta manera vieron “[...] trasmutadas sus demandas proletarias en un triunfo campesino [...]”.⁵⁹ Así, paradójicamente, se constituyó un ejido colectivo, donde los anteriores proletarios empezaron a desempeñarse como campesinos.

El 27 de septiembre de 1938 se realizó la entrega simbólica de las tierras de la United, sin embargo, al dar lectura a las condiciones de dicha entrega, según las cuales “la empresa tendría derecho de recoger las cosechas de caña por algunos años en vista de la naturaleza del cultivo; los campesinos tendrían crédito de avío y refacción de la USCO, S.A. [...]”. Lo anterior, sumado a que los futuros ejidatarios deberían pagar a la empresa cuotas de riego por usar los canales, provocó el rompimiento de las conversaciones y los líderes de los obreros decidieron viajar a ver al presidente Lázaro Cárdenas.⁶⁰

Según relató García Ceceña, en la entrevista antes citada, el Presiente acordó: En primer lugar, que la compañía únicamente levantaría una cosecha; en segundo, que el sistema de riego pasara a control de los ejidatarios, y tercero, que el crédito que se venía proporcionando a la empresa se transfería a los ejidatarios.⁶¹

Para acceder a los créditos del Banco Nacional de Crédito Ejidal era necesario que se formasen varias sociedades de crédito para operar con los nuevos ejidatarios. Fue entonces cuando Vicente Lombardo sugirió la explotación colectiva de la tierra, conformándose así, la Sociedad de Interés Colectivo Agrícola Ejidal (SICAE) Emancipación Proletaria,

⁵⁹ Gastelum, Silvia y Samuel Villela, 1980, p. 69.

⁶⁰ Humphries, Reba, 1986, p. 149.

⁶¹ *Idem.*

de R.S.⁶² Esta empezó a funcionar el 11 de febrero de 1939, dos días después de constituida formalmente. La integraron todos y cada uno de los 34 ejidos convertidos en “Sociedades locales colectivas de Crédito Ejidal que fueron favorecidos con la dotación de tierras cañeras”⁶³ de la United Sugar Companies, s.a.⁶⁴

El BNCE facilitó dinero para adquirir de la compañía aperos de labranza, semovientes, maquinaria, unidades de bombeo, los edificios de los campos cañeros, y otros instrumentos necesarios para la producción de los campos cañeros. Todo valuado en tres millones de pesos. Aparte, el banco abrió a la SICAE un crédito por dos y medio millones más pagaderos en cinco años, para adquirir nuevo equipo de trabajo. El adeudo con la compañía sería saldado en diez años.⁶⁵

En último de los casos, esta solución favorecía a la USCO. La empresa se deshacía de un añejo problema, la responsabilidad contractual ante más de cinco mil trabajadores de campo de sus sueldos y prestaciones. Los problemas de trabajo de la compañía se vieron reducidos al radio de la fábrica

⁶² Se recomienda para este tema ver a Schobert, Lorena, 1998.

⁶³ La lista completa se encuentra en diversas publicaciones. Estaban situados en los municipios de Ahome y El Fuerte, Sinaloa. Véase a *Ibid.*, p. 82.

⁶⁴ En virtud de la expropiación de los campos cañeros para dotación agraria, como consecuencia de lo cual pasaron a la SICAE se celebró un convenio el 5 de abril de 1939 con dicha sociedad, con el Banco Nacional de Crédito Ejidal, con la sección 12 Azucarera y con el Sindicato Nacional azucarero, por el cual se traspasaban a la mencionada Sociedad, integrada por los ejidatarios que prestaban sus servicios a la USCO, S.A. en los campos cañeros, al personal de los departamentos de grúas y romanas; bombas de Taxtes, Aguila y Sufragio; dragas y tractores; personal del sistema de riego; jaula, etc. Quedando separados definitivamente de la empresa, así como todos los ejidatarios de los campos cañeros que fueron favorecidos con los terrenos expropiados y que pasaron a trabajar con la SICAE.

⁶⁵ Gill, Mario, 1983, p. 150; Gastelum Silvia y Samuel Villela, 1980 p. 59.



donde laboraban solamente 1 200 trabajadores agrupados en la Sección 12 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Industria Azucarera, constituido el 8 de enero de 1937.⁶⁶

Los campesinos [hasta hace poco obreros] quedaron como peones de campo sin contrato. Sin ningún derecho de prestaciones y dependían de la empresa ya que ésta quedaba en posesión del ingenio [y seguía controlando el crédito] y los campesinos con la obligación irrenunciable de producir exclusivamente caña.⁶⁷

No se había alcanzado la meta original de conseguir la expropiación total de los bienes de la compañía, incluyendo el ingenio. Los dirigentes obreros advertían el peligro de dejar la fábrica en manos de la empresa. Como hemos visto, se había insistido ante Cárdenas, inclusive se llegó a la formulación de los estatutos de la Sociedad Cooperativa Agrícola Industrial de Los Mochis, que eventualmente manejaría el negocio azucarero de la USCO, S.A. en sus dos aspectos agrícola e industrial. A pesar de que, según relatan los participantes, Cárdenas lo veía con verdadera satisfacción, sin embargo, no lo hizo.⁶⁸

Probablemente la situación política interna y externa que se configuró nos explique dicha reacción. El 18 de marzo de 1938 se habían expropiado las empresas petroleras. En el momento de producirse la expropiación de las tierras de la USCO, finales de 1938, la coyuntura internacional para el país era muy complicada. Enfrentaba fuertes presiones de las compañías petroleras afectadas y sus gobiernos, sobre

⁶⁶ Humphries, Reba, 1986, p. 150.

⁶⁷ *Ibid.* Las anotaciones entre corchetes son de la autora.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 150.

todo de Estados Unidos. La expropiación del ingenio de la USCO, S.A. propiedad de estadounidenses, —Johnston había fallecido en marzo de 1937, pero la habían heredado su viuda, Agnes Sherwood, y su hijo Sherwood Johnston—, significaba tensar más aún tal situación. La empresa aceptó sin protestar mayormente la expropiación de las tierras, como hemos anotado seguramente le convenía y era en última instancia una decisión empresarial apropiada. La reacción de los empresarios tal vez no hubiera sido la misma si se hubiese expropiado el ingenio. “El General Cárdenas consultó con la almohada y al fin decidió dar por terminado, con lo del 18 de marzo, el ciclo de sus grandes expropiaciones antimeritistas”.⁶⁹

EPÍLOGO Y CONCLUSIÓN

Las relaciones de la SICAE con la empresa azucarera a partir de entonces fueron de proveedor-vendedor de la caña de azúcar para el ingenio de Los Mochis (el más moderno del país). Era la única vendedora y el ingenio el único comprador, lo cual se estableció mediante un “contrato de suministro compraventa avío y refacción de caña”.⁷⁰ Las habilitaciones productivas eran proporcionadas en su mayor parte por el ingenio y en menor proporción por el BNCE. El contrato respectivo era aplicado por la propia SICAE bajo la vigilancia del banco y el ingenio, con el fin de que no se desviarán los fondos proporcionados a destinos distintos a los pactados.

Los primeros años de producción colectiva, la SICAE consiguió buenos resultados: durante el ciclo 1940-1941 tuvieron la zafra más alta en la historia de la United. Se mo-

⁶⁹ Gill, Mario, 1983, p.150-151; Gastelum Silvia y Samuel Villela, 1980, p. 71.

⁷⁰ Schobert, Lorena, 1998, p. 89.



lieron 490 000 toneladas de caña, con un rendimiento de 99 kilogramos por tonelada. Esta altísima producción colocó a la empresa azucarera en primer lugar entre los ingenios de México.⁷¹ Los dirigentes de la SICAE pudieron pagar deudas y distribuir beneficios entre los agremiados.⁷² Con un capital de 12 millones de pesos, esta organización representaba una considerable fuerza política y económica en la región y en el país. Su dirigente fue nombrado por el Presidente de la república en 1944 representante de los productores de caña para negociar el nuevo precio de este producto a nivel nacional ante los secretarios de Hacienda, Agricultura y Economía.⁷³ Muy rápidamente empezaron sus dificultades, sobre todo de carácter político y de lucha por el poder regional. A éstas le siguieron las de carácter económico, productivo e interno.

Es evidente que los ejidatarios carecían de experiencia técnica y de dotes administrativas y esto se expresó en que no pudieron manejar con éxito el negocio. Probablemente, después de un tiempo, en que los campos cañeros aún tenían la inercia de los tiempos de la empresa, los resultados empezaron a ser menos exitosos y los campesinos se desesperaron. La producción bajó de una superficie sembrada de caña de 6980 hectáreas, y 4485 000 toneladas de azúcar en 1939, a lo que fue la última zafra de la SICAE en 1955 que produjo con 8932 000 hectáreas de caña sembradas y solamente 381 000 toneladas.

El gobierno hubo de reconocer el desastre y quitó la administración colectiva después de 16 años, transfiriéndola al BNCE, lo cual no mejoró la situación y, en 1956, con 7 384 has

⁷¹ Gill, Mario, 1983, p. 155.

⁷² De 1939 a 1947 el promedio de los dividendos repartidos fue de 500 mil. En estos años la SICAE no dejó de repartir utilidades y amortizar las deudas con la empresa y el gobierno. En el último año mencionado disponía de un capital de 12 millones, su deuda con la empresa era de 350 mil y con el BNCE 63 000 pesos.

⁷³ Morett, Jorge, doc. cit, p. 188.

de caña produjo 300 000 toneladas de azúcar; para 1957 empeoró la situación cuando produjo sólo 322 mil toneladas de azúcar con 7 550 hectáreas sembradas. Finalmente, los ejidos perdieron el monopolio de la producción de caña y el gobierno dispuso que los agricultores y los ejidatarios podían contratar libremente sin intermediación con el ingenio para vender su caña. Esta situación se expresó de inmediato y se produjo un aumento de la producción de azúcar a 470 000 toneladas en 1958, con 6 200 hectáreas sembradas de caña.⁷⁴

La USCO, S.A. siguió controlando el proceso productivo, y empezó a intervenir en la producción de caña a través del crédito, modificación de cultivos, sistemas de trabajo, nuevos barbechos, y otros. La producción de caña aumentó de tal manera que se hizo necesaria una nueva ampliación y mejoramiento técnico del ingenio, el cual se produjo en 1948 cuando fue introducida maquinaria para producir azúcar 100 por ciento refinada, mediante un nuevo proceso en el país. En 1946, se instaló otra caldera especial y un turbo-generador especial con condensador para producir fuerza excedente, que también permitió dar servicio la ciudad para uso doméstico y pequeñas industrias.

<i>Localidad</i>	<i>Hectáreas</i>	<i>%</i>
Sinaloa	619,105	100.0
Región	384,196	62.0
Ahome	79,886	13.0
El fuerte	107,828	17.4
Sinaloa	36,832	6.0
Guasave	33,998	5.5

⁷⁴ Grijalva, Rosario, *op. cit.*, p. 13.



<i>Localidad</i>	<i>Hectáreas</i>	<i>%</i>
Angostura	11,560	2.0
Mocorito	22,225	3.6
Culiacán	91,877	15.0

Fuente: *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Sinaloa 1935-1952*.⁷⁵

En general, el proceso de expropiaciones en el estado de Sinaloa fue tremendo. Fueron afectados los municipios de mayor potencial agrícola, localizados en los valles de los ríos más importantes del estado. Lugares de alta concentración de actividad empresarial en la agricultura de exportación, como eran las empresas productoras de azúcar, hortalizas, algodón, garbanzo y tomate. Todos ellos en conjunto soportaron la expropiación de 384 196 hectáreas, las cuales representaron 62 por ciento del total del reparto cardenista en el estado.⁷⁶

Sin lugar a duda la empresa más afectada fue la USCO, S.A. 187714, que era 30.4 por ciento de las afectaciones empresariales de la región. Otros grandes empresarios afectados fueron Blas Valenzuela, la familia Redo, los Almada y los Clouthier. El impacto de la política agraria cardenista en el campo sinaloense es sumamente discutible. Provocó un cambio institucional negativo que generó un ambiente inestable para la inversión privada en esta región. Al tiempo que significó una transformación radical en la estructura de la propiedad de la tierra, generó factores institucionales que no favorecieron la inversión posterior, tales fueron la falta de seguridad en el

⁷⁵ Cuadro tomado de *Idem*.

⁷⁶ Ver a Aguilar Soto, César Ramón, *Empresarios agrícolas y política agraria...*, p. 63. Sobre el impacto de todo este proceso en el estado de Sinaloa ver el apartado sobre "Competencia por la tierra entre el sector ejidal y sector privado a partir de 1940" en Carton de Grammont, H., 1987, pp. 118-126.

campo ante la amenaza constante de afectaciones agraria en todo el sexenio, el latente enfrentamiento entre los solicitantes de tierra, ejidatarios, comuneros y propietarios.

Indudablemente este ambiente provocó la paulatina descapitalización del campo debido a la reducción de la inversión privada y su canalización a otras áreas de la economía y del extranjero, sobre todo Estados Unidos. Lo anterior es evidente si revisamos los siguientes datos: La superficie cosechada se redujo de 130219 hectáreas anuales en los dos primeros años de gestión cardenista, a 110752 hectáreas anuales sembradas durante el periodo de 1937-1940. Los agricultores sinaloenses redujeron en 19 por ciento la superficie de cosechas de 1935 a 1940, es decir de 132893 hectáreas a 108050. Esta situación tuvo serias repercusiones en la producción total del estado de Sinaloa.⁷⁷

Otro factor importante que nos permite evaluar negativamente el impacto de la política cardenista en los empresarios agrícolas de este estado es la reducción de las exportaciones en el periodo de 1934 a 1940. El tráfico comercial por las aduanas de Mazatlán y Nogales se redujo. En la primera en 71 por ciento, de 35 a 10000 toneladas, y la segunda en 21 por ciento, de 19 a 15000 toneladas.⁷⁸ Tal era la difícil situación que se presentaba en un espacio económico que había estado marcado por el desarrollo impetuoso y ascendente de la agroindustria azucarera y la agricultura de exportación, competitiva y moderna, en los finales de la década de 1940 en la zona centro y norte del estado de Sinaloa.



⁷⁷ *Ibid.*, p. 66.

⁷⁸ Secretaría de la Economía Nacional, 1942, pp. 656, 663. Citado por Aguilar Soto, César Ramón, *op. cit.* pp. 63-64

Bibliografía



- ABASCAL, Salvador, 1935, *Acción Cívica Nacional, reglamento general*, México: s. e.
- , 1941, “Cinco años de traición a México” en *Vida contemporánea*, núm. 6, 25 de junio, México.
- , 1978, *La revolución antimexicana*, México: Tradición.
- , 1980, *Mis recuerdos, sinarquismo y colonia María Auxiliadora (1935-1944), con importantes documentos de los Archivos Nacionales de Washington*, prólogo de Salvador Borrego, México: Tradición.
- , 1982, *La Constitución de 1917, destructora de la nación, estudio histórico-crítico*, México: Tradición.
- , 1984, *Juárez marxista, 1848-1972*, México: Tradición.
- , 1988 y 1989, *Cárdenas, presidente comunista*, vol. 1, vol. 2, México: Tradición.
- , 1989, *La reconquista espiritual de Tabasco en 1938*, México: Tradición.
- ABOITES AGUILAR, Luis, 1987, *La irrigación revolucionaria*, México: SEP/ CIESAS.
- , 1991, “De Almeida a Quevedo: Lucha política en Chihuahua, 1927-1932” en *Actas del Segundo Congreso de Historia Regional Comparada 1990*, Ciudad Juárez: UACJ.
- , 1991 A, *Cuentas del reparto agrario norteño, 1920-1940*, México: Ciesas.
- , 1998, *El agua en la nación. Una historia política de México (1888-1946)*, México: Ciesas.
- ABUD, José A., 1990, *Campeche: revolución y movimiento social*, México: INEHRM-UAC.

- ACCIÓN CATÓLICA ESPAÑOLA, 1932, *Colección de encíclicas y documentos pontificios*, Madrid.
- Actas del Segundo Congreso de Historia Regional comparada 1990, 1991*, Ciudad Juárez: UACJ.
- ADLER, Ruth, 1992, *Experiments in worker participation in the administration of industry in México during the presidency of Lázaro Cárdenas*, La Trobe University.
- ÁGUILA, Marcos T., 1995, "Revolución, diplomacia y crisis: México en Montevideo, 1933", en *Fuentes Humanísticas*, vol. 6, núm. 10, México, UAM Azcapotzalco.
- , y Alberto Enríquez Perea (coords.), 1996, *Perspectivas sobre el cardenismo. Ensayos sobre economía, trabajo, política y cultura en los años treinta*, México: UAM Azcapotzalco.
- , 1997, "The Great Depression and the origins of cardenismo in Mexico. The Case of the mining sector and its workers", tesis doctoral, Universidad de Texas en Austin.
- AGUILAR A., Gustavo, 1993, *Sinaloa, la industria del azúcar*, Culiacán, Sinaloa: Difocur.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor, 1985 "Los jefes sonorenses de la Revolución Mexicana", en: Brading, 1985.
- y Lorenzo Meyer, 1992, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México: Cal y Arena.
- , 2005, *La frontera nómada. Sonora y la revolución mexicana*, México: Océano.
- AGUILAR FERREIRA, Melesio, 1974, *Los gobernadores de Michoacán*, 2a. ed., Morelia: Talleres Gráficos del Estado de Michoacán.
- AGUILAR SOTO, César, 1998, *Empresarios agrícolas y política agraria en Sinaloa, 1940-1958*, tesis de maestría, Facultad de Historia de Sinaloa.
- AGUIRRE, Teresa, 1988, "El caudillismo de nuevo cuño: El caso de Lombardo" en *Economía Informa*, núm. 169, México.
- Aguirre BERLANGA, Manuel, 1918, *Revolución y reforma*, t. I, *Génesis Legal de la revolución constitucionalista*, México: Imprenta Nacional.

- ALANÍS ENCISO, Fernando Saúl, 2000, "El gobierno de México y la repatriación de mexicanos de Estados Unidos 1934-1940", tesis de doctorado en Historia, El Colegio de México, México.
- , 2000 A, *El gobierno del general Lázaro Cárdenas 1934-1940: una visión revisionista*, México: El Colegio de San Luis.
- ALANIS PATIÑO, Emilio y E. Vargas Torres, 1945-1946, "Observaciones sobre algunas estadísticas agrícolas", en *Trimestre económico*, núm. 12.
- ALBA VEGA, Carlos (coord.), 1988, *Historia y desarrollo industrial de México*, México: Concamin.
- ALEMÁN VALDÉS, Miguel, 1977, *La verdad del petróleo en México*, México.
- , 1987, *Remembranzas y testimonios*, México: Grijalbo.
- ALMADA, Francisco R., 1952, *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses*, Chihuahua: Impresora Ruiz Sandoval.
- , 1967, *Vida, proceso y muerte de Abraham González*, México.
- , 1968, *Diccionario de historia, geografía y biografía chihuahuenses*, Chihuahua: UACH.
- , 1971, *La revolución en el estado de Sonora*, México: INEHRM-Talleres Gráficos de la Nación.
- ALMANZA, Manuel, *Historia del agrarismo del estado de Veracruz*, manuscrito inédito, 4 vols.
- ALONSO, Antonio, 1990, *El movimiento ferrocarrilero en México*, México: Ediciones Era.
- Alonso, Jorge, 1990, *En busca de la convergencia. El Partido Obrero Campesino Mexicano*, México: Ediciones de la Casa Chata/Ciesas.
- ALPEROVICH, M.S. y B. T. Rudenko, 1978, *La revolución mexicana de 1910 – 1917 y la política de los Estados Unidos*, México: Ediciones de Cultura Popular.
- ALVARADO, Salvador, 1919, *La reconstrucción de México. Un mensaje a los pueblos de América*, 3 vols., México: J. Balleescá y Cía, Sucs.
- ÁLVAREZ, Óscar, 1942, *El alma franciscana del sinarquismo mexicano*, México: UNS.



- ALVEAR Acevedo, Carlos, 1972, *Lázaro Cárdenas: El hombre y el mito*, México: Jus.
- AMBRIZ, O., G. A. León, et al., 1982, *Historia del agrarismo en Michoacán*, México: Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México.
- AMILPA, Fernando, 1948, *¿Qué es el sinarquismo?*, México: Jorge Briones.
- ANAYA, Luis, 2002, *Colapso y reforma: la integración del sistema bancario en el México revolucionario, 1913-1932*, México: Universidad Autónoma de Zacatecas – Miguel Ángel Porrúa.
- ANGUIANO, Arturo, 1975, *El estado y la política obrera del cardenismo*, México: Era.
- ANGUIANO EQUIHUA, Victoriano, 1951, *Lázaro Cárdenas: su feudo y la política nacional*, con un juicio de José Vasconcelos y prólogo de Manuel Moreno Sánchez, Madrid: Editorial Eréndira.
- ANGUIANO EQUIHUA, Victoriano, 1989, *Lázaro Cárdenas: su feudo y la política nacional*, México: Referencias, (El Libro Oculto).
- ANKERSON, Dudley, 1984, *El caudillo agrarista. Saturnino Cedillo y la revolución mexicana en San Luis Potosí*, México: Gobierno del Estado de San Luis Potosí, INEHRM y Secretaría de Gobernación.
- , 1984, *Agrarian Wuarlord: Saturnino Cedillo and the Mexican Revolution in San Luis Potosi*, Dekalb Illinois: Northern Illinois University.
- Anuario estadístico de los Estados Unidos Mexicanos*, 1942, México.
- ARBOLEYDA CASTRO, R. y L. Vázquez de León, 1978, “El colectivismo ejidal y la cuestión agraria en México: el caso de La Laguna, un estudio de antropología política”, tesis de licenciatura, ENAH, México.
- , Arboleyda Castro, Ruth, 1998, *El nacimiento del ejido moderno. La ley de ejidos de 1920*, México: Yeuetlatolli, A.C.
- ARELLANES, Anselmo, 1994, “Reforma agraria, alcances, limitaciones y respuestas. Oaxaca, 1915-1940”, tesis de doctorado en Economía, Facultad de Economía, UNAM, México.

- ARGUEDAS, Ledda, 1977, "El Movimiento de Liberación Nacional: una experiencia de la izquierda mexicana en los sesenta", en *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXIX, núm. 1, enero-marzo, México: UNAM/IIS.
- ARRAZOLA CERMEÑO, Jorge Efrén, 2003, "La oscura sombra del cardenismo en Puebla", tesis de doctorado en Ciencias Políticas, posgrado en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- ARREOLA CORTÉS, Raúl, 1995, *Lázaro Cárdenas, un revolucionario mexicano*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- ARRIAGA OCHOA, Antornio, 1938, *Organización social de los tarascos*, México: ediciones de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- ASHBY, Joe C., 1946, 1967, *Organized labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas*, Chapel Hill, N.C.: University of North Carolina.
- ASKINASY, Siegfried, 1936, *El problema agrario de Yucatán*, México: Ediciones Botas.
- AUYERO, Javier, 2002, "Clientelismo político en Argentina: doble vida y negación colectiva"; en *Perfiles Latinoamericanos*, junio, México: FLACSO.
- ÁVILA ESPINOSA, Felipe Arturo, 1991, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, México: Instituto Nacional de Estudios Histórico de la Revolución Mexicana / Instituto Cultural de Aguascalientes.
- , 2001, *Los orígenes del zapatismo*, México: El Colegio de México / UNAM.
- AVNI, Haim, 1986, *The Role of Latin America in Immigration and Rescue during the Nazi Era (1933-1945). A General Approach and Mexico as a Case Study*, Colloquium Paper, Latin American Program, Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- AZKINASY, Siegfried, 1936, *El problema agrario de Yucatán*, México: Ed. Botas.



- AZUELA, Mariano, 1969, *Epistolario y archivo*, México: UNAM, Centro de Estudios Literarios.
- , 1976, *Obras Completas*, t. III, México: FCE.
- BAILÓN, Jaime, Carlos Martínez Assad y Pablo Serrano (coords.), 2000, *El siglo de la revolución mexicana*, t. i, México: INEHRM.
- BALDERRAMA, Francisco E. y Raymond Rodríguez, 1995, *Decade of Betrayal. Mexicans Repatriated in the 1930s*, Albuquerque, New Mexico: University of New Mexico Press.
- BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, 1939, *Comercio Exterior de México*, México: Cultura.
- BANCO NACIONAL DE MÉXICO, 1978, *Examen de la situación económica de México, 1925-1976*, México: Banamex.
- BARBA, Silvano, 1956, *La lucha por la tierra*, México: Imprenta de M. Casas.
- BARONA LOBATO, Juan, 1974, *La expropiación petrolera*, México: Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano, [2 vols.], México: Secretaría de Relaciones Exteriores, (Serie documental 11-12).
- BARTHES, Roland, 1972, *Mythologies*, New York: Hill and Wang.
- BARTRA, Armando, 1985, *Los herederos de Zapata. Movimientos campesinos posrevolucionarios de México (1920-1980)*, México: Ediciones Era.
- , 1996, *Guerrero Bronco: Campesinos ciudadanos y guerrilleros en la Costa Grande*, México: Instituto de Estudios por el Desarrollo Rural Maya.
- BARZUN, Jacques, 2001, *Del amanecer a la decadencia/500 años de vida cultural en Occidente (de 1500 a nuestros días)*, Madrid: Taurus.
- BASSOLS, Narciso, 1964, *Obras*, México: FCE.
- BASURTO, Jorge, 1983, *Cárdenas y el poder sindical*, México: Era, (Serie Problemas de México).
- BATAILLE, León, 1987, *Memorias de un forastero que pronto dejó de serlo*, México 1831-1946, México: Sociedad Cooperativa.
- BATAILLON, Claude, 1971, *Villes et campagnes dans la région du Mexique*, París: Anthropos.

- BECKER, Marjorie, 1995, *Setting the Virgin on Fire*, University of California. Beezley, William W., 1973, *Insurgent Governor: Abraham González and the Mexican Revolution in Chihuahua*, Lincoln, Nebraska. Benítez, Fernando, 1977 y 1978, 1979, 1980, *Lázaro Cárdenas y la revolución mexicana*, I, II, y III-El Cardenismo, México: FCE.
- , 1979, *Entrevistas con un solo tema: Lázaro Cárdenas*, México: UNAM Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (Serie Piedra de Fundación).
- , 1987, *En torno a Lázaro Cárdenas*, México: Océano.
- , Héctor Aguilar Camín, Enrique; Krauze, Lorenzo Meyer, *et. al.*, 1990, *Se llamó Lázaro Cárdenas*. México: CERMLCAC. Grijalbo.
- BENJAMÍN, Thomas Louis, 1981, "Pasajes to Leviatán: Chiapas and the Mexican State, 1891-1947", tesis doctoral Michigan State University.
- BENSUSÁN, Graciela, 2000, *El modelo mexicano de regulación laboral*, cap. III, México: Plaza y Valdés.
- BERGER, Mark, 1898-1990 "Under Northern Eyes: Latin American Studies and us Hegemony" in *The Ameritas*, Bloomington, Indiana: University Press.
- BERNAL TAVARES, Luis, 1994, *Vicente Lombardo Toledano y Miguel Alemán: una bifurcación de la revolución mexicana*, México: UNAM.
- BETANCOURT PÉREZ, Antonio, 1979, *La Federación Sindical Independiente*; Mérida, Yuc.: Editores Carta Peninsular.
- BETETA QUINTANA, Ramón, 2001, *Frente a la Revolución Mexicana: 17 protagonistas de la etapa constructiva*, vol. II, México UAM.
- BETHELL, Leslie (ed.), 2001, *Historia de América Latina*, volumen 14.
- BLAIR, Kathryn, 1995, *A la sombra del ángel*, México.
- BLANCARTE, Roberto, (comp.), 1994, *Cultura e identidad nacional*, México: FCE-CNCA.
- BLANCO Figueroa, Francisco, *et. al.*, 1992, *Cancilleres de México*, México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- BLANCO MOHENO, Roberto, 1965, *Memorias de un reportero*, México: Libro Mex Editores.



- , 1998, *Tata Lázaro: vida, obra y muerte de Cárdenas*, México: Diana.
- BLUMENKRON, Daniel, 1943, *General de División Maximino Ávila Camacho. El hombre. El militar. El estadista*, Puebla: [el autor].
- BOKSER LIWERANT, Judit, 1993, "De exilios, migraciones y encuentros culturales" en Von Hanffstengel y Cecilia Tercero (coords), 1993.
- , y Alicia Gojman de Backal, 1999, (coords.), *Encuentro y alteridad. Vida y cultura judía en América Latina*, comp. de Hellen B. Soriano, México: FCE-Universidad Hebrea de Jerusalén, Asociación Mexicana de Amigos de la Universidad de Tel Aviv.
- BONFIL BATALLA, Guillermo, (coord.), 1993, *Simbiosis de culturas*, México: FCE.
- BORBOA LÓPEZ, Carlos Alfonso, 1997, *La industria azucarera en el valle del Fuerte 1880-1913*, tesis maestría en Historia, Facultad de Historia, maestría en Historia Regional, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán Rosales, Sinaloa.
- BÓRQUEZ, Djed (pseudónimo de Juan de Dios Bojórquez), 1925, *Calles*, 2ª edición, México D.F.: Talleres de A. Botas e Hijo.
- , 1933, *Lázaro Cárdenas. Líneas biográficas*, México: Imprenta Mundial.
- BORTZ Jeffrey, 1995, "The Genesis of Mexico's modern labor regime: The 1937-39 Cotton Textile Convention", *The Americas*, vol 52, núm. 1.
- , 1997, "Without any more law than their own caprice?: Cotton Textile workers and the challenge to factory authority during the Mexican revolution", *International Review of Social History*, vol 42, núm. 2.
- , 2000, "The legal and contractual limits to property rights in Mexican industry during the revolution" en J. Bortz y S. Haber, *The Mexican Economy 1870-1930. Essays in the economic history of institutions, revolution and growth*, Stanford University Press.

- BOYER, Christopher R., 2003, *Becoming Campesinos. Politics, Identity, and Agrarian Struggle in Postrevolutionary Michoacán, 1920-1935*, Stanford University Press.
- BRACHET-MÁRQUEZ, Viviane, 1996, *El pacto de dominación. Estado, clase y reforma social en México (1910-1995)*, México, El Colegio de México.
- BRADING, David (ed.), 1980, *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*, Cambridge: Cambridge University Press.
- , 1985, *Caudillos y campesinos en la revolución mexicana*, México: FCE.
- , 1986, *Haciendas y ranchos del bajío: 1700-1860*, México: Editorial Grijalbo.
- , 1988, *Mitos y profecía en la historia de México*, México: Ediciones Vuelta.
- BRAUDEL, Ferdinand, 1986, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid: Alianza Editorial,
- BRAVO UGARTE, José, 1995, *Historia sucinta de Michoacán*, México, Morevallado Editores.
- BREMAUNTZ, Alberto, 1940, 1943, *Educación socialista en México. (Antecedentes y fundamentos de la Reforma de 1934)*, México, D.F.
- Britton, John A., 1976, *Educación y radicalismo en México. Los años de Bassols (1931-1934)*, México: SepSetentas
- , 1976, *Educación y radicalismo en México. Los años de Cárdenas (1934-1940)*, México: SepSetentas.
- BROWN Jonathan C. and Alan Knight, 1999, *The Mexican Petroleum Industry in the Twentieth Century*, Austin: University Of Texas.
- BUCKS, Sara, 2001, "Treinta años de debates feministas: México 1923-1953", en *Sólo Historia*, núm. 11, enero-marzo.
- BUENFIL Burgos, Rosa Nidia, *Christus*, México, año 1938 en adelante.
- , y María Mercedes Ruiz Muñoz, 1997, *Antagonismo y articulación en el discurso educativo: Iglesia y Gobierno (1930-40 y 1970-93)*. México: Editorial Torres y Asociados.
- , 1982, *Cardenismo argumentación X antagonismo*, México, D.F.
- Bulmer-Thomas, Victor, 1994, *The Economic History of La-*



- tin America since Independence*, Cambridge: University Press, capítulo 9.
- , 1998, *La historia económica de América Latina desde la Independencia*, México: FCE.
- , Bulnes, Francisco, 1920, *El verdadero Díaz y la revolución*, México.
- Beuve, Raymond, 1980, "State Governors and Peasant Mobilization in Tlaxcala" en: Brading (ed.), 1980.
- , 1994, *El movimiento revolucionario en Tlaxcala*, México: Universidad Iberoamericana.
- Cabrera, Luis, 1934, *Los problemas trascendentales de México*. México: Cvltvra.
- , 1937, *Un ensayo comunista en México*, México, Polis.
- , 1986, "Balance de la revolución", en *Historia documental del Partido de la Revolución*, I-189.
- , 1961, "La reconstrucción de los ejidos de los pueblos, como medio de superar la esclavitud del jornalero mexicano, México, 1913", en Silva Herzog (ed.), 1961.
- CALDERÓN, Miguel Ángel, 1982, *El impacto de la crisis de 1929 en México*, México: FCE/SEP, SepSetentas/80.
- CALDERÓN VEGA, Luis, 1959, *Cuba 88. Memorias de la unec*, México: Talleres Linotipográficos La Espera.
- , 1963, *Cuba 88*, México: Filmax Publicistas.
- CALVERT, Peter, 1978, *La revolución mexicana (1910–1914)*, México: Ediciones el Caballito.
- CAMACHO SANDOVAL, Salvador, 1991 *Controversia educativa entre la ideología y la fe*, México: Conaculta.
- , Padilla Rangel Yolanda, 2002, *Vaivenes de utopía. Historia de la educación en Aguascalientes en el siglo XX*, t. II, México: IEA-SEP-UAA.
- CAMARILLO CARVAJAL, Ma. Teresa, 1995, "Los periodistas" en *Las publicaciones periódicas y la historia de México*, Ciclo de conferencias en el 50 aniversario de la Hemeroteca Nacional, Aurora Cano (coord.), México: UNAM-IIB.

- CAMP, Roderic Ai, 1976, *Mexican political biographies (1935-1975)*, Tucson: The Arizona University Press.
- , 1981, *La formación de un gobernante*, México: FCE.
- , Charles Hale y Josefina Z. Vázquez (eds.), 1991, *Los intelectuales y el poder en México*, México: El Colegio de México-University of California-Latin American Center Publications.
- , 1992, *Biografía de políticos mexicanos*, México: FCE.
- , 1995, *Los intelectuales y el estado en el México del siglo xx*, México, FCE.
- CAMPBELL, Hugh G., 1976, *La derecha radical en México 1929-1949*, México: Secretaría de Educación Pública, SepSetentas.
- CAMPECHE, Gobierno del Estado, *Ley electoral del estado de Campeche (1861-1943)*, fotocopias.
- CAMPOS CARBAJAL, Clemente, 2000, *Costumbres y tradiciones de algunos pueblos de los Tuxtlas*, México: Conaculta, Unidad Regional de Culturas Populares, Acayucan, Ver.
- CANO, Gabriela, 1995, "Una ciudadanía igualitaria", en *Desdeldiez*, Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, diciembre.
- CÁRDENAS, Cuauhtémoc, 1976, *Lázaro Cárdenas en Michoacán*, Morelia, Michoacán: Casa de San Nicolás.
- , et al, 1971, *Legado revolucionario de Lázaro Cárdenas*, México: B. Costa-Amic, Editor.
- Cárdenas, Dámaso, 1956, *Seis años de gobierno al servicio del pueblo. Memoria de la gestión administrativa del C. General Lázaro Cárdenas, 1950-1956*, Morelia: Gobierno del estado.
- CÁRDENAS, Enrique, 1994, *La hacienda pública y la política económica, 1929-1958*, México: FCE / El Colegio de México.
- , (comp.), 1994, *Historia económica de México*, vol. 5, México: FCE, Lecturas No. 64.
- , 1987, 1995, *La industrialización mexicana durante la Gran Depresión*, México: El Colegio de México.
- , 1996, *La política económica de México, 1950-1994*, México: FCE.



- , 1996 A, “La política económica en la época de Cárdenas” en: Marcos T. Águila y Alberto Enríquez (coords.), 1996.
- CÁRDENAS GARCÍA, Nicolás, 1998, *Empresas y trabajadores en la gran minería mexicana 1900-1929*, México: INEHRM.
- CÁRDENAS del Río, Lázaro, s.f., *Plan Sexenal*, México: PRI, Comisión Nacional Editorial, (Materiales de Cultura y Divulgación: Documentos 1).
- , 1940, *Seis años de gobierno al servicio de México (1934-1940)*, México: Secretaria de Gobernación, Departamento de Plan Sexenal.
- , 1972, 1973, 1986, *Obras. T. I, Apuntes. 1913-1940*, México: UNAM, (Nueva Biblioteca Mexicana).
- , 1974, 1976, *Epistolario*, 2 vols., México: Siglo XXI.
- , 1978, *Mensajes, discursos, declaraciones, entrevistas y otros documentos/1928-1940*, vol. 1, 1a Ed., México: Siglo XXI.
- , 1978-1979, *Palabras y documentos públicos. Informes de gobierno y mensajes presidenciales de año nuevo, 1928-19940*, presentación de Francisco Martínez de la Vega, ed. y recopilación de documentos de Elena Vázquez Gómez y Domingo Alonso, 3 vols., México: Siglo XXI.
- , 1984, *Ideario político*, selec. y presentación de Leonel Durán, 38 ed., México: Ediciones Era, S.A., (Serie Popular Era núm. 17).
- , 1986, *Apuntes para una semblanza espiritual*, prefacio de Gastón Cantú, introd. de Cuauhtémoc Cárdenas, 4 t, México: UNAM.
- CARR, Barry, 1981, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, México: Editorial Era, (Problemas de México).
- , 1989 “El pc y la movilización en La Laguna, 1920-1940: ¿Una alianza obrero-campesina?”, en: *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio, núm. 2.
- , 1992, *Marxism and Communism in 20th Century Mexico*, University of Nebraska Press, y en varios números de *El Machete Ilegal*.

- CARRANZA CASTRO, Jesús, 1977, *Origen, destino y legado de Carranza*, México: Costa Amic.
- CARREÑO, Gloria, 1993, *Pasaporte a la esperanza*, México: Kehilá Ashkenazí.
- CARRERAS DE VELASCO, Mercedes, 1974, *Los mexicanos que devolvió la crisis 1929-1932*, 1a. ed., México: Secretaría de Relaciones Exteriores, (Archivo Histórico Diplomático Mexicano).
- CARRILLO, Alejandro, 1944, *Genealogía política del sinarquismo y de Acción Nacional*, México: s.e.
- CARTON DE GRAMMONT, Hubert, 1987, "La formación de la burguesía agrícola y su proceso de organización gremial en el Estado de Sinaloa: 1893-1984", tesis doctorado en Sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México D.F.
- , 1990, *Los empresarios agrícolas y el estado*, México: IISUNAM.
- CASTAÑEDA, Jorge, 1995, *Obras completas. III. Política exterior y cuestiones internacionales*, México: El Colegio de México/ser.
- CASTAÑEDA, Rocío, 1995, *Irrigación y reforma agraria: las comunidades de riego del Valle de Santa Rosalía, Chihuahua 1920-1945*, México: CIESAS-CNA.
- CASTELLÓN FONSECA, Francisco J., 1991, "Reparto agrario en Nayarit (1934-1938)", en *Estudios Jaliscienses*, Guadalajara: Centro de Estudios Jaliscienses, mayo 1991.
- CASTRO CANCIO, Jorge de, 1939, *Historia patria*, México, Editorial Águilas, S.A.
- CASTILLO, Heberto, 1974, *Cárdenas, el hombre*, México: Hombre Nuevo.
- CASTILLO, J. Jesús, 1988, *Janacua. Paracho durante la revolución. Estampas y relatos, 1890-1930*, México: Balsal Editores.
- CASTILLO NÁJERA, Francisco, 1936, *Una voz de México en el extranjero*, México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- , 1949, *El petróleo en la industria moderna. Las compañías petroleras y los gobiernos de México*, México: Cámara Nacional de la Industria de la Transformación.



- CEBALLOS R., Manuel y Miguel Romero S., J., 1992, *Cien años de presencia y ausencia social cristiana 1891-1991*, México: IMDOSOC.
- CELIS, LOURDES, 1988, *La industria petrolera en México. Una crónica*, t. I México: Pemex.
- CENTRO DE ESTUDIOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA LÁZARO CÁRDENAS A.C., 1995, *Se llamó Lázaro Cárdenas*, México: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas A.C. y Grijalbo.
- , 1995 A, *XVII Jornadas de Historia de Occidente Lázaro Cárdenas en las regiones*, Jiquilpan, Michoacán: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas,
- CERUTTI, Mario, 2000, *Propietarios, empresarios y empresa en el norte de México*.
- CERVANTES AGUIRRE, José Trinidad, 1987, *Personajes y estampas de la lucha sinarquista*, México, UNS.
- CHÁVEZ OROZCO, Luis, 1934, *Historia patria*, México: Talleres de la Editorial Patria.
- CHÉVALIER, Francois, "Ejido et stabilité au Mexique", en: *Revue Francaise des Sciences Sociales et Politiques*, agosto de 1966.
- , 1956, "La formación de los grandes latifundios en México". "Tierra y Sociedad en los siglos XVI y XVII", en: PAIM, México, núm. I, vol. VIII.
- , 1978, "Un factor decisivo de la revolución agraria de México. El levantamiento de Zapata", en: Varios autores, 1978.
- CHIHU Amparán, Aquiles, *Sociología de la identidad*, México: Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Civilismo y modernización del autoritarismo. Historia de la Revolución Mexicana, 1940-1952*, México: El Colegio de México, 1979.
- CLINE, Howard F., 1968 (1953), *The United States and Mexico*, New York: Athenum.
- COCKCROFT, James D., 1996, "El maestro de primaria en la revolución mexicana" en Josefina Vázquez, 1996.

- COLMENERO, Sergio, 1975, "El Movimiento de Liberación Nacional, la Central Campesina Independiente y Cárdenas" en *Estudios Políticos*, vol. II, núm. 2 julio-septiembre, México: UNAM.
- Compendio estadístico, 1941, Secretaría de la Economía Nacional, México: Secretaría de la Economía Nacional / Dirección General de Estadística.
- CONAPO, 1999, *La situación demográfica de México, 1999*, México.
- CONCAMIN, 1970, *La confederación de cámaras industriales de los Estados Unidos Mexicanos a través de los informes anuales rendidos por sus presidentes a las asambleas generales ordinarias, 1919-1969*, 2 tomos, México: Concamin.
- CONFEDERACIÓN DE CÁMARAS DE COMERCIO E INDUSTRIA, 1940, *Análisis económico nacional 1934-40*, 2a. ed., México.
- Connotaciones, 1981, México: El Caballito.
- CONTRERAS, Ariel José, 1977, 1985, *México 1940. Industrialización y crisis política*, México: Siglo xxi, (Sociología y política).
- CONTRERAS VALDEZ, José Mario, 2001, *Reparto de tierras en Nayarit, 1916-1940: Un proceso de ruptura y continuidad*, México: INEHRM-Universidad Autónoma de Nayarit.
- COPARMEX, 1936, *Recopilación de escritos y declaraciones de las agrupaciones patronales con motivo del Proyecto de Ley de Expropiación*, México: octubre.
- CÓRDOVA, Arnaldo, 1972, 1991, *La formación del poder político en México*, México: Era.
- , 1974, 1979, *La política de masas del cardenismo*, México: Era.
- , 1980, *En una época de crisis, 1928-1934*, México: Siglo XXI, colección La clase obrera en la historia de México.
- , 1989, "Los maestros rurales durante el cardenismo" en *La revolución y el Estado en México*, México: Era.
- , 1992, "Revolución burguesa y política de masas", en *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México: Nueva Imagen.
- , 1995, 1996, *La revolución en crisis. La aventura del maximato*, México: Cal y Arena.



- CORNELIUS, Wayne A., 2001, "La eficacia de la compra y coacción del voto en las elecciones mexicanas del 2000", en *Perfiles Latinoamericanos*, México: FLACSO.
- CORONA, Gustavo, 1975, *Lázaro Cárdenas y la expropiación petrolera en México*, México: Talleres de Impresiones Tipográficas.
- CORREA, Eduardo J., 1941, *El balance del cardenismo*, México: Talleres Linotipográficos Acción.
- , 1991, *El Partido Católico Nacional y sus directores*, México: FCE, (inédito de 1914).
- CORROCHANO, David H., 2002, "El clientelismo posmoderno", en *Perfiles Latinoamericanos*, México: FLACSO.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel, 1972, *El sistema político mexicano. Las posibilidades de cambio*, México: Joaquín Mortiz.
- , 1975, *La sucesión presidencial*, México: Editorial Joaquín Mortiz.
- , 1982, (coord.), *Historia general de México*, México: Colegio de México.
- CRESPO, Horacio, et al., 1988, *Historia del azúcar en México*, México: FCE / Azúcar, S.A.
- CUMBERLAND, Charles C., 1993, *La revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México: FCE.
- Datos biográficos sobre el general Eugenio Zúñiga y sobre el coronel Nicolás, del mismo apellido*, 1964, Guadalajara: s.e.
- DE LA PEÑA, Moisés T., 1938, *La administración obrera de los Ferrocarriles Nacionales*, folleto núm. 000142 localizado en CEMOS.
- , 1964, *El hombre y su tierra. Mito y realidad de la reforma agraria en México*, México: Cuadernos Americanos.
- DE LA VEGA, Anne-Marie, 1975, *Histoire du mouvement sinarquiste, 1934-1954, contribution a l'histoire du Mexique contemporain*, vol. 1, París: Thèse de III Cycle, inédita.
- DE MARIA Y CAMPOS, Armando, 1939, *Música, crónica biográfica*, México: Cía. de Ediciones Populares.

- DEL ARENAL FENOCHIO, Jaime, 2002, "La historiografía conservadoramexicana del siglo XX", en *Metapolítica*, (México, D.F.): núm. 22, vol. 6, marzo-abril.
- DEL VALLE, Roman y Rosario Segura, 1989, "La huelga de 57", *México Económico 1928-1930. Anuario estadístico*, México: Oficina de Estudios Económicos de los Ferrocarriles Nacionales de México.
- DESDELDIEZ, Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana, 1985, Lázaro Cárdenas, Jiquilpan.
- Después de los latifundios (La desintegración de la gran propiedad agraria en México)*, 1982, México: El Colegio de Michoacán-FONAPAS/Michoacán.
- Diario de los Debates*, XXXVI Legislatura, Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, tomo I, México.
- Diario de los debates del Congreso Constituyente de 1916-1917*, 1922, Publicado bajo la dirección de Fernando Romero García. México: Imprenta de la Cámara de Diputados, 2 Vols. Vol. 1, p. 710-12.
- Diario de los Debates de la Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos*, 1937, XXXVII Legislatura, viernes 24 de diciembre, tomo I, No. 38, México.
- Diario de los Debates de la H. Cámara de Diputados 1916-1994*, IV Legislatura, México: Comité de Biblioteca, Disco 1, México.
- DIÁVOLO, Fra, *La rebelión de los ángeles o el sinarquismo*, León, Guanajuato: s.e., s.f.
- DÍAZ ESCOBAR, Alfredo, 1948, *Yo se los dije... el peligro sinarquista*, México: s.e.
- DÍAZ FUENTES, Daniel, 1994, *Crisis y cambios estructurales en América Latina. Argentina, Brasil y México durante el periodo de entre-guerras*, México: FCE.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 1995, 6ª ed., 4 vol., México: Editorial Porrúa.
- DIRK RAAT, W., 1993, *Los revoltosos. Rebeldes mexicanos en los Estados Unidos, 1903-1923*, México: FCE.



- Documentos históricos de la revolución mexicana*, véase: Fabela y J.E. de Fabela.
- DOMÍNGUEZ, Olivia (coord.), 1996, *Agraristas y agrarismo*, México: Gobierno del estado de Veracruz-Consejo Consultivo de la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del Estado de Veracruz.
- DORANTES, Alma, 1993, *El conflicto universitario en Guadalajara*.
———, México: Secretaria de Cultura del Gobierno de Jalisco-INAH.
- DULLES, John W.F., 1967, *Yesterday in México: A Chronicle of the Revolution, 1919-1936*, Austin: University of Texas.
———, 1977, *Ayer en México, una crónica de la revolución, 1919-1936*, México: FCE.
- DURÁN, Leonel, 1972, 1976, *Lázaro Cárdenas. Ideario político*, México: Era.
- DUSSEL, Enrique, 1986, *Los últimos 50 años (1930-1985) en la historia de la Iglesia en América Latina*, Colombia: Indo-American Press Service-Editores.
- ECHAVARRÍA, Esperanza, 2000, *El dorado, Un pueblo contra su nombre*, Culiacán Rosales, Sinaloa, *La Crónica de Culiacán*, Colección Dixit.
- ECKSTEIN, Salomón, 1966, 1972, 1978, *El ejido colectivo en México*, México: FCE.
- EICHENGREEN, Barry, 1992, *Golden Fetters, The Old Standard and Great Depression, 1919-1939*, New York: Oxford University Press.
- El Maestro Rural*, Órgano de la Secretaria de Educación Pública para los maestros rurales, años de 1934, 1935 y 1936, México: Secretaría de Educación Pública.
- El Sinarquista*, 1939, (México, D.F.): 12 de diciembre.
———, 1939 A, (México, D.F.): año 1, núm. 28, 17 de agosto.
———, 1940, (México, D.F.): año 2, núm. 91, 16 de noviembre.
———, 1940 A, (México, D.F.): 22 de agosto.
———, 1940 B, (México, D.F.): año 2, núm. 88, 3 de octubre.

- , 1941, (México, D.F.): año 3, núm. 112, 10 de abril.
- ELÍAS CALLES, Plutarco, 1932, *Partes de la campaña en Sonora, rendidospor el general Plutarco Elías Calles al C. General Álvaro Obregón*, México: Talleres Gráficos de la Nación.
- , 1993, *Correspondencia personal (1919-1945)*, México: Gobierno del estado de Sonora; Instituto Sonorense de Cultura, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torre-blanca; FCE.
- Enciclopedia de México*, 1978, “Gertrudis G. Sánchez”, en t. XI.
- ESCÁRCEGA LÓPEZ, Everardo (coord.), 1990 A, *Historia de la cuestión agraria mexicana*, vol. 5. *El Cardenismo: Un parteaguas histórico en el proceso agrario*, México: Siglo XXI y CEHAM.
- , 1990 B, “El principio de la Reforma Agraria”, en *Historia de la cuestión agraria mexicana*, vol. 5.
- ESCOBAR OHMSTEDTE, Antonio y Teresa Rojas (coords.), 2001, *Estructuras y formas agrarias en México, del pasado al presente*, México: CIESAS-RAN-UQROO.
- , 1998, “La Huasteca Veracruzana a través de la Comisión Agraria Mixta” en *Memorial. Boletín del Archivo General del estado de Veracruz*, No. 2, México.
- , *et. al.*, 1998 A, *Estudios campesinos en el Archivo General Agrario*, México: CIESAS-RAN.
- ESCOBAR TOLEDO, Saúl, 1990, “El cardenismo más allá del reparto” en *Historia de la cuestión agraria*, vol. 5.
- ESTRADA, Antonio, 1961, *Rescoldo: los últimos cristeros*, México: Jus.
- ESTUDIOS DE HISTORIA MODERNA Y CONTEMPORÁNEA DE MÉXICO, 1992, vol. XIV, (México, D.F.): IHH-UNAM. *Exilio español en México, 1939-1982*, 1982, México: FCE.
- FABELA y J.E. de Fabela, editores 1960-1976 *Documentos históricos de la revolución mexicana*, 27 vols., México.
- FABELA, Isidro, 1947, *Cartas al presidente Cárdenas*, México: s.e. [Offset Altamira].
- , 1994, *Buena y mala vecindad*, Toluca, Edo. de México: Instituto Mexiquense de Cultura.



- , 1994 A, *Cartas al presidente Cárdenas/ La política internacional del presidente Cárdenas*, Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura.
- FABILA, Alonso, 1940, *Las tribus yaquis de Sonora*, México: Departamento de Asuntos Indígenas.
- FABILA, Manuel, 1941, *Cinco siglos de legislación agraria en México*, México: Banco Nacional de Crédito Agrícola
- FAGEN W., Patricia, 1973, *Exiles and citizens Spanish republicans in Mexico*, Austin: University of Texas.
- , 1975, *Transterrados y ciudadanos. Los republicanos españoles en México*. México: FCE, (Sección de Obras de Historia).
- FALCÓN V., Romana Gloria y Soledad García Morales, 1977, *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)*, México: El Colegio de México.
- , 1978, “El surgimiento del agrarismo cardenista. Una visión de las tesis populistas”, en: *Historia Mexicana*, núm. 117, enero-marzo.
- , 1984, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*. México: El Colegio de México, (Centro de Estudios Históricos).
- , 1986, *La semilla en el surco. Adalberto Tejeda y el radicalismo en Veracruz, 1883-1960*, México: El Colegio de México-Gobierno del estado de Veracruz.
- , 1996, *Las rasgaduras de la descolonización*, México: El Colegio de México.
- FÉLIX LARA, Rosa Amelia, 1993, “Los Redo: una familia empresarial (1870-1920)”, tesis, de licenciatura en Historia, Facultad de Historia, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán Rosales, Sinaloa.
- FERNÁNDEZ BOYOLI, Manuel y Eustaquio Marrón de Angelis, 1938, *Lo que no se sabe de la rebelión cedillista*, México: s.e.
- FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Fátima, 1993, *Los medios de difusión masiva en México*, México: Juan Pablos Editor.
- FLORES, Oscar, 1989, “La Cámara Nacional de Comercio durante el constitucionalismo” en Jacobo, Luna y Tirado, 1989.

- FLORES MAGÓN, Ricardo, 1984, *Epistolario y textos*, prólogo, ordenación y notas de Manuel González Ramírez, México: FCE.
- , y otros, 1991, *Regeneración, 1900-1918. La corriente más radical de la revolución mexicana de 1910 a través de su periódico de combate*, prólogo, selección y notas de Armando Bartra, México: Ediciones Era.
- , 1995, *El sueño alternativo*, compilación y estudio introductorio de Fernando Zertuche Muñoz, México: FCE. Florescano, Enrique, 1975, *Haciendas, Latifundios y Plantaciones en América Latina*, México: Siglo XXI.
- , (coord.), 1995, *Mitos mexicanos*, México: Editorial Aguilar.
- FOGLIO MIRAMONTES, Fernando, 1935, *Geografía agrícola y económica del estado de Michoacán*, 4 vol., México: Cvltrva.
- FOIX, Pere, 1947, 1971, *Cárdenas*, México: Editorial latinoamericana.
- , 1947 A, *Cárdenas, su actuación, su país*, México: Ediciones Fronda.
- , 1976, *Cárdenas*, 4a. edición, México: Editorial Trillas.
- FOWLER SALAMINI, Heather, 1979, *Movilización campesina en Veracruz (1920-1938)*, México: Siglo XXI.
- FREEMAN SMITH, Robert, 1973, *Los Estados Unidos y el Nacionalismo Revolucionario en México 1916-1932*, México: Editorial Extemporáneos.
- FRIEDRICH, Paul, 1981, *Revolución agraria en una aldea mexicana*, México: Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México / FCE.
- , 1986, *The Princess of Naranja*, Austin: Texas University Press.
- FRITSHER, Magda, 1989, *Estado y campo: Echeverría frente a la crisis*, México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- FUENTE, Carmen de la, 1996, *Lázaro Cárdenas, palabra de hombre*, México: Praxis.
- FUENTES DÍAZ, Vicente, 1951, *El problema ferrocarrilero de México*, México: Edición del autor.
- FUENTES MARES, José, 1976, *Monterrey, una ciudad creadora y sus capitales*, México: Jus.



- GALEANO, Eduardo, 1999, *Las venas abiertas de América Latina*, México: Siglo XXI.
- GALÍNDEZ, Jesús de, 1999, *La era de Trujillo*, Santo Domingo: Letra Gráfica.
- GALL, Olivia, 1996, "Cardenismo y democracia: los hombres, las ideas, las leyes, las posibilidades, los límites" en: Marcos T. Águila y Alberto Enríquez (coords.) 1996.
- GALVÁN Luz Elena, 1985, *Los maestros y la educación pública en México*. México: Ciesas.
- , 1989, 1991, *Soledad compartida. Una historia de maestros, 1908-1910*, México: Ciesas.
- GAMIO, Manuel, *Hacia un México nuevo. Problemas sociales*, México: INI, s/f.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio, 1985, *Resistencia y utopía*, vol. 2., México: Era.
- GARCÍA TÉLLEZ, Ignacio, 1935, *Socialización de la cultura*, México: D. F.
- , 1975, *Ideología y praxis de Lázaro Cárdenas*, México: Siglo XXI.
- GARCÍA UGARTE, Martha Eugenia, 1992, *Hacendados y Rancheros queretanos: 1780-1920*. México: Conaculta.
- , 1997, *Génesis del porvenir. Sociedad y política en Querétaro(1913-1940)*, México: FCE.
- , 1999, *Liberalismo e Iglesia Católica*, México: Instituto de Doctrina Social Católica.
- GARCIADIEGO, Javier, 1974. *La revuelta de Agua Prieta*, México: UNAM, FCPYS.
- , 1975, *La vida política en México 1917-1920*, México: Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.
- , 1977, *Actores y regiones en el proceso bélico de la revolución mexicana*, Salamanca, España: Universidad de Salamanca.
- , 1981, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución movimientos reaccionarios en México, 1914-1920*, México: Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

- , 1996, *Porfiristas eminentes*, México: Breve Fondo Editorial.
- , 1996 A, *Rudos contra científicos la Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México: Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.
- GARNER, Paul, 2001, *Porfirio Díaz*, London: Longman Group (Power Profiles Series).
- GARRIDO, Luis Javier, 1982, 1986, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo estado en México (1928-1945)*. México: Siglo XXI.
- GARZA CAVAZOS, Juan Idalia, 2001, “La educación socialista en Nuevo León, 1934-1940. La atmósfera regiomontana”, tesis de maestría en Historia, México: uia.
- GASTELUM, Silvia y Samuel Villela Flores, 1980, “Acumulación originaria, lucha proletaria y colectividad ejidal en Sinaloa. El caso de la sicae”, en *Ciencia y Universidad*, Revista De Ciencias y Humanidades de la uas, año IV, núm. 11, enero.
- GAXIOLA, Macario, 1931, *Informe de gobierno que rinde ante la XXXIV Legislatura local correspondiente al periodo al periodo de septiembre de 1930 al 15 de septiembre de 1931*, Culiacán, Sinaloa: Imprenta del Gobierno del estado.
- GINZBERG, Eitan, 1996, *Lázaro Cárdenas. Gobernador de Michoacán (1928-1932)*, México: El Colegio de Michoacán.
- GILBERT, Joseph M., 1982, *Revolution from Without: Yucatán, México and United State, 1880-1924*, Cambridge.
- , 1991, “El caciquismo y la revolución: Carrillo Puerto en Yucatán”, en Brading, 1985
- , 1992, *Revolución desde afuera: Yucatán, México y Estados Unidos, 1880-1924*, México: FCE.
- GILL, Mario, 1944, *El sinarquismo: su origen, su esencia, su misión*, 2ª ed., México: Editorial Olin.
- , 1970, *La década bárbara*, México: s.e.
- , 1983, *La conquista del Valle del Fuerte*, Culiacán, Sinaloa: Universidad Autónoma de Sinaloa, Instituto de Investigaciones de Ciencias y Humanidades.



- GILLY, Adolfo, 1978, *La revolución interrumpida*, México: Ediciones El Caballito.
- , (coord.), 1989, *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, México: Era.
- , 1993, “La revolución mexicana”, en, *México un pueblo en la historia*, t. III, México: Alianza Editorial.
- , 1994, “La guerra de clases en la revolución mexicana. (Revolución permanente y auto-organización de masas).” *Interpretaciones de la revolución mexicana*. México: Nueva Imagen.
- , 1994 A, 1995, *El cardenismo, una utopía mexicana*, México: Cal y Arena.
- , 1997, *Tres imágenes del general*, México: Taurus. (en coautoría con Cuauhtémoc Cárdenas).
- , 2001, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México: Ediciones Era.
- GLANTZ, Susana, 1974, *El ejido colectivo de Nueva Italia*, México: SEP/ INAH.
- GLEDHILL, John, 1993, *Casi nada. Capitalismo, estado y los campesinos de Guaracha*, Zamora: El Colegio de Michoacán.
- GLEIZER SALZMAN, Daniela, 2000, *México frente a la inmigración de refugiados judíos: 1934-1940*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia-Fundación Cultural Eduardo Cohen.
- GOJMAN DE BACKAL, Alicia (coord.), 1990, *Testimonios de historia oral. Judíos en México*, México: Universidad Hebrea de Jerusalén, Asociación de Amigos de la Universidad Hebrea de Jerusalén.
- , 1990 A, “Entrevista a Nicolás Backal”, en *Testimonios de historia oral...*
- , 1990 B, “Entrevista a Jacobo Landau”, en *Testimonios de historia oral...*
- , 1999, *Camisas, escudos y desfiles militares: Los Dorados y el antisemitismo en México, 1934-1940*, México: FCE-UNAM.
- GÓMEZ GALVARRIATO, Aurora, 1999, “The Impact of Revolution: Business and labor in the Mexican textile industry, Orizaba, Veracruz, 1910-1930”, tesis doctoral, Harvard University.

- GÓMEZ-JARA, Francisco A., 1981, *El movimiento campesino en México*, México: SRA-CEHAM, (1ª. Edición 1970).
- GÓMEZ, Marte R., 1964, *La reforma agraria de México. Su crisis durante el periodo, 1928-1934*. México: Porrúa.
- GÓMEZ MONT Y URRETA, María Teresa, 1995, "Manuel Gómez Morín, rector de la Universidad Nacional (1933-1934)", tesis de maestría, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.
- , 1996, *Manuel Gómez Morín. La lucha por la libertad de cátedra*, México: UNAM.
- GÓMEZ ROBLEDOS, Antonio, 1947, *Anacleto González Flores, el maestro*, México: Jus.
- GÓMEZ ZEPEDA, Luis, 1979, *Sucesos y remembranzas*, México: Secapsa.
- GONZALBO, Pilar, 2001, *Familias iberoamericanas. Historia, identidad y conflictos*, México: El Colegio de México.
- GONZALES, Michael J., 2002, *The Mexican Revolution 1910-1940*, Albuquerque: University of New Mexico Press.
- GONZÁLEZ APARICIO, E., 1937, *El problema agrario y el crédito rural en México*, México: Imprenta Mundial.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, (coord.), 1981, *América Latina: Historia de medio siglo*, volumen 2, *Centroamérica, México y el Caribe*, México: Siglo XXI / Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, 1978, "Conferencia sustentada en el Centro de Estudios de la Revolución Mexicana 'Lázaro Cárdenas'" en: *Lázaro Cárdenas. Ambiente y obra*. Morelia: Fimax Publicista.
- , 1979, 1997 A, 1981 A, *Los artífices del cardenismo*, en *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-1940*, t. XIV.
- , 1979 B, 1997 B, 1981 B, 1982, *Los días del presidente Cárdenas*, en *Historia de la Revolución Mexicana, 1934-40*. t. XV.
- , 1980, *Michoacán*, Fonapas, México.
- , 1980 A, "El match Cárdenas-Calles o la afirmación del presidencialismo mexicano", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, México: El Colegio de Michoacán, núm. 1 vol. 1.



- , 1997 B, *La ronda de las generaciones*, vol. VI, México: Ed. Clío, (1ª. Ed. 1984).
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, 1977, *La CNC. Un grupo de presión en la reforma agraria mexicana*. México: UNAM.
- , 1984 “La obra social de Cárdenas”, en: *Historia Mexicana*, octubre-diciembre núm. 134, México: El Colegio de México.
- , 1985, *La CNC en la Reforma Agraria Mexicana*, México: Ed. El Día.
- González Ramírez, Manuel, 1944, *Planes políticos y otros documentos*, tomos XXIX y XXX, en Peral, 1944.
- , 1956, *La huelga de Cananea*, México: Ed. Biblioteca del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- , 1974, *La revolución social de México*, México: FCE.
- GONZÁLEZ ROA, Fernando, 1975, *El problema ferrocarrilero y la campaña de los Ferrocarriles Nacionales de México*, México: Liga de Economistas Revolucionarios de la República Mexicana, A.C.
- GONZÁLEZ RUIZ, Edgar, 2002, *Los Abascal, conservadores a ultranza*, México: Grijalbo. *Gran Historia de México Ilustrada*, 2001, México: Planeta-conaculta-INAH.
- GRANADOS CHAPA, Miguel Ángel, 1980, *Excélsior y otros temas de comunicación*, México: Ediciones el Caballito.
- , 1984, *La banca nuestra de cada día*, 3ª edición, México: Océano.
- Grieb, Kenneth J., 1969, *The United States and Huerta*, Lincoln, USA: Nebraska University.
- , 1971, “Standard Oil and the Financing of the Mexican Revolution”, *California Historical Society Quarterly*, vol. xi, núm. 1, march.
- GRIJALVA, Rosario, *La United Sugar Companies, s.a.*; s/p/i.
- GROUP ROMERO, José, 1933, *Lázaro Cárdenas. Su niñez y juventud hasta la época actual a través de mis recuerdos*, México: Imprenta América.
- GRUENING, Ernest Henry, 1928, 1951, *Mexico and its Heritage*, New York / London: Century Co.

- GUDIÑO, Ma. Rosa, *et.al.*, 1999, *Estudios campesinos en el Archivo General Agrario*, México: CIESAS-RAN.
- GUERRERO, Práxedis, 1977, *Artículos de combate*, México: Ediciones Antorcha.
- GUERRERO MILLER, Alma Yolanda, 1991, *Cuesta abajo. Declinación de trescaciques huastecos revolucionarios: Cedillo, Santos, Peláez*, México: Universidad Autónoma de Tamaulipas-Porrúa.
- GUERRERO MONDRAGÓN, Aleida, 2003, "El pensamiento económico en la etapa de definición del estado interventor" México: UNAM, Facultad de Economía, inédito.
- GUERRERO TARQUÍN, Alfredo, 1987, *Memorias de un agrarista. Pasajes de la vida de un hombre y de toda una región del estado de Guanajuato (1913-1938)*, t. II, México: INAH.
- GUEVARA NIEBLA, Gilberto, 1985, 1998, *La educación socialista en México (1934-1945)*, México: SEP Consejo Nacional de Fomento Educativo.
- , 1999, *La educación socialista en México (1934-1945)*, México: SEP-Caballito.
- GUHA, Ranahit (ed.), 1996, *Subaltern Studies I. Writings on South Asian History and Society*, Oxford: University Press, Delhi.
- , 1996 A, "On Some Aspects of the Historiography of Colonial India" en *Subaltern Studies I*.
- GUTELMAN, Michel, 1971, *Capitalismo y reforma agraria en México*, México: Era.
- GUTIÉRREZ CASILLAS, José, 1984, *Historia de la Iglesia en México*, México, Editorial Porrúa, S. A.
- GUTIÉRREZ, Ángel, *et al.*, 1984, *La cuestión agraria: revolución y contrarrevolución en Michoacán*, Morelia, Michoacán: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Coordinación de la División de Ciencias y Humanidades, Departamento de Investigaciones Históricas.
- , 1994, *Lázaro Cárdenas, 1895-1970*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.



- , 1995, *Cuba en el pensamiento de Lázaro Cárdenas*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Universidad de La Habana.
- GUZMÁN A., José Napoleón, 1982, *Michoacán y la inversión extranjera, 1880-1911*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Departamento de Investigaciones Históricas.
- GUZMÁN García, Luis, 1990, *Tendencias eclesiásticas y crisis en los años ochenta. (La iglesia católica en las coyunturas políticas nacional y alteña)*, México: CIESAS.
- GUZMÁN, Martín Luis, 1951, *Memorias de Pancho Villa*, México: Compañía General de Ediciones.
- HABER, Stephen, 1989, *Industry and Underdevelopment: The industrialization of Mexico, 1890-1940*, Stanford University Press.
- , 1992, *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940*, México: Alianza Editorial.
- HALEY, P.E., 1970, *Revolution and intervention. The Diplomacy of Taft and Wilson with Mexico, 1910-1917*, Cambridge.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (editor), 1990, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza Editorial.
- HAMILTON, Nora, 1983, *México: los límites de la autonomía del Estado*, México: Era.
- HAMNETT, Bryan, 1994, *Juárez, United Kingdom*, Longman Group (Power Profiles Series)
- HARRISON PLENN, Jaime, 1939, *México Marches*, Nueva York, The Bobbs Merrill.
- HELLER, Agnes, 1991, *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona: Península.
- HERNÁNDEZ, Manuel Diego, 1982, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo*, Jiquilpan: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", A.C.
- HERNÁNDEZ, Osvaldo L., s.p.i., *El petróleo en México, las luchas sindicales, la formación del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana y la Expropiación Petrolera*.

- HERNÁNDEZ ALONSO, Juan José, 1996, *Los Estados Unidos de América. Historia y cultura*, Salamanca: Ediciones Colegio de España.
- HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia, 1979, 1981, *La mecánica cardenista*, en *Historia de la Revolución Mexicana, período 1934-1940*, t. XVI.
- , y Manuel Miño Grijalva, (coords.), 1991, *Cincuenta años de historia en México*, México: El Colegio de México.
- HERNÁNDEZ DÍAZ, Jaime, 1980, "Política agraria en Michoacán (1890-1928)", tesis presentada en la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, Aúrea, 2001, "La muerte de Rubén Jaramillo y la paranoia anticomunista del régimen de López Mateos, 1960-1963", tesis de maestría, Universidad Autónoma del estado de Morelos.
- HERNÁNDEZ PADILLA, Salvador, 1988, *El magonismo: historia de una pasión libertaria, 1900-1922*, México: Ediciones Era.
- HERNÁNDEZ SILVA, Héctor Cuauhtémoc, 1996, *Insurgencia y autonomía. Historia de los pueblos yaquis: 1821-1910*, México: CIESAS-INI.
- HERRERA CANALES, Inés, 1998, *La minería mexicana. De la Colonia al siglo XX*, México: Colmex.
- HERRERA, Hayden, 1983, *Frida: A biography of Frida Kalko*.
- HINTZE, *Diario*, 26 julio 1914.
- Historia de la alfabetización y de la educación de adultos en México*, México. *Historia de la Revolución mexicana*, México: El Colegio de México. *Historia de México*, 2001. Colaboradores: Timothy Anna, Jan Bazant, Friedrich Katz, John Womack Jr., Jean Meyer, Alan Knight y Peter H. Smith, Barcelona: Ed. Crítica.
- Historia documental del Partido de la Revolución*, 1981, vol., 3, 1982 vol., 6, México: PRI-Instituto de Capacitación Política.
- Historia General de Centro América*, 1993, tomo V, Madrid: Comunidad Económica Europea/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Historia general de Michoacán*, 1989, t. IV, Morelia: Gobierno del estado de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura.



- HOBBSAWM, Eric, 1989, *The Age of Empire 1875-1914*, New York: Vintage Books.
- HOFFMAN, Abraham, 1974, *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression Repatriation Pressures 1929-1939*. Tucson: The University of Arizona Press.
- HOOKS, Margaret, 1993, *Tina Modotti, Photographer and Revolutionary*.
- HONIGMANN, Georg, 1973, *El ciudadano Hearst*, tr. Juan A. Hernández Valdés, México: Presencia Latinoamericana.
- HUGH, Campbell, 1976, *La derecha radical en México 1929-1949*, México: Secretaría de Educación Pública, SepSetentas 276.
- HUMPHRIES, Reba, 1986, *Los Mochis. historia oral de una ciudad*, Los Mochis, Sinaloa: Editorial Universidad de Occidente. Hurtado, Javier, 1993, *Familias, política y parentesco. Jalisco, 1919-1991*, México: FCE y Universidad de Guadalajara.
- IANNI, Octavio, 1977, *El estado capitalista en la época de Cárdenas*, México: Editorial Era.
- IBARRA DE ANDA, Fortino, 1934, *El periodismo en México*, México: Imprenta Mundial.
- ILLADES AGUILAR, Lilián, 1993, *La rebelión de Tomóchic, 1891-1892*, México D.F., Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Informe de la Comisión de Estudios de la Comarca Lagunera*, 1930, México: Editorial de la cultura.
- Informe que rinde el C. General de Brigada Maximino Ávila Camacho, gobernador constitucional del estado libre y soberano de la Puebla, antela H. XXXII Legislatura, en su primer año de administración*, 1938, Puebla: La Enseñanza.
- INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL, 1989, *Formadores de la enseñanza técnica en México: Gonzalo Vázquez Vela*, México.
- “Interrogatorio que hace el general Pelagio Rodríguez al ingeniero Salvador Alcaraz Romero, acerca de los hechos históricos y su contestación”, en *Oikión*, Verónica, 1992, Apéndice documental 2.
- ITURBIDE, Eduardo, 1941, *Mi paso por la vida*, Cvltvra.

- IZÁBAL, Rafael, 1907, *Memoria de la administración pública del estado de Sonora durante el período constitucional de 1903 a 1907*, Imprenta Oficial a cargo de G. Monteverde, Hermosillo.
- JACKSON, Gabriel, 1985, *La república española y la guerra civil 1931-1939*, Barcelona: Ediciones Orbis, S.A.
- JACOBO, Edmundo, Matilde Luna y Ricardo Tirado, 1989, *Empresarios de México*, México: Universidad de Guadalajara.
- JACOBS, Ian, 1991, "Rancheros de Guerrero: los hermanos Figueroa y la revolución" en Brading 1985.
- JACQUETTE, Jane. 1994, *The Women's Movement in Latin America. Participation and Democracy*. Boulder, Westview Press.
- JARQUÍN ORTEGA, Ma. Teresa, coord., 1996, *Isidro Fabela. Pensador, político y humanista (1882-1964)*, Zinacantepec: El Colegio Mexiquense/Instituto Mexiquense de Cultura.
- JOSEPH, Gilbert M and Daniel Nugent (eds.), 1994, *Everyday Forms of State Formation – Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*, Duke University Press, Durham.
- JUÁREZ GONZÁLEZ, Leticia, 1983, "La organización empresarial en México durante el cardenismo: implicaciones internas e internacionales" tesis de licenciatura en Relaciones Internacionales, Fac. de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- , 1991, "Una década en la organización y participación empresarial 1928-1938" en Pozas y Luna, 1991.
- JURGEN MULLER, 1995, "El NSDAP historia y recepciones 1931-1940" en *Revista de Estudios disciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 6 núm. 2 (América Latina y la Segunda Guerra Mundial), Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv.
- KATZ, Friedrich, 1982, *La guerra secreta en México*, vols. I y II, México: Era.
- , (editor), 1989, *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*, Princeton Press.
- , (editor), 1990, *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México del siglo XIV al siglo XX*, México: Era.



- , 1998, *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford University Press, Stanford.
- , 1999, *Imágenes de Pancho Villa*, México: Era.
- , 2001, “La restauración de la república y el porfiriato”, en *Historia de México*, 2001.
- , 2002, *Itinerario de una pasión*, México: Plaza y Valdés.
- , 2004. *De Díaz a Madero*, México: Era.
- KATZ, Isaac M, 1999, *La Constitución y el desarrollo económico de México*. México: Ediciones Cal y Arena.
- KING, Robin, 1989, “La propuesta mexicana de una moratoria continental: Lecciones de los años 30 y contraste con los años 80”, en *Historia mexicana*.
- KLUCKHOHN, Frank L., 1939, *The Mexican Challenge*, Nueva York.
- KNIGHT, Alan, 1986, *The Mexican Revolution*, Cambridge: The Cambridge University Press.
- , 1986 A, *La revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional. Contrarrevolución y reconstrucción*, vol. II México: Grijalbo.
- , 1988, *The politics of the expropriation*, Austin: Department of History and The University of Texas.
- , 1990, *The Mexican Revolution: Counter-Revolution and Reconstruction*, University of Nebraska Print.
- , 1991, “Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1917” en Brading, 1985.
- , 1991 A, “Land and society in revolutionary Mexico: the destruction of the great haciendas”, en: *Mexican Studies/Estudios/ Mexicanos*, vol. 7, núm. 1, invierno.
- , 1993, “State Power and Political Stability in Mexico”, en *México Dilemmas of Transition*.
- , 1994 A, “Cardenismo: Juggernaut or Jalopy?” en *Journal of American Studies*, 26, Cambridge University Press.
- , 1994 B, “Popular Culture and Revolutionary State in Mexico, 1910-1940”, en *Hispanic American Historical Review*, 73/3, 1994.

- , 2000, “Cultura política y caciquismo”, en *Letras Libres*, México.
- KRAUZE, Enrique, *Caras de la historia*, México: Joaquín Mortiz.
- , 1987, 1992, *Lázaro Cárdenas, general misionero*, Investigación iconográfica de Aurelio de los Reyes, México: FCE, (Serie Biografía del poder, núm. 8).
- , 1987 A, *Francisco I. Madero, místico de la libertad.*, México, FCE. (Biografías del poder, núm. 2).
- , 1987 B, *Venustiano Carranza. Presidente entre siglos*, México: FCE. (Biografías del poder, núm. 5).
- , 1995. *Siglo de caudillos biografía política de México, 1810-1910*, Barcelona: Tusquets.
- , 1997, *La presidencia imperial*, México: Tusquets.
- , 1999, *Caudillos culturales en la revolución mexicana*, México: Tusquets.
- , 1999 A, *Mexicanos eminentes*, México: Tusquets.
- La cuestión petrolera mexicana. El punto de vista del Ejecutivo Federal*, 1919, México: Talleres Gráficos de la Nación.
- La educación pública en México, 1o. diciembre de 1934 a noviembre 30 de 1940, 1941*, México: SEP.
- La Secretaría de Hacienda y las convenciones bancarias 1934-1981*, 1981, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México: Dirección General de Comunicación.
- LABORDE, Hernán, 1952, “Cárdenas, reformador agrario”, en PAIM, México: vol. iv, núm. 1.
- LAJOUS, Roberta, 1990, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, t. iv, México: Senado de la República.
- LAJOUS, Alejandra, 1985, *Los partidos políticos en México*, México: Premiá Editores.
- , 1979, *Los orígenes del partido único en México*, México: UNAM.
- LANZ CÁRDENAS, José Trinidad, 1982, *Legislación de aguas en México*, México: Consejo Editorial del Gobierno del estado de Tabasco.



- Las relaciones internacionales de México, 1935-1956 (a través de los mensajes presidenciales)*, 1957, Secretaría de Relaciones Exteriores, prol. Luis Padilla Nervo, México.
- LEDIT, Joseph, 1955, *El frente de los pobres*, México: Ediciones Spes.
- León, Ignacio, 1941, "Quién es Salvador Abascal: el sinarquismo y su líder", en *Hoy*, (México, DF.): 22 de noviembre.
- LEÓN, Samuel e Ignacio Marván, 1985, *En el cardenismo (1934-1940)*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, (Colección La Clase Obrera en la Historia de México).
- LEÓN DE PALACIOS, Ana María y Miguel Palacios Beltrán, 1985, "Francisco J. Múgica: agrarista del constitucionalismo", en *General. Francisco J. Múgica. Agrarista / Educado*. México, Gobierno del Estado de Michoacán.
- LERNER, Victoria, 1979, 1982, "La educación socialista", en *Historia de la revolución mexicana. Periodo 1934-1940*.
- , 1989, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México: UNAM.
- LEWIS, Oscar, 1975, *Antropología de la pobreza*, México: FCE.
- LIDA, Clara E., 1988, *La Casa de España en México*, México: El Colegio de México.
- , (comp), 1994, *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos xix y xx*, Madrid: Alianza Editorial.
- , 1997, *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, México: Siglo xx.
- , (comp.) 2001, *España y México durante el primer franquismo, 1939-1950. Rupturas formales, relaciones oficiosas*, México: El Colegio de México.
- LINK, Arthur S., 1956, *Wilson, the New Freedom*, Princeton.
- LINZ, Juan J., 2000, *Totalitarian and Authoritarian Regimes*, London: Lynnerienn Ed. Publisher. Boulder.
- LOAEZA, Soledad, 1982, *Lombardismo y sindicatos en América Latina*, México: Ediciones Nueva Sociología.

- , 1983, “Conservar es hacer patria (la derecha y el conservadurismo mexicano en el siglo xx)”, en *Nexos*, (México, D.F.): año VI, vol. 6, núm. 64, abril.
- , 1998, *Clases medias y política en México*, México: El Colegio de México.
- , 1999, *El Partido Acción Nacional: La larga marcha 1939-1994: oposición leal y partido de protesta*, México: FCE.
- , 2002, “Cárdenas y la democracia”, *Nexos*, núm. 285, septiembre.
- LOMBARDO, Irma, 1981, “La pipsa en sus orígenes” en *Connotaciones*.
- LOMBARDO TOLEDANO, Vicente, 1935, *La doctrina socialista y su interpretación en el artículo 3°. Cuatro conferencias pronunciadas con motivo de la reforma del Artículo 3° de la Constitución de la República*, México: Ed. Futuro.
- , 1941, *¿Educación científica o educación sinarquista?*, México: s. e.
- , 1998, *La revolución mexicana, 1921-1967*, 2 vols., México: INEHRM.
- LÓPEZ CÁRDENAS, Fernando, 1938, *Los revolucionarios contra la revolución*, México: Ed. Botas.
- LÓPEZ MAYA, Roberto, 1980, *Ciudad Hidalgo*, Morelia: Gobierno del estado de Michoacán, (Monografías Municipales).
- LÓPEZ PARDO, Gustavo, 1997, *La administración obrera de los Ferrocarriles Nacionales de México*, México: UNAM-Ediciones El Caballito. López Portillo, Felicitas, 2002, “México y Cuba durante los años 30: un panorama diplomático”, en Muñoz, 2002, *México y el Caribe...*
- Los Derechos del Pueblo Mexicano, México a través de sus Constituciones*, vol. 5, “Antecedentes y evolución de los Artículos 28-36”, 2000, México: Miguel Ángel Porrúa Editores.
- Los maestros y la cultura nacional, 1920-1952*, 1987, vol. 2, México: SEP.
- Los Maestros y la cultura nacional, 1987-1989*, 5 vols., México: SEP-Museo Nacional de Culturas Populares.



- Los presidentes de México ante la nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966* 1966. México: xlv Legislatura de la Cámara de Diputados.
- Los presidentes de México. Discursos políticos, 1910-1988*, 1988, México: Presidencia de la República-El Colegio de México.
- LOYO, Engracia, 1985, *La casa del pueblo y el maestro rural mexicano*, (Antología), México: SEP.
- , 1991, “La difusión del marxismo y la educación socialista en México, 1930-1940”, en Hernández Chávez, 1991, vol. 2.
- LOYO, Martha B., 1998, “Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del ejército 1917-1931”, tesis de doctorado en Historia, FFYL-UNAM, México.
- LOYOLA, Rafael (coord.), 1990, *Entre la guerra y la estabilidad política. El México de los 40*, México: Grijalbo-Conaculta.
- LUNA Lujano, Benjamín, 1997, “Origen del Ingenio Rosales y su impacto en la región (1945-1980)”, tesis de maestría en Historia Regional, Facultad de Historia, Universidad Autónoma de Sinaloa.
- MACIAS, Ana, 1982, *Against All Odds. The Feminist Movement in Mexico to 1940*. Westport Conn: Greenwood Press.
- Macias Richard, Carlos, 1975, *Vida y Temperamento, Plutarco Elías Calles 1877-1920*, México: FCE, ISC, FAPECT.
- MACIEL, Carlos, 1990, *El Movimiento de Liberación Nacional: vicisitudes y aspiraciones*, Sinaloa, México: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- MACOUZET NORIEGA, Ricardo, 1979, “Las relaciones económicas entre México y los Estados Unidos durante la segunda guerra mundial. Consecuencias económicas de la colaboración mexicana al esfuerzo de la guerra”, tesis de licenciatura en relaciones internacionales, El Colegio de México, México.
- MADERO, Francisco I., [s. a.], *La sucesión presidencial en 1910*, México: Editorial Época.

- MADISSON, Angus, 1992, *La economía mundial en el siglo XX, rendimiento y política en Asia, América Latina, la urss y los países de la ocde*, México: FCE.
- MAGAÑA, Gildardo, 1934-1937, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 2 vols., México.
- MAGARIÑOS, Mateo, 1991, *Diálogos con Raúl Prebisch*, México: FCE.
- MALDONADO GALLARDO, Alejo, *Agrarismo y poder político: 1917-1940. Cuatro ensayos sobre el problema de la tierra en Michoacán*, Morelia: Centro de Investigaciones Multidisciplinarias de la Escuela de Historia de la Universidad Michoacana, s.f.
- MANCISIDOR, José, 1977, *Historia de la revolución mexicana*, México: Editores Unidos Mexicanos.
- MANJARREZ, Froylán y Ortiz Hernán, Gustavo, 1933, *Lázaro Cárdenas. 1. Soldado de la Revolución. 2. Gobernante. 3. Político nacional*, México: Patria.
- , 1993, *La pluma y las palabras*. México: Ed. Nacional.
- MARÍÑEZ, Pablo, 2002, “La política exterior de la República Dominicana: solidarias relaciones diplomáticas con México” en Muñoz, 2002, *México y el Caribe...*
- MARION, O. M., 1988, *El agrarismo en Chiapas (1524-1940)*. México: INAH.
- MARKIEWIKS, Dana, 1980, “Ejido Organization in México, 1934-1976”, Los Ángeles: UCLA, reproducido en Enrique Cárdenas (comp.), 1994.
- MÁRQUEZ MORFÍ, Lourdes, 1988, “Los republicanos españoles en 1939: política, inmigración y hostilidad”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 458, agosto.
- MARTE, R. H. K., 1939, *An Eye-witness of México*, Londres.
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos, (coord.), 1981, *La sucesión presidencial en México, Coyuntura electoral y cambio político*, México: Editorial Nueva Imagen.
- , Pozas Horcasitas, Ricardo y Mario Ramírez Rancaño, 1982, *Revolucionarios fueron todos*, México: FCE.



- , 1986, *Los lunes rojos (La educación racionalista en México)*, México, D. F.: SEP.
- , (coord.), 1988, *Estadistas, caciques y caudillos*, México: UNAM.
- , 1990, *Los rebeldes vencidos, Cedillo contra el Estado cardenista*, México: IISUNAM/FCE.
- , 1993, “Los campesinos desde el cardenismo”, en: *Revista Eslabones*, México: julio-diciembre, núm.6.
- MARTÍNEZ NAVA, Juan Manuel, 1984, *Conflicto Estado-empresarios en los gobiernos de Cárdenas, López Mateos y Echeverría*, México: Nueva Imagen.
- MARTÍNEZ ORTEGA, Judith, 1959, *La Isla (y tres cuentos)*, México: UNAM, Dirección General de Publicaciones.
- MASON HART, John, 1992, *El México revolucionario. Gestación y procesode la Revolución Mexicana*, México: Alianza Editorial Mexicana.
- MASTRETTA, Ángeles, 1986, *Arráncame la vida*, México: Océano.
- MATESANZ, José Antonio, 1978, *México y la República Española. Antología de documentos, 1931-1977*, México: Centro Republicano Español de México.
- , 1995, “México ante la guerra civil española 1936-1939”, tesis para optar al grado de doctor en Historia, El Colegio de México. Centro de Estudios Históricos.
- , 1999, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936- 1939*, México: El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mayer, Arno, 1983, *La persistanse de l’Ancien Régime-L’Europe de 1848 à la Grande Guerre*, París: Flammarion, 1983.
- , 1984, *La persistencia del antiguo régimen*, España: Alianza Editorial.
- MAYNES, Mary Jo, Ann Walter, Brigitte Soland, Ulrique Strasser, eds., 1996, *Kinship. Gender Power: a Comparative and Interdisciplinary History*, London-New York: Routledge Eds.

- MAYTORENA, José María, 1919, *Algunas verdades sobre el general Obregón*, Los Ángeles, California.
- MCBRIDE, George Mc Cutchen, 1951, "Los sistemas de propiedad rural en México", en: PAIM, México: julio septiembre, vol. III, núm. 3.
- MEDIN, Tzvi, 1972, 1975, 1979, 1980, 1982, 1990, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*. México: Siglo XXI.
- , 1991, *El minimato presidencial: historia política del Maximato (1928-1935)*.
- MEDINA PEÑA, Luis, 1978, *Historia de la revolución mexicana 1940-1952. Del cardenismo al avilacamachismo*, núm. 18, México: El Colegio de México.
- , 1979, *Civilismo y modernización del autoritarismo. Historia de la revolución mexicana, 1940-1952*, México: El Colegio de México.
- , 2000, *Hacia el nuevo Estado. México 1920-1994*. México: FCE.
- Memoria de labores*, 1934/35, 1935/36, 1936/37, 1937/38, 1938/39, 1939/40, Secretaría de Gobernación, México: Segob / Talleres Gráficos de la Nación. *Memoria de labores. De agosto de 1926 a julio de 1927*, México: Secretaría de Educación Pública.
- Memoria de la Secretaría de Educación Pública de septiembre 1936 a agosto de 1937*, 1937, México: Secretaría de Educación Pública.
- , septiembre 1939 - agosto 1940, México: Secretaría de Educación Pública.
- , septiembre 1940 - agosto 1941, México: Secretaría de Educación Pública.
- , 1941, vol. 1, México: Secretaría de Educación Pública.
- , septiembre 1942 - agosto 1943, México: Secretaría de Educación Pública. *Memoria de la Secretaría de Gobernación, septiembre de 1936 a agosto de 1937*, 1936-37, México: Secretaría de Gobernación.
- Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores 1934/1935, y 1935/1936*, 1939, México: Depto. Autónomo de Prensa y Publicaciones.



- , [s.e.], 1941, 1942, 1943, México: Depto. Autónomo de Prensa y Publicaciones. *Memoria del estado que guarda la educación pública en México*. 1939, México: SEP.
- Memoria que comprende el período del 1° de agosto de 1929 al 30 de julio de 1930*, 1930, México: Secretaría de Gobernación, Talleres Gráficos de la Nación.
- Memoria relativa al estado que guarda el ramo de educación pública al 31 de agosto de 1930*, 1930, México: SEP. *Memoria relativa al estado que guarda el ramo de Educación Pública el 31 de agosto de 1933*, 1933, t. II, México: Talleres Gráficos de la Nación.
- MÉNDEZ REYES, Jesús, 2001, "La creación del sistema financiero mexicano (1903-1936). La Comisión Monetaria. Fuentes para su estudio" en: *Boletín Archivo General de la Nación*, Cuarta Serie, núm. 14, otoño.
- MENDIETA Y NÚÑEZ, Lucio, 1971, *El problema agrario en México*, México: Porrúa.
- , 1977, *El crédito agrario mexicano*. México: Porrúa.
- MENDOZA, EZEQUIEL, 1990, *Testimonio cristero*, México: Jus.
- MENDOZA, Héctor, Eulalia Ribera y Pere Sunyer (eds.), 2002, *La integración del territorio en una idea de Estado. México y España, 1820-1940*, México: Instituto de Geografía (UNAM)-Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora-Agencia Española de Cooperación Internacional.
- MENDOZA, Salvador, 1921, *La primera sentencia de la Suprema Corte en los asuntos del petróleo*, México: Imprenta Politécnica. Mendoza Cornejo, Alfredo, 1988, *La reforma universitaria de 1933*, México: Universidad de Guadalajara.
- MENESES MORALES, Ernesto, et al., 1988, *Tendencias educativas oficiales en México, 1934-1964*. México: Centro de Estudios Educativos y Universidad Iberoamericana.
- MESA, Manuel, 1946, "El problema agrario mexicano", en: PAIM. *Metapolítica*, 2002, (México, D.F.): núm. 22, vol. 6, marzo-abril. *Mexican Life*, 1943, "The Enigma of Sinarquim", junio, México. *México, Cincuenta años de revolución III. La política*, 1961, México: FCE. Comi-

sión Nacional de Irrigación, 1940, *La obra de la Comisión Nacional de Irrigación*, México. *México Dilemmas of Transition*, 1993, London: The Institute of Latin American Studies, University of London and British Academic Press.

México en la obra de Octavio Paz, 1987, t. I, México: FCE.

MEYER, C., Michael, 1967, *Mexican Rebel: Pascual Orozco and the Mexican Revolution in Chihuahua*, Lincoln: Nebraska.

MEYER, Jean, 1979, *El sinarquismo ¿un fascismo mexicano?*, México: Editorial Joaquín Mortiz, S. A.

———, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, 1981, *Historia de la Revolución Mexicana, 1924-1928*, tomo XI, Estado y Sociedad con Calles, México: El Colegio de México.

———, 1981 A, “La Segunda (cristiada) en Michoacán” en Miranda (ed.), 1981.

———, 1989, “Historia del reparto agrario en Nayarit 1915- 1934”, en *Revista Mexicana de Sociología*, IIS/UNAM.

———, 1990, *Cincuenta años de radicalismo: La iglesia católica, la derecha y la izquierda en América Latina*. México: IMDOSOC.

———, 1974, 1995, *La cristiada*. 14a. edición, México: Siglo XXI.

———, 2003, *El sinarquismo, el cardenismo y la Iglesia, 1937-1947*, México: Editorial Tusquets, (Colección tiempo y memoria)

———, 2004, *La revolución mexicana*, México: Tusquets editores.

MEYER, Lorenzo, 1968, 1972, 1985, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, México: Colmex.

———, 1971, “Los límites de la política cardenista: la presión interna” *Revista de la Universidad de México*, mayo, México.

———, Rafael Segovia, Alejandra Lajous, 1978, 1980, *Historia de la revolución mexicana 1928-1934*, tomo 12, “Los inicios de la institucionalización”; tomo 13, El conflicto social y los gobiernos del maximato, México: El Colegio de México.

———, 1991, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, t. VI, México: Senado de la República.

———, 1991 A, *Su majestad británica contra la revolución mexicana, 1900-1950. El fin de un imperio informal*, México: Colmex.



- , 2000, “Los caciques ayer, hoy mañana”, en *Letras Libres*, diciembre. México.
- MEYER, Michael and Sherman, William, 1987, *The Course of Mexican History*, The Oxford University Press.
- MEYERS, William K., 1966, *Forja del progreso, crisol de la revuelta. Los orígenes de la revolución mexicana en la comarca lagunera, 1880-1911*. México: INEHRM.
- MICHELS, Albert L., 1966, “El nacionalismo conservador mexicano, desde la revolución hasta 1940”, en *Historia mexicana*, oct.-dic.
- , 1970, “The Crisis of Cardenism”, en *Journal of Latin American Studies*, II, mayo.
- , 1971, “Las elecciones de 1940”, en *Historia mexicana*. vol. XXI, núm. 1.
- , 1979, *Mexican Politics and Nationalism from Calles to Cárdenas*, Ann Arbor, Mich.: University of California.
- MIDDLEBROOK, Kevin J., 1995, *The Paradox of Revolution. Labor, the state, and authoritarianism in Mexico*, Baltimore: John Hopkins University Press.
- MIJANGOS DÍAZ, Eduardo, 1997, *La revolución y el poder político en Michoacán*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- MILLÁN NAVA, Jesús, 1968, *La revolución maderista en el estado de Guerrero y la revolución constitucionalista en Michoacán. Así como los relatos de los acontecimientos más discutidos y apasionantes registrados en ambos estados (Apuntes para la historia)*, 2ª edición, edición del autor.
- MILLÁN VERNA, Carleton, 1939, *México Reborn*, Boston: Houghton Mufflin Co.
- MIRANDA, Francisco (ed.), 1981, *La cultura puré, II Coloquio de Antropología e historia regionales, fuentes e historia, 14 al 16 de agosto de 1980*, Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán, Fonapas.
- Misión de Luis I. Rodríguez en Francia, la protección de los refugiados españoles, julio a diciembre 1940*. Prólogo de Rafael Segovia y

- Fernando Serrano, 2000, México: El Colegio de México–Secretaría de Relaciones Exteriores–Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- MOLINA, Silvia, 1990, *Imagen de Héctor*, México: Cal y Arena.
- MOLINA ENRIQUEZ, Andrés, 1985, *Los grandes problemas nacionales*, México.
- MONDRAGÓN, Magdalena, 1966, *Cuando la revolución se cortó las alas (intento de una biografía del general Francisco J. Múgica)*, México: B. Costa-Amic Editor.
- MONROY HUITRON, Guadalupe, 1985, *Política educativa de la revolución 1910-1940*. México: SEP.
- MONSIVÁIS, Carlos, 1988, “Notas sobre cultura mexicana en el siglo XX”, en Cosío Villegas (coord.) 1982.
- , 2000, *Aires de familia/Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona: Anagrama.
- MONTES DE OCA NAVAS, Elvia, 1998, *La educación socialista en el Estado de México 1934-1940. Una historia olvidada*, México: El Colegio Mexiquense.
- MURÍA, José María, (coord.), 1982, *Historia de Jalisco*, Guadalajara: UNED.
- MONTEMAYOR HERNÁNDEZ, Andrés, 1971, *Historia de Monterrey*, Monterrey: Asociación de editores y libreros de Monterrey.
- MORA ORTIZ, Gonzalo, 1950, *El Banco Nacional de Comercio Exterior*, México: Ruta.
- MORALES, Daniel, 1942, *América habla*, México: La Nacional.
- Morán Quiroz, Rodolfo, (comp.), 1990, *La política y el cielo. Movimientos religiosos en el México contemporáneo*, Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara, (Colección fin de milenio).
- MORENO GARCÍA, Heriberto, 1980, *Guaracha, Tiempos viejos, tiempos nuevos*, México: fonapas-Michoacán y El Colegio de Michoacán.
- , (coord.), 1982, *Después de los latifundios*, México: El Colegio de Michoacán/ Fonapas.
- MORETT, Jorge y Luisa Paré, “La pequeña Rusia. (Las luchas de los trabajadores azucareros de Los Mochis, Sinaloa, 1924-1942”)



- encontrado en el Fondo Histórico Regional de la Universidad de Occidente.
- MÚGICA, Francisco J., 1963, "Un episodio en la vida del general don Francisco J. Múgica", presentación de Judith Muñoz, *El Legionario*, vol. XIII, núm. 146, México: 30 de abril.
- , 1997, *Estos mis apuntes*, prólogo, edición y notas de Anna-Ribera Carbó, México: Conaculta Dirección General de Publicaciones, (Memorias Mexicanas).
- MÚGICA MARTÍNEZ, Jesús, 1982, *La Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo. Apuntes acerca de la evolución social y política en Michoacán*, México: eddisa.
- MUÑOZ, Hilda, 1975, *Lázaro Cárdenas*, México: FCE.
- MUÑOZ, Laura, 2000, "El Caribe de entreguerras en la correspondencia consular mexicana" en Rodríguez, Rosario, 2000.
- , 2002, *México y el Caribe. Vínculos, intereses, región*, t. 2, México: AMEC-Instituto Mora-Conacyt.
- , 2002 A, "¿De la diplomacia de principios a la diplomacia pragmática? La política mexicana en el Caribe a lo largo de dos siglos", en *Caribbean Studies*, volumen 30, número 2, diciembre.
- , 2002 B, "El Caribe en la diplomacia y la política mexicanas. Percepciones seculares" en *México y el Caribe...*
- NATHAN, Paul, 1955, "México en la época de Cárdenas", México: *Problemas Agrícolas e Industriales de México. (PAIM)*, vol. VII, núm. 3, julio/septiembre.
- NAVA, Carmen, 1984, *Ideología del partido de la revolución mexicana*, México: Centro de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas A. C."
- NAVA Hernández, Eduardo, 2002, "El cardenismo en Michoacán (1910-1990)", tesis para optar por el grado de doctor en Ciencia Política, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, México: UNAM.

- NEGRETE, Marta Elena, 1988, *Relaciones entre la Iglesia y el Estado de México, 1930-1940*, México: El Colegio de México-Universidad Iberoamericana.
- Nexos, 1983, (México, D.F.): año VI, vol. 6, núm. 64, abril.
- NEYMET, Marcela de, 1981, *Cronología del Partido Comunista Mexicano, primera parte, 1919-1939*, México: Ediciones de Cultura Popular.
- NIBLO, Stephen R., 1995, *War, Diplomacy, and development, The United States and México, 1938-1954*, Wilmington: Scholarly resources.
- , 1999, *México in the 1940s. Modernity, Politics, and Corruption*, Wilmington: Scholarly DE: Resources Inc.
- NORIEGA, Raúl, 1941, *El imperialismo, el totalitarismo y los países jóvenes. México ante la guerra mundial. El sinarquismo y la salud de la patria*, México: El Nacional (Cuadernos de Orientación Popular).
- NOVO, Salvador, 1954, 1964, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, comp. y notas de José Emilio Pacheco, México: Empresas Editoriales, S. A.
- , 1994, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México: INAH/Conaculta. *Nuestra Constitución*, 1990, México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- OBREGÓN, Álvaro, 1959, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México: FCE.
- , 1983, "Miguel de la trinidad Regalado y la lucha por la tierra", separata de *Relaciones, Estudios de Historia y Sociedad*, revista de El Colegio de Michoacán, vol. IV, núm. 15, Zamora, verano.
- OCHOA CAMPOS, Moisés, 1968, *Reseña histórica del periodismo mexicano*, edición conmemorativa del tricentenario del nacimiento de nuestro primer periodista, México: Porrúa.
- OCHOA SERRANO, Álvaro, s.f., "Jiquilpan de Juárez", en *Pueblos, villas y ciudades de Michoacán*, México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.



- , 1993 “La revolución llega a Michoacán.1910-1915”, en *Historia general de Michoacán. El siglo xx*, vol. IV.
- , 1995, con la colaboración de Martín Sánchez, *Repertorio Michoacano, 1889-1926*, Zamora: El Colegio de Michoacán.
- , 1997, *Afrodescendientes sobre piel canela*, México: Gobierno del Estado de Michoacán/ El Colegio de Michoacán.
- OIKIÓN SOLANO, Verónica, 1992, *El constitucionalismo en Michoacán. El período de los gobiernos militares (1914-1917)*, México: Conaculta.
- , 2002, *El Movimiento de Liberación Nacional en Michoacán 1961-1964*, avance de investigación, El Colegio de Michoacán.
- y Martha Eugenia García Ugarte, (eds.), 2006, *Movimientos armados en México, siglo XX*, 3 vols., México: El Colegio de Michoacán / Ciesas, (Debates).
- OJEDA, Mario, 1976, *Límites y alcances de la política exterior mexicana*, México: El Colegio de México.
- ORIVE ALBA, Adolfo, 1960, *La política de irrigación en México*. México: FCE.
- OROZCO, Wistano Luis, 1975, *Los ejidos de los pueblos*, México: Ediciones el Caballito.
- ORTIZ HERNÁN, Sergio, 1982, *Los ferrocarriles de México. Una visión social y económica*, 2 t, México: Ferrocarriles Nacionales de México.
- ORTIZ RODRÍGUEZ, José, 1940, *El doctor Miguel Silva, la revolución maderista y la insurrección en Michoacán contra Huerta*, México: s. e.
- ORTIZ RUBIO, Pascual. 1916. *Memorias de un penitente*, México: Imprenta Francesa.
- , 1917. *Apuntes geográficos del estado de Michoacán de Ocampo*, Morelia: s. e.
- , 1963. *Memorias (1895-1928)*, México D.F.: Academia Nacional de Historia y Geografía.
- ORTOLL, Servando, 1987, “Catholic Organizations in Mexico’s National Politics and International Diplomacy (1926-1942)”, tesis de doctorado, inédita, New York: Columbia University.

- , 1990, “Las Legiones, La Base y el sinarquismo. ¿Tres organizaciones distintas y un solo fin verdadero? (1929-1948)” en Rodolfo Morán Quiroz (comp.), *La política y el cielo. Movimientos religiosos en el México contemporáneo*, Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara, (Colección fin de milenio).
- , “Modes of Historical Consciousness: Mexican Sinarquistas and Revolutionaries in the 1930s and 1940s, a Tentative Appraisal”, Columbia University, s.f., mecanoscrito.
- O'SHAUGHNESSY, 1971, *Huerta y la revolución*. México, Editorial Diógenes.
- OTHÓN DE MENDIZÁBAL, Miguel, 1946, *Obras Completas*, t. IV, México.
- PADILLA, Juan Ignacio, 1940, “Dónde debe combatirse a la revolución”, en *El Sinarquista*, (México, D.F.): año 2, núm. 88, 3 de octubre.
- , 1948, *Sinarquismo: contrarrevolución*, México: UNS.
- PADILLA, Yolanda, 1990, *El catolicismo social y el movimiento cristero en Aguascalientes*, México, Aguascalientes: ICA.
- PADILLA GALLO, Jesús, 1935, *Los de abajo en Michoacán. Apuntes breves del movimiento social en Michoacán desde el primer congreso de la CRMDT hasta su sexto, congreso, su organización y los caídos en la lucha declases*, Morelia: Talleres tipográficos de la Escuela Técnica Industrial “Álvaro Obregón”.
- PALACIOS, Guillermo, 1998, “Post revolutionary Intellectuals, Rural Readings and the Haping of the Peasant Problem in México: El maestro rural, 1932-1934” en *Journal of Latin American Studies*.
- PALAVICINI, Félix F., 1937, *Mi vida revolucionaria*, México: Ediciones Botas.
- PALLARES. Eduardo, 1921, *La jurisprudencia de la Suprema Corte de Justicia. México, (1917-1919)*, México: Herrero Hermanos.
- PALOMARES, Noé, 1991, *Propietarios norteamericanos y reforma agraria en Chihuahua, 1918-1942*. Ciudad Juárez, Universidad de Ciudad Juárez.



- PARTIDO NACIONAL REVOLUCIONARIO (PNR), 1934, *La cuestión agraria mexicana*. México.
- , 1934 A, *La jira (sic) del general Lázaro Cárdenas*. México: La Impresora.
- , 1934 B, *Los problemas agrícolas de México*. México.
- PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL (PRI), 1988, *Isidro Fabela*, México.
- PAZ, Octavio, 1973, *Posdata*, México: Siglo XXI.
- , 1987, “El peregrino en su patria. Historia y política de México”, en: *México en la obra de Octavio Paz*, t. I.
- , 1995, “El arco y la lira”, en *Obras Completas* vol. 1: 73-88, México: FCE.
- , *El laberinto de la soledad*, México: FCE.
- PELLICER DE BRODY, Olga y José Luis Reyna, 1978, “El afianzamiento de la estabilidad política” en *Historia de la revolución mexicana, 1952-1960*, núm. 22, México: El Colegio de México.
- , y Esteban L. Mancilla, 1978, “El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador” en *Historia de la revolución mexicana, 1952-1960*, núm. 23, México: El Colegio de México.
- PERAL, Miguel Ángel, 1944, *Diccionario biográfico mexicano*, apéndice, México.
- PÉREZ ESCUTIA, Ramón Alonso, *Historia del Partido de la Revolución en Michoacán. Primera parte: PNR-PRM, 1928-1946*, Morelia: Fundación Michoacán Cambio XXI, A.C., s.f.
- , *Taximaroa. Historia de un pueblo michoacano*, Morelia: Instituto Michoacano de Cultura, s.f.
- PÉREZ GARCÍA, Samuel, 1992, *Oluta*, México, D. F.: Conaculta. Culturas Populares.
- PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor, 1943, “No más caciques en Campeche”, en *Diario del Sureste*, Campeche: fotocopias.
- , *Diario*, fotocopias.

- PÉREZ MONTFORT, Ricardo, 1987, "El hispanismo, bandera ideológica de la derecha", en *ix Jornadas de historia de occidente*, 27-29 de noviembre de 1986, Jiquilpan, Michoacán, México.
- , 1988, "Cárdenas y la oposición secular 1934-1940" en Von Metz, 1988, *Los empresarios alemanes...*
- , 1992, *Hispanismo y falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*, México: FCE. (Selección de obras de Historia).
- , 1993, *Por la Patria y por la raza, La derecha secular en el sexenio de Lázaro Cárdenas*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- , 1994, 1995, "La Ciudad de México durante el sexenio del General Cárdenas". En, *XVII Jornadas de Historia de Occidente. Lázaro Cárdenas en las Regiones*, México: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A. C.
- , 2001, "La mirada oficiosa de la hispanidad. México en los informes del Ministerio de Asuntos Exteriores franquista 1940-1950", en Clara E. Lida (compiladora), 2001.
- PÉREZ NAUFAL, 1988, *La industria petrolera en México. Una crónica*, México: Petróleos Mexicanos.
- Perspectiva sobre el cardenismo*, (ensayos... cultura en los años 30), 1996, México: UAM.
- PINET P., Alejandro, 1987 "Bandolerismo social y revolución madeirista en el Bajío." *La Revolución en Michoacán. 1900-1926*. México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- PLA BRUGAT, Dolores, 1985, *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, [2a ed.: 1999].
- , 1992, "Españoles en México (1895-1980). Un recuento", en, *Secuencia*, 24, septiembre-diciembre, México.
- , 1994 "Características del exilio en México en 1939", en Lida, Clara, 1994.
- Plan de Acción de la Escuela Primaria Socialista*, 1935, México: SEP.



- Plan Sexenal del Partido Nacional Revolucionario, 1937*, México: PNR.
- Plan Sexenal del PNR, 1934*, México: PRI, Materiales de cultura y divulgación. Documentos vol. i, s. f.
- PLANA, Manuel, 1996, *El reino del algodón en México, la estructura agraria de La Laguna (1855-1910)*, México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- POBLETT MIRANDA, Martha, 2002, *Lázaro Cárdenas*, México: Planeta DeAgostini.
- POLANYI, Karl, 1992, *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México: FCE.
- Política exterior de México. 175 años de historia*, 1985, pról. Bernardo Sepúlveda Amor, vol. I-IV, México: Ser.
- PONIATOWSKA, Elena, 2005, *El tren pasa primero*, Madrid: Alfaguara.
- PORTES GIL, Emilio, 1941, *Quince años de política mexicana*, México: Ediciones Botas.
- , 1964, *Autobiografía de la revolución mexicana*, México: Instituto Mexicano de Cultura.
- , 1972, *Raigambre de la Revolución en Tamaulipas. Autobiografía en acción*. México: Ediciones Litro Offset Fersa.
- , 1974. *El quincuagésimo aniversario de la fundación del Partido Socialista Fronterizo. Reminiscencias históricas*. México: Editorial Botas.
- POWELL J., Richard, 1956, *The mexican petroleum industry, 1938-1950*, Berkeley, Los Ángeles: University of California Press.
- POZAS, Ricardo y Matilde Luna (coords.), 1991, *Las empresas y los empresarios en el México contemporáneo*, México: Editorial Grijalbo.
- PRESTON, Paul, 1967, *The Coming of the Spanish Civil War. Reform, Reaction and Revolution in the Second Republic*. Londres y Nueva York: Methuen.
- PREWETT, Virginia, 1941, *Reportage on Mexico*, New York: E.P. Dutton & Co.
- PRIETO LAURENS, Jorge, 1968, *Cincuenta años de política mexicana. Memorias políticas*, México: Editora mexicana de periódicos, libros y revistas.

- Problemas Agrícolas e Industriales de México*, 1955, vol. VII, núm. 3, México, julio-septiembre.
- Proyecto Organizaciones Empresariales en México, 1994, *Organizaciones empresariales en México*, Banco de Datos, Cuadernos del poem, núm. 8, México: UNAM.
- Publicaciones periódicas y la historia de México*, 1995, Ciclo de conferencias en el 50 aniversario de la Hemeroteca Nacional, Aurora Cano (coord.), México: IIB-UNAM.
- PUENTE LUTTEROTH, María Alicia, 2002, *Movimiento cristero: una pluralidad desconocida*. México: Editorial Progreso.
- PUNTES, Ramón, 1994, *Hombres de la revolución. Calles*. México, FCE.
- PUGA ESPINOSA, Cristina, 1976, "La Confederación de Cámaras Industriales" en *Trimestre Político*, año 1, núm. 3, enero-marzo.
- , 1989, *Empresarios y política en México*, tesis de maestría en Ciencia Política, México: Unidad de Posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- , 1993, *México: empresarios y poder*, México: FCPS, UNAM, Miguel Ángel Porrúa.
- , "Empresas y empresarios durante el sexenio de Lázaro Cárdenas", en Javier Garcíadiego, et. al., *Lázaro Cárdenas: Herencia y Legado...*
- PUIG CASAURANC, J.M., 1934, *Algo sobre la posición de México en Montevideo*. México: Imprenta de la Secretaría de Relaciones Exteriores.
- PY, Pierre, 1991, *Francia y la revolución mexicana, 1910–1920, o la desaparición de una potencia mediana*. México: FCE / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Que se queden allá. El gobierno de México y la repatriación de mexicanos de Estados Unidos 1934-1940*, México: Instituto Veracruzano de Cultura, en prensa.
- QUINO MONTES, Francisco, 1999, *Monografía de Axochio*, México: Conaculta, DGCP, Unidad Regional Acayucan, San Andrés Tuxtla, Ver.



- QUINTANILLA, Susana, (coord.), 1995, *Teoría, campo e historia de la educación*, México: COMIE.
- , Mary Kay Vaughan (coord.), 1997, *Escuela y sociedad en el periodo cardenista*, México: FCE.
- QUINTERO, Filiberto Leandro, 1978, *Historia integral de la región del Río Fuerte*, Los Mochis, Sinaloa: El Debate.
- QUIROZ Martínez, Roberto, 1934, *Vida y Obra de Abelardo L. Rodríguez*, México: s. e.
- RABY, David L., 1974, *Educación y revolución social en México (1921-1940)*. México: SEP, (SepSetentas: 141).
- RAMÍREZ, Rafael, 1938, *Curso de educación rural*, México: DAPP.
- , 1976, *La escuela rural mexicana*, México: Sepsetentas, núm. 290.
- RAMOS, Samuel, *El perfil del hombre y la cultura en México*.
- RAMOS ARIZPE, Guillermo, Salvador Rueda Smithers, et al, 1984, *Jiquilpan 1895-1920*, Jiquilpan, Michoacán: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", A. C.
- , 1986, *Relatos de don Jesús Ramos Romo narración e historia personal*, Jiquilpan, Michoacán: Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas.
- REED, John, 1989, *Villa y la revolución mexicana*. México: Editorial Nueva Imagen.
- REGALADO, Jorge, 1988, "Los agraristas", en: Varios autores, 1988, *Jalisco desde la revolución*.
- REMOLINA ROQUEÑÍ, Felipe, 1976, *Evolución de las instituciones y del derecho del trabajo en México*, México: Junta Federal de Conciliación y Arbitraje.
- RESTREPO, I. y S. Eckstein, 1975, *La agricultura colectiva en México: la experiencia de La Laguna*, México: Siglo XXI. *Revista de Indias*, 1994, (Madrid, España): Vol. LIV, núm. 201, mayo-agosto.
- REYES DEL CAMPILLO, Juan, 1988, "El frente electoral del pueblo y el Partido Comunista Mexicano (1963-1964)", en *Revista Mexicana de Sociología*, año L, núm. 3, julio septiembre, México: UNAM-IIS.

- REYES HEROLES, Jesús, 1972, *La historia y la acción: La Revolución y el desarrollo político en México*, España: Seminarios y ediciones.
- , 1983, *Ensayos sobre los fundamentos políticos del Estado contemporáneo*, México: UNAM.
- REYES NEVARES, Salvador, 1982, "México en 1939", en *El exilio español 1939-1982*. México.
- REYES PONCE, Agustín, 1979, *Coparmex. Su origen y desarrollo hacia los próximos cincuenta años*, México: Coparmex.
- REYES RAMOS, María Eugenia, 2002, *Conflicto agrario en Chiapas: 1934-1964*, México: CECACH-UAM.
- RIBERA CARBÓ, Ana, 1999, *La patria ha podido ser flor: Francisco J. Múgica*, s.p.i. Richmond, Douglas W., 1986, *La lucha nacionalista de Venustiano Carranza, 1893-1920*, México: FCE.
- RIDELY, Jasper, 2001, *Maximilian & Juarez*, Phoenix Press.
- RÍOS CÁRDENAS, María, 1940, *La mujer mexicana es ciudadana: historia con fisonomía de una novela de costumbres. 1930-1940*, México: A de Bosque.
- RIQUELME INDA, Julio, 1957, *Cuatro décadas de vida*, México: Concanaco.
- RIVERA, Silvia y Rossana Barragán (comps.), 1997, *Debates post coloniales*, Cochabamba: (Historias)
- RIVERA CALVO, María Elda, 1995, "Principales empresarios agrícolas en la región de Ahome. Su evolución histórica 1886-1930": tesis de licenciatura Historia, Facultad de Historia, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán Rosales, Sinaloa.
- , 2001, s.r.t., tesis de maestría en Historia, Facultad de Historia, Universidad Autónoma de Sinaloa, Culiacán Rosales, Sinaloa.
- RIVERA CASTRO, José, 1988, "Política agraria, organizaciones, luchas y resistencias campesinas entre 1920-1928", en: Varios autores, *Historia de la cuestión agraria mexicana*, 1988, vol. 4.
- , "El conflicto obrero patronal en La Huasteca Petroleum Company en 1936", *Anuario v*, México: Centro de Investigaciones Históricas, Universidad Veracruzana.



- RIVERA MARÍN, Guadalupe (coord.), 1955, *El mercado de trabajo: relaciones obrero-patronales*, México: FCE.
- RIVERO, Martha, 1990, "La política económica durante la guerra" en: Loyola (coord.), 1990.
- RIVERO DEL VAL, Luis, 1930, *Entre las patas de los caballos*, México.
- ROBLES, Gonzalo N., 1980, *Ensayos sobre el desarrollo de México*, México: FCE, (Vida y pensamiento de México).
- RODEA, Marcelo N., 1944, *Historia del movimiento obrero ferrocarrilero, 1890-1943*, México: Exlibris.
- RODRÍGUEZ, Antonio, 1975, *El rescate del petróleo, epopeya de un pueblo*, México: Ediciones El Caballito.
- RODRÍGUEZ, Erwin, 1975, "La Cámara Americana de Comercio", *Estudios Políticos i*, México: fcpys/UNAM, abril-junio 1975.
- RODRÍGUEZ, Jaime O. (ed.), 1990, *The revolutionary process in Mexico: Essays in political and social change, 1880-1940*, Irvine: University of California.
- RODRÍGUEZ, Rosario, 2000, *El Caribe: intereses geopolíticos y dominación colonial*, Morelia: UMSNH.
- RODRÍGUEZ BERUFF, Jorge (ed.), 2002, *Las memorias de Leahy. Los relatos del Almirante William D. Leahy sobre su gobernación de Puerto Rico (1939-1940)*, edición bilingüe, San Juan, Fundación Luis MuñozMarín/Red de geopolítica, relaciones internacionales y seguridad regional (proyecto Atlantea, UPR).
- RODRÍGUEZ HERRERA, Emilio (comp.) *Legislaturas Campechanas: semblanza de 134 años (1861-1995)*. Archivo General del Estado de Campeche/LV Legislatura; fotocopias, s/f;
- RODRÍGUEZ OCHOA, Agustín, 1973, *México contemporáneo, 1867-1940. Cárdenas en su historia*, México: Costa-Amic.
- ROEDER, Ralph, 1968, *Juarez and His Mexico: A Biographical History*, Greenwood Publishing.
- ROJAS, Beatriz, 1981, *La destrucción de la hacienda en Aguascalientes, 1910-1931*, México: El Colegio de Michoacán.
- ROLLAND, Modesto L., 1924, *Estudio de los Puertos Libres Mexicanos*, México: Empresa Editorial de Ingenieros y Arquitectos.

- ROMERO, Laura Patricia, 1988, "La consolidación del Estado y los conflictos políticos", en Varios autores, 1988, *Jalisco desde la revolución*, t. III.
- ROMERO, José Rubén, 1993, "Apuntes de un lugareño" en *Obras completas*, México: Morevallado Editores.
- , 1993 A, "Mi caballo, mi perro, mi rifle" en *Obras completas*, México: Morevallado Editores.
- ROMERO FLORES, Jesús, 1964, *Historia de la revolución en Michoacán*, México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM) (Bib. del INEHRM, 31).
- , 1971, *La reforma escolar en Michoacán (1914-1917)*, México: B. Costa Amic editor.
- , 1972, *Diccionario Michoacano de Historia y Geografía*, 2a edición, México: B. Costa-Amic editor.
- , 1972 A, *Maestros y amigos. Recuerdos y semblanzas de algunos escritores*, México: B. Costa-Amic editor.
- ROMERO SOTELO, Ma. Eugenia (coord.), 1997, *La industria mexicana y su historia. Siglos XVIII, XIX y XX*, México: UNAM, Facultad de Economía.
- ROMO DE ALBA, Manuel, 1986, *El gobernador de las estrellas*, Guadalajara, Jalisco: Talleres de la Gráfica Panamericana.
- RONFELDT, David, 1975, *La política de la lucha agraria en un ejido mexicano*. México: FCE.
- ROSS, Stanley R., 1977, *Francisco I. Madero, apóstol de la democracia mexicana*, México: Grijalbo.
- ROSEBERRY, William, 1994, "Hegemony and the Language of Contention", en Joseph and Daniel Nugent (eds.), 1994. Edición en castellano: Era, 2002.
- RUIZ, Ramón Eduardo, 1977, *México 1920-1958, el reto de la pobreza y del analfabetismo*, México: FCE.
- RUIZ CASTAÑEDA, Ma. del Carmen y Luis Reed Torres, 1974, 1995. *El periodismo en México. 450 años de historia*, prólogo Salvador Novo, México: Tradición.



- Rumbo a la Universidad. Testimonio de la polémica Antonio Caso-Lombardo Toledano*, 1973, México: Colección Metro.
- RUS, Jan, 1995, "La comunidad revolucionaria institucional. La subversión del gobierno indígena en Los Altos de Chiapas, 1936-1968" en Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (eds.) *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, México: UNAM / Instituto de Investigaciones Filológicas.
- S.A.F., 1930, *Informe de la Comisión de Estudios de la Comarca Lagunera*, México: Cvltvra.
- SAENZ, Moisés, 1966, *Carapan*, 2ª edición, Morelia: Talleres Linotipo-gráficos del Gobierno del estado.
- SALAMINI, H. F., 1979, *Movilización campesina en Veracruz (1920-1938)*. México: Siglo XXI.
- SALAZAR, Rosendo y José G. Escobedo, 1923, *Las pugnas de la gleba*, México: Editorial Avante.
- SÁNCHEZ DÍAZ, Gerardo, 1982, "El Suroeste de Michoacán: estructura económico-social, 1852-1910", tesis para optar por el grado de maestro en Historia. Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado, México: UNAM.
- , 1984, "El movimiento socialista y la lucha agraria en Michoacán, 1917-1926", en Gutiérrez, Ángel, *et. al.*, 1984.
- SÁNCHEZ PONTÓN, Luis, 1935, *Hacia la escuela socialista. La reforma educacional en México*, México: Ed. Patria.
- , 1941, *La educación pública en México*, t.1, México: SEP.
- SANDERSON, Susan, 1981, *Peasant and public policy: social change in rural México, 1916-1976*. California: University of California Press.
- SANDRE OSORIO, Israel, 2001, "Rubén Jaramillo y la lucha por la tierra en el estado de Morelos (1959-1962)", tesis de licenciatura, México: UAM-I.
- SANTIAGO SIERRA Augusto, 1973, *Las misiones culturales (1923-1973)*, México: SEP, SepSetentas.
- SANTOS, Gonzalo N., 1986, 1996, *Memorias*, México: Grijalbo. (Testimonios).

- SARAGOZA, Alex, 1988, *The Monterrey Elite and the Mexican State, 1880-1940*, Austin: University of Texas Press.
- SCHOBERT, Lorena, 1998, *Historia de una gesta obrera campesina: la SICAE*, Culiacán, Sinaloa: Difocur.
- SCHRYER, Frans J., 1990, *Ethnicity and Class Conflict in Rural Mexico*, Princeton, Princeton: University Press.
- SCHULER, Friedrich Engelbert, 1998, *Mexico Between Hitler and Roosevelt. Mexican Foreign Relations in the Age of Lázaro Cárdenas, 1934-1940*, Albuquerque: University of New Mexico Press.
- SHULGOVSKI, Anatollii, 1985, *México en la encrucijada de su historia*, México: Ediciones de Cultura Popular.
- SCOTT, James C., 2000, *Los dominados y el arte de la resistencia- Discursos ocultos*, México: Era.
- SEFCHOVICH, Sara, 1999, *La suerte de la consorte*, México: Océano.
- SEMO, Enrique (coord.), 1981, *México: un pueblo en la historia*, vol. 4, México: Universidad Autónoma de Puebla / Editorial Nueva Imagen.
- , 1982, *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*, México: Ediciones Era.
- , 1991, *México, un pueblo en la historia. Los frutos de la revolución, 1921-1938*, volumen 4, México: Patria.
- SENADO DE LA REPÚBLICA, 1985, véase México. Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, 2000.
- SERNA PÉREZ, María Guadalupe, 1983, “Las haciendas en el Valle de Zamora y los indios del reparto”, en *Primer Foro regional sobre Investigación y Cambio Social en Michoacán*, Centro de Estudios Rurales/El Colegio de Michoacán, 22-26 de agosto.
- SERRANO ÁLVAREZ PABLO, 1991, *La política pública regional en el gobierno de Lázaro Cárdenas*, México: Universidad de Colima.
- , 1991 A, “El ritual de un ‘sacerdote’ del sinarquismo: Salvador Abascal”, en *Eslabones, Revista semestral de estudios regionales*, núm. 1, enero-junio. México.



- , 1992, *La batalla del espíritu: el movimiento sinarquista en el Bajío (1932-1951)*, vol. 1, vol.2, México: CNCA, (Colección Regiones).
- , 1992 A, “El sinarquismo en el Bajío mexicano (1934-1951). Historia de un movimiento social regional”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. XIV, (México, D. F.): IIH-UNAM.
- , 1994, “El proyecto sinarquista de la colonización de Baja-California (1941-1943)”, en *Revista de Indias*, (Madrid, España):-vol. LIV, núm. 201, mayo-agosto de, pp. 445 y ss.
- , 1995, *Nogueras: el esplendor de una hacienda colimense*, Colima: Universidad de Colima.
- , 2000, *Basilio Vadillo Ortega. Itinerario y desencuentro con la revolución mexicana 1885-1935*, México: INEHRM.
- , 2002, “Conflictos por el agua entre la hacienda de Nogueras y las comunidades indígenas de Comala, Colima 1912-1940”, en *Boletín del Archivo Histórico de Agua*, año 7, núm. 20, enero-abril.
- SERRANO MIGALLÓN, Fernando, 1981, *Isidro Fabela y la diplomacia mexicana*, México: SEP, Sepochentas. núm.6.
- SERVÍN, Elisa, 2001, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, México: Cal y Arena.
- , “Hacia el levantamiento armado del henriquismo a los federacionistas leales” en Oikión y García Ugarte (coords.)
- SHAFFER, Robert Jones, 1973, *Mexican Business Organizations. History and Analysis*, New York: Syracuse University Press.
- SHORTER EDWARD y Charles Tilly, *Strikes in France, 1830-1968*, Cambridge University Press.
- SHULGOVSKY, Anatoli, 1972, 1985, 1988, *México en la encrucijada de su historia*, México: Ed. Ediciones de Cultura Popular.
- SIERRA VILLARREAL, José Luis y José Antonio Paoli, 1986, *Cárdenas y el reparto de los henequenes*, México: Gobierno del estado de Yucatán-Instituto de Cultura de Yucatán-Consejo Editorial de Yucatán.

- SILVA HERZOG, Jesús, 1934, *La Reforma agraria en México y algunos otros países*, conferencia sustentada en mayo de 1934.
- , 1941, “Salarios y previsión social”, en *El petróleo en México*, México.
- , 1953, *Nueve estudios mexicanos*, México: Imprenta Universitaria, (Col. Cultura Mexicana: 8).
- , (dir.), 1961, *La cuestión de la tierra*, Colección de folletos para la historia de la Revolución Mexicana, t. II, México: Instituto de Investigaciones Económicas.
- , 1963, *Historia de la Expropiación Petrolera*, México: Cuadernos americanos.
- , 1964, 1980, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria: exposición y crítica*, México: FCE.
- , 1969, *Breve historia de la expropiación petrolera*, (grabación), México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- , 1975, *Lázaro Cárdenas. Su pensamiento económico, social y político*, México: Nuestro Tiempo.
- , 1983, *El petróleo mexicano*, *Petróleos Mexicanos*, 18 de marzo XLV Aniversario.
- SIMS, Harolds D., 1974, *La expulsión de los españoles de México, 1821-1829*, México: FCE.
- SIMPSON, Eyler N., 1937, *The ejido: Mexico's wayout*, usa: University of North Carolina.
- , 1952, “El ejido, única salida de México”, en: *paim*, vol. iv, núm.4.
- SIMPSON, Lesley Byrd, 1976, *Muchos Méxicos*, México: FCE.
- SKIRIUS, John, 1975, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México: Siglo XXI.
- SOLANA, Fernando, Raúl Cardiel Reyes y Raúl Bolaños Martínez (coords.), 1981, *Historia de la educación pública en México*, México: SEP. y FCE.
- , 1973, *La economía mexicana*, México: FCE. Solís M., Leopoldo, 1975, *Planes de desarrollo económico y social en México*, Méxi-



- co: SepSetentas.Solórzano de Cárdenas, Amalia, 1994, *Era otra cosa la vida*, México: Nueva Imagen.
- SOSA ELÍZAGA, Raquel de la Luz, 1991, "Lucha política e intervencionismo externo en el periodo de Lázaro Cárdenas", tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, México: UNAM,
- , 1996, *Los códigos ocultos del cardenismo*, México: Plaza y Valdés Editores.
- Sotelo Inclán, Jesús, 1997, "La educación socialista", en Solana, 1981.
- SPENCER, J.A., 1930, *Weetman Pearson, First Viscount Cowdray*, Londres. Suárez, Eduardo, 1977, *Comentarios y recuerdos (1926-1946)*, México: Porrúa.
- SUÁREZ, Luis, 1986, 1987, *Cárdenas: relato inédito. Testimonios de Amalia Solórzano de Cárdenas y nuevos documentos*. México: Grijalbo.
- , 2003, *Cuauhtémoc Cárdenas. Política, familia, proyecto y compromiso. Tres generaciones un mismo fin*, México: Grijalbo.
- TAIBO II, Paco Ignacio, 1988, *Arcángeles. Cuatro historias no muy ortodoxas de revolucionarios*, México: Alianza Editorial Mexicana.
- TANNENBAUM, Frank, 1930, *The Mexican Agrarian Revolution*, Washington.
- , 1952, "La revolución agraria mexicana", en: *paim*, vol. iv, núm. 2.
- TAPIA SANTAMARÍA, Jesús (coord.), 1992, *Intermediación social y procesos políticos en Michoacán*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán.
- TARACENA, Alfonso, 1963, *La verdadera revolución mexicana, décima segunda etapa (1926-1927)*, México: Editorial Jus.
- , 1966, *La revolución desvirtuada*, 8 vols., México: Costa-Amic.
- , 1991, *La verdadera Revolución Mexicana (1912 - 1914)*, México: Editorial Porrúa.
- THOMAS, Hugh, 1967, *La guerra civil española*, París: Ruedo Ibérico.
- THORP, Rosemary, 1988, *América Latina en los años treinta. El papel de la periferia en la crisis mundial*. México: FCE.

- TORRES R., Blanca, 1979, "México en la segunda guerra mundial" en *Historia de la revolución mexicana, 1940-1952*, núm. 19, México: El Colegio de México.
- TORRES SÁNCHEZ, Rafael, 2001, *Revolución y vida cotidiana: Guadalajara, 1914-1934*, México-Culiacán: Galileo-uas.
- TORRES SEPTIÉN, Valentina, 1997, *La educación privada en México, 1903-1976*, México: El Colegio de México-Universidad Iberoamericana.
- TOUSSAINT, Mónica, Guadalupe Rodríguez de Ita y Mario Vázquez, 2001, *Vecindad y diplomacia. Centroamérica en la política exterior mexicana 1821-1988*, México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- TOWNSED, William Cameron, 1954, 1959, 1976, *Lázaro Cárdenas. Demócrata mexicano*, intr. Frank Tannenbaum, trad. Avelino Ramírez A., rev. Luis García Carrillo, México: Editorial Grijalbo. Biografías Gandesa.
- TROTSKY, León, 1980, *Sobre la liberación nacional*, Bogotá: Editorial Pluma.
- TRUEBA URBINA, Alberto, 1957, *Tres Constituciones de Campeche*, México: Gobierno del estado de Campeche.
- TUÑÓN PABLOS, Enriqueta, 2002, *Por fin... ya podemos elegir y ser electas*. México: Plaza y Valdés.
- TUÑÓN PABLOS, Esperanza, 1992, *Mujeres que se organizan. El Frente Único Pro Derechos de la Mujer 1935-1938*, México: UNAM-Porrúa.
- TURNER, John Kenneth, 1969, *México bárbaro. Ensayo sociopolítico*, México: Costa Amic Editores.
- , 1978, *México bárbaro. Ensayo sociopolítico*, México: Editorial Época.
- TURRENT, Eduardo, 1982, *Historia del Banco de México, volumen I*, México: Banco de México.
- ULLOA, Berta, 1997, "La lucha armada (1911-1920)", *Historia general de México*, vol. 2, México: El Colegio de México.



- UNIÓN NACIONAL SINARQUISTA, (UNS) 1955, *Cárdenas traidor a México y sus instituciones*, México: UNS.
- , 1988, *Historia gráfica del sinarquismo*, México: UNS.
- UNITED STATES SENATE, 1913, *Revolutions in Mexico, Hearings before a Subcommittee of the Committee of Foreign relations*, 62nd. Congress, 2nd, Session, Washington. United States Department of State, 1922, *Papers relating to the Foreign Relations of the United States*, 1914, Washington.
- URIBE SALAS, José Alfredo, 1983, *La industria textil en Michoacán, 1840-1910*, Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Coordinación de la Investigación Científica, Departamento de Investigaciones Históricas.
- VALADÉS, José C., 1963, *Historia general de la revolución mexicana*, t. I, México: Quesada Brandi editor.
- , 1967, *Historia general de la Revolución Mexicana*, t. VIII, Cuernavaca: edición particular.
- VALDOVINOS GARZA, José, 1960, *Tres capítulos de la política michoacana*, México: Ediciones Casa de Michoacán.
- VALENCIA, Ismael, 1984, “Desenvolvimiento de la clase obrera en Cananea (1900-1934)” en *IX Simposium de historia de Sonora*, Hermosillo, Sonora, México: Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Sonora.
- VALENCIA CASTREJÓN, Sergio, 1996, *Poder regional y política nacional en México. El gobierno de Maximino Ávila Camacho en Puebla (1937-1941)*, México: INEHRM.
- VALLADARES DE LA CRUZ, Laura R, 1996, “Cuando el agua se esfumó. Cambios y continuidades en los usos del agua en Morelos (1880-1940)”, tesis de maestría, México: ENAH.
- VANDERWOOD, Paul J., 1983, (editor), *Juárez*, University of Winconsin Press.
- , 2003, *Del púlpito a la trinchera El levantamiento religioso de Tomochic*, México D.F.: Taurus, (Col. Pasado y presente).

- VARGAS GONZÁLEZ, Pablo, 1993, *Lealtades de la sumisión. Caciquismo: poder local y regional en la ciénega de Chapala, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán.*
- VARGAS-LOBSINGER, María, 1999, *La comarca lagunera: de la revolución ala expropiación de haciendas, 1910-1940*, México: UNAM-INEHRM.
- VARIOS, autores, 1974, *Don Ramón Martínez Silva. Semblanzas de un maestro.* México: Editorial Jus.
- , 1978, *Crisis económica e institucionalización del poder político*, México: UAM.
- , *Estructura Agraria y Desarrollo Agrícola en México*, 1979, México: FCE.
- , 1988, *Jalisco desde la revolución.* Guadalajara: Gobierno del Estado-Universidad de Guadalajara.
- , 1988 A, *Manual de historia del México contemporáneo (1917-1940).* México: UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas.
- , 1988 B, *Historia de las Ligas de Comunidades y Sindicatos Campesinos.* México: CEHAM.
- , 2001, *David Mayoitia, S. J. Apóstol Intelectual.* México: Unión Femenina de Estudiantes Católicas, Corporación de Estudiantes Mexicanos, Corporación Nacional de Profesionales.
- VÁZQUEZ, Josefina, 1969, "La educación socialista en los años treinta", *Historia mexicana*, Vol. 18, núm. 71, México: El Colegio de México.
- , 2000, *Nacionalismo y educación en México*, México: El Colegio de México
- VÁZQUEZ DE KNAUTH, Josefina, 1971"Confusiones y aciertos de la educación cardenista" *Revista de la Universidad de México*, México: mayo.
- VEGA, Josefa y Pedro A. Vives, 1987, *Lázaro Cárdenas*, Madrid: Ediciones Quorum.
- VELASCO, Miguel Ángel, 1939, *La administración obrera en las empresas: marxismo versus anarcosindicalismo*, México: Edición Popular.



- VELASCO TORO, José, 1993, *Política y legislación agraria en México. De la desamortización civil a la reforma campesina*, México: Universidad Veracruzana.
- VELÁSQUEZ RIVERA, Luis, 1985, *Bamba violenta*, México: Océano.
- VERA, Antonio E., 1943, *La pesadilla ferrocarrilera mexicana*, México: Linotipográfica Guadalajara.
- VERA ESTAÑOL, Jorge, 1983, *Historia de la revolución mexicana. Orígenes y resultados*. México: Editorial Porrúa.
- VILLANUEVA MUKUL, Eric, 1984, *Así tomamos las tierras, henequén y haciendas durante el porfiriato*, Mérida, Yuc.: Ed. Maldonado-INAH.
- VILLARELLO VÉLEZ, Ildefonso, 1970, *Historia de la revolución mexicana en Coahuila*, México.
- VILLAREAL, René, 1988, *Industrialización, deuda y desequilibrio externo en México: un enfoque neoestructuralista (1929-1988)*, México: FCE.
- VILLASEÑOR, Víctor Manuel, 1976, *Memorias de un hombre de izquierda...*
- VILLASEÑOR ATWOOD, Arturo, 2001, *Orígenes históricos de Los Mochis*, Los Mochis, Sinaloa: Universidad de Occidente. Villegas Gloria, (comp.), 1988, *La industria petrolera en México, Cronología, 1857-1988*, México: Petróleos Mexicanos.
- VIQUEIRA, Juan Pedro y Mario Humberto Ruz (eds.), 1995, *Chiapas. Los rumbos de otra historia*, México: UNAM / Instituto de Investigaciones Filológicas.
- VON METZ, Brígida, 1988, "Las empresas alemanas", en Von Metz, Brígida, V. Radkau, D. Spencer y R. Pérez Monfort, *Los empresarios alemanes, el tercer reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, México: SEP, Ediciones de la Casa Chata.
- VON METZ, Brígida, et. al., 1997, *Haciendas de Morelos*, México: Gobierno del estado de Morelos, cnca, Miuél Ángel Porrúa Editores.
- VON HANFFSTENGEL, Renata y Cecilia Tercero (coords), 1993, *El exilio bien temperado*, México: Instituto de Investigaciones Interculturales, Germano Mexicanas, A. C.

- VOSS, Stuart, 1971, *Towns and Enterprises in Sonora and Sinaloa*, tesis, Harvard University.
- WARD Morton, 1962, *Woman Suffrage in México*, Gainsville, Florida.
- WARMAN, Arturo, 1976, *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*. México: SEP, Ediciones de la Casa Chata.
- , 1978, *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*. México: CIESAS.
- WASSERMANN, Mark, 1975, "Oligarchy and Foreign Enterprise in Chihuahua", tesis doctoral, Universidad de Chicago
- , 1993, *Persistent oligarchs. Elites and Politics in Chihuahua, México 1910-1940*, Durham: Duke University Press.
- Weiss, Eduardo, 1982, "Los valores nacionales en los libros de texto", *Revista CNTE*, núm. 42, México, oct-dic.
- WEEKS, Charles, A., 1987, *The Juarez: Myth in Mexico*, University of Alabama Press.
- WERNER, Michael, 1997, *Encyclopedia of Mexican History: History, Society and Culture*, Chicago.
- , 1998, *As if Jesus walked on Earth*, Scholarly Resources.
- WERNER TOBLER, Hans, 1994, *Raíces y razones de la revolución mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940*, México: Alianza Editorial.
- , *Estadísticas históricas de México*, tomo I, México: Ed. INEGI.
- WEYL, Nathaniel y Sylvia Weyl, 1939, *The Reconquest of Mexico: the Years of Lázaro Cárdenas*, New York: University of Oxford Press
- , 1955, "La reconquista de México (Los días de Lázaro Cárdenas)" en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, (paim), vol. VII, núm. 4 octubre-noviembre-diciembre.
- WILKIE, James y Edna Monzón de Wilkie, 1969, *México visto en el siglo XX. Entrevista de historial oral*, México: UNAM-Instituto de Investigaciones Económicas
- , 1970, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change Since 1910*, Berkeley.



- , 1978, *La revolución mexicana 1910-1976: Gasto federal y cambio social*, México: FCE.
- , 1995, 2002, *Frente a la revolución mexicana. 17 protagonistas de la etapa constructiva. Entrevistas de historia oral*, III vol. I Intelectuales, estudio preliminar y coordinación de la obra de Rafael Rodríguez Castañeda, México: UAM.
- WILLIAMS, Mac, 1954, “Los cuervos vuelan hacia el norte” en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. vi, núm. 2, abril-junio.
- WILSON, Henry Lane, 1927, *Diplomatic Episodes, Belgium and Chile*, New York.
- WOMACK, John, 1979. *Zapata y la revolución mexicana*, México: Siglo XXI.
- , 2001, “La revolución Mexicana”, en Timothy Anna, Jan Bazant, Friedrich Katz, John Womack Jr., Jean Meyer, Alan Knight y Peter H. Smith, *Historia de México*, Barcelona: Ed. Crítica.
- YANES, Emma, 1991, “Los cuarenta: seductora ciudad”, *Historias*, Dirección de Estudios Históricos INAH.
- YANKELEVICH, Pablo, (coord.), 2002, *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, México: INAH.
- YERGIN, Daniel, 1993, *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money and Power*, Nueva York: Simon and Schuster Books.
- YOUNG, Desmond, 1955, *Viscount Cowdray, member for Mexico*, Londres.
- ZAID, Gabriel, 1993, “Muerte y resurrección de la cultura católica”, en *Obras Completas*, t. II, México: El Colegio Nacional.
- ZARAUZ LÓPEZ, Héctor Luis, 2005, *Revolución y contrarrevolución. Rebeliones en contra de los gobiernos revolucionarios en el Istmo de Tehuantepec 1916-1924*, México: el autor.
- ZAVALA DE, Lorenzo, 1831, *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico*. París: Imprenta Dupont et Languionie.

- ZEBADÚA, Emilio, 1994, *Banqueros y revolucionarios: La soberanía financiera de México, 1914 – 1929*, México: FCE / El Colegio de México.
- ZEPEDA PATTERSON, Jorge, 1989, "Sahuayo y Jiquilpan: Génesis de la rivalidad por una región, 1880 - 1930", *Estudios Michoacano*, vol. III, México: El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán.
- , 1992, "Intermediarios políticos y caciques en Michoacán", en *Intermediación social y procesos políticos en Michoacán*, Zamora, Mich...
- ZERMEÑO P., Guillermo y, Rubén Aguilar V., 1988, *Hacia una reinterpretación del sinarquismo actual*. México: UIA.
- ZEVADA, Ricardo J., 1971, *Calles, el presidente*, México: Nuestro Tiempo.
- ZORRILLA, Luis G., 1984, *Relaciones de México con la república de Centroamérica y con Guatemala*, México: Porrúa.
- , 1966, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América, 1800-1958*, México: Porrúa.
- , 1995, *Relaciones políticas, económicas y sociales de México con el extranjero*, t. IV, México: Offset Universal.

**LÁZARO CÁRDENAS:
MODELO Y LEGADO**

TOMO I

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Se terminó en la Ciudad de México en octubre de 2020,
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena.

Entre el 18 y el 20 de junio de 2002 se llevó a cabo en el Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México el ciclo de conferencias Lázaro Cárdenas: Modelo y legado, con el objetivo de poner “el cardenismo sobre la mesa”. El foro permitió analizar, desde distintas perspectivas y con rigurosidad, la importancia histórica del general Lázaro Cárdenas y del cardenismo, así como la vigencia y continuidad de su proyecto.

Animados con un mismo espíritu reflexivo, para fomentar y divulgar la discusión histórica más allá de maniqueísmos y dogmatismos, el INEHRM convocó a un grupo de destacados académicos para conmemorar el nacimiento de Lázaro Cárdenas (ocurrido el 21 de mayo de 1895) y brindar, dentro del marco del foro, un homenaje al doctor Friedrich Katz (beneficiario de la política exterior cardenista) por sus aportaciones al conocimiento de la historia contemporánea de México y en particular por los veinte años de haberse publicado su obra *La guerra secreta en México*, pieza fundamental en la historiografía sobre nuestro país.

En el fondo, ambas conmemoraciones sirvieron de pretexto para analizar la figura de Lázaro Cárdenas y su periodo presidencial desde una mirada rigurosa en el análisis, a la vez que plural y actualizada, a partir de cuatro vertientes temáticas de gran interés: El modelo cardenista de gobierno, sus principales conflictos, las particularidades de la aplicación de su modelo en las regiones y su legado para el México contemporáneo.

Ahora, la edición en formato digital que el lector tienen ante sí, y que recupera la versión impresa de 2009, ve la luz bajo la celebración del 50 aniversario de la muerte del general Lázaro Cárdenas.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

